



**IDENTIDAD Y CUERPO
AUTO-PERCEPCIONES DE SUJETOS NO CONFORMES AL
GÉNERO**

ARIEL MARTÍNEZ

TESIS DOCTORAL

DIRECTORAS:

PROF. NORMA EDITH DELUCCA - DRA. MARÍA LUISA FEMENÍAS

**DOCTORADO EN PSICOLOGÍA
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA**

MARZO DE 2015

*A mi madre... y a su madre,
A mi padre... y a su madre,
A mi hermano... y su música.*

*A Bibí Delucca, un afecto académico
muy relevante en mi vida.*

*A María Luisa Femenías...
por su confianza en mi trabajo y sus
generosos dones intelectuales.*

IDENTIDAD Y CUERPO

AUTO-PERCEPCIONES DE SUJETOS NO CONFORMES AL GÉNERO

ÍNDICE

1. AGRADECIMIENTOS.....	7
2. PRESENTACIÓN: <i>CARTOGRAFÍA</i> PARA UN TERRITORIO COMPLEJO.....	8
3. PRIMER BLOQUE: ASPECTOS TEÓRICOS	
A. PRIMER NÚCLEO CONCEPTUAL: <i>IDENTIDAD DE GÉNERO</i>	
CAPITULO I - LA MIRADA DEL PSICOANÁLISIS NORTEAMERICANO.....	22
LAS LÍNEAS DEL DESARROLLO.....	22
EL NIÑO.....	24
LA NIÑA.....	27
LÍNEAS DEL DESARROLLO MÚLTIPLES.....	30
PROGRESIÓN EDÍPICA MASCULINA.....	33
PROGRESIÓN EDÍPICA FEMENINA.....	34
IDENTIFICACIÓN VS. INSTINTO.....	36
DIFERENCIA SEXUAL ANATÓMICA Y FASE GENITAL TEMPRANA.....	38
CONCIENCIA DE SEPARACIÓN.....	40
IDENTIDAD DE GÉNERO Y ELECCIÓN DE OBJETO.....	43
AMENAZAS CONTRA LA MASCULINIDAD.....	46
FEMINIDAD PRIMARIA.....	48
FEMINIDAD PRIMARIA: PROBLEMAS CONCEPTUALES.....	51
IDENTIDAD DE GÉNERO FEMENINA.....	54
UN MODELO ALTERNATIVO.....	58
CAPITULO II - LA MIRADA DEL FEMINISMO PSICOANALÍTICO NORTEAMERICANO.....	61
FREUD A DEBATE.....	61
PSICOANÁLISIS Y FEMINISMO.....	62
DOROTHY DINNERSTEIN.....	63
NANCY CHODOROW.....	65
LA EMERGENCIA DE LO SOCIO-CULTURAL.....	67
NANCY CHODOROW, DESPUÉS.....	72
JESSICA BENJAMIN.....	75
LA TEORÍA INTERSUBJETIVA DEL DESARROLLO DEL <i>SELF</i>	76
LAS CRÍTICAS DE ALLISON WEIR.....	79
JESSICA BENJAMIN, DESPUÉS.....	87
OTROS APORTES CONTEMPORÁNEOS.....	90
MÁS ALLÁ DEL MODELO <i>IDENTIFICACIÓN/DESIDENTIFICACIÓN</i>	93
CAPITULO III - LA MIRADA EN LAS TENSIONES FEMINISTAS (CON ESPECIAL REFERENCIA AL PROBLEMA DE LA PORNOGRAFÍA).....	95
HACIA EL GÉNERO DEL FEMINISMO.....	95
EL PROBLEMA DE LA PORNOGRAFÍA.....	102
DIFERENTES POSTURAS.....	103
IDENTIDADES Y SEXUALIDADES ESENCIALIZADAS.....	109
EL ESPECTRO ESENCIALISTA DE LA IDENTIDAD DE GÉNERO.....	112
LO ERÓTICO, LO OBSENO, LO PORNOGRÁFICO.....	114
REALIDAD Y FANTASÍA.....	117
ESENCIAS VS. CONSTRUCCIONES POLÍTICAS.....	120
CAPITULO IV - LA MIRADA DE LA TEORÍA <i>QUEER</i>	122
TEORÍA <i>QUEER</i>	122

FEMINIDAD PRIMARIA E IDENTIDAD DE GÉNERO DESPUÉS DE JUDITH BUTLER.....	126
LAS POLÍTICAS DE IDENTIDAD.....	129
EL DESTIERRO <i>QUEER</i> DE LO <i>REAL</i>	131
LO <i>REAL</i> ... Y EL PROBLEMA DE LA RESISTENCIA.....	132
UNA PRIMERA OSCILACIÓN: INCONSCIENTE SIN <i>REAL</i> ... Y SIN POSIBILIDAD DE RESISTENCIA.....	135
UNA SEGUNDA OSCILACIÓN: INCONSCIENTE SIN <i>REAL</i> ... PERO CON POSIBILIDAD DE RESISTENCIA.....	137
LO <i>REAL</i> SE TRASLADA HACIA EL CAMPO IDEOLÓGICO-POLÍTICO.....	139
SEXUALIDADES <i>QUEER</i>	143
EL FANTASMA HÉTERO-NORMATIVO.....	146
LA <i>MATRIZ DE INTELIGIBILIDAD HETEROSEXUAL</i>	147
LA DISCONTINUIDAD ENTRE SEXO Y GÉNERO.....	149
EL NÚCLEO IMITATIVO DE LAS IDENTIDADES FALLIDAS.....	151
<i>PERFORMANCE</i> DE GÉNERO: DE LA ESPACIALIDAD DE LA IDENTIDAD A LA TEMPORALIDAD DE LAS IDENTIFICACIONES.....	153

CAPITULO V - EL SUJETO ENTRE FREUD Y FOUCAULT: HACIA UNA

CONVERGENCIA DE LAS MIRADAS.....	159
HACIA UNA INTERSECCIÓN COMPLEJA.....	159
ELEMENTOS PSICOANALÍTICOS DEL SUJETO BUTLERIANO.....	161
LA IDENTIFICACIÓN EN CLAVE PSICOANALÍTICA.....	162
FIGURAS DE LA IDENTIFICACIÓN EN TORNO A LA FORMACIÓN DEL SUJETO.....	165
VÍNCULOS APASIONADOS.....	165
VÍNCULOS FORCLUIDOS.....	167
SUJETOS MELANCÓLICOS.....	170
LA FORMACIÓN ESPECULAR DEL <i>YO</i>	172
ENTRE FREUD Y FOUCAULT.....	174
DE LA IDENTIFICACIÓN AL CARÁCTER <i>EX-STÁTICO</i> DEL SUJETO.....	178

B. UN PUENTE POSIBLE ENTRE NÚCLEOS CONCEPTUALES -

LAS RESTRICCIONES CORPORALES DE LAS IDENTIDADES MÚLTIPLES.....	181
LAS AUTO-REPRESENTACIONES DE CINDY SHERMAN.....	181
SHERMAN Y LA CRÍTICA AL VOLUNTARISMO EN JUDITH BUTLER.....	182
EL CUERPO OCULTO DE SHERMAN... O BUTLER RESITUADA.....	185
HACIA EL CARÁCTER INELUDIBLE DE CUERPO.....	191

C. SEGUNDO NÚCLEO CONCEPTUAL: *CUERPO*

CAPITULO VI - LA MIRADA DEL PSICOANÁLISIS NORTEAMERICANO.....	193
PRESENCIA/AUSENCIA DEL CUERPO.....	193
EL CUERPO EN LOS APORTES CLÁSICOS.....	193
EL CUERPO COMO <i>SELF CORPORAL</i>	198
LA BIOLOGÍA DE LOS CUERPOS COMO FUNDAMENTO.....	204

CAPITULO VII - LA MIRADA DEL FEMINISMO PSICOANALÍTICO

NORTEAMERICANO (CON ESPECIAL REFERENCIA A LA MATERNIDAD).....	214
EL CUERPO DE LA MATERNIDAD, ¿Y SI EL OTRO DESEA?.....	214
MATERNIDAD Y SUJETO MUJER.....	216
LA MATERNIDAD COMO ESPACIO PRE-SIMBÓLICO.....	219
EL CUERPO PRIMIGENIO DE LA MATERNIDAD.....	222
RETÓRICA DEL CUERPO MATERNO.....	224
JESSICA BENJAMIN.....	225
LAS CRÍTICAS DE SUSAN DRIVER.....	228
MADRE SUJETO/MUJER NO-SUJETO.....	229
MATERNIDAD Y HÉTERO-NORMA.....	230
CUERPO FEMENINO: ECLIPSE DE MUJER.....	235
LAS IDEAS DE KAJA SILVERMAN.....	236
<i>CUERPO SENSACIONAL E IMAGO VISUAL</i>	237
LA PANTALLA Y LA MIRADA.....	240
<i>CUERPO-IGUAL-A-SÍ</i>	242

CAPITULO VIII - LA MIRADA EN LAS TENSIONES FEMINISTAS (CON ESPECIAL REFERENCIA A LA IDENTIDAD SEXUAL).....	245
IDENTIDAD SEXUAL EN CLAVE LESBIANA.....	245
LA (HETERO)SEXUALIDAD A DEBATE.....	246
COYUNTURAS POLÍTICAS DE LA IDENTIDAD SEXUAL.....	247
EL <i>CONTINUUM</i> LÉSBICO-HETEROSEXUAL.....	249
LA MIRADA POLÍTICA Y LÉSBICA DE DENISE THOMPSON.....	251
LA MIRADA PSICODINÁMICA Y HETEROSEXUAL DE WENDY HOLLWAY.....	253
DOS ENFOQUES: ADRIENNE RICH Y MICHEL FOUCAULT.....	256
DE ADRIENNE RICH A MONIQUE WITTIG.....	258
LYNNE SEGAL: MÁS ALLÁ DEL ESENCIALISMO, MÁS ACÁ DE LO POLÍTICO.....	260
LOS CUERPOS DEL FEMINISMO: SIMONE DE BEAUVOIR Y LUCE IRIGARAY.....	264
EL CUERPO DE SIMONE DE BEAUVOIR.....	265
EL CUERPO DE LUCE IRIGARAY.....	269

CAPITULO IX - LA MIRADA DE LA TEORÍA <i>QUEER</i>	275
SEXO Y GÉNERO RESITUADOS.....	275
CUERPO: ENTRE MATERIALIDAD Y LENGUAJE.....	277
EL GIRO BUTLERIANO SOBRE EL LESBIANISMO... Y EL CUERPO.....	282
EL FALO LESBIANO.....	285
LA MORFOLOGÍA CORPORAL.....	289
LA SEDIMENTACIÓN CORPORAL DE LAS <i>PERFORMANCES</i>	296
UNA VOZ DIVERGENTE: JOAN COPJEC.....	299
IMAGINARIO MORFOLÓGICO.....	301
LA IDENTIFICACIÓN <i>QUEER</i> MATERIALIZA AL CUERPO.....	303
PUESTA A PUNTO.....	306

CAPITULO X - CUERPO, MATERIALIDAD Y LENGUAJE: HACIA UNA CONVERGENCIA DE LAS MIRADAS.....	308
HACIA UN CUERPO NO DISCURSIVO.....	308
EL CUERPO: UN PROYECTO POLÍTICO.....	309
UNA PEQUEÑA FUGA DEL CUERPO <i>QUEER</i>	314
A LA LETRA DE FOUCAULT.....	316
LA ABYECCIÓN: SEÑAL DE LA MATERIALIDAD DEL CUERPO.....	319
BUTLER MÁS ALLÁ DE LO NARRABLE.....	322
VIDA INVIVIBLE.....	238
<i>RECONOCIMIENTO Y DIFERENCIA</i> : UNA CRÍTICA AL SACRIFICIO DE LA MATERIALIDAD DEL CUERPO.....	331
LA IDEA DE <i>QUIASMO</i>	336
UNA DIVERSIDAD QUE NO OLVIDE LA VULNERABILIDAD DE LOS CUERPOS.....	339

4. SEGUNDO BLOQUE: LA PRESENTE INVESTIGACIÓN

A. ANTECEDENTES Y ESTADO DE LA CUESTIÓN.....	341
ENFOQUE BIOLÓGICISTA.....	341
ENFOQUE FUNDACIONALISTA BIOLÓGICO.....	342
ENFOQUE CONSTRUCCIONISTA SOCIAL.....	343
PERSPECTIVA BAJO EL UMBRAL DE LA AUTENTICIDAD.....	345
APORTES DEL FEMINISMO: UNA ZONA GRIS ENTRE PERSPECTIVAS.....	362
PERSPECTIVA BAJO EL UMBRAL DE LA PERFORMATIVIDAD.....	367
PERSPECTIVA BAJO EL UMBRAL DE LA MULTIPLICIDAD: NUESTRO MARCO DE REFERENCIA.....	377
IDENTIDAD DE GÉNERO – BREVE RECAPITULACIÓN.....	378
IDENTIDAD DE GÉNERO – APORTES EN LA CONVERGENCIA.....	380
CUERPO – BREVE RECAPITULACIÓN.....	382
CUERPO – APORTES EN LA CONVERGENCIA.....	384
NO CONFORMIDAD DE GÉNERO – BREVE RECAPITULACIÓN.....	385
NO CONFORMIDAD DE GÉNERO – APORTES EN LA CONVERGENCIA.....	386
CUADROS SÍNTESIS.....	392
PSICOANÁLISIS NORTEAMERICANO.....	392
FEMINISMO PSICOANALÍTICO NORTEAMERICANO.....	393
FEMINISMO RADICAL NORTEAMERICANO.....	394
TEORÍA <i>QUEER</i>	395
CONVERGENCIA DE MIRADAS.....	396

NO CONFORMIDAD DE GÉNERO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA AUTENTICIDAD A.....	398
NO CONFORMIDAD DE GÉNERO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA AUTENTICIDAD B.....	399
NO CONFORMIDAD DE GÉNERO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA PERFORMATIVIDAD.....	400
NO CONFORMIDAD DE GÉNERO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA MULTIPLICIDAD.....	401
B. ASPECTOS METODOLÓGICOS.....	402
INTERROGANTES QUE ORIENTARON LA INVESTIGACIÓN.....	403
METODOLOGÍA.....	404
SOBRE LA OPCIÓN METODOLÓGICA: <i>GROUNDED THEORY</i>	404
NOCIONES GENERALES.....	404
CARACTERÍSTICAS.....	405
PROCEDIMIENTO GENERAL.....	406
OBJETIVO GENERAL.....	407
OBJETIVOS ESPECÍFICOS.....	407
HIPÓTESIS O TESIS A SOSTENER.....	407
MÉTODOS O DESARROLLO A SEGUIR.....	406
JUSTIFICACIÓN DE LA OPCIÓN METODOLÓGICA.....	409
SUPUESTOS.....	411
SIGNIFICADO.....	413
ACCIÓN E INTERACCIÓN.....	415
SELF.....	417
PERSPECTIVA.....	419
DISEÑO.....	420
SUJETOS.....	421
INSTRUMENTOS.....	421
PROCEDIMIENTOS.....	422
C. DATOS Y RESULTADOS.....	429
CASOS.....	430
SUJETO 1.....	430
SUJETO 2.....	430
SUJETO 3.....	430
SUJETO 4.....	430
SUJETO 5.....	430
SUJETO 6.....	431
SUJETO 7.....	431
SUJETO 8.....	431
SUJETO 9.....	431
SUJETO 10.....	431
SUJETO 11.....	432
IDENTIDAD DE GÉNERO.....	433
CÓMO SE DENOMINAN.....	433
SIGNIFICADO DE LAS DENOMINACIONES.....	433
<i>Huida imposible del cuerpo enemigo</i>	433
<i>Unificación del binario</i>	435
<i>Querer ser lo que (no) se es</i>	437
<i>Parodiar lo que no se es: un anhelo de naturalidad</i>	438
<i>Ser debajo de la bombacha</i>	440
<i>Mujer no nacida mujer</i>	441
<i>El ideal de la masculinidad heteronormada</i>	442
<i>Mujer sin pechos</i>	443
<i>Discontinuidad de género</i>	444
<i>El camino hacia la mujer completa</i>	445
<i>Lo que ves no es lo que es</i>	446
CÓMO FUNDAMENTAN SUS IDENTIDADES.....	446
<i>Esencialismo</i>	446
<i>Construccionismo</i>	448
<i>Construccionismo Trans</i>	449
RECUERDOS DE IDENTIDAD.....	449
MUTACIONES DE LA IDENTIDAD.....	453
CUERPO.....	457
CUERPO MALEABLE.....	457
CUERPO AJENO.....	461
IDENTIDAD Y CUERPO -	
NO CONFORMIDAD DE GÉNERO: COLISIÓN DE SENTIDOS HEGEMÓNICOS.....	463
ALMA MASCULINA/CUERPO FEMENINO.....	463

<i>MASCULINIDAD TRANS, SIN PENE</i>	465
<i>PARODIAR PARA QUITARSE EL DISFRAZ</i>	467
<i>UN ANHELO DE AUTENTICIDAD</i>	469
<i>SER EN LA IMAGEN</i>	473
<i>PARODIAR CON RESPETO</i>	477
<i>EL PENE MASCULINIZANTE</i>	479
<i>ENTRE MUJER Y HOMBRE</i>	480
<i>VARÓN, MUJER... EN EL INTERIOR LA MISMA PERSONA</i>	481
<i>TRANSEXUAL... UNA MUJER (CASI) COMPLETA</i>	482
<i>EL RESTO DEL ANTERIOR SER</i>	484
IDENTIDAD SEXUAL.....	485
D. HALLAZGOS Y CONCLUSIONES	488
PUNTUALIZACIONES FINALES.....	489
REFLECIONES FINALES.....	495
COMENTARIOS FINALES.....	500
5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	503
ANEXO	549

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a mi familia por proyectarme un futuro viable. A mis directoras, Norma Delucca y María Luisa Femenías, por su generosidad y por sus sospechas respecto a la factibilidad de esta tesis, la que, de algún modo, les pertenece. A la Universidad Nacional de La Plata y su espíritu. Al *Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género*, un marco de referencia. A la *Comisión de Investigaciones Científicas* de la Provincia de Buenos Aires y, especialmente, al *Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas*, por las becas otorgadas. A Rocío Arauco por su apoyo afectivo y administrativo. A Telma Piacente por la excelencia y el carácter ordenador de su Taller de Tesis.

A mis amistades...

A lxs chicxs... por sus palabras...

PRESENTACIÓN

CARTOGRAFÍA PARA UN TERRITORIO COMPLEJO

...se relevaron 420 nombres de amigas fallecidas (...) el 35% murió cuando tenía entre 22 y 31 años y el 34% entre los 32 y 41 años

Lohana Berkins & Josefina Fernández
La gesta del nombre propio:
Informe sobre la situación de la
comunidad travesti en la Argentina

Algo excede al marco que perturba nuestro sentido de la realidad; o, dicho con otras palabras, algo ocurre que no se conforma con nuestra establecida comprensión de las cosas

Judith Butler, *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*

Como toda categoría subsidiaria de la propagación del ordenamiento actual de los géneros –dicotómico, exhaustivo y jerárquico, que opera bajo la dinámica constante de inscribir seres *humanos* en franjas poblacionales abyectas–, la *no conformidad de género*¹ se presenta de modo difuso y sutil, bajo diferentes rostros y nominaciones, en todos los aportes que toman por objeto al desvió respecto a las formas inteligibles basadas en la relación natural, necesaria y coherente entre sexo-género. Por su parte, la *conformidad de género* se encuentra presente de modo subterráneo en toda expresión cultural que disemina significados hegemónicos respecto a *ser mujer, ser varón, la feminidad y la masculinidad*.

Es así que las aproximaciones conceptuales al respecto, en sus múltiples miradas, enfoques y perspectivas, se vuelven más explícitas y evidentes cuando el foco de las indagaciones apunta a toda expresión sexo-genérica que muestra un desajuste respecto a lo esperable. El amplio espectro integrado por personas intersexuales, transexuales, travestis, incluso homosexuales –por tomar las categorías instaladas a la hora de denominar localizaciones identitarias– se han convertido en objeto de reflexiones.

¹ Por cuestiones metodológicas no se utilizan las denominaciones *Transgénero, Trans, Travesti*, entre otras que, en su conjunto, describen una amplia diversidad de personas cuya expresión o identidad de género difiere de la asignada al nacer. Aquí optamos por la categoría descriptiva *no conformidad de género* ya que nos permite hacer referencia a este conjunto de personas sin adjudicarles previamente una categoría identitaria que no sea la auto-atribuida o auto-asignada. La utilización de esta categoría es muy poco frecuente en la literatura especializada al respecto, proviene de la expresión *gender nonconformity* o *gender nonconforming*, y en todos los casos refiere a personas que no reproducen el género asignado.

Esta tesis de doctorado se sostiene en una profunda investigación bibliográfica y en los hallazgos obtenidos mediante trabajo de campo. A diferencia del grueso de las producciones organizadas en torno a la *no conformidad de género*, este aporte no se aproxima al tema en términos de desvío social, ni de patología, tampoco de etiología. El marco teórico de referencia aquí articulado no se interesa por delimitar e indagar una realidad sustancial específica de los sujetos *per se* comprendidos dentro de la categoría *no conformidad de género*. La perspectiva adoptada intenta explorar los relatos de los sujetos sobre sí mismos en relación con su identidad y su cuerpo. Desde un posicionamiento que admite la diversidad, tales relatos permiten iluminar aspectos nodales respecto a la construcción social y subjetiva del género que la *conformidad de género* naturaliza. Para poner esta perspectiva en danza, la indagación bibliográfica² se centra en las categorías de *identidad de género* y *cuerpo* tal como circulan en diferentes miradas teóricas que forman parte del contexto norteamericano contemporáneo. Tales categorías han sido elegidas debido a que constituyen los vectores conceptuales que sostienen la idea de *conformidad* o *no conformidad de género*. Los múltiples y divergentes sentidos posibles que se adjudican al constructo *no conformidad de género*, desde diferentes enfoques y bajo variadas denominaciones, dependen del modo en que se entienden estas categorías, así como las relaciones que establecen entre sí.

Por otra parte, se ha optado por marcos referenciales norteamericanos por tres razones. En primer lugar el contexto norteamericano ha sido el contexto donde la categoría de género se ha gestado. Allí ha realizado los trazos que enhebran el campo de la lingüística, la psiquiatría y la endocrinología, el psicoanálisis, la teoría feminista y la teoría *Queer*. Dar cuenta seriamente de esta compleja genealogía requiere apelar a las producciones que respetan este contexto. En segundo lugar, no existe una proliferación de producciones locales que delimiten un canon de literatura especializada en torno a la temática *trans*³, o a todas aquellas identidades de género no alineadas conforme a lo socialmente esperable de acuerdo a la *naturaleza* de los cuerpos biológicos. En tercer lugar, al menos en el ritmo y diseminación de las conceptualizaciones específicas atinentes a esta temática, el contexto norteamericano opera como una *caja de*

² La búsqueda, clasificación y sistematización bibliográfica que forma parte de este primer bloque (exceptuando los CAPÍTULOS V y X) se realizó entre octubre del 2007 y marzo del 2012, gracias a las Becas de *Entrenamiento, Estudio y Perfeccionamiento* otorgadas por la *Comisión de Investigaciones Científicas* (CIC) de la Provincia de Buenos Aires.

³ No así en el caso del feminismo. María Luisa Femenías (2002, 2005, 2006, 2007a) ha recuperado la historia de las luchas de las mujeres latinoamericanas contra las desigualdades ancladas en el género y, también, los importantes aportes teóricos que las feministas latinas introdujeron en el debate internacional.

resonancia donde se gesta y, posteriormente, se expande, la vanguardia conceptual. Reunir aportes locales que guarden una densidad teórica notable a la hora de pensar el tema en su intersección con otros núcleos identitarios propios de la realidad latinoamericana constituye una investigación en sí misma no considerada en este caso.

A partir del rastreo bibliográfico se realiza una investigación empírica⁴ que pretende indagar los modos en que sujetos *no conformes al género* se auto-denominan, cómo recrean dese un sentido singular tales categorías y qué lugar ocupa el cuerpo en estas auto-percepciones en torno al género.

Es preciso aclarar que la elección del tema, así como su abordaje a partir del diálogo y la articulación entre aportes de diferentes campos disciplinares, obedece a mi inscripción en diferentes espacios de formación. Por un lado, la propuesta programática diseñada por la Prof. Norma Delucca en la asignatura *Psicología Evolutiva II* – perteneciente a la *Facultad de Psicología*, UNLP– me enfrentó ante una línea del psicoanálisis no replegado sobre sí mismo, abierto a un diálogo que permite la introducción de la historicidad, y con ella la diversidad y la multiplicidad, en su campo. En sus investigaciones⁵ encontré una formación y revisión continua de marcos teóricos que desafiaban lecturas psicoanalíticas clásicas a la luz de miradas de otras disciplinas, principalmente las Ciencias de la Complejidad, la Sociología y la Antropología. Fue en ese contexto donde me encontré con el feminismo psicoanalítico norteamericano de Jessica Benjamin.

Por otro lado, el *Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género* (CINIG) – perteneciente al *Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales* (IdIHCS), UNLP - CONICET– constituye el contexto de una profunda y rigurosa formación que la Dra. María Luisa Femenías ofrece a quienes formamos parte de sus proyectos de investigación⁶. Las diferentes procedencias disciplinares de quienes

⁴ Todos los segmentos que forman parte de esta investigación empírica, expuesta en el segundo bloque (incluyendo los CAPÍTULOS V y X del primer bloque) se realizaron a partir de abril del 2012, gracias a la Beca *Interna Doctoral* otorgada por el *Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas* (CONICET) del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Presidencia de la Nación. La obtención de esta Beca no sólo me permitió ampliar y profundizar la exégesis bibliográfica, sino que me enfrentó al desafío de organizar hallazgos previos y reunirlos con la realización de un trabajo de campo bajo la forma de una tesis doctoral.

⁵ “Ejercicio de la parentalidad en familias con niños de La Plata (y Gran La Plata)” (11/ H.390) y “Modalidades de la diversidad, en el ejercicio de la parentalidad y la pareja” (11/ SO.12), acreditadas y subsidiadas por la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad Nacional de La Plata.

⁶ “Femenino / Masculino. La conceptualización de lo humano en el pensamiento contemporáneo: la irrupción de la multiplicidad” (11/ H.471) y “La constitución del sujeto-agente: los aportes de la filosofía de Judith Butler y su influencia actual” (11/ H.591). Actualmente, en curso: “Espectros, diálogos y

integrarnos su equipo contribuye a un diálogo prolífico en torno a la perspectiva de género, la teoría feminista y los estudios del multiculturalismo. Allí me encontré no sólo con el pensamiento de Judith Butler, sino con las producciones de aquellas pensadoras que la precedieron y modelaron el contexto de producción de su obra. Ir a los fundamentos de su pensamiento, siempre desde una perspectiva crítica y en el marco de grupos de discusión, hizo viable la posibilidad de enfrentar sus textos.

Finalmente, la formación simultánea recibida en estos espacios fue articulada bajo la invocación de la propuesta teórica de la Dra. Irene Meler. Su preocupación por producir elementos teóricos que integran conceptos del psicoanálisis, estudios de género y teoría feminista marca el horizonte hacia el cual tiende esta tesis.

En este contexto, el recorrido propuesto se inicia con un primer bloque denominado *Aspectos teóricos*. Allí se ofrecen consideraciones teóricas en torno a dos núcleos conceptuales: *identidad de género* y *cuerpo*, a partir de cuatro miradas: el psicoanálisis norteamericano, el feminismo psicoanalítico norteamericano, la teoría feminista y la teoría *Queer*. Cada capítulo constituye una unidad en sí misma, con un recorrido argumentativo propio, y deja deslizar, de manera explícita o subyacente, líneas que componen el recorrido total. Construir el trayecto ofrecido conllevó un trabajo en dos vertientes, cada una de las cuales guarda algún grado de originalidad: un primer aspecto longitudinal propio del trayecto propuesto, contrastando marcos teóricos a partir de las categorías que resultan de interés; un segundo aspecto transversal da cuenta de la sistematización propia de cada uno de los capítulos que marcan los diferentes tramos del recorrido. Asimismo, para cada categoría propuesta, se ofrece una posible convergencia entre todas estas miradas, que de ningún modo guarda la pretensión de síntesis, más bien la de sopesar aspectos, mantener tensiones a modo de un sistema de pesos y contrapesos que aporta complejidad al tema.

En el marco del despliegue del primer núcleo conceptual: *Identidad de género*, el CAPITULO I –*La mirada del psicoanálisis norteamericano*– da cuenta de los principales desarrollos del psicoanálisis norteamericano que han incorporado la categoría de género de la mano de Robert Stoller, a partir de la década del ‘60. Las ideas expuestas emergen a partir de la indagación, y posterior selección, de un grupo de analistas que continuaron con una línea de investigaciones empíricas tendientes a

someter a prueba premisas fundamentales del psicoanálisis freudiano –sobre todo aquellas que giran en torno a algunas consecuencias teóricas articuladas a partir de la diferencia sexual anatómica. La categoría clave de estos desarrollos es la de *identidad de género*, siempre en un contexto conceptual en el que gravitan la importancia de aspectos pre-edípicos en el desarrollo infantil, los procesos de separación-individuación y, sobre todo, las identificaciones tempranas que se despliegan en el marco de las relaciones de objeto. Justamente, el objetivo último en este segmento es mostrar el lugar que la identificación adquiere, más allá de su papel en la configuración de la *identidad de género*, en este contexto teórico específico. Allí, claramente, el periplo de la identificación no se aparta del estrecho sendero trazado por los destinos prefijados por el sexo anatómico, donde el precepto normativo no examinado de *identificarse con lo mismo* asegura que la identidad se propague siendo, justamente, idéntica a sí misma. Debido a que la categoría de género, tal como se utiliza allí, proviene de la medicina, sólo cuenta como realidad psicológica o atributo personal. Es así que sólo en un sentido superficial los aportes de Stoller pueden ser considerados construccionistas. Es cierto que la identificación guarda en sí la posibilidad de abrazar modelos no previstos de acuerdo a lo esperable, pero considerar estas posibilidades sin que denoten desvío patológico requiere, al menos, la incorporación de aspectos sociales y normativos del género aquí descuidados. La identificación disfraza, de un modo u otro, una concepción que entiende lo psíquico como despliegue de lo ya contenido en la biología de los cuerpos.

El CAPITULO II –*La mirada del feminismo psicoanalítico norteamericano*– presenta, junto a sus límites, las ideas de Nancy Chodorow y, principalmente, de Jessica Benjamin. Se priorizan ambos enfoques debido al intento de articular aspectos histórico-sociales con los marcos referenciales clásicos del psicoanálisis norteamericano. Ambas pensadoras reflexionan sobre las causas y consecuencias psicológicas del modo desigual en que el patriarcado ordena los géneros. La identificación, a esta altura, no se dirige hacia destinos naturalizados, sino hacia sitios delineados por ordenamientos culturales. Es la identificación el concepto que ilumina el modo en que a nivel interpersonal e intrapsíquico se dirimen consecuencias histórico-sociales. Se trata de una vía a partir de la cual se produce la captura singular del género social. Sin embargo, como se señala, este ingreso de lo socio-cultural al discurso psicoanalítico no es sin inconvenientes – incluso puede ponerse en duda su legitimidad. No hay dudas de que lo social es tenido en cuenta cuando se trata de reconocer las condiciones de desigualdad entre los roles

atribuidos a varones y mujeres. Sin embargo, tal ordenamiento configura una situación cristalizada, un punto teórico de partida, y las consecuencias teóricas que de allí se desprenden tienden a coagular el orden de cosas dado. Entonces, no se incluyen dinámicas sociales más allá de díadas Yo-Tu. En algún sentido el sesgo individual triunfa y las consecuencias psíquicas de la desigualdad de género son consideradas entre sujetos concretos que protagonizan la crianza. Como fuere, una primera transformación opera, pues se produce una primera resignificación feminista, en el interior de la teoría psicoanalítica, de la marca psiquiátrica y endocrinológica que el concepto de género mantuvo en sus intentos originales por explicar problemáticas ligadas a la no coincidencia entre el sentido psicológico del género y aspectos corporales.

El CAPITULO III –*La mirada en las tensiones feministas (con especial referencia al problema de la pornografía)*– expone algunos aspectos del ingreso de la categoría de género en el campo del feminismo norteamericano de los años '70. Debido a la vastedad de las producciones feministas, se ha optado por seleccionar un núcleo de debate –el problema de la pornografía– como una vía de acceso a las aproximaciones y usos que el feminismo –sobre todo en su vertiente radical– ha realizado respecto al concepto de identidad de género. En este contexto, la identidad de género, y las identificaciones, constituye una urdimbre que compone una trama cabalmente política. Surgen nuevos sentidos en torno a tal categoría más allá de la dimensión psicológica. Se trata de construir una plataforma política a partir de la cual efectuar reclamos y reivindicaciones, en nombre de *La mujer*. Sin embargo, esta identidad, y su pretensión de representar a todas aquellas que se adscriben/identifican a ella, ha sido construida en los argumentos feministas en torno a la pornografía a partir de fuertes componentes esencialistas. Identidad de género, entonces, dio cuenta de un profundo sentido de pertenencia a un colectivo coagulado en torno a atributos compartidos naturalmente por todas. Los debates en torno a la pornografía constituyen un escenario privilegiado para analizar el modo en que se ha concebido la rigidez de la complementariedad entre las identidades de género esencializadas, donde el dominio masculino ha sido sexualizado como placer y anclado naturalmente en los cuerpos y en las identidades de género masculinas. Aún así, también se señala la existencia de otras posturas que plantean pensar a las identidades de género en términos de complejas construcciones políticas.

El CAPITULO IV –*La mirada de la teoría Queer*– aporta algunas claves del desmontaje producido a partir del primer tramo del pensamiento de Judith Butler, a pesar de que los aportes conceptuales allí reunidos, condensados y muchas veces no

referenciados, se inician tiempo atrás. Se pone de relieve, entonces, el cuestionamiento que el pensamiento de Michel Foucault generó respecto a las políticas de identidad. El creciente primado de enfoques que privilegian aspectos discursivos y significantes subvirtió la idea de identidades en términos de un anclaje sustancial, monolítico y fijo de las subjetividades. La onda expansiva del giro antiesencialista radical propio de esta mirada conmocionó a tal punto la solidez de las identidades que rápidamente comenzaron a tornarse, en el plano teórico, frágiles, precarias e inestables, cuando no ficciones con las que nos puebla el lenguaje. La idea que alimenta la Teoría *Queer* –a saber: ningún elemento por fuera del discurso participa en la articulación del sujeto– no dejó indemne, claro está, a las identidades de género. Esta concepción teórica echa mano a las identificaciones para pensar como el sujeto se configura en un fluir continuo a lo largo del tiempo, sólo arrojando sedimentaciones que generan la ilusión de permanencia y fijeza, de espacialidades identitarias que capturan y restringen nuestro *self* y sus posibilidades de imaginarse como siendo otra cosa. Si el sujeto es, desde aquí, la fluctuación constante de un raudal de identificaciones, éstas se encuentran comandadas por los arreglos y las valencias de poder que entretejen el campo social. Los fundamentos de las identidades de género se vuelven, contingentes. El esfuerzo analítico debe dirigirse, entonces, hacia develar los artilugios ideológicos que borran el proceso de producción de la naturaleza como fundamento pre-discursivo de las identidades de género, esto es: que imprime continuidad, conformidad y coherencia allí donde no, necesariamente, la hay: entre sexo, género y deseo. La identificación, en tanto comandada por un orden político, muestra la potencialidad de ser utilizada, también políticamente, de modo subversivo. Entonces, las direcciones de las identificaciones bien pueden variar, abriendo nuevas posibilidades más allá de los límites de las identidades sustanciales y su ficción de exterioridad y abismo que zanja la idea problemática de diferencia. Pero, como también intentaremos mostrar, esta postura no es armónica, y guarda sus complejos problemas.

El CAPITULO V –*El sujeto entre Freud y Foucault: hacia una convergencia de las miradas*– observa la articulación entre elementos del psicoanálisis freudiano y del pensamiento de Michel Foucault que realiza Judith Butler en pos de una teoría del sujeto. Se tiene en cuenta la propuesta de la autora a la hora de pensar las identidades como la forma psíquica que adopta el poder. En esta propuesta la identificación cobra especial relevancia como *mecanismo psíquico del poder* –que explica la formación normativa de la identidad de género. Aquí el campo político irrumpe en la regulación de

las identificaciones, puesto que la propuesta de Butler no sólo deja en claro la falta de autonomía del sujeto en cuanto a la gestión de sus identificaciones constitutivas, sino que anula todo margen para teorizar la posibilidad de resistencia ante el poder. Se observa entonces, de modo crítico, que la prometedora articulación propuesta entre Freud y Foucault para pensar al sujeto no resulta provechosa, al menos para los fines de esta indagación. Seguramente por el modo en que Butler concibe la identificación – como interiorización de la norma– es que la teoría del poder foucaultiana absorbe y anula la posibilidad de agencia buscada en los aportes psicoanalíticos. En este contexto se propone refigurar la identificación butleriana bajo la idea de sujetos *ex-státicos* como alternativa, incipiente, para salvaguardar la idea de agencia ante el devastador interés de demoler la idea de sujetos autónomos.

A modo de un *Puente posible entre núcleos conceptuales* se ofrecen algunas reflexiones sobre *Las restricciones corporales de las identidades múltiples* a partir de la obra fotográfica de Cindy Sherman. Las ideas que se ofrecen auspician de transición hacia el abordaje cabal en torno al cuerpo. Se muestra sucintamente el modo en que el análisis de las identidades de género conduce y reclama constantemente tematizar al cuerpo. Si en el capítulo anterior la idea de un sujeto autónomo y libre –modo en que se entendió la idea de *performance* en los escritos butlerianos iniciales– es contrarrestada a partir de una concepción de identificación librada al juego normativo, aquí se vislumbra otro elemento de su teoría que complementa los aportes hasta aquí considerados: las restricciones constitutivas que operan en la materialización de los cuerpos. Entonces, la obra temprana de Cindy Sherman, como espacio que permite figurar aspectos del pensamiento de Judith Butler, confronta un modelo teatral de identidad voluntaria y libre con un modelo que concibe la posibilidad de improvisaciones en un campo de restricciones constitutivas. Ante el abordaje de los problemas propios del sujeto moderno que refiere al despliegue y la puesta en forma de múltiples personajes que socavan un centro sustancial y autónomo; el que refiere a las improvisaciones en un campo normativo, en cambio, abre la posibilidad de refigurar un modelo de subjetividad incardinada que deberá reconocer otras estrategias políticas que no transcurran por la vía de la libertad. En las líneas teóricas butlerianas que consideran la posibilidad de sujetos agentes es, justamente, donde la actividad humana encuentra sus restricciones que son, al mismo tiempo, condiciones de posibilidad; y la agencia que la torna capaz de refigurar la norma. De ambas características carece gran parte de la retórica posmoderna que deja deslizar la unicidad de un individuo atomizado y autorreferencial.

La posibilidad de modelar la propia identidad a partir de identificaciones múltiples no depende, entonces, de un sujeto previo sino de valencias y restricciones simbólicas que constituyen, y operan desde, la materialidad de los cuerpos.

El trayecto del segundo núcleo conceptual: *Cuerpo*, inicia con el CAPÍTULO VI –*La mirada del psicoanálisis norteamericano*. En él se exponen aportes clásicos que giran en torno, principalmente, del concepto de *self corporal*. Una serie de autores, entre los que se destaca Paul Schilder, dan cuenta del modo en que el cuerpo se construye como una representación que abraza ese objeto privilegiado entre otros del mundo. La importancia de la superficie corporal y los límites de la piel también irrumpen como superficie necesaria que genera una fuente de estímulos a partir de los cuales se establece la diferencia entre mundo *interno* y *externo*. También se seleccionan aportes contemporáneos que intentan, de manera franca respecto a su tradición, hallar los correlatos entre el psicoanálisis y el campo de la biología. Son estos aportes los que develan el lugar que el cuerpo tiene en este marco de pensamiento, a saber: un núcleo de referencia último, no examinado epistemológicamente, una base sustancial y natural que determina no sólo la identidad de género, sino lo psíquico en general.

El CAPÍTULO VII –*La mirada del feminismo psicoanalítico norteamericano (con especial referencia a la maternidad)*– expone la heteronorma intrínseca al sistema de parentesco a partir del cual se decodifican los cuerpos de las mujeres en base a una interpretación centrada en aspectos biológicos. De allí se desprende la maternidad como categoría con problemáticas concomitantes, que tienen que ver con la dimensión del Sujeto, en términos filosófico-políticos, y con la dimensión del Deseo materno, anulado teóricamente mediante la producción de un sujeto maternal abstracto. Como contrapartida emerge la necesidad de concebir la experiencia de las mujeres, donde el cuerpo no se reduce a una esencia que oculta el Sujeto Mujer, más bien es entendido como históricamente situado, desde donde es posible articular su dimensión deseante. Si la maternidad responde a un orden de cosas propio de una concepción de cuerpo pre-simbólico, en términos de un sitio fuera del discurso que muestra ser heteronormado y que ancla la maternidad en el *ser* mujer, entonces la perspectiva que devela una retórica del cuerpo materno adviene como una posibilidad teórica que evidencia las estrategias discursivas que nos conducen a los aportes de Judith Butler al respecto. Es, justamente, esta autora, quien ofrece una noción de parentalidad que ensaya un desacople con toda marca sexo-generizada y, entonces, resitúa los cuerpos de modo tal que se torna posible devolver a las mujeres la dimensión subjetiva. Finalmente, el interrogante respecto a

qué es aquello que conduce a ciertos sujetos a identificarse con mandatos impuestos culturalmente nos conduce a un análisis específicamente centrado en el cuerpo que, al mismo tiempo, nos permite pensar en aquellos sujetos *desalineados*.

El CAPÍTULO VIII –*La mirada en las tensiones feministas (con especial referencia a la identidad sexual)*– presenta cruces conflictivos entre miradas que inscriben a la identidad sexual como una configuración que responde únicamente a coordenadas políticas o bien como un constructo más complejo que excede una toma de decisión voluntaria a favor de los objetivos separatistas de ciertos sectores del feminismo radical lésbico norteamericano. Nuevamente, decanta una mirada subterránea en torno al cuerpo en términos esencialistas, superficie donde se inscribe la naturaleza agresiva de los varones, tomados como representantes carnales del patriarcado, que deben ser evitados mediante la identificación de mujeres con mujeres –operación ubicada en la base de amor lésbico. Por otra parte, no es posible abordar el cuerpo desde un punto de mira feminista sin apelar a dos intelectuales francesas que han capturado al cuerpo de modo diferencial bajo el espectro de los debates feministas: Simone de Beauvoir y Luce Irigaray, ambas de gran relevancia en la producción *Queer* de Judith Butler. Todo el capítulo intenta mostrar, en última instancia, al cuerpo como aquel recurso último, y maleable, al que se le da forma y consistencia de modo conveniente para inscribir y llevar adelante objetivos políticos.

En el CAPÍTULO IX –*La mirada de la Teoría Queer*– se presentan los aportes del pensamiento de Judith Butler pertenecientes al primer segmento de su obra. Su pensamiento, que muestra la fuerte influencia de Michel Foucault, tematiza al cuerpo como una construcción siempre discursiva que, nunca podría cobrar existencia extradiscursiva, puesto que son las marcas del lenguaje quienes contornean límites, no naturales, que imponen morfologías ideales a partir de las cuales los sujetos se articulan. Es así que se enfatiza cómo las presentaciones que se enmarcan dentro de la *no conformidad de género* cuestionan el binario *sexo/género* y el modelo dimórfico de la diferencia sexual. Por otra parte, Butler sugiere las *performances* de género se vincula con la materialización de los cuerpos, y es desde allí que se propone a la identificación como constitutiva, no sólo de la identidad de género, sino de su correlativa *morphe* corporal imaginaria. Así, la mirada *Queer* disuelve la solidez de los cuerpos en el discurso y la identificación, sobre la que cabalga la norma, modela los límites corporales en aquel espectro de fluctuaciones entre materialidad y lenguaje.

El CAPÍTULO X –*Materialidad y discurso: hacia una convergencia de las miradas*– intenta matizar las líneas hiper-constructivistas presentes en los escritos iniciales de Judith Butler respecto al cuerpo, a partir del rescate de líneas que sugieren la imposibilidad de perder el anclaje en aspectos materiales que exceden la dimensión discursiva. Se intenta establecer una convergencia de miradas que, por un lado, no descuide aspectos concretos de existencia por los que atraviesan los cuerpos que habitan localizaciones políticas indeseadas y, por otro lado recuperar todos los cuerpos a partir de la vulnerabilidad que otorga cierta ontología universal, como tiende a afirmar Butler actualmente. Esto no implica olvidar que tales cuerpos –que sufren, aman, enferman, disfrutan y mueren– no adquieren significación si no es al interior de una marca discursiva que otorga inteligibilidad social. Afirmar que algo del cuerpo excede al lenguaje no significa, necesariamente, exaltar el cuerpo como fundamento ni como sustancia que guarda la potencialidad de determinarlo todo.

El segundo bloque expone *La presente investigación*. Allí se recupera el recorrido anteriormente ofrecido bajo una perspectiva teórica que entrecruza –nunca de manera fluida y sin conflictos– un psicoanálisis norteamericano que incorpora la categoría de *género* en su genealogía feminista, de corte construccionista social, con la teoría *Queer* en la versión de Judith Butler. Tales entrecruzamientos pretenden generar un marco de referencia complejo que sopesa la radicalidad de los planteos *Queer*, propia de los desarrollos tempranos de Judith Butler en torno a la *identidad de género* y al *cuerpo*, a partir de ideas del feminismo psicoanalítico norteamericano y de aportes más recientes de la propia Butler. Se trata de exponer el modo en que la identidad fluctúa entre el puro disciplinamiento y la posibilidad de agencia, entre la pura cristalización de lo mismo y la posibilidad de proliferar en otros modos posibles de existencia; y el modo en que el cuerpo fluctúa entre su pura existencia discursiva y una realidad material pre-discursiva que exige una preocupación sobre él en tanto objeto de disputas políticas más allá de la resignificación lingüística.

Si los aportes de Judith Butler permiten el desplazamiento desde criterios normativos que entienden al género como la expresión natural y directa de los cuerpos sexuados, hacia una comprensión del género en términos de un sistema normativo de control, entonces los aportes del psicoanálisis nos devuelve la preocupación por los modos particulares de subjetivación. Es en este sentido que cobran relevancia las voces de los sujetos a la hora de dar cuenta del modo en que se localizan y discurren entre las categorías con las que contamos.

El recorrido de este bloque inicia, entonces, con los *Antecedentes y estado de la cuestión*. Ya desarrolladas miradas diversas en el bloque anterior, aquí se exponen brevemente los enfoques clásicos con los que se suele abordar la *no conformidad de género* –biologicismo, fundacionalismo biológico y construccionismo social– para, luego, ordenar, de manera más extensa, lo que se ha dicho sobre el tema a partir de tres perspectivas –autenticidad, performatividad y multiplicidad, siendo ésta última el marco teórico de referencia propuesto. *Los aspectos metodológicos* se presentan, luego, como un intento de fundamentar la metodología adoptada para el análisis de los datos en función de la propuesta teórica. Teniendo en cuenta que se trata de una investigación bajo la perspectiva de la diversidad, el siguiente apartado donde se presentan los *Datos y Resultados* prioriza los sentidos singulares de los casos entrevistados en función de las categorías rectoras de la presente tesis: *Identidad de Género, Cuerpo* y la articulación e interacción entre ambas. Finalmente, en las *Hallazgos y Conclusiones* en función de los objetivos planteados se ofrecen, ahora sí, datos más o menos generales que permiten reflexionar sobre regularidades, sin pretensiones de alcance universalizante, que transversalizan los casos abordados.

En suma, la intersección propuesta constituye una alternativa teórica posible a la hora de pensar modos particulares de subjetivación en torno a la diversidad más allá del destino de la patologización, la inferiorización y la exclusión. Abordada en perspectiva, la riqueza de esta tesis se encuentra en su recorrido más que en la segmentación de sus contenidos. Finalmente cabe aclarar que este aporte abraza las incertidumbres y suspende las certezas, pero, siempre, a la espera de que su riqueza radique en su carácter de cartografía posible que, bajo la excusa de guía, exige el recorrido de un territorio complejo.

PRIMER BLOQUE
ASPECTOS TEÓRICOS

PRIMER NÚCLEO CONCEPTUAL

IDENTIDAD DE GÉNERO

CAPÍTULO I
IDENTIDAD DE GÉNERO
LA MIRADA DEL PSICOANÁLISIS NORTEAMERICANO

Lunes. La nueva criatura dice que su nombre es Eva (...). Dice que es para llamarlo cuando quiera que venga (...). Dice que ella no es un lo, es una la (...). me da lo mismo; no me importa lo que ella sea si ella me deja en paz y no me habla

Mark Twain, *Diarios de Adán y Eva*

*-Bajamos cada vez más hacia las profundidades –
dijo ansiosa la señora
-Allí donde se halla la verdad –dijo Chantal*

Milan Kundera, *La identidad*

Las líneas del desarrollo

En 1982 el *Journal of the American Psychoanalytic Association* –uno de los más influyentes y de mayor impacto en Estados Unidos– dio a conocer algunas líneas de discusión, coordinadas por Robert Stoller y Samuel Wagonfeld, sobre la incorporación de la categoría de género en el psicoanálisis norteamericano. Las contribuciones que allí se presentan bajo la coordinación de Stoller forman parte de investigaciones llevadas a cabo por algunos de los pensadores de mayor relevancia en aquel momento: Eleanor Galenson, Henri Parens y Phyllis Tyson –en rigor, aquellas comunicaciones fueron una selección de líneas centrales de investigaciones previamente publicadas en el *Journal* bajo el formato de artículos científicos.

Todas estas producciones se inscriben dentro del novedoso espectro conceptual inaugurado por Stoller. Aquellas investigaciones, en aquel momento innovadoras, adoptan como marco de referencia un psicoanálisis que aloja la categoría de género, vinculadas al temprano interés de Freud respecto al desarrollo de la sexualidad. Como es posible apreciar en la obra del padre del psicoanálisis, la sexualidad transcurre por derroteros diferenciales según se trate de niños o niñas. A partir de las contribuciones de Stoller se han reconfigurado los significados de términos nodales a la hora de abordar la temática. El sexo, nos dice Stoller, es definido como la base biológica y fisiológica para

el desarrollo corporal (masculino o femenino). El género, previamente oculto tras el sexo, da cuenta de la irrupción de una nueva dimensión que refiere a los significados sobre la masculinidad y femineidad.

A pesar de que el conocimiento emergente desde el campo del psicoanálisis respecto al desarrollo diferencial de acuerdo al género se ha encontrado restringido por la comprensión del desarrollo sexual, en la década del '60 se produjo una torsión analítica interesante. Tal como señala Stoller un amplio espectro de investigaciones provenientes de la biología, de la observación temprana del desarrollo infantil, de estudios sobre la crianza familiar y de datos provenientes de situaciones psicoterapéuticas arrojaron un interés creciente por aspectos pre-edípicos del desarrollo, la unión diádica, la fusión inicial con el objeto y su relación con la fase de separación individuación. Estas nuevas formas de obtener datos dentro del campo psicoanalítico, más allá del análisis de pacientes adultos, ha permitido, a criterio de Stoller, el diálogo con otras disciplinas. Stoller aboga a favor de generar nuevas formulaciones teóricas a partir de una metodología guiada por una epistemología que se adapte más a los cánones de los requerimientos de la ciencia estándar. Desde su punto de vista es posible observar, incluso mensurar, la envidia del pene, las fantasías de embarazo, la sexualidad infantil.

En esta línea, Phyllis Tyson (1982) entiende que la *identidad de género*, tal como ha sido delimitada por Stoller (1968), constituye una línea de desarrollo específica integrada por tres áreas que, aunque relacionadas entre sí, son independientes. En primer lugar, Tyson retoma los desarrollos de Stoller (1976) para delimitar el primer componente de su constructo teórico: la *identidad de género nuclear*, entendida como el conjunto de atributos que integran el sentido individual respecto a la masculinidad o feminidad. Constituye el más primitivo sentido, tanto consciente como inconsciente, de pertenecer a uno de los sexos y no al otro. Su desarrollo integra la confluencia de elementos biológicos –la autora pone especial énfasis en los aspectos anatómicos– y componentes psicológicos –en este punto son referidas las relaciones de objeto, las identificaciones y los conflictos bisexuales intrapsíquicos–, finalmente, la autora menciona la influencia de aspectos sociales y culturales. Tyson sitúa los orígenes de la identidad de género, entonces, en esta temprana identidad de género nuclear. Este núcleo de conciencia primitiva de pertenecer a uno u otro sexo es conformado, entonces, por la convergencia de la fisiología y la anatomía genital, el sexo asignado al nacer, la calidad de la crianza, las relaciones de objeto, las funciones del yo y las

capacidades cognitivas (Money, 1957, 1965; Money & Ehrhardt, 1972; Stoller, 1968; Galenson & Roiphe, 1976, 1980).

En segundo lugar, Tyson refiere al *rol de género* en términos de conductas en relación con el género dirigidas hacia otros. El rol de género se origina en las interacciones tempranas, conscientes o inconscientes, entre el niño y sus objetos. Estas interacciones se configuran a partir de las actitudes de los padres respecto al sexo biológico del niño. En última instancia, amplía la autora, se trata de la conducta manifiesta en relación con otras personas. En este punto, Tyson se apoya en Kohlberg (1966) y Kleeman (1976) para destacar la importancia de los aspectos cognitivos a la hora de percibir y etiquetar datos biológicos. Tyson destaca el modo en que el auto-denominación –esto supone la capacidad del niño de localizarse bajo una de las categorías de género– organiza la experiencia de género y guía al infante en la búsqueda de objetos similares como modelos de conducta con quienes identificarse. Es así que la autora destaca el importante rol de los padres, cuyas actitudes hacia el sexo biológico del niño transmiten los roles de género social y culturalmente estereotipados. El resultado es, pues, una combinación de aspectos intrapsíquicos, la maduración cognitiva y la conducta aprendida culturalmente.

Finalmente, la autora incluye la *orientación sexual*, la que refiere al sexo del objeto de amor. A pesar de que este aspecto hunde sus raíces en las relaciones preedípicas con el objeto, se establece con firmeza luego de que estas tempranas relaciones de objeto atraviesan la organización edípica y son reelaboradas como parte del proceso adolescente.

El niño

Resulta interesante el modo en que Tyson analiza los avatares en la conformación de la identidad de género de modo diferencial en función del sexo. En el caso del varón, Tyson localiza la asignación del sexo al nacer como primer paso para la constitución de la identidad de género nuclear. Dicha asignación es seguida por una variedad de mensajes verbales y no verbales que transmiten masculinidad. Luego Tyson señala como primer hito significativo para el niño el descubrimiento de su pene, junto al concomitante desafío de integrarlo a su imagen corporal. La manipulación de los genitales genera sensaciones táctiles placenteras, incluso aspectos kinestésicos y visuales se vuelven fuente de nueva información que se integra al yo emergente. Destaca la autora la importancia de un vínculo recíproco y estable madre-hijo que opere

de sostén en este momento, pues allí se instalan las bases de la identidad del rol de género. A partir de estudios observacionales, Tyson afirma que a finales del primer año de vida el niño sabe que tiene pene. Sin embargo la conciencia genital y la autoestimulación adquieren un sentido cabal en el segundo año de vida.

Junto a aquel reconocimiento, a partir del segundo año, comienzan a cobrar valor el control de esfínteres y el erotismo uretral infantil, la conciencia de las diferencias sexuales y la angustia de castración temprana. Así se instalan temores de castración preedípicos que configuran una fase genital temprana (Roiphe, 1968). Esta temprana angustia de castración preedípica constituye la evidencia que la identidad de género nuclear se ha establecido. El niño, entonces, se vuelve consciente de que es un varón

Al considerar los aspectos que tienen que ver con el rol de género, Tyson advierte que, a través del segundo año, la principal interacción del niño es con su madre. Se ha constatado, nos dice la autora, el modo en que los niños imitan a sus madres realizando, por ejemplo, tareas domésticas. Es así que la identificación del niño con la madre incluye la identificación con un rol de género femenino y con el deseo de tener bebés. Tyson señala, sin embargo, el modo en que el papel del padre cobra progresiva importancia. Fue Stoller (1979) quien puso especial énfasis en la importancia de la presencia de un padre fuerte y viril capaz de fomentar en el niño actitudes masculinas, lo que permite la ruptura de los anudamientos simbióticos con la madre. Entonces, la importancia del lugar del padre no sólo radica en la ruptura del vínculo con la madre, en el que circula la identificación feminizante, sino también en la oferta de un modelo identificatorio, una figura capaz de ofrecerse para que el niño se identifique con los roles de género que corresponden a su sexo. Tyson enfatiza, citando a Greenson (1968/1995), la irrupción del padre y su lugar en la desidentificación con la madre.

Siguiendo a Tyson, la micción vertical parece ser el primer paso en la adopción de un rol de género masculino. Tal es así que, teniendo en cuenta el creciente erotismo uretral en el niño, la autora llega a recomendar, como un facilitador en el pasaje identificatorio que favorece la identidad del rol de género masculino, que el padre fascine a su hijo con el chorro de orina. De este modo el padre toma parte activa y concreta en ofrecer un dato disponible para la identificación masculinizante. El establecimiento del *self* y la constancia de objeto emocional conducen a una supremacía genital. Así emergen el narcisismo fálico y el exhibicionismo. Nos dice Tyson que el pasaje a la fase fálico-edípica sólo es posible si el niño ha consolidado una imagen corporal narcisísticamente valorada y ha asumido un rol de género masculino. La autora localiza un equivalente a

la envidia del pene en la niña; menciona que existe en el niño evidencia de envidia respecto al cuerpo de la mujer, específicamente a la posibilidad de procrear. Para sumar mayor complejidad, Tyson menciona la importancia de la cualidad del vínculo de la pareja parental. No alcanza con la disponibilidad del padre para la identificación, pues un marido degradado por su pareja femenina instala al padre en un lugar infravalorado: un referente identificatorio poco deseado, al menos para Tyson, a la hora de configurar la posibilidad de un rol de género a la altura de las exigencias sociales.

La identificación del niño con su padre adquiere, entonces, un lugar nodal en la conformación de la identidad de género masculina. Varios autores (Loewald, 1951; Abelin, 1971, 1975; Edgumbe y Burgner, 1975; Stoller, 1979) han señalado que la identificación no utilizada defensivamente como vehículo de resolución de conflictos edípicos, se remonta a la etapa preedípica⁷. Dicho aporte ya fue sugerido por Freud (1921), recuerda Tyson, bajo la idea de que la identificación es la primera ligazón afectiva con otra persona. Además, Freud consideró la identificación del niño con el padre ideal como modo de ingreso al complejo de Edipo. Si en un inicio el niño toma al padre como modelo identificatorio que le permite la desidentificación con la madre, y, de este modo, asume un rol de género masculino, sólo posteriormente “*el pequeño nota que el padre le significa un estorbo junto a la madre; su identificación con él cobra entonces una tonalidad hostil, y pasa a ser idéntica al deseo de sustituir al padre también junto a la madre*” (Freud, 1921/1979: 99). La identificación con el padre continúa durante toda la fase edípica. La resolución del conflicto edípico se produce a través de tomar nuevamente al padre como *ideal del yo* hacia dónde dirigir sus identificaciones. Esta identificación con el ideal es una parte esencial del proceso de desarrollo del superyó (Freud, 1921/1979, 1924/1979).

Es así que si el niño realiza el cambio de identificación y se establece el papel o rol de género masculino, entonces el niño accede a la fase edípica positiva, cuestión que lo enlaza, ahora, a relaciones triádicas. Comienza a desarrollar diferentes tipos de relaciones con objetos de ambos sexos; no existe, pues, un cambio de objeto amoroso capaz de barrer con los roles y las fantasías previas sobre el objeto. Se produce un movimiento desde fantasías anaclíticas hacia fantasías masculinas que toman por objeto a la madre, mientras desea la cercanía y la amistad del padre. Tyson sugiere las siguientes aclaraciones respecto a la teoría clásica:

⁷ Esta línea ha alimentado lo que posteriormente Jessica Benjamin (1997) ha denominado *amor identificatorio*. Véase CAPÍTULO II.

1. La identificación con el padre es un requerimiento y un impulso para el movimiento hacia el complejo de Edipo: (A) la identificación con el padre comienza con el erotismo uretral y sirve para consolidar la base de identidad de género. (B) durante la fase fálico-narcisista, el niño debe pasar de la identificación primaria con los roles femeninos a una identificación con los roles de género masculinos. (C) el niño, con la identidad de género nuclear masculina consolidada, se identifica con el rol de género masculino, y aspira al papel de *amante* cara a cara con el objeto de amor.

2. Entre los muchos factores que contribuyen a la resolución del complejo de Edipo, es posible incluir: (A) la angustia de castración permanente; (B) la prueba de realidad, por ejemplo, el pequeño tamaño del pene; (C) la necesidad de mantener el equilibrio narcisista; (D) una mayor capacidad de identificarse con el padre y con sus sentimientos debido a la maduración cognitiva; (E) la estructuración del superyó, que incluye tomar al padre como ideal del yo e identificarse con él; y (F) la apertura de mayores oportunidades sociales para tramitar las gratificaciones desplazadas.

La niña

En cuanto a las niñas, Tyson menciona que lo biológico, la asignación de sexo y las sensaciones corporales genitales juegan un papel importante, al igual que en los niños. Hacia los dos años de edad la niña descubre la diferencia anatómica entre los sexos. La reacción de la niña está sujeta a la calidad de su relación con la madre durante la fase de separación-individuación. El grado de la envidia del pene puede variar de acuerdo a un *continuum* que va desde una sensación leve a una intensa y profunda herida narcisista. En cualquier caso, la aparición de la *envidia del pene* es la prueba de la conformación de la identidad de género nuclear femenina, al igual que la angustia de castración en el niño⁸. Observa Tyson que el deseo de la niña de tener un bebé irrumpe con frecuencia antes de la fase triádica fálico-edípica, y constituye una evidencia del modo en que tiene lugar la identificación temprana con el rol de género femenino que desempeña la madre. Al mismo tiempo, la preocupación por los genitales masculinos y femeninos, el exhibicionismo y el aumento de la masturbación genital indican la emergencia de la

⁸ Aquí queda claro cómo el núcleo de la identidad de género se vincula con el descubrimiento de la diferencia sexual anatómica. La identidad de género, para estos autores, se conforma mediante la identificación, aunque los destinos de la identificación, por la fuerte carga normativa de estas teorizaciones, no se conciben despegados de la realidad sustancial del cuerpo. Se observa, entonces, que la identificación, y su potencia explicativa, tal como la aprovecha Butler (1990a/2007, 1993b/2008, 1997/2001), permanece encriptada por los límites del cuerpo dimórficamente sexuado –véase CAPÍTULO IV.

temprana fase fálico-narcisista. La envidia del pene puede continuar, incluso con significados variados. Puede representar la rivalidad fálica con los muchachos, el deseo de cualquier objeto que no posee, o insatisfacción general con el cuerpo femenino. Al momento de la fase edípica positiva del desarrollo, la niña debe enfrentar la envidia del pene y aceptar un cuerpo narcisísticamente valorado⁹.

La autora señala, a su vez, que la niña se enfrenta a ciertas paradojas. Al tiempo que accede al Edipo positivo, ella se traslada desde la madre hacia el padre como objeto libidinal prioritario. Por un lado se encuentra envuelta en una competencia triádica con la madre, por otro lado depende anaclíticamente de ella. En el plano de la fantasía desplaza a la madre y pretende ocupar su lugar, cuestión que anuda identidad de género nuclear femenina, rol de género femenino, y elección femenina de objeto de amor¹⁰. El conflicto preedípico con la madre, o los problemas no resueltos en relación a la simbiosis intrínseca al primer vínculo libidinal, pueden impedir la transición esperable, lo que resulta en una relación persistente de tipo ambivalente y dependiente. Por su parte, el padre adviene como rival que interrumpe la atención y el cuidado que circulan en la lógica diádica que envuelve a la niña preedípica con la madre. En tal caso, lo que parece ser una ligazón edípica negativa triádica con la madre resulta ser hostilidad hacia el padre como rival de la relación preedípica –diádica y fálico-narcisista– con la madre.

Tyson advierte que una constelación edípica triádica negativa y una fijación en la fase de objeto de amor preedípico pueden parecer, a simple vista, similares. Es por ello que cobra relevancia, de acuerdo a la autora, la distinción efectuada entre identidad de género, identificación con el rol de género y elección de objeto de amor, lo que supone un análisis de las configuraciones intrapsíquicas involucradas en cada caso.

Es así que Tyson brinda líneas de desarrollo de la identidad de género específicas para niños y niñas. A criterio de la autora, en el caso del niño el trayecto transcurre del siguiente modo: asignación de sexo masculino, descubrimiento del pene, erotismo uretral (incipiente genitalidad), micción en posición vertical (incipiente identidad/rol de género masculina¹¹), identidad de género nuclear, Edipo en clave fálica (papel

⁹ Para un aporte original al respecto, en clave feminista, véase Dio Bleichmar (1985/1997).

¹⁰ La alineación de estos tres elementos en una secuencia necesaria anclada en el cuerpo biológico como fundamento del género permanece en la base de la idea de *conformidad de género* presente bajo muchas denominaciones tanto en la psiquiatría como en el psicoanálisis norteamericano. Véase en el CAPÍTULO IV el viraje que le imprime Judith Butler (1990a/2007) a esta idea concebida en términos de *coherencia de género*, categoría que emerge en un contexto conceptual donde el género es entendido como dispositivo de regulación social (Meler, 2010, 2012).

¹¹ Resulta relevante notar el modo en que el *rol de género* ocupa un papel fundamental en la conformación de la identidad de género. Phyllis Tyson deja deslizar que en momentos precoces del

masculino cara a cara con el objeto de amor), conflicto bisexual, identificación con el padre como ideal del yo. Para la niña, el recorrido que marca su línea de desarrollo transcurre por: asignación de sexo femenino, establecimiento de la imagen corporal, descubrimiento de las diferencias anatómicas, fase genital temprana, identidad de género nuclear, deseo temprano de tener un bebé (identificación con el rol de género femenino), narcisismo fálico (envidia del pene), feminidad valorada narcisísticamente (resolución de la envidia del pene), Edipo en clave fálica (padre como objeto de amor, deseo de un bebé de su padre)¹², identificación con la madre como yo ideal.

En suma, Tyson (1982) ofrece las siguientes líneas de desarrollo de la identidad de género:

	Niño	Niña
Fase Oral	-Asignación de sexo -Descubrimiento del pene	-Asignación de sexo -Delineación de la imagen corporal
Fase Anal	-Erotismo uretral -Excitación genital -Temprano temor a la castración -Orinar de pie -Identidad de género nuclear	-Excitación genital -Distinción anatómica -Identidad de género nuclear -Deseo de un bebé – Rol de género femenino -Ideal del yo materno
Fase Fálica	-Ideal del yo paterno -Identificación con el padre	-Envidia del pene -Exhibicionismo fálico
Fase Fálico-narcisista	-Identificación con el rol masculino -Valoración de la imagen corporal	-Valoración de la imagen corporal -Valoración de la femineidad -Resolución de la ambivalencia con la madre
Fase Fálico-edípica	-Abandono de rol de la madre -Identificación paterna -Conflictos bisexuales -Identificación con el ideal	-Giro hacia el padre -Deseo de ser la esposa del padre -Deseo de un bebé -Dependencia materna

desarrollo del género la identidad está ligada necesariamente a la identificación con el rol. Este planteo se encuentra en sintonía con elementos de la teoría butleriana de la performatividad (Butler, 1990a/2007, 1990b), pues el *rol* se encuentra antes de la identidad –a pesar de que para Tyson esto funcione de este modo sólo en los inicios de la vida psíquica y no a lo largo de toda la vida del sujeto, tampoco para Tyson la identidad constituye una ficción, sino más bien una entidad estable y sustancial capaz de emanar el rol que le dio existencia. Como fuere, la relevancia de las identificaciones en la conformación de la identidad de género es un punto fuerte en este aporte. Véase CAPÍTULO IV y V para una exposición más detallada del giro que Butler imprime al tema de las identificaciones y su papel en la articulación de la identidad de género.

¹² Claramente la resolución *normal* del complejo de Edipo, que supone la elección de objeto heterosexual, es la que delimita retrospectivamente la *correcta* configuración de la insipiente identidad de género femenina. Todo parece indicar que la heterosexualidad forma parte del rol de género.

	del yo -Estructuración del superyó	anaclítica -Identificación con el ideal del yo -Estructuración del superyó
Latencia	-Puesta en práctica de los roles de género	-Puesta en práctica de los roles de género
Adolescencia	-Conflictos bisexuales	-Menarca reaviva conflictos previos
Adolescencia temprana	-Revisión del ideal del yo	Temor/Deseo homosexual
Adolescencia media	-Experimentación heterosexual	-Revisión del yo ideal
Adolescencia tardía	-Rol de género -Orientación sexual -Consolidación de la identidad de género	-Rol de género -Orientación sexual -Consolidación de la identidad de género

Líneas de desarrollo múltiples

En un trabajo posterior, Tyson (1989) se vale de hallazgos clínicos para aportar algunas novedades a su producción anterior. Su punto de partida, en esta oportunidad, son las ideas freudianas que giran en torno a la organización diferencial de la sexualidad en niños y niñas. Aunque reconoce la vigencia y potencialidad de tales ideas, también señala que en muchos casos permanecen incompletas, o son inexactas. La expresión freudiana “*la anatomía es el destino*” (Freud, 1924/1979: 185) permite plantear a Tyson un modelo más complejo en el que la combinación de una gran variedad de factores, tales como identidad de género nuclear, identificación con los roles de género, elección de objeto amoroso, factores biológicos constitucionales, relaciones de objeto, conflictos en el desarrollo, sexualidad, agresión, funcionamiento del yo y del superyó, entre otros, determinan la configuración de la identidad de género definitiva. Tyson no duda en afirmar que el sentido de la identidad de género emerge a partir de la confluencia de múltiples líneas del desarrollo.

Los puntos que Tyson cuestionan en cuanto al modo en que Freud plantea la sexualidad infantil, y su influencia en la conformación de la identidad de género tal como se venía pensando, refiere a la fácil aceptación de la primacía masculina y la inferioridad femenina. Claramente, la crítica de la autora no apunta al sexismo presente en tal formulación, sino, más bien, a la inconsistencia que estas formulaciones clásicas generan en los modelos de desarrollo que de allí se desprenden. Si tales ideas son incompletas e inexactas, nos dice Tayson, es debido a su excesivo énfasis en la sexualidad y en la anatomía, y también debido a su relativo descuido de los roles de

género, las relaciones de objeto, el funcionamiento del yo y del superyó, el lugar de la agresión en el desarrollo y el conflicto presente en la formación del carácter.

La perspectiva más amplia que Tyson reclama a la hora de pensar la identidad de género requiere de la convergencia de múltiples líneas del desarrollo. El sentido psicológico de la identidad masculina o femenina constituye un logro evolutivo que combina la sexualidad con las relaciones de objeto, el funcionamiento del yo y del superyó, y el sentido del sí mismo (Stoller, 1976; Tyson, 1982). El desarrollo sexual propuesto por Freud (1905/1979) es sólo una entre muchas *líneas de desarrollo*, que convergen en la formación del complejo de Edipo. Estas mismas líneas pueden ofrecer dificultades a la consolidación edípica. Es en este sentido que Tyson reconsidera la sexualidad infantil dentro de esta perspectiva más amplia. A criterio de la autora la identidad de género, la identificación con los roles de género y los conflictos propios de la elección de objeto convergen en el complejo de Edipo. Tyson entiende al Edipo como un conflicto de desarrollo normal en el que convergen todas las líneas de desarrollo. La formación del complejo de Edipo implica una cierta consolidación de un sentido de identidad de género –masculina o femenina– y, al mismo tiempo, la asunción de un roles de género, y un posicionamiento, aunque siempre conflictivo, en cuanto a la elección de objeto.

En lo que respecta al varón, Tyson cuestiona el supuesto freudiano que refiere a que *“para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino”* (Freud, 1923b/1979: 146) como la característica central de la organización genital infantil. En otras palabras, *“hay por cierto algo masculino, pero no algo femenino”* (Freud, 1923b: 149). Tyson se muestra cauta a la hora de adherir acríticamente a la idea de la primacía de la masculinidad, sobre todo cuando la masculinidad se encuentra basada exclusivamente en la posesión del pene. La autora no duda en apelar a las investigaciones de Stoller (1985; Stoller & Herdt, 1985), para quien la masculinidad refiere, más bien, a un proceso de adquisición de un sentido del *self*. Pues Stoller se esfuerza por sostener que la masculinidad es un logro, no el despliegue de algo dado, contenido en la morfología anatómica.

Como ya se ha señalado, en la medida en que el sentido del yo o de la identidad se articula, en parte, por la identificación con el objeto primario, que decanta en la conformación del núcleo de la identidad de género, el sentido más primitivo del *self* del niño trae consigo femineidad (Stoller, 1985). Con el fin de obtener un sentido de masculinidad, el niño debe establecer un sentido diferente respecto del objeto primario. Entonces, el sentido de la masculinidad, lejos de estar garantizado por la posesión de un

pene, depende de la desidentificación (Greenson, 1968) del niño con su madre. Por otra parte, Tyson destaca que la angustia de castración, entendida como una inseguridad que afecta al sentido de la integridad corporal y al sentido de la masculinidad, no irrumpe y finaliza en la fase fálica, como pensaba Freud, más bien es algo que el niño debe superar desde el principio del proceso de separación-individuación.

Phyllis Greenacre (1953), por su parte, sugirió la vulnerabilidad que el primer contacto con la madre genera en el niño. Señaló que la exposición continua a los genitales femeninos causa confusión e incertidumbre respecto a su imagen corporal, lo que predispone al niño a vivencias de castración graves en etapas posteriores del desarrollo. En esta línea, Tyson destaca la calidad de la relación madre-niño. Cuando, por alguna razón, la madre es incapaz de asegurar un nivel básico de seguridad, o incluso el niño no es capaz de utilizar lo que la madre proporciona, pueden surgir afectos que alteren el funcionamiento del yo y el apego hacia el objeto, entonces la vulnerabilidad narcisista y la angustia de castración aumentan. Tyson destaca, una vez más, al igual que Stoller (1976), que, en condiciones óptimas, el padre constituye el *objeto menos contaminado*. Sólo el padre puede ayudar al niño a resolver los conflictos de acercamiento al proporcionar un modelo de identificación para que el niño pueda dejar de identificarse progresivamente con la madre y, al tiempo que construya su sentido de masculinidad, pueda consolidar su proceso de separación individuación. Es así que, en la línea de Stoller, Tyson afirma que la identificación con el padre fomenta el sentido de masculinidad y la confianza en los genitales intactos. En algunos casos, nos dice la autora, el padre puede fallar: puede ser pasivo, poco viril y, por lo tanto, no estar disponible como una figura identificatoria. Otro riesgo es que su propia hostilidad, explosiva o competitiva, puede llevarlo a luchar con, incluso atacar a, su hijo; esto contribuiría a aumentar los temores de castración. Finalmente, Tyson refiere a que el padre puede estimular sexualmente a su hijo: tomar duchas con él, o compartir actividades de ir al baño. Tanto la hostilidad exagerada como la circulación de excitación sexual intensificada pueden aumentar la ansiedad de castración en lugar de fomentar un sentido intacto de la masculinidad.

En suma, la angustia de castración no constituye un conflicto a resolver sólo en la fase genital temprana. Con la progresión de la primacía genital, la sexualidad fálica entra en pleno florecimiento. La primera de las dos tareas importantes que el niño debe lograr durante la primera parte de la fase fálica refiere a superar nuevamente la angustia de castración y encontrar un sentido de su cuerpo masculino intacto y valorado

narcisísticamente. El mantenimiento de la autoestima y del equilibrio narcisista no depende tanto de la percepción omnipotente y grandiosa del *self*, como de la capacidad para afrontar la búsqueda de un *self* masculino mediante un órgano funcional e intacto. La segunda tarea para el niño es asumir un rol de género masculino. La progresión del Edipo y el ajuste heterosexual exigen un cambio respecto al objeto de amor (Tyson, 1982). Para hacer este cambio el niño debe tener confianza en su masculinidad, debe idealizar cada vez más e identificarse con el padre. En la fase edípica renace la angustia de castración, pero, ahora, el agresor temido es el padre, no la madre. Idealmente, la angustia de castración llega a ser reemplazada por el miedo al castigo del superyó, y los temores de daño genital real o pérdida se trasladan hacia preocupaciones que refieren a la proximidad con la efectividad o la potencia propias del ideal del yo, instancia que plantea amenazas narcisistas. Estos obstáculos, que aparecen en lo que Tyson denomina *progresión edípica*, deben ser sorteados exitosamente para que el niño pueda establecer un sentido de su masculinidad seguro.

Progresión edípica masculina

Frente a los numerosos factores que pueden poner en riesgo el sentido de masculinidad del niño, Tyson toma a la angustia de castración como una metáfora del desarrollo en el niño. Como metáfora del desarrollo, entonces, Tyson distingue tres fases en las que surge la angustia de castración: (1) En la temprana infancia, la diferenciación *self*-objeto, el cuerpo y la integración del yo, la integración de sentimientos de amor y odio sobre el objeto y el yo, y la desidentificación con la madre son temas cruciales del desarrollo. La angustia de castración que deriva de este primer período, delata una inseguridad básica en la separación y en la diferenciación, una inseguridad respecto al sentido de la masculinidad del *self*. Las preocupaciones generalizadas sobre el poder y el control que se ven en un adulto pueden aparecer como medidas compensatorias para preservar el sentido masculino precario del *self*. (2) En la fase fálica temprana son cruciales la consolidación de una imagen corporal narcisísticamente valorada, e intacta, junto a un rol de género masculino definido. La angustia de castración en este período deriva en exhibicionismo fálico y *voyerismo*, actitudes denigrantes hacia las mujeres y sobre-valoraciones de la sexualidad machista. (3) En la fase edípica, las relaciones con ambos padres, en función de la diferencia sexual anatómica y de las relaciones de objeto triádicas, conducen a fantasías familiares de conquista edípica. Los conflictos que tienen que ver con las relaciones de objeto son, entonces, centrales. La angustia de castración

que deriva principalmente de este momento se manifiesta en el temor a la pérdida de amor, a la humillación o al castigo por parte del padre.

Teniendo en cuenta lo anteriormente desarrollado es que Tyson toma la angustia de castración no sólo vinculada con la ansiedad respecto a la pérdida del pene, sino también vinculada con un sentido general de la identidad masculina, con un temor a que la propia masculinidad sea abolida. La angustia de castración, entonces, también es símbolo de la vulnerabilidad del narcisismo fálico y del posible fracaso de asumir exitosamente un rol de género masculino.

Progresión edípica femenina

Para dar inicio a sus consideraciones sobre las niñas, Tyson comienza sopesando la afirmación freudiana que refiere al carácter primario del sentido de la masculinidad para ambos sexos. De hecho, Freud sugirió que debemos pensar en términos de antítesis entre masculinidad y castración, no entre masculinidad y feminidad. Para que la niña desarrolle un sentido de femineidad debe renunciar a su masculinidad, aceptar su estado dañado, incompleto e inferior, y alejarse de su madre dirigiéndose hacia su padre (Freud, 1931/1979). Sólo de este modo puede ingresar en la constelación edípica.

Tyson señala, a partir de observaciones empíricas, que las niñas pequeñas tienen un claro sentido de ser mujeres. Al comparar niños y niñas en función de la facilidad con que establecen el núcleo de su identidad de género, la autora no duda en revertir la afirmación de Freud. Si bien existen obstáculos en la niña, el sentido primario de la femineidad se ve ampliamente facilitado por la identificación con el objeto primario. Si bien la unidad madre-hija puede impedir la separación y la progresión edípica, lo cierto es que tal intimidad, afirma Tyson, fomenta la identidad de género nuclear. Por otra parte, la autora afirma que los genitales de la niña son experimentados internamente. Aunque las niñas tengan dificultades para ver los genitales genitales, Tyson menciona que no tienen ningún problema para encontrar y experimentar sus sensaciones. Si bien la autora ha hallado ansiedades de daño genital en niñas, esta ansiedad no suele alterar el sentido integrado del *self corporal*.

Por otra parte, destaca la autora que la investidura narcisista del sentido femenino del *self* en la niña, sin embargo, es una fuente importante de vulnerabilidad, y suele interferir en la *progresión edípica*. Los obstáculos suelen permanecer ligados a la hostilidad hacia la madre. La agresión excesiva hacia ella destruye la sensación de intimidad, apresura de modo abrupto la separación, e interfiere con las identificaciones

con la madre, es decir con el placer de ser femenina como ella. Es así que Tyson destaca la importancia de que la niña obtenga placer en la sensación femenina de su *self*, sensación que suele verse obturada por la envidia con pene. Si bien una niña puede fantasear con que la posesión de un pene puede ayudarla a reparar el daño de la relación con su madre y el defecto en su autoestima, esto no implica, de ningún modo, que el sentido de la masculinidad sea primordial. Hay, dice Tyson, muchos significados asociados a la envidia del pene, y pueden variar dependiendo de la etapa de desarrollo y las experiencias de vida de la niña en cuestión. Para reforzar esta idea, la autora señala hallazgos en su experiencia clínica de niñas que envidian los pechos de la madre, o con un fuerte deseo de tener un bebé, lo que pone en cuestión si la envidia del pene es parte necesaria del desarrollo normal de cada niña; y de serlo, Tyson menciona que se ha restado atención al papel de la envidia de los pechos como una fuente continua de vulnerabilidad de la autoestima de la niña.

Si bien es posible hallar envidia y ansiedad en la niña, normalmente se centran en las posesiones de su madre, por lo que se podría considerar envidia de los pechos, y no envidia del pene. Esta ansiedad, por otra parte, no afecta la integridad del cuerpo, refiere más bien al miedo de perder el objeto amado y odiado, el objeto a quien quiere reemplazar pero con quien también desea encontrar un estado de unidad afectiva. Mientras que con la temática edípica se evidencian deseos eróticos hacia el padre, por otra parte la envidia y el amor/odio extremos hacia la madre impiden el establecimiento de la constancia de objeto libidinal, lo que impide que la niña pueda identificarse con ella y afianzar su sentido de la feminidad.

La sensación de vulnerabilidad e impotencia que acompaña al sentido de separación respecto de la madre puede combinarse con los impulsos sexuales y hostiles, y dar lugar a fantasías masoquistas. Tyson detecta en varias niñas evidencia de una búsqueda erotizada por ser víctima de dolor y sufrimiento que incluyen específicamente fantasías de daño genital. Estas fantasías sadomasoquistas con la madre llevan a la niña a sentirse impotente. Tal es así que un obstáculo frecuente en la *progresión edípica* de la niña es el miedo a la pérdida de la madre, a perderla como objeto de amor, de odio, incluso de castigo. Cuando Freud admitió que no sabía mucho sobre el desarrollo femenino expresó la esperanza de que un gran obstáculo que interfiere con la progresión del Edipo, la relación madre-hija preedípica, tal vez podría ser dilucidada por mujeres analistas a través de la neurosis de transferencia. No hay dudas de que Tyson se encuentra en plena convicción de haber saldado tal esperanza junto a sus colegas, pues,

desde su punto de vista, los numerosos conflictos entre madre e hija, a ser resueltos antes de que advenga la consolidación o resolución edípica, son bien conocidos.

En suma, Tyson destaca que el paso importante hacia la progresión edípica de la niña consiste en sortear los conflictos de acercamiento. La incapacidad de resolver la ambivalencia del acercamiento socava la estima de sí en la niña, lo que interfiere con el placer que generan las identificaciones femeninas, es decir las identificaciones con los roles de género correspondientes. La incapacidad de resolver la ambivalencia del acercamiento plantea, también, conflictos para la elección de objeto. Esto no sólo impide el avance del desarrollo edípico, sino que puede poner en peligro la elección heterosexual de objeto de amor.

Identificación vs. Instinto

Por su parte, el trabajo de Henri Parens, titulado *The child's wish to have a baby*, recapitula ideas desarrolladas en un artículo previo publicado en 1980. Constituye un informe de los resultados de observaciones empíricas realizadas con niños pequeños. Los investigadores realizaron observaciones participantes de niños en presencia de sus madres y hermanos dos veces a la semana. Se realizaron filmaciones a partir de la cual se generaron documentos escritos sistemáticos. Parens reconoce las limitaciones de esta aproximación metodológica, sin embargo destaca que fue posible acceder a indicadores de la actividad psíquica dominante en tal momento del desarrollo. Las observaciones realizadas, afirma el autor, contrarían algunas líneas del desarrollo presentes en la teoría psicoanalítica clásica. Parens no se centra en el entorno de los niños observados, el que puede inhibir o facilitar tal comportamiento, sino en las fuentes internas que alimenta el interés en los bebés. El interrogante central de tal investigación refiere a si el deseo de tener un bebé surge de identificaciones con los objetos libidinales (figuras parentales) o si refiere a un impulso comandado por disposiciones innatas (Parens, 1980).

Con el objetivo de poder diferenciar aspectos identificatorios de aspectos instintivos, Parens distingue cuatro elementos que, desde su punto de vista, componen el interés por los bebés presente en la temprana infancia: (1) afectos y sentimientos expresados mediante el comportamiento y la conducta; (2) presión motivacional; (3) frecuencia de actividad, como medida de la dominancia psíquica; y (4) la reacción del ego respecto de la actividad. A partir de los datos recolectados, extrae las siguientes consideraciones: (1) El interés de un niño en los bebés se produce en dos etapas. (2) En la etapa I, no se observan diferencias entre niños y niñas, pues allí el comportamiento es producto de la

identificación con la madre simbiótica. (3) En la etapa II, las niñas parecen impulsados por una fuerza psicobiológica primaria que no se observa en los niños¹³. (4) Esta fuerza psicobiológica consiste en una disposición instintiva (sexual) y en una disposición primaria del *self*. (5) En la etapa II el deseo de la niña de poseer un bebé constituye una disposición innata, primaria, y no un sustituto del deseo del pene. A criterio de Parens, una niña experimenta el deseo de tener un bebé como un sustituto del pene sólo como resultado secundario de las decepciones y experiencias narcisistas infantiles.

Entonces, el interés por los bebés y muñecas presente en los niños y niñas que transitan la etapa I emerge alrededor de los 12-14 meses. Esto es casual y refleja el comportamiento de la madre, como resultado de la identificación con ella. Tal interés aparece al inicio de la resolución de la simbiosis. En la etapa II el deseo de poseer un bebé coincide con la primera fase genital de la niña, alrededor de su tercer año. Es así que se manifiesta la cualidad de una disposición innata de género. Parens es taxativo: en las niñas este deseo innato por poseer bebés no se observa antes de esta etapa, y en los niños no se observa nunca¹⁴.

A modo de ejemplo, Parens selecciona un caso que forma parte de su muestra: una niña de dos años (*Mary*) en quien irrumpe un deseo apremiante de poseer un bebé de un mes de edad (*Doris J.*) presente en su entorno. *Mary*, describe Parens, muestra entusiasmo y cálido afecto sostenido en el transcurso de varios meses. Ella se excita con la presencia de *Doris J.*, la toca, incluso supera cualquier obstáculo para llegar hasta ella y su madre. Además, *Mary* muestra profunda preocupación por *Doris J.* y, cuando la bebé y su madre están ausentes, *Mary* se ve deprimida. A Parens le resulta indudable que en *Mary* existe el deseo de poseer a *Doris J.* y de reemplazar a su madre o a cualquier otra persona que la tenga en brazos. Luego de cuatro meses de constante preocupación por *Doris J.*, *Mary* comienza a preguntar cuando conseguirá un pene. Entonces, nos dice Parens, el deseo de tener un bebé precedió claramente al deseo del pene, en contra de la

¹³ Al igual que todos los desarrollos localizados en el psicoanálisis norteamericano, lo biológico, en mayor o menor medida, asume un papel sumamente relevante en la configuración de la identidad de género, en general, y femenina, en particular. Véase CAPÍTULOS II y VII para un examen de las novedades que introducen pensadoras que se localizan en la articulación del psicoanálisis norteamericano y la teoría feminista (Chodorow, 1978/1984; Benjamin, 1988/1996, 1995/1997), quienes dan crédito a la identificación, depurada de elementos innatos, como categoría que permite la convergencia entre lo psíquico y lo social. Estos aportes constituyen un punto de quiebre interesante, a pesar de que continúan restringidos por un dimorfismo sexual naturalizado no examinado que tiñe el modo de pensar los cuerpos. Para un examen de este último punto, y la producción de un nuevo viraje conceptual, véase la relevancia del pensamiento de Judith Butler (1990a/2007, 1993/2008) en los CAPÍTULOS IV y IX.

¹⁴ Aquí las categorías *niños* y *niñas* refieren claramente a configuraciones biológicas. Entonces, el deseo de tener niños no se vincula con un espectro de anhelos que giran en torno de una identidad de género determinada, más bien es comandada por la especificidad de la genitalidad anatómica.

formulación freudiana clásica respecto al deseo de un bebé como sustituto del pene. Cuando su madre le dijo a *Mary* que al crecer las niñas tienen bebés y no penes¹⁵, ella estalla en felicidad. De este modo Parens se muestra radicalmente en contra respecto a la idea de que un bebé es una compensación por no tener pene. A los dos años y ocho meses *Mary* insiste en que *Doris J.* es su bebé.

Al final del tercer año *Mary* evidencia ampliamente un incremento de la actividad erótica masturbatoria. Es así que, interpreta Parens, amplía y enriquece la identificación con la madre. La rivalidad con la madre y el coqueteo con el padre son la señal de una clara lucha edípica. Las observaciones de otros niños muestran variaciones en los comportamientos y confirman el precepto teórico referente a la etapa II: la existencia de un interés innato por los bebés, que se extiende desde el segundo hasta el quinto año, sólo en las niñas. Esta preocupación e interés muestra tal grado de intensidad que Parens no duda de su carácter primario e instintivo, tampoco del error de atribuirlo a la identificación con la madre. Por el contrario, las observaciones de niños de la misma edad sugieren que, si bien existe un interés erótico por los bebés y sus madres, la actitud de nutrir y poseer al bebé está claramente ausente.

Diferencia sexual anatómica y fase genital temprana

Una década más tarde, Parens (1990) publica un artículo titulado *On the girl's psychosexual development: reconsiderations suggested from direct observation*. Allí expone los resultados observacionales obtenidos a partir de un estudio longitudinal con niños pequeños. Sin entrar en detalles, sólo interesa destacar que tales resultados conducen a una revisión de dos componentes de la teoría psicosexual freudiana. En primer lugar, la observación directa no respalda la idea de una fase fálica como primera fase genital de la niña. Es así que la autora desafía la hipótesis que Freud propuso en el año 1925, incluyendo la forma en que la niña ingresa al complejo de Edipo, y su deseo de tener un bebé. En segundo lugar, la autora coloca el concepto de fase fálica en las consideraciones sobre la dinámica de la niña que refieren a las experiencias tempranas de ambivalencia, que la conduce al corazón del conflicto edípico.

¹⁵ Estos autores no advierten el valor y el impacto que poseen los enunciados y las verbalizaciones de los adultos a cargo de la crianza —que, como en este caso, generalmente apelan a la (hetero)norma— en la construcción de los relatos generizados a los que los niños y niñas refieren como teorías sexuales infantiles a partir de las cuales no sólo aportan inteligibilidad al mundo, sino que significan sus propia experiencia y formulan sus deseos.

Por su parte, Eleanor Galenson, junto a Herman Roiphe (1980), en su artículo *The preoedipal development of the boy*, toma como punto de partida la afirmación de Herman Roiphe: en los niños y las niñas de entre 15 y 24 meses se produce una fase genital temprana normal. Esto es producto de las sensaciones genitales endógenas normales resultantes de la dinámica propia de las estructuras biológicas genitales, lo que impacta en el sentido del *self*, y en lo que los autores denominan el sentido de la *identidad genital*. Esta fase inicial del desarrollo sexual/genital no incide sobre el posterior Edipo a menos que el niño ingrese en esta fase con representaciones del *self* y del objeto inestables; entonces la emergencia de reacciones tempranas ante la castración genital (preedípica) está vinculada con las ansiedades tempranas relativas a la pérdida del objeto y la disolución del *self*.

A partir de un meticuloso método de recolección de datos, Galenson informa que la mayor parte de los 35 niños que componen la casuística de su estudio descubrieron su pene entre los 7 y los 10 meses. Por lo general esto sucedió durante los baños y mientras se le cambiaban los pañales. Las niñas, informa la autora, descubren sus genitales varios meses después. Hacia el final del primer año, la locomoción erguida otorga otro campo visual, lo que permite agarrar el pene e incrementar actividades urinarias y comportamientos derivados, que se intensifican entre los 14 y los 16 meses. Con frecuencia los niños de esta edad se interesan por la actividad urinaria del padre. Por el contrario, el interés de los niños en la actividad urinaria de la madre resulta más difícil de ser constatada para los investigadores, probablemente, menciona Galenson, debido al conocimiento de las diferencias anatómicas y al concomitante deseo defensivo por evitar la ansiedad que conlleva esta confrontación.

Por otra parte, entre los 14 y los 18 meses, se produce un cambio en la calidad y en la frecuencia del juego genital, ahora asociado al placer dirigido a un objetivo definitivamente erótico. Es así que se constituye la verdadera masturbación. En este momento, surge en los niños la curiosidad sobre las diferencias sexuales, son expresiones de ello: el contacto visual con sus propios genitales, las comparaciones con el pene del padre, atención en los pechos de la madre, indagación de las áreas genitales de los muñecos. Inicialmente, tanto niños y niñas niegan el descubrimiento de las diferencias sexuales anatómicas y desplazan su interés hacia zonas tales como el pecho, el ombligo y las nalgas. En este punto, la mayoría de las niñas desarrollan algún grado de ansiedad de castración preedípica. Los niños, por su parte, siguen intentando negar la diferencia sexual, para ello la identificación con el padre y la separación de la madre

constituye una estrategia. Los niños con frecuencia regresan a la alimentación con el biberón y a un mayor apego con los objetos transicionales. Galenson y Roiphe interpretan esto como evidencia de la angustia de castración preedípica que subyace y conduce a la identificación con el padre y la desidentificación con la madre.

El reconocimiento de las diferencias sexuales afecta a la naturaleza de la crisis de acercamiento. En las niñas, la conciencia de las diferencias sexuales anatómicas resulta en aumento de la agresión hostil hacia la madre¹⁶. Esto permite la instauración de un vínculo erótico con el padre. Si la ambivalencia hacia la madre es demasiado intensa, el giro hacia el padre no se produce, y las niñas desarrollan reacciones de castración preedípicas graves. Para los niños, la perturbación manifiesta es menos perjudicial, debido a la profunda negación de las diferencias sexuales. Con el inicio de la fase edípica, se hace cada vez más difícil para los niños escamotear las diferencias sexuales, pues aumenta la presión de impulsos ligados a lo genital. Por otra parte, el resurgimiento de sentimientos eróticos hacia la madre tiende a aumentar la rivalidad con el padre y obstruir la identificación paterna.

Todos estos trabajos toman como eje los factores fundamentales tales como la conciencia y el descubrimiento de los genitales, la masturbación, la curiosidad sexual, la ansiedad de castración, la envidia del pene y un renovado interés por el papel del erotismo uretral. Tal como consta en los registros del evento, Stoller manifiesta su conformidad con aquellas líneas de indagación, al mismo tiempo declara que representan aspectos renovados del psicoanálisis como ciencia que dan nueva vida, siempre con rigurosidad, a su elemento principal: la sexualidad. Como queda claro hasta el momento, la obra de Stoller ha promovido una línea extensa de estudios basados en la observación directa de infantes y entrevista con los padres (Roiphe 1968; Roiphe y Galenson 1972; Galenson y Roiphe 1980; Sachs 1962, 1977). Stoller pone su esperanza en investigaciones que continúen empleando este tipo de metodologías, pues, a su criterio, guardan el enorme valor de demostrar mediante los datos obtenidos que la teoría continúa resultando eficaz en su potencia explicativa.

Conciencia de separación

En la misma perspectiva que tiñe todas las aproximaciones del psicoanálisis norteamericano a la temática, guiada por la importancia de los estudios observacionales

¹⁶ Este punto constituye el principal punto de ataque de autoras que incorporan la teoría feminista al psicoanálisis norteamericano (Benjamin, 1988/1996). Véase CAPÍTULO II.

y fuertemente influida por los aportes de Margaret Mahler (Mahler, Pine & Bergman, 1975/1977), Wendy Olesker (1990) realiza una serie de observaciones con infantes para detectar las diferencias por sexo durante el temprano proceso de separación e individuación, para, posteriormente, especular sobre el impacto de los hallazgos en la formación de la identidad de género.

A partir de sus investigaciones con niños de dos a tres años de edad, Olesker encuentra diferencias vinculadas al género respecto al logro de la conciencia de separación. Las niñas parecían acceder a esta conciencia antes que los niños. Es así que la autora dirige sus observaciones a infantes más pequeños (entre 9 y 12 meses de edad) para identificar su aparición. Las observaciones apuntan a deslindar los siguientes aspectos: representaciones del *self* y del objeto, oralidad y comportamientos derivados, agresión, actitudes maternas, relaciones con otros adultos, juegos con objetos y permanencia de objeto emocional. A partir del análisis, Olesker destaca que la toma conciencia de la separación psicológica no es posible sin la organización de ciertos estilos defensivos durante el proceso de separación-individuación. Estos estilos permanecen como recursos psicológicos para afrontar problemas posteriores, lo que permite a Olesker explicar las diferencias por sexo en la resolución de los conflictos de la fase edípica y, consecuentemente, en la constitución de la identidad de género. La autora encuentra que las niñas tienden hacia la depresión debido a la puesta en marcha de defensas autoplásticas; los niños utilizan la actividad y la vuelta hacia el mundo exterior, propio de las defensas aloplásticas. Olesker aclara, al inicio de su artículo, que las observaciones del último trimestre del primer año de vida permiten arrojar luz sobre las diferencias de sexo ya conocidas en la edad adulta.

Por otra parte, Olesker reconoce que la conciencia de la separación psicológica es producto de la interacción entre factores genéticos y ambientales determinantes que comienzan a anudarse a partir de la interacción temprana madre-infante. Ciertos patrones son más habituales para los niños y otros para las niñas, y la velocidad con que se desarrolla la conciencia de separación impacta de un modo importante, asegura la autora, en la manera en que el infante forma su identidad de género. Olesker concluye el acceso previo de las niñas a la conciencia de separación, respecto de los niños. A partir de allí, sugiere que este logro se vincula con la intensidad de su reacción ante el posterior descubrimiento de la diferencia sexual anatómica, y por lo tanto también impacta en el modo en que forma su identidad de género. Otra conclusión relevante refiere a que la adquisición temprana de la conciencia de separación en la niña le

permite desarrollar patrones para afrontar el estrés. La mayoría de las niñas, a diferencia de los niños, se dirigieron a sus madres en busca de ayuda para lidiar con la ansiedad. Tal estilo de afrontamiento, especula Olesker, es puesto en marcha posteriormente, a lo largo de la vida, para hacer frente a futuras fuentes de ansiedad.

El niño, menos sensible a la separación, tendrá más energía para hacer frente al mundo de los objetos inanimados, y su experiencia da lugar a una mayor sensación de autonomía y competencia. La atención permanece puesta en los juguetes, lo que se debe, de acuerdo a la autora, a que los niños se dirigen hacia los objetos materiales como estímulos más fácilmente domeñables que los otros humanos¹⁷. Esta forma de desenvolverse en un medio de objetos materiales configura un modo defensivo que, posteriormente, es arrastrado como una forma de lidiar con el estrés suscitado. Olesker afirma que el stress del niño no depende de los vínculos con otros humanos en la misma medida que en la niña.

Otro aspecto destacado por la autora refiere al aumento de la ambivalencia que la madre siente hacia la niña cuando comienza a mostrar signos de conciencia de separación. Esta ambivalencia materna configura un espectro de respuestas que culminan por intensificar la ya temprana conciencia de separación. Olesker menciona que, a causa de ello, las niñas son más propensas a expresar una envidia del pene posterior intensificada, teniendo en cuenta que el pene viene a simbolizar el poder y la ausencia de vulnerabilidad. Estas niñas vuelven hacia la madre, mediante la identificación a ella, aferrándose con una intensidad que conlleva la dificultad posterior en el establecimiento de una ligazón edípica con el padre.

Por otra parte, los hallazgos muestran que los niños adquieren posteriormente una conciencia de separación posterior respecto de las niñas, así como una respuesta más enérgica a la frustración. Para Olesker los niños poseen naturalmente un montante mayor de agresividad, sin embargo la conciencia tardía de separación reduce la ansiedad de abandono, por lo tanto el niño se siente menos motivado que la niña a inhibir la agresión, lo que lleva, a criterio de la autora, a una interacción más libre con el mundo. Agrega Olesker que aquellos niños que desarrollan una conciencia de separación más temprana de lo habitual tienen una mayor tendencia a identificarse con la madre, probablemente como una forma de aferrarse a ella en un momento en que otros recursos y mecanismos de adaptación no se han desarrollado de manera sólida. Este tipo de

¹⁷ Nótese la sintonía de estos hallazgos con las ideas de Carol Gilligan (1982/1985).

identificaciones fuertes en el niño interfieren con el establecimiento de una identidad de género masculina, problemática que se torna contundente cuando el niño accede a la diferencia anatómica de los sexos. En este período previo a la conciencia de las diferencias sexuales, enfatiza la autora, la manipulación de la madre influye en la intensidad de las identificaciones femeninas y por lo tanto quita firmeza a la identidad de género masculina en la fase edípica. Olesker también se basa en la idea de Greenson (1968/1995) sobre la desidentificación con la madre y en la idea de que el niño debe abandonar rápidamente las auto-representaciones adquiridas mediante tal identificación, no compatibles con la identidad masculina. Claramente, para Olesker, esta es una tarea mucho más ardua en el caso de un niño que accede precozmente a la conciencia de separación, sobre todo cuando posee una madre que no tolera tal separación. En suma, Olesker no duda en afirmar que (1) más allá del particular manejo que cada madre tenga con su infante, niños y niñas muestran diferencias significativas en su comportamiento; (2) las niñas logran acceder a mayores niveles del desarrollo del *self* antes que los niños; y (3) la ventaja en el desarrollo del *self* conduce a la niña a ser más conscientes de la necesidad de estar a la defensiva.

Identidad de género y elección de objeto

Otto Kernberg (2000) señala las complejas intersecciones entre identidad de género y orientación sexual. Desde su punto de vista, la identidad de género depende de cuatro factores relativamente independientes entre sí que se integran de modo variable y dan lugar, en sus múltiples articulaciones, a la particularidad de cada sujeto (Kernberg, 1995): (1) identidad de género nuclear, determinada principalmente por la asignación de género en los primeros años de vida y cuya expresión encuentra lugar en la experiencia subjetiva básica de ser varón o mujer; (2) identidad de rol de género, entendida como aquella constelación de manifestaciones de comportamiento asignadas a uno u otro sexo, si bien depende de factores culturales, también se ve determinada por disposiciones hormonales, factores genéticos y constitucionales, como por ejemplo la presencia y el nivel de la testosterona; (3) intensidad del deseo sexual, si bien depende de la biología del aparato sexual, dado un nivel normal de los parámetros biológicos, son las características psicológicas tales como el desarrollo de las relaciones eróticas conscientes e inconscientes en la primera infancia las que juegan un papel preponderante; y (4) la elección de objeto, es decir, la homosexualidad o la heterosexualidad en términos de fijación de deseo erótico, cuya determinación, señala el

autor, aún permanece envuelta por el misterio. Aún así, desde un punto de vista psicoanalítico, la elección de objeto parece estar íntimamente relacionado con la identidad de género nuclear, en el sentido de que, dada la naturaleza diádica de las relaciones de objeto básicas internalizadas, la naturaleza diádica indisoluble de las representaciones del *self* y del objeto sugieren a Kernberg que la elección de objeto sexual y el género adoptado están íntimamente vinculados en la autodefinición de los sujetos.

Kernberg enfatiza el valor de los aportes del psicoanálisis norteamericanos fundado, principalmente, en la observación directa de las relaciones madre-hijo y en las observaciones clínicas producidas en el tratamiento psicoanalítico de niños y adultos. Desde allí han surgido una serie de aportes que, en opinión de Kernberg, permiten construir un conocimiento sólido del desarrollo temprano de las relaciones entre los géneros, y de la compleja interacción entre los esfuerzos libidinales y agresivos del infante en relación con la pareja parental. El valor de los aportes de Kernberg radica en su intento de relacionar la identidad de género y la sexualidad, y sus constantes superposiciones y reconfiguraciones en el curso del desarrollo.

El autor vuelve sobre los aportes pioneros de Stoller: en ambos sexos el papel de la madre como objeto de amor primario coincide con la tendencia a identificarse inconscientemente con ella y con la búsqueda del padre como objeto de amor. Kernberg destaca que al estimular el cuerpo de la niña la madre evita una erotización directa de los genitales, de este modo fomenta inconscientemente la inhibición de la genitalidad vaginal primaria de la niña. Por otra parte, la atracción erótica inconsciente del padre hacia su pequeña hija estimula el desplazamiento de los anhelos eróticos, antes colocados en la madre, hacia él. De este modo da lugar a un cambio fundamental en la elección de objeto de amor en la niña, de la madre hacia el padre, lo que caracterizará su sexualidad. Este cambio indica una capacidad temprana en la niña de amar un objeto a distancia, estableciendo así lo que Braunschweig y Fain (1971, en Kernberg, 2000) han enfatizado como la valentía y la confianza para establecer una relación de objeto distante que promueve una maduración psicológica más acelerada que la hallada en los niños.

El niño, sometido por su madre a la estimulación erótica inconsciente, junto a la particular capacidad de respuesta genital que lo caracteriza, mantendrá la masturbación genital infantil prácticamente durante toda la infancia (Beatrice, 1998). Kernberg destaca que observaciones sistemáticas demuestran, por el contrario, que las niñas

abandonan la masturbación rápidamente. El autor también arriesga la idea respecto a que la mayor libertad de los varones para la excitación y el orgasmo puede derivar de esta estimulación genital temprana directa e ininterrumpida. Sin embargo, es sólo después de una lucha a través de los conflictos edípicos que el adolescente es capaz de abandonar la elección inconsciente de su madre como su objeto de amor primario, con toda la ambivalencia y las prohibiciones edípicas inconscientes que lo caracterizan, e investir una relación profunda con otra mujer. La adolescente, por el contrario, con su capacidad temprana de establecer una relación profunda con el objeto de amor, tendrá que volver a descubrir su libertad de excitación genital y el orgasmo en el contexto de una relación amorosa gratificante. En este sentido, la separación entre el amor romántico idealizado, por un lado, y el deseo sexual, por otro, es un problema frecuente entre los varones adolescentes. El problema predominante para las mujeres, por el contrario, refiere a un cierto grado de inhibición sexual en el contexto de una relación de amor romántico. Esta inhibición, destaca Kernberg, es una expresión de culpa inconsciente a partir de actualizaciones edípicas en la escena de la intimidad sexual, una culpa que promueve tendencias hacia relaciones amorosas masoquistas. En los hombres, la culpa edípica inconsciente respecto al triunfo masculino se expresa predominantemente en relaciones conflictivas en el contexto laboral y de la profesional. La agresión, por otra parte, constituye un componente psicológico importante de la vida psíquica, incluso, nos dice Kernberg, puede impactar en la bisexualidad inconsciente primaria y culminar en una fijación homosexual –siempre y cuando esté determinada por predisposiciones biológicas o una alteración de la identidad inconsciente temprana debido a una fijación erótica, propia de una constelación de objeto homosexual más compleja. En el niño que sufre una frustración preedípico severa por intensa envidia y resentimiento hacia su madre, el desplazamiento de la oleada de amor hacia el padre determina una forma de orientación homosexual que difiere de la homosexualidad inconsciente configurada en la trama edípica con el padre. En la niña, el predominio de una agresión preedípica intensa y de odio hacia la madre puede provocar tanto un desplazamiento de tal odio hacia el padre y, en consecuencia, la división de la figura materna en aspectos idealizados y persecutorios. La homosexualidad irrumpe, entonces, como un esfuerzo de proteger el segmento idealizado que abriga la relación de amor con la madre de la agresión.

Finalmente, cabe destacar que Kernberg menciona el modo en que la concepción del desarrollo sexual, normal y anormal, se complejiza progresivamente a partir de nuevos

aportes. Sus contribuciones refieren principalmente a las vicisitudes de la bisexualidad inconsciente temprana y de la interacción entre los esfuerzos libidinales y agresivos. El autor menciona, sin tematizar, la influencia de aspectos culturales propios del patriarcado.

Amenazas contra la masculinidad

No hay dudas de que todos los trabajos que abordan aspectos vinculados a la identidad de género, y sus líneas complejas de desarrollo, se apoyan en los aportes pioneros de Stoller. A partir de las numerosas investigaciones de Stoller, la idea que puede detectarse en todas las producciones de autores norteamericanos refiere a que la identidad de género nuclear se constituye entre los primeros dieciocho y veinticuatro meses de vida. También se rescatan los hitos fundamentales a los que refiere el autor respecto al niño: descubrimiento de su pene, la integración de las sensaciones en una imagen del cuerpo masculino, orgullo de la micción en posición vertical, y la identificación con el género masculino mediante el rol del padre. (Loewenstein, 1950; Kleeman 1965; Tyson 1982, 1986; Tyson & Tyson, 1990).

No debe perderse de vista que la concepción original de Stoller (1968) partió del estudio con varones transexuales. En su modelo teórico cobró nodal importancia la prolongada intimidad física gratificante entre madre e hijo, no conflictiva y sin interrupciones, que da lugar a una identidad de género compartida. Consecuentemente, Stoller (1975) planteó la hipótesis de la existencia de una unidad gratificante con diversos grados de intensidad y duración, que varía de acuerdo a cada díada madre-hijo. A partir de aquí Stoller revisó su afirmación original respecto a que el núcleo de la identidad de género se clausura, como fija e inalterable, a los dieciocho meses de edad (Stoller 1968). Posteriormente postula la existencia de una posible regresión a la unidad original con la madre (Stoller 1975). En esta línea, Irene Fast (1984) abordó teóricamente esta sugerencia de Stoller en relación con la identidad de género masculina, haciendo hincapié en la lucha narcisista que se libra en el interior del niño entre el anhelo de ser tanto varón como mujer.

Cabe señalar que Stoller destacó la experiencia afectiva placentera de la díada madre-hijo y no expuso las consecuencias de interacciones entre madre e hijo con otra cualidad afectiva para la conformación de la identidad de género. De ello se ha encargado Phyllis Greenacre (1953, 1955, 1958, 1968), quien indagó el modo en que el contacto corporal repetido, táctil y visual, con la madre –exposición frecuente a genitales femeninas, ya

sea madre o hermana, desnudez de los padres, también lesiones corporales graves, enfermedad o cirugía— producidas durante los primeros dieciocho meses de vida, deterioran la conformación de la imagen del cuerpo de un niño y la formación de su identidad de género. La autora planteó la hipótesis de que estas alteraciones dan lugar a una falta de diferenciación entre las representaciones de *self* y las del objeto, lo que produce un aumento de la identificación primaria con las mujeres y la consiguiente división de la imagen corporal del niño en términos masculinos y femeninos. Para Greenacre esto conduce a la inestabilidad en el núcleo de la identidad de género¹⁸. Por lo tanto, la identificación primaria con la feminidad podría reactivarse bajo estados afectivos intensos.

Tales interrupciones en el camino hacia la formación de la identidad de género masculina, amenazan la capacidad del niño de representarse a sí mismo con claridad como un varón (Greenson, 1968). Entonces, la identidad de género puede tornarse inestable cuando la madre, en tanto es quien controla, posee y es responsable por los cuidados del cuerpo del niño, fracasa en posibilitar la autonomía del niño (Mahler, Pine & Bergman, 1975/1977). En estos casos, el desarrollo de fantasías en el niño de poseer senos, tener útero y ser capaz de tener hijos, así como el deseo explícito de ser una niña, será lo más importante y, en consecuencia, algo a lo que muy difícilmente se renuncie (Kestenberg 1965; Van Leeuwen 1966; Ross 1975).

Otro aspecto ya mencionado que se debe tener en cuenta refiere a la disponibilidad del padre. La ausencia del padre, o la incapacidad del hijo para hacer uso del padre, amenazan la masculinidad del niño, pues de este modo se torna muy difícil renunciar a identificaciones primarias con la madre, y, por lo tanto, dirigir las identificaciones hacia el padre que fomenta virilidad y masculinidad (Blos, 1985; Stoller 1985). La ausencia de la identificación con el padre envuelve al niño en una problemática narcisista que compromete el orgullo de su cuerpo masculino y sus capacidades, lo que impacta en el valor con el que dota a su pene. La fase edípica se desarrolla bajo peligros y ansiedades que incrementan la regresión hacia la identificación con la madre.

Desde la perspectiva inaugurada por estos autores, James Beatrice (1998) sugiere que los varones que han sido sobre-estimulados sexualmente por su madre durante los dos primeros años de vida evidencian incertidumbre en cuanto al sentido de su

¹⁸ Claramente, toda forma que escape al precepto de exhaustividad de las categorías que ordenan el género resultan problemáticas. Aquí, el problema surge, bajo el mote de *inestabilidad*, cuando el sistema dicotómico no logra anclarse de modo claro y contundente en la realidad psíquica mediante una identidad de género estable y monolítica.

masculinidad. Estos varones, asegura Beatrice, serán incapaces de mantener el orgullo, la confianza y la seguridad que la mascarada masculina fálica necesita. En consecuencia, la ansiedad como reacción ante esta experiencia, junto a características propias de la madre, dejará al niño librado a la regresión de la precaria identidad de género masculina hacia estados intermedios de inestabilidad de género –donde coexisten y se alternan auto-representaciones masculinas y femeninas–, e incluso hacia un estado de identidad de género plenamente femenina. Como fuere, el aporte original de Beatrice reside en que esta regresión no se encuentra determinada únicamente por una formación defensiva utilizada para hacer frente a la sobre-estimulación, sino que la regresión se produce como una reacción ante sensaciones táctiles y cenestésicas que amenazan con la pérdida de la propia integridad como varón y llevan a una profunda sensación de experimentar un cuerpo femenino. Entonces, esta inestabilidad de la identidad de género masculina constituye la contracara de la propia experiencia del niño víctima de un sentido femenino. En última instancia, Beatrice atribuye tal desenlace a la cohesión defectuosa de la identidad de género masculina, esto es: una diferenciación incompleta del niño respecto al cuerpo de la madre. Finalmente, el autor, aclara que esta problemática debe inscribirse en la dimensión de un narcisismo arcaico y diádico, por lo que no debe confundirse con problemáticas que asedian a la identidad de género masculina una vez que ésta se ha consolidado de modo estable, como por ejemplo las amenazas de castración y el temor a las represalias por parte de la instancia paterna punitiva como respuesta a las fantasías incestuosas con la madre. Por lo tanto, las ansiedades ligadas a conflictivas en la conformación de identidad de género abarcan un amplio espectro de fenómenos, entre los cuales están, por un lado, las dificultades para establecer un identidad de género masculina estable, una imagen y una vivencia del cuerpo bajo un sentido masculino y la expresión de un rol de género congruente con su identidad de género, todos ellos vinculados a modalidades propias del narcisismo preedípico; por otro lado, se encuentran el temor a la separación y a la pérdida del objeto, lo que conlleva angustia de castración derivada de niveles triádicos propios de relaciones de objeto que entretejen la fase edípica.

Feminidad primaria

El concepto de *feminidad primaria* ha irrumpido en el circuito académico del psicoanálisis norteamericano como uno de los vectores que reúne un caudal significativo de producciones que incluyen la categoría de identidad de género. La idea

de feminidad primaria, tal como ha notado Nancy Kulish (2000) ha sido postulada como producto de una revisión de la teoría psicoanalítica en la versión de su padre fundador, permitiendo una reformulación crítica de los puntos de vista freudianos sobre la mujer, en general, y el desarrollo psicosexual femenino, en particular. Como lo demuestran los textos freudianos, las primeras propuestas teóricas sobre el desarrollo de la niña han sido realizadas tomando como modelo el desarrollo del niño. En este sentido, el relato de Freud sitúa la feminidad como reacción secundaria ante una masculinidad primaria u original. La idea de la *feminidad primaria* alimentó una tendencia conceptual contraria al falocentrismo presente en esta teoría. Sin embargo, la utilización de este concepto a modo de antídoto ha ocultado, bajo la apariencia de homogeneidad, diferentes significados y puntos de referencia.

La idea de una *feminidad primaria* fue propuesta, entonces, en oposición a las propuestas freudianas sobre el desarrollo psicosexual femenino, que fueron fundadas sobre la base de una masculinidad primaria. Ya desde el inicio, los contemporáneos a Freud desafiaron su teoría y denunciaron la ausencia una feminidad primaria que diera cuenta de la especificidad del desarrollo de la niña¹⁹. Horney (1926a/1970) no utilizó el término feminidad primaria, pero avanzó sobre la idea de que el sentido de inferioridad de una niña no era primario, sino adquirido y reforzado culturalmente. Ella también sostuvo que el anhelo de maternidad en la niña no necesariamente se deriva de la sustitución de un bebé por un pene, que compensa una falta, sino más bien de la identificación con su madre. Horney y otros, como Jones (1927) insistieron en que la niña tiene conocimiento temprano de su propia vagina, aunque a menudo permanece reprimida. En estos primeros escritos aparece por primera vez la idea de una cualidad primaria de la feminidad: primeros sentimientos acerca del cuerpo femenino que no llevan consigo significados de inferioridad.

Jones (1927) también cuestionó la fase fálica en las niñas, la que a su juicio era secundaria y defensiva. Afirmó la existencia de una feminidad primaria para las niñas, la cual toma la forma de impulsos edípicos tempranos, innatos, que conducen a las niñas hacia sus padres, y traen temores genitales de penetración.

Si bien la idea de la feminidad primaria originalmente surgió en el contexto de las formulaciones iniciales respecto al desarrollo de los impulsos psicosexuales, fue utilizada por primera vez en un contexto completamente diferente: el estudio del

¹⁹ Para un análisis detallado véase Tubert (1988).

desarrollo de la *identidad de género nuclear*. En esta línea, la feminidad primaria ha sido entendida en términos de identidad de género. A pesar de que la identidad de género es un concepto que guarda la pretensión de introducir el ámbito de lo social en el estudio de la subjetividad sexuada, los escritos que refieren a la feminidad primaria como identidad de género generaron tipos de explicaciones esencialistas, biologicistas y reduccionistas. La feminidad primaria ha configurado una especie de *proto-feminidad*, un estado innato de feminidad, que constituye el núcleo de una identidad de género primaria.

El término *feminidad primaria* fue utilizado originalmente por Stoller (1968) en sus estudios sobre el desarrollo de la identidad de género nuclear y sus trastornos. En primer lugar el autor intentó contrarrestar las nociones de Freud acerca de la masculinidad primaria, anclada en una visión decimonónica de la embriología. En aquella época se concebía a los órganos sexuales como originalmente masculinos, y que los órganos femeninos se diferenciaban de esta forma original posteriormente en el desarrollo fetal. Por lo tanto, la sexualidad masculina era concebida como el estado inicial. Stoller (1976) recupera la embriología moderna, señala que con la secreción de la testosterona, los órganos sexuales masculinos se diferencian de una configuración femenina original. En ese sentido, es la feminidad lo *primordial* —al menos si se utiliza como criterio el desarrollo madurativo biológico. Inspirado en estos aportes, Stoller argumenta que la feminidad es lo primario tanto para las niñas como para los niños, pero en el plano identificadorio, no en el sentido biológico, ya que el primer objeto de identificación para el bebé es de sexo femenino: la madre.

Stoller también aplicó este concepto de feminidad primaria a la psicología y la psicopatología de los varones. Aquí el concepto de feminidad primaria es un tipo o estado particular de las relaciones de objeto. Como ya hemos mencionado, al igual que Greenson (1968/1995), Stoller sugirió que los niños tienen la difícil tarea de desidentificación con respecto a sus madres en el establecimiento de su identidad de género y de su sentido de la masculinidad. Por eso, pensó, los varones experimentan en mayor medida el transexualismo u otros trastornos de la identidad de género.

El trabajo de Stoller sobre la identidad de género nuclear, entonces, refleja ideas ligadas a la feminidad primaria. Como ya hemos mencionado, la *identidad de género nuclear* se refiere al sentido más básico de ser varón o mujer, el cual se establece tempranamente, hacia los dieciocho meses. Es en este sentido que Stoller (1968, 1976) se esfuerza por

argumentar, a partir de una gran cantidad de investigaciones, que la identidad de género nuclear es en gran parte una cuestión de aprendizaje, basada en la asignación parental.

Feminidad primaria: problemas conceptuales

Muchos han cuestionado las ideas de Stoller al poner en duda la idea de que la *proto-feminidad* que entreteje el temprano estado *simbiótico* indiferenciado confiere un primer sentido de género. Es decir, ¿por qué la fusión con la madre durante la infancia, en términos de *self* y objeto, debiera conferir al niño un sentido cognitivo de la feminidad? Actualmente, varios pensadores provenientes del campo del psicoanálisis, cuestionan esta idea de que la falta inicial de separación respecto a la madre proporcione un sentido primario de feminidad. Hay una diferencia entre separación y desidentificación, así como entre fusión e identificación²⁰. Esta línea permite pensar el desarrollo de la identidad de género y el desarrollo de la diferenciación entre el *self* y el objeto como dos líneas del desarrollo que, si bien permanecen relacionadas, son diferentes.

Por el contrario, las formulaciones de Irene Fast (1990) sobre el desarrollo de la identidad de género no se apoyan en esta idea de una feminidad primaria. Fast afirma que la identidad de género está inicialmente indiferenciada. El niño pequeño aprende y toma poco a poco lo que una familia o una sociedad determinada presenta como *masculino* o *femenino*, y debe luchar con los golpes al narcisismo inherentes a este proceso. Al igual que Stoller, Fast considera que este es un proceso de aprendizaje, aunque no necesariamente sin conflicto, y se despliega en el contexto de las envolventes relaciones de objeto. Fast declara sucintamente la mínima contribución de la biología, desde punto de mira incluso hasta el sexo biológico del individuo es capaz de ser anulado por las influencias ambientales. Así, para Fast no existe tal cosa como *feminidad primaria*, tampoco *masculinidad primaria*, en términos de identidad de género, más bien se trata de un estado primario indiferenciado.

Desde una perspectiva situada en la intersección de la sociología y del psicoanálisis de las relaciones objetales, los primeros escritos de Nancy Chodorow (1978/1984) sobre las diferencias de género tienen puntos de contacto con las ideas de Stoller que refieren a la existencia de una feminidad primaria en el desarrollo del sentido *self* y de la identidad de género –Véase CAPÍTULO II. Aunque Chodorow no utilizó

²⁰ Como se trabaja en el CAPÍTULO II, este solapamiento entre *separación* y *desidentificación*, así como entre *fusión* e *identificación* es muy fuerte, incluso impregna el pensamiento de Nancy Chodorow y, desde allí, el de Jessica Benjamin, provocando deslices argumentativos agudamente denunciados por Allison Weir (1996).

explícitamente el término *feminidad primaria*, sus ideas sobre las diferencias de género basadas en las tempranas identificaciones (o desidentificaciones) maternas suponen el concepto de feminidad primaria en el establecimiento de la identidad de género. Tanto Stoller como Chodorow subrayaron que las consecuencias para el desarrollo infantil son diferentes, dependiendo de la necesidad de separación respecto a un objeto del mismo o diferente sexo. Chodorow señaló que algunas diferencias observadas clínica y sociológicamente entre varones y mujeres reflejan diferencias en sus respectivos desarrollos de acuerdo a cómo opera la separación en niños y niñas, teniendo en cuenta que el cuidador principal es normalmente la madre. Concluye que las mujeres se experimentan como menos independientes que los varones, ya que primero deben separarse de un objeto del mismo sexo. Por el contrario los varones, que deben separarse de un objeto del sexo opuesto, se esfuerzan en mayor medida por obtener un sentido de la independencia. Las mujeres están más abiertas y preocupadas por los problemas relacionales que los varones, lo que las liga estrechamente a la maternidad. A diferencia de los niños, las niñas necesitan identificarse con sus madres, quieren ser como ellas.

Criticada por generalizar y esencializar, Chodorow ha modificado estas posiciones. En sus escritos más recientes ha tomado una postura firme en contra de la universalización de la feminidad y la masculinidad, y sugirió que deberíamos pensar en términos de *feminidades* y *masculinidades* (Chodorow, 1994, 1999b/2003). Si bien a los primeros trabajos de Chodorow se les puede reprochar la sobre-generalización, su punto acerca de los posibles efectos diferenciales de la separación respecto a la figura parental encargada de la crianza del mismo sexo versus la separación respecto a la figura parental encargada de la crianza de diferente sexo es poderosa, y fue una importante contribución al pensamiento psicoanalítico sobre el desarrollo femenino.

Las ideas de Chodorow, y antes las de Stoller, sobre el impacto de la asimetría de género en las relaciones de objeto han tenido gran influencia. Como fuere, las teorías que combinan la separación del *self* respecto al objeto con la estructuración de la identidad de género son problemáticas. Aunque Stoller ha dejado muy claro que su idea de la *feminidad primaria* está ligada al campo de lo psicológico y no de la biología, en algunos escritos el modo en que se utiliza el término evoca las ideas de Freud basadas en una masculinidad anclada embriológicamente.

Por otra parte, Chodorow cuestiona que un sentido de la feminidad primaria se desarrolle en las etapas pre-verbales de la primera infancia, en términos de que la

identidad de género se imprima sobre el niño durante aquel periodo de íntima cercanía corporal con la madre. La autora conceptualiza la identidad de género como producto de un interjuego complejo entre la significación personal y cultural (Chodorow, 1999b/2003)²¹. Como fuere, la idea de feminidad primaria sugiere una especie de impresión sobre la psique, como la clonación de la feminidad de la madre sobre la identidad del infante.

Cabe destacar que toda esta línea de investigación (respecto a *identidad de género* y a *feminidad primaria*) ha llevado al psicoanálisis hacia un área fuera del alcance del interés y de la investigación de Freud. En sentido estricto Freud no estaba interesado en la identidad de género *per se*. Su idea respecto a que la niña era en todos los aspectos *un pequeño varón* (Freud, 1933/1979: 109) se refería al área del desarrollo sexual –de metas y avatares libidinales– y no a un concepto más bien cognitivo. Seguramente, si Freud hubiese pensado en ello, no habría afirmado que las niñas a su alrededor se identificaban a sí mismas como niños. Las críticas a Freud serían más pertinentes si se centraran en sus ideas sobre el desarrollo de la libido en las mujeres, y no en los conceptos que se produjeron luego, y que sobrepasan su área de investigación.

Sea como fuere, los problemas conceptuales surgen con los giros teóricos en torno a las ideas de feminidad primaria. Elise (1997) señala claramente que el concepto de feminidad primaria ha traído importantes avances en la comprensión de la psicología de la mujer, así como en sus contradicciones y supuestos problemáticos. También sostuvo el carácter erróneo de concebir a la feminidad como *primaria*, pues tales ideas derivan de una comprensión del cuerpo femenino en términos preestablecidos y esencialistas. También afirmó que la identidad de género y la heterosexualidad están intrínsecamente vinculadas. Propuso utilizar la expresión *sentido primario de la feminidad* en lugar de *feminidad primaria*. Dicho giro tiene por objetivo focalizar el estudio de las múltiples influencias en el desarrollo de la niña de un sentido positivo de ser mujer –y al mismo tiempo disminuir los errores conceptuales sobre la idea de un determinismo duro.

Sin embargo, los problemas con el concepto se extienden más allá del punto al que Elise los conduce, y no todo puede ser resuelto mediante esta sustitución terminológica. La *feminidad primaria* no se ha limitado al estudio de la identidad de género o al *sentido primario de la feminidad*, ha aparecido en numerosos otros contextos y marcos de

²¹ Nótese que este aporte de Nancy Chodorow constituye un articulador teórico nodal en la perspectiva teórica propuesta más adelante, pues permite la convergencia entre el psicoanálisis norteamericano con perspectiva de género y la filosofía posestructuralista de Judith Butler. Esta vinculación entre psicoanálisis y campo social ya fue propuesta por Irene Meler (2012), aunque con otro recorrido.

referencia. Estos significados, sin embargo, se encuentran inmersos por los mismos problemas conceptuales esclarecidos por Elise con respecto a la *identidad de género*, así como por otros dilemas clínicos y teóricos en los que ella no se centra.

Identidad de género femenina

Si nos detenemos en el desarrollo de la *identidad de género femenina*, la literatura que irrumpe en el psicoanálisis norteamericano es muy prolífica. Es posible notar que las investigaciones que dan sustento a tales escritos se organizan en tres núcleos temáticos generales: (1) La identificación y los procesos de internalización de la niña, concebidos en el marco de tempranas relaciones de objeto (véase, por ejemplo, Bernstein, 1983, 1993; Fast 1979, 1990; Fliegel, 1973; Greenson, 1954; Kubie, 1974; Lasky, 1989; Stoller, 1964); (2) El modo en que los contenidos del superyó y funciones están estructurados, con especial relación al ideal del yo de la niña (véase, por ejemplo, Bernstein, 1990; Lax, 1997); y (3) Las representaciones psíquicas de cómo se construye el cuerpo y sus funciones (ver, por ejemplo, Elise, 1998; Fraiberg, 1972; Kulish, 1991; Lax, 1994; Mayer, 1985; Richards, 1992, 1996).

De todos estos desarrollos, interesa destacar los aportes de Richard Lasky (2000), quien intenta extender las nociones clásicas sobre el desarrollo de la identidad de género femenina. Lasky acuerda con las ideas fundamentales que, a partir de Stoller, se han configurado desde el psicoanálisis norteamericano, a saber: (1) la identidad de género extiende su proceso de constitución más allá de la fase fálica, pues comienza a configurarse en la fase oral con la internalización casi inmediata de las diferencias de género a partir de patrones en la temprana interacción madre-infante; (2) la angustia de castración posee un significado genérico (Olesker, 1998); (3) la experiencia del cuerpo, y sus funciones, se incorpora como aspecto fundamental en la formación de la identidad de género.

Para Lasky, si bien el rol de género, la identidad de género y la elección de objeto sexual se encuentra complejamente interrelacionados, son dinámicamente diferentes. Su interés se centra en la identidad de género, pues dicho componente es el que guarda especial relación, desde su punto de vista, con el *self* corporal. En este contexto, Lasky introduce dos ideas respecto al modo en que la experiencia del cuerpo contribuye al desarrollo de una identidad de género femenina. El autor se centra en la excitación sexual originada en la experiencia sexual infantil. Niños y niñas procesan la experiencia de las partes del cuerpo de modo diferente. Lasky refiere a las secreciones vaginales

involuntarias y a la tumescencia, experiencias femeninas que acompañan la excitación sexual en la infancia. Si bien el enfoque tradicional vincula la imagen corporal y la identidad de género, lo hace sobre la base de experiencias visuales, es decir, enfatizan las fantasías que se gestan cuando niños y niñas observan las diferencias anatómicas (véase, por ejemplo, Galenson y Roiphe 1976; Greenacre, 1950; Kulish, 1991; Lerner, 1976; Mayer, 1995). Al contrario, el autor otorga relevancia a la experiencia y a la actividad del organismo.

Como ya se ha sugerido antes, la mayor parte de la literatura contemporánea sobre el papel del *self* corporal en el desarrollo de la identidad de género femenina señala que la niña posee una representación de su anatomía genital mucho antes de la fase fálica²². Nancy Kulish (1991) también afirma que durante el desarrollo de la niña, la representación mental del clítoris se compone principalmente de la sensación física, sensaciones incrementadas debido a la masturbación. Si ampliamos el espectro de la bibliografía al respecto, Ernest Jones (1927) y Karen Horney (1926a/1970) fueron quienes argumentaron por primera vez que las niñas tienen conocimiento de la vagina.

Claramente, Lasky no es el único que sugiere que existe una relación entre el *self* corporal y la identidad de género. Existen desarrollos que, incluso, conciben la identidad de género como un producto directo de la biología del cuerpo –Véase CAPÍTULO VI–, por lo que el desarrollo de la identidad de género se origina, desde este punto de vista, antes del nacimiento. La idea de feminidad primaria de Horney (1926a/1970), por ejemplo se encuentra anclada en un punto de vista biológico. Por otra parte, ideas contemporáneas sobre la feminidad primaria incluyen, los conflictos de la etapa fálica y del complejo de Edipo, por lo que se trata de una feminidad primaria que comienza a articularse desde la fase oral, a modo del ya mencionado núcleo de identidad de género (Kleeman, 1971; Stoller, 1976, 1979).

La postura de Lasky aboga explícitamente a favor de priorizar la biología del cuerpo en la determinación de los fenómenos mentales. Tal es así que se muestra en contra de aquellas corrientes que adoptan una postura relacional o intersubjetiva. El autor sugiere que hay momentos claves en que es posible identificar el cuerpo y su papel estructurante para la mente. Los fenómenos mentales, entonces, comienzan en el cuerpo. Es así que postula, al igual que Stoller, un núcleo de identidad de género femenina que tiene su origen en la más temprana infancia, pero, esta feminidad primaria de la niña, no se debe

²² Para un mayor desarrollo de este aspecto, véase Dio Bleichmar (1985/1997).

a ningún tipo de influencia social, más bien es una consecuencia directa del *self corporal*.

Elizabeth Lloyd Mayer (1995) ofrece otro aporte de relevancia. La autora remarca los aportes de Horney (1926a/1970), como la primera en desafiar la hipótesis de Freud de que *“la niña pequeña es como un pequeño varón”* (Freud, 1933/1979: 109) y, su corolario, la idea de que la niña experimenta su feminidad principalmente en términos de una falta. Como ya señalamos, Ernest Jones, se unió a Horney en su desafío y sugirió que, si bien la descripción de Freud parece adecuada desde el punto de vista del niño, son cuestionables desde el punto de vista de la niña (Jones, 1927; Greenacre, 1950; Kestenberg, 1968; Stoller, 1968, 1976; Grossman & Stewart, 1976; Fast, 1979, 1990).

En esencia, la interpretación freudiana original, dependía de la idea de que la niña pequeña formó una imagen positiva de sus propios genitales durante las fases de su desarrollo que precedieron a la primera depreciación frente a la diferencia anatómica entre los sexos. Cada vez más, la investigación y la observación del niño sugieren una feminidad primaria (Barnett, 1966; Kleeman, 1976; Fast, 1990; Richards, 1992), de modo que las niñas no son simplemente niños pequeños decepcionados, y la identidad de género femenina depende de una serie de factores, entre ellos la experiencia en relación con lo que su propio cuerpo es, no con lo que no es.

Lloyd Mayer recurre al campo observacional como espacio donde las hipótesis psicoanalíticas pueden ser explorados y probados. La autora recurre a un estudio donde se interactuó con infantes de 15 a 36 meses de edad para explorar cómo representan mentalmente su propio género (de Marneffe, 1997). El estudio consta de dos figuras humanas de trapo, desnudas e idénticas excepto en que una de las figuras posee genitales masculinos y la otra posee genitales femeninos. Durante sesiones individuales de juego, se les ofreció ambas figuras de trapo para jugar, luego de un tiempo se les preguntó: *¿cuál de los dos es como vos?* Luego de la respuesta, se procedió a realizar otra: *¿cuál de los dos te gusta más?* Las respuestas halladas resultan provocativas a Lloyd Mayer respecto a la idea de feminidad primaria. Niños y niñas no coincidieron en sus respuestas. Los niños recogieron el muñeco de trapo con genitales masculinos como respuesta a ambas preguntas. Las niñas recogieron la muñeca de trapo con genitales femeninos para ambas respuestas, sin embargo ellas se mostraron fuertemente sorprendidas y fascinadas con el pene del muñeco a pesar de que no fuera escogido ni siquiera como favorito.

A criterio de Lloyd Mayer la preferencia de las niñas por la muñeca con genitales femeninos es sugerente. Satisfechas y sin ansiedad aparente, se sintieron atraídas por la muñeca con genitales como los suyos. Es decir que estas niñas, dice la autora, conocen lo que tienen y lo prefieren. A Lloyd Mayer le resulta indiscutible, entonces, el error de comprender el desarrollo de la niña atravesado por el conflicto de *no ser varón*. A partir del estudio propuesto, la autora no duda en afirmar que el desarrollo de la niña comienza en términos *felizmente femeninos*.

Como fuere, la novedad en la propuesta de Lloyd Mayer radica en afirmar, que el deseo de ser varón, por un lado, y el placer por el propio sexo femenino, por otro lado, no son mutuamente excluyentes. Más bien, cada uno implica un conjunto de experiencias que constituyen líneas de desarrollo presentes en la niña; ambas líneas contribuyen a la identidad de género femenina. En otro trabajo, Lloyd Mayer (1985) muestra el modo en que la angustia de castración femenina constituye una característica inevitable de una línea de desarrollo arraigada en la feminidad primaria. En suma, la autora sugiere que el complejo de castración fálico-edípica y la feminidad primaria son dos líneas de desarrollo que suponen dos ideas fundamentalmente diferentes respecto al peligro, y pueden ser diferenciadas por las diferentes configuraciones defensivas que generan. La autora asume la idea de que la ansiedad y la depresión tienden a suscitar estrategias defensivas diferentes. Los conflictos que giran en torno a la feminidad primaria tienden a manifestarse como inhibiciones, mientras que los conflictos propios del complejo de castración fálico tienden a manifestarse como depresión.

En suma, Lloyd Meyer recupera el concepto de *feminidad primaria* como un aporte relevante para los modelos de desarrollo femenino. Sin embargo, sugiere la existencia de dos líneas de desarrollo que contribuyen a la *identidad de género femenina*, una de ellas hunde sus raíces en la *feminidad primaria*, la otra en el complejo de castración fálico-edípica. Con configuraciones defensivas particulares, en los conflictos de la feminidad primaria la ansiedad es la señal para la formación de compromiso, lo que se pone en peligro bajo amenaza es aquello valorado que realmente se posee –los genitales femeninos. En lo que respecta al complejo de castración fálico-edípica, la depresión se convierte en el motivo principal para la defensa, basada en la fantasía de que lo que se valora –los genitales masculinos– ya se han perdido. Esta distinción, nos dice la autora, contribuye a complejizar las conceptualizaciones sobre la identidad de género femenina.

Un modelo alternativo

Finalmente resulta de especial interés introducir algunas ideas de Judith Yanof (2000). Sus aportes contienen un cambio de perspectiva en el modo de comprender el género y su relación con la subjetividad. Yanof se interroga sobre el modo en que el género se integra en la identidad. Destaca la importancia de la mirada psicoanalítica, pues permite el acceso al significado subjetivo que adquiere el género. A criterio de la autora, el género es una lente a través de la cual los niños perciben sus experiencias internas y sus conflictos, organizados sobre la base de esta percepción. Desde esta perspectiva el género, al igual que cualquier formación de compromiso, cambia y se reconfigura a medida que el sujeto transcurre por diferentes capas del desarrollo (Dahl, 1996). Las construcciones particulares de género, entonces, pueden desaparecer o irrumpir de acuerdo al modo en que cada sujeto atraviesa la secuencia del desarrollo.

Desde la perspectiva de esta autora, no es posible generalizar líneas normales del desarrollo. Cada infante realiza usos creativos e imaginativos respecto a las construcciones de género. El género puede ser utilizado de múltiples maneras para resolver la variedad de conflictos que aparecen a lo largo del desarrollo. Al mismo tiempo estos conflictos afectan el modo en que se experimenta el género. Yanof entiende que las identificaciones que constituyen la identidad son flexibles y dinámicas. Los sujetos, nos dice, se unen a múltiples identificaciones respecto al género, ya sea de manera consciente o inconsciente, bajo una modalidad fija o fluida (Harris, 1991; Sweetnam, 1996), en mayor medida determinada culturalmente o con un alto grado de idiosincrasia. Yanof acuerda con Stoller en afirmar que tales identificaciones comienzan muy tempranamente, incluso antes de que el género pueda ser clasificado cognitivamente. Por lo tanto el género se experimenta desde los inicios de la vida psíquica, sobre todo si se tienen en cuenta las expectativas diferenciales por sexo que se construyen a partir de las múltiples y contradictorias relaciones con los otros.

Yanof se inclina en afirmar que existen variaciones significativas en el modo en que cada sujeto construye su pertenencia al género. También, afirma, la identidad resultante no es absolutamente estática, sino que cambia y está abierta a relativas reconfiguraciones a lo largo del tiempo (Dahl, 1996). Desde su punto de vista no es posible sostener el carácter absolutamente estático de tal construcción, pues la identidad no es otra cosa, afirma Yanof, que una colisión constante de estratos, que incluyen al género y otros aspectos interconectados. Es decir que la identidad de género y las

relaciones de objeto, entre otras múltiples dimensiones, se influyen mutuamente en el curso del desarrollo.

Para dar cuenta de la identidad de género en términos de constructo complejo y multidimensional, Yanof refiere al período edípico, donde los genitales están muy investidos y la fantasía de *género cruzado* es común en niñas y niños. Una tarea importante del desarrollo es otorgar sentido de las diferencias que ven entre su propio cuerpo y el cuerpo de los otros. Las diferencias sexuales anatómicas requieren de comparaciones que cada niño significa de modo particular. Se trata de construcciones singulares basadas en su recorrido durante el desarrollo: interacciones con los demás, conflictos previos, identificaciones, sentido del *self*, entre otros. Luego de la salida del complejo de Edipo, la identidad de género continúa sometida a transformación a partir de nuevas experiencias.

Cabe destacar la fuerte crítica que Yanof realiza a los desarrollos del psicoanálisis norteamericano que entienden el desarrollo de género de forma lineal, secuencial por etapas. Desde su punto de vista, tal modelo de desarrollo no hace justicia a la variedad de presentaciones de género, a la variedad de sentidos subjetivos que la experiencia clínica expone. Por lo tanto, es necesario, destaca la autora, ver las construcciones de género de cada individuo, y entenderlas bajo la influencia del contexto, determinadas de modos múltiples y complejos, y no en términos universales a partir de líneas de desarrollo normativo.

Hasta aquí, los desarrollos expuestos se encuentran plagados, en mayor o menor medida, de preceptos biologicistas, tales como la idea de que los niños poseen un montante mayor de agresividad y que las niñas poseen un impulso instintivo de tener bebés. También se incurre en el prejuicio freudiano al afirmar la tendencia de las niñas a establecer futuras relaciones amorosas masoquistas²³. Incluso se afirma que exponer a los niños al cuerpo desnudo de la madre daña la imagen corporal de los niños, afirmación ideológica que refuerza la idea de cuerpo femenino en términos de castración y daño (Merlin, 2003). Por otra parte, el sistema normativo que guía el desarrollo ideal no admite, por ejemplo, un padre infravalorado por su pareja, que en todos los casos debe pertenecer al otro sexo.

²³ Para un examen minucioso de los sesgos sexistas en diferentes núcleos teóricos presentes en el pensamiento de Freud véase Meler (2012).

Desde esta mirada, la identidad de género hunde sus raíces en la realidad biológica de los cuerpos. Aunque se apela al registro identificatorio para denotar otra dimensión que interviene en el proceso, las identificaciones no son utilizadas como vía para explicar la interiorización de aspectos normativos, por ende sociales e ideológicos. En las líneas de desarrollo propuestas precede siempre la anatomía en términos de destino, los genitales comanda la dirección naturalizada de las identificaciones que se desplazan continuamente en una heteronorma no examinada.

Otro aspecto a tener en cuenta es el lugar que esta mirada otorga a las investigaciones empíricas. La observación sistemática se instala con pretensión de develar la verdad de los procesos. Sin embargo, no es difícil advertir la universalización a partir de procedimientos metodológicos que dan cuenta de excesos de inferencias que no se desprenden de las observaciones realizadas.

Es preciso señalar que los aportes del psicoanálisis norteamericano que incluyen la categoría de *género* quedan capturas por el horizonte epistemológico de la época y del lugar geográfico. Posteriormente, la introducción de la perspectiva feminista permitiría un vuelco en algunos aspectos. En este sentido vale la pena indagar el giro producido a partir del modo en que Nancy Chodorow y Jessica Benjamin abordan la temática desde una perspectiva de género en su genealogía feminista.

CAPÍTULO II

IDENTIDAD DE GÉNERO

LA MIRADA DEL FEMINISMO PSICOANALÍTICO NORTEAMERICANO

-Pero entonces es la miseria, la miseria –dijo la señora (...) – ¡Es la miseria maquillada! ¡Somos los maquilladores de la miseria!

Milan Kundera, *La identidad*

Freud a debate

Existen amplias teorizaciones dentro del espectro del psicoanálisis norteamericano que se han visto fuertemente influidas por la crítica al falocentrismo freudiano (Tubert, 2001). La asunción de la universalidad de la envidia del pene como matriz fundamental de la psicología femenina ha sido cuestionada por Karen Horney (1926b/1970), Melanie Klein (1945/1964; Kristeva 2000/2001) en la escuela británica, por Janine Chasseguet-Smirgel (1964/1977) entre otros psicoanalistas franceses, y por Edith Jacobson (1964) dentro de la psicología del *self* americana. Estas autoras han cuestionados las propuestas de Freud (1905/1979, 1933/979) respecto a la identificación masculina precoz en la niña. Tales desarrollos plantean la posterior caída de tal identificación a causa del descubrimiento de la diferencia sexual anatómica, lo que provoca la sustitución del deseo del pene por el deseo de poseer un bebé del padre. Tal es así que han sugerido una identidad de género femenina, o una *feminidad, primaria*²⁴– véase CAPÍTULO I. Braunschweig y Fain (1971, en Kernberg, 1991) han sugerido una genitalidad vaginal primaria inconsciente en la niña. A diferencia de la estimulación erótica inconsciente que la madre provee a los genitales del niño pequeño, la niña sufre una inhibición de su genitalidad vaginal primaria a falta de tal estimulación.

En contraste con la afirmación freudiana que atribuye a la niña una identidad genital masculina primaria, tanto Robert Stoller (1985) como Ethel Person y Lionel Ovesey (1983) han propuesto, sobre la base de sus estudios sobre la transexualidad, que la

²⁴ Para un análisis meticuloso del debate, en el que se presentan las posturas de todos los interlocutores involucrados, véase Irene Meler (2003), quien pone en evidencia el uso ideológico de los modelos biológicos en la historia del psicoanálisis, y la inoperancia del recurso a la *anatomía imaginaria* para explicar procesos que, desde el punto de vista de la autora, transcurren por la vía de la historia familiar de cada sujeto así como por la historia social y cultural humana.

madre es el objeto identificatorio primaria para ambos sexos. Por tanto, el niño debe liberarse de esta identificación femenina primaria mediante una desidentificación (Greenson, 1968/1995) de la madre. Tal desidentificación ha sido considerada como un hito en la línea del desarrollo del niño, en su camino de separación-individuación (Mahler, Pine & Bergman, 1975/1977) y posterior acceso y resolución del complejo de Edipo negativo. Como consecuencia, el núcleo de la identidad de género puede ser más estable y seguro en mujeres que en los varones, y las inclinaciones homosexuales se tornan más amenazantes para la masculinidad de los varones que para la feminidad de las mujeres. Como fuere, actualmente, la crítica al falocentrismo presente en el pensamiento de Freud se expande por diversas líneas de su pensamiento ya sistematizadas rigurosamente y en profundidad en diferentes segmentos de la producción académica de Irene Meler (2012a).

Psicoanálisis y feminismo

A pesar de las fuerte críticas a Freud (Kestenberg, 1956; Gray, 1967; Heiman, 1968; Schafer, 1974; Bernstein, 1983; Tyson, 1994), el psicoanálisis norteamericano que ha incorporado la perspectiva de género –desde el sentido otorgado por la teoría feminista norteamericana de finales de siglo XX– no ha caído de forma reactiva en la trampa de menospreciar las contribuciones freudianas sin tener en cuenta que sus ideas, a pesar de permanecer bajo el horizonte epistemológico de su época, signado por una fuerte cultura patriarcal, guardan en sí la potencialidad de desafiar muchos de los propios supuestos básicos²⁵.

Es así que, paralelamente al desarrollo de la teoría psicoanalítica norteamericana ortodoxa, irrumpen en la escena académica líneas conceptuales fundadas en el intento de introducir la crítica social feminista en el interior del psicoanálisis (Kramer Richards, 1996, 1999). De este modo comienza a configurarse el campo del feminismo psicoanalítico, que, en su versión norteamericana, aloja la categoría de género (Foster, 1999; Gambaudo, 2007) y, particularmente, la de identidad de género depurada de algunos de los sesgos con los que cuenta aquella versión despojada de la tradición feminista –véase CAPÍTULO I. Es así que, tal como señala Jeffrey Prager (2004), el

²⁵ Resulta un ejemplo la posición de la psicoanalista y feminista británica Juliet Mitchell (1974/1982), quien realiza un alegato a favor de la potencialidad de la teoría freudiana a la hora obtener herramientas críticas. Desde allí confronta fuertemente al feminismo radical por confundir el blanco de sus acusaciones, ya que, desde su punto de vista, los reproches dirigidos a Freud deben ser redirigidos hacia los aportes pos freudianos; lo contrario, nos dice, da cuenta de una mal comprensión de su teoría.

feminismo norteamericano inspirado en el psicoanálisis ofrece una teoría alternativa para explicar el modo en que la dominación basada en el género se ancla en la temprana psique. A diferencia del feminismo psicoanalítico lacaniano, las intelectuales norteamericanas se basan en ideas freudianas y posfreudianas, modeladas a partir de la peculiar recepción de la teoría de las relaciones objetales en Estados Unidos, línea teórica que permite delimitar las relaciones de objeto preedípicas, especialmente entre el niño y la madre (Sutherland, 1980; Rangell, 1985).

Nancy Chodorow y, posteriormente, Jessica Benjamin son las mayores exponentes en dar inicio, en Estados Unidos, a una incorporación de la teoría feminista dentro del psicoanálisis. Es legítimo mencionar que ambas autoras se ubican en un campo de producción ya delineado anteriormente por dos grandes afluentes, uno de ellos encuentra sus orígenes en 1920 con Melanie Klein (1945/1964), Ernest Jones (1927/1966) y Karen Horney (1926/1970) en lo que refiere a la sexualidad femenina, otro de ellos refiere al trabajo iniciado en 1960 por Robert Stoller (1964, 1968a) y Ralph Greenson (1968/1995), entre otros, acerca del desarrollo de la identidad de género. Ambas líneas teóricas tematizan lo específicamente femenino como producto de la crítica falocéntrica de la teoría freudiana, sentando las bases para el ingreso de la perspectiva feminista al psicoanálisis. Es a partir de Nancy Chodorow (1978/1984) que la construcción de la identidad de género desde una mirada psicoanalítica es puesta al servicio de rechazar la idea de la subordinación natural de la mujer.

Dorothy Dinnerstein

Sin embargo, antes que Chodorow, Dorothy Dinnerstein (1976) ensayó la articulación compleja entre feminismo y psicoanálisis en Estados Unidos, al afirmar que el período preedípico atesora en sí las claves para comprender cómo las relaciones de género constituyen dimensiones que integran la desigualdad social. En un contexto en donde la literatura psicoanalítica no cuestionaba las diferencias desiguales de género, *The Mermaid and the Minotaur* (1976) indaga de manera original el significado de la experiencia humana más temprana para, desde allí, imprimir forma y claridad al vacío de conceptos psicoanalíticos en torno a la diferencia naturalizada entre varones y mujeres. A pesar de que la obra de Dinnerstein es creativa, pues elabora explicaciones que requieren de la puesta en marcha de recursos notables como la imaginación e inventiva, no ha resultado atractivo en el campo psicoanalítico. Tal vez las resistencias que generó su trabajo se deben al número de supuestos intuitivos que pueblan su

producción. La autora explora aspectos de la experiencia pre-verbal, y ancla allí los patrones que determinan la vida posterior. Debido a su carácter contra-intuitivo, el abordaje del trabajo de Dinnerstein no es, en principio, sencillo y requiere suspender el pensamiento analítico convencional adherido a los supuestos que sostienen la teoría actual.

Dinnerstein parte de la ambivalencia inherente a la experiencia infantil para explicar los arreglos de género que se manifiestan más tarde, y la condición humana misma. Durante la temprana infancia, señala, varones y mujeres, por igual, han experimentado los anhelos más poderosos, las decepciones más devastadoras y la rabia más imponente en el contexto de un vínculo con una mujer. Por este motivo la mujer es significada como la encarnación de un poder máximo al que, posteriormente, el varón deberá someter. Por su parte, nos dice la autora, la mujer es cómplice en el sometimiento debido a la necesidad de ser activa, aunque más no sea de este modo, frente al más temprano sentimiento de impotencia, que permanece vivo en ambos sexos. Apelando a la figura de una madre experimentada como un ser sin límites Dinnerstein explica que los varones, reactivamente, asumen una actitud de dominio. El varón se niega a afirmar la autonomía de la mujer, y la mujer se niega a asumir su propia autonomía, debido a que el infante es incapaz de experimentar la subjetividad de la madre. Nos dice Dinnerstein que cuando el niño descubre, inicialmente, las alegrías místicas y las restricciones humillantes de la carnalidad, lo hace en contacto con una mujer. La mezcla de sentimientos hacia el cuerpo que se forma en esta etapa inicial se funde, posteriormente, con nuestro conocimiento adquirido sobre la finitud del cuerpo. De este modo se configura la exigencia de negar de manera rotunda la carne y la mortalidad. Como resultado de estas tempranas operaciones: la condición humana es edificada sobre una idea de mujer culpable y peligrosa. Para Dinnerstein, la mujer que nos introduce a la *situación humana*, y a quién se coloca como responsable de todos los inconvenientes vividos bajo esa situación, genera en el ser humano una carga pre-racional de responsabilidad culposa que perdura por siempre.

Dinnerstein plantea, entonces, el modo en que se configura la condición humana y las exigencias que impone: forma parte de lo humano -ni del varón ni de la mujer- anhelar seguridad y desear librarse del/la tirano/a que la suministra; es humano buscar ternura y nutrición, al igual que querer controlar la prestación de estos recursos; es humano dominar, planificar, actuar como si los propios esfuerzos fuesen momentáneos, pero también reconocer la pequeñez y la insignificancia de nuestras construcciones contra el

telón de fondo de la mortalidad. La conciliación de estas fuerzas opuestas, asegura Dinnerstein, resulta muy dolorosa. Argumenta que no hemos sido capaces de una integración adecuada. Más bien, se ha generado un cortocircuito y se ha proyectado sobre la mujer todo aquello a lo que se teme y se desea controlar. Esta división, mantenida fuera de la conciencia, debe hacerse explícita y debe ser encausada. Si fracasamos, sostiene Dinnerstein, los impulsos se volverán incontrolables y culminarán por destruirnos, pues es a partir del manejo de lo erótico que se mantiene, o se niega, la vida.

Claramente, el edificio que Dinnerstein construye es demasiado frágil para soportar el peso de la complejidad que supone la jerarquización con que se ordena la diferencia entre los géneros. Del mismo modo, la integración de las fuerzas que la autora postula, imposible de lograr hasta hoy en día, puede ocurrir una vez que la madre dominada deje ser el centro de proyección en la primera infancia también es una idea difícil de aceptar. Dinnerstein propone la participación de los varones en la crianza de los niños, pero aún así no está segura, ella misma lo afirma, de cuál sería el resultado, de qué significaría el género bajo estas condiciones.

El sistema explicativo que Dinnerstein no genera la posibilidad de concebir una verdadera transformación. En la configuración del mundo, tal como es delineado en *The Mermaid and the Minotaur*, la mitad de la humanidad está condenada, debido a su propia irracionalidad, a servir. Del mismo modo, la otra mitad está condenada a dominar. El curso de la historia se instala como un todo repetitivamente opresivo. Por otra parte, esta irracionalidad se explica por su propia fuerza universal (Porter Gump, 1978). En suma, el valor de esta obra no radica en la calidad de argumentos convincentes, más bien posee un valor histórico, como primer emergente que intenta tematizar con elementos psicoanalíticos el ordenamiento desigual entre los géneros, poco examinado hasta el momento.

Nancy Chodorow

Pocos años después irrumpen en la escena académica las ideas de Nancy Chodorow (1978/1985) con la publicación de *The reproduction of Mothering*. Allí Chodorow apela a los vínculos temprano para explicar la desigualdad entre varones y mujeres. En el marco de familias de clase media, donde la crianza está exclusivamente en manos de mujeres, la autora describe la intensa identificación que se produce entre madres e hijas. Tal es así, que las niñas, nos dice, construyen un sentido más fluido y relacional del yo,

en comparación con los varones (Meler, 2002). En ese temprano vínculo también se articulan los deseos de maternidad en la temprana psique de la niña. Los niños, por su parte, tienden a construir el sentido de su *self* mediante el repudio de sus madres, modalidad reactiva que los hace más autónomos y emocionalmente restringidos.

The reproduction of Mothering desafía visiones psicoanalíticas normativas sobre el género al explicar cómo los seres humanos llegan a percibirse a sí mismos como masculinos o femeninos. Es posible afirmar, entonces, que gracias a Nancy Chodorow la segunda ola del feminismo ingresa al campo del psicoanálisis en Norteamérica, de modo tal que abre las puertas a posibles articulaciones entre conceptos fundamentales de este campo y la teoría social, a partir de un enfoque que concibe vínculos inextricables entre el yo y lo histórico-social. Las ideas plasmadas en este primer libro tuvieron un gran alcance, transformándose en una obra referenciada en la mayor parte de los escritos de cuño feminista que necesitaron contar con un marco referencial sobre el modo en que la diferencia de los géneros arraiga en las subjetividades, es decir: la reproducción social y cultural bajo esos complejos constructos denominados *identidad*, *diferencia* y *género* (Luttrell, 2004).

Resulta claro que, si tenemos en cuenta el contexto histórico de emergencia, la riqueza de las tempranas contribuciones de Nancy Chodorow se deben a que *The reproduction of Mothering* (1978/1985) se ancla en múltiples campos teóricos, como ser el feminismo, el psicoanálisis, la sociología y la antropología. Es por ello que las explicaciones que elabora contienen e integran conceptos pertenecientes a marcos conceptuales disímiles. A pesar de que la publicación de su tesis principal cuenta con varias décadas, muchos pensadores actuales rescatan gran parte de sus líneas argumentativas para consolidar una plataforma teórica en donde inscribir tanto sus producciones conceptuales como sus investigaciones empíricas. Aunque no sin críticas, la relevancia de su pensamiento es indiscutible, ha permitido un diálogo entre disciplinas, prolífico hasta nuestros días, en torno a los debates sobre género y subjetividad.

Como es posible advertir, entonces, su obra denuncia el impacto de la teoría feminista en la teoría psicoanalítica de las relaciones objetales –en su versión norteamericana. Chodorow es pionera en extender las ideas propias del feminismo de la segunda ola – respecto a las complejas relaciones entre individuo y sociedad–, hacia el campo del psicoanálisis. Inmersa en el calor de los principales debates sobre las desigualdades entre los sexos que irrumpieron en territorio norteamericano en la década del '70, su

interés tenía que ver con comprender las relaciones existentes entre el ejercicio de la parentalidad en parejas heterosexuales y la constitución de la subjetividad generizada (Chodorow, 2002a). *The reproduction of Mothering* (1978/1985), entonces, expone claramente su interés por indagar por qué la mayoría de las mujeres anhelan y desean tener hijos, incluso por qué gran parte de las mujeres se dedica exclusivamente a la crianza de niños.

La emergencia de lo socio-cultural

Esta articulación entre feminismo y psicoanálisis fue posible debido a que Chodorow proviene del campo de la Sociología. Los anudamientos entre sociología y psicoanálisis no sólo fueron originales, también dieron inicio a una fuerte polémica entre representantes del psicoanálisis que, aún hoy, se niegan a incorporar la categoría de género en el interior del psicoanálisis. Tal es así que, bajo la amenaza de sociologizar la teoría psicoanalítica, varias autoras, sobre todo europeas, no incorporan la historicidad que la perspectiva de género supone²⁶. En esta línea, pensadoras locales contemporáneas que se inscriben en la perspectiva iniciada por Chodorow –cuya mayor exponente es Irene Meler–, no dudan en afirmar que el psicoanálisis es una ciencia social²⁷ (Meler, 2012a).

En la intersección entre psicoanálisis y feminismo, Nancy Chodorow sostiene que sentimientos, fantasías y conflictos inconscientes están vinculados con, aunque no se reducen a, los mandatos culturales que refieren al género y a la sexualidad. De este modo, Chodorow fue capaz de reconocer que las generalizaciones implicadas en la construcción de la teoría psicoanalítica se vinculan con el sesgo propio de cualquier observación de individuos que transcurren en momentos históricos determinados. Sus argumentos abogan a favor de un enfoque particular respecto de la socialización

²⁶ Al respecto, resulta interesante destacar el modo en que la filósofa francesa Geneviève Fraisse (1996) destaca la necesidad de “mostrar la historicidad de la diferencia de los sexos. La historicidad como característica inherente a la relación sexual, como representación antinatural del hecho de la diferencia” (Fraisse, 1996: 73). La autora aboga a favor de una representación de la diferencia sujeta a transformaciones y cambios que sin embargo son, nos dice Fraisse, irreductibles a simples contingencia socioculturales. La no utilización de la categoría de género se encuentra en la base de la imposibilidad de llevar esta pretensión hasta sus últimas consecuencias, explicitada por la propia autora cuando afirma que “el discurso sobre la diferencia de los sexos siempre es fragmentario, (...) porque los sexos escapan a sí mismos en sus representaciones, excepto si se trata de describir la eternidad de lo masculino y lo femenino. También habrá que volver a esta atemporalidad” (Fraisse, 1996: 91).

²⁷ Desde una perspectiva diametralmente opuesta, que privilegia el pensamiento de Jacques Lacan, Graciela Musachi (2012) entiende que la *identidad de género* constituye una peste para *el psicoanálisis*. Cuando se trata de justificar tal aseveración acude a juicios que, desde un punto de vista a-histórico, culminan por hegemonizar el propio punto de vista y la propia opción onto-epistemológica en detrimento de otras, postulándola como la única lectura posible del mundo.

diferencial por sexo, pues, desde su punto de vista, los niños y las niñas no aprenden a asumir rasgos masculinos o femeninos por imitación de los otros adultos, tampoco mediante obligación o coacción, más bien porque tales rasgos de género, mediante identificación, se vuelven profundamente y personalmente significativos para ellos. Es así que Chodorow utiliza la perspectiva psicoanalítica de las relaciones objetales para enmarcar la teoría de género. Ella sostiene que el ordenamiento de los géneros en el marco de la dinámica familiar configura aspectos relacionales específicos, por donde circula la identificación, entre madre e infante. De este modo, aspectos relacionales decantan en la configuración intrapsíquica de identidades de género con características específicas de acuerdo al sexo –en el marco de procesos de desarrollo psicológico que construyen realidades psicológicas diferentes y sostienen, al mismo tiempo, las asimetrías de género (Van Mens-Verhulst, 2002).

De acuerdo con el punto de vista de Chodorow, las niñas y los niños comienzan su vida experimentando un sentimiento de unidad o identificación con la madre, encargada de los cuidados. Por otra parte, a criterio de la autora, las mujeres experimentan su maternidad de modo diferente según se trate de un hijo o de una hija. Esta consideración no es menor, pues Chodorow reconoce la importancia de la subjetividad materna. La autora, entonces, no idealiza la maternidad, cuya contracara es la negación de otros proyectos que integran la identidad de las mujeres en función de las necesidades (insaciables) de los niños. Chodorow parte de la idea de que las mujeres portan deseos, significados y proyectos no reductibles a la experiencia de la maternidad y al sentido del *self* exclusivamente puesto en la crianza (Chodorow & Contratto, 1982).

Como sea, Chodorow identifica patrones en la dinámica relacional entre madre y niño/a a la hora de entender el desarrollo de la identidad de género. Mientras que las niñas establecen el sentido del *sí mismo* en relación con sus cuidadoras, los varones establecen el sentido del *self* a través de la separación respecto de ellas. La identidad en las niñas es fluida y continua respecto a esta temprana identificación femenina (Van Mens-Verhulst, 2002), mientras que los niños deben asegurar su identidad masculina sobre la base del rechazo y el repudio de aquello femenino. Esta consideración resulta psicológicamente problemática en la masculinidad, pues da cuenta de una fragilidad inherente, de una necesidad de proteger constantemente los límites entre lo que es y lo que no es femenino. Estas ideas de Chodorow respecto a las defensas y conflictos involucrados en la identificación masculina no sólo sirvieron a la teoría feminista para explicar las coordenadas psicológicas de la propagación de la subordinación femenina, también

prepararon el escenario para lo que luego serían los *estudios de las masculinidades*. Mientras tanto, Chodorow señala que la identidad femenina, aunque más continua y fluida, está sujeta a confusión de límites. En vez de definir su identidad por oposición, las mujeres articulan el sentido de sí mismas en relación con los demás. Este esfuerzo de Chodorow por revalorizar, sin idealizar, la psicología femenina, así como la relación madre-hija que la instituye (Chodorow, 1978) se convirtió en el fundamento para una década de investigación sobre las niñas y el desarrollo de las mujeres²⁸.

Cabe destacar otra faz relevante en la obra de la autora. En otros segmentos de su pensamiento, Chodorow (1994, 1995, 1996, 1999a, 1999b) ha destacado el papel de la dinámica relacional familiar como contexto en el que se despliegan las identificaciones genéricas tempranas que inciden en la formación de la vida sexual posterior. A partir del legado de Freud (particularmente 1905/1979), argumenta que la sexualidad entraña un grado de complejidad tal que excede la idea de elección sexual de objeto. Desde su punto de vista, la identidad sexual, al igual que la identidad de género, guarda un componente altamente intrapsíquico, individual, conflictivo, una decantación producto de una *formación de compromiso* en la intersección de condiciones culturales y psicológicas, planteadas en términos binarios (*heterosexualidad/homosexualidad, masculinidad/feminidad, actividad/pasividad*). Es así que Chodorow identifica elementos culturales de la sexualidad, los cuales son tomados y combinados por los sujetos de forma única, idiosincrática, singular. Esta apropiación y recreación incluye la erotización o el sentido de la experiencia del propio cuerpo, el placer y la excitación; las representaciones mentales que circulan en el mundo interno acerca de uno mismo en relación con otros, el sentido de la propia identidad femenina o masculina, el sentido del propio deseo sexual, y las propias fantasías sexuales personales; dimensiones imposibles de ser pensadas al margen de la cultura, pero no reductibles a ella.

Chodorow torna indudable el modo en que el psicoanálisis otorga herramientas al feminismo cuando se trata de explicar cómo se constituye y se arraiga la necesidad psicológica de las mujeres por perpetuar roles tradicionales. Al mismo tiempo, las ideas de la autora también ofrecen una comprensión de actitudes misóginas presentes en el

²⁸ Como se verá en los desarrollos teóricos de las representantes del feminismo psicoanalítico norteamericano aquí expuestos, todas ellas operan sin cuestionar el cuerpo dimórficamente sexuado. Sí se encuentra, al menos desde mi punto de vista, una dinámica identificatoria desvinculada de la biología de los cuerpos. Este desanudamiento entre biología y dirección de las identificaciones muestra ser el gran aporte de la introducción del pensamiento feminista en el campo del psicoanálisis norteamericano. También puede destacarse la perspectiva relacional que incorporan las autoras en sus intentos de conectar lo psíquico, y así volverlo permeable, a lo socio-cultural, este punto permanece fallido –para ver un intento de dar respuesta este desafío en su mayor complejidad posible véase CAPÍTULO V.

reparto de los roles de género. Chodorow analiza la tendencia inconsciente de los varones por preservar el *status quo* de los arreglos parentales heterosexuales occidentales. Vincent Duindam y Ed Spruijt (2002) destacan tres rasgos relevantes en el pensamiento de Chodorow: (1) ofrece una explicación sistemática respecto al hecho de que las mujeres son las principales responsables del cuidado de los niños y de las tareas del hogar, a partir de una novedosa combinación entre conceptos psicoanalíticos y sociológicos; (2) da cuenta de cómo la reproducción de los arreglos parentales aún continúan siendo relevantes y potentes en su capacidad explicativa, sobre todo en lo que respecta a las relaciones heterosexuales, al sexismo y la devaluación de lo femenino y de las mujeres –en este punto, los autores acuerdan con Chodorow en que tales problemas se verán ampliamente reducidos si las nuevas generaciones transcurren su temprana infancia en el marco de configuraciones vinculares en las que la parentalidad se ejerza de manera equitativa entre varones y mujeres, lo que decantaría en identificaciones cruzadas, por tanto identidades de género más flexibles–; (3) los desarrollos de la autora han demostrado un impacto en las ciencias sociales, sobre todo en lo que respecta al concepto de socialización. Chodorow delimita una idea compleja al respecto, al pensar en una relación entre estructura social y procesos inconscientes que no se reduce a la idea psicoanalítica de internalización, pues no se trata de una interiorización directa de los aspectos sociales a la experiencia inconsciente del self *en relación*. Chodorow, por el contrario enfatiza las distorsiones, defensas y transformaciones mediadas por la fantasía y el conflicto, enfatizando aspectos de la *agencia* psíquica, la fantasía, la apropiación, la transformación, la organización y externalización que imprime todo sujeto en la captura de los términos sociales y culturales²⁹.

Es así que al momento de pensar la problemática que refiere a la constitución de la subjetividad, la autora refiere a un proceso psicosocial complejo que se pone en marcha de manera diferencial de acuerdo al sexo. Chodorow echa mano al psicoanálisis al advertir la necesidad de contar con un marco teórico que le permita comprender la existencia e influencia de procesos psíquicos inconscientes en las relaciones sociales,

²⁹ Para un mayor despliegue de esta idea a partir de una lectura de Judith Butler en torno a *identificación, identidad y agencia* véase CAPÍTULO V.

pero sin perder de vista el modo en que tales procesos inconscientes se ven afectados, incluso modelados, por las formas sociales en que se organiza el género³⁰.

No caben dudas de que Chodorow forja un pensamiento crítico sobre los sesgos de género presentes en el pensamiento psicoanalítico. Destaca la dificultad de Freud por brindar un modelo de desarrollo psicológico femenino, así como denuncia el androcentrismo que impregna las descripciones sobre lo específicamente femenino. Teniendo en cuenta estos sesgos, no llama la atención la sospecha que el feminismo ha arrojado sobre el psicoanálisis en sus intentos por teorizar las tensiones políticas en los modos en que se instala la diferenciación entre individuo y sociedad. Claramente, el psicoanálisis naturalizó el rol asignado socialmente a las mujeres, sobre todo lo que respecta al ejercicio de la maternidad. El anclaje feminista de Chodorow le permite advertir esto y, desde allí, optar por algunas líneas teóricas convenientes a sus intereses (Nielsen & Rudberg, 2002).

Por otra parte, la autora se enfila en el psicoanálisis de las relaciones objetales (de la escuela inglesa), puesto que pone el énfasis en la primacía de aspectos vinculares en las relaciones humanas (Burack, 2002), en detrimento del modo en que la idea freudiana de narcisismo impregna al infante humano. Entonces, la teoría de las relaciones objetales ofrece un modelo explicativo donde la relación preedípica del infante con la madre es colocada en primer plano respecto a la posterior relación edípica con el padre (Flax, 1990/1995). Este modelo teórico aportó un sustento significativo que permite explorar dos áreas del desarrollo en clave de género: la dinámica al interior de la polaridad heterosexual que marca la diferencia entre varones y mujeres, por un lado, y la dinámica propia de la relación entre madre e hija, por otro (Orbach, 2002).

Chodorow es guiada por el interrogante de cómo es que las mujeres llegan a aceptar como un sentido central de sí mismas la opresión psicológica que coloniza sus deseos, incluso sus cuerpos³¹. También busca aquellas condiciones que deben cumplirse en el

³⁰ En esta línea que introduce la dimensión histórico-social mediante la categoría de *género* en la constitución subjetiva se encuentran producciones de intelectuales como Heenan, 2002; Santos Velásquez, 2009; Burin, 1991, 1996, 2012; Dio Bleichmar, 1985/1997, 1992, 1996, 1997; Meler, 1987, 1996, 1998, 2000a, 2000b, 2012a, 2012b; Fernández, A. M., 1992, 1993, 2009; Ibarra Casals, 2011, entre otros. Es preciso señalar que existe otra amplia gama de intelectuales cuyas producciones abordan de modo crítico sesgos socio-históricos presentes en las lecturas canónicas del psicoanálisis, pero que, sin embargo, no están de acuerdo o, al menos, se muestran cautos a la hora de introducir la categoría de género en sus análisis, sólo por nombrar algunos representantes de diferentes países: Glocer Fiorini, 2001; Bleichmar, 1992, 2006; Alizade, 2000; Tubert, 1988; 2003; Hamon, 1992/1995; Schneider, 2000/2003; Tort, 2005/2008, 2007.

³¹ El intento de dar respuesta a tal interrogante estructura la novedad del pensamiento de Jessica Benjamin (1996), quien destaca los anudamientos entre la dimensión del reconocimiento y los lazos libidinales que

desarrollo psicológico para que se configure la inferiorización psicológica de las mujeres, de tal modo que los mandatos impuestos socialmente son identificados como deseos propios. Es persiguiendo estas incertidumbres que la autora logra configurar una explicación acerca de cómo se reproduce, a nivel psicológico, el deseo de maternidad en las mujeres en el interior del *patriarcado*³²; esto es: cómo las mujeres se constituyen como tal identificadas a una posición social que se arraiga profundamente en su realidad psicológica. La importancia de la relación entre madre e hija, señala Chodorow, hace posible que muchas mujeres heterosexuales reconozcan los deseos inconscientes que se originan en este temprano vínculo y que, luego, se escenifican en los vínculos heterosexuales con varones³³.

Nancy Chodorow, después

Resulta interesante reseñar la mirada retrospectiva de la propia Chodorow (2002b) sobre *The reproduction of Mothering* (1978/1984). Al momento de escribir su primer libro, nos dice, se encontraba inmersa en el auge del feminismo de los años '70. Sus marcos de pensamiento eran la sociología y la antropología estructuralista. Su propósito central fue intentar deslindar alguna explicación sobre el modo en que los seres humanos, en general, y las mujeres, en particular, llegan a participar en prácticas y a formar parte de estructuras que perpetúan la propia desigualdad. Fue Gayle Rubin (1975/1986), junto a sus intentos por documentar un sistema de sexo-género no determinado por procesos económicos, quien instaló esta inquietud en Chodorow. En esa dirección, sus argumentos abogaron a favor de comprender que: (1) la psique es tan significativa como las estructuras sociales y culturales en la subordinación de las mujeres; y (2) la psique no está absoluta y linealmente determinada por los ámbitos sociales y culturales.

se ponen en juego cuando la intersubjetividad queda eclipsada por relaciones de subordinación. Desde un punto de vista estrictamente filosófico Judith Butler (1997) también se preocupa por este problema presente, desde su punto de vista, en la articulación misma del sujeto, proceso que no se lleva a cabo al margen de *vínculos apasionados con el sometimiento*. Esta recurrencia de intereses, de cara a un problema nodal para la teoría feminista, encuentra sus raíces, antes de Chodorow, en las formulaciones de Simone de Beauvoir (1949/2007) en torno a la idea de *víctima cómplice*.

³² Para una sintética y rigurosa puesta a punto sobre el término *Patriarcado* véase Ana María Bach (2010), quien señala que “*en el movimiento feminista se analiza el patriarcado como un principio que subyace en la opresión subordinación y dominación de las mujeres (...). La Hipótesis del patriarcado subyace en prácticamente todas las teorizaciones feministas, aunque se la entiende en distintos sentidos y relaciones*” (Bach, 2010:149). Asimismo señala que “*la dificultad para definir el patriarcado radica en que es un sistema que atraviesa la historia, que se acomoda de acuerdo con las distintas épocas y que sólo puede ser explicado con referencia a sí mismo*” (Bach, 2010: 151).

³³ Para las implicancias de esta idea sobre la identidad sexual librada en el feminismo de la segunda ola, y sus vinculaciones implícitas con la categoría de cuerpo en términos esencialistas, véase CAPÍTULO VIII.

Chodorow localizó la clave en la relación temprana madre-hija. La autora destaca los interrogantes que abrió en su pensamiento la obra de Stoller (1968), quien en sus estudios sobre transexuales se focalizó especialmente en varones. Esto condujo a Chodorow a interrogarse sobre cómo impacta tal vínculo temprano, exclusivamente en mano de mujeres, en las niñas. La autora también refiere a que tal interrogante se encuentra determinado históricamente, ya que en aquel momento la ausencia del padre formaba parte de una preocupación social creciente desde los años '40, que, incluso, gravitaba en los campos de la antropología, la sociología y la psicología.

Como hemos mencionado, la autora opta por el psicoanálisis de las relaciones objetales, pues la tematización de la madre preedípica ofrecía un potencial campo de articulación con las problemáticas feministas. Al respecto Chodorow resalta haber rechazado, en aquel momento, articulaciones europeas en el campo del feminismo, que tomaban como marco referencial aportes del pensamiento de Lacan vinculados con la categoría de falo. Es así que Chodorow considera que tales desarrollos, organizados a partir de la categoría de diferencia sexual, ya habían sido investigados por Freud y otros analistas clásicos que se centraron exclusivamente en el complejo de Edipo, la castración y la relación con el padre. Las novedosas articulaciones que el psicoanálisis en Estados Unidos ya comenzaba a manifestar a partir de la incorporación del concepto de identidad de género, en mano de Stoller, resultaron más atractivas a la vista de Chodorow. Es por ello que dirigió su mirada al desarrollo infantil para cercar aspectos centrales de la psicología de la mujer, en particular la relación entre madre e hija. Incluso Jessica Benjamin (2002) ha afirmado que, luego de Stoller, es *The reproduction of Mothering* el espacio conceptual que mayor luz ha arrojado acerca del modo en que a partir del período preedípico comienza a constituirse no sólo la feminidad, sino la distinción de género misma.

A criterio de Chodorow, su contribución fundamental refiere a las nuevas contribuciones sobre el desarrollo de la mujer y la dinámica de la psique femenina. Sus aportes no se reducen, entonces, a la diferencia sexual, o al género subjetivo. Claramente, Chodorow va más allá de una preocupación basada únicamente en la vida inconsciente y la realidad psíquica. La autora extiende la comprensión psicoanalítica del desarrollo femenino y masculino a los ámbitos de la sociedad y la cultura, lo que decanta en una verdadera reconsideración del género desde el campo psicoanalítico.

Por otra parte, la propia Chodorow señala que se ha canonizado una lectura de sus conclusiones a partir de la óptica inaugurada en el trabajo de Carol Gilligan (1982).

Chodorow afirma que las mujeres experimentan un sentido de *self-en-relación* que contrasta con la creación de un *self* por parte de los varones que niega la relacionalidad y la conexión. También afirma que la madre juega un papel importante en la psique de la hija, de modo tal que el núcleo psicológico y la experiencia interpersonal de las mujeres puede ser entendida en términos de este mundo interno madre-hija. Sin embargo, aquellos lectores que no se han detenido cuidadosamente en su obra, señala, han pasado por alto sus consideraciones sobre las dificultades que las mujeres enfrentan en los carriles de la separación e individuación, también sobre las dificultades que las madres tienen en diferenciarse y reconocer a sus hijos. Como fuere, la idea de un *self-en-relación* le ha valido críticas que la ubican como una esencialista que sobrevalora la relacionalidad de las mujeres. Chodorow menciona que tal énfasis en la conexión se debe a su esfuerzo por apartarse del acento otorgado a la separación y a la individuación en el psicoanálisis norteamericano tradicional.

Posteriormente, Chodorow (1989) aboga más claramente a favor de un *individualismo-relacional*, donde la separación e individuación se implican mutuamente y requieren del reconocimiento del otro –aspectos desplegados más claramente, y desde otros ángulos en la obra de Jessica Benjamin (1988/1996). Lo cierto es que *The reproduction of Mothering* valora las capacidades de empatía y conexión que, según Chodorow, caracteriza a las madres. Pero también explica claramente el modo en que estas capacidades son creadas en la psique de las mujeres a través de relaciones intersubjetivas con sus madres.

Finalmente, un comentario reciente de Chodorow resulta decepcionante para quienes ubicamos en esta obra un cambio de perspectiva de un valor notable a la hora de entretejer argumentos en la escena política. La autora menciona que al momento de escribir su primer libro tenía poco más de treinta años, era hija pero aún no había sido madre, su interés se centraba en articular psicoanálisis y sociología pero aún no era psicoanalista. En aquel momento, se vio arrastrada bajo la fuerza del auge del feminismo. Desde allí desafió todo índice de pensamiento biológico, muy importante en un contexto donde la consigna era atacar todo índice de determinismo biológico-evolutivo, presente en el pensamiento psicoanalítico norteamericano tradicional, donde existía –y sigue existiendo– el supuesto de que la diferencias de los sexos se determina, en gran medida, biológicamente. Chodorow deja en claro que su postura ha cambiado radicalmente a partir de cómo ha experimentado su propia maternidad. Por otra parte, su experiencia clínica, nos dice, le ha permitido observar la relevancia de los órganos

genitales en sus pacientes. Sin intenciones en afirmar consecuencias psíquicas universales de la anatomía genital, actualmente acuerda con Freud (1923b/1979) respecto a que los genitales y la anatomía, y la experiencia corporal como la excitación, la menstruación, el embarazo y la lactancia están en la base de construcciones intrapsíquicas (Chodorow, 2003). Este giro –bien documentado en la colección de ensayos, escritos entre los años 1971 y 2005, que conforman su último libro (Chodorow, 2012; Wolfe, 2013) – implica el privilegio de nuevas referencias teóricas (Chodorow, 2008, 2010) y un franco abandono de la perspectiva de género en clave feminista en sus desarrollos actuales. También es importante aclarar que, actualmente, Nancy Chodorow forma parte de la elite más conservadora del psicoanálisis norteamericano, incluso ha logrado obtener su membrecía en la *International Psychoanalytical Association*.

Jessica Benjamin

Una década más tarde de la aparición de *The reproduction of Mothering*, la publicación de *The bonds of love: psychoanalysis, feminism and the problem of domination* (1988/1996) ubica a Jessica Benjamin como heredera de la tradición teórica norteamericana iniciada por Nancy Chodorow –potente campo donde convergen psicoanálisis y feminismo (Dobles Oropeza, 2003). El germen de este libro se encuentra en las lecturas que Benjamin ha realizado de Simone de Beauvoir (1949/2007). *Le deuxième sexe* constituye un punto de torsión en su pensamiento. En particular, la idea que refiere a que

... la mujer se determina y diferencia con relación al hombre, y no éste con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. Él es el Sujeto, él es lo Absoluto; ella es lo Otro (...) se pretende fijarla en objeto y consagrarla a la inmanencia, ya que su trascendencia será perpetuamente trascendida por otra conciencia esencial y soberana. El drama de la mujer consiste en ese conflicto entre la reivindicación fundamental de todo sujeto que se plantea siempre como lo esencial y las exigencias de una situación que la constituye como inesencial (Beauvoir, 1949/2007: 18, 31)

A partir de aquí, Benjamin vuelve sobre algunas de las líneas argumentativas del psicoanálisis en relación a la constitución de la subjetividad. La asimetría que marca la relación entre el *infans* y lo otro/madre³⁴, conduce a Benjamin a conceptualizar el desarrollo del *self*, en general, y de la identidad de género, en particular, en términos de

³⁴ En inglés es posible la condensación de ambos sentidos con la expresión (*m*)*other*, utilizada por varias autoras.

dominación-sumisión. Simone de Beauvoir, le permite a nuestra pensadora transversalizar tal proceso desde una perspectiva crítica. Si la dominación es masculina y la sumisión es femenina, la variable género se entrama en el proceso mismo de constitución subjetiva.

Allí Benjamin también se centra en la experiencia preedípica, sin embargo sus aportes se sostienen principalmente en los trabajos de Winnicott, a partir de donde realiza articulaciones originales que le permiten explicar la persistencia psicológica de la desigualdad de género. El epicentro de su propuesta se encuentra emplazado en la idea de reconocimiento, extraída de la filosofía de Hegel. Es así que para Benjamin, la clave de la dinámica intersubjetiva se encuentra en un delicado equilibrio otorgado por el reconocimiento mutuo entre dos *sujetos iguales*, cuya ruptura engendra, desde momentos tempranos de la psique, dominación y subordinación. Entrelazar aspectos preedípicos del desarrollo en términos de reconocimiento imprime un nuevo giro al tema. En este contexto analítico, la teoría endógena de las pulsiones no es tematizada. Si bien para Freud algún tipo de dominación es ineludible a la hora de la constitución del ser humano, el arco de tensiones que su pensamiento despliega entre las mociones pulsionales y la civilización genera un marco de análisis que no deja mayores alternativas a la hora de pensar la cuestión más allá de dos opciones: aceptar una autoridad capaz de controlar la *naturaleza* humana, o sostener que la *naturaleza* humana es peligrosamente reprimida por el orden social. Las opciones gravitan entre autoridad represiva y naturaleza desenfrenada. La dominación, en la versión de Benjamin, constituye un proceso social complejo profundamente entrelazado en la vida familiar, las relaciones sexuales y otras instituciones sociales. Sin embargo, tal proceso sólo puede pensarse a partir de la problemática del reconocimiento que se despliega en todo vínculo intersubjetivo, desde los primeros patrones relacionales entre las instancias parentales y los hijos.

La teoría intersubjetiva del desarrollo del *self*

Para decirlo de una vez, Jessica Benjamín intenta comprender las relaciones de género a través de una teoría intersubjetiva del desarrollo del *self*. Para Benjamín, esto implica una aproximación a la constitución y desarrollo del *self*, en general, y de las identidades de género, en particular, en términos de una dialéctica intrínseca al reconocimiento mutuo. La tesis central de Benjamín es que “*la dominación y la sumisión* [y en particular la dominación masculina y la sumisión femenina] *resultan de una ruptura de*

la tensión necesaria entre la autoafirmación y el mutuo reconocimiento, una tensión que permite que el sí-mismo y el otro se encuentren como iguales soberanos” (Benjamin, 1988/1996: 23-24).

Benjamín describe la relación entre la autoafirmación y el mutuo reconocimiento en términos de una paradoja fundamental que se encuentra en el corazón mismo del *self*. A partir de la idea de la lucha por el reconocimiento de Hegel, la autora argumenta que *“la necesidad de reconocimiento supone esta paradoja fundamental: en el momento mismo de comprender nuestra independencia, dependemos de que otro la reconozca”* (Benjamin 1988/1996: 49). Pero Hegel, según Benjamín, fue incapaz de concebir la posibilidad de sostener esta paradoja, de modo que la comprensión de cualquier proceso en clave hegeliana implica resolución y renovación de tensión. Benjamín aboga a favor de resistir a la tentación de la resolución, y aceptar la paradoja fundamental e irresoluble propia del *self*. En palabras de Benjamín, es *“la incapacidad para sostener la paradoja”* lo que *“puede convertir (y a menudo convierte) en dominación y sumisión el intercambio de reconocimientos”* (Benjamin, 1988/1996: 24).

El trabajo de Benjamín se desarrolla a partir de la convicción de que, frente al fracaso de las relaciones intersubjetivas, el *self* se configura a partir de la estructura sujeto-objeto. Por tanto, desde su punto de vista, tal ordenamiento binario y excluyente, a partir del cual el *self* significa su propia experiencia y aporta inteligibilidad al mundo, no es una condición natural o dada. Así, Benjamin desarrolla una fuerte posición crítica respecto a las teorías que han naturalizado la organización sujeto-objeto en detrimento de la relacionalidad o intersubjetividad. Es posible detectar, al menos, tres críticas al respecto:

(1) La concepción de lo humano que subyace al pensamiento de Freud permanece ligada a un deseo fundamental de negación del otro. Freud argumentó que el infante humano es en gran medida gobernado por la agresividad. Es así que Freud inevitablemente liga el desarrollo a la internalización de la autoridad del padre: si somos principalmente agresivos, egoístas y destructivos, la socialización consiste esencialmente en ejercer el control de nuestros impulsos básicos, interiorizando al padre para dominar la rusticidad de nuestra naturaleza. Benjamín argumenta que es necesario volver a los supuestos que están en la base de la concepción de lo humano para, desde allí, conceptualizar nuevamente el desarrollo del *self*. Tenemos que postular no sólo la agresión primaria, no sólo la percepción de otros como objetos o simples obstáculos o

instrumentos de la propia satisfacción, sino, también, una sociabilidad primaria –un deseo primario para interactuar con otros y para el reconocimiento mutuo.

(2) A partir de las teorías feministas de Chodorow y Gilligan, Benjamín critica el supuesto freudiano de que el objetivo normativo del desarrollo del *self* es la separación –es decir que el desarrollo del *self* implica una transición de un estado de conexión o indiferenciación a un estado de separación o independencia. La suposición es que para ser sujetos, tenemos que romper con un estado de inmediatez o indiferenciación con la madre; tenemos que movernos de un estado de conexión sofocante a un estado de autonomía independiente, y sólo podemos hacer esto por el pasaje de la madre al padre, a través de la internalización de su autoridad. Sin embargo, señala Benjamin, esta descripción del desarrollo del *self* no tiene en cuenta que durante el momento preedípico existe interacción y signos de reconocimiento temprano con la madre. Benjamín argumenta que tenemos que formular un nuevo modelo de desarrollo del *self* que no se reduzca a un proceso de separación en términos de sujeto y objeto, sino como un proceso que desde el inicio instala en la escena evidencia de dos sujetos en relación. Entonces el objetivo normativo no debería ser el logro de un *self* separado, autónomo, sino más bien el logro de la intersubjetividad.

(3) Benjamín argumenta que Freud naturaliza la estructura de dominación, pues asume un antagonismo transcendental entre sujeto y objeto. Hay una división tajante entre lo externo y lo interno. Tanto los otros sujetos, como las instituciones sociales son localizados en la categoría de *objeto*, el que guarda una relación de contradicción y oposición fundamental respecto al sujeto. Benjamín argumenta, una vez más, que no debemos entender el desarrollo humano en términos de una oposición transcendental entre sujeto-objeto, sino en términos de relaciones intersubjetivas.

Para Benjamín, “*la teoría intersubjetiva amplía y complementa [la teoría de la separación-individuación] al concentrarse en el contenido afectivo del intercambio entre la madre y el niño*” (Benjamin, 1988/1996: 46). Más que enfocar la separación del niño de la madre, la teoría intersubjetiva se centra en la *sensación de los sentimientos compartidos*, en el *entonamiento emocional* entre madre y niño. “*La teoría intersubjetiva introduce la sintonía, o la falta de sintonía, como concepto importante*” (Benjamin, 1988/1996: 46). De este modo, para Benjamín, los sujetos pueden estar intersubjetivamente relacionados, sólo a través de la dimensión afectiva; los sentimientos y emociones compartidas son la única fuerza mediadora. Es así que, para ella, el reconocimiento es siempre, y sólo, reconocimiento afectivo. Al mismo tiempo,

argumenta Benjamin, “*la percatación de que hay mentes separadas y el deseo de sintonía crean la posibilidad de un nuevo tipo de conflicto*” (Benjamin, 1988/1996: 46). El *conflicto central entre afirmación y reconocimiento* surge del choque (conflicto) entre el deseo del niño de realizar su propio deseo (auto-afirmación) y el deseo de permanecer en acuerdo con la voluntad de los padres (entonamiento). Seguramente Benjamín echa mano a esta idea de intersubjetividad como entonamiento emocional porque ella no concibe que la autonomía del *self* sea posible sin caer en formas de dominación. En este punto se recorta en primer plano la influencia de Simone de Beauvoir. Como ya hemos señalado, Benjamín menciona explícitamente el análisis de Beauvoir respecto al ordenamiento diferencial entre varones y mujeres en términos de sujeto-objeto, o *self-otro*.

A pesar de que el análisis del problema de la dominación que Benjamin efectúa parte de esta consideración de Simone de Beauvoir respecto a que la mujer funciona como el otro del varón, el argumento de Benjamin también presupone una crítica feminista al modelo propuesto por Beauvoir. En última instancia, Benjamin advierte que mientras Beauvoir critica la estructura de que ordena los sexos bajo la matriz sujeto-objeto, no critica, sin embargo, el supuesto de que la estructura sujeto-objeto resulta necesaria para el desarrollo del *self*. Al menos desde la óptica de Benjamin, Simone de Beauvoir argumenta que el *self* puede ser postulado sólo a través de la oposición y de la negación del otro. De este modo, las mujeres deben asumir plena subjetividad, deben luchar y definirse a sí mismas como sujetos en contra de un objeto/otro. Contra esta posición, el trabajo de Benjamín se inscribe en una tradición de la teoría feminista que critica el supuesto de que el *self* debe ser postulado en oposición a un otro, y argumenta la necesidad de redefinir al *self* no en oposición a un objeto, sino en relación a otro sujeto. A pesar de que Benjamin intenta redefinir la lógica sujeto-objeto que opera como supuesto no sólo en el pensamiento de Beauvoir, sino en el grueso de los modelos teóricos de subjetivación. Lo cierto es que tal lógica le resulta satisfactoria a la hora de pensar el desarrollo del *self* masculino. Benjamín acepta que el desarrollo del sujeto masculino es un proceso que, bajo los términos culturales en los que se enmarcan los procesos de subjetivación, implica represión, dominación y negación del otro.

Las críticas de Allison Weir

Resulta de interés profundizar en algunos aspectos de la obra de Benjamin de la mano de algunas críticas, numerosas, efectuadas contra ella. Allison Weir (1996), una de sus

principales detractoras, señala que entre las ideas de Benjamín y las de Beauvoir opera un eslabón intermedio: el trabajo de Nancy Chodorow (1978). A criterio de Weir, Benjamín acepta acriticamente el análisis de Chodorow respecto al desarrollo de la identidad de género. Pero el análisis de Chodorow no apunta a criticar el modelo de sujeto-objeto que Beauvoir utiliza, más bien intenta alimentarlo a partir de determinantes sociales y psicológicos. La tesis de Chodorow, ya mencionada, refiere a que las identidades de género, masculinas y femeninas, y la dominación masculina y la subordinación femenina, encuentran su germen en el ejercicio de la maternidad, en tanto institución social. Benjamín resume el argumento de Chodorow así:

Como en casi todas partes las mujeres han sido las cuidadoras primarias de los niños pequeños, tanto los varones como las niñas se han diferenciado en relación con una mujer, la madre. Cuando consideramos el curso típico de la diferenciación masculina, vemos de inmediato que crea una dificultad especial para los varones. Todos los niños se identifican con su primer ser querido, pero los varones deben disolver esta identificación y definirse como el sexo diferente. Al principio todos los infantes se sienten semejantes a sus madres. Pero los varones descubren que no pueden llegar a *convertirse* en ella; sólo pueden *tenerla*. Este descubrimiento conduce a una ruptura de la identificación, que las niñas no tienen que sufrir. Los varones logran su masculinidad negando la identificación o unidad originales con sus madres (Benjamin, 1988/1996: 98-99).

Así, Chodorow –junto con toda la tradición del psicoanálisis norteamericano que incorpora, a partir de Robert Stoller (1968a), la categoría de identidad de género– explica el desarrollo de las identidades de género, y las relaciones de género, utilizando las categorías de identificación y desidentificación (Greenson, 1968/1995). Este énfasis en la identificación como recurso explicativo es característico del psicoanálisis de las relaciones objetales y de la psicología del *self*. Para Chodorow, digámoslo una vez más, la identidad de género se establece a través de identificaciones con las instancia parentales. Así, las niñas forman su identidad de género por el mantenimiento de la identificación primaria con la madre, y los niños forman la suya por desidentificación de la madre y, sólo secundariamente, por la identificación con el padre.

Allison Weir detecta que Chodorow utiliza los términos *conexión* y *separación* de modo intercambiable con los de *identificación* y *desidentificación*. Desde allí, Benjamin entiende que sus propias categorías de *autoafirmación* y *reconocimiento* son permutables con las categorías de *separación/individuación* y *conexión* de Chodorow. Benjamín argumenta que en el desarrollo del *self* masculino, el equilibrio entre *el reconocimiento mutuo* y la *afirmación orgullosa* está alterado.

La identidad masculina, como lo señala Nancy Chodorow, subraya un solo lado del equilibrio de la diferenciación: privilegia la diferencia por sobre el compartir, la separación por sobre la conexión, los límites por sobre la comunión, la autosuficiencia por sobre la dependencia (Benjamin, 1988/1996: 100).

De hecho, como este ejemplo indica, los términos de la paradoja de Benjamín son definidos muy en líneas generales. Tanto para Chodorow como para Benjamín, entonces, el papel primario de la mujer en el cuidado de los niños es suficiente para explicar el desarrollo de la identidad de género en términos de una dialéctica de *separación* y *conexión*, que en su momento produce la dominación masculina y la sumisión femenina. Weir señala, entonces, que la *individuación* es comparada con la *separación*, y la *separación* es comparada con la *dominación*. A su vez, este proceso de *individuación* vía *separación*, como *dominación*, sólo puede ser equilibrado a partir de un mantenimiento de la *conexión* primaria, de un entonamiento emocional, que es comparado por Benjamín con el *reconocimiento*.

A criterio de Weir, tal explicación implica una serie de supuestos problemáticos. Benjamín describe el proceso del desarrollo de la identidad de género masculina, y explica la dominación masculina, en los siguientes términos:

El varón desarrolla su género y su identidad estableciendo una discontinuidad y una diferencia respecto de la persona a la que está más apegado. Este proceso de desidentificación explica el repudio a la madre que subtiende la formación convencional de la identidad masculina (Benjamin, 1988/1996: 99-100).

Weir señala que el rechazo de la madre, que subyace a la dominación masculina, está suficientemente reflejado en el hecho de que los varones deben separarse o desidentificarse de ellas. Benjamín sugiere que el desarrollo de la identidad de género masculina mediante *separación-dominación* es un resultado inevitable del hecho de que las mujeres tengan niños.

De todas formas, Benjamín acentúa que la dominación masculina constituye un hecho social, no natural, entonces no es inevitable sino un resultado del hecho de que en la mayor parte de las sociedades las madres son las principales cuidadoras de los niños – Benjamín nota que sólo en familias modernas occidentales de clase media el cuidado de niños es la responsabilidad exclusiva de *una madre solitaria* y reconoce que esta teoría sólo puede aplicarse a tales familias. Esta ecuación entre *separación* y *dominación* es fundamental para análisis que Benjamín efectúa sobre la relaciones entre los géneros. La asignación de status de sujeto al varón y de objeto a la mujer sigue al hecho, aparentemente inevitable, subraya Weir, de que, en palabras de Benjamin,

el varón debe luchar por su libertad respecto de la mujer que lo engendró, con toda la violencia de un segundo nacimiento. En este segundo alumbramiento comienzan las fantasías de omnipotencia y la dominación erótica” (Benjamin, 1988/1996: 107). “La necesidad de cortar la identificación con la madre para ser confirmado como una persona separada, y con una identidad masculina (...) a menudo impide reconocer a la madre (...) Una actitud objetivante viene a reemplazar las interacciones anteriores de la infancia, en las cuales aún podía coexistir el reconocimiento mutuo y la afirmación orgullosa (Benjamin, 1988/1996: 100).

Como fuere, Weir insiste en que la ecuación de *separación y dominación* para explicar el desarrollo del *self* y de la identidad de género no es satisfactoria, pues carece de argumentos que permitan explicar convincentemente el modo en que la ruptura de la identificación primaria produce necesariamente una actitud objetivante que implica dominación.

Señala Benjamin que

Al quebrar la identificación con la madre y la dependencia respecto de ella, el varón corre el peligro de perder totalmente su capacidad para el reconocimiento mutuo. El entonamiento emocional y la armonía corporal que caracterizaron su intercambio infantil con la madre ahora amenazan su identidad (...) Cuando esta relación con el otro como objeto se generaliza, la racionalidad reemplaza al intercambio afectivo con el otro (Benjamin, 1988/1996: 100-101).

Para Weir, en Benjamin, la racionalidad es significada como negación y supresión del reconocimiento mutuo o de la intersubjetividad, que Benjamin anuda con el “*entonamiento emocional*” (Benjamin, 1988/1996: 28, 100, 210), “*armonía corporal*” (Benjamin, 1988/1996: 100) e “*intercambio afectivo*” (Benjamin, 1988/1996: 30, 100). De este modo, la identidad masculina se establece por la separación de la madre, que produce objetivación y desarrollo de racionalidad, lo que es comparado con la dominación. Señala Benjamin que “*el hecho que el quehacer maternal es asumido por la mujer (...) explica sadismo masculino*” (Benjamin, 1988/1996: 103).

Benjamín critica explícitamente la ecuación *diferencia - dominación* que detecta en Freud. Argumenta que mientras Freud asume que la diferenciación del *self* puede continuar sólo por la dominación del otro, tenemos que entender el desarrollo del *self* en términos de un equilibrio entre la *separación* y la *conexión*. Idealmente, sugiere, deberíamos ser capaces de separarnos de la madre sin rechazarla, manteniendo la conexión original o la identificación con ella. Benjamin argumenta que la *dominación*, aparentemente intrínseca a la *separación*, debe ser controlada por el mantenimiento de la *conexión* primaria. Weir señala que Benjamin no es capaz de criticar la conexión intrínseca entre *separación y dominación* ya que acepta el análisis de Beauvoir sobre los

anudamientos entre las categorías de *varón* y *sujeto*. Detecta también que Benjamin entiende la autonomía en términos negativos, al igual que la separación. De este modo, Benjamin echa mano al entonamiento emocional como la única fuerza capaz de contrarrestar la dominación.

Weir nota aún más insuficiencias en tal modelo cuando se trata de explicar el desarrollo de la identidad de género femenina.

La niña no necesita ese cambio de identificación que la diferencia de la madre. Esto hace que su identidad sea menos problemática, pero constituye una desventaja, en cuanto ella no posee ningún modo obvio de desidentificarse de la madre, ningún sello de la separatividad (Benjamin, 1988/1996: 103).

La identidad femenina es al parecer indistinguible de la identificación primaria³⁵. Así, contra la tentativa de Freud de teorizar la identidad de género femenina en clave fálica, Benjamín acepta la idea de que “*la niñita desarrolla su feminidad por medio de la identificación directa con la madre*” (Benjamin, 1988/1996: 117). Al respecto, Weir también critica los fracasos de Benjamín al intentar matizar el análisis de la identidad de género femenina como producto de la identificación directa. Cuando se propone investigar el *deseo de la mujer*, señala Weir, permanece dentro del paradigma de la identificación, pues argumenta que las niñas desean identificarse con el padre como un modelo de subjetividad separada y autónoma, pero cuando el padre falla en reconocer a su hija como un sujeto separado, la muchacha toma la posición de objeto sexual, como compensación, al ser incapaz de acceder al lugar de sujeto, ella se conforma con tener (o ser tenida por) otro Sujeto. En consecuencia, Benjamín sostiene que la identidad de la niña como objeto, más que como sujeto, se establece por identificación con la carencia del *self* y carencia de deseo de la madre. En sus palabras, “*el hecho de que el quehacer maternal es asumido por la mujer no sólo explica el sadismo masculino, sino que también revela una ‘falla geológica’ en el desarrollo femenino, que conduce al masoquismo*” (Benjamin, 1988/1996: 103).

En suma, para Benjamin tanto niñas como niños tienen que ser capaces de reconocer e identificarse tanto con la madre como con el padre, ambos como sujetos autónomos separados. Pero, considerando la estructura actual de las relaciones entre los géneros,

³⁵ Aquí la identificación primaria no refiere al concepto freudiano deslindado en “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921/1979), en el contexto de esta propuesta inaugurada por Stoller más bien refiere a las primeras identificaciones feminizantes en sentido cabalmente cronológico. Cabe destacar que existen intentos de Jessica Benjamin por flexibilizar este sentido lineal del desarrollo de los géneros, por ejemplo introduciendo la categoría de *identificación genérica nominal* (Benjamin, 1995/1997), en lugar de la categoría *identidad genérica nuclear* propuesta por Stoller (1968a).

los niños afirman su propia individualidad separada negando, únicamente, la subjetividad de la madre, y las niñas nunca se afirman como sujetos, y se identifican con la carencia del *self* de la madre. Entonces, si tanto las niñas como los niños no son capaces de reconocer a la madre como un *self* separado y autónomo, esto se debe precisamente, afirma Benjamin, porque la madre no es un sujeto autónomo. El recurso al que apela Benjamin, para poder otorgar dinamismo a esta situación poco alentadora, consiste en afirmar, en la misma línea que Simone de Beauvoir (1949/2007), que las mujeres/madres necesitan *ser* sujetos. Si ser un sujeto es requisito para ser reconocida como tal, señala Weir, esto no sirve para resolver los problemas que giran en torno a ser un sujeto. El supuesto, al parecer, es que una vez que una *es* un sujeto, entonces, automáticamente una será reconocida como tal.

Por otra parte, la relación con el padre plantea el problema contrario. El padre es reconocido por lo que es, un sujeto autónomo. El problema aquí es establecer algún tipo de conexión con él. Benjamín argumenta que tanto niños como niñas quieren identificarse con sus padres, que representan la autonomía y la separación. Contra el modelo que define la identificación del niño con su padre como una identificación defensiva basada en el rechazo de la madre, Benjamín destaca la importancia de la identificación narcisista como un elemento positivo en el desarrollo del *self*. Benjamin se esfuerza por argumentar que el desarrollo del *self* no debe ser visto como un proceso basado necesariamente en el rechazo, la dominación, la oposición al otro/objeto; más bien tenemos que ver el desarrollo del *self* en términos de conexión a un otro sujeto – conexión deseada y agradable. Señala Weir que contra el modelo estoico/trágico del desarrollo del *self*, contra la idea de que la autonomía se establece sólo a través de la represión del deseo, del placer, de la naturaleza, Benjamín se esfuerza por argumentar que deseamos la autonomía, deseamos ser reconocidos como sujetos autónomos. Entonces, su solución con la oposición entre autonomía y entonamiento emocional, separación y conexión, auto-afirmación y reconocimiento, consiste en teorizar el desarrollo de la autonomía en términos de afecto positivo.

Es a partir de estas consideraciones que Weir dirige sus críticas más agudas al señalar que el afecto *positivo* colisiona con una idea de autonomía *negativa*. Es decir: la autonomía que el padre representa (y que la madre debería representar) es, para Benjamín, una libertad signada por el carácter negativo que la separación adquiere en su sistema de pensamiento. La autonomía es definida como la independencia, la separación, y, de vez en cuando, como la confrontación con el *mundo exterior*. Esta

versión de la autonomía inevitablemente choca con una capacidad para la relación con, o el reconocimiento de, otros –y entonces es, por definición, opuesta a la intersubjetividad. Así, Benjamín construye una idea de autonomía en términos de *libertad negativa*, pues conlleva dominación. Por otra parte, es dicha autonomía negativa la que Benjamin intenta retener en su modelo teorizando un deseo o un afecto positivo hacia ella, y así generar la tensión y la paradoja que ella cree fundamental para el *self*.

Weir destaca que la separación, tal como la entiende Benjamin, bien podría constituir un momento en el desarrollo de la autonomía. Pues, una vez que se entiende que la autonomía no implica solamente aspectos negativos de la separación, sino la capacidad para participar en un mundo social –capacidad que requiere el aprendizaje de roles sociales y de normas, como base para la reflexión– entonces ya no sería necesario echar mano al entonamiento emocional y a la identificación primaria como el único medio posible para la conexión humana, o la intersubjetividad. En pocas palabras, Weir entiende que las relaciones afectivas son condición necesaria, pero no suficiente para el logro de la intersubjetividad. Entonces propone comprender el desarrollo del *self* no sólo en términos afectivos, a través del modelo de la identificación, sino en términos cognoscitivos y normativos, a través de un modelo de internalización, más acorde al propuesto por Judith Butler en *The psychic life of power* (1997/2001) –véase CAPÍTULO IV. Pero de hecho Benjamín se resiste a cualquier recurso de una teoría de internalización para entender la relación entre autonomía e intersubjetividad. Para Benjamín, la idea de internalización implica dominación:

La mayor parte de la teoría psicoanalítica se ha formulado en los términos de un sujeto aislado y de su internalización de lo que está afuera para desarrollar lo que está dentro. La internalización implica que el otro es consumido, incorporado, digerido por el sí-mismo del sujeto (Benjamin, 1988/1996: 60).

Para Benjamin, la idea de internalización mantiene el ideal de un sujeto que se desarrolla a través del empleo de un objeto, donde el otro es utilizado por el sujeto como un instrumento para desarrollo del *self*, un medio para la separación, entonces no es reconocido como otro *self* independiente. En contraste con la teoría de la internalización, Benjamín recuerda que la teoría intersubjetiva acentúa “*el júbilo y la premura por descubrir la realidad externa, independiente, de otra persona*” (Benjamin, 1988/1996: 61). Para Weir, la afirmación de Benjamín respecto a que la internalización implica, nuevamente, que el *self* utiliza, sin reconocer, al otro, equivale a homologar la

sociabilidad del self con la dominación. La crítica de Weir no es menor, en última instancia la acusación se dirige a que Benjamin rechaza una teoría del desarrollo del *self* socialmente mediada, a favor de un concepto de *self* que simplemente se auto-afirma, y requiere reconocimiento de esta autoafirmación. La crítica de Weir parece reforzar la idea de matrimonio infeliz entre feminismo y psicoanálisis (Flax, 1990/1995), pues detecta en Benjamin un impedimento último, más allá de las buenas intenciones, de ingresar aspectos sociales al campo de la subjetividad.

Retomemos la tesis central de Benjamín: la estructura sujeto-objeto que ordena las relaciones de género —es decir, la dominación masculina y la subordinación femenina— es producto del fracaso de las relaciones intersubjetivas, lo que puede remontarse al fracaso de reconocer a la madre como un sujeto. A partir de aquí, Weir lanza otra crítica, tampoco menor. Desde su punto de vista, Benjamín comienza con un concepto del self que no está constituido, pero que, sin embargo, se auto-afirma. Este self primario requiere, a priori, la atención o el reconocimiento directo del otro para prosperar. Este *self* es capaz de reconocerse inmediatamente a sí mismo, y al otro, como un sujeto. Benjamín parece argumentar que, en contra de una teoría de la internalización, existe algo pre-determinado en la subjetividad. Tomando como referencia privilegiada a Winnicott, Benjamin argumenta que “*La realidad es así descubierta, y no impuesta; la mismidad auténtica no es absorbida desde afuera, sino descubierta adentro*” (Benjamin, 1988/1996: 58). Del mismo modo, la subjetividad del otro es algo *descubierto*. Weir insiste en que el error de Benjamín es asumir una teoría intersubjetiva del desarrollo del *self* basada en los siguientes supuestos: (1) los seres humanos son, a priori, fundamentalmente sociales; (2) el reconocimiento mutuo es una necesidad humana y un objetivo normativo; (3) los seres humanos traen consigo la capacidad de reconocerse a sí mismos y a otros como sujetos, pues “*desde el principio, hay siempre (por lo menos) dos sujetos*” (Benjamin, 1988/1996: 38).

Benjamín argumenta que en el desarrollo de la identidad de género masculina, “*una actitud objetivante viene a reemplazar la interacciones anteriores de la infancia, en las cuales aún podía coexistir el reconocimiento mutuo y la afirmación orgullosa*” (Benjamin, 1988/1996: 100). Y “*el varón corre el peligro de perder totalmente su capacidad para el reconocimiento mutuo*” (Benjamin, 1988/1996: 100). Según este análisis, la capacidad para el reconocimiento mutuo es una capacidad original, innata, y la autonomía (masculina) establecida por la separación es entendida como una pérdida de la capacidad original para el reconocimiento mutuo, o la intersubjetividad. La teoría

intersubjetiva implica siempre una perspectiva de las relaciones humanas en tanto relaciones entre sujetos; la teoría de la internalización introduce, según Benjamin, una *actitud objetivante*, donde el desarrollo del sujeto queda exclusivamente ligado a la relación con un objeto –así, la teoría de la internalización perpetúa la actitud del varón hacia la madre de quien tiene que *desidentificarse*. Todo parece indicar, declara Weir, que, para Benjamín, la intersubjetividad implica quedarse en la díada Yo-Tú, dos sujetos que se reconocen mutuamente el uno al otro, como sujetos particulares y concretos. La generalización de la perspectiva a una tercera persona, o a una instancia social, implica que la internalización opera, lo que resulta objetivante, por ende la intersubjetividad es destruida.

En síntesis, el *self* es verdaderamente una paradoja cuando es entendido como una batalla entre la afirmación de la propia voluntad y el deseo de entonamiento emocional, entre la libertad negativa de separación y la intimidad de la conexión afectiva. Una vez que la autonomía es concebida como *separación-objetivación-dominación*, y la intersubjetividad como sentimiento compartido, no nos queda más remedio que sostener una paradoja absoluta y eterna. Weir señala que la autonomía debe concebirse como capacidad para la plena participación en un contexto social –lo que implica internalización de roles y normas sociales y, desde allí, apelar a principios para la reflexión crítica. Sólo entonces, señala finalmente Weir, la paradoja del *self* pierde carácter inmutable. Claramente, Allison Weir no está dispuesta a sostener la paradoja, propuesta inicial de Benjamin, a cualquier precio. Más bien se inclina por su resolución del lado de un sujeto cuya autonomía le permite apropiarse críticamente del contexto normativo en el que, inicialmente, fue articulado como sujeto.

Jessica Benjamin, después

En su primer libro Benjamin se propuso revisar, desde la crítica filosófica feminista, los aportes de Hegel, Freud, Donald Winnicott, Margaret Mahler, Nancy Chodorow y Daniel Stern. Posteriormente, en su colección de ensayos *Like subjects, love objects: essays on recognition and sexual difference* (1995), la autora se muestra permeable a incorporar las producciones de algunas feministas posmodernas³⁶. A partir de allí se tornan más explícitos algunas líneas anteriormente insinuadas: los intentos de evitar esencialismos, al mismo tiempo que la propuesta de deconstruir polaridades que

³⁶ Otros aspectos del pensamiento de Jessica Benjamin, en torno al deseo maternal, y otras críticas al respecto de exponen en el CAPÍTULO VII.

consolidan discursos de dominación de género. Allí, Benjamin intenta, no siempre exitosamente, despegarse del sujeto racional de la Ilustración a través de reconceptualizar al *self*³⁷. A criterio de Benjamin, la inclusión de la dimensión de la sexualidad, la fantasía y el inconsciente destruye de entrada la idea de un constructo de *ser humano* en tanto unitario, coherente y uniforme.

En esta oportunidad Benjamin revisa las principales ideas de su primer libro. La identidad de género es abordada desde una multiplicidad de perspectivas, un procedimiento construido sobre el rechazo del monismo y de oposiciones binarias, se trata de "*proponer la contradicción para mantener más de una idea*" (Benjamin, 1995/1997: 41). Así, Benjamin valora la dimensión del *entre*, por lo que valora la riqueza que emerge a partir de sostener la tensión entre marcos teóricos contrapuestos, por ejemplo la teorías que enfocan aspectos intrapsíquicos y aquellas que priorizan aspectos relacionales (Hoffman, 1999). Desde aquí, la autora no abandona el concepto de reconocimiento, más bien lo tematiza con nuevos aportes. Desde mi punto de vista, son dos los aportes a desatacar en este libro: la idea de *amor identificatorio* y la idea de *sobreinclusividad*, ambas categorías gravitan en torno a los esfuerzos por construir una línea de desarrollo de las identidades de género vertebradas a partir de la idea de reconocimiento.

Para ello, comienza con el trabajo de investigadores del campo de la infancia, como Daniel Stern (1991), que han insistido en que los prototipos de reconocimiento están presentes desde los inicios de la vida, es decir que el bebé no está envuelto en el narcisismo primario freudiano. En el período preedípico, niños y niñas adquieren la capacidad de reconocer a su madre identificándose con la diferencia, sin rechazarla o negarla. Así, el período preedípico es, además, el periodo en el que Benjamin localiza el

³⁷ Es posible detectar la influencia de lo que Daniel Stern (1991) denomina *sentido del self*, considerándolo como un principio organizador del desarrollo. El autor describe varios sentidos del *self*, algunos de los cuales pueden ser localizados antes de la autopercepción y del lenguaje, es decir antes del advenimiento del *yo*. Con "*sentido*" Stern refiere a una simple percepción, no necesariamente autoreflexiva. Por "*self*" entiende a un patrón constante de percepción, que aparece sólo con las acciones o procesos mentales del infante humano. El concepto de *self*, en cualquiera de sus versiones (Kirshner, 1991; Vegh, 2010), es poco preciso, constituye un contenido del aparato mental o psíquico no reducible a ninguna de las instancias delimitadas por Freud (Bleichmar & Leiberman de Bleichmar, 1997), también es definido como un núcleo de la personalidad (Lancelle, 1999). Desde mi punto de vista, Benjamin utiliza esta categoría para evitar centrarse en la instancia psíquica *yo*, movimiento a partir del cual intenta escapar de la categoría de identidad como rígida e inmutable, vinculada tópicamente con la instancia antes referida.

*amor identificatorio*³⁸. Ella destaca la importancia que guarda la distinción freudiana entre identificaciones primarias e identificaciones secundarias, consecutivas al amor de objeto o la disolución del complejo de Edipo. Si bien, desde su punto de vista, Freud descuida las identificaciones primarias, ella piensa que éstas –con el vínculo erótico que suponen– son cruciales para la *sobreinclusividad* de niños/as preedípicos/as. Dado que en niños y niñas el *amor identificatorio* hacia los padres y otras personas de ambos sexos juega un papel importante, esto hace que se experimenten a sí mismos como siendo ambos sexos. Más tarde, enfatiza Benjamin, la lógica edípica se construye sobre esta base sobreinclusiva, no sobre la base de la desidentificación (Balsam, 2001).

Claramente, el objetivo de Benjamin consiste en establecer un modelo dialéctico donde la diferenciación de género incluya la posibilidad de establecer lazos relacionales fluidos (Govrin, 2006). Retoma los modos pre-verbales de entonamiento empático y receptividad que promueven una capacidad para ser *sólo en la presencia de otro*. La novedad, en este tramo de su pensamiento, consiste en destacar la posibilidad de estados afectivos compartidos que no derrumben las diferencias. En esta línea, Benjamin apela a las metáforas espaciales de Winnicott (1971) para acentuar los encuentros lúdicos entre dos sujetos en donde se despliegan actos no coercitivos de reconocimiento. A la tensión constante entre reciprocidad y tendencias hacia la dominación antes descritas por Benjamin (1988/1996), se le suman los intentos de alejarse de una concepción de géneros radicalmente opuestos. Para ello intenta refigurar los vínculos homoeróticos preedípicos con los padres, sitio a partir de la cual los sujetos pueden recrear identidades de género más flexibles e indeterminadas. Ella sugiere que las figuras materna y paterna actúan como sitios permeables de identificación para los niños de ambos sexos. Así cada objeto de amor encarna múltiples posibilidades de identidad y diferencia, de masculinidad y feminidad, y una relación de amor puede servir a múltiples funciones (Fogel, 2006).

Benjamín aboga, entonces, a favor de concebir combinaciones flexibles entre las identificaciones y cuestiona “*la distinción superficial trazada entre la elección heterosexual y la elección homosexual*” (Benjamín, 1995/1997: 51). Ella comienza a desafiar los esquemas que demarcan las etapas normativas de la identidad de género y el lugar que allí tiene el deseo hacia el sexo opuesto. Es así que echa una mirada a las

³⁸ Jessica Benjamín teoriza la *sobreinclusividad* en términos de *identificación con la diferencia*, alrededor de la concepción de *polimorfismo* preedípico de niños y niñas, pero inscribe la bisexualidad freudiana en el plano identificatorio.

teorías posestructuralistas en busca de estrategias para replantear los modelos de complementariedad heterosexual, sugiriendo que “*ni las relaciones heterosexuales ni las homosexuales garantizan intrínsecamente una postura particular con respecto a la complementariedad o la igualdad; los dos tipos de relación pueden sucumbir a la fijeza o jugar superficialmente con la convención y las identidades previamente fijadas*” (Benjamín, 1995/1997: 101).

Mientras *The Bonds of Love* enfatiza las relaciones preedípicas como un sitio de mutualidad normativa, *Like Subjects, Love Objects* destaca las tendencias preedípicas hacia un género *sobreinclusivo*, demandando que “*reconociendo ya ciertas distinciones básicas entre la masculinidad y la feminidad, el niño continúa tratando de elaborar imaginariamente ambas opciones dentro de sí*” (Benjamín, 1995/1997: 92). Así Benjamín sugiere que la *sobreinclusividad* es un reino de libertad sexual que proporciona una fuente de resistencia contra leyes y prohibiciones propias de la lógica edípica. Este tramo de la obra de Benjamin no escapa a la crítica. Autoras como Kaja Silverman (1996) y Susan Driver (2005), señalan que esta noción de *sobreinclusividad* tiene más que ver con un ejercicio de imaginación que intenta trascender la construcción cultural hegemónica que con un análisis de sujetos culturalmente situados que desafían significados y valores edípicos dominantes. Al igual que a Chodorow, se le critica la pretensión de universalizar. El movimiento entre los extremos de la complementariedad Edípica y el magma pulsional, que aún no responde a exigencias de ninguna identidad, propio del carácter perverso polimorfo de la organización sexual infantil (Freud, 1905/1979), establece un juego de que termina por contrastar la universalidad de dicotomías genéricas y sexuales a la universalidad de la pluralidad sexual:

Si el sexo y el género tal como lo conocemos son atraídos hacia polos opuestos, estos polos no son la masculinidad y la feminidad. Más bien, el dimorfismo genérico en sí sólo representa un polo; el otro polo es el polimorfismo de todos los individuos (Benjamin, 1995/1997:108).

Otros aportes contemporáneos

Como fuere, con sus limitaciones, el proyecto de Benjamín es importante ya que pone en primer plano pares de opuestos al tiempo que propone desestabilizarlos: las relaciones estructurales de dominación y los momentos de espacios transicionales donde es posible identificarse con la diferencia; fluidez preedípica e identidad edípica. El problema no radica en el intento de plantear las relaciones tensas entre ámbitos socio-

históricos y psíquicos, sino en el privilegio de las normas propias de la familia heterosexual. Aún así, su marco de pensamiento es prometedor al deslindar elementos teóricos, tales como la intersubjetividad, que arrojan un interjuego de diferencias que desafían la edipización, por consiguiente permite cuestionar la familia nuclear tradicional como único contexto en el que transcurren los procesos de constitución de las identidades de género (Stimpson, 2005).

No caben dudas de la relevancia del pensamiento de Jessica Benjamin. Ta es así que el feminismo psicoanalítico norteamericano contemporáneo estructura sus producciones, a favor o en contra, a partir de esta división entre lógica edípica y relaciones preedípicas. Incluso el argumento de que las identificaciones preedípicas pueden existir junto a la elección de objeto edípico suele ser utilizado frecuentemente para subvertir ideas que giran en torno a la primacía del falo, y su heterosexismo, y, desde allí, reelaborar la lógica identitaria que imprime el Edipo en sus soldaduras restrictivas entre identificación y elección de objeto (Diamond, 2006).

Resulta importante aclarar que los desarrollos en torno a la categoría de identidad de género que se han generado en la intersección feminismo y psicoanálisis en Estados Unidos, de ningún modo han reemplazado las producciones psicoanalíticas ortodoxas al respecto. Es muestra de ello el conjunto de producciones reunidas por Ethel Person (2005), varias décadas después de la irrupción de la irrupción de *The reproduction of Mothering*, bajo un panel denominado *A new look at core gender and gender role identity in women*. Los panelistas convocados en esta oportunidad fueron Helen Gediman, Adrienne Harris y Nancy Chodorow.

El artículo de Helen Gediman (2005), *Premodern, modern, and postmodern perspectives on sex and gender mixes*, entrecruza el discurso crítico feminista con la clínica psicoanalítica para ampliar la comprensión sobre el género hacia una perspectiva de la multiplicidad. Gediman se propone examinar enfoques posmodernos en términos de nuevos posicionamientos acerca de lo masculino y lo femenino. Desde su punto de vista, no es posible entender el género sin explorar el deseo sexual, la orientación sexual, la elección de objeto, las identidades transgénero, travestis y las problemáticas que refieren al cambio de sexo. Por otra parte, la autora afirma que la mujer no es un varón defectuoso, como deslizan las ideas freudianas. Como contra partida a esta postura que rechaza la envidia del pene en la mujer, Gediman argumenta que los placeres de las mujeres residen en sus propios cuerpos, por tanto apoya la teoría de una feminidad primaria así como la presencia de ansiedades genitales tempranas propias de

las mujeres que no están conectados a las ansiedades de castración masculinas. Gediman no se muestra conforme con los aportes del posmodernismo, sobre todo con su tendencia a rechazar la idea de que el sexo es innato, esto es que existe feminidad y masculinidad primarias. Para ella, el posmodernismo fracasa en sostener que el género es construido. La autora se autodenomina como una psicoanalista clásica, pues opta como marco referencial la teoría pulsional freudiana. Si bien reconoce la influencia de la cultura en la manera en que identificamos el género, ella se declara a favor de sostener la primacía del cuerpo biológico en la configuración de los géneros.

En su contribución, *Gender in linear and non-linear history*, Adrienne Harris (2005) rechaza la concepción esencialista de Gediman. Ella observa que algunas personas se sienten extrañas en la piel de su sexo, mientras que otras consideran que el sentido del propio género emana naturalmente de sus poros, o de una fibra natural del ser. En la experiencia transexual, por ejemplo –donde el cuerpo, nos dice la autora, es visto como el sitio de una reconstrucción dramática– las refiguraciones de un cuerpo que debe ser adaptado al sentido psíquico del género, son testimonio de un reto para cualquier postura esencialista de género. La perspectiva de Harris devela anudamientos entre feminismo, psicoanálisis y posmodernismo. Para ella, los modos en que el género se ancla en las subjetividades son inevitablemente múltiples. Harris cita el conocido artículo *La feminidad como máscara* de Joan Riviere (1929/1966), precursor, en parte, de la idea de género como performativo (Butler, 1990a/2007) –véase CAPÍTULO IV. Al igual que los planteos de Riviere en aquel artículo, Harris rechaza cualquier adhesión a la idea de una feminidad primaria. A pesar de su postura, Riviere no conduce la novedad de sus postulados (potencialmente posmodernos) hasta sus últimas consecuencias, tampoco Harris, como para descentrar al cuerpo del lugar protagónico en la configuración de la feminidad.

El aporte de Nancy Chodorow (2005), *Gender on the modern-postmodern and classical-relational divide: untangling history and epistemology*, propone inscribir la categoría de género dentro de una tendencia moderna, que se traslada, nos dice Chodorow, desde 1920 hasta 1990, basada en la evidencia científica y en la concepción universal y dicotómica de varón y mujer. Para Chodorow, el feminismo de la década del '70, junto al lema *lo personal es político*, proporcionó la primera entrada postmoderna en una reevaluación psicoanalítica de la feminidad a través del psicoanálisis relacional. Lo que interesa destacar de estas breves referencias de aportes contemporáneos, localizados en la intersección disciplinar en cuestión, es la relevancia, más allá de sus

críticas, de los escritos iniciales de Nancy Chodorow (1978/1984) y de las ideas de Jessica Benjamin (1988/1996, 1995/1997), pues enfatizan el modo en que se propaga el género subjetivo no naturalizado. Sobre todo en un contexto donde otras autoras, a inicios del siglo XXI, ven a la sexualidad y al género como innatos o adquiridos. El esencialismo, en diferentes niveles, está presente varias autoras contemporáneas, el punto de emergencia es el lugar del cuerpo, y su papel determinante, en la configuración del género y la sexualidad.

Más allá del modelo identificación/desidentificación

Finalmente, los aportes de Jane Flax (2006) introducen un cambio de perspectiva desde el interior mismo de feminismo psicoanalítico norteamericano en sintonía con los aportes de Judith Butler respecto a la identificación. Flax denuncia la insuficiencia de los elementos conceptuales que refieren al interjuego identificación/desidentificación, aún hoy dominantes, a la hora de pensar el modo en que se construyen las identidades de género. Es necesario, nos dice, modelos teóricos que conciban al género de manera más fluida a partir de categorías complejas que presten más atención a factores culturales.

El modelo identificatorio, afirma Flax, construye una noción rígida y dicotómica de género. La posibilidad de identificación/desidentificación instala al género como un sistema binario en el que sólo hay dos posiciones, pues alguien pertenece a un género en la medida en que no pertenece al otro. Tomando el caso del niño, dentro de este sistema, su primera identificación es con una mujer (su madre), el niño construye su masculinidad bajo el requisito de no ser femenino. Para ello se requiere la separación de la madre y la renuncia permanente a cualquier identificación con ella. Este modelo no sólo refuerza un esquema de género rígido, también valida aspectos *normales* o esperables de la masculinidad: sentimientos defensivos, temerosos y potencialmente denigrantes sobre la feminidad y todo lo relacionado con ella.

En el contexto de estas críticas, Flax realiza interrogantes que implican un grado de radicalidad aún mayor ¿por qué existe la masculinidad o feminidad? El objetivo de la autora es localizar al género dentro de esquemas que tornan dudosa su propia existencia. Para Flax la *diferencia sexual* permanece demasiado ligada a la anatomía y a los modos en que se representa el género. El psicoanálisis debe incluir en mayor medida al contexto cultural, a las relaciones de poder propias de la raza y la heterosexualidad normativa, hoy ausentes. Estas ausencias sostienen la reproducción de conceptos sobre

el género subjetivo que permanecen sesgados y subsidiarios a los tipos de subjetividades que la sociedad occidental demanda.

El giro presente en la preocupación de Flax es interesante, pues apunta no sólo a la dinámica intrapsíquica anclada en la biología de los cuerpos –presente en los aportes canónicos del psicoanálisis norteamericano que introduce la categoría de género sin perspectiva feminista–, tampoco a la dinámica intersubjetiva de corto alcance –presente en el pensamiento de Nancy Chodorow y Jessica Benjamin, a pesar de su preocupación legítima por introducir vía identificación aspectos socio históricos que guardan en sí la desigualdad entre varones y mujeres. El interrogante de Flax invoca una teoría de la conformación subjetiva que permite teorizar la subjetividad como producto de dinámicas sociales. Jane Flax puede articular esta demanda para el campo del psicoanálisis debido a que su pensamiento se encuentra doblemente capturado por el feminismo y el posmodernismo³⁹. La teoría feminista le permite pensar en una dimensión política de la identidad que imprime una mayor complejidad que no se agota en lo individual –véase CAPÍTULO III–, ni en las dinámicas familiares que invisibilizan sesgos de etnia, clase y sexualidad. El posmodernismo la posiciona en actitud de sospecha, sin temor a incorporar la historicidad en el relato psicoanalítico. Bajo la invocación de Flax, desde este triple anudamiento entre psicoanálisis, feminismo y posmodernismo, proponemos la aparición de Butler en sus posibles lecturas: una radicalmente *Queer* que rompe con la idea de una interioridad psíquica sustancial –véase CAPÍTULO IV–, y otra que articula conceptos del psicoanálisis que retienen la necesidad de otorgar densidad psicológica, nunca sustancial, al sujeto tal como lo entiende Foucault –para esta interesante, posible y problemática convergencia entre dimensión psíquica y dimensión normativa, véase CAPÍTULO V.

³⁹ Para ver la atracción que el pensamiento posmoderno ejerció en gran número de teóricas feministas, así como el rechazo de otro sector del feminismo respecto a sus postulados, véase Ana María Bach (2010: 143-148).

CAPÍTULO III
IDENTIDAD DE GÉNERO
LA MIRADA EN LAS TENSIONES FEMINISTAS
(CON ESPECIAL REFERENCIA AL PROBLEMA DE LA PORNOGRAFÍA)

Normalmente (...) es lo que se acostumbra hacer. Tal vez ahora no os parezca normal, pero al cabo de un tiempo se os pasará. Se convertirá en algo común.

Margaret Atwood, *El cuento de la criada*

Los papeles sexuales del dominador y del dominado son parte de la estafa sexual. Tales nociones determinan la estructura de la fantasía humana, son el símbolo de todo aquello que no es posible en la vida cotidiana.

Sheila Rowbotham, *Mundo de hombre, conciencia de mujer*

Hacia el género del feminismo

Es preciso señalar que, tal como lo ha mencionado inicialmente Robert Stoller (1968a), el *sexo* corresponde a las diferencias anatómicas inscriptas en la superficie del cuerpo (Burin & Meler, 1998). Un cúmulo denso de literatura al respecto acuerda en delimitar al sexo como hecho biológico, constante anatómica que corresponde a los aspectos fácticos del cuerpo. Es posible distinguir, así, el *sexo*, en tanto hecho corpóreo idéntico y fijo, del *género*, en tanto interpretación cultural del sexo en la variedad de formas y significados que adquieren estos cuerpos al interior de las múltiples gamas de construcciones culturales posibles, como aquellos “*modos posibles de atribución a los individuos, de propiedades y funciones imaginariamente dependientes de su sexo*” (Bach, Gianella, Femenías, Roulet & Santa Cruz, 1994:65). Esta perspectiva comienza a configurar algunas consecuencias analíticas que se ubican en la base de ciertas consideraciones que otras autoras señalarán como problemáticas – por ejemplo, que el género se inscribe de manera unilateral sobre el cuerpo (Butler, 1986; Haraway, 1992/1999; Femenías, 2003). Aún así, la contraposición de la naturalidad del sexo al carácter cultural del género ha fisurado, al menos inicialmente, la superficie compacta del determinismo biológico que alimentaba las líneas conceptuales fundamentales en relación con la constitución de la identidad de género y de la

identidad sexual. De modo que la distinción entre las categorías de *sexo* y de *género* implicó, sin dudas, un avance teórico significativo.

Por otra parte, no existe consenso a favor de sostener una clara diferenciación entre *género* y *sexo*, otra amplia gama de especialistas señalan el absurdo de construir fronteras que los delimiten claramente. Los argumentos que se esgrimen desde cada una de estas posturas no son monolíticos, implican diferentes niveles de argumentación y variadas filiaciones teóricas que inauguran diferencias sustanciales aún entre quienes se enfilan tras una misma propuesta. Aún así, el género constituye una categoría de análisis que ha impactado de modo predominante en las ciencias sociales. En términos descriptivos podemos entender por género

...la red de creencias, rasgos de personalidad, actitudes, valores, conductas y actividades [construidas y asignadas socialmente] que diferencian a mujeres y a [varones]. Tal diferenciación (...) no sólo produce diferencias entre los géneros femenino y masculino, sino que a la vez, estas diferencias implican desigualdades y jerarquías entre ambos (Burin & Meler, 1998:20).

Desde aquí, los estudios de género denuncian la lógica binaria, ofreciendo argumentos que visibilizan el hecho de que tal ordenamiento en oposiciones y jerarquías no responden a un orden natural, sino a largos procesos histórico-sociales.

Tal como se ha señalado anteriormente, el género se ha utilizado –a partir de John Money (1957, 1965, & Ehrhardt, 1972) y Robert Stoller (1964, 1967, 1968a, 1968b, 1976, 1978, 1985, & Wagonfeld, 1982, & Herdt, 1982) en adelante– como categoría que permite instalar una distinción entre las concepciones biológicas de macho/hembra y las categorías socialmente construidas de varón/mujer (o niño/niña). Mientras que el *sexo*, entonces, representa una diferencia biológica, el *género* se utiliza para definir los modos de construcción social en relación al carácter femenino y/o masculino de la conducta considerada normal para cada uno de los sexos. Así, a diferencia del sexo, el género varía dramáticamente entre las sociedades y a lo largo de la historia (Simonds & Brush, 2004).

En sintonía con este modo de comprender al *género* –en contraposición al *sexo*–, Milton Diamond (2002) acentúa la importancia que entraña una clara distinción de ambos términos, fundamentalmente porque posibilita la conformación de una base conceptual sólida para una adecuada comprensión de la problemática de la *identidad* en su vertiente psicológica. En el uso que Diamond le otorga, el *género* queda circunscripto a aspectos sociales o culturales. El género es al sexo lo que, tal como se espera, lo masculino es al

macho o lo femenino es a la hembra. En este contexto analítico, el ser humano parece poseer una doble inscripción en dos registros diferentes –biológico, por un lado, y sociocultural, por otro. Los seres humanos, entonces, como entidades biológicas se clasifican en machos, hembras o intersexuales, mientras que como entidades sociales se clasifican en varones y mujeres en virtud del desempeño efectivo que cada sociedad adjudica a cada uno de los sexos. Por otra parte, Diamond deja deslizar que ambos órdenes en los que el ser humano se inscribe, no sólo son radicalmente diferentes sino que permanecen independientes –sin establecer entre sí relaciones de causalidad o de necesidad lógica. A partir de aquí, el hecho de que “*los machos sin duda pueden vivir, trabajar o jugar como niñas o mujeres (...) y las hembras pueden igualmente vivir, trabajar o jugar como niños o varones*” (Diamond, 2002:322) le permite a Diamond, por un lado, afirmar que a un sexo no le corresponde necesariamente uno de los géneros y, por otro lado, delimitar el carácter mutable del *género* –sujeto a la fluidez que se manifiesta en la variación de diferentes momentos históricos y en la multiplicidad de sociedades y culturas– frente a la fijeza del *sexo* –inscripto en la inmutabilidad intrínseca a toda esencia transhistórica.

Tal como sugiere el autor, la identidad no se encuentra dissociada de los roles sociales que alguien desempeña. Tales roles se organizan de manera diferencial según se trate de varones o de mujeres, de modo que permanecen estrechamente ligados al sexo anatómico. En este sentido, el término rol refiere a patrones de comportamiento exhibidos que son reproducidos de acuerdo a algún tipo de libreto social, los cuales inciden en la conformación de la identidad de género. Mientras que los varones y los roles masculinos se encuentran típicamente asociados a ocupaciones forzosas y peligrosas, las mujeres y los roles femeninos se encuentran asociados a la crianza y los cuidados.

La delimitación de las categorías en cuestión, conducen a Diamond (2002) a proponer definiciones de algunos términos asociados que, a pesar de ser comúnmente utilizados, no han generado consenso en su significado. El autor entiende por *identidad sexual* el modo en que alguien se percibe a sí mismo o a sí misma como varón o mujer. Una profunda identificación arraigada en la subjetividad bajo la forma de una convicción interior que, por lo general, refleja la apariencia anatómica externa (concordante con lo que se espera para un cuerpo que porta determinados genitales) y, por lo general, se encuentra vinculada con el rol sexual que alguien lleva a cabo (concordante con la

elección sexual esperable para un cuerpo que porta determinados genitales)⁴⁰. Por otra parte, la *identidad de género* refiere al reconocimiento otorgado a alguien a partir de la percepción social del género atribuido. Normalmente, un macho es percibido como un niño o un varón, cuando *niño* y *varón* son términos sociales con expectativas culturales asociadas. Del mismo modo es que una hembra se percibe como una niña o mujer. Las distinciones entre niño y niña, así como entre varón y mujer representan expectativas sociales diferenciales. En este sentido, *género* y *rol de género* se refieren al conjunto de representaciones que circulan en una sociedad determinada en relación con las expectativas de cómo los niños o las niñas así como los varones o las mujeres deben comportarse y ser tratados. Es posible afirmar, a grandes rasgos, que el *rol de género*, entonces, representa una manifestación exteriorizada de la *identidad de género*. En síntesis, para Diamond, es posible afirmar que alguien *tiene* su sexo y *hace* su género.

Tanto el uso de los términos como la terminología en sí son algo diferentes a la utilizada por John Money, quien no utiliza la categoría de *identidad sexual* y, generalmente, ha fusionado los significados dados más arriba en cuanto a los términos de *identidad/rol de género*. A su criterio, la *identidad de género* es la experiencia privada del *rol de género* y el *rol de género* es la manifestación pública de la *identidad de género*. La *identidad de género* puede ser leída, entonces, en el sentido de *identidad/rol de género*. Pero en este punto la terminología tampoco ha sido coherente con la utilizada por otros. Lejos se está de alcanzar acuerdo en la utilización de categorías, Stoller (1968), por ejemplo, llamó a esta realización interna de la propia identidad como *identidad genérica nuclear* masculina o femenina. Jessica Benjamin (1995/1997), actualmente, propone la nomenclatura de *identificación genérica nominal*.

Si bien el fluido contacto teórico y clínico con presentaciones transexuales e intersexuales permiten a Diamond una perspectiva lo suficientemente sensible para deslindar la incidencia de otro orden de fenómenos que exceden lo biológico en la delimitación de la problemática, el autor se encuentra con dificultades a la hora de zanjear la cuestión en toda su complejidad. Adscribe al género todo aquello que no es susceptible de ser explicado por el orden biológico, de modo que lo adjudica tanto a lo social como a lo psicológico, sin diferenciar niveles de abordaje. Si bien por momentos sus descripciones parecen referir a una imposición social, también deja deslizar la

⁴⁰ Encontramos aquí una de las modelizaciones teóricas respecto a la conformidad de género.

posibilidad de un agente que simplemente adopta el género sin explicar el modo en que opera aquello que condiciona.

Lo cierto es que la fuerte tendencia de aprovechar el valor heurístico de la categoría de *género* comenzó a expandirse rápidamente. De modo que varias autoras contemporáneas no dudaron en transversalizar las elaboraciones teóricas del psicoanálisis con tal variable. Silvia Tubert (2003), intenta preservar la noción de diferencia sexual, presenta fuertes críticas a los efectos que el carácter empirista y pragmático ha generado sobre las nociones de inconsciente y sexualidad, pilares básicos del psicoanálisis. Desde su perspectiva, la excesiva importancia atribuida a los factores sociales opera de modo tal que culmina por disolver la especificidad de lo psíquico⁴¹. La dificultad, a criterio de Tubert, radica en trasponer a lo psíquico una construcción binaria de las categorías sexuales. Por tanto, la acusación va dirigida a todas aquellas autoras que, a partir del uso de la categoría de género, instalan valores sociales convencionales a la hora de definir masculinidad y feminidad. Es así que se toma el dimorfismo sexual anatómico con la pretensión de superponerlo al polimorfismo de la realidad psíquica. En esta misma línea podría interpretarse la cita –ya mencionada en el capítulo previo– de Jessica Benjamin que contrasta la universalidad de dicotomías sexuales a la universalidad de la pluralidad sexual:

Si el sexo y el género tal como lo conocemos son atraídos hacia polos opuestos, estos polos no son la masculinidad y la feminidad. Más bien, el bimorfismo genérico en sí solo representa un polo; el otro polo es el polimorfismo de todos los individuos (Benjamin, 1995/1997:108).

Por otra parte, pensadoras provenientes del campo del feminismo no dudaron en aprovechar la emergencia de la categoría de género en término de herramienta capaz de quitarle al campo de la biología la omnipotencia de significarlo todo. Así mismo, permitió explicar el modo en que la distribución de roles de género responde a estereotipos. Esto supone afirmar que, por un lado, las diferencias en los patrones de comportamiento, asociados a varones y mujeres, son culturales y sociales y, por otro lado, tales diferencias se naturalizan de forma tal que son aceptados y reconocidos como

⁴¹ Es preciso aclarar que la postura de Silvia Tubert, a diferencia de los planteos norteamericanos expuestos en el CAPÍTULO II, no se muestra conforme con la introducción de la categoría de *género* en el campo del psicoanálisis. En sintonía con las propuestas europeas vislumbra en la categoría de *diferencia sexual* mayor potencia explicativa a la hora de pensar problemáticas sobre la feminidad y la masculinidad.

constructos sociales que a partir del sexo anatómico imponen, desde el momento mismo del nacimiento, ciertas expectativas y clasificaciones.

De este modo, los movimientos de liberación de las mujeres en su oleada de los años sesenta, anclados en *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir (1949/2007), han desplegado una prolifera producción intelectual multidisciplinaria (Femenías, 2002; Dorlin, 2009) que rápidamente comenzó a configurar la denominada *Teoría Feminista*. Desde allí se dirigieron los intentos de visibilizar a las mujeres en la esfera de lo social, explicar su opresión y alcanzar el logro de relaciones más igualitarias entre varones y mujeres en todos los ámbitos. Aunque las formas de explicar la subordinación fueron diversas, todas tomaban como referencia la categoría *mujer*. De este modo el feminismo se configura como

un complejo entrelazado de prácticas y de teorías muy diversas, pero que coinciden en denunciar y criticar la supremacía masculina y la consiguiente situación injusta de sujeción u opresión en la que se han hallado y se hallan las mujeres, más allá de las diferentes maneras que esa sujeción asume en diferentes contextos sociales. Además, coinciden en hacer esa crítica y esa denuncia a la luz de una voluntad de cambio, y de la convicción de que esa situación, al menos en principio, es revertible (Santa Cruz, 1994:338).

Tal es así que el feminismo implica tanto un movimiento político de emancipación personal y colectiva, como una labor teórica que apunta a identificar las raíces de la opresión y el trato desigual de las mujeres como herramientas de la lucha liberadora.

Posteriormente, la introducción de la categoría *género* complejizó el debate, instalando un análisis relacional contextualizado que permitió reformular la noción de *mujer* a-histórica, esencial y universal (Cangiano & DuBois, 1993). Si bien la categoría de género no forma parte del pensamiento de Simone de Beauvoir (1949/2007), todo su sistema de pensamiento se muestra conforme a las implicancias de dicho concepto al argumentar que la subordinación de las mujeres constituye un fenómeno que no depende de la naturaleza.

La obra de Simone de Beauvoir estableció una plataforma filosófica densa que dotó de sentido, abriéndole paso, a la categoría de género tal como fue modelada en el campo de la medicina y de la psiquiatría. Desde mi punto de vista, la circulación del pensamiento de Simone de Beauvoir, reactivado en el contexto norteamericano a partir de revuelta ocasionada por *The Feminine Mystique* (1963/1974) de Betty Friedan, permitió la posterior apropiación de la categoría de género bajo el umbral de su potencialidad política. La producción de John Money en la década del '50, así como la de Robert

Stoller a finales de la década del '60, giró en torno a la idea de identidad de género, como construcción desvinculada de la biología de los cuerpos. Esta contraposición de la naturalidad del sexo con el carácter cultural del género fue importante para contrarrestar el determinismo biológico, el que se presentaba como uno de los principales enemigos del feminismo. Tal como señala Verena Stolke (2004), el término *género* ha sido clave en la teoría y política feministas desde los años '70s en su combate contra el sentido común sexista y androcéntrico. Se trató de dismantelar la idea de que la biología no es destino, sino que las identidades socio-simbólicas que se asignan a las mujeres en sus relaciones con los varones en la organización de la vida en sociedad son culturales, variables y, por lo tanto, pueden transformarse. Señala Stolke (2004) que las feministas Kate Millett (1970/1995) y Germaine Greer (1971) fueron las primeras en incorporar la noción psicoanalítica de género social en sus críticas políticas hacia la ideología fundada en el reduccionismo biológico que sostiene la subordinación de las mujeres. Ambas autoras citan la obra del psicoanalista estadounidense Robert Stoller para alimentar argumentos a favor de la liberación de las mujeres.

De modo que la distinción entre las categorías de *sexo* y de *género* ha constituido, sin dudas, tanto un avance teórico significativo como una herramienta necesaria para los fines políticos de ciertos sectores del feminismo. Como categoría de análisis, el *género* ofreció herramientas útiles para la comprensión del carácter relacional y del largo proceso histórico de construcción social que sostiene la diferencia entre varones y mujeres (Hernando, 2012). Al mismo tiempo, denunció la lógica binaria y excluyente que ordena la distribución del poder entre varones y mujeres de forma no equitativa (Burin & Meler, 1998, 2000). Los estudios de género advienen denunciando el ordenamiento jerárquico de los géneros, ofreciendo argumentos que visibilizan que jerarquías no responden a un orden natural, sino a largos procesos histórico-sociales (Conway, Bourque & Scott, 1987/1996). En suma, digámoslo una vez más, la introducción del *género* en el campo del feminismo produjo un gran avance en la comprensión de la diferencia entre varones y mujeres como producto de normas culturales, un avance teórico significativo que permitió comenzar a pensar la subordinación de las mujeres por fuera del campo de la naturaleza.

El problema de la pornografía

Los debates suscitados en el campo del feminismo en torno a la pornografía son múltiples y polémicos. Es posible establecer, básicamente, dos grandes líneas: aquellas feministas para quienes

la pornografía es por esencia heterosexista, medio privilegiado de la violencia hecha a las mujeres y que, por esa razón, debe ser prohibida; y aquellas para quienes la pornografía, precisamente en virtud de su estatus de medio privilegiado, a través del cual cierta verdad del sexo es producida y difundida, constituye un desafío de subversión de las normas sexuales (Dorlin, 2009: 113).

Aún así, la polifonía conformada por los diferentes feminismos requiere un análisis sutil de los argumentos esgrimidos en relación con cuál es, o debería ser, el lugar de la sexualidad en la vida personal, social y política. Por otra parte, el recurso a esencializar las identidades y las sexualidades –tanto femeninas como masculinas– parece ser útil para el feminismo, al menos en un primer tramo del trayecto, a la hora de establecer una plataforma sólida desde la cual combatir la pornografía. Sin embargo, “*afirmaciones esencialistas o esencializantes (...) sirven también para, madurados los tiempos, reactualizar pactos patriarcales de exclusión*” (Femenías, 2008: 16). Es por ello que resulta necesario delimitar conceptualmente a las identidades de género de un modo más flexible, enfatizando a la vez sus coordenadas políticas. Ante la imposibilidad de una reflexión neutral respecto a la pornografía, un análisis que ubica lo pornográfico en diferentes contextos semánticos permite visibilizar el modo en que dicha categoría se entrama en las prácticas discursivas del sexo. Un postulado que subyace a la mayoría de los posicionamientos en el debate, por antagónicos que sean, refiere a que la pornografía representa *la verdad del sexo*. Esta consideración permite enfatizar la distinción entre *realidad* y *fantasía* –verdadero arco de tensión que constituye el telón de fondo de la densidad conceptual de tales debates– y permite deslindar, al mismo tiempo, los riesgos que supone la superposición de tales categorías. El debate es complejo y abigarrado. En ese sentido se intentará trazar algunas vías de acceso que, lejos de agotar el tema, se proponen delimitar una primera aproximación al modo en que el feminismo ha digerido la categoría de identidad de género, trasladándolo más allá de su sentido psicológico, otorgándole nuevos sentidos en los intentos de apropiarlo como instrumento útil para la lucha política.

Diferentes posturas⁴²

El análisis que Neil Thornton (1986) realiza sobre la temática establece algunas diferenciaciones que se ubican en la base de múltiples posturas. Desde una posición liberal, a criterio del autor, la sexualidad es esencialmente privada. Por un lado, es interpretada fundamentalmente como pre-social, biológicamente determinada y, por otra parte, se considera que su expresión en cada individuo es un elemento vital de la libertad humana. Al estar biológicamente constituida, la sexualidad permanece anclada en el mundo natural, consecuentemente alejada de los alcances del poder político. Por lo tanto, desde este punto de mira,

la sexualidad es un aspecto peculiarmente íntimo de la experiencia humana, un ingrediente vital y un medio para la expresión personal. En tanto una de las áreas más significativas de la esfera privada, la conducta sexual [constituye una sitio en donde] las normas personales morales son, por lo general, apropiadas y los principios públicos que tienen que ver con el control o la coacción no tienen ningún lugar (Thornton, 1986: 27).

Por otra parte, la pornografía es una representación explícita de la actividad sexual, en consecuencia privada, y su empleo forma parte de esta actividad sexual igualmente privada. Desde aquí, la pornografía no genera mayores inconvenientes, a no ser que desborde lo privado e invada la esfera pública causando daño físico u ofensas a otras personas.

Desde una perspectiva moral conservadora, tal como la sistematiza Thornton, la actividad sexual es considerada como un *instinto natural* u *otorgado por Dios*. Constituye una fuerza rebelde y potencialmente perturbadora que debe ser limitada por el dominio sagrado de la familia patriarcal nuclear. “*Mientras se encuentre dentro de este reino restringido, el sexo es seguro, personal y privado; pero fuera de este reino se hace inmoral, motivo por el cual es legítimo subsumirlo a la rigurosa regulación de lo público*” (Thornton, 1986: 27). La pornografía, desde esta óptica, representa el sexo explícito, ilícito y como tal constituye un daño serio ya que amenaza a la familia nuclear y debilita la estructura moral de la sociedad. Su supresión política es, en consecuencia, un deber público.

Dentro del movimiento feminista, según Elisabeth Badinter (2003), el análisis político más influyente sobre la pornografía ha sido realizado por las feministas radicales. Para

⁴² Los desarrollos sobre el tema que integran esta sistematización no me pertenecen. Son absolutamente deudores de las elaboraciones realizadas por Neil Thornton (1986) y Barbara Collins (1990).

ellas, la sexualidad es, principalmente, una construcción sociopolítica. La sexualidad configura un espacio de preocupación política que expone claramente el modo en que los varones ejercen poder sobre las mujeres *sin máscaras*. Esta perspectiva, que disuelve parcialmente la distinción liberal entre lo privado y lo público, identifica a la sexualidad como el principal ámbito social del poder masculino. Si bien la dominación masculina se expande a todas las instituciones sociales, tiene sus raíces en el control de los varones sobre la sexualidad de las mujeres (Dworkin, 1981). El sexo, heterosexual, se considera, entonces, como la base principal de la opresión de la mujer. Según este punto de vista, la conciencia masculina define a las mujeres como seres sexuales, donde la sexualidad de las mujeres en relación con la capacidad de despertar el deseo sexual en los hombres. Dicho de otro modo, lo que se supone que es sexual para una mujer es lo que los varones necesitan para la excitación. *“Las feministas radicales consideran que en las prácticas (hetero)sexuales, en una sociedad dominada por los varones, predomina la posición dominante-subordinado, ideología de la objetivación sexual y de erotización de la opresión de la mujer”* (Collins, 1990: 10). Por ello, las feministas radicales no sólo rechazan la objetivación sexual, también afirman que la libertad sexual femenina exige relaciones igualitarias en donde, dicen, sexualidad y la emotividad global se entrelacen. Uno de los primeros análisis del feminismo radical sobre la pornografía, tal como señala Barbara Collins (1990), argumenta que las imágenes pornográficas reducen a las mujeres a objetos. De este modo se ataca al *eros femenino*, caracterizado por la integridad física y emocional, la autonomía y la igualdad. Según las feministas radicales, entonces, las imágenes pornográficas influyen directamente en la violencia contra las mujeres. A criterio de Collins, las feministas radicales aceptan de manera acrítica la reiterada evidencia anecdótica que encuentran en relación con el papel de la pornografía en la victimización de las mujeres. En esta línea de pensamiento, las feministas radicales han promovido gran cantidad de proyectos criterios jurídicos para la lucha contra la pornografía, dado que estas imágenes constituyen el corazón mismo del daño contra las mujeres. Claramente, este enfoque define la pornografía como una de las formas principales de sexismo. Debido a que la pornografía es interpretada como propaganda de la misoginia sexual, cualquier defensa de la misma es vista como defensa del derecho de los varones a utilizar el sexo para instrumentar el dominio sobre las mujeres. La pornografía, entonces, se encuentra completamente politizada, y es interpretada como una de las principales manifestaciones de la dominación patriarcal.

Un rastreo más detenido de las diferentes posturas en relación con la sexualidad y la pornografía al interior del feminismo, le permite a Barbara Collins distinguir dos puntos de vista claramente diferenciales más allá del feminismo radical. Estos son: el feminismo liberal y el feminismo socialista.

El feminismo liberal sostiene que

la sexualidad es resultado de los ideales políticos imperantes (...), los seres humanos son esencialmente agentes racionales. Los supuestos relativos a la autonomía y los ideales políticos definen la buena sociedad y permiten a cada individuo la máxima libertad de interferencias provenientes de otros individuos. (...) Sostienen que la sociedad ha estado históricamente caracterizada por la represión de la sexualidad, especialmente de las mujeres y de las minorías sexuales. Por lo tanto, entienden que la liberación sexual es un componente crucial de la liberación de las mujeres (...) Argumentan que la posición en contra de la pornografía asumida por las feministas radicales alimenta las actitudes y las creencias tradicionales estereotipadas sobre los *modos apropiados* de expresión sexual femenina (Collins, 1990: 12-13).

De este modo, hace hincapié en que, históricamente, las leyes que regulan la sexualidad han incorporado y reforzado una perspectiva que supone que las mujeres necesitan protección, y que la sexualidad masculina es agresiva y debe ser restringida por la ley.

Si bien gran parte de las “*imágenes pornográficas pueden resultar ofensivas, las feministas liberales sugieren que también permiten una visión ampliada de las posibles realidades*” (Collins, 1990, 14). Estos mensajes aceptan una idea de sexualidad no vinculada necesariamente con la reproducción, ni con los varones, tampoco con la domesticidad; de una sexualidad vinculada al placer. Desde este punto de vista, las imágenes pornográficas también pueden proporcionar a las minorías sexuales un medio de autoexpresión y autoafirmación que raramente está disponible en los principales medios de comunicación. El argumento feminista liberal parece descansar, en última instancia, sobre la protección de la libre elección. Sostienen que censurar o limitar la pornografía conduce a una mayor represión conservadora y dominada por varones. Proponen, entonces, la educación sexual y la producción de imágenes pornográficas alternativas definidas por las propias mujeres como medio para recobrar la *sexualidad de las mujeres*.

Desde otra perspectiva, las feministas socialistas han reflexionado sobre las formas en que la naturaleza de las mujeres está construida socialmente. Afirman que aquello que define la especificidad de la identidad de género, los deseos y las necesidades sexuales, masculinas y femeninas, se forman a través del significado sexual asignado a la anatomía de los cuerpos en el marco de una

cultura heterosexista, y por una división sexual del trabajo que ha sido universal en la historia humana (...) Para las feministas socialistas, existe un problema común con las otras dos posiciones: tanto las feministas radicales como las feministas liberales basan sus perspectivas sobre un estado imaginado de naturaleza sexual (Collins, 1990: 15).

Las feministas socialistas señalan que las críticas de las feministas radicales a la pornografía refuerzan una idea esencialista de la sexualidad femenina, que podría manifestarse si las mujeres fueran liberadas del control de los hombres. Del mismo modo, las feministas socialistas afirman que los argumentos que sostienen la libertad de los individuos para realizar elecciones sexuales individuales dan por sentado que las sexualidades pueden tener existencia al margen de su contexto.

Es así que las feministas socialistas sostienen que las prácticas sexuales, y el deseo en sí, deben considerarse como situados en un contexto social y material, las experiencias e imágenes sólo pueden ser interpretadas de acuerdo con los *códigos imperantes de significado*. Por ende, la sexualidad femenina en una cultura patriarcal capitalista da lugar tanto al erotismo como a la victimización. Las imágenes sexuales de varones y de mujeres son construidas por relaciones y prácticas sociales –patriarcales y capitalistas. También analizan los modos en que las mujeres son vistas, incluso por ellas mismas, no como personas con una multitud de deseos, intereses y capacidades, sino más bien como seres *fragmentados* que dan lugar al fetichismo sexual y a la objetivación de ciertas partes de sus cuerpos. En última instancia, las feministas socialistas tratan de comprender el modo en que la sexualidad ha sido construida en el patriarcado para producir las formas de dominación-sumisión.

La pornografía, desde este punto de mira, es sólo una parte del despliegue ideológico. Supone que la representación y los actos sexuales están incrustados en múltiples discursos políticos, religiosos, económicos, y sociales. Es claro que las feministas socialistas no interpretan “*la pornografía como aquello que conduce a la violación, tampoco como una forma de resistencia cultural, sino como parte de la representación ideológica de género*” (Collins, 1990: 17). Esas imágenes sexistas, tal como sostienen, se encuentran no sólo en la pornografía, sino en diversas manifestaciones que invaden la esfera de la sociedad. Es decir que, la pornografía, en sí, es un producto histórico variable en relación con los diferentes momentos y lugares. Tal es así que la pornografía no constituye un modo de imponer imágenes falsas sobre las mujeres, sino una forma de representación de un discurso masculino dominante (Garlick, 2010). En este sentido,

afirman que la pornografía desvía a las feministas de críticas más globales. Al igual que las feministas radicales, las feministas socialistas atacan el contenido de la pornografía como sexista, y censuran la explotación de las mujeres, sin embargo, debido a que las feministas socialistas insisten que tanto la sexualidad como la pornografía son construidas por, e integradas en, la cultura. También contemplan en sus análisis que el contexto material dentro del cual la sexualidad se desarrolla es modificable, por lo tanto también la pornografía está sujeta a transformaciones.

No se debería perder de vista, tal como señala Collins, que el objetivo nodal de las feministas socialistas es el cambio social, y, a criterio de ellas, el activismo antipornografía, en última instancia, no se dirige hacia aquel fin. Al considerar que los cambios básicos de las identidades y los comportamientos sexuales no son el resultado directo de suprimir imágenes, no se focalizan en cuán ofensiva pueda ser la pornografía, ya que no encuentran allí la causa principal de la opresión de las mujeres, más bien en las estructuras sociales y económicas que crean su dependencia y conducen a su impotencia y objectalización en una cultura misógina. En esta línea, se constituye la crítica a la preocupación excesiva en la literatura feminista respecto al papel de las representaciones sexuales como causa de la opresión de las mujeres, ya que pierde de vista la familia, la religión, la educación, las prácticas de crianza, los medios de comunicación, el Estado, la psiquiatría, la discriminación en el trabajo, y la paga desigual, entre otros elementos que forman parte de un gran espectro.

Finalmente, Barbara Collins concluye que cada uno de los modelos sobre la pornografía conduce a una postura política en cuanto a la sexualidad, y a la fabricación y distribución de la pornografía. Mientras que para los liberales las estructuras de poder político son extrínsecas a la vida sexual (privada), para las feministas radicales, por ejemplo, el patriarcado es tomado como una dimensión política inseparable de los aspectos considerados como más individuales e íntimos (Millet, 1970/1995). A partir de allí, la pornografía es identificada con el ejercicio del poder político que afecta a todas las relaciones humanas, incluso penetra hasta lo más *privado*. Como señala Denise Thompson (1992), la oposición entre lo *político* y lo *erótico* es insostenible en términos feministas. Desde el inicio, el feminismo ha señalado la naturaleza política de lo erótico, en donde la sexualidad masculina constituye uno de los pilares centrales en la organización del patriarcado.

Tal como señala Neil Thornton (1986), la violación, los abusos, el acoso sexual y la pornografía se manifiestan en un flujo de prácticas interconectadas que giran en torno a

las formas en que los seres humanos experimentan, expresan y viven la sexualidad. En este sentido, desde los diversos posicionamientos en el abordaje de la pornografía, tal como hemos visto, se desprenden consideraciones específicas en relación a la naturaleza de la sexualidad. El significado de tal término sufre modificaciones con el transcurso del tiempo, de acuerdo a las diferencias entre cada sociedad, y al interior de ellas según los diferentes sectores sociales. Incluso algunas sociedades carecen de tal categoría.

Como ya hemos afirmado, las definiciones de pornografía varían según lo que se asume como la *naturaleza de la sexualidad*, el lugar que tiene en la vida personal y política, y de acuerdo a las formas en que esta se articula con las prácticas de producción y de consumo (Attwood, 2002).

En esta línea, podríamos afirmar que nada es intrínsecamente pornográfico (Reed, 1994). Aún así, aunque el intento por reconstruir la pregunta respecto a los significados posibles de la pornografía es necesario e inevitable para un abordaje del tema en su mayor complejidad posible, nada nos impide señalar el carácter prescriptivo de tales definiciones. La potencialidad de la pornografía para el daño parece construirse en su definición misma. Por tanto, cada postura selecciona un rasgo que considera central y que resulta potencial o efectivamente dañino u ofensivo.

Neil Thornton (1986) demuestra lo problemático que resulta el abordaje del tema, los dilemas que se encuentran a la base de los debates transforman cada posible respuesta en un laberinto que nos devuelve al punto de partida. Por un lado, es posible analizar, junto al autor, que llevar el *slogan* feminista *lo personal es político* hasta sus últimas consecuencias implicaría disolver los límites entre lo público y lo privado. Parece más correcto comprender que si bien hay una línea entre lo público y lo privado, el modo liberal de trazarla es insostenible. A criterio del autor, la dicotomía liberal entre lo privado y lo público es una forma de mistificación ideológica que establece una compartimentalización demasiado artificial entre dos reinos estrechamente interconectados. Ahora bien, en la interpretación que sitúa a la sexualidad como privada, los liberales han dejado inmune de la regulación estatal a ciertas manifestaciones patriarcales que son sumamente opresivas para las mujeres, por ejemplo la violación dentro del matrimonio. En relación a la pornografía, por un lado podría pensarse que los derechos basados en la libertad de expresión y en la intimidad protegen a los autores de productos pornográficos y a los consumidores masculinos de pornografía al mismo tiempo que dañan los intereses de las mujeres. Esto es un claro ejemplo del modo en que “*un soporte político ayuda a sostener el patriarcado*”

(Thornton, 1986:34). Por otra parte, la prohibición legal de la pornografía reclamada por algunas feministas radicales amenaza la libertad de expresión y la libertad personal, incluyendo a las propias feministas.

Identidades y sexualidades esencializadas

Andrea Dworkin (1981), por ejemplo, entiende la agresión masculina como una expresión directa de la biología⁴³. Este reparto sitúa la *sexualidad femenina*, por contraste, como no agresiva, sensible y basada en lazos de solidaridad y mutuo apoyo. La representación de una sexualidad agresiva como exclusivamente masculina se encuentra a la base de una pornografía que celebra y refuerza el camino con el que los hombres dominan a las mujeres en el sexo heterosexual. En este contexto, la sexualidad masculina es siempre agresiva, egoísta y más o menos violenta (Bourke, 2007/2009). De este modo se insiste en una esencia masculina ontológicamente no susceptible de transformación por hallarse incardinada en una naturaleza ahistórica y atemporalmente entendida (Osborne, 1993).

Podemos pensar que a los planteos de las feministas radicales subyace la búsqueda de una correcta forma de sexualidad, alejada de la *esencia* masculina violenta y dominante⁴⁴. En efecto, establecen un notable contraste entre una sexualidad ideal y una sexualidad contaminada, o torcida. La feminista lesbiana Denise Thompson (1992), como estrategia política, señala que sólo mediante el amor entre mujeres es posible crear una nueva conciencia, cuestión que, a criterio de Thompson, está en el corazón mismo de la liberación de las mujeres. Si la sexualidad masculina se ubica en el anverso de la sexualidad de las mujeres –ya que está genitualmente fijada e impulsada hacia la explotación sexual, la dominación, incluso la violencia–, entonces se trata de intentar suprimir las características negativas de la masculinidad e incorporar elementos positivos de las mujeres en la sexualidad.

⁴³ Tal consideración permanece en sintonía con el punto de vista de la sociobiología, desde donde se considera que “*hombres y mujeres son diferentes biológicamente en un buen número de características (cromosomas sexuales y diversos rasgos anatómicos y fisiológicos). Se observa también que ambos desempeñan roles diferentes en el entramado social (...) La explicación de los roles distintos ofrecida por la sociobiología humana reside en el principio de las estrategias diferenciales del comportamiento humano. Estas son interpretaciones surgidas de la observación de que conductas como agresión, dominación y liderazgo son propias de los machos animales y del varón. Ellas surgieron evolutivamente a partir de las tareas diferenciales en cuanto a la reproducción y a la crianza, más ligadas a las hembras y a las mujeres dada su constitución genética y fenotípica (...) Los hechos sobre el diferente papel de hombres y mujeres en la sociedad son los que se corresponden más claramente con las diferencias de sexo esencialmente biológicas* (Santilli & Roulet, 1994: 200-201).

⁴⁴ Para profundizar el debate suscitado en torno a la identidad sexual en el movimiento feminista véase CAPÍTULO VIII.

La sexualidad femenina como específicamente erótica, difusa, suave, fundada en el cuidado y en el respeto de la pareja, es decir valorada positivamente, parece teñir a tal sexualidad esencializada con un tinte sumiso. En esta línea de pensamiento, la sexualidad humana admitiría una distinción esencial entre mujeres y varones. Entonces, asumir la esencia agresiva del varón conlleva asumir la esencia masoquista de la mujer, lo cual explicaría y justificaría, al menos en una primera aproximación, la participación de las mujeres en la dominación sexual. Como plantea Jessica Benjamin (1988/1996), algunas feministas radicales han tomado como recurso, para evitar afirmar una naturaleza femenina sumisa y vulnerable, explicar su situación por medio de la coerción, ya que “*si los hombres son inevitablemente lo que son, ¿cómo podrían las mujeres no ser lo que son?*” (Benjamin, 1995/1997: 198). La rigidez de la complementariedad entre las identidades esencializadas (una activa y la otra pasiva, una sádica y la otra masoquista) nos conduce al inevitable desenlace de la objetivación, para ambos polos identitarios.

Tal como subraya María Luisa Femenías (2008), es posible entender las identidades como esenciales o, por el contrario, como complejas construcciones políticas. Constituye un ejemplo de la primera opción los desarrollos de Robert Jensen (1996). El autor amplía la crítica feminista radical contra la pornografía. Argumenta que el paradigma dominante de masculinidad permite actos de degradación en las películas pornográficas. Estos actos son las ventanas metafóricas que permiten ver claramente las formas en que nuestra sociedad considera a las mujeres (Jensen, 2007). Para Jensen, el único modo de terminar con la pornografía y la jerarquía patriarcal es abandonar totalmente el concepto de masculinidad, dado que carga en sí la estructura patriarcal de dominación. Los actos sexuales representados sobre la pantalla constituyen un símbolo, a modo de monumento recordatorio, del modo en que los hombres ganan placer en la degradación de las mujeres. Su acercamiento teórico a la masculinidad afirma que los hombres son naturalmente competitivos, agresivos y buscan el control, la conquista y la dominación. Sus reflexiones están plagadas de argumentos que simplifican la cuestión al extremo y nos guían hacia una comprensión esencializada de las identidades.

Si, por el contrario, optamos por la segunda vía, “*reconocemos la identidad en términos de construcción constante, con estabilidad homeostática y pluridimensional, donde el proceso de identificaciones múltiples implica la autodefinición, tanto consiente como inconsciente, de lo que es ser un sujeto mujer*” (Femenías, 2008: 22) o un sujeto varón. Desde esta perspectiva, Benjamin, a partir de postulados psicoanalíticos, concluye la simpleza de, por ejemplo, el análisis de Catherine MacKinnon, quien asegura que el

dominio masculino está sexualizado como placer y anclado en la identidad de género masculina (Napoli, 2013). Nos dice MacKinnon que

La sexualidad se presenta como una dinámica interactiva del género como desigualdad. Detenida como atributo de una persona, la desigualdad sexual toma la forma del género; movilizadora como una relación entre personas, toma la forma de sexualidad. EL género emerge como la forma congelada de la sexualización de la desigualdad entre los hombres y las mujeres. Mientras este sea socialmente el caso (...) la desigualdad de género dividirá a la sociedad en dos comunidades de interés. La masculina presenta centralmente a la jerarquía de control. La agresión contra quienes tienen menos poder se experimenta como placer sexual, como un derecho masculino. Para la comunidad femenina, en cambio, la subordinación está sexualizada, tal como la dominación lo está para la masculina, como placer y como identidad de género (MacKinnon, 1987/2014: 22).

En este sentido, es imposible separar de la sexualidad el componente de violencia. Por lo tanto, la creencia en que la violencia es sexo auspicia de postulado subyacente a una demonización esencializadora excesiva (Cielitira, 2004). Con estas afirmaciones se clausura la posibilidad de ir más lejos, como por ejemplo interrogarnos, junto a Benjamin, ¿qué es exactamente lo que hace que la sexualidad transmita relaciones de poder, violencia y destrucción?

Según las feministas radicales más resistentes, la pornografía nada tiene que ver con el amor o con relaciones sexuales de mutualidad, su objeto es *“la dominación, la violencia y la conquista”* (Steinem, en Thornton, 1986: 29). Para Andrea Dworkin *“la palabra pornografía no tiene ningún otro significado que dominación y violencia contra las mujeres”* (Dworkin, 1981: 200). Como observa Denise Thompson (1991), tempranamente el feminismo radical fue muy crítico de la heterosexualidad. Las filosas afirmaciones, a finales de la década del 70, en los Estados Unidos, de algunos grupos de feministas lesbianas lanzaron lo demuestran:

Cualquier mujer que forma parte de una pareja heterosexual contribuye a sostener la supremacía masculina reforzando sus cimientos (...) Cada acto de penetración es para la mujer una invasión que socava su confianza y debilita su fuerza. Para un hombre es un acto de poder y dominio que lo hace más fuerte, no sólo por encima de una mujer sino de todas las mujeres. De modo que cada mujer que practica la penetración refuerza al opresor y al poder de los hombres (Leeds Revolutionary Feminist Group, en Thompson, 1991: 392).

De este modo, la heterosexualidad es el paradigma de la violencia. El sexo heterosexual es violencia, afirmación que se construye sobre la base de una identidad masculina altamente esencializada.

Carolyn Dinshaw (2008) advierte los riesgos de abordar la sexualidad de manera abstracta, por ello aboga a favor de concebir la sexualidad en tanto un actividad que compromete a personas reales. En esta línea, Jessica Benjamín, contribuye a dejar de pensar en modelos teóricos que sostienen características de la vida erótica anudadas a identidades de género esencializadas. Es posible comenzar a pensar a la identidad en su carácter intersubjetivo y relacional, renunciando a construcciones de un rasgo único y fijo (Femenías, 2008).

El espectro esencialista de la identidad de género

Actualmente, en la múltiple literatura sobre el tema, es posible hallar un relativo consenso en relación a comprender la configuración de la identidad personal como un fenómeno complejo en el que intervienen diversos factores, éstos van desde la dimensión intrasubjetiva hasta la adquisición de diversas capacidades suscitadas en el proceso de socialización y educación –en sentido amplio (Mayobre Rodríguez, 2006). Como ya hemos referido, Robert Stoller (1968) entiende por *identidad de género* al sentimiento de pertenencia al conjunto *varón* o *mujer*, que se establece precozmente, antes del conocimiento que cada niño/a tiene de la diferencia sexual anatómica y el papel de los genitales en la reproducción. Dicho de otro modo, el sentimiento que el propio niño/a tiene de ser varón o mujer (Lamas, 1986). En palabras de Emilce Dio Bleichmar, el

conjunto de prescripciones y prohibiciones para el ejercicio de una conducta, así como un sentimiento del ser que se reconoce (femenino o masculino) por desempeñar las actividades y conductas propias de su condición, y es reconocido por los otros en tanto se ajusta a ese desempeño esperado” (Dio Bleichmar, 1992: 135).

Si bien todo parece indicar que el proceso de la construcción de la identidad generizada no se realiza de la misma manera en las niñas que en los niños, hay quienes no acuerdan con estas consideraciones. Por un lado, los géneros –vale decir, las normas diferenciadas elaboradas por cada sociedad para cada sexo–, no tienen la misma consideración social, existiendo una clara jerarquía entre ellas. Desde esta perspectiva no faltan quienes aseguran que esa asimetría se internaliza en el proceso de adquisición de la identidad de género, que se inicia desde el nacimiento con una socialización diferencial, mediante la que se logra que los individuos adapten su comportamiento y su

identidad a los modelos y a las expectativas creadas por la sociedad para los sujetos masculinos o femeninos.

Desde un punto de mira que considera la alianza entre feminismo y postmodernismo, Nancy Fraser y Linda Nicholson (1992) se apartan de todo tipo de explicación que, a modo de meta-narración, consolida explicaciones globales, esencialistas y monocausales. En esta línea, rechazan en bloque cualquier tipo de explicación del ordenamiento actual de los géneros basada en la socialización de los roles de género, del mismo modo también desechan explicaciones que giren en torno a la identidad genérica. A criterio de las autoras, dicha categoría supone, al menos tres premisas ineludibles:

[a] Todas las personas tienen un profundo sentido del yo que se constituye en la primera infancia a través de las interacciones con el padre o la madre y que permanece relativamente constante de ahí en más. [b] Ese yo profundo difiere significativamente en varones y mujeres pero es relativamente similar entre mujeres y entre varones. [y c] Ese yo profundo tiñe todo lo que una persona hace (Fraser y Nicholson, 1992: 20-21).

Es claro que el establecimiento de estas premisas impulsa a las autoras a rechazar explicaciones que integren en sus marcos conceptuales la categoría de identidad genérica. Por el contrario, autoras como Jessica Benjamin (1988/1996, 1995/1997) y las últimas producciones de Nancy Chodorow (2003) se han esforzado por buscar nuevas perspectivas. La búsqueda de múltiples aristas que les permitan el ingreso a tal categoría sorteando el riesgo de quedar impregnadas de esencialismo y a-historicismo constituye un objetivo que sobrevuela sus conceptualizaciones.

Jessica Benjamin (1995/1997) advierte que el concepto de *identidad genérica* trae consigo el riesgo de concebir la misma como un todo coherente, homogéneo y uniforme. Propone, entonces, una concepción del desarrollo temprano de las identificaciones genéricas en la que la categoría misma de *identificación*, en tanto proceso intrapsíquico, es central. Sustituye la categoría de *identidad genérica nuclear*, así conceptualizada por Robert Stoller, por la de *identificación genérica nominal*, denominación con la que refiere a la representación primordial que se lleva a cabo durante el primer año de vida, producto de interacciones generalizadas (Benjamin, 1995/1997). A criterio de la autora, la categoría de *identificación genérica nominal* como proceso resulta más apropiada que la categoría de *identidad genérica nuclear* en tanto producto. La perspectiva de proceso hace de la identidad un tanto más volátil, donde circulan sucesivas identificaciones, una multiplicidad en sí misma, un juego

continuo de aspectos diversos, fracturados, del *self* que plasman la idea de que existen *diferencias dentro* (Braidotti, 1994/2000). En la línea de la perspectiva que se pretende transmitir, resultan articulables, al menos en parte, algunos conceptos de Nancy Chodorow, quien propone pensar el modo en que se recrean las categorías dicotómicas de género socialmente ofertadas desde la singularidad de cada uno de los sujetos. Es así que la identidad de género conjuga producciones de significación provenientes de la cultura con aspectos provenientes de la historia libidinal e identificatoria (Aulagnier, 2004) de cada quien. Recreación constante a lo largo de toda la vida.

La concepción de *identificaciones múltiples* alienta el rechazo de concebir a la identidad en términos de coherencia y falta de ambigüedades. Si bien el sentido de pertenencia a uno de los núcleos identitarios organiza toda la experiencia genérica, la identidad plena como emanada de un núcleo delimitado y coherente, y que además clausura la condición de género replegándola sobre sí misma y clasificándola en polaridades rígidas, no es más que una de las tantas ficciones que obedece a la lógica del pensamiento moderno (Butler, 1990a/2007). El yo, y su identidad, muestran su faz inestable, al estar sometido, aunque sea en parte, a la posibilidad de cambio.

En este contexto, varias autoras han cuestionado el binarismo propio de la lógica moderna, desde donde realiza sus aportes el psicoanálisis en lo referente a la identidad sexual. Shulamit Reinharz (1992) rechaza la idea de *posiciones fijas*, prefiere pensar que nos movemos alrededor de un *continuum*, Alison Young (1992) propone la analogía con los colores de un espectro, Mary Gergen (1992) y Jessica Benjamín (1996) se posicionan a favor de una postura superadora que intenta tender un puente entre polaridades, establecer una conexión no excluyente entre opuestos, en este sentido Denise Thompson (1992) relativiza la existencia de identidades rígidas, discretas y dicotómicamente organizadas.

Lo erótico, lo obscuro, lo pornográfico

Helen Longino (en Thornton, 1986) afirma que la pornografía aprueba la degradación del comportamiento sexual de la mujer, el cual queda en evidencia principalmente a través de *características contextuales*. Aunque las mujeres que participan en los materiales pornográficos son representadas con la sensación de placer sexual, por lo general, de acuerdo a la autora, aparecen disfrutando de su propia humillación y, en cada situación, se insinúa que su placer sexual es subsidiario o auxiliar al placer sexual de los varones. En ese contexto, la pornografía maltrata a las mujeres al reducir las, en la

representación de los materiales, a objetos sexuales a ser explotados y manipulados para satisfacer el placer carnal de los hombres. La mujer es utilizada, entonces, para servir al deseo sexual de un hombre sin tener en cuenta su propia voluntad.

Todo parecería indicar que la naturaleza misma de la pornografía requiere que las mujeres sean tratadas como *objetos sexuales*. En esta línea de pensamiento es posible afirmar que en la pornografía se encuentra la aprobación de una conducta sexual que resulta humillante y degradante para las mujeres, así como la infracción más patente a su dignidad. Sin embargo, la existencia de otras pornografías específicas para otro tipo de clientes plantea un problema para el concepto de pornografía que manejan las feministas radicales, quienes parecen hacer referencia, principalmente, a los materiales, visuales o escritos con contenido heterosexual y sexualmente explícitos, diseñados para excitar sexualmente a los espectadores o lectores masculinos (Thornton, 1986). Aunque Helen Longino (en Thornton, 1986) afirma que aún en los materiales en donde los varones no forman parte de la acción siempre es sencillo deducir, a partir de rasgos contextuales, la degradación de las mujeres, la existencia de otras pornografías específicas, como la de gays, no deja absolutamente en claro que la pornografía sea irremediablemente sexista.

Por otra parte, ¿todas las representaciones sexistas presentes en la pornografía desarrollan y refuerzan el sexismo y el odio hacia las mujeres en los consumidores de pornografía? En primer lugar, cualquier intervención feminista contra la pornografía debe encontrar un modo de singularizarla y distinguirla de aquello que se considera como *simplemente erótico*. Si, al menos momentáneamente, aceptamos junto a Thornton que por *erótico* podemos entender a toda representación sexualmente explícita que expone a los seres humanos de modo tal que preserva su dignidad humana, entonces podemos preguntarnos: ¿es posible tener una *pornografía* aceptable, es decir representaciones liberadas de material moralmente objetable que sigan siendo una fuente de placer sexual, incluso de excitación sexual?

Desde otra perspectiva, Cassandra Amesley (1988) analiza el modo en que la definición de sexo de las feministas radicales que multiplica en extremo las zonas de peligro potencial para las mujeres. En su análisis interrelaciona *lo erótico*, *lo obsceno* y *lo pornográfico* sin ignorar el bagaje ideológico de cada uno de estos términos. Amesley asume, como punto de partida, que en el campo representacional de la sexualidad existe un espacio que diferencia las representaciones deseables de las representaciones indeseables.

Si Thornton opone en su análisis *lo erótico* a *lo pornográfico*, Amesley, al igual que Dominique Maingueneau (2008), sitúa en los extremos del espectro *lo obsceno* por un lado, y *lo erótico* por otro. En sus intentos de cercar el significado retórico de *lo obsceno* concluye que, a diferencia del modo en que el término parece estar instaurado socialmente, no se corresponde de manera absoluta con la capacidad de generar sentimientos asquerosos u ofensivos. *Lo obsceno* refiere a un lugar de una extensa red en donde ciertos grupos con intereses diferentes compiten por abrirse paso y aplicar dicho término al material que ellos desean borrar del discurso público. En este sentido, en palabras de Amesley,

el término obscenidad lleva consigo los códigos de poder y control y la capacidad coactiva de hacer cumplir la definición de un término. Por lo tanto, el debate alrededor de la pornografía qua obscenidad es un debate que concierne la intervención en las prácticas discursivas de sexo (Amesley, 1988: 92).

En esta trama, la autora sitúa la pornografía como término medio entre *lo erótico* y *lo obsceno*, así se distancia de las feministas radicales, para quienes la pornografía es en sí misma indeseable, lo que conduce a rechazar el término de entrada. Es decir, si se trueca lo pornográfico por lo obsceno, y aceptamos el cambio terminológico, lo pornográfico queda liberado del rechazo inicial, por lo que surge la posibilidad de ponerlo a consideración, otorgarle nuevos significados y comprenderlo en su sentido retórico. En consecuencia, el intento de agregar un término más trastoca el esquema que divide la sexualidad humana en dos polos, en cuyos extremos se ubican las mujeres, por un lado, y los varones por otro, y que identifica a los varones con lo pornográfico y a las mujeres con lo erótico. Por un lado permite un primer deslizamiento hacia una desnaturalización posible, por otra parte abre la posibilidad de considerar, tal como lo formula Feona Attwood (2002), el contexto semiótico de las representaciones sexuales a fin de ubicar los materiales pornográficos en relación a las cuestiones de género, estilo, sensibilidad, dirección y forma.

Cuestiones del contexto geográficos y sociales, la ubicación y el acceso, la situación, el poder y las características de los grupos de consumidores, son cruciales para establecer no sólo qué tipos de representaciones están disponibles para el consumo, y a quienes se refieren, sino dentro de qué tipo de relaciones esta configuración se lleva a cabo y cómo impacta en la experiencia de los consumidores. También, el contexto histórico y cultural de los materiales necesita ser investigado ya que constituye un modo de establecer la forma en que éstos están culturalmente marcados como pornográficos o no

pornográficos, como materiales restringidos o no restringidos, como representaciones de bajo, alto o mediano gusto, como peligrosos o seguros, opresivos o transgresores. La audiencia de lectura de material sexualmente explícito, y la colocación y el uso de este material en relación con la construcción de identidad de género, conocimiento, placer y comportamiento sexual se encuentra, a criterio de Atwood, influenciados por todos estos factores contextuales.

Realidad y fantasía

Como hemos visto, algunas feministas radicales asumen que la conexión entre la pornografía y la violencia sexual es absolutamente obvia, pero, como indica Neil Thornton (1986), falta evidencia en las investigaciones realizadas hasta el momento que develen el eslabón causal entre la pornografía y la violencia sexual. Algunas situaciones de laboratorio, en el marco de estudios conductistas, se han montado con el esfuerzo de establecer los efectos de la pornografía. Los resultados son favorables respecto a la tesis que sostiene que la pornografía causa directamente actos particulares de violencia contra las mujeres. De todas formas, es indudable lo inapropiado que resulta extrapolar una situación experimental por fuera del laboratorio del experimentador. En estas situaciones artificiales no se observa el verdadero comportamiento violento, sino un sustituto que involucra objetos representativos en una situación fingida (para ejemplos de varias investigaciones en relación al tema véase Williams, Cooper, Howell, Yuille & Pahlus 2009; Carroll, Padilla-Walker, Nelson, Olson, McNamara Barry & Madsen, 2008; Hinson Shope, 2004; Norris, Goerge, Cue Davis, Martell, & Leone Sio, 1999). En consonancia, las feministas liberales afirman que los datos provenientes de las investigaciones de las ciencias sociales no apoyan las amplias generalizaciones realizados por las feministas radicales en sus ansias de denunciar la pornografía. Aunque algunas feministas radicales citan estos datos para sustentar sus afirmaciones, las feministas liberales sostienen que es evidente la selección de los datos utilizados, por lo que hay una clara distorsión en la utilización de las múltiples investigaciones sobre los efectos de imágenes sexualmente explícitas.

La psicología conductista no es un basamento lo suficientemente sólido para demostrar una conexión causal entre el consumo de pornografía y la violencia sexual contra las mujeres. El punto flaco que torna vulnerable tales pretensiones parece estar en la distinción crucial entre la fantasía sexual y el mundo de acción humana.

Si suponemos que la violencia de los varones es un eslabón causal inmediatamente posterior al empleo de pornografía, en donde el comportamiento se ve obligado a poner en marcha lo representado en la pornografía, delimitamos un modelo de ser humano gobernado por estímulos y respuestas en donde la fantasía avanza y coloniza la motilidad misma. Siguiendo estas coordenadas, abordar la pornografía como la violencia contra las mujeres, o como la mascarada de un comportamiento sexista, implicaría confundir *fantasía* y *realidad*, ya que “*la pornografía no es una representación en palabras o cuadros de un mundo de verdaderas personas y acontecimientos, sino la representación de un mundo de ficción*” (Thornton, 1986: 36). También para Jessica Benjamin, los conflictos que suscitan los debates sobre la pornografía refieren, en última instancia, a la disyunción entre fantasía y realidad. La autora se muestra en contra de considerar que los contenidos de la pornografía develen la verdad oculta en la realidad, específicamente la dominación y destrucción inherente a la excitación sexual de los varones, tal como lo afirma Dworkin.

Equiparar lo que expresa la pornografía a lo que todos los varones requieren en su vida sexual no parece ser conveniente a los fines de conseguir argumentos sólidos. Por otra parte, tal como señala Benjamin, estas afirmaciones dan por sentado que los deseos del ser humano son sencillamente lo que parecen, por lo que desarticulan la compleja trama que el psicoanálisis ha tejido entre deseo, sexualidad y fantasía. El excesivo acento en la dimensión de la fantasía ha llevado a algunos psicoanalistas a buscar la verdad del sujeto en las formaciones inconscientes que emergen como producto del levantamiento de la represión. Por el contrario, algunas feministas han colocado en primer plano el significado traumático de los acontecimientos reales. Confundir estos planos implica equiparar las representaciones de la fantasía con la realidad, por tanto no distinguir entre lo concreto y lo simbólico. Los movimientos de antipornografía, en general, a criterio de Benjamín, incurrir en este error y atribuyen a las imágenes pornográficas la misma eficacia traumática que los hechos reales. La argumentación, entonces, se plantea en términos de efectos reales. En palabras de la autora:

La violencia real no puede limitarse a la relación especular con la excitación sexual ni ser contenida por ella; excede la representación. La Pornografía, con algunas excepciones, nos limita a la imagen, la escenificación, la hazaña simulada. (...) Clausura el espacio entre el símbolo y el objeto, y hace que el objeto representado parezca ser ‘la cosa’ que provoca excitación, pero la cosa es precisamente no real (Benjamin, 1995/1997: 224).

Ahora bien, las líneas argumentativas de Neil Thornton y Jessica Benjamin parecen, aunque más no sea por momentos, ir demasiado lejos. Pensar las representaciones que se despliegan en los materiales pornográficos como un mundo desprovisto de realismo no se transforma en un alivio para la violencia entretejida en la realidad de muchas mujeres, muy bien documentada (Kitzinger, Wilkinson & Perkins, 1992).

Thornton parece advertir estos desvíos y aclara que indudablemente fantasías pornográficas y conducta sexual se conectan y articulan de algún modo. Sea como fuere, cualquiera que sea la conexión no puede ser tan directa y sencilla como el modelo conductista nos haría creer. Este modelo de condicionamiento no tiene lugar para incluir la complejidad que supone incorporar la categoría de *fantasía* en los escenarios de la sexualidad y de la pornografía. Algunos esfuerzos pueden haberse vistos perjudicados al buscar respuestas y aliados en teorías pobres. Como resultado, algunos análisis de feministas radicales de la pornografía simplifican demasiado la conexión entre la fantasía sexual y el comportamiento. Por un lado reducen la sexualidad humana al acto sexual (genital), por otro lado, ubican la dimensión de la fantasía con el poder de influenciar directamente sobre el comportamiento.

En tal sentido, sostener que la pornografía ejerce una influencia directa sobre la constitución del carácter sexual masculino, no sólo implica afirmar la existencia de un carácter sexual masculino específico, también supone que la identidad sexual del ser humano se encuentra completamente determinada por los discursos sociales. Por ejemplo, MacKinnon (1987/2014) da por sentado que la psicología de los géneros opera a través de la definición social de los varones y las mujeres (Benjamin, 1997). Muchas feministas suponen que la pornografía es capaz de moldear la vida de las personas, esto explica que no duden en afirmar que las construcciones sexistas de las mujeres al interior de la pornografía se transfieren a la conducta interpersonal.

Según Esther Reed (1994), la pregunta no es acerca de las imágenes *per se*, sino acerca de cómo son percibidas. Una representación de actividades se convierte en pornográfica debido a las formas convencionales en que las representaciones son vistas. Elizabeth Wilson menciona que la imaginación es ‘pornográfica’, no la imagen (Wilson, en Reed, 1994). La pregunta no es de contenido sino de forma, producción y consumo. Reed intenta deshacer todo el concepto mismo pornografía al negarse a definir el material sexualmente explícito a través de los rasgos diferenciales con otros materiales, sino, más bien, a partir de los *reinos de la representación*.

Reed afirma que la fuerza del llamado enfoque post-moderno permite, en primer lugar, establecer las reglas sociales como centro de atención. En segundo lugar, rechaza la homogeneización de la cultura occidental como monolíticamente patriarcal en su uso de imágenes pornográficas. Por otra parte, si es cierto que el material es pornográfico sólo en términos de la forma en que se usa, podemos suponer que toda la pornografía es ilusoriamente creada de manera independiente a los hechos que se despliegan efectivamente en el *mundo real*. Tal posicionamiento transforma problemáticas centrales –la explotación sexual, la comercialización y la trata de seres humanos, o las normas que regulan la explotación sexual– en completamente irrelevantes al interior de los términos del debate sobre la pornografía.

Esencias vs. Construcciones políticas

Sin dudas el feminismo ha permitido vincular la pornografía con procesos sexistas más generales, con un malestar cultural mucho más amplio y profundo. Sobre todo el feminismo radical sostiene que la pornografía reproduce, despliega y propaga significaciones que constituyen una expresión directa que recapitula la estructura del patriarcado de un modo crudo y desenmascarado, a modo de un monumento recordatorio de la subordinación de las mujeres que se alza en medio de nuevos sexismos, sutiles y sofisticados, que entretejen una igualdad ilusoria entre los sexos.

Es así que las feministas radicales se han centrado en la pornografía como una de las fuentes principales de sexismo, como una manifestación ideológica nodal de la dominación sexual patriarcal. Al realizar un análisis desde un punto de vista unitario (Segal, 1998), es posible pensar que las feministas radicales tomaron a la pornografía como representante metonímica de la totalidad del patriarcado. Mientras los ataques van dirigidos hacia aquel blanco claramente localizado, el sexismo, naturalizado, sigue filtrándose de manera masiva, y sutilmente cifrado, a través de múltiples expresiones culturales⁴⁵.

Esencializar la identidad de género masculina, como modo de luchar contra la pornografía y el patriarcado, ha sido una estrategia de cierta línea del feminismo, a la que es posible contraponer una profunda reflexión sobre las coordenadas políticas que subyacen a las identidades de género. Si optamos por esta última opción, podemos

⁴⁵ Para un desarrollo en torno a la relevancia de las dinámicas mediáticas y comunicacionales en la construcción de valores, representaciones y pautas de comportamiento en torno al género y a la sexualidad véase Elizalde (2009).

pensar en las identidades masculinas en términos de reproducción de patrones que se encuentran en la base de la masculinidad hegemónica generan una plataforma identitaria que otorga reconocimiento e inteligibilidad social a quienes degradan a las mujeres, social y sexualmente. La vinculación existente entre el reconocimiento alcanzado por la reproducción de los patrones normativos que integran la homosocialidad y la violencia sexual contra las mujeres ya ha sido convincentemente demostrada (Flood, 2008). Si, tal como afirma Nancy Chodorow (1978/1984), la identidad de género masculina se constituye de manera reactiva ante lo femenino rechazado, entonces el repudio continuo hacia las mujeres no sólo posibilita a los varones la obtención de reconocimiento por otros miembros del grupo sino, también, la autoafirmación del propio sentido de mismidad.

Como fuere, ante cierta línea del feminismo que opta por esencializar las identidades, es posible deslindar otros posicionamientos –como el de María Luisa Femenías (2008) – que nos conduce a pensar el modo en que las identidades de género constituyen complejas construcciones articuladas en el contexto de un mundo en que los géneros conllevan significados unívocos y esencialmente inalterables, y claramente sirven al cumplimiento de una política patriarcal de regulación y control social/sexual. Esta perspectiva instala un viraje en sintonía con el modo en que la perspectiva *Queer* entiende el modo en que el género es asumido bajo coacción a diario. La perspectiva *Queer* en relación a las identidades de género ha insistido en el alejamiento del esencialismo para comenzar a decodificar los mandatos de género como datos que responden a estrategias de poder –véase CAPÍTULO IV. Desde allí es posible, tanto para mujeres, varones y otras localizaciones subjetivas/políticas alternativas al binario, emprender la búsqueda de nuevas figuras de lo erótico que escapen a las capturas pornográficas de las formas patriarcales de sexualidad.

CAPÍTULO IV
IDENTIDAD DE GÉNERO
LA MIRADA DE LA TEORÍA QUEER

...y miró a su alrededor, como si estuviera presenciando una escena de teatro (...) que no hay por qué creer

Carson McCullers, *Reflejos en un ojo dorado*

-¡Perdóname, querida, de pronto me creí un verdadero hombre, brutal y todo. Te prometo que nunca más se va a repetir!

COPI, *La guerra de las mariconas*

Teoría Queer

El término *Teoría Queer* aparece como el novedoso título de una conferencia organizada por Teresa de Lauretis en 1990. Desde entonces tal expresión ha impactado de forma notable en la teoría feminista y de género, así como en los estudios gays y lésbicos, por su capacidad de problematizar y desestabilizar las categorías de pensamiento utilizadas hasta el momento (Watson, 2005). En primer lugar, la *Teoría Queer* ofrece un modo de abordar la sexualidad más allá de cualquier etiqueta que denote desviación o normalidad. Tal es así que la seductora utilización del término *Queer* ha proliferado desde entonces debido a su potencia disruptiva (Hemmings & Grace, 1999). Si bien para varios intelectuales este término se convirtió casi de inmediato en una categoría conceptualmente vacía de la industria editorial, cooptada por las instituciones que pretendía dismantelar, la *Teoría Queer* muestra un ritmo de producción acelerado y desordenado que se ha independizado de su intención inicial –más ligada a una provocación que a una posición teórica consistente. Es así que la *Teoría Queer* parece configurarse como una oposición radical a la norma, una forma de resistencia a la homogeneización cultural que permite contrarrestar los discursos dominantes a través de otras construcciones y posicionamientos subjetivos en el interior de una cultura hetero-normada.

'*Queer*' puede ser traducido como *extraño, torcido* o *raro*. Su uso ha servido como un insulto denigrante para señalar a quienes son identificados fuera de los alcances de la sexualidad hegemónica y normativa. Sin embargo, el término fue resignificado y apropiado en un sentido positivo, de tal modo la posición marginalizada y excluida que designa lo *Queer* deja de ser una localización indeseada. En este sentido, *Queer* designa la asunción orgullosa y afirmativa de una posición subjetiva radicalmente novedosa que no pretende ingresar en los marcos normativos, tampoco liberarse mediante afirmaciones identitarias disidentes, más bien pretende subvertir o socavar el dimorfismo sexual como principio de inteligibilidad cultural, que torna al sexo dicotómico, hetero y estable mediante una semiotización jerarquizante de la diferencia (Maffía, 2010). En este sentido, lo *Queer* no pretende hundir sus raíces en la subjetividades a través de identidades fijas y monolíticas (Gedalof, 2000). Lo *Queer* supone la fluidez del movimiento continuo, la no captura en las categorías que ofrece la norma, admite la ambigüedad, el no lugar, el tránsito, el estar entre. Por tanto más que una identidad, *Queer* señala una disposición o un modo de vivir.

La *Teoría Queer* ha sido influida por los aportes del posestructuralismo y del psicoanálisis que refieren a la identidad, la sexualidad y al papel de lo simbólico en la construcción de las mismas. Los primeros trabajos en la *Teoría Queer* estuvieron muy influenciados por la obra de Michel Foucault (1975/2008, 1976/2008), Judith Butler (1990a/2007), Eve Kosofsky Sedgwick (1990/1998) y Gayle Rubin (1989/1984). La atención se focalizó en la deconstrucción, desmontaje y desafío de la heterosexualidad hegemónica que impregna los arreglos culturales actuales y articulan todo el espectro de las expresiones y deseos sexuales, incluyendo las identidades sexuales dominantes y marginadas (Gros, 1999).

En algunos aspectos Jacques Lacan fue especialmente influyente al destacar la precariedad de la identidad (Glynos, 2000; Leeb, 2008) y la noción de un yo constituido a través del encuentro con lo simbólico. Del mismo modo, varios autores han explorado las construcciones binarias, presentes en la constitución de las identidades sexuales y de género, desde un enfoque que privilegia los efectos discursivos del lenguaje. Sin duda, el pensador más referenciado en las producciones reunidas en este campo de estudios es Michel Foucault (1975/2008, 1976/2008). Sus ideas sirvieron como marco fundamental para el surgimiento de la *Teoría Queer*. Foucault ilustra el modo en que la sexualidad se constituye como tal al ser tomada como objeto de determinados saberes institucionales.

Esto significa que mediante el examen de los discursos fue posible comprender cómo ciertos actos y conductas se transformaron en blanco de determinados discursos, por lo tanto fueron sujetos al poder disciplinario y así entrampados en identidades –como la homosexual, entre otras categorías que a lo largo de la historia han surgido para capturar la disidencia sexual (Guasch, 1995; Fone, 2000/2008; Zanotti, 2005/2010; Licitra, 2007; Platero, 2008; Meccia, 2011)– interiorizadas a modo de atributos esenciales. La identidad, en los escritos de Foucault, por lo tanto, refiere a aquella instancia que *sujeta* históricamente constituida –nunca a-histórica–, acerca de la cual el saber predica la verdad. El artilugio ideológico que devela Foucault es que el saber extrae su fuerza del poder, no de la verdad –después de todo, la verdad, al igual que el sujeto, no es más que un efecto⁴⁶. Este enlace entre discurso e identidad constituye el corazón de la *Teoría Queer*. Foucault también afirmó que el poder no es una propiedad ejercida por una mayoría dominante, sino que se trata de relaciones e interacciones. Resulta particularmente importante para la *Teoría Queer*, sin embargo, la idea de resistencia: en cualquier relación en la que opera el poder también se produce la posibilidad de la *resistencia* (Foucault, 1978/2012; Minton, 1997; Halperin, 2007).

El impacto del pensamiento de Foucault produjo, de este modo, un giro radical anti-esencialista en la forma en que se venía pensando la identidad sexual (Evans, 1997; Basaure, 2009; Green, 2010). Como señala Ofelia Schutte,

a partir de la década de los ochenta, la influencia del posestructuralismo y particularmente de la última etapa de las obras de Michel Foucault cambió –o quizá sería más apropiado decir giró en una nueva dirección– la interpretación del análisis de la sexualidad y de la noción de género entre grupos feministas norteamericanos (...) a lo cual se unió la crítica del uso de concepto de género en su versión ligada a la oposición binaria masculino/femenino (Schutte, 1994: 11)

De estos aportes se desprenden los principios fundamentales de la *Teoría Queer*, los cuales se contraponen a –pero surgen a partir de– varias fuentes teóricas provenientes de los estudios gays y lésbicos de los años ‘70 y ‘80 en Estados Unidos (Giffney, 2004). Este contexto sociopolítico albergó el proyecto de liberación de identidades sexuales no subsidiarias a la heteronormatividad. Es así que la *Teoría Queer* configuró una respuesta a los retos que planteaban tales políticas de identidad en el marco de los

⁴⁶ Destacamos las palabras de Foucault (1977/2012): “Hay efectos de verdad que la sociedad occidental (...) produce a cada instante. Se produce la verdad. Estas producciones de verdades no pueden dissociarse del poder y de los mecanismos de poder, porque estos últimos hacen posibles, inducen esas producciones de verdades y, a la vez, porque estas mismas tienen efectos de poder que nos ligan, nos atan. Lo que me preocupa son esas relaciones verdad/poder, saber/poder” (Foucault, 1977/2012: 73-74).

movimientos de liberación gays, lésbicos y de otras minorías (Sawiki, 1991). En este contexto, el sexo comienza a pensarse como una ficción regulatoria (Femenías, 2003) que, como tal, debe ser desnaturalizada. Para ello la *Teoría Queer* ancla el género en el lenguaje performativo para desvincularlo de los alcances del pretendido determinismo biológico del sexo.

Resulta evidente, por otra parte, que quienes son localizados entre estos intelectuales se expresan de forma más deconstructiva que propositiva, por este motivo no sería muy razonable imaginar a la *Teoría Queer* como la formulación de un cuerpo organizado de enunciados o un conjunto de ideas más o menos homogéneas. El intento de cercar una posible descripción o definición de lo *Queer* trae consigo un carácter polémico, conceptualizar una perspectiva que claramente hace hincapié en la incognoscibilidad radical de sus formaciones futuras no deja de ser una ambición paradójica. Toda construcción de conocimiento estable y coherente se produce simultáneamente, al interior de esta teoría, con sus limitaciones o con su caducidad (Weeks, 2011/2012a).

Por otra parte, la *Teoría Queer* se caracteriza por una variedad de métodos que interrogan los modos normativos de deslindar la sexualidad y su relación con la identidad. Hunde sus raíces en la deconstrucción postestructuralista (Morris, 2004) para revelar la constitución histórica de la sexualidad y del género. En este contexto cobran especial relevancia categorías tales como *heterosexual*, *gay* y *lesbiana*, especialmente se enfatiza su reificación en identidades estables (Brickell, 2006). La perspectiva *Queer* devela, entonces, el carácter de construcción frágil e inestable que subyace a la ficción de posiciones sexuales fijas aglutinadas en identidades binarias, coherentes, discretas, monolíticas e invariables, así como también se interesa por los complejos anudamientos existentes entre género y sexualidad (Butler, 1997/2001; Wright, 2005; Richardson, 2007; Jagose, 2009).

El blanco de la oleada deconstructiva se dirige, de manera privilegiada, hacia el modo en que las sociedades asumen y reiteran un encadenamiento causal y coherente entre *Sexo-Género-Sexualidad*. Las normas sociales de género pretenden capturar los cuerpos, los identifica como *machos* o como *hembras*, determina un género linealmente asignado (masculino o femenino) y los orienta de acuerdo a una única dirección del deseo (al sexo/género opuesto). El proceso a través del cual se producen y reiteran compulsivamente los cuerpos dimórficamente sexuados (Hird, 2004), por un lado, y la norma heterosexual, por otro, se inscribe en esta lógica, que asegura el mantenimiento

de la continuidad y de la coherencia entre *Sexo-Género-Deseo*⁴⁷ (Butler, 1990a/2007). La lógica que da las directrices y los límites para pensar a los sujetos y a las prácticas es binaria. Fuera del binarismo que entreteje todo este artilugio ideológico se sitúa lo impensable, lo ininteligible... lo *Queer*.

Dentro de los dominios fluctuantes de la *Teoría Queer* la discontinuidad y la incoherencia no son atributos que deben ser evitados a cualquier costo. Por el contrario, la discontinuidad o incoherencia por parte de quienes no se conforman a las normas de inteligibilidad cultural por las que deberían ser definidos, sostienen formas de pensamiento que resisten, cuestionan y rompen los límites de las prácticas e identidades sexuales establecidas (Khayatt, 2002).

Retomando un aspecto ya señalado, parece claro que la nomenclatura *Teoría Queer* resulta engañosa, pues no constituye un sistema claramente unificado de trabajo, más bien se trata de una perspectiva utilizada por diversas disciplinas para explicar no sólo el modo en que se constituyen las identidades, sino cómo se reproducen. De alguna forma, las identidades (sexuales, de género, entre otras) pueden entenderse como producciones narrativas y relacionales (McNay, 2003), y no como identidades estables pre-existentes. Como fuere, aunque fuertemente criticada y resistida, la *Teoría Queer* se ha convertido en un importante movimiento intelectual en los últimos tiempos. Como tal, ofrece una nueva lente para examinar y entender las relaciones sociales y las dinámicas culturales. Ofrece un nuevo punto de mira epistemológico y un conjunto de consideraciones metodológicas para examinar, analizar y comprender críticamente las relaciones sociales, en particular los organizados en torno a construcciones actuales que involucran la sexualidad y el deseo (Valocchi, 2005). Además, pone de relieve la centralidad de las relaciones de poder y destaca la necesidad de examinar y comprender los contextos de manera histórica, geográfica y política.

Feminidad primaria e identidad de género después de Judith Butler

La idea de *feminidad primaria*, ya sea ligada a la producción y registro psíquico que se desprende de la especificidad de un cuerpo anatómico –véase CAPÍTULO I–, o ligada a la producción y registro psíquico que se articula a partir del juego identificador que circula en los vínculos tempranos –véase CAPÍTULO II–, ha contribuido a

⁴⁷ Nótese en este punto el inicio de una perspectiva alternativa a la hora de concebir la categoría difusa de *no conformidad de género* –véase CAPÍTULO IX.

alimentar/complementar, desde un punto de vista psicológico, la identidad *Mujer* que aglutina la política feminista –véase CAPÍTULO III. Desde el punto de vista de Judith Butler, este “*grupo de seres corporizados en la posición social de ‘mujeres’ que ahora, bajo el nombre de feminismo, tienen algo distinto que decir*” (Butler, 1990c/1992:75), se identifican entre sí no sólo apelando a una identidad política. Comienza a configurarse una identidad subjetiva culturalmente construida, una sensación sentida por el yo. Es así que la autora se interroga sobre la existencia de un grupo de características femeninas específicas ligadas naturalmente al hecho de ser mujer. Butler se propone cuestionar la integridad ontológica de la categoría *Mujer* –tal como se articula en el feminismo radical norteamericano –véase CAPÍTULO III y CAPÍTULO VIII.

El psicoanálisis ha contribuido a esta línea problemática. Sobre todo en su versión norteamericana, esta teoría ha buscado cercar los momentos del desarrollo en los que se adquiere la *identidad de género*. Tal es así que, en palabras de Butler, “...*la teoría psicoanalítica ofreció a la teoría feminista una forma de identificar y fijar la diferencia entre los género a través de una metanarración de desarrollo infantil compartido y al mismo tiempo ayudó a las feministas a mostrar la forma en que la misma noción de sujeto es una prerrogativa masculina dentro de los términos de la cultura*” (Butler, 1990c/1992:77).

Las reformulaciones que Judith Butler ha realizado en torno a tal categoría multiplican las controversias. Para Butler (1990b), el género no es una identidad estable, sino más bien una identidad débilmente constituida en el tiempo a través de una repetición estilizada de actos. Un yo generizado de manera permanente es una ilusión. Claramente se produce una ruptura con el modelo sustancial de identidad, que, por ejemplo, subyace a la propuesta de Stoller (1968).

Entonces, Butler (1990b) vincula la idea de una identidad de género cosificada con la categoría de actos constitutivos. Son estos actos lo que establecen performativamente la ilusión de una identidad de género naturalizada. De este modo la producción de género se entrama con actos, sutiles estilos corporales, que al repetirse en el tiempo generan la firme creencia de, por un lado, la existencia un núcleo yoico generizado de manera permanente y, por otro, la localización de este núcleo en el lugar de agente causal de los actos que se corresponden coherentemente con la especificidad de la identidad que le ha

dado origen⁴⁸. En este sentido, los actos de género establecen en los espectadores sociales, y en el actor mismo, la vinculación implícita de esta performance con la identidad que aparentemente los origina (López Penedo, 2008). Claramente, esta vinculación permanece solapada, subyacente, al mismo tiempo que perpetúa la naturalización de las normas de género que entretejen la compleja ficción que se pone en juego a cada instante (Butler, 2004/2006). Pero, ¿qué es aquello que nos permite afirmar, junto a Butler, que no hay una esencia que el género exprese o exteriorice, sino, más bien, que son los actos de género quienes crean la idea de género permanente al tiempo que su génesis permanece oculta?

Butler (1990a/2007) focaliza la figura de la *Drag Queen* –un varón, o una mujer, que se viste y actúa como una mujer de modo exagerado, grotesco y provocativo, con el fin de alcanzar un efecto cómico, dramático o satírico a través de la parodia. Butler nota cómo sus actuaciones en escenarios teatrales suelen convocar mucho público y generan enorme satisfacción y aplausos. Efecto un tanto diferente al que genera la mujer *trans* que ocupa cualquier espacio público, quien, por lo general, provoca miedo, ira, incluso violencia. ¿Cuál es, entonces, la diferencia? Es claro que el campo se configura de manera distintiva en relación a la proximidad y las posibilidades identificatorias (Butler, 1990b). La performance de la *Drag* en los escenarios del teatro se inscribe claramente al interior de una actuación. En ese contexto es mucho más sencillo desrealizar el acto, diferenciar y separar la actuación de la realidad. Por el contrario, en contextos cotidianos la performance de género queda absorbida por la realidad naturalizada de la *conformidad de género*, es decir la coherencia esperada entre los actos de género y el sexo biológico de quien lleva a cabo esos actos. La performance de género en contextos no teatrales, nos dice Butler, queda libre a la censura de las convenciones sociales en su faz punitiva y reguladora de una manera más clara. En este punto, la parodia de género desplegada por una mujer *trans* en la calle se torna peligrosa a falta de convenciones teatrales que delimiten su carácter puramente imaginario. Se presenta, entonces, una modalidad de género que no puede ser fácilmente asimilada dentro de las categorías pre-existentes que regulan la realidad de género.

⁴⁸ A partir de los aportes de Susan Sontag (1984) y las críticas posteriores de José Amícola (2000) en torno a la sensibilidad *Camp*, es posible pensar cómo la utilización de ciertos objetos y elementos estéticos a modo de provocación por ciertos sectores de las disidencias sexuales, en el contexto norteamericano, pueden pensarse como otra pieza clave a la hora de pensar la *performance* de género. Sobre todo si concebimos la estética *camp*, en tanto teatralización impostada de lo femenino, como un elemento capaz de deshacer el género. Véase, también, Colón Zayas (2012).

La mujer *trans*, en el pensamiento de Butler, se constituye en una figura que posibilita una elucidación crítica. A simple vista, la mujer *trans* parece resaltar la diferencia entre sexo y género, ya que se trataría de una anatomía que es revestida por un significado social y cultural que no se corresponde con su sexo. En este caso la vinculación entre los actos de género y una identidad de género esperada, de acuerdo a la anatomía, es cuestionada. La expectativa de que todas las vertientes confluyan, sexo biológico, actos de género e identidad de género, se encuentra regulada por la pregnancia de la percepción del sexo como dato fáctico y fijo. Entonces, usualmente se espera que el sexo coincida armónicamente con la identidad de género que se le asigna desde la cultura, y esta identidad, supuestamente preexistente, es la que genera actos, posturas y gestos específicos. Cuando hay armonía entre todos estos elementos, el nivel de mimesis es tal que la diferenciación entre sexo y género no tiene sentido, permanece perfectamente oculta, y cada uno de estos elementos parece formar parte de un todo coherente, monolítico y unívoco (De Santo, 2013).

Las políticas de identidad

Si tenemos en cuenta estas ideas de Butler no llama la atención su sospecha y rechazo respecto a las políticas de identidad. Todo parece indicar que desde su punto de vista las políticas organizadas a partir de la identidad *Mujer*, como plataforma a partir de la cual se efectúan reclamos, no sólo implican una confusión ontológica, sino que, incluso, perjudican la causa del feminismo al ocultar los mecanismos que constituyen la subordinación de las mujeres que dice representar. Desde el inicio de *Gender Trouble* Butler (1990a/2007) afirma que, la crítica feminista debería comprender que el modo en que se produce la categoría *Mujer* como

‘el sujeto’ del feminismo es, de por sí, una formación discursiva y el resultado de una versión específica de la política de representación. Así, el sujeto feminista está discursivamente formado por la misma estructura política que, supuestamente, permitirá su emancipación⁴⁹ (1990a/2007: 47).

⁴⁹ Es en este entrecruzamiento entre teoría feminista y el pensamiento de Michel Foucault donde irrumpe la marca *Queer* del pensamiento de Butler. Si la incorporación de la categoría de género en el feminismo, en el sentido que ya Simone de Beauvoir instaló en sus conceptualizaciones, marcaron un primer giro que implicó el abandono de marcos referenciales *biologicistas* que situaban la verdad del sexo en la biología/morfología de los cuerpos, para privilegiar las interpretaciones o capturas que la dimensión social, cultural e histórica realiza de cuerpos dimórficamente sexuados; Judith Butler instala un segundo giro que exige nuevos esquemas de pensamiento, pues supone, esta vez, el abandono del *fundacionalismo biológico* que otorga sentido a la categoría de *género* tal como se venía pensando, a la que le resulta imposible despojarse de fantasmas normativos de cuerpos que configuran cedes naturalmente adecuadas

Las políticas de identidad ocultan los orígenes políticos y discursivos de la fabricación del núcleo de la identidad de género (Thoms, 2006). Al deconstruir las políticas de identidad, sin embargo, es posible, dice Butler, establecer los términos mismos a través de los cuales se articula la identidad en clave política (1990a/2007).

Una estrategia de Butler parece ser la interrupción de las múltiples formas en las que se produce el género. Tales interrupciones, apuesta Butler, revelarán la contingencia de la identidad de género. Este develamiento, por otra parte, desnuda a la identidad de género y la expone como un constructo vulnerable (Butler, 1990a/2007). Esta formulación se mantiene con cierta vaguedad a lo largo de *Gender Trouble* hasta que, finalmente, en las últimas páginas, toma forma bajo la estrategia del *pastiche*. Butler distingue cuidadosamente al *pastiche*, como imitación, de la noción de *original* para, posteriormente, encontrarlos en colisión; esto es: la parodia y la burla no encuentran un original en el cual reflejarse debido a la *estructura imitativa del género*. El *pastiche*, asegura en aquel momento, creará problemas de género que socavarán las construcciones de género (Butler, 1990a/2007).

Butler vuelve a la cuestión de la resistencia en *Bodies that matter* (Butler, 1993a/2008), donde presenta un refinamiento de su teoría. La autora teoriza, en esta oportunidad, sobre las restricciones significativas que recaen sobre las posibilidades de resistencia. La resistencia, sostiene, no puede tomar la forma de la misma dinámica mediante la cual lo simbólico reitera su poder si lo que se busca es el desplazamiento de ese orden de cosas (Hekman, 2000). Lo que esto significa es que la resistencia no implica el rechazo radical de la ley simbólica que organiza las identidades, al menos en el sentido de abrazar sus contrarios, opción que culmina por reforzar, en lugar de desplazar, dicha ley simbólica (Butler, 1993a/2008).

Para ahondar en este punto es necesario realizar un rodeo. La Teoría Queer se ha alimentado de herramientas conceptuales provenientes del psicoanálisis (Sáez, 2004). La versión butleriana de los Estudios Queer lejos de ser la excepción expresa los intercambios constantes entre su filosofía y diferentes líneas del psicoanálisis. El problema de la resistencia y de la posibilidad de transformación en el orden simbólico

para albergar tales interpretaciones, e instala el debate en los albores del *contruccionismo social*, donde el cuerpo pierde toda naturalidad –véase CAPÍTULO IX–, es así que *sexo* y *género* se vuelven intercambiables.

ha enfrentado a Butler con desarrollos psicoanalíticos de cuño lacaniano, especialmente con la categoría de lo *Real* en la versión de Slavoj Žižek.

A continuación se presentan algunas líneas nodales de tal debate. La importancia de presentar tal recorrido radica en que sólo a partir de allí es posible tomar dimensión del modo en la Teoría Queer, en clave butleriana, entiende las nociones de estructura e historicidad. Aspectos teóricos que impactan en su concepción de sujeto e identidad.

El destierro *Queer* de lo Real

El sujeto lacaniano, al menos en la versión que alimenta las ideas de Žižek, se localiza en la intersección de tres registros: lo real, lo simbólico y lo imaginario. Sin embargo el interjuego entre los registros de lo simbólico y lo real se instala como epicentro del debate que aquí interesa señalar. Butler menciona que “*lo Real es aquello que se resiste a la simbolización y que la impone. (...) en la doctrina lacaniana, lo ‘real’ continúa siendo irrepresentable...*” (Butler, 1993a/2008: 112-113). Tal concepción de lo real es subsidiaria de las lecturas que Žižek realiza del texto lacaniano. El autor acepta el “...famoso lema lacaniano de (...) no borrar la distancia que separa lo Real de su simbolización, (...) este plus de lo Real [está] en cada simbolización...” (Žižek, 2009:25). Es así que se muestra conforme con la tesis lacaniana respecto a que más allá de la realidad, la cual tiene estructura de ficción e ilusión, “... hay siempre un duro núcleo [de lo Real], un resto que persiste y que no puede ser reducido a un juego universal de especularidad ilusoria” (Žižek, 2009: 78). De modo muy ilustrativo, Žižek refiere a lo *Real* como “una falta en torno a la cual se articula la red simbólica. (...) como aquello que siempre regresa al mismo lugar” (Žižek, 2009: 81). Desde su punto de vista, cualquier esfuerzo por historizar constituye un intento de eludir el *resistente núcleo* de lo *Real* de la *Ley*. El intento de historización, entonces, “... nos ciega al resistente núcleo que retorna como lo mismo a través de las diversas historizaciones/simbolizaciones” (Žižek, 2009: 82).

Butler (2004a, 1993a/2008) adopta otro punto de vista. A criterio de la autora el campo social se configura a partir de un interjuego de normas y exclusiones cuya emergencia es histórica. La autora se apoya en el concepto de *forclusión* para designar una operación previa a la formación del sujeto. Se trata de una acción, una prohibición, una exclusión, un *dejar fuera por completo* que es previo a, y posibilita, la formación del sujeto. Para el psicoanálisis, en la interpretación de la autora, la forclusión es el efecto

reiterado de una estructura. No es el sujeto quien excluye, sino a la inversa, el sujeto es el resultado de tal exclusión. No hay sujeto previo sobre el cual impacte la exclusión. La gramática, aclara Butler, resulta engañosa. La pregunta por el *quién* de la acción de forcluir resulta una expectativa gramatical. La forclusión, entonces, constituye un corte primordial que instala una escena anterior a la gramática que no puede ser explicada sino en los términos de la gramática posterior a dicho corte.

Butler emprende una maniobra que le permite una reapropiación del término *forclusión*, una utilización con otros fines. Butler (2004a, 1993a/2008) acepta que la forclusión precede al sujeto, sin embargo no está dispuesta a admitir la existencia del ámbito pre-lingüístico que el funcionamiento de tal acción sugiere. Es así que, evocando a Foucault, Butler propone pensar que tal censura actúa como una forma productiva de poder. De este modo la forclusión constituye una censura normativa que (re)instala regímenes discursivos por medio de la *producción* de aquello que no es decible. La forclusión, entonces, da cuenta de la producción *normativa* del sujeto. Para distanciarse aún más del modo en que el psicoanálisis adopta este término, Butler expone la imagen de un sujeto que habla en el borde de lo decible/indecible. Un sujeto que, bajo el riesgo de ser arrojado a lo indecible, es capaz de volver a trazar tal distinción normativa. Todo parece indicar, tal como expone la autora, que un sujeto que habla en los bordes requiere que la acción de la forclusión opere de manera continua.

Butler (1993a/2008) se interroga sobre los límites de la definición de lo humano, así como qué identificaciones son viables en el interior de tal definición. Desde su punto de vista, las normas sociales crean un dominio de inteligibilidad simbólica mediante la exclusión de posibilidades. Se delimita, así, lo decible de lo indecible, posiciones de sujeto vivibles de otras que no valen la pena ser vividas. En este punto queda claro que la autora sitúa al psicoanálisis como un afluente privilegiado de categorías a la hora de pensar al sujeto en relación con el campo social. Sin embargo, desde el punto de mira de la autora, las limitaciones de los pensadores referenciados en este marco teórico, Žižek entre ellos, refieren al modo en que se conceptualiza la contingencia (Butler, 2011b; Žižek 2011b).

Lo *Real*... y el problema de la resistencia

Tal como hemos mencionado, Žižek explica la emergencia del sujeto y la estructura del campo social a partir de lo *Real*, entendido como un punto ahistórico, una vacuola vacía

de sentido y no susceptible de ser simbolizada que torna a la estructura del lenguaje fallida. Ante esta postura, Butler se aleja de toda intención de establecer fundamentos universales. Desde su punto de vista, aquellos designado como lo *Real* constituye una forma de nominar la incompletud del sujeto. Butler acuerda con la necesidad de pensar un sujeto incompleto como condición de posibilidad de cualquier posición de sujeto en el interior de una organización política. Sin embargo existen múltiples formas de comprender tal carácter incompleto, y es éste el punto inconciliable que hace girar el debate. Butler lee en la propuesta de Žižek la idea de un sujeto que, más allá de sus condiciones sociales e históricas de emergencia, se encuentra marcado, barrado, por un postulado de inconclusividad en tanto límite fundacional universal.

Butler acepta la idea de sujeto barrado si por ella se entiende cierta incompletud de la interpelación, aquello que escapa al alcance semántico de cualquier esfuerzo lingüístico por capturar al sujeto (Butler, 2004a). Sin embargo, la barra que Butler está dispuesta a tolerar refiere a la incompletud del sujeto producto de exclusiones políticamente delineadas y no estructuralmente estáticas o fundacionales (Butler, 1993a/2008, 2011). En suma, Butler no acepta un sujeto barrado por lo *Real* como condición estructural de toda constitución subjetiva, a modo de un límite que permanece en un mismo e idéntico lugar. Desde su punto de vista, no hay lugar para exclusiones constitutivas estructurales y fundacionales exteriores e indiferentes al campo político, pues esto supone la ahistoricidad para el sujeto, para sus límites y su articulabilidad.

La roca de lo *Real* adquiere un nivel de contundencia tal en el pensamiento de Žižek que cualquier intento por desplazar el límite fundacional supuesto resulta en vano. Žižek cerca el campo social con límites infranqueables, se trata de un cerco que no transcurre por la vía del significante. Por tanto, es un límite a la significación lo que genera exclusiones estructuralmente identificables y, al mismo tiempo, mantienen, a criterio de Butler, la esfera simbólica imperante a salvo de cualquier transformación radical. Esto supone, entonces, por un lado, una comprensión estructural de los límites fundacionales del sujeto y, por otro, la imposibilidad histórica de articulación dentro de un horizonte político dado. En contra de concebir tal imposibilidad, Butler adopta una idea de campo social transformable y rearticulable históricamente.

Como ya hemos señalado, Butler encuentra en el psicoanálisis elementos para teorizar la inestabilidad del sujeto. En este sentido, la autora rastrea aquellos aspectos de la teoría que le permiten configurar lo psíquico como fuente de resistencia a la

normalización. No llama la atención que, en sus intentos por teorizar la resistencia, Butler se enfrenta con los obstáculos que la propia teoría psicoanalítica ofrece de la mano de Žižek: la roca de lo *Real*. Desde mi punto de vista, lo que le interesa a Butler es, especialmente, la dimensión inconsciente, ya que le permite explicar el modo en que el sujeto se torna opaco para sí mismo. Paradójicamente, Butler detecta la resistencia como reflejo de lo opaco. El desafío de Butler parece ser, entonces, extraer analíticamente la roca *Real* de lo inconsciente.

En esta línea Butler critica los anudamientos entre lo inconsciente y lo *Real*: ambas categorías son recortadas en términos de una fuente traumática invariable, o como un punto que, desde una mirada apresurada, impide la clausura de cualquier sistema ideológico o simbólico. Para Žižek ambos conceptos emergen como aquello que asegura la contingencia de cualquier formación social, pues constituyen un núcleo traumático que impide la institución plena de cualquier orden. Sin embargo, Butler denuncia la forma en que estos conceptos representan una dinámica idéntica a sí misma que sostiene todas las formaciones sociales. Entonces, la historicidad o contingencia de los sistemas sociales que estos conceptos pretenden explicar es socavada. Nos dice Butler que

la noción de una privación o falta tomada del psicoanálisis y entendida como aquello que asegura la contingencia de todas y cada una de las formaciones sociales es en sí misma un principio presocial universalizado a expensas de toda consideración del poder, la socialidad, la cultura y la política, que regula el cierre y la apertura relativos de las prácticas (Butler, 1993a/2008: 286).

Queda claro que Butler no admite la idea de un resto psíquico, ahistórico, desde cuya negatividad se desprende la posibilidad de interrumpir las normas sociales dominantes.

Desde mi punto de vista, es posible detectar dos momentos en el pensamiento de la autora que, retroactivamente, pueden ser leídos como partes de una estrategia ante el objetivo de depurar el inconsciente de lo *Real*. Tales momentos no se localizan de manera cronológica en su producción, más bien constituyen espacios de producción teórica, no excluyentes entre sí, entre los cuales la autora discurre en idas y venidas.

Una primera oscilación: inconsciente sin Real... y sin posibilidad de resistencia

Como primer movimiento, entonces, Butler se propone enfatizar el alcance de la norma en el campo de lo inconsciente. En esta línea, y argumentando a favor de la existencia de vínculos apasionados e inconscientes con el sometimiento, se interroga:

¿cómo se explican (...) las vinculaciones inconscientes al sometimiento, las cuales sugieren que el inconsciente no se halla más libre que el sujeto del discurso normalizador? Si el inconsciente burla un determinado mandato normativo, ¿a qué otro mandato establece una vinculación? ¿Qué nos permite pensar que el inconsciente está menos estructurado que el lenguaje del sujeto por las relaciones de poder que impregnan los significantes culturales? Si encontramos una vinculación con el sometimiento a nivel del inconsciente, ¿qué tipo de resistencia puede construirse a partir de ahí? (Butler, 1997/2001: 100-101).

Butler deja deslizar que los mandatos normativos arraigan en lo inconsciente, por lo cual esta instancia se ve despojada de la potencialidad de interrumpir o interferir tales mandatos. Lo inconsciente no posee, desde aquí, las claves para explicar la posibilidad de un cambio radical dentro de la esfera socio-política.

En este primer momento, Butler apela a Foucault como estrategia para dar cauce a la historicidad y, de este modo, dejar en claro que, en su planteo, la dimensión de lo inconsciente no posee privilegio causal en relación con lo social. Foucault le otorga elementos conceptuales potentes a la hora de contrarrestar la idea de una estructura psíquica presocial. Tal como Butler expone, en clave foucaultiana, la psique se forma a partir de la introyección de normas sociales, históricamente variables. Vía identificación, el poder se vuelve sobre sí mismo configurando el dominio de lo psíquico, inherente a lo social pero nunca anterior. Es así que Butler recorta, en clave social, una categoría vaga y sin matices de *psique*: una convergencia de identificaciones, siempre vulnerables al cambio histórico –véase CAPÍTULO V.

Es, entonces, la posibilidad de concebir una transformación radical del campo simbólico lo que permite diferenciar posicionamientos que, desde una lectura apresurada, simulan puntos de contacto. En una primera aproximación, el planteo lacaniano, desde el prisma de Žižek, no excluye el orden de lo social, ni su relación con el sujeto. Lacan menciona que el inconsciente refiere a la emergencia del sujeto en el Otro –categoría que en su pensamiento da cuenta del lenguaje y la ley simbólica. El inconsciente refiere al discurso del Otro en los propios dominios del sujeto.

Desde un punto de vista lacaniano, tal como afirma Jöel Dor (1986), el sujeto se estructura a partir de una operación denominada *metáfora paterna*. Tal operación permite el acceso del sujeto a la estructura del lenguaje, constituye una promoción estructural en el registro del deseo. Se trata, en última instancia, de un ingreso al orden simbólico que rescata al niño de una organización arcaica configurada por la relación dual imaginaria con la madre. La simbolización del padre instituye la castración simbólica y, de este modo, el sujeto es dividido por el orden del lenguaje, por el Otro simbólico, sólo si ha operado la *Ley de Padre*. Lo simbólico supone que el niño pierde el goce (*jouissance*) de ser uno con la madre.

Es así que el carácter prohibitivo de la Ley Simbólica instala una división inaugural del sujeto que proviene del propio vínculo del sujeto con un tercer orden, simbólico (Zupančič, 2013).

El sujeto es tal en tanto enajenado, pues se articula alienado al lenguaje. En palabras de Dor: “... *el orden significante es el que causa al sujeto, estructurándolo en un proceso de división que produce el advenimiento del inconsciente*” (Dor, 1986: 118). El autor agrega que la división del sujeto no es más que la alienación del sujeto en su propio discurso, “...*el sujeto está presente en el [discurso] a costa de mostrarse ausente en su ser*” (Dor, 1986: 123).

Por otra parte, Žižek (2009) permite pensar el modo en que se articulan el Orden Simbólico, lo *Real* y la formación del sujeto desde el pensamiento lacaniano. El autor destaca la operación de la forclusión en todo orden significante. Todo orden simbólico se encuentra estructurado en torno a un vacío, en torno a la forclusión de un significante clave. Se trata de una abolición simbólica, “... *del rechazo, de la expulsión, de un significante primordial a las tinieblas exteriores, significante que a partir de entonces faltará en ese nivel. (...) Se trata de un proceso primordial de exclusión de un interior primitivo...*” (Lacan, 1984: 217). El muro con el que se topa el lenguaje es el que instaura una carencia en el sujeto. Al articularse en el Orden Simbólico, el sujeto queda alienado al lenguaje, al Otro, y es barrado por la falta estructural que inaugura su dimensión inconsciente. Tal es así que, en términos de Dor, “*La aparición del sujeto culmina (...) con una relación irreversible entre deseo, el lenguaje y el inconsciente, cuya estructura se organiza (...) en torno al orden significante*” (Dor, 1986: 157).

En territorio lacaniano, es Žižek (2006, 2009) quien explícitamente tematiza lo *Real* en términos de imposibilidad inherente al lenguaje, ausencia de significación, vacío de sentido o agujero en el orden simbólico. Lo *Real* descompleta lo simbólico y al sujeto. Es esta falta lo que permite la movilidad del deseo y, para Žižek, la contingencia del campo social. Lo *Real* es, digámoslo una vez más, el límite de lo simbólico y del sujeto, y tal límite, desde la óptica del pensador esloveno, guarda la clave de la posibilidad de la movilidad y el cambio.

Para Butler ningún elemento por fuera del lenguaje participa en la articulación del sujeto. Butler se distancia de estos supuestos estructuralistas cuando sugiere que la trama del sujeto refiere a un raudal de identificaciones comandadas por las valencias que imprimen los juegos de poder en el campo social (Butler, 1993a/2008). Estas identificaciones, múltiples e inestables, no pueden reducirse a una identidad o a un yo estable y monolítico. Por tanto, Butler no se embarca en el proyecto de modelar analíticamente una topología psíquica, una espacialidad sustancial. Se trata, más bien, de mecanismos psíquicos del poder que no fundan estructuras de una vez y para siempre, y, en su reiteración, abren el juego a la posibilidad del fracaso de las normas, las que, en su carácter social son rearticulables (Butler, 1997/2001).

Una segunda oscilación: inconsciente sin *Real*... pero con posibilidad de resistencia

El sujeto lacaniano adviene en, y por, el lenguaje en el acceso a lo Simbólico. Esto implica una pérdida de sí mismo a causa de lo *Real*. Esta falta es constitutiva, entonces, del Sujeto del inconsciente. Allí, donde a criterio de Žižek hay vacío como condición necesaria para la subjetivación, Butler recorta normas contingentes que entretejen el campo social. Desde el prisma butleriano, entonces, lo *Real* no es más que una necesidad teórica que salvaguarda la inmutabilidad de la estructura⁵⁰.

Esta polémica conduce a Butler a anclar el debate sobre lo *Real* en los fundamentos contingentes y sus consecuencias a la hora de pensar el sujeto político. En esta instancia, frente a las consecuencias políticas de lo *Real* lacaniano, Butler modela un concepto de inconsciente sin real en el cual, ahora sí, concibe la posibilidad de resistencia. Afirma que

⁵⁰ Las críticas de corte psicoanalítico contra Butler no provienen exclusivamente de Žižek. Para profundizar otra polémica iniciada desde formalismo lacaniano, con argumentos claros y consistentes, véase Copjec (1994).

El inconsciente es también una condición psíquica en curso, en la cual las normas son registradas en formas tanto normalizadoras como no normalizadoras, el sitio postulado de la fortificación, anulación y perversión de las normas, la trayectoria impredecible de apropiación de éstas en identificaciones y rechazos que no siempre son llevados a cabo consciente o deliberadamente (Butler, 2011b: 159).

Queda claro que el psicoanálisis le permite a Butler intervenir el pensamiento de Foucault. Desde mi punto de vista el psicoanálisis es un instrumento, un escalpelo en la mano de la autora que actúa sobre el revés de algunos textos foucaultianos con el propósito de profundizar fisuras sugeridas allí, ampliar aquellas líneas conceptuales que tematizan la resistencia. Pero, como queda claro, antes de tal intervención Butler se enfrenta con la necesidad de realizar ajustes conceptuales.

Es posible pensar que Butler va más allá de Foucault, pues no subestima el carácter indeterminado que la dimensión inconsciente imprime a las identificaciones múltiples, bajo las cuales se produce la internalización de las normas. En términos butlerianos, este mecanismo, a partir del cual se interioriza la norma, debiera ser entendido como un proceso cuya dinámica forma parte de las relaciones sociales e históricas imperantes. Por otra parte, este proceso de internalización socialmente regulado organiza la separación virtual entre lo psíquico y lo social. La dimensión inconsciente, involucrada en tal proceso de internalización, impide la reducción absoluta de la psique a las normas sociales, a pesar de que sin ellas la psique no podría articularse como tal.

En un trabajo que pertenece al primer tramo de su pensamiento, fuertemente influenciada por la idea lacaniana de inconsciente como cadena o sistema formal de significantes que rompen el significado coherente del yo, Butler evade lo *Real* al afirmar que:

la psiquis debe ser repensada (...) como eso que condiciona e impide la actuación repetitiva de la identidad. (...) El inconsciente es ese exceso que permite e impugna cada actuación y que nunca aparece del todo en la actuación misma. (...) la psiquis es el fracaso constante (...) un fracaso que es valioso pues impulsa a la repetición y reinstala la posibilidad de una alteración” (Butler, 1993b/2000:108-109)

Desde la perspectiva de Butler, lo real y la posibilidad de transformación no se implican mutuamente como afirma Žižek. En este sentido, Butler observa límites en la forma en que este autor explica la contingencia.

Lo Real se traslada hacia el campo ideológico-político

El concepto de lo Real constituye el punto clave de la tensión entre el pensamiento de Butler y el psicoanálisis lacaniano. Esta tensión se encuentra presente en los diálogos entre Butler, Laclau y Žižek en *Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues on the Left* (2000/2011). Aún así, ambos intelectuales presentan puntos de contacto. Tanto Butler como Žižek entienden que cierto fracaso es la condición tanto de la emergencia del sujeto como de la contienda democrática. Asimismo ambos tienen en cuenta el fracaso de toda afirmación identitaria que pretenda alcanzar una determinación final o total. Sin embargo, los puntos de desencuentro refieren al contexto conceptual en el que tal fracaso es entramado. Es así que el fracaso se presenta en su versión de necesidad estructural o en su versión de imposibilidad a nivel de las normas sociales.

Žižek menciona que:

la afirmación de que lo Real es inherente a lo Simbólico es estrictamente igual a la afirmación de que ‘no hay gran Otro’: lo Real lacaniano es esa "espina en la garganta" traumática que contamina toda idealidad de lo simbólico, volviéndolo contingente e inconsistente. Por esa razón, lejos de oponerse a la historicidad, lo Real es su fundamento ‘ahistórico’ mismo, el a priori de la historicidad misma (Žižek, 2011c: 309).

139

A esto agrega que lo *Real*

no es el suplemento subjetivo que sustenta el orden objetivo, sino el suplemento objetivo que sustenta la subjetividad en su contraste con el orden objetivo sin sujeto: (...) esa mancha molesta que empaña para siempre nuestra imagen de la realidad (Žižek, 2011b: 241).

Con esto Žižek se propone señalar, contra Butler, que

La oposición entre una barra ahistórica de lo Real y la historicidad completamente contingente es, por lo tanto, falsa: *lo que sostiene el espacio de la historicidad es la barra ‘ahistórica’ misma en tanto límite interno del proceso de simbolización*. Es ése en mi opinión el malentendido fundamental (...), Butler sistemáticamente (mal) interpreta el antagonismo (que es imposible-real) como diferencia/oposición (simbólica)...” (Žižek, 2011b: 216).

La crítica apunta a la ausencia de distinción entre la contingencia dentro de cierto horizonte histórico y la forclusión más fundamental que sostiene este horizonte. Para Žižek aquello que está prohibido por normas sociales no es lo que está excluido/forcluido. Desde allí insta a diferenciar aquel nivel donde se llevan a cabo los antagonismos de aquel otro nivel que refiere a las diferencias simbólicas. Se trata, en

última instancia, de "...distinguir entre dos niveles: la lucha hegemónica por la cual el contenido particular hegemónizará la noción universal vacía y la imposibilidad más fundamental que vuelve vacío al universal, y por ende, un terreno para la lucha hegemónica" (Žižek, 2011b: 120). En otras palabras, a criterio de Žižek, Butler confunde dos niveles, lo social y lo estructural.

Ahora bien, Butler nos propone otra lectura al respecto. Desde su punto de vista lo *Real* está habitado por aquello excluido en la esfera social. En este sentido queda clara su intención al optar por la categoría de lo abyecto de Julia Kristeva (1980/1988). A grandes rasgos, es posible afirmar que lo abyecto es lo *Real* devuelto a la esfera social. Desde mi punto de vista, lo abyecto debe ser leído como lo *Real* desenmascarado a tal punto que vuelve vulnerable a lo simbólico respecto a la posibilidad de una transformación radical a través del trabajo político. Con la idea de abyecto Butler ya no se encuentra con límites para la posibilidad de resignificación en tanto estrategia política.

Por otra parte, las críticas que Žižek dirige a Butler dan cuenta del posicionamiento filosófico inconciliable que se encuentra a la base de ambos planteos y que quitan toda posibilidad de diálogo. A criterio de Žižek el pensamiento lacaniano, donde Butler no lee la posibilidad de transformación, permite un abordaje de la contingencia que entraña un grado de radicalidad más profundo que el pensamiento de Butler. La contingencia lacaniana, si es que existe tal cosa, no se desliza por la vía de la resignificación de coordenadas simbólicas, sino que apunta a transformar la estructura misma del orden simbólico. Para eso, Žižek toma la noción lacaniana de *Acto*, en tanto

gesto que, por definición, toca la dimensión de algún Real imposible. Esta noción del acto debe ser concebida junto con el antecedente de la distinción entre el mero intento de 'resolver una variedad de problemas parciales' dentro de un campo dado y el gesto más radical de subvertir el principio estructurante mismo de dicho campo. Un acto no simplemente ocurre dentro del horizonte dado de lo que parece ser 'posible'; redefine los contornos mismos de lo que es posible (un acto cumple lo que, dentro del universo simbólico dado, parece ser 'imposible', pero cambia sus condiciones de manera que crea retro activamente las condiciones de su propia posibilidad) (Žižek, 2011a: 132).

Casi repentinamente Žižek apela a este gesto capaz de acariciar lo *Real* y, así, producir una transformación de lo simbólico en su conjunto. No queda claro quién, y cómo, es capaz de poner en marcha tal *Acto* que, en tanto tal, no es discursivo. Este gesto del *Acto* lacaniano parece pertenecer a la misma dimensión o registro de lo *Real*. Llama la

atención, entonces, que Žižek afirme la posibilidad de contingencia en un contexto conceptual donde un cambio radical en el orden simbólico sólo ocurre cuando lo *Real* juega consigo mismo.

Como fuere, para Žižek, la posibilidad de resignificación que se abre paso en la propuesta butleriana de la performatividad (Butler, 2007) no es suficiente para explicar el cambio. Para el autor se trata de una modalidad de aparente resistencia que forma parte del mismo juego hegemónico. No sorprende esta forma de abordar la propuesta de Butler cuando el propio Žižek menciona, refiriéndose a Foucault, que “... *su tesis acerca de la inmanencia de la resistencia al poder también puede interpretarse como una aseveración de que toda resistencia está atrapada de antemano en el juego del poder al cual se opone*” (Žižek, 2011b: 221-222).

Desde el punto de vista de Žižek, los cambios en el orden simbólico que permiten hablar de contingencia, sólo pueden ser delimitados retroactivamente. No es posible planificar estrategias para alcanzar tales transformaciones. La *política* que gira en torno a lo real refiere a un proceso en el que el sujeto se enfrenta a lo *Real*, acontecimiento que es simbolizado con posterioridad. Por otra parte, para Žižek, el enfrentamiento con lo *Real* es un acto ético que no es producto de una decisión consciente.

141

Desde la otra orilla, Butler toma como referencia privilegiada a Foucault. Desde allí entiende lo social en términos de una red múltiple de discursos y prácticas, donde la continua reiteración de la norma, fuente de su inestabilidad, abren la posibilidad de construir un nuevo orden simbólico. Tal cambio no es el desenlace de una posibilidad contenida a nivel estructural. La crítica que Butler arroja a Žižek refiere, entonces, a la idea de estructura ahistórica donde se inscriben lo real y lo simbólico. La estructura lacaniana funciona como una herramienta que puede ser adaptada a todos y cada uno de los contextos y que, consecuentemente, renuncia a historizar las condiciones de su surgimiento. Es evidente que para Žižek un núcleo de ahistoricidad es condición de toda historicidad (Butler, 2011b).

La idea de estructura ahistórica resulta problemática a los ojos de Butler ya que supone que tal estructura preexiste a lo social. Desde su punto de vista lo *Real* es el testimonio de un artefacto discursivo, una construcción dogmática, al que la teoría psicoanalítica intenta resguardar continuamente. Butler no necesita tal cosa como lo *Real* para explicar la contingencia. Su propia propuesta explicativa en relación con la performatividad permite ver la forma en que la esfera social, y sus nuevas posibilidades, emergen en

distintos niveles de acción a través de la dinámica propia de las relaciones de poder (Butler, 1990a/2007, 1993a/2008, 2011a)

Es preciso señalar que la crítica que Žižek despliega contra Butler refiere, en última instancia, al hecho de que su pensamiento se encuentra atrapado en el juego de poder al que se opone. A diferencia de Butler, Žižek no considera que esa complicidad es la condición de agencia en lugar de su destrucción (Butler, 2004a, 2010, 2011a). En palabras de la autora:

‘Recurrir’ a un discurso establecido puede, al mismo tiempo, ser el acto de ‘hacer un nuevo reclamo’, y esto no es necesariamente extender una vieja lógica o entrar en un mecanismo por el cual el demandante es asimilado por un régimen existente. El discurso establecido permanece establecido sólo por ser reestablecido perpetuamente; por lo tanto, se arriesga en la propia repetición que requiere (Butler, 2011a: 48).

En este sentido, los reclamos que se articulan a partir de lo normado traen consigo la potencialidad de exponer los límites de los discursos que integran la norma.

Como hemos visto, el pensamiento de Butler es incompatible con el de su interlocutor, alineado a la teoría lacaniana. Claramente, no hay tal cosa como un *Real* en el pensamiento de Butler. La autora se niega deliberadamente a postular una fuente prediscursiva de cambio y transformación. En el pensamiento de Butler, las exclusiones son concretas, históricas y relacionados con las normas existentes: hay vidas y deseos cuyas existencias no cuadran con los criterios de inteligibilidad cultural. A criterio de la autora, la posibilidad de reiteraciones subversivas, conscientes o no, permite mover las fronteras que organizan la inteligibilidad. En el pensamiento lacaniano, al menos en la versión de Žižek, la posibilidad de cambio no se puede articular de antemano. Sin embargo el sujeto es capaz de desafiar las estructuras existentes realizando un *Acto* capaz de tocar la roca de lo *Real*.

A modo de síntesis, es pertinente destacar que la distancia entre la idea de *Acto* y la idea performances subversivas expone la interferencia insalvable existente entre Žižek y Butler. Žižek, en contra de Butler, exhorta a:

mantener la distinción crucial entre una mera “reconfiguración performativa”, un desplazamiento subversivo que permanece dentro del campo hegemónico y, por así decirlo, lleva a cabo una guerrilla interna para volver lo términos del campo hegemónico contra ese mismo campo, y, por otro lado, el acto mucho más radical de la reconfiguración social de todo el campo. Un acto que redefine las condiciones mismas de la performatividad sostenida socialmente. (...) Butler no hace lugar al

gesto radical de la reconstrucción total del orden simbólico hegemónico” (Žižek, 2001:281-282).

Desde otro punto de vista, Butler considera que la dimensión de lo *Real*, oculta tras la posibilidad de tal acto, resguarda al orden simbólico de toda posibilidad de transformación al capturarlo, dese un inicio, bajo la idea de estructura. Butler afirma que

la producción de lo no simbolizable, de lo indecible, lo ilegible, es siempre una estrategia de abyección social. (...) En la medida en que la ley o el mecanismo regulador de exclusión que opera en este último caso se conciba como ahistórico y universalista, esta ley queda exenta de las rearticulaciones discursivas y sociales que genera” (Butler, 1993a/2008: 271).

Lo *Real*, entonces, “... *expulsa la ‘contingencia’ de su contingencia. (...) su teoría valoriza una ‘ley’ anterior a todas las formaciones ideológicas...*” (Butler, 1993a/2008: 278-279).

Sexualidades *Queer*

En este marco conceptual –en el que Butler echa por tierra la idea de una estructura fija e inmutable que restringe la posibilidad de transformación más allá de la Ley Simbólica que la ordena, tanto a nivel político social como a nivel subjetivo–, el análisis en torno a la identidad de género que efectúa Butler no puede ser desgajado, si somos estrictos, de su punto de vista *Queer* respecto a la sexualidad.

La sexualidad ha sido objeto de estudio de diversas disciplinas científicas. Su abordaje admite diferentes enfoques. De acuerdo a especialistas en el tema (Figari, 2007; Córdova Plaza, 2003), es posible situar tres grandes aproximaciones: una concepción biologicista, el modelo de influencia cultural y la llamada perspectiva constructorista.

La concepción biologicista aborda la sexualidad como una función innata, cuyos fundamentos biológicos la constituyen en un impulso básico, muy individualizado y decisivo para la conformación de la identidad. Desde aquí, la sexualidad es una actividad instintiva que se despierta a través de estímulos y a la cual le siguen ciclos de respuesta idénticos y estereotipados.

Por otra parte, el modelo de influencia cultural sitúa a la sexualidad como un medio para destacar la plasticidad de la cultura humana, así como la supremacía de lo social sobre lo biológico. Aún así, a pesar del amplio despliegue de variedades de adornos culturales que se han demostrado a través de la etnografía, la sexualidad se sigue pensando como

un impulso universal y biológicamente determinado que se vehiculiza a través de los procesos de endoculturación y socialización (Marina, 2002). Es decir, sin los ropajes culturales el fin de la sexualidad es la reproducción y la actividad heterosexual es su expresión fundamental. De este modo, no se problematiza el carácter natural de la sexualidad, por lo tanto se la considera como una derivación del género. Entonces, los diferentes papeles que cada cultura asigna a varones y a mujeres en la reproducción, determinan sus prácticas sexuales y sus roles de género.

A partir de la década del '70 el impacto en las Ciencias Sociales del feminismo, del pensamiento de Michel Foucault (Dorlin, 2009) y de los movimientos lésbico-gays en busca del reconocimiento de sus derechos civiles, influyeron en la producción de la denominada perspectiva construccionista. Desde este punto de mira, la sexualidad es comprendida como inmersa en un conjunto de relaciones que se despliegan al interior de configuraciones culturales. Tal consideración expone un “...*panorama caleidoscópico de taxonomías a partir de las cuales los diversos grupos sociales clasifican, definen y dan sentido a sus comportamientos*” (Córdova Plaza, 2003:340). Es decir, no sólo se descarta cualquier forma de esencialismo sino que se considera a la sexualidad como una construcción social. La sexualidad es entendida como potencialidad humana que requiere de contenidos culturales para poder desplegarse. Cada sociedad regula sus propias normas en materia sexual y establece los límites entre lo aceptado y lo segregado, por ello la sexualidad es construida, sancionada socialmente y cargada de significaciones compartidas por el conjunto social. Tal enfoque subsume la naturaleza a interpretaciones de un momento histórico particular, como legitimadora de un estado de cosas eminentemente cultural. En este sentido, lo *natural* debe entenderse como lo profundamente arraigado en convencionalismos sociales (Haraway, 1992/1999).

En esta línea, desde una perspectiva foucaultiana, David Halperin (2000) se focaliza en el modo en que los discursos ideológicos se apropian del ser humano, lo que le permite abordar la sexualidad como producto cultural. Con el objetivo de demostrar la afirmación de Foucault (1976/2008) –respecto al concepto de sexualidad en tanto producción moderna-, Halperin realiza un estudio de la antigüedad clásica para develar la dimensión ideológica y el carácter arbitrario de nuestras propias experiencias sociales y sexuales, el modo en que la sexualidad ha adquirido autonomía –como una esfera de existencia separada– y su funcionamiento como principio de individuación de la

naturaleza humana. Lejos de ser una categoría absolutamente descriptiva, la sexualidad articula un modo particular y concreto de organizar e interpretar lo erótico.

En el contexto del tratamiento que la modernidad otorga a lo erótico, la sexualidad constituye “...una característica positiva, distinta y constitutiva de la personalidad humana, como la base caracterológica de los actos, deseos y placeres sexuales de un individuo, la fuente determinada de la cual procede toda expresión sexual” (Halperin, 2000:23), lo que constituye, claramente, un modo de generar identidad sexual a la par de sus efectos individualizantes.

Halperin deslinda en forma convincente el modo en que la sexualidad ha sido construida científicamente como positiva, diferente y constitutiva de los seres humanos. La elección sexual se constituye en reveladora de la naturaleza humana, un determinante significativo de la identidad personal que opera a partir de un aparato conceptual disponible para su abordaje, inexistente en otros momentos históricos. Argumento que muestra la contingencia histórica de los andamiajes teóricos construidos alrededor de la sexualidad en la modernidad.

Foucault (1976/2008) expone cómo la emergencia de la *scientia sexualis* ha provocado un punto de ruptura en relación al *ars erotica*. Se delimita así a la sexualidad como dispositivo de poder de la modernidad, a la vez que se brindan las herramientas para pensarla en orden a un conjunto de relaciones sociales que poseen como matriz la articulación entre dos binomios: *heterosexual/homosexual* y *varón/mujer*.

Dicha articulación permite introducir la categoría de género para pensar su relación con la sexualidad y posteriormente, delimitar su localización en relación con la diversidad sexual. Es en este contexto conceptual que las diversas y múltiples prácticas e identidades sexuales y de género son agrupadas bajo la categoría *Queer*, marcando una clara subversión del sistema fundado en la combinatoria del dimorfismo sexual (*macho/hembra, masculino/femenino*), el causalismo (*sexo/género*) y el heterosexismo (*heterosexualización del deseo y falocentrismo*). Como alternativa ante la amplitud del término *homosexual* y las implicancias políticas de la categoría *Queer*, suelen utilizarse las siglas LGTTTB para delimitar el colectivo integrado por lesbianas, gays, trans (transexuales, travestis, transgéneros) y bisexuales. Se discute continuamente la incorporación de nuevas iniciales como I –intersexuales-, Q –queer-, P –pansexuales-, A –asexuales-, incluso S –straight- para designar a los denominados *aliados heterosexuales*, detalle que expone el modo en que la diversidad sexual, en última

instancia y en cierto sentido, no se reduce únicamente a la política de cualquier colectivo, sino que también se localiza en los modos singulares de subjetivación/sexualización. No hay categorías que puedan subsumir tal multiplicidad.

Como hemos mencionado, Judith Butler, en los Estados Unidos, ha provocado un vuelco en los esquemas con los que se venía abordando la temática. La autora entiende que tanto el sexo, al igual que el género, son lábiles y resignificables en el constante ejercicio paródico de la sexualidad (Femenías, 2003). Es en este sentido que para Butler (1990a/2007) no hay identidad genérica detrás de las expresiones del género. Es decir que, como no hay identidad genérica detrás de las expresiones del género, la identidad está realizativamente construida por las mismas prácticas o expresiones que se dice que son sus resultados (Femenías, 2000). Respecto del sexo/género, entonces, la identidad no es una premisa. Desde esta perspectiva, la identidad de género funciona como virtualmente normativa y regulativa ya que opera como un sistema de control y regulación de las subjetividades de manera que los individuos responden a los patrones establecidos (Femenías, 2003).

El fantasma heteronormativo

A criterio de Butler (1993a/2008), el fantasma normativo de una heterosexualidad obligatoria – que opera a través de la naturalización y la reificación de normas heterosexistas– sobrevuela las conceptualizaciones que intentan dar cuenta de la identificación. Valiéndose de la categoría de *restricciones constitutivas*, reflexiona acerca de las formas en que la sexualidad está construida en virtud de mandatos simbólicos apremiantes y constitutivos profundamente instalados. Es así que pensar en términos de demandas simbólicas de asumir una determinada posición sexuada nos conduce, junto a Butler, al intento de comprender la complejidad de la trama que se entreteje en el ámbito en el que se imponen las restricciones sobre el sexo y la sexualidad. En otras palabras, los límites de lo que puede construirse y de lo que no puede construirse. La autora devela los sesgos de algunas conceptualizaciones construidas sobre las bases de una heterosexualidad normativa no examinada⁵¹. A partir de allí, visibiliza el modo en que a la articulación entre *complejo de castración* y

⁵¹ Butler denuncia los sesgos de conceptualizaciones que provienen tanto del psicoanálisis norteamericano, sin perspectiva feminista –véase CAPÍTULO I y CAPÍTULO VI– o con perspectiva feminista –véase CAPÍTULO II y CAPÍTULO VII –, como del campo del feminismo –véase CAPÍTULO III y CAPÍTULO VIII.

complejo de Edipo subyacen tanto una demanda simbólica como una amenaza de castigo, como las dos caras de una misma moneda, que determinan la constitución de una fuerza obligatoria que fija los límites de un desarrollo normal –vale decir una posición heterosexual–, y más allá del cual se ubican las posiciones rechazadas como abyectas⁵² –vale decir las posiciones de gay y lesbiana, entre otras (como intento de imaginar otras alternativas al asunto véase Goldsmith, 2001).

La Matriz de Inteligibilidad Heterosexual

Tal como relata Denise Thompson (1992), gran parte de las primeras feministas radicales que criticaron duramente la heterosexualidad fueron mujeres heterosexuales. Sus críticas radicalizadas no apuntaron simplemente a reformular los términos a través de los cuales la heterosexualidad se concretaba, sino que lucharon arduamente por demolerla por completo. Otras, casi inadvertidamente, reforzaron la idea de que la heterosexualidad era la única sexualidad *real*, y excluyeron la consideración del lesbianismo como una alternativa posible. Por lo tanto, tales reflexiones suponían que la sexualidad era completamente heterosexual.

La crítica de las feministas heterosexuales a la heterosexualidad fue de corta duración – ya quedaba poca evidencia a mediados de 1970–, excepto aquellos aspectos que involucraban a los derechos reproductivos, la autonomía de las mujeres, la violencia conyugal y el abuso sexual, entre otros, ninguno de los cuales fue etiquetado estrictamente como *heterosexual* por mucho tiempo –para un recorrido específico sobre algunas líneas de este debate, véase CAPÍTULO VIII.

A partir de la década del 70, las reflexiones teóricas de algunas feministas lesbianas irrumpen en la escena académica. Gayle Rubin (1975/1986), tomando los aportes de Levi-Satruss respecto a las estructuras elementales del parentesco, se centra en la función material y simbólica de las mujeres como objeto de intercambio entre los hombres. Al analizar el *tráfico* de mujeres, sentó las bases para la comprensión feminista de la economía política del sexo, al mismo tiempo que interpreta la

⁵² Es esta lectura de Judith Butler sobre el *Complejo de Edipo* y el *Complejo de Castración*, la que instala una captura *Queer* de la identificación, pues este mecanismo psíquico es gestionado por los discursos normativos que integran la *Matriz de Inteligibilidad Heterosexual*, recurso conceptual que explica el modo en que las normas sociales arraigan en el proceso mismo de constitución subjetiva mediante esa compleja construcción discursiva denominada *identidad*, en las que, vía identificación, los sujetos gestionan su *ser* en la esfera ficcional de una interioridad psicológica –para mayor desarrollo véase CAPÍTULO V.

heterosexualidad como una institución que sustenta el sistema de género. Los modos de organizar la sexualidad se jerarquizan y la heterosexualidad en matrimonio, monógama y reproductora se constituye en centro normativo⁵³. El resto de las sexualidades adquieren, entonces, carácter periférico. En este sentido, Rubin es una precursora de los estudios *queer*, ya que señala como el tabú del incesto presupone otro tabú que permanece implícito, el tabú de la homosexualidad (Meler, 2008). Al intentar develar los mecanismos que actúan en la definición de una sexualidad normal y legítima, la autora deja deslizar los efectos políticos de las prácticas sexuales. Entonces, entendida como institución social, la heterosexualidad es susceptible de ser cuestionada.

Bajo la influencia de estas producciones, Adrienne Rich (1980/2013) acuña la expresión *heterosexualidad obligatoria*. Establece las conexiones existentes entre la condición de las mujeres, la estructura de la familia, la maternidad como institución y la aplicación de un modelo de conducta sexual: la heterosexualidad reproductora (Rich, 1976a, 1976b/1983). Estas elucidaciones trastocan las categorías de *feminidad* y *masculinidad* pensadas en términos naturales (Wiederman, 2005).

Posteriormente, Monique Wittig, a diferencia de Adrienne Rich, efectúa un repudio radical a todas las identidades creadas en el sistema patriarcal. Sospecha sobre la categoría misma de *Mujer*, a su criterio no es más que un constructo artificial, ideológico, de un sistema de género dominado por varones (Braidotti, 1994/2000). Rechaza el esencialismo que está a la base de la noción de mujer entendida desde un modelo de heterosexualidad reproductora. Tanto la maternidad como la familia son comúnmente tomadas como naturales e inmodificables, y no son comprendidas como socialmente inducidas y como producto de una cultura determinada. Wittig propone a las feministas desechar el concepto mistificador de *Mujer* para remplazarlo por otra categoría mucho más polémica y subversiva: la *Lesbiana*, así pone en tela de juicio el sistema de género con su dicotomía sexual convenientemente organizada en el marco social de la heterosexualidad obligatoria. Para la autora, la heterosexualidad es, entonces, un sistema de opresión y apropiación de las mujeres por los varones, que produce un cuerpo de doctrinas sobre la diferencia entre los sexos para justificar esta

⁵³ Louis-Georges Tin (2008/2012) señala que la heterosexualidad constituye una cultura donde la atracción por el sexo opuesto aparece representada, cultivada y celebrada. En muchas sociedades donde las prácticas heterosexuales son habituales, éstas no se ven exaltadas bajo la forma de amor o pasión. La importancia concedida a la heterosexualidad amorosa responde a una configuración socio-histórica propia de nuestras sociedades occidentales (Illouz, 2006/2007, 2011/2012, 2013/2014).

opresión, nociones que la autora agrupa bajo la categoría de pensamiento recto o pensamiento heterocentrado (Soley-Beltran, 2003).

Tales autoras posibilitan las articulaciones necesarias que impulsan una primera crítica radicalizada en relación con las complicidades discursivas que, incluso, el propio feminismo ha mantenido con ciertos dispositivos de poder al no cuestionar la heterosexualidad, con sus categorías subsidiarias de *varón* y *mujer* manipuladas como conceptos ontológicamente cerrados.

Como ya hemos dejado deslizar anteriormente, Judith Butler (1990a/2007) detecta el componente heterosexista que atraviesa el binomio masculino/femenino. Es la categoría de diferencia sexual la que determina, en última instancia, los criterios de inteligibilidad dentro del campo social. En otros términos, instituye una matriz que organiza las identidades y distribuye los cuerpos, les otorga un significado específico. Los aportes de Butler permiten un primer movimiento hacia el desmontaje del sistema sexo/género.

En esta línea, la *matriz de inteligibilidad* que Butler deslinda, claramente heterosexual, determina que un ser humano corresponde siempre a un género, y que dicha pertenencia acontece en virtud de su sexo. De este modo, se produce un encadenamiento que establece una continuidad coagulada entre sexo, género, deseo y práctica sexual, lo que otorga inteligibilidad a los cuerpos que guardan estabilidad, coherencia y unicidad en su identidad personal, incluso torna un imperativo la complementariedad entre sexos diferentes.

De este modo, la matriz heterosexual define tanto la coherencia como la incoherencia, la continuidad como la discontinuidad. Aquellos cuerpos cuyo género no es concordante con su sexo anatómico, aquellos cuerpos cuyas prácticas y deseos sexuales no se corresponden con el *deseo heterosexual*, incluso aquellos cuerpos que no poseen una definición clara de su anatomía, caen por fuera de la matriz de inteligibilidad. Estos cuerpos son rechazados, excluidos, patologizados.

En este contexto, la heterosexualidad no constituye simplemente una opción sexual (Thompson, 1992; Kitzinger, Wilkinson & Perkins, 1992), sino un régimen de poder discursivo hegemónico, cuyas categorías fundadoras –*varón* y *mujer*– también son normativas y excluyentes. La matriz de inteligibilidad heterosexual, entonces, opera a través de la producción y el establecimiento de identidades en cuyas bases se ubica el presupuesto de la estabilidad del sexo binario.

La discontinuidad entre sexo y género

Butler (1990a/2007) se aboca, por otra parte, al análisis de, lo que desde punto de vista es, la relación mimética entre *sexo* y *género*. El análisis butleriano supera la perspectiva que ubica la categoría de género únicamente como la inscripción cultural del significado en un cuerpo predeterminado (Butler, 1986). En este contexto, el género no es a la cultura lo que el sexo a la naturaleza, sino que constituye un artefacto discursivo de producción a través del cual el sexo es culturalmente construido. En otras palabras, podemos entender por género, junto a Butler, aquel medio discursivo que otorga a un sexo *-natural-* un carácter pre-discursivo, de superficie políticamente neutra sobre la cual actúa la cultura. Es así que tanto el *sexo* como el *género* remiten a una construcción que instituye una normatividad a la que los cuerpos deben ajustarse. Es en este sentido que, al no ubicar al sexo más allá de las inscripciones culturales, Butler (1990a/2007) desestima la distinción sexo/género, piedra angular para gran parte del feminismo (Haraway, 1991/1995).

No cabe duda que tal trastocamiento cuestiona de modo radical la manera en que ha sido pensada la construcción de las identidades, al mismo tiempo que posibilita pensar las coordenadas políticas y los arreglos de poder que subyacen a tales conceptualizaciones y a tales procesos. El sexo anclado en una naturaleza que encuentra su lugar más allá de los límites del lenguaje no es más, de acuerdo a Butler, que el resultado de una construcción cultural, una forma efectiva de mantener la estabilidad interna del marco binario del sexo. Tal estrategia no sólo provoca el efecto que liga el sexo a un campo pre-discursivo, sino que oculta tal procedimiento de producción.

La categoría de género y sus anudamientos con los modos en que se piensa la identidad, deben ser reformulados. Comúnmente, la noción de género queda supeditada a la categoría de identidad, por lo tanto conforma un atributo esencial de los individuos que integra una identidad preexistente. A partir de allí, es posible afirmar que un ser humano *es* de un género en virtud de su sexo. La confusión, a criterio de Butler ingenua, entre sexo y género se encuentra en la base de un principio unificador del yo. Los *yoes generizados* se distribuyen en la esfera social a partir del reparto, de acuerdo al criterio normativo del sexo, de los atributos dicotómicamente opuestos. Ambos polos identitarios guardan coherencia interna y son antitéticos en relación con el conglomerado sexo/género/deseo, motivo que sostiene la ficción de la *conformidad de género* y de la organización complementaria entre los géneros.

Por otra parte, la experiencia de una disposición psíquica en orden a una identidad cultural de género se considera un logro, en el sentido que presupone la diferenciación del género opuesto. Al interior del par binario, que teje la trama de la *matriz de inteligibilidad heterosexual*, se fortalece la restricción de uno de los géneros y al mismo tiempo, designa la inscripción a una unidad de experiencia que integra sexo, género – como designación psíquica y cultural del yo– y deseo –cuando es heterosexual. En este sentido, la heterosexualidad se alimenta de la coherencia y unidad interna del género (Butler, 1997/2001). Sexo, género y deseo se articulan en una unidad que se diferencia de su par dicotómico en una forma de heterosexualidad en la que hay oposición y complementariedad.

En suma, la identidad no puede ser pensada al margen de su determinación de género (Butler, 2004). Es claro que las categorías de *niño* o *niña* con las cuales se nos denomina desde el nacimiento no son descriptivas, por el contrario ponen en marcha una serie de repeticiones que constituyen un imperativo fuerte. Los atributos diferenciales de género contribuyen a humanizar a los individuos dentro de una cultura determinada, pero aún así, como hemos señalado, el género no posee una esencia que posteriormente se exprese o exteriorice (Butler, 1990b). Por otra parte, como afirma Butler (1993b/2000), cualquier consolidación del efecto de identidad opera sobre el establecimiento de diferenciaciones y exclusiones para poder conservar sus límites y fronteras. La producción de un exterior abyecto constituye la matriz misma, la posibilita, pero al mismo tiempo la desafía (Hawkesworth, 2010). La heterosexualidad obligatoria se constituye como el original, lo auténtico. Los efectos naturalizados de los géneros heterosexuales son el resultado de estrategias de imitación que intentan constantemente aproximarse al ideal de la identidad heterosexual. Si la identidad heterosexual conforma el origen y el fundamento de todas las imitaciones, entonces la heterosexualidad siempre se encuentra en proceso de imitar, aproximándose a su propia idealización. Butler no duda en afirmar que la heterosexualidad debe ser comprendida en términos de repetición compulsiva y coercitiva, lo que arroja como efecto la idea de su propia originalidad.

En suma, si bien opera el supuesto que las sexualidades y las expresiones de género alternativas constituyen copias derivadas de un original que es fundamento de todas las copias, junto a Butler podemos sospechar de tal idea de origen, ¿cómo puede algo constituirse como original si no existen consecuencias secundarias que confirmen

retrospectivamente su originalidad? A partir de allí Butler concluye que sin la idea de homosexualidad como copia, la heterosexualidad no podría ser construida como origen (Butler, 1993b/2000).

El núcleo imitativo de las identidades fallidas

Ahora bien, si, por un lado, partimos de la idea de que el género es, al menos en gran medida, reproducido por imitación y si, por otra parte, admitimos que las identidades gays y lesbianas, entre otras, están implicadas en las normas heterosexuales, ya que integran su exterior constitutivo, aun así nada nos obliga a concluir que tales identidades abyectizadas se deriven de la heterosexualidad como única red cultural (Butler, 1993a/2008). En el acto de elaborarse compulsivamente a sí misma, la heterosexualidad evidencia su constante riesgo. Su compulsión a repetir conlleva necesariamente la exclusión de lo que amenaza su coherencia. Si la identidad heterosexual se encuentra en permanente riesgo, no es extraño, entonces, que se apele a la ficción de naturalización (Femenías, 2013a) y permanencia inmutable que evite aquellas formas identitarias prohibidas.

Una de las críticas efectuadas al pensamiento de Butler refiere al carácter voluntarista que sus ideas en relación con la performatividad dejan deslizar (Femenías, 2003). Sin embargo la crítica que la autora realiza a la categoría moderna de sujeto le permite pensar la dimensión psíquica en términos de exceso (Butler, 1993a/2008). Afirmar la existencia de un sujeto volitivo que elige voluntariamente a qué género pertenece significa negar este exceso psíquico. Por otra parte, la sexualidad, siguiendo a Butler, excede toda actuación o cualquier narrativa, por lo que jamás es completamente absorbida en una práctica o por una actuación. El exceso psíquico, la dimensión inconsciente, entraña el riesgo de alterar el efecto de identidad en cada intervalo existente entre los actos que dan sustento a la performatividad. Lo psíquico no guarda en sí la existencia de un núcleo oculto a la espera de una expresión liberadora. Por el contrario, se sitúa dentro de una cadena significativa como lo inestable de toda reiteración.

Sea como fuere, la noción de identidad como rígida y restrictiva es hegemónica en el modo en que se comprende, al menos mayoritariamente, el ordenamiento de los seres humanos en relación al género –por mencionar sólo un núcleo identitario. Es aquí donde la categoría de identificación en clave *Queer* se torna imprescindible para lograr una

explicación en su mayor complejidad posible. La identidad nunca se obtiene por sí misma, y su compulsión de repetirse da cuenta que nunca se alcanza por completo. La performatividad del género explica el modo en que las identidades de género son construidas –aunque no determinadas (Butler, 1993a/2008) – por las normas heterosexuales, proceso que entraña una actuación coercitiva que genera exclusión, castigo y violencia radical hacia *lo otro*. Es este sentido los aportes de Judith Butler adquieren pleno sentido si no perdemos de vista su preocupación política respecto a las consecuencias que estas normas de sexo/género implican para las vidas humanas. Normas que hacen... y deshacen (Butler, 2004), articulan... y desarticulan, constituyen... y, muchas veces, exterminan.

***Performance* de género: de la espacialidad de la identidad a la temporalidad de las identificaciones**

No hay dudas que el concepto de *identidad de género* advino como categoría nodal para la organización feminista norteamericana de finales de los años '70. Es, entonces, a esta idea de identidad de género que Butler se opone, sobre todo al sustancialismo que supone (Lloyd, 1999). Es a este carácter de la identidad que Butler vincula a la metafísica de la sustancia o de la presencia (Flax, 1990/1995), que refiere fundamentalmente a la idea de una esencia interna que antecede a cualquier código social y lingüístico. En el contexto de la identidad de género, el sustancialismo se traduce e instala bajo la idea de algo, un cúmulo de propiedades, que se consideran fundamentales, a prior respecto a la dimensión social, para el despliegue de la identidad femenina –naturaleza maternal (Irigaray, 1981; Muraro, 1994, Kristeva, en Zerilli, 1996), un modo específico de razonar (Gilligan, 1982), pasividad natural (Deutsch, 1973), una naturaleza erótica específica (Irigaray, 1974/2007, 1977/1998, 1977/2009; Cixous, en Segarra, 2010), entre otras cualidades. Esta perspectiva a partir de la cual se aborda la identidad genera aproximaciones descriptivas, y permiten el análisis y la articulación política sólo a partir de la enumeración de características relevantes de identidad. Dichas ontologías de género establecen, por lo tanto, lo que cuenta como sexo inteligible.

Queda claro que desde la publicación de *Gender Trouble*, cualquier análisis feminista de la identidad no puede evadir la teoría de Judith Butler (1990a/2007). Desde el inicio de su libro la autora deja en claro uno de sus objetivos nodales apunta a la crítica de la

identidad *Mujer*, así como el modo de hacer política que a partir de allí se constituye. En suma, la crítica respecto a la identidad se enmarca en otra crítica, tal vez filosóficamente más densa, que la misma Butler lanza hacia la categoría moderna de sujeto (Femenías, 2000, 2003; Nijensohn, 2013), entendido en términos sustanciales, articulado en torno a una identidad central. En este marco, Butler sugiere que es la metafísica de la sustancia la que aporta las claves que estabilizan los conceptos de *sexo*, *género* y *sexualidad*, coagulándolos en identidades fijas y permanentes producidas a través de un ordenamiento obligatorio de atributos en secuencias que cristalizan la denominada *coherencia de género* (Butler, 1990a/2007; De Santo, 2013). El supuesto ontológico del sujeto moderno que supone la existencia de una identidad de género detrás de las expresiones de género es, digámoslo una vez más, falso. Tampoco, exhorta Butler, existe estatus ontológico del cuerpo por fuera de los diversos actos que constituyen su realidad de género (Butler, 1990a/2007; Abellón, 2013).

A partir de esta perspectiva, es posible abordar el concepto de *identificación* desde otras aristas que nos permitan reflexionar acerca de las condiciones en las que se asumen las posiciones sexuadas y de género. Asumir dichas posiciones supone, para Butler, identificarse con una ubicación dentro de la esfera simbólica, en relación con los esquemas reguladores. Para la autora, identificarse implica imaginar la posibilidad de aproximarse a dichos esquemas, a través de los cuales la imposición heterosexista opera mediante la regulación de la identificación fantasmática, vinculada a la dimensión de la fantasía –en el sentido que dado por Laplanche & Pontalis (Butler, 1993a/2008). En esta línea, Butler diferencia la lógica de la identidad y la de la identificación (Femenías, 2003). Las identificaciones que responden a la lógica bivalente y excluyente de los esquemas modernos de pensamiento conllevan, como ya hemos referido, a construcciones identitarias normativas que exigen continuidad y coherencia. En este sentido, Butler entiende a las identificaciones como múltiples y desafiantes.

En su último trabajo, Nancy Chodorow (1999b/2003) también revaloriza la dimensión de la fantasía. Pero sus reflexiones en torno al registro fantasmático no la confrontan ante la necesidad de cuestionar la lógica binaria que se localiza en la base del ordenamiento actual de los géneros. En ese punto, Butler (1990a/2007) lleva la potencialidad instituyente de la fantasía, y su capacidad de señalar la ficción en el corazón mismo de la categoría moderna de sujeto, hasta sus últimas consecuencias. Jessica Benjamin (1988/1996, 1995/1997), por otra parte, explicita la importancia de no

excluir la fantasía en los desarrollos teóricos que implican la identidad de género. Pero tal inclusión sólo se concreta de manera parcial, pues en su perspectiva el registro identificador –que en Benjamin no incluye estrictamente la dimensión fantasmática en su sentido cabal– se lleva todo el protagonismo. Más allá de esta consideración, Jessica Benjamin (1995/1997) deja en claro que al interior del simplificado eje *igualdad-diferencia* que ordena gran parte de las producciones conceptuales, las articulaciones susceptibles de ser establecidas entre las categorías de identidad e identificación, por ejemplo, están determinadas por la lógica que ordena los elementos al interior de dicho eje. Consecuentemente, la identidad es destino y la identificación sólo debe dirigirse a lo igual (Medina, 2003). Al mismo tiempo, en este contexto conceptual, reconocer la diferencia significa establecer el límite entre lo que uno es y lo que uno no es, incluso lo que uno no podría llegar a ser jamás (Benjamin, 1995/1997). En este sentido, acentúa la importancia de la identificación del niño con el progenitor de sexo opuesto, énfasis que conduce a la aparente paradoja que supone la *identificación con la diferencia*. Esta identificación rompe con la frontera que nos conduce a identificarnos con lo que se supone que es igual a *nosotros mismos* y repudiar lo que difiere de los núcleos identitarios constituidos, producto de la identificación con lo idéntico.

Señala Butler que la ficción ontológica que entreteje a la identidad *Mujer*, encubre, por otra parte, los actos a través de los cuales se constituye. La identidad *Mujer*, impuesta en términos de entidad estable y *natural*, nos ciega, entonces, a los procesos subyacentes implicados en su constitución. En esta línea, Butler se propone trazar una genealogía de género que permita develar los actos contingentes que constituyen la apariencia del género como necesariamente natural (Butler, 1990a/2007). Las aparentes sustancias fijas y perdurables *varón* y *mujer* se producen a través de un ordenamiento obligatorio y heteronormado de ciertos atributos en secuencias que imprimen coherencia al género, es a partir de aquí que Butler quiere exponer la fuente normativa detrás de este proceso.

En suma, Butler elabora ideas alternativas respecto a la identidad de género, que giran en torno a la idea de performatividad. Esta tesis, presente en *Gender Trouble* (1990a/2007), sufre algunas variaciones en *Bodies that Matter* (1993a/2008). Aquí, Butler admite que en *Gender Trouble* su propósito no fue definir al sexo como una *actuación* en el sentido de que un sujeto preexistente desempeña un papel. Más bien, afirma que su intención fue definir el sexo como performatividad en el sentido de una reiteración forzada de normas que constituyen al sujeto (Femenías, 2000, 2003; De

Santo, 2013). No es un juego que transcurre bajo la égida de una voluntad autónoma, sino más bien que tal proceso permanece limitado por normas hegemónicas de género (Butler, 1993a/2008).

Sugiere Jane Flax (1990/1995) que, frecuentemente, la mayoría de los académicos dedicados a teorizar la identidad de género asumen la existencia de límites claros que demarcan, a modo de un territorio, un género de otro. Así, las relaciones de género instalan dos identidades diferenciadas a modo de categorías excluyentes, varones y mujeres. Aunque el contenido de lo que significa ser varón o mujer puede ser histórica y culturalmente variable, lo que es invariable es la oposición entre ambas categorías. El género, en este sentido, señala un conjunto de atributos diferenciales que se adscriben de manera diferencial de acuerdo al sexo. Además, el carácter de exhaustividad propio del modo en que se organiza el género determina la imposibilidad de compartir características entre ambas territorialidades de género. De este modo se configura, por decirlo de algún modo, una concepción que instala una dimensión espacial de las identidades de género.

Judith Butler, con su idea sobre la performatividad imprime un giro hacia una concepción temporal respecto al modo en el que se venía comprendiendo el asunto (Lloyd, 1999). Desde su punto de vista, y como ya hemos dicho, el género no es la expresión de una sustancia previa, más bien algo que se hace (Butler, 1990b). Es en este sentido que el énfasis se desplaza de lo espacial a lo temporal, esto es, en términos de Butler, *“una corporalización del tiempo marcada con el género”* (Butler, 1990a/2007: 274). La idea de espacio, señala Lloyd (1999), no desaparece sino que se reconstituye. Si las identidades de género suponían un espacio metafórico que opera a modo de continente sustantivo y auténtico de la subjetividad, ahora tales territorios se ven invadidos. Si las identidades de género son concebidas como espacios sociales sin los cuales no es posible la subjetivación, Butler nos dice que sujetos que habitan una franja poblacional espectral y desterritorializada inspiran, interpelan y convocan a una subversión performativa de género que, lejos de reclamar una parcela identitaria en un nuevo trazado cartográfico, tienen por objetivo último abolir las espacialidades inherentes a la lógica de la identidad e instalar una concepción alimentada por la lógica de las identificaciones, múltiples, cruzadas, que en su dinamismo temporal no restringen las posibilidades del sujeto a límites monolíticos y permanentes (Femenías, 2003).

En cuanto al género, Butler nos dice que los performativos deben entenderse en términos de “*práctica reiterativa y referencial mediante la cual el discurso produce los efectos que nombra*” (1993a/2008: 18). Así se hace eco de líneas conceptuales provenientes de Austin y Derrida. Claramente Butler rechaza la idea de un agente autónomo de los actos elocucionarios performativos, punto que la aleja de Austin. Desde su perspectiva, deudora en este punto del pensamiento de Derrida, la intencionalidad siempre está limitada por la iterabilidad del signo. Entonces, la repetición es central para la idea performatividad. Los enunciados o actos performativos no son eventos singulares sino, más bien, los efectos de la duplicación citacional. En términos psicoanalíticos se trata de identificaciones que se arrojan hacia la norma en cada circuito citacional –movimiento que delimita las fronteras identitarias cada vez que el circuito se pone en marcha y que es guiado por los arreglos de poder que circulan en el campo social.

La performatividad tal como la delimita Butler, entonces, opera a través del “*poder reiterativo del discurso para producir los fenómenos que regula e impone*” (Butler, 1993a/2008/: 19). No se trata de un acto que constituye de una vez y para siempre una identidad que provee al sujeto del sentido de su ser y sustancia. Se trata de citación y repetición. El carácter seductor de la propuesta radica en la posibilidad de concebir una citación paródica para producir ciertos efectos disruptivos, subversivos. Como consecuencia de ello, Butler ataca la idea de identidades de género estables:

En vez de una identificación original que sirve como una causa determinante, la identidad de género puede replantearse como una historia personal/cultural de significados ya asumidos, sujetos a un conjunto de prácticas imitativas que aluden lateralmente a otras imitaciones y que, de forma conjunta, crean la ilusión de un yo primario e interno con género o parodian el mecanismo de esa construcción (Butler, 1990a/2007: 270)

Sí, para Butler, las identidades de género no tienen un estatus ontológico más allá de los actos que lo componen, entonces las identidades de género constituyen una ficción, un centro ausente, esto es una sedimentación de “*gestos, movimientos y estilos corporales [que] crean la ilusión de un yo con género constante*” (Butler, 1990a/2007: 274). *Straight* o *Queer*, en estos términos, no son categorías fijas: no identifican o representan grupos particulares de sujetos que poseen atributos sustanciales. Se trata de un hacer, de una cita, que bien puede modificarse. Las direcciones identificatorias bien pueden variar, a criterio de Butler (1990a/2007), abriendo nuevas posibilidades. Se trata de

abandonar la idea de una identidad sustancial y adscribir a la idea de identificaciones. El desafío de la agencia es, por decirlo de algún modo, luchar contra el campo magnético en el que gravita el poder que imanta las identificaciones hacia la norma. La apuesta es re-dirigir las identificaciones para destruir la idea restrictiva de sustancia y permanencia. La captura *Queer* de Butler invita a la fluidez, al flujo no encausado, a una nueva posibilidad de determinación que rompa con la repetición normativa y permita la posibilidad de que el sujeto se refigure como siendo otra cosa.

Más allá de la apuesta política que la *Teoría Queer* carga sobre la identificación, desde mi punto de vista este marco teórico logra desvincular la identificación de los trayectos marcados por el imperativo de la complementariedad que el sistema de género imprime a los sexos biológicos. Diana Fuss (1995) plasma esta idea de un modo excelente al decir que la identificación nombra el ingreso de la historia y la cultura al interior del sujeto. El sujeto, nos dice, es identificación.

Es la teoría *Queer* quién, mediante esta comprensión de la identificación con direcciones desafiantes, abre las puertas del sujeto para un ingreso legítimo de aspectos socio-históricos, normativos. Esto puede leerse como un ingreso de Foucault en el interior del sujeto psicoanalítico freudiano. Tal ingreso es un desafío, con grandes ventajas a la hora de remover sesgos y aspectos esencialistas. Sin embargo también guarda riesgos tendientes a conceptualizar un sujeto absolutamente colonizado por norma. El próximo capítulo, entonces, constituye un desafío de sopesar tales consecuencias a partir de la puesta en forma de una propuesta teórica de Judith Butler, que pertenece a otro tramo de su obra, donde se intentara re-situar el lugar de la identificación para retener la idea de sujetos agentes.

CAPÍTULO V
IDENTIDAD DE GÉNERO
EL SUJETO ENTRE FREUD Y FOUCAULT: HACIA UNA CONVERGENCIA
DE LAS MIRADAS

*Desde adentro de todos no hay más que una morada
bajo un friso de máscaras (...) Desde adentro de
todos cada historia sucede en todas partes*

Olga Orozco, *Los juego peligrosos*

*Como cuando se abre una flor y revela el corazón
que no tiene*

Alejandra Pizarnik, *Caminos del espejo*

Hacia una intersección compleja

Señala Susan Hekman (2000) que, en *The Psychic Life of Power*, Butler (1997/2001) se aleja de los problemas inherentes a las políticas de identidad para centrarse en modelos teóricos que abordan la identidad en un nivel de abstracción aún mayor. Si bien sus argumentos continúan abogando a favor de rechazar cualquier núcleo interno de la subjetividad, también reconoce, bajo la forma de una insinuación, que alguna versión de un núcleo es necesaria para la vida psíquica. Señala que si los niños puedan “*persistir psíquica y socialmente, debe haber dependencia y formación de vínculos (...) El niño no sabe a qué se vincula; sin embargo tanto el bebé como el niño deben vincularse a algo para poder persistir en sí mismos y como sí mismos*” (1997: 18-19). Además, en una discusión sobre la posibilidad de un sujeto ético, menciona que:

. . . podríamos redefinir el ‘ser’ como precisamente la potencialidad que cualquier interpelación concreta deja sin agotar. Es muy posible que este fracaso de la interpelación socave la capacidad del sujeto para ‘ser’ en el sentido de la identidad consigo mismo, pero también puede mostrar el camino hacia una forma de ser más abierta, e incluso más ética, en el futuro o para el futuro (Butler, 1997/2001: 145).

En esta obra Butler tematiza temas fundamentales como la definición de la resistencia como el fracaso de subjetivación, también la negación de un sujeto idéntico a sí mismo. Sin embargo irrumpe un elemento interesante: un *ser* que escapa a la subjetivación. Al

interrogarnos qué estatuto ontológico tiene este *ser*, todo parece indicar que Butler se ve obligada a introducir algún elemento esencial, a pesar de su insistente negativa a admitir la existencia de toda entidad previa a la incidencia de las normas sociales. Esta postura resulta de interés para este capítulo, pues admitir la posibilidad de este elemento que escapa a la subjetivación inaugura la posibilidad de articular una teoría del sujeto en el entrecruzamiento entre aspectos del psicoanálisis y el pensamiento foucaultiano. Tal articulación sopesa los aportes sobre *identidad de género* realizados desde la teoría *Queer* –alimentada por los primeros segmentos del pensamiento de Judith Butler (1990a/2007, 1990b, 1993a/2008). Si bien la identidad marca una instancia regulativa que inaugura la ficción de una interioridad psíquica, es posible rescatar una esfera de funcionamiento no cooptado por la sujeción, esfera donde transcurre la agencia⁵⁴ sin sujeto, la posibilidad de resistencia. En este ámbito psíquico, las identificaciones no se gestionan libremente de manera voluntaria, como si fuese posible una muda de identidades a modo de estratagema premeditada de subversión de los marcos reguladores de género. Es en este sentido que el presente capítulo intenta mostrar líneas del pensamiento de Butler que rescatan los procesos a partir de los cuales se teoriza a sujeto en un grado de complejidad mayor que articula, o al menos lo intenta, Freud y Foucault –una versión innovadora del insistente intento de diálogo entre psicoanálisis y teoría social (Prager, 2004).

Como ya se ha señalado anteriormente –véase CAPÍTULO II–, Allison Weir (1996) denunció un tinte esencialista en la conceptualización inicial de Jessica Benjamin (1988/1996), pues, en sentido estricto, deja de lado aspectos sociales. Recordemos que en Benjamin, al menos desde la mirada de Weir, la internalización se despliega en una escena de dos sujetos concretos, sólo allí se dirime la posibilidad de reconocimiento o dominación. Tanto Jessica Benjamin (1988/1996) como Nancy Chodorow (1978/1984) exploran el juego identificatorio en un nivel imaginario (Driver, 2005), esto es: el modo en que el otro opera, en el interior de una relación o vínculo concreto, como modelo para la construcción de la propia subjetividad generizada. Especialmente Benjamin (1995/1997) retoma la idea de múltiples posibles posiciones identificatorias, siempre a un nivel imaginario, ya que no queda del todo claro el modo en que esta búsqueda de posicionamientos identificatorios más fluidos y múltiples inciden en la reconfiguración

⁵⁴ Para un análisis pormenorizado sobre el problema de la agencia en Butler véase: Butler (2000/2001); Casale (2006); Casale & Femenías (2009); Casale & Chiacchio (2013).

de aspectos simbólicos. Más allá de los límites de una subjetividad que abrace la diferencia conservando el reconocimiento del otro, Benjamin no prevé ninguna alternativa al orden simbólico, cifrado en clave fálico-edípica, que critica.

Este debate permite pensar la importancia de entender la constitución de las *identidades de género* en el marco de un modelo de subjetivación que, sospechando de cualquier tipo de esencialismo propio de atributos subjetivos a priori, conciba la emergencia del sujeto desde la trama histórico social, pero que, al mismo tiempo, no condene al sujeto emergente a la alienación perpetua respecto de la norma social que le da origen. Desde aquí Weir (1996) reivindica cierta noción de autonomía que comprende a la identidad de género como incrustada, encarnada, localizada, constituida, fragmentada y sujeta a los sistemas de poder, a la opresión y a la explotación. Sin embargo, esto no debe sofocar la posibilidad, sugiere Weir, de entendernos a nosotros mismos como actores capaces de reflexionar, cambiar e incidir en el mundo y en nosotros mismos.

La propuesta de Judith Butler (1997/2001) en *The Psychic Life of Power* trae consigo elementos que van en esta dirección. Pues la autora intenta articular ideas foucaultianas en torno al sujeto/sujetado –dimensión que le permite quitar sustancia a la idea de sujeto moderno que ha hegemonizado el campo teórico a la hora de pensar lo humano– con ideas freudianas en torno a la psique –dimensión a partir de la cual Butler pretende otorgar densidad, sin sustancia, al sujeto foucaultiano⁵⁵, esto es: posibilidad de agencia que permitan al sujeto ir más allá de la norma.

La propuesta teórica en esta compleja intersección parte, entonces, de una línea menos radical del pensamiento de Butler. En este capítulo es de mi interés tematizar tal modelo teórico para analizar, luego, las implicancias que tiene pensar la identidad de género en este contexto.

Elementos psicoanalíticos del sujeto butleriano

La teoría psicoanalítica se muestra presente desde el inicio en el pensamiento de Judith Butler. Si bien en sus primeras publicaciones tal teoría es utilizada como marco referencial para pensar el sujeto desde diferentes ángulos, como el género, la sexualidad y el cuerpo, es en *The Psychic Life of Power* (1997/2001)⁵⁶ donde la autora brinda

⁵⁵ Esta idea, también la forma de enunciarla, pertenece a María Luisa Femenías (2014a).

⁵⁶ A no ser que se explicita lo contrario, todas las referencias y afirmaciones sobre Butler en este trabajo pertenecen y deben quedar circunscriptas a *The Psychic Life of Power* (1997/2001).

mayores elementos, al menos en clave psicoanalítica, para articular una teoría sobre la formación del sujeto (Ré, 2011).

Allí Butler plantea la subjetividad como el sitio donde se lleva a cabo la reiteración y, por tanto, la persistencia de las condiciones de poder. En este contexto, en donde el sujeto constituye una instancia material del poder, la autora afirma que una teoría de la constitución de la subjetividad no puede ser delineada al margen de una teoría del poder, y viceversa. *The Psychic Life of Power* ofrece, entonces, una teoría sobre la formación del sujeto elaborada a partir de los intentos de articular recursos conceptuales provenientes tanto del psicoanálisis como del pensamiento foucaultiano. El desafío de la autora, en este segmento de su obra, consiste en resolver teóricamente tal articulación.

Tal como sostendré aquí, el mecanismo de la identificación, en sus diversas apropiaciones, es el principal recurso teórico del psicoanálisis al que la autora apela en reiteradas oportunidades. En el caso particular de *The Psychic Life of Power*, el concepto de identificación constituye un eslabón privilegiado, de manera explícita o subyacente, a la hora de explicar cuál es la forma psíquica que adopta el poder. De este modo, la identificación constituye la bisagra entre la teoría de la psique y la teoría del poder, y al mismo tiempo emerge como *el* mecanismo psíquico del poder a partir del cual el sujeto se forma en la sumisión.

Como intentaré argumentar, si bien Freud emerge como el principal referente explícito del campo del psicoanálisis que permite a Butler comenzar a entretejer su teoría de la formación del sujeto y, al mismo tiempo, analizar los mecanismos psíquicos implicados en la subordinación y subjetivación, sostengo que la vía de acceso de Butler a la obra freudiana no es directa. La autora decodifica el texto freudiano a partir de lecturas posfreudianas. Sólo secundariamente, Butler desemboca en la teoría de Freud para tomar referencias fragmentarias de su obra.

La identificación en clave psicoanalítica

El concepto de identificación ocupa varios segmentos del pensamiento psicoanalítico en su versión freudiana. Es en *Psicología de las masas y análisis de yo* donde Freud (1921/1979) presentó un estudio específico sobre el tema. Sin embargo, la base metapsicológica de sus puntos de vista fueron definidos en *Introducción del narcisismo* (1914/1979). Luego, en *Duelo y melancolía* (1917a/1979) Freud discutió ciertas modalidades normales y patológicas que ocurren cuando se pierde un objeto de amor.

Finalmente, el autor resumió sus conclusiones en *El yo y el ello* (1923a/1979), donde, también, intentó extender sus formulaciones.

En un sentido amplio, y tradicional, el concepto de identificación ha sido contrapuesto al de amor de objeto, incluso la identificación suele ser vista como un reemplazo de aquel. Sin embargo, como señala David Schecter (1968), existen múltiples significados y contextos de utilización para el término identificación. Freud lo ha utilizado para referirse a un mecanismo de defensa en la histeria, también como la fuente del sentimiento social y de la empatía, ya que constituye el camino a partir de cual la sublimación se produce, y, tal vez el más importante, como un proceso central en la formación del *Yo* y del *Superyó*.

Una primera referencia freudiana del concepto de identificación puede hallarse en un fragmento de las correspondencias enviadas a Fliess (Freud, 1897/1982), refiriéndose a impulsos hostiles, incluso deseos de muerte dirigidos hacia los padres. Asimismo Freud utiliza el término descriptivamente para dar cuenta de la capacidad de colocarse mentalmente en el lugar del otro. Posteriormente, en *La interpretación de los sueños* (1899/1979), Freud introduce algunas referencias adicionales en cuanto al funcionamiento de la identificación. A partir del ejemplo de una mujer que se ha puesto en el lugar de su amiga en un sueño, introduce el concepto de identificación histórica. En este caso, la identificación refiere a una fuerza psíquica capaz de influir en el comportamiento, un modo de ampliar la propia experiencia a través de la internalización de la experiencia de otros.

El examen más en detalle que Freud presenta en *Duelo y Melancolía* (1915/1979) muestra por primera vez la relación que existe entre identificación e investidura de objeto. Freud menciona que en la melancolía, con la pérdida de un objeto amado, éste se sustituye por una identificación que se traduce en una alteración del yo. Freud reconstruye el proceso en los siguientes términos:

Hubo una elección de objeto, una ligadura de la libido a una persona determinada; por obra de una afrenta real o un desengaño de parte de la persona amada sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto (...). La investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido libre no se desplazó a otro objeto sino que se retiró sobre el yo. (...) sirvió para establecer una relación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo, quien, en lo sucesivo, puede ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el objeto abandonado. De esa manera, la pérdida del objeto hubo de mudarse en una pérdida del yo, y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una bipartición entre el yo crítico y el yo alterado por identificación (Freud, 1915/1979:246-247).

Freud dedica un apartado específico a la identificación en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921/1979), allí es definida “...como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, 1921/1979: 99). También la identificación aparece en lugar de la elección de objeto. En palabras del autor, “la identificación remplaza a la elección de objeto; la elección de objeto a regresado hasta la identificación” (Freud, 1921/1979:100). Unas páginas más adelante, “la identificación con el objeto resignado o perdido, en sustitución de él, y la introyección de este objeto en el yo no constituye ninguna novedad para nosotros” (Freud, 1921/1979:102).

En un trabajo posterior, *El yo y el ello* (1923a/1979), Freud afirma que la identificación es “...la condición bajo la cual el ello resigna sus objetos” (Freud, 1923a/1979: 31). Allí se expone claramente el modo en que la constitución del yo hunde sus raíces en el proceso de identificación. Freud lo menciona explícitamente cuando declara que “el yo se forma en buena parte desde identificaciones que toman el relevo de investiduras del ello, resignadas” (Freud, 1923a/1979:49). También: “el carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto” (Freud, 1923a/1979:31). Como queda claro, las identificaciones se configuran a partir de la pérdida, como fenómenos reactivos al trabajo del Ello.

Por otra parte, los aportes posfreudianos sobre la identificación (Fliess & Wiggers, 1953; Reich, 1954; Jacobson, 1954, entre otros autores referenciados en el CAPÍTULO I) han sido de especial relevancia en los aportes del feminismo psicoanalítico norteamericano, anclado en la teoría de las relaciones objetales –véase CAPÍTULO II. Tal como sus referencias explícitas dejan ver, Butler ha leído a Jessica Benjamin (1988/1996, 1995/1997), y con ella a toda una tradición teórica que incluye a intelectuales tales como Robert Stoller (1964), Ralph Greenson (1954a, 1954b) y Nancy Chodorow (1978/1984). Tales pensadores se caracterizan por tomar el concepto de identificación bajo la pretensión de articular psicoanálisis y sociología, como un intento de dar respuesta desde variables psíquicas a problemáticas localizadas en el campo social.

Figuras de la identificación en torno a la formación del sujeto

Todas estas consideraciones están presentes en Butler (1997/2001, 1993a/2008, 1990a/2007). Al menos desde un punto de vista psicoanalítico, tres ideas constituyen los núcleos fundamentales de *The Psychic Life of Power* en primer lugar, los vínculos apasionados en la infancia; luego, la regulación normativa de esos vínculos; finalmente, la formación melancólica del sujeto. La identificación, en sus diferentes aspectos, está presente en cada una de estas instancias.

Vínculos apasionados

Butler desarrolla la idea de que el infante humano se vincula apasionadamente con sus objetos tempranos de amor, quienes se vuelven objetos de investidura libidinal. Este vínculo de dependencia es crucial para la supervivencia física y emocional. Debido a su estado de prematuración, el infante humano no es capaz de cuidarse a sí mismo y esto lo enreda desde el inicio en vínculos de dependencia con otros. A criterio de Butler, este vínculo temprano del infante con sus otros significativos se encuentra estructurado, indefectiblemente, por relaciones de poder. En este sentido, el infante se encuentra capturado en una relación de dominación/sumisión. Butler argumenta, entonces, que los vínculos primarios participan en la formación del sujeto mediante relaciones de subordinación, por lo tanto, de sujeción. Para la autora, no hay sujeto antes de su sometimiento al poder.

Tal como afirma Butler, "*...el poder que en un primer momento aparece como externo, presionado sobre el sujeto, presionando al sujeto a la subordinación, asume una forma psíquica que constituye la identidad del sujeto*" (Butler, 1997/2001: 13). Posteriormente, la autora recurre a la melancolía, y su puesta en marcha mediante la identificación melancólica, para dar cuenta del modo en que ésta produce topografías psíquicas. En esta línea de pensamiento, si las topografías psíquicas se conforman mediante la identificación que supone la melancolía, y si el poder *externo* se modela psíquicamente mediante la subordinación, entonces la identificación es el mecanismo psíquico que produce al sujeto mediante la interiorización del poder, anclando al sujeto en la subordinación.

Como ha señalado Freud, la identificación constituye al *yo*. En esta línea, Piera Aulagnier (2004a, 2004b) se ha referido a esto claramente en sus intentos por conceptualizar el proceso identificatorio. En palabras de Aulagnier:

La particularidad del yo reside en que él haya sido ante todo efectivamente la idea, el nombre, el pensamiento hablado en el discurso de otro: sombra hablada proyectada por el portavoz sobre una psique que la ignora y que también ignora sus exigencias y su loco objetivo. Enunciados que vienen de otra parte y de los que la voz del niño se apropiara primeramente repitiéndolos. El yo comienza por catectizar los pensamientos identificantes por medio de los cuales el portavoz lo piensa y, gracias a ellos, le aporta su amor. Una vez efectuada esta catectización, el yo podrá ocupar el sitio de enunciante de esos mismos pensamientos, tras lo cual éstos retornan a su propia escucha como un enunciado del que él es el agente (Aulagnier, 2004b: 28-28).

El yo se constituye, entonces, cuando el trayecto identificatorio retorna y produce así una interiorización constitutiva.

Desde mi punto de vista, Butler (1997/2001) sitúa en la identificación la capacidad de explicar, a partir de un mecanismo de funcionamiento psíquico, la figura del *tropo* y su relación con el sometimiento, pues la puesta en marcha de este mecanismo implica un trayecto tropológico: el sujeto emerge mediante una identificación constitutiva que marca un pliegue, el punto en que el poder se vuelve sobre *sí mismo*. La identificación, cuyo funcionamiento es tropológico, construye la esfera *interna*, también la instancia encargada de auto-inspección y auto-regulación: el *superyó*.

Entonces, la identificación permite explicar el momento fundacional del sujeto mediante *la vuelta* que anuda psique y poder. Butler, reconoce que su posición con respecto a los *orígenes* de la sujeción es vaga, “... *la vuelta parece funcionar como inauguración tropológica del sujeto, como momento fundacional cuyo estatuto ontológico será siempre incierto*” (Butler, 1997/2001: 13). Sin embargo, esta figura resulta valiosa, pues ingresar en el *dilema tropológico* y en la *paradoja del sometimiento* permite tener en cuenta que “*no podemos asumir la existencia de un sujeto que lleva a cabo una internalización mientras no tengamos una descripción de la formación del sujeto. (...) Nos vemos obligados a referirnos a algo que aún no existe*” (Butler, 1997/2001: 14).

Por otra parte, Freud conceptualiza la formación del yo como una *nueva operación psíquica* denominada *narcisismo primario*, momento donde la libido toma como objeto al propio yo –identificado con el objeto perdido y resignado. El componente libidinal presente en la relación con los destinos de la identificación sugiere una erótica que sostiene la constitución del yo. A esto, en última instancia, refiere Butler con *vínculos apasionados con el poder*. La identificación, y su dimensión libidinal, actúan como señuelo, como trampa que sostiene al sujeto apegado a la subordinación. En esta línea, Butler recurre a los primeros vínculos que el infante establece para explicar cómo “... *la*

formación de la pasión primaria en la dependencia lo vuelve [al niño/a] vulnerable a la subordinación...” (Butler, 1997/2001:18).

Es posible detectar al menos dos líneas de pensamiento psicoanalítico que, aunque operan a modo de referentes implícitos, influyen claramente la producción de Butler en este punto. Por un lado, el pensamiento de Piera Aulagnier centrado en el *yo* ofrece lazos de filiación teórica con la forma en que Butler plantea las convergencias entre subordinación y la formación del sujeto en el marco de una relación que asegura al adulto la imposición unilateral del poder. Piera Aulagnier se refiere al vínculo entre el *infans* y el adulto como *relaciones pasionales*. Tales relaciones se caracterizan por ser asimétricas, es así que “... *el primer objeto catectizado responde a una elección obligada; es un objeto no sustituible, un objeto que no puede faltar y que acapara (...) la totalidad de la libido (...). El objeto de la pasión es un objeto (...) necesario...*” (Aulagnier, 2004b: 160-161). Es pasando por una relación pasional que el sujeto se constituye como tal.

Por otro lado, el psicoanálisis de las relaciones objetales, principalmente Nancy Chodorow (1978/1984) y Jessica Benjamin (1988/1996), han utilizado el concepto de identificación para explicar cómo relacionalmente, desde los vínculos preedípicos, las estructuras de poder se anclan en la temprana psique. Por tanto, tales aspectos de estas lecturas efectuadas desde el feminismo psicoanalítico norteamericano confluyen en esta línea butleriana, en la que la reproducción de la subordinación no va por la vía de las explicaciones que giran en torno al aprendizaje de los roles socialmente asignados, sino que buscan indagar los componentes eróticos, pasionales, que vinculan al sujeto con su propio sometimiento. En palabras de Benjamin,

Es el profundo anclaje de esta estructura en la psique lo que da a la dominación su apariencia de inevitabilidad (...). Como teoría de los procesos mentales inconscientes, el psicoanálisis ofrece un punto de ingreso más promisorio para el análisis de esa estructura. Pero también, como hemos dicho del pensamiento de Freud, alberga las mejores racionalizaciones de la autoridad. El resultado es que en el psicoanálisis encontramos una ilustración de nuestro problema, tanto como una guía para abordarlo (Benjamin, 1988/1996: 19).

Vínculos forcluidos

Si bien Butler sugiere que la sujeción al poder forma al sujeto, la discusión sobre los vínculos apasionados se traslada hacia la formación normativa de la identidad de género. La autora menciona que los vínculos con los objetos se encuentran organizados

por prohibiciones internalizadas. Butler toma el concepto de *forclusión*, entendido como un repudio radical, para exponer la forma que un vínculo puede asumir. La *forclusión* estructura, entonces, los vínculos primarios recortando algunos objetos como destinatarios posibles de la libido y repudiando, desde el inicio, otros objetos. *Forclusión* es la forma en que Butler explica cómo identificación y dirección del deseo son reguladas normativamente, por lo que este concepto es digerido por la autora bajo la forma de *ideal regulativo*, de acuerdo al cual sólo algunas formas de amor se tornan viables. Butler vincula tal ideal regulativo con la heterosexualidad, pues los vínculos forcluidos son los homosexuales. En este contexto, la autora afirma que la prohibición fundacional que forma al sujeto no sólo opera a modo de sanción social internalizada, sino que recae sobre los vínculos homosexuales, descentrando así del corazón de la trama edípica la idea psicoanalítica clásica referente a la vinculación necesaria entre prohibición y deseo edípico incestuoso –siempre heterosexual; idea ya planteada por Gayle Rubin (1975/1986). En este sentido, el deseo heterosexual se sostiene sobre las bases de un deseo homosexual forcluido. Por otra parte, Butler explica la forma en que esta prohibición fundacional impacta sobre la dirección de las identificaciones - prohibición sobre la que se articula toda identidad heterosexual.

Desde esta perspectiva, el yo no se constituye unilateralmente mediante lo que podríamos denominar *identificación ciega*. Las identificaciones se encuentran gestionadas y reguladas socialmente. El pensamiento de Jessica Benjamin, al que Butler presta especial atención e interpreta de un modo conveniente, permite vincular la dirección de las identificaciones con el deseo de reconocimiento. La idea de que nuestras identificaciones no son ajenas al deseo de reconocimiento complejiza el tema, pues permite pensar el modo en que los juegos de poder se apropian del proceso identificatorio. La formación del sujeto queda localizada, nuevamente, en el campo político. Con el fin de evitar la abyección, el deseo de reconocimiento conduce a que los sujetos se sometan a los marcos normativos existentes. Sin embargo, el lado oscuro de la identificación queda expuesto cuando “*al ser llamado/a por un nombre injurioso, recibo el ser social (...) ello me lleva a abrazar los términos que me injurian porque me constituyen socialmente*” (Butler, 1997/2001: 118).

Si tomamos esta dirección, podemos encontrar el reconocimiento bajo la forma de seres humanos no legítimos. Las identificaciones que nos constituyen se ordenan de manera ambivalente, suponen la obtención del valioso reconocimiento que torna inteligible al

sujeto bajo el costo de, muchas veces, una abyección invivible, de la forclusión de nosotros mismos como posibilidad. De esta manera, la identificación permite que aquellos aspectos de la vida social y política –comúnmente ligados a lo *exterior*– operen, y constituyan, un espacio *interno*. En este sentido, no somos los autores de las identificaciones que nos constituyen, sino que se encuentran gestionadas fuera de nosotros mismos, ordenadas a partir de las posibilidades ofrecidas socialmente.

Entonces, el mecanismo psíquico de la identificación, y su vinculación con la elección de objeto, no se encuentra desligado de las normas sociales imperantes. Es en este sentido que “*la identidad sexual y la identidad de género funcionan como virtualmente normativas, regulativas y con fuertes consecuencias políticas, operando como un sistema de control y regulación de las subjetividades*” (Femenías, 2003).

A criterio de Butler (1993a/2008), la *Matriz Heterosexual* –que, como ya hemos señalado, opera a través de la naturalización y la reificación de normas heterosexistas– captura a la identificación. Es así que la articulación de la identidad se lleva a cabo en virtud de demandas simbólicas apremiantes propias del *Complejo de Castración* y del *Complejo de Edipo*, pues no se trata de otra cosa que de amenaza de castigo que determinan la constitución de una fuerza obligatoria que fija los límites del proceso identificatorio, y más allá del cual se ubican las posiciones rechazadas como abyectas.

A partir de esta perspectiva, el concepto de *identificación* es enmarcado en condiciones sociales más amplias que develan las condiciones en las que se asumen las posiciones subjetivas en el proceso de formación del sujeto. La asunción de las posiciones se encuentra regulada, entonces, por el temor al castigo. Desde allí, la identificación se dirige a referentes localizados dentro de la esfera simbólica, en relación con los esquemas normativos. Para Butler, identificarse implica imaginar la posibilidad de aproximarse a dichos esquemas, a través de los cuales la imposición heterosexista opera mediante la regulación de la identificación fantasmática (Butler, 1993a/2008).

En relación con esto, el mismo proceso de formación del sujeto opera sobre la “*producción simultánea de una esfera de seres abyectos*” (Butler, 1993a/2008: 19). Estos seres abyectos no alcanzan el estatuto de sujeto, pero no obstante son necesarios para formar “*el exterior constitutivo del campo de los sujetos*” en cuestión (Butler, 1993a/2008: 19). Estos otros abyectos son relegados a una zona de inhabitabilidad: un espacio impensable que se constituye en un “*sitio temido de la identificación*” (Butler, 1993a/2008: 20).

Sujetos melancólicos

A partir de los aportes freudianos sobre la melancolía, Butler argumenta que la identidad heterosexual se organiza melancólicamente ya que su formación depende de la forclusión del vínculo homosexual. De este modo, la autora vincula la pérdida del objeto homosexual con la formación de la masculinidad y la feminidad. La pérdida no llorada produce la identidad heterosexual melancólica que es incapaz de resolver la pérdida que le ha dado origen. A causa de que la identidad heterosexual niega el vínculo homosexual, masculinidad y feminidad se forman a través de identificaciones que son dolorosamente negadas. Butler argumenta que los marcos culturales se ordenan a partir de una melancolía de género en la que masculinidad y feminidad emergen como huellas de un amor no llorado. Masculinidad y feminidad, en el interior de la *matriz heterosexual*, se refuerzan a partir de un repudio constante.

En esta línea, Butler retoma los desarrollos freudianos presentes en *El yo y el ello* (1923a/1979), donde la melancolía configura un proceso que estructura el carácter del yo a partir de las cargas libidinales de objetos abandonados que, vía identificación, son internalizadas. El yo se constituye a partir de una sedimentación de los objetos amados y luego perdidos. Paradójicamente, la identificación que opera en la melancolía preserva fantasmáticamente el objeto perdido en la esfera psíquica. Dicha incorporación, entonces, se constituye en la condición previa que permite al yo desligarse del objeto perdido. En este sentido, siguiendo a Freud, el objeto perdido recae sobre el yo, en cada una de las pérdidas, a modo de una de sus identificaciones constitutivas.

Si el objeto es preservado en el yo, entonces la pérdida no es total. Tal como señala Tammy Clewell (2004), la identificación mantiene la existencia de lo perdido en el espacio de la psique. A criterio de Clewell se trata de la “*sustitución de una ausencia real por una presencia imaginaria*” (Clewell, 2004: 44). A partir de aquí, Butler ubica el proceso de identificación como un articulador entre la norma social hegemónica y la formación de la subjetividad.

Butler (1997/2001, 1993a/2008, 1990a/2007) permite pensar la formación melancólica del género. A su criterio, en el marco de las culturas heterosexuales, el género y la melancolía producen anudamientos específicos, pues los dispositivos de control montados para mantener la heterosexualidad obligatoria (Rich, 1980/2013) prohíben de entrada la elección de objeto del mismo sexo como posibilidad legítima. El vínculo

homosexual recae indefectiblemente sobre el yo, vía identificación melancólica, habitándolo como una de sus identificaciones constitutivas. Es en este sentido que el vínculo resignado no es abolido, sino preservado en la psique a través de esta internalización, que paradójicamente forma parte del mecanismo de su rechazo (Butler, 1997/2001). Es así que la particular dinámica de la melancolía niega y preserva, de manera simultánea, la homosexualidad en la producción del género dentro del marco heterosexual. Es esta dirección, Butler argumenta que la identidad de género es producto de la identificación melancólica, pues la identificación adviene en lugar de una relación con el objeto del mismo sexo, por lo tanto identificarse con uno de los géneros supone el funcionamiento melancólico que interioriza al objeto prohibido. Señala Julia Kristeva que

el imaginario canibal melancólico es una desaprobación de la realidad de la pérdida (...). Manifiesta la angustia de perder al otro haciendo sobrevivir al yo, de hecho abandonado, pero no separado de lo que lo nutre ahora y siempre y se metamorfosea en él –que resucita además– a través de este devoramiento (Kristeva, 1987b/1997: 16).

La idea de que la homosexualidad es incorporada y preservada por vía de la identificación melancólica, de tal forma que el vínculo homosexual no se pierde completamente, no es original de Butler. La vinculación entre identificación melancólica y homosexualidad se encuentra presente en los debates librados en torno a la sexualidad femenina en el interior del campo psicoanalítico. Indudablemente Butler se ha visto fuertemente influenciada por dos intelectuales que, nuevamente, no aparecen como referentes explícitos⁵⁷. Por un lado, la autora rescata el clásico artículo de Ernest Jones (1967) escrito al calor de los principales debates sobre la feminidad librados en los años '20, titulado *The early development of female sexuality*. Por otro lado, es posible detectar la influencia de la producción de Joyce McDougall (1977), en su artículo *Sur l'homosexualité féminine*, aporte fundamental que contribuyó al resurgimiento de la polémica varias décadas después en Francia, corriente conocida como *Recherches Psychoanalytique Nouvelles*. Ambas contribuciones vinculan identificación melancólica con la homosexualidad, aunque desde una vertiente endogenista, con un fuerte tinte esencialista.

⁵⁷ Agradezco a Irene Meler (2012c) la detección de estos referentes ocultos.

Como fuere, Butler incorpora la dimensión política en la formación del sujeto, pues localiza la identificación, en su vertiente melancólica, en la intersección de los arreglos de poder y la producción de la identidad heterosexual normativa. Al mismo tiempo, la autora enfatiza los costos psíquicos y sociales propios de la formación de tales identidades, puesto que los procesos que les han dado origen entrañan direcciones específicas que las identificaciones asumen en función de lo permitido y lo forcluido. En palabras de Jay (2007), en sintonía con Butler, feminidad y masculinidad son la vestimenta funeral que usamos en homenaje a nuestras posibilidades homoeróticas perdidas.

Dado que Butler no duda en afirmar que la identidad reproduce una topografía psíquica formada por el poder, su explicación apunta a exponer el modo en que el poder es internalizado en el momento de producción del sujeto. Nuevamente, el sujeto, tal como la entiende la autora, es en sí mismo un efecto del poder y de sus operaciones regulativas, normativas y disciplinarias. La identificación melancólica es subsidiaria, entonces, a la reproducción del poder. Actúa instalando la voz psíquica de una sentencia disciplinadora dirigida hacia, y vuelta contra, el sí mismo.

La formación especular del *yo*

Butler (1997/2001, 1993a/2008) se muestra profundamente influída por el pensamiento de Lacan. Sus lecturas lacanianas, le permiten articular ideas provenientes del psicoanálisis con el pensamiento de Foucault.

Las ideas en torno a la formación del sujeto que se desprenden de *Le stade du miroir*, tal como lo ha conceptualizado Lacan (1966/1988), toman como punto de partida las primeras experiencias del niño, inmerso en sensaciones corporales caóticas que transcurren en la imposibilidad de distinguir *interior/exterior*, *yo/otro*. Es en relación con esta experiencia pre-lingüística e indiferenciada que Lacan intenta comprender la profunda relevancia del reconocimiento que el niño realiza de sí mismo en la imagen del espejo en tanto momento fundante de la subjetividad.

Butler captura en el pensamiento de Lacan una utilización del concepto de identificación en parte novedoso. La formulación lacaniana sobre la identificación depura, al menos en este punto, gran parte de elementos esencialistas presentes en la teoría freudiana de la formación del *yo*. Butler se aleja de toda concepción que inscribe la constitución del *yo* –por lo tanto, de la identidad– sobre la base de una esencia o

fundamento universal, entonces la idea de que el *yo* se conforma a través de la identificación con la imagen efímera que refleja el espejo adviene como un recurso conceptual al que echar mano.

En este contexto conceptual, la imagen en el espejo ofrece un primer momento de reconocimiento, donde el sujeto se constituye en el giro delineado por el trayecto identificatorio que supone *verse a sí mismo viendo*. Al igual que las capas de nácar que comienzan a rodear el grano de arena instalado en el corazón o núcleo de la futura perla, la imagen especular se cristaliza, vía identificación, en un punto fijo alrededor del cual, y en relación al que, comienza a construirse la identidad y a organizarse la experiencia. La imagen en el espejo configura, entonces, la base imaginaria –registro donde Lacan ubica las identificaciones– de coherencia y unidad que nuclea la identidad.

Al mismo tiempo, la imagen especular implica una inversión, propia del mecanismo de identificación, a la que Butler apela. El trayecto de la identificación toma como soporte a la imagen y localiza la existencia del sujeto allí donde no estaba. La relación interior/exterior se trastoca. La imagen ideal, nítida y clara, del espejo que es interiorizada vía identificación confiere realidad al *yo* y se instala como modelo de lo que es ser un *yo*. Lo que se constituye es un sentido del *yo* como una entidad, un núcleo irrenunciable independiente del campo de lo social⁵⁸.

Identificarse, es tomar como propia la existencia localizada inicialmente en un espacio fuera de sí, nos entrapa en un intento constante por mantener de manera invariable la identidad y la sustancialidad del *yo*. El sujeto llega a tener conciencia de sí mismo configurando una identidad cuyos límites, contorneados en la imagen, no deben ser cruzados. Se trata de una verdad incuestionable del sí mismo que debe ser defendida, ya que, en última instancia y desde el punto de vista del sujeto, lo que está en juego es la propia existencia. Tal como señala Michelle Renée Matisons (1998), Teresa Brennan –a partir de la lectura de *Le stade du miroir* de Lacan– destaca que la experiencia ante el espejo instala una fantasía psíquica fundamental de autonomía, para lo cual es necesario separar y excluir a un otro. Brennan enfatiza que esta fantasía narcisista fundacional instala una distinción sujeto/objeto que nunca puede ser neutral ya que, tomando a Julia Kristeva, afirma que instalar al otro como objeto es un proceso que se sostiene sobre la abyección del *otro* (Tyler, 2009).

⁵⁸ Para una perspectiva diferente sobre la constitución del sujeto que vincula represión primaria con la politización de las identificaciones véase Elliot (2005).

Sea como fuere, resulta claro que este momento fundacional del *yo*, signado por la identificación, es al mismo tiempo un momento de enajenación. Tanto el *yo* como la identidad son, entonces, espacios imaginarios que hacen posible la sujeción. Es en este sentido que, como ya se ha mencionado, en el pensamiento de Butler la identificación es el mecanismo psíquico del poder por excelencia. La identificación constituye la forma en que las restricciones políticas se registran psíquicamente (Butler, 1993a/2008)

Posteriormente, Lacan reformula sus ideas al respecto para agregar una variable no menor que Butler tiene en cuenta. El *yo* no está solo en el espejo. El recorrido identificatorio se dirige a la imagen como referente debido a que se encuentra presente la mirada y el reconocimiento de otro. La mirada y el deseo del Otro adquieren el poder para confirmar la inteligibilidad del sí mismo, como contrapartida, la mirada y el deseo del Otro también adquieren el poder de tornar abyecto al sí mismo. Como ya se ha señalado, Butler articula en este punto el mecanismo de la identificación con el campo social en donde la mirada del Otro también opera como un espejo –aunque esta vez en el registro simbólico– en el que el sujeto busca el espectro provisto de reconocimiento en donde dirigir sus identificaciones.

Entre Freud y Foucault

Al igual que en sus primeros libros, el psicoanálisis constituye una fuente teórica a la que Butler apela para construir diversas líneas argumentativas. El mecanismo de la identificación, y su comprensión en términos de proceso, permite a la autora hallar un punto de articulación posible entre la formación del sujeto y la visión foucaultiana del poder. Butler intenta situar su trabajo entre Freud y Foucault, así lo demuestra su preocupación por “...plantear el análisis crítico del sometimiento psíquico en términos de los efectos reguladores y productivos del poder” (Butler 1997/2001: 30).

Sin embargo, en todos los casos, la selección de conceptos psicoanalíticos siempre permanece enmarcada en la problemática foucaultiana de la producción histórica del sujeto, de la relación entre el poder y la formación de la subjetividad. Se trata, más bien, de una lectura foucaultiana del psicoanálisis. A pesar de que Butler inscribe su análisis sobre los *mecanismos psíquicos del poder* en la intersección del pensamiento foucaultiano y la teoría psicoanalítica, Foucault y Freud introducen problemas teóricos específicos a su análisis de la formación del sujeto, que la autora despliega –o no– en función de sus objetivos. El problema que intenta deslindar Butler es Foucaultiano, no

psicoanalítico. En última instancia, se trata de perseguir una teoría sobre las operaciones del poder, sobre la producción del sujeto en –y por– el poder.

En el contexto dado por la propuesta butleriana, el psicoanálisis se reduce a una teoría del sujeto complementaria. La teoría psicoanalítica –el concepto de identificación, entre otros– es utilizada por Butler para cubrir la brecha que, a criterio de la autora, existe en la producción de Foucault relacionada con la formación del sujeto. Butler no realiza una lectura psicoanalítica de la teoría foucaultiana que ponga en cuestión los supuestos –que la autora recorta como– nucleares de tal teoría. Esto se debe que Butler otorga al psicoanálisis el lugar de prótesis ante una dimensión ausente en el trabajo de Foucault. La teoría psicoanalítica del sujeto es tomada como complemento.

Desde mi punto de vista, el énfasis que Butler otorga a la identificación –en detrimento de otros conceptos conexos y nodales del psicoanálisis– da cuenta del modo en que la autora adopta líneas fragmentarias de la teoría psicoanalítica que le resultan convenientes como complementos a la teoría foucaultiana del poder. Butler selecciona aportes de Freud y de Lacan y los traslada fuera del campo del psicoanálisis, puesto que su búsqueda transcurre hacia una teoría política del sujeto.

Es en este sentido que Butler articula sus propias ideas sobre la formación del sujeto. Sin embargo, el modo en que Butler entiende al sujeto funciona como un límite en la selección de conceptos psicoanalíticos que ella misma realiza. En palabras de Butler:

El sujeto, ese ser viable e inteligible, se produce siempre con un coste, y todo aquello que se resiste a las exigencias normativas por las cuales se instituyen los sujetos permanece inconsciente. La psique, por tanto, que engloba al inconsciente, es muy distinta del sujeto: es precisamente lo que desborda los efectos encarceladores de la exigencia discursiva de habitar una identidad coherente, de convertirse en un sujeto coherente (Butler, 1997/2001: 98).

Butler no es rigurosa con su lectura del psicoanálisis. La categoría de sujeto no circula en el pensamiento freudiano. El pensamiento de Lacan no opera a partir de la diferencia entre sujeto y psique. Para Butler el sujeto y la identidad son lo mismo. Esto explica que la autora eche mano a conceptos que Freud y Lacan utilizan para explicar la formación de la identidad. De este modo Butler deja de lado una amplia gama de conceptos que bien podrían contribuir a *desbordar los efectos encarceladores* que ella misma produce a partir de los conceptos que extrae del psicoanálisis.

La teoría de la formación del sujeto de Butler es una teoría de la formación de la identidad. Es por ello que apela a la identificación como un concepto nodal. Aún más,

como Butler se muestra claramente influenciada por las identificaciones que circulan en *Le stade du miroir* de Lacan, realiza desde allí su lectura freudiana en la búsqueda de líneas complementarias de Foucault. Esto le impide a Butler ofrecer una teoría de la agencia. Su elección por el concepto de identificación, junto al lugar que le otorga en su pensamiento, deja poco margen para teorizar la posibilidad de resistencia ante el poder. Por otra parte, las identificaciones en Freud no sólo constituyen al yo, sino que, a criterio de Freud, las identificaciones posibilitan al yo renunciar a la relación hostil con el otro durante el drama edípico, a través de su internalización bajo la forma de un ideal en el yo, como un *ideal del yo* o *superyó*. A través de la identificación se inaugura el permanente conflicto entre el yo y su instancia crítica. Butler sostiene que este giro desde el objeto (los otros) hacia el yo es precisamente lo que interioriza al yo, la melancolía produce una serie de tropos topográficos de la vida psíquica, donde se pone en juego tanto la conservación y la protección del objeto, así como la lucha y la persecución contra el propio yo. Si bien la lectura de Butler señalando la forma en que la identificación con el objeto perdido no sólo inaugura una división entre la psique y el mundo *externo*, sino también divide internamente al yo: la relación ambivalente con el objeto se internaliza como una división entre el yo y el ideal del yo.

Butler enfatiza lo que subyace a este ideal. La autora –en *Bodies that matter*– menciona que

ciertas formas de renegación reaparecen como figuras externas y externalizadas de abyección que sufren repetidamente el repudio del sujeto. Precisamente lo que nos interesa aquí es ese repudio reiterado que le permite al sujeto instalar sus fronteras y construir su pretensión a la "integridad". Ésta no es una identificación enterrada que fue abandonada en un pasado olvidado, sino que se trata de una identificación que debe derribarse y enterrarse una y otra vez, el repudio compulsivo mediante el cual el sujeto sostiene incesantemente sus contornos (Butler, 1993a/2008: 171).

Si bien en este fragmento la autora remarca la dimensión política que ordena las identificaciones, sus buenas intenciones no alcanzan ante la contundencia de un mecanismo psíquico que, tal como queda claro en Freud, funda estructuras psíquicas permanentes y estables, tales como el yo y el *superyó*.

Este análisis de la formación del yo –topografía donde se localiza la identidad– a través de la identificación plantea limitaciones teóricas insalvables ante las posibilidades de pensar la resistencia. La identificación, en sí misma, no alcanza para desestabilizar a las identidades. A pesar de su proyecto político, la captura lacaniana que Butler realiza del

concepto no permite escapar de un pegoteo a los límites simbólicos establecidos que coagulan las formas con las que el sujeto piensa las posibilidades de *sí mismo*.

Como ya se ha señalado, las lecturas sobre la identificación en Freud a partir de la influencia del modo en que Lacan conceptualiza el surgimiento de la identidad, se presentan como un espacio potencial y fructífero al proyecto butleriano de articular poder y psique. Sin embargo, el recurso al psicoanálisis en general, y a la identificación en particular, no constituyen una contribución provechosa a la hora de pensar la posibilidad de transformación del sujeto. La identificación colapsa el espacio para la resistencia, inscribe el poder de manera masiva dentro del sujeto, entrapa el elemento *exterior* a sí a partir del cual se conforma el sujeto. Aún en este contexto conceptual, Butler no ofrece modos para pensar la posibilidad de que el sujeto no quede absolutamente cooptado por la influencia totalizante de las identificaciones, modos para pensar modalidades a partir de las cuales el sujeto oponga resistencia, incluso luche en contra de identificaciones constitutivas. En sentido estricto no es posible desestabilizar las identificaciones, es el campo de valencias simbólicas el que estabiliza las direcciones de la identificación. Desde mi punto de vista, Butler pone demasiadas expectativas en un mecanismo que genera un retorno a la lógica de la identidad que ella misma pretende atacar.

Paradójicamente, *The Psychic Life of Power* —obra en la que Butler incorpora gran cantidad de recursos psicoanalíticos para recortar su teoría de la formación del sujeto— no es un trabajo psicoanalítico⁵⁹. No puede considerarse psicoanalítico porque la autora no tiene en cuenta la dimensión Inconsciente del sujeto en la articulación con Foucault que se propone. Dimensión donde, según ella misma reconoce en la cita antes mencionada, podemos pensar la posibilidad de agencia. Es claro que enfatiza las estructuras formadas vía identificación —*yo* y *superyó*— pero no menciona la tercera instancia psíquica: el *Ello*, ligada a lo inconsciente que escapa de la puesta en forma que impone la identificación. Butler enfatiza el origen del *yo*, es aquí donde se recorta claramente la influencia de *Le stade du miroir* de Lacan. No incluir los aspectos inconscientes, tanto de la teoría lacaniana como freudiana, no deja espacio al *yo* para la resistencia. El sujeto no es otra cosa que un jinete impotente e indefenso a caballo de la Identificación. Si en los primeros tramos de su obra Butler (1993a/2008, 1990a/2007)

⁵⁹ Para un análisis detenido que permite ver hasta qué punto el eje del pensamiento foucaultiano comanda la línea de las argumentaciones de Butler véase: Kirby (2011).

localizó en la identificación una lógica diferente a la de la identidad, en *The Psychic Life of Power* tales planteos pierden potencia explicativa. El propio mecanismo de identificación, a esta altura, produce una vuelta sobre sí mismo y queda sujeto al poder.

De la identificación al carácter *ex-stático* del sujeto

Si tomamos otros segmentos del pensamiento de Butler, es posible detectar, sin embargo, líneas de fuga al carácter encriptado que asume la identificación en *The Psychic Life of Power* a partir de la modelización lacaniana que la autora realiza de tal mecanismo. En *Bodies that matter*, a partir de referencias a Lacan, Butler menciona que

Estrictamente hablando, no puede decirse pues que el yo se identifique con un objeto exterior a él; antes bien, el "exterior" del yo se demarca ambiguamente por primera vez a través de una identificación con una imago, que es en sí misma una relación, o en realidad se establece en y como lo imaginario una frontera espacial que negocia lo 'exterior' y lo 'interior' (Butler, 1993a/2008: 119).

En este caso la identificación permanece ligada al continuo establecimiento de una frontera vacilante e imaginaria.

Por otra parte, en *Undoing Gender*, Butler enfatiza que "*los términos que componen el propio género se hallan, desde el principio, fuera de uno mismo, más allá de uno mismo, en una socialidad que no tiene un solo autor*" (Butler, 2006a: 13-14). En esta línea, la autora retoma la noción de sujetos *ex-státicos* entendida como *estar fuera de uno mismo*. En uno de los ensayos que integran tal libro, titulado *Longing for Recognition*, Butler toma como eje algunas de las ideas de Jessica Benjamin –es decir del psicoanálisis de *las relaciones de objeto*, con lo que, nuevamente, echa mano a la identificación. Teniendo en cuenta esto, desde una lectura apresurada, el ensayo puede sugerir un intento de Butler por retomar de manera subterránea su propósito en *The Psychic Life of Power*. Butler enfatiza que el sujeto está inevitablemente ligado a los términos que articulan el campo social, lo cual, en primera instancia, parece estar a la base de una posible relación entre el carácter *ex-stático* del sujeto y el mecanismo de la identificación –donde la identificación adviene para explicar, en términos psicoanalíticos, la formación *ex-stática* del sujeto como una psique que ha sido constituida por normas sociales preexistentes y localizadas *fuera* del sujeto.

Sin embargo, Butler es clara cuando menciona que la propuesta de Benjamin, centrada en la posibilidad de pensar las identificaciones preedípicas en términos sobreinclusivos (Benjamin, 1995/1997), rechaza la noción de un yo *ex-státicamente* involucrado en el

otro. En palabras de Butler: “*Para ser uno mismo se debe pasar a través de la pérdida de sí, y después de atravesarla nunca más ‘retornará’ a ser lo que era. (...) ser un yo es estar a cierta distancia de lo que uno es (...) estar siempre siendo arrojado fuera de uno mismo, como Otro de uno mismo*” (Butler, 2006a: 211-212). El carácter ex-stático del sujeto no parece, entonces, estar en sintonía con la identificación. Al contrario del carácter ex-stático, la identificación arroja como consecuencia teórica inexorable la instalación de un núcleo sin el cual no es posible pensar al sujeto. La identificación marca una dinámica inversa al *ser arrojado fuera de uno mismo*, pues las identificaciones toman aspectos de los objetos y a partir de allí modifican al yo. Tal modificación opera por añadidura. Se trata de sedimentaciones –como dice Freud–, capas que se añaden en torno a un núcleo. Aunque Lacan deja en claro que se trata de un aspecto imaginario, con realidad de ficción, opera como una reificación teórica potente a la hora de pensar la articulación del Sujeto. En este sentido, la identificación no arroja al sujeto fuera de sí, por el contrario arrastra al otro hacia sí⁶⁰.

Butler menciona:

el yo que estoy perfilando aquí está más allá de sí mismo desde el inicio y está definido por su ex-stasis ontológico, esta relación fundamental con el Otro en la cual se encuentra a sí mismo ambiguamente instalado fuera de sí mismo. Sugiero que este modelo es una manera de cuestionar cualquier afirmación relacionada con la autosuficiencia del sujeto y con el carácter incorporativo de toda identificación (Butler, 2006a: 214).

179

Butler refiere a que este carácter ex-stático del yo se vincula con una “*noción del yo que invariablemente se pierde a sí mismo en el otro que procura la existencia del yo*” (Butler, 2006a: 213). Esta perspectiva no va por la misma vía que los vínculos apasionados, antes planteados, vinculados a los procesos de identificación. A esta altura de su obra –en *Undoing Gender*–, cuando su pensamiento ha asumido cierto giro (Femenías, 2012), ya no es la identificación lo que le permite a Butler pensar la formación del sujeto. A partir del 11 de septiembre de 2001 el problema gira en torno a la pérdida y la vulnerabilidad al momento de pensar la posibilidad de lazos interpersonales en la conformación de una comunidad política (Femenías, 2012; Butler, 2006b, 2009) –véase CAPÍTULO X.

⁶⁰ En sintonía con esta propuesta de reconcebir la identificación bajo la lógica del sujeto *ex-stático*, véase la diferencia que establece Kaja Silverman entre identificación *in-corporativa* e identificación *ex-corporativa* sistematizada en el CAPÍTULO VII.

Como fuere, su obra reúne tal complejidad como para hallar líneas argumentativas que permiten entretejer nuevos imaginarios posibles más allá de la captura identificatoria del sujeto en, y por, la norma. Desde mi punto de vista, el mecanismo de la identificación proveniente del psicoanálisis debe ser refigurado a partir de la noción de sujetos *ex-státicos* que Butler toma del campo de la filosofía, la que permite, finalmente, pensar la posibilidad de una transformación subjetiva acorde a la propuesta política que sostiene sus conceptualizaciones.

UN PUENTE POSIBLE ENTRE NÚCLEOS CONCEPTUALES LAS RESTRICCIONES CORPORALES DE LAS IDENTIDADES MÚLTIPLES

*Cubre la memoria de tu cara con la máscara de la
que serás y asusta a la niña que fuiste*

Alejandra Pizarnik, *Caminos del espejo*

Las auto-representaciones de Cindy Sherman⁶¹

La obra de la fotógrafa contemporánea estadounidense Cindy Sherman se compone de múltiples y cambiantes auto-representaciones, tras las cuales la artista parece ocultarse tras disfraces y máscaras. Entre sus primeros trabajos se encuentra dos series de fotografías en blanco y negro reunidas bajo los títulos *The Bus Riders* (1976) y *Untitled Film Stills* (1977-1980) –Véase ANEXO–, donde habitan una gran variedad de roles femeninos recobrados bajo la estética paradigmática de las mujeres que habitan el cine negro norteamericano –*Film Noir*– de la década del ‘50. Sin embargo, las imágenes ofrecidas en la colección son fragmentarias, no componen un todo interconectado bajo una posible narración cinematográfica.

Señala Michelle Meagher (2007) que existe relativo consenso entre críticos del arte en afirmar que, paradójicamente, los auto-retratos de Sherman están signados por su negación, velada, a ser retratada. Se trata, entonces, de auto-retratos que no se proponen hacer lo que este género de la fotografía ha pretendido tradicionalmente: revelar aspectos del *self verdadero* de la artista. Es así, nos dice Meagher (2007), que la mayor parte de los críticos sostiene que ninguno de los personajes de Sherman guarda relación alguna con ella misma. De aquí se desprende el carácter camaleónico con el que su trabajo suele ser caracterizado, en él Sherman “*se enmascara con distintos ropajes*” (Copjec, 2002/2006: 105). Tal decodificación del esquema conceptual de su obra constituye un esfuerzo por dar sentido a los múltiples y contradictorios auto-retratos a partir de utilizar marcos de análisis íntimamente ligados a mecanismos de la fotografía que refrieren a teorías de la verdad y de la representación específicas.

⁶¹ Véase la aproximación analítica que Viviana Gravano (2009) realiza sobre la obra de Claude Cahun – sus producciones fotográficas se ofrecen para posibles articulaciones con el pensamiento de Judith Butler.

Sherman y la crítica del voluntarismo en Judith Butler

No faltan quienes, desde un punto de vista posmoderno, afirman que la obra de Sherman expone cabalmente el carácter imaginario del *Yo*. El hecho de que sus fotografías nieguen el discurso de la autenticidad del *self* que el autorretrato despierta convencionalmente, denuncia que no existe tal cosa como una verdadera Sherman a ser develada por una imagen más o menos fidedigna a la esencia que intenta capturar. Entonces todo parece quedar claro: el *Yo* es una ficción. Coherencia, inmutabilidad, individualidad no son más que pretensiones con una fuerte marca de la modernidad (Jameson, 1998/1999), una de las tantas ficciones con las que nos puebla el lenguaje. La imagen totalizada bajo la esfera del *Yo* constituye, bajo algunas miradas, un papel impuesto socialmente, articulado en un nivel discursivo que excede los límites biográficos de cualquier identidad individual. Tales consideraciones son compatibles con las críticas que apuntan a descentrar al Sujeto moderno y sus falacias. Sin embargo, como Meagher detecta de forma aguda, posturas en apariencia posmodernas dejan deslizar un *Yo* en construcción constante en la que el individuo es capaz de embarcarse eligiendo papeles o libretos, también inventándolos. Este deslizamiento entreteje otro de los abordajes de la obra de Sherman, atribuyéndole a la artista la capacidad de reconfigurar su identidad de manera voluntaria –auto-mutaciones posmodernas de la subjetividad que, en última instancia, reinstalan al sujeto moderno, autónomo, que pretenden desechar.

Las fotografías de Sherman articulan, en palabras de Abigail Solomon-Godeau (1991) las formulaciones más rigurosas de un posmodernismo deconstructivo y de oposición. Sea lo que fuere tal cosa, pensadores del campo del arte como Douglas Crimp y Craig Owens parecen acordar con tal aseveración al detectar en la estética de Sherman la irrupción de la sensibilidad posmoderna en el arte americano contemporáneo. A criterio de Craig Owens (1992) el arte postmoderno cuestiona la idea de representación mediante la producción de signos ambivalentes e ilegibles. Estos signos, nos dice Owens, evocan significados incongruentes y contradictorios, con el fin de interrumpir el mensaje convencional y la supuesta coherencia de una imagen (Owens, 1992). A partir de aquí, para Owens, *Untitled Film Stills* de Sherman combaten el supuesto de la representación, entonces revelan la inestabilidad del significado referencial. En la misma línea, Douglas Crimp (1979) sostiene que Sherman explora la representación no como una presentación de lo pre-existente, sino más bien como una "*condición*

inehndible de la inteligibilidad” (Crimp, 1979:77). Tal es así que, desde su perspectiva, *Untitled Film Stills* perturba los códigos de representación⁶², los que en el campo de la fotografía suelen abordarse como una auténtica captura de lo real. Joan Copjec (2002/2006) instala el Interrogante: ¿Se trata de la misma mujer? ¿Una? ¿O hay varias mujeres diferentes? ¿Cómo puede alguien ser la misma si todos sus aspectos son diferentes?

Tanto Crimp (1979) como Owens (1992) sitúan a Sherman como una exponente clave de la vanguardia del arte posmoderno emergente en Norteamérica a finales de los ‘70. A nivel filosófico, teorías posmodernas, como la de Judith Butler, irrumpen en escena académica atacando las fantasías modernistas de la autonomía, la identidad y la independencia, argumentando en cambio que las subjetividades contemporáneas se caracterizan por la fragmentación, la inestabilidad y la multiplicidad (Butler, 1990a/2007). La capacidad de Sherman para la auto-transformación llegó, incluso, a presentarse como un ejemplo de lo que el filósofo feminista Susan Bordo (1993) ha llamado una imaginación posmoderna de la libertad humana respecto a la determinación del cuerpo, una fantasía posmoderna que desafía la historicidad, la mortalidad, y, de hecho, la propia materialidad del cuerpo –véase CAPÍTULO IX.

Desde una lectura apresurada, los primeros planteos de Butler en *Gender Trouble* (1990a/2007) ofrecen una plataforma analítica privilegiada para capturar la obra de Sherman. Butler plantea que “*El género es la estilización repetida del cuerpo, una sucesión de acciones repetidas –dentro de un marco regulador muy estricto– que se inmoviliza con el tiempo para crear la apariencia de sustancia, de una especie natural de ser*” (Butler, 1990a/2007: 98). En la misma línea, afirma que “*Hay que tener en consideración que el género, por ejemplo, es un estilo corporal, un ‘acto’, por así decirlo, que es al mismo tiempo intencional y performativo (donde performativo indica una construcción contingente y dramática del significado)*” (Butler, 1990a/2007: 271).

Ese hacer corporalmente reiterado que se instala como sostén del género, se encuentra comandado, a criterio de Butler, por un “*marco obligatorio de la heterosexualidad reproductiva*” (Butler, 1990a/2007: 267), idea antes desarrollada por Adrienne Rich bajo la categoría de heterosexualidad compulsiva y obligatoria (Rich, 1980/2013). Es

⁶² Esta lectura en torno a la obra de Sherman brinda una figuración notable de las críticas que Butler (1990/2007) realiza a la idea de *representación*. En este punto, también, también es preciso destacar el análisis que Michel Foucault (1966/2008) realiza de *Las Meninas* de Diego Velázquez. Allí el juego de perspectivas y miradas apuntan a trastornar la posibilidad de *representación* y, consecuentemente, descentrar la posibilidad de un sujeto unificado y unificante.

así que, como hemos visto, no existe identidad de género que anteceda a las expresiones de género, sino que son los actos corporales quienes fundan retrospectivamente la ficción de una identidad sustancial que determina nuestro ser varón o mujer. Las críticas a estos desarrollos apuntan a un voluntarismo subyacente. Si los actos determinan el género, si el *hacer* está antes que el *ser*, entonces es posible para el sujeto elegir a cada instante qué género performar y, como es sabido, la cuestión no es tan sencilla.

Tales lecturas no son leales a la obra de Butler⁶³. Tal como aclara la autora, estos actos corporales no son puestos en marcha de manera voluntaria, a modo de una elección individual, más bien emergen de una fuerte regulación disciplinaria del cuerpo. Tales actos son producidos y sostenidos a partir de signos corporales y otros medios discursivos. La idea que sigue su curso a partir de esta afirmación refiere a que el cuerpo generizado no tiene status ontológico por fuera de los variados actos que componen su realidad –véase CAPÍTULO IX.

Los desarrollos teóricos de Judith Butler fueron interpretados en el mismo sentido convencionalmente referido a la obra de Sherman, a saber: el trabajo de Sherman confirma nuestra libertad de elegir el modo en que nos presentamos ante el mundo, pues podemos adoptar cualquier papel que queramos y podemos cambiarlo a cada instante. No llama la atención que *Gender Trouble* (1990a/2007) de Judith Butler nos habilite a interpretar la obra de Sherman como un continuo deslizarse, casi sin esfuerzo, dentro y fuera de todo un elenco de personajes. Una interpretación errónea de los planteos butlerianos nos conduce a reconocer en las fotografías de Sherman un sujeto que es libre de elegir los papeles que ocupa. La identidad es figurada en constante cambio, ocupando y desechando papeles a una velocidad caleidoscópica. Portando una identidad en clave posmoderna, Sherman ocupa roles bajo un modelo teatral. Se trata de un sujeto separado de los roles sociales, que puede entrar y salir, identificarse y desidentificarse sin interrupciones de las identidades ordenadas normativamente bajo la esfera social.

⁶³ En un escrito temprano, Judith Butler (1982/1996) plantea explícitamente que “*La idea de que algún modo nosotros elegimos nuestro género plantea un rompecabezas ontológico. (...) Si siempre estamos generizados de antemano, inmersos en el género, ¿qué sentido tiene decir que elegimos lo que ya somos? La tesis (...) postula un yo elegido anterior al género que elige, parece adoptar una visión cartesiana del yo (...). Esta visión del yo va contra los descubrimientos contemporáneos de la construcción lingüística de la acción personal* (Butler, 1982/1996: 305).

El cuerpo oculto de Sherman... o Butler resituada

En suma, tal modelo de subjetividad que invoca una lógica posmoderna que celebra la capacidad de adaptación de Sherman, es compatible con las formas en que suelen interpretarse los escritos iniciales de Butler. Sus planteos son reducidos a un modelo teatral de la subjetividad que re-instala al sujeto moderno bajo la imagen del *pastiche*, de la parodia, de la imitación y de la apropiación⁶⁴. El pensamiento de Butler alimenta la idea de que las identidades se suceden fácilmente y son infinitamente maleables debido a la lógica de las identificaciones que se encuentra a su base.

Meagher (2007) señala, por otra parte, que tales modelos posmodernos no logran establecer relaciones con aspectos corporales de la subjetividad. En la medida en que la obra de Sherman ha sido enmarcada por estos discursos, aquí representados bajo la perspectiva butleriana desplegada en *Gender Trouble*, la cuestión del cuerpo –en general, y el de Sherman en particular– no ha sido suficientemente abordado. Los pocos críticos que refieren al cuerpo de Sherman, tal como explicita Meagher, lo describen como una pizarra en blanco, como una base neutra en la que se inscriben los innumerables rostros de la muchacha en sus múltiples formas de realización.

En este contexto, Michelle Meagher (2007) retoma una declaración de la artista en relación con los personajes que pueblan sus autorretratos. Menciona Sherman que la composición de los personajes no se produjo a través de una selección consciente de roles específicos, más bien a partir del juego y de la improvisación. Abandonada en la empresa de un acto lúdico, Sherman comenzaba a utilizar maquillajes y vestimentas dejándose trasladar sin un personaje en mente que estableciera de punto de llegada prefijado. A tales declaraciones Meagher (2007) anexa una opinión de Gerard Marzorati, quien sostiene que los personajes presentes en la obra de Sherman son

⁶⁴ Frederic Jameson señala la existencia de un dilema estético a partir de la muerte del sujeto declarada por el posmodernismo, pues “*si la experiencia y la ideología del yo único (...) están terminadas y acabadas (...) [sumado a que] los artistas de la hora actual no pueden ya inventar nuevos estilos y mundos (...)[entonces sólo queda el] pastiche: en un mundo en que la innovación estilística ya no es posible, todo lo que queda es imitar estilos muertos, hablar a través de las máscaras y con las voces de los estilos del museo imaginario...*” (Jameson, 1998/1999: 20-22). Desde otro punto de vista, Mercedes Bunz (2007) encuentra la idea de resistencia en el arte apropiacionista. Menciona que “*el momento de la resistencia comienza con la exposición de la alienación y no con su eliminación (es imposible escapar de ella). (...) es ese el lugar de la resistencia en el arte apropiacionista: en realidad no se trata de una verdadera apropiación. Es una apropiación como alienación, la apropiación de una forma que no será hecha propia sino que conservará su otredad. Su apropiación de lo otro en tanto otro (...)*” (Bunz, 2007: 64). Finalmente observa que “*la constitución del sujeto (...) implica siempre (...) el sometimiento a un formato determinado visible y perceptible. La insistencia de la alienación nos antecede y (...) en lugar de lamentarla, mejor sería que tuviéramos en claro lo siguiente: se trata de un elemento peligroso, un elemento que puede ser transformado en un arma*” (Bunz, 2007: 66).

mujeres que han constituido referentes para la artista, con quienes se ha identificado en el transcurso de su vida.

Tanto las declaraciones de Sherman como la opinión de Marzorati instalan la posibilidad de una aproximación diferente respecto de la composición en cuestión. Se trata de descripciones provocadoras sobre los personajes que Sherman encarna en buena parte de su trabajo, pues oponen un modelo teatral de la identidad con un modelo en el que la femineidad se entiende como un efecto de normas reguladoras y hábitos performados por, e incardinados en, un cuerpo vivido. La descripción de Sherman de su práctica sugiere que su trabajo está motivado por la improvisación, no por intenciones. Se trataría, entonces, de una experiencia encarnada. Estos personajes no fueron voluntariamente elegidos. Surgieron de recuerdos e inscripciones internalizadas, significaciones culturalmente consagradas, normas de género que operan en la materialización y puesta en forma de los cuerpos (Butler, 1993a/2008).

La nueva mirada de la obra de Sherman enfatiza las similitudes y no la variabilidad entre los personajes que componen los múltiples auto-retratos. Desde aquí es posible notar que las imágenes sólo son ligeramente diferentes entre sí. Los personajes parecen representar menos la diversidad femenina que ligeras variaciones sobre un único tema. Sherman no está creando un elenco de personajes múltiples, más bien expone materializaciones corporales performativas de género.

Por otra parte, no sorprende que la presencia del cuerpo de Sherman constituya una clave ineludible para el análisis de su obra. A pesar de que el cuerpo en cuestión suele ser descrito como capaz de transformaciones múltiples, cualquier observador atento puede advertir que las transformaciones de Sherman son, en cierto modo, limitadas. Los personajes no son radicalmente diferentes entre sí –comparten características físicas, toman posturas similares, poseen actitudes similares hacia la cámara–, lo que nos permite instalar el problema de los límites de la performance de un sujeto voluntarista, ante que sus infinitas posibilidades irrestrictas. En la escalada deconstructiva que integra la fantasía posmoderna de transformación sin límites, se pasa por alto la materialidad del cuerpo de la artista⁶⁵. Más específicamente, pasa por alto la fuerte carga normativa

⁶⁵ Joan Copjec (2002/2006) ha notado que un cúmulo significativo de comentaristas han señalado que *“las aspiraciones de estas mujeres están obstaculizadas por los cuerpos que las disputan. Las fotografías abren una brecha entre las imágenes ideales que emulan estas mujeres y la desobediencia de lo que corporalmente son, de sus circunstancias físicas reales: los brazos de ésta son un poco pesados, los tobillos de esa otra se ven demasiado gruesos, el vestido chillón y barato de aquella otra no armoniza con el escenario romántico que pretende evocar (Copjec, 2002/2006: 111).*

que produce un arco de fuertes restricciones en el proceso de materialización de los cuerpos, donde el juego de identificaciones múltiples a la base de la posibilidad de pensar identidades diversas más allá del incardinamiento en el dimorfismo sexual se torna muy dificultoso, sino imposible, y, por lo pronto, ausente en la obra de Sherman. En suma, como contrapartida de la idea de que el cuerpo de Sherman es una base neutra es posible argumentar a favor de una mirada que localice el cuerpo en términos de procesos de materialización, proceso regulado en un campo entretejido por fuertes y apremiantes restricciones y demandas simbólicas que posibilitan pero al mismo tiempo limitan las actuaciones de la artista.

Sea como fuere, aceptar la existencia de restricciones incardinadas implica reconocer las formas en que la sedimentación de las normas de sexo/género ha moldeado una morfología imaginaria corporal, proceso que restringe el tipo de personajes que emergen en las improvisaciones de Sherman. Este punto de mira aboga a favor de las aclaraciones que Judith Butler en *Bodies that matter* (1993a/2008) frente a las fuertes críticas esgrimidas contra *Gender Trouble* (1990a/2007). La idea de Butler que refiere a los cuerpos como depositarios de la cultura en su materialidad misma resitúa, por un lado, las actuaciones desplegadas como “*prácticas citacionales instituidas dentro de (...) un ámbito de restricciones constitutivas*” (1993a/2008: 164), pero, al mismo tiempo, acota la retórica posmoderna que se apropia de la obra de Sherman como rasgo ejemplar de la capacidad aparentemente ilimitada para la auto-recreación, decodificando la secuencia de personajes en términos de improvisaciones posibilitadas por un campo de restricciones.

El anclaje foucaultiano de las reflexiones de Butler nos invita a pensar sobre la imposibilidad de lograr localizaciones exteriores a las producciones discursivas (Butler, 1993a/2008; Foucault, 1976/2008). Debido al modo en que los procesos de constitución subjetiva se encuentran ligados desde el comienzo con las normas culturales, preexistentes, se torna difícil alimentar tal idea de libertad. Todas las identidades que pone en marcha Sherman se encuentran bajo el espectro de la producción cultural normativa. Ninguna de las formas en que estos papeles son producidos culturalmente posee tal grado de radicalidad como para liberar a Sherman de su propia identidad. Más que esta idea, propongo concebir al funcionamiento identificador de modo tal que no arrastre la norma hacia sí en la producción identitaria, más refigurar la identificación con una lógica *ex-stática*, un sujeto que se arroja fuera de sí mismo, cuyo anclaje estable

que otorga permanencia debe pensarse en la materialización corporal del sujeto incardinado⁶⁶.

Ahora bien, la norma es constitutiva de la subjetividad incardinada. Los roles que promulga Sherman son guiados por un conjunto de normas sedimentadas en su propia materialidad corporal, especie de molde que restringe la proliferación paródica de múltiples formas *ex-nihilo* de habitar el género. Si bien Butler troca la lógica de las identidades por la de las identificaciones, múltiples e inestables, éstas no son comandadas por un sujeto preexistente, sino por un campo configurado a partir de valencias y juegos simbólicos de poder sedimentados en el propio cuerpo, el cual opera como un horizonte epistemológico que restringe la posibilidad de modelos identificatorios radicalmente nuevos y subversivos. Es, entonces, la instauración del dimorfismo sexual sustancializado que opera como obstáculo y restringe la posibilidad de configurar identidades que trasciendan la estructura binaria del género.

La nueva mirada sobre la obra de Sherman es subsidiaria de las tensiones que el pensamiento de Butler despliega en *Bodies that matter* (1993a/2008). Allí la autora reconsidera la radicalidad de algunas aseveraciones realizadas en *Gender Trouble* (1990a/2007) respecto al sexo. Aquí el foco ya no se encuentra sobre el género en términos de performance corporal. El epicentro para el abordaje del cuerpo sexuado se desplaza hacia la compleja y densa relación entre materialidad y discurso. Dicho de un modo más exacto, “*las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo*” (Butler, 1993a/2008:18). Tal como la propia autora refiere, sus interrogantes apuntan hacia dos direcciones, a saber: “*¿Cuáles son las fuerzas que hacen que los cuerpos se materialicen como ‘sexuados’, y cómo debemos entender la ‘materia’ del sexo y, de manera más general, la de los cuerpos, como la circunscripción repetida y violenta de la inteligibilidad cultural?*” (Butler, 1993a/2008:14).

Es así que Butler somete a análisis crítico el estatuto ontológico de la materialidad del cuerpo procurando, al igual que en *Gender Trouble* (1990a/2007), de no quedar adherida a la ontología de la sustancia. Para ello, la autora continúa abordando el asunto

⁶⁶ Para ver un punto de vista en esta línea que anuda el lugar de las normas culturales, el límite al juego identificatorio ligado a las *performances* subversivas de un sujeto voluntario, el lugar del cuerpo como restricción al juego identificatorio indeterminado y la propuesta de reconcebir la identificación bajo la lógica del sujeto *ex-stático*, véanse los desarrollos de Kaja Silverman que giran en torno a la idea de *cuerpo-igual-a-sí* sistematizados en el CAPÍTULO VII.

en clave foucaultiana al delimitar “*la materia de los cuerpos como el efecto de una dinámica de poder, de modo tal que la materia de los cuerpos sea indisociable de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales*” (Butler, 1993a/2008:19). A partir de aquí, Butler propone “*un retorno a la noción de materia, no como sitio o superficie, sino como un proceso de materialización que se estabiliza a través del tiempo para producir el efecto de frontera, de permanencia y de superficie que llamamos materia*” (Butler, 1993a/2008:28). Tales consideraciones constituyen una plataforma analítica a partir de la cual Butler puede forjar el proyecto de analizar dimensiones de la *materia* sin apelar a un marco de referencia organizado en torno a la noción de sustancia –véase CAPÍTULO X.

Como fuere, a criterio de Butler la materialidad del cuerpo merece mayor espesor conceptual. Su aporte para contribuir a tal modelización teórica consiste en trocar la idea de materia del cuerpo/sexo por la de materialización, como proceso comandado por discursos reguladores y arreglos de poder. Es así que la materialidad del cuerpo sexuado se enmarca en un proceso de producción forzado desde el principio, nos dice Butler. Se trata de una asunción del sexo obligada, impuesta por un aparato regulador de heterosexualidad. Esto significa que no es posible escapar a la ley reguladora, por lo que su apropiación forzada es lo que articula inicialmente el cuerpo sexuado en tanto conjunto de acciones movilizadas por esa ley –“*acumulación de citas o referencias (...) que produce efectos materiales*” (Butler, 1993a/2008:34).

Desde este punto de mira, tal carácter citacional constituye la materialización del cuerpo sexuado en términos de una materialidad contorneada. Se trata, en última instancia de una forma ideal que captura y constituye al cuerpo, una morfogénesis que opera en el mismo proceso que permite la emergencia de la subjetividad a partir de un conjunto de proyecciones identificatorias (Butler, 1993a/2008). Butler apela a la idea de identificación como mecanismo regulado por la norma social. En su formación, el sujeto interioriza la norma mediante identificación. Sin embargo la manifestación del poder establece sitios temidos para la identificación. La identificación posee modelos denegados de antemano, abyectos. Los sujetos, entonces, no se identifican con lo abyecto, zonas marcadas por la amenaza al castigo y por la falta de reconocimiento. Se trata de “*fronteras de la vida corporal donde los cuerpos abyectos o deslegitimados no llegan a ser considerados ‘cuerpos’*” (Butler, 1993a/2008:38). Entonces podemos

delimitar, junto a Butler, la “vinculación de este proceso de ‘asumir’ un sexo con la cuestión de la identificación y con los medios discursivos que emplea el imperativo heterosexual para permitir ciertas identificaciones sexuadas y excluir y repudiar otras” (Butler, 1993a/2008:19).

Claramente la autora deslinda un régimen heterosexual que no sólo organiza los cuerpos, sino que los materializa en el proceso mismo de construcción. Tal proceso se encuentra comandado por fuertes restricciones en donde se negocian, incluso, los límites de lo humano. En palabras de Butler,

Esta matriz excluyente mediante la cual se forman los sujetos requiere pues la producción simultánea de una esfera de seres abyectos, de aquellos que no son ‘sujetos’, pero que forman el exterior constitutivo del campo de los sujetos. Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas ‘invivibles’, ‘inhabitables’ de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo ‘invivable’ es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos (Butler, 1993a/2008:19-20).

Las conceptualizaciones butlerianas sobre la materialización del cuerpo sexuado instauran un nuevo horizonte epistemológico a la hora de pensar el asunto. El entrecruzamiento que la autora realiza entre normas corporales y la formación del sujeto en función de la dimensión de lo abyecto sin dudas genera nuevas posibilidades de reflexión y crítica. Butler se esfuerza por delimitar aquellos mecanismos que explican cómo algunas configuraciones o formas de incardinamiento/corporización son desterrados del dominio de la inteligibilidad que otorgan las formas ideales que imprime el sexo, esto implica, en términos butlerianos ser desterrados, expulsados, más allá del territorio que delimita lo humano. A partir de aquí, la autora configura un potente armamento analítico a partir del cual es posible imaginar a los cuerpos abyectos con el potencial subversivo de imprimirle “una resignificación radical a la esfera simbólica, (...) desviar la cadena “de citas” hacia un futuro que tenga más posibilidades de expandir la significación misma de lo que en el mundo se considera un cuerpo valorado y valorable” (Butler, 1993a/2008:47).

Butler nos habla, en esta línea, de política citacional, entendiéndola como

una reelaboración específica que transforme la abyección en acción política (...) representa la performatividad como apelación a las citas con el propósito de dar nueva significación a la abyección (...), para transformarla en desafío y legitimidad. (...) se trata de una politización de la abyección, en un esfuerzo por (...) impulsar su apremiante resignificación. (...) esta estrategia es esencial para crear el tipo de

comunidad (...) en la que las vidas queer lleguen a ser legibles, valoradas, merecedoras de apoyo, en la cual la pasión, las heridas, la pena, la aspiración sean reconocidas sin que se fijen los términos de ese reconocimiento en algún otro orden conceptual de falta de vida y de rígida exclusión” (Butler, 1993a/2008:46-47).

Hacia el carácter ineludible del cuerpo

El pensamiento de Butler, entonces, guarda en sí la potencialidad de contribuir desde una potente reformulación *queer* de la abyección corporal. El contexto de la obra de Sherman ofrece una muestra del escenario de restricciones dentro del cual se producen las improvisaciones. El cuerpo como un *locus* en el que convergen marcas sociales que lo capturan, aunque no lo determinan. Al ver las disposiciones de género en los primeros trabajos de Sherman es posible apreciar las restricciones corporales que subyacen a las actuaciones. Entonces, la posibilidad de que su trabajo figure la potencial transformación sin límites de la identidad pierde sentido a la luz de las teorizaciones de Butler. Ante los enfoques posmodernos se impone la necesidad de la mirada butleriana sobre el cuerpo junto a un nuevo sentido de la materialidad. Esta perspectiva resulta valiosa a la hora de teorizar al sujeto articulado en función de las normas sociales, las que operan y constituyen el cuerpo como algo más que simplemente el suelo inerte sobre el cual se promulgan actuaciones. El sujeto se refigura, entonces, como la sedimentación normativa profundamente vinculada a disposiciones corporales. Es así que las múltiples miradas de la obra de Sherman nos convocan a continuar pensando el espacio de la agencia, descrito por Butler como profundamente paradójico, espacio donde libertad y restricción se anudan e implican mutuamente.

SEGUNDO NÚCLEO CONCEPTUAL

CUERPO

CAPÍTULO VI
CUERPO
LA MIRADA DEL PSICOANÁLISIS NORTEAMERICANO

*Nos encontramos a cada lado de un mismo espejo.
Pero ni unos ni otros conocemos su curva o
superficie*

COPI, *La guerra de las mariconas*

Presencia/ausencia del cuerpo

El *cuerpo* no ha sido sometido a un examen epistemológico explícito en las producciones pertenecientes al psicoanálisis norteamericano, al menos en las fuentes rastreadas para este estudio. Sin embargo es posible notar el modo en que los autores referenciados apelan constantemente a tal categoría como núcleo de referencia último que se agota en sí mismo y, como tal, no exige un examen específico. Aquí se ofrece, entonces, un rastreo de los modos en que el cuerpo es figurado en el psicoanálisis norteamericano. En primer lugar se presenta el modo en que el cuerpo se ha modelado teóricamente en escritos clásicos, que han marcado la perspectiva teórica presente, de manera explícita o subyacente, en los desarrollos actuales. En segundo lugar se expone el lugar del cuerpo en producciones teóricas que intentan dar cuenta de construcciones psíquicas diferenciales de acuerdo al sexo –en la meticulosa búsqueda bibliográfica no se hallaron producciones que aborden la temática desde una perspectiva en la que el cuerpo se dibuje como alguna otra cosa que la base sustancial y natural que determina no sólo la identidad de género, sino la especificidad de lo psíquico.

El cuerpo en los aportes clásicos

La referencia nuclear en torno al cuerpo está dada por los aportes de Paul Schilder (1931). Tal es así que el grueso de los trabajos, dentro del espectro del psicoanálisis norteamericano, que abordan tal categoría se ven obligados a referenciarlo. Sus aportes se interrogan, fundamentalmente, acerca de las relaciones específicas que el ego mantiene con el cuerpo. Desde su punto de vista, el cuerpo se diferencia de cualquier objeto del mundo, pues el cuerpo mantiene una relación de cercanía con el ego, mientras

que el mundo constituye un objeto distante. En cualquier caso, el ego siempre se enfrenta a sus objetos, uno de los cuales es el cuerpo. En su concepción las imágenes, pensamientos, sentimientos y percepciones poseen como condición previa la existencia del ego, el que mantiene constantemente *la intención de objeto*. Cabe aclarar que Schilder entiende por ego a toda realidad psicológica uniforme y constante, aquello inmutable a lo largo de toda la vida. Este ego que Schilder delimita permanece incompleto sin el cuerpo –ese objeto que, en cuanto su mitad, lo completa: *mi cuerpo*.

Paul Schilder (1923) fue pionero, por otra parte, en conceptualizar la idea de *imagen del cuerpo*, como aquella representación que se desarrolla y permanece dentro de la alternancia y el constante cambio producto de la interacción continua del cuerpo y el ambiente –mediante impresiones o estímulos táctiles, kinestésicos o visuales. Por lo tanto, si existe un grave desequilibrio entre el interior y la sensibilidad periférica, la formación de la imagen corporal se verá seriamente perjudicada. Posteriormente, en esta misma línea, Greenacre (1958) destaca el lugar del cuerpo en el establecimiento de la identidad, en relación con el proceso de individuación. Este autor enfatiza aspectos dinámicos al señalar que el *sentido del yo*, ligado a la imagen del cuerpo, se mantiene y se vitaliza constantemente a partir de la redefinición continua que acompaña la comparación y el contraste con el cuerpo de los demás. Por su parte Schilder (1923) deja claro que el ser humano no es consciente de sí mismo mediante sus sensaciones propioceptivas. La fuente a partir de la cual se construye la realidad psicológica en general, y del cuerpo en particular, proviene de estímulos que se transmiten principalmente a través de la piel, y del resto de los órganos senso-perceptivos, que el autor agrupa bajo la categoría de *sensaciones límite* –aunque el autor no es explícito al respecto, probablemente tal denominación proviene de su idea referente a que toda realidad psicológica se articula a partir de la formación de un *auto-límite* derivado de estos estímulos.

Hartmann y Schilder aseguran que las sensaciones que integran la experiencia subjetiva de nuestro cuerpo proceden de zonas localizadas a penas por debajo de la superficie y, sobre todo, de los orificios del cuerpo (Mahler & McDevitt, 1982). Destacan que la experiencia inmediata de la parte interior de nuestros cuerpos se reduce a la percepción de una mera masa pesada y, en lo que respecta a las partes del cuerpo, sólo se registran a partir de un leve sentido de la gravedad. No obstante, Schilder y Wechsler (1935) investigaron empíricamente qué ideas tienen los niños acerca del interior de sus

cuerpos. Los resultados parecen sugerir que los niños *normales* prestan poca atención al interior de sus cuerpos y se centran en la periferia. Un resultado a destacar: ante la pregunta respecto a *qué hay debajo de su piel, en el interior de su cuerpo*, la mayor parte de los niños respondieron con convicción ¡*Yo, yo mismo!* A partir de aquí los autores destacan una paradoja de nuestra experiencia corporal: a pesar de que las sensaciones que se toman en cuenta para la construcción de la imagen del cuerpo provienen de la superficie del cuerpo, nadie considera ni localiza su ser en la superficie de la piel. La realidad psicológica es localizada dentro de los límites de la piel, a pesar de no tener representaciones sutiles o refinadas acerca del interior de nuestro cuerpo. Por otra parte, los autores afirman que esta idea de *piel que contiene* se vincula con la representación de nuestro cuerpo como un todo, representación emblemática de nuestro propio ser coherente y monolítico. Cabe destacar que los autores sugieren que la coherencia del ego se desprende del carácter total propio de la *gestalt* del cuerpo garantizado, justamente, por el carácter envolvente de la piel.

Es así que, para este conjunto de autores, el núcleo de nuestro sentido de identidad individual depende de la integración del *self corporal* –proceso gradual que, según los autores, apenas se expresa a través de comportamientos específicos. Hartmann y Schilder (1927, en Mahler & McDevitt, 1982), así como Schilder y Wechsler (1935), acuerdan en señalar que existen dos grupos de esquemas del *self corporal*. Un grupo refiere a los mecanismos de formación del *auto-límite*. Otro grupo refiere a la integración de partes del cuerpo en función de una imagen corporal total que asegura, por otra parte, la función sintética del ego, tal como Schilder lo ha descrito.

Gran parte de las conceptualizaciones sobre el cuerpo, en la literatura específica del psicoanálisis norteamericano, refieren al texto freudiano *Inhibición, síntoma y angustia* (1926b/1979), donde el cuerpo es vinculado a las experiencias de dolor (Zsazs, 1955). De acuerdo a este punto de mira, el dolor articula la dimensión del cuerpo con el *ego*. El *ego*, en tanto espacio psíquico, no sólo toma como objetos a otras personas a lo largo del desarrollo, sino que también se relaciona y toma al propio cuerpo como un objeto más. Zsazs intenta demostrar las limitaciones de la teoría psicoanalítica clásica ya que, a su criterio, no permite integrar adecuadamente al dolor dentro de su marco explicativo. Por otra parte destaca las ventajas teóricas que brinda entender al cuerpo en términos de objeto.

A partir de Freud (1926b/1979), Zsazs (1955) no duda en afirmar que el cuerpo adquiere representación psíquica en varios registros. Algunos aspectos permanecen en el *Ello* –por ejemplo aspectos pulsionales que surgen, al menos en parte, de ciertas zonas del cuerpo denominadas erógenas (Freud, 1905/1979). Otros aspectos permanecen bajo la esfera del *ego* –por ejemplo el concepto que comienza a construirse tempranamente denominado *self corporal*. Es en este punto donde Zsazs señala la necesidad de nuevos aportes en torno al cuerpo, ya que ninguna de estas inscripciones mencionadas permite pensar la dimensión del cuerpo en su mayor complejidad posible. Del mismo modo, señala el autor, tampoco alcanza con sumar a los modos de representación antes mencionados la idea respecto al cuerpo como parte de la *realidad externa*. Para Zsazs (1955), los conceptos de Ello, yo y superyó, junto a la idea de realidad externa, no son suficientes a la hora de lograr una comprensión acabada sobre el dolor como proceso relacionado con el cuerpo. No ajeno al contexto norteamericano, el autor toma la teoría de las relaciones objetales, pues esta noción refiere a un proceso de interacción mutua entre el yo y algún otro sistema al que la teoría denomina *objeto*. Desde este punto de mira el ego y el objeto son conceptos complementarios –no es posible comprender la actividad del ego separadamente de su relación con los objetos. Entonces, el cuerpo es considerado como un objeto *vis a vis* con el ego. A pesar de que Zsazs entiende por ego a una organización coherente de los procesos mentales, ancla en Schilder la idea de que el ego se relaciona con el cuerpo en tanto un objeto.

Otros autores norteamericanos que también asumen el supuesto de que el cuerpo es un objeto del ego son Anna Freud (1952), Joachim Flescher (1948) y Ralph Greenson (1954b), entre otros. Tal conjunto de autores enfatizan el carácter exploratorio del vínculo que los infantes con su cuerpo, incluso bebés de pocos meses juegan con los dedos de sus pies, las manos. Las sensaciones que se desprenden de forma espontánea por el encuentro con las partes del cuerpo resultan satisfactorias para el bebé. Cuando el proceso de relación que el ego establece con las partes del cuerpo se va complejizando, progresivamente, el proceso de relación ego-cuerpo se afianza. Señala Ives Hendrick (1951) que un *instinto de dominio* motoriza al ego en su afán de adaptarse y explorar las diversas funciones del cuerpo. Por su parte Zsazs sugiere que las interrelaciones entre el desarrollo de las funciones del cuerpo y el ego constituyen un proceso de dominio progresivo que el ego ejerce sobre el cuerpo, en tanto objeto. La contracara de este proceso es la complejización en la integración ego-cuerpo.

Destaca Szasz que el ego primitivo cobra existencia a partir de la percepción de los estímulos que provienen de los objetos. A criterio del autor, un bebé completamente satisfecho implicaría la no emergencia del ego. En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud (1926b/1979) dedica comentarios al lugar del *dolor físico*⁶⁷. A partir de aquí, Szasz (1955) sitúa al dolor en el *despertar de la conciencia*, bajo la forma de displacer ligado a los estímulos desagradables que irrumpen en ese primer objeto del *self* primitivo, esto es: el cuerpo. Edoardo Weiss (1934) intenta distinguir entre el dolor físico y el dolor mental, a pesar de que su artículo muestra el carácter vacilante y difuso de tales límites⁶⁸. Por su parte, Paul Schilder (1931) y Joachim Flescher (1948) sitúan al dolor como un organizador de la imagen del cuerpo. Hay dos factores que, para los autores, tienen un papel especial en la creación de la imagen del cuerpo: el dolor y el control motor de las extremidades. Finalmente, para destacar el papel del dolor en el modo de concebir el cuerpo en la literatura norteamericana en materia de psicoanálisis, cabe señalar el aporte de Anna Freud (1952), quien destaca las maniobras de protección que el yo temprano emplea en sus intentos de evitar dolor corporal.

Otro aspecto a destacar refiere a la importancia que algunos autores otorgan a la estimulación del cuerpo del bebé a partir de los primeros contactos con la madre (Hoffer, 1949). El intercambio senso-perceptivo en los primeros tiempos de la vida no sólo contribuye a la diferenciación y, por tanto, eventualmente, a la separación-individuación; más bien parece ser condición necesaria para la emergencia del primer sentido del *self corporal* como entidad. De hecho, Hoffer establece que este contacto cuerpo a cuerpo con la madre funda un sostén mental en el que descansan la vivencia de límites corporales e, incluso, el sentimiento de estar vivo. Esto implica el logro de la integración de las imágenes que representan las partes del cuerpo en una imagen de *sí mismo* total a la que se apela cuando se ve amenazada la integridad de la imagen del cuerpo en su conjunto.

Por su parte, Lofgren (1968) ofrece una aproximación al cuerpo en términos de representación fantasmal del cuerpo. En sus desarrollos el tema es tratado a partir de una estrecha vinculación entre la inervación motora voluntaria de las partes del cuerpo y los fenómenos *fantasmales* que se ponen de manifiesto ante la pérdida, por accidente, de

⁶⁷ Butler retoma estas consideraciones y las entrama en otro contexto conceptual para mostrar el carácter construido de lo que denomina como *imaginario morfológico corporal* –véase CAPÍTULO IX.

⁶⁸ El hecho de que Butler también vuelve sobre este punto –véase CAPÍTULO IX– no deja dudas respecto a que, pese a no referenciarla, Butler conoce la literatura psicoanalítica clásica que aborda la categoría es cuestión

tales partes del cuerpo. Menciona que, a diferencia de las extremidades, las partes del cuerpo que no tienen motilidad voluntaria no producen fenómenos *fantasma* compensatorios. A partir de allí, Lofgren concluye que en aquellas partes corporales donde no hay movimiento intencional, voluntario –el autor utiliza el pene como un ejemplo– no hay fantasma. El pene, a criterio de Lofgren, posee tal grado de autonomía que adquiere un carácter de objeto *vis a vis* con el resto del *self*, cuyo anclaje en la imagen corporal posee otro estatuto al eludir la función sintética del yo. Por ejemplo, nos dice, en los inicios de la vida, cuando aún no existe un ego –contracara del hecho de que los bebés no dominan voluntariamente los movimientos de las partes de su cuerpo– el bebé experimenta manos o pies, como objetos que no le pertenecen. En suma, Lofgren enfatiza la idea que refiere al pene como una parte no anclada firmemente en el yo corporal para argumentar la importancia del movimiento voluntario en el proceso de integración de las partes del cuerpo a partir de la función sintética del yo. Todo aquello del cuerpo que eluda el control del yo muestra resistencia a ser integrado en la imagen corporal.

El cuerpo como *self corporal*

Es posible advertir que el cuerpo es tematizado en términos de *self corporal*. Los aportes de Joseph Lichtenberg (1975, 1978) resultan paradigmáticos del modo en que se aborda el tema. El autor plantea que el cuerpo debe ser entendido en relación con el concepto psicoanalítico de *prueba de la realidad* –entendida como la capacidad de distinguir entre estímulos internos y externos. Tal capacidad, señalan, se instala progresivamente a partir de diferentes etapas. Sus aspectos se refinan a lo largo de un desarrollo progresivo (Mahler & McDevitt, 1982). De este modo la realidad adquiere formas más complejas desde el punto de vista del individuo, donde la discriminación interior y exterior es sólo un eslabón inicial del proceso. Las operaciones que permiten la prueba de realidad implican al cuerpo como una superficie sin la cual no es posible el procesamiento de la realidad.

Claramente, el foco se centra en la actividad psíquica que emerge a partir de las sensaciones y de las funciones del cuerpo en tanto primer objeto de la realidad a ser domeñado. Se encuentra en la base del sentido de la realidad que debe ser experimentada en términos de unidad y constancia. No ajeno a la marca norteamericana que ha hegemonizado las modalidades en que los pensadores del campo psicoanalítico

abordan las explicaciones, Joseph Lichtenberg (1978) se propone desplegar una línea de desarrollo del *self* corporal, entendiendo que el sentido del *self* es siempre una mezcla equilibrada de todos los aspectos de la propia experiencia que emergen a partir de la realidad corporal.

El cuerpo, entonces, es el contacto inicial con la realidad. Del registro incipiente de las sensaciones, estímulos y de la sensorialidad del cuerpo comienza a construirse lo psíquico (Mahler & McDevitt, 1982). Claramente la esfera de aquello que el autor denomina como *self corporal* es delimitado, de manera explícita o subyacente, en término de esfera interna que debe ir diferenciándose, en grados de complejización creciente, respecto de la realidad. La realidad es entendida en términos de un mundo objetivo, externo, al que todo individuo que transcurre de un modo esperable por la línea de desarrollo propuesta debe ser capaz de percibir y reproducir fielmente. Así, por otra parte, la realidad es equiparada con los eventos y objetos (animados e inanimados) del mundo exterior. Se instalan como dos esferas diferenciales las percepciones y objetos externos, por un lado, y los recuerdos y fantasías, por otro. El grado de contaminación entre ambas esferas instala un *continuum* entre normalidad y patología (Mahler & McDevitt, 1982). El peso otorgado a la naturaleza objetiva de la *realidad* como una entidad psicológica es notable. Por otra parte, aspectos tales como los deseos subjetivos y dinámicas descritas como pertenecientes a la esfera de los conflictos internos adquiere su lugar, pues los autores reconocen que la percepción no siempre es fiel a la realidad. Esto se debe a problemáticas ligadas al campo de la patología, cuya dinámica se explica a partir de trastornos que surgen en las tempranas relaciones de objeto y tempranas identificaciones.

Por otra parte, el *sentido de realidad* (Weisman, 1958; Frosch, 1964; Novey, 1966) adviene como un concepto que puebla los contextos semánticos en los que aparecen las categorías de cuerpo y realidad. Todo parece indicar que la idea de *sentido de realidad* irrumpe para conceptualizar aspectos patológicos delimitados a partir de los desajustes respecto a la realidad objetiva. Entre los autores existe consenso en entender por tal concepto a un cúmulo de fenómenos que gravitan en la esfera experiencial. A partir de allí el *self corporal* queda ligado a la gama completa de experiencias centradas en diferentes niveles del cuerpo: su *superficie*, su *interior* y las imágenes (conscientes, preconscientes e inconscientes) que el *self* ha logrado modelar a partir de tales experiencias.

Una gama significativa de autores enfilados en la tradición de Schilder (1923, 1931) enfatizan la idea de cuerpo como objeto de la realidad a ser representado. Las imágenes producto de esta actividad integran diferentes registros, pues son componentes del ello (imágenes inconscientes), del yo (que organiza el esquema corporal), y del superyó (ideales y prohibiciones centradas en el cuerpo). Desde esta tradición es que leen la idea de *self corporal* en Freud, quien describió el lugar del cuerpo, aseguran, como el núcleo del yo. En sentido estricto, Freud mencionó que “*el yo es sobre todo (...), él mismo, la proyección de una superficie*” (Freud, 1923a/1979: 27) –a pie de página, aclara: “*O sea que el yo deriva en última instancia de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo. Cabe considerarlo, entonces, como la proyección psíquica de la superficie del cuerpo, además de representar, como se ha visto antes, la superficie del aparato psíquico*” (Freud, 1923a/1979: 27-28).

Como fuere, la idea de *self corporal* supone que la experiencia del cuerpo es el núcleo alrededor del cual se forma el *self*, por lo tanto, el *self corporal* emerge en la temprana infancia. El *self corporal* deriva, entonces, de la superficie del cuerpo y se refiere a los límites del cuerpo, que permiten establecer, en última instancia, los límites entre lo interior y lo exterior, el yo y lo no-yo. A estas consideraciones Lichtenberg (1978) agrega que el *self corporal* refiere, también, a una importante agrupación de imágenes cargadas de emoción que representan la experiencia corporal, la que se extiende más allá del período infantil, durante toda la vida y, además, comprende la totalidad de la experiencia del cuerpo –superficiales e internas. Las imágenes del *self corporal* pueden ser diferenciadas, entonces, de (1) las imágenes no centradas en el cuerpo, de (2) las imágenes del yo experimentado en relación a los objetos vistos como claramente separados, y de (3) las imágenes del *self* grandioso asociado con imágenes idealizadas de sí mismo (Lichtenberg, 1975).

El sentido de la realidad del *self corporal* da cuenta del modo en que el cuerpo contribuye al sentido de realidad del individuo. Es el cuerpo y sus patrones –como el hambre, el sueño, el dolor–, los límites de su superficie y su funcionamiento los que otorgan realidad al Yo en términos de una unidad cohesionada. Tal sentido de realidad del *self corporal* se desarrolla en una serie de etapas confusamente delimitadas:

(1) La primera etapa refiere delimita al cuerpo como el medio a partir del cual la realidad psíquica experimenta sus sensaciones e intensidades. Es así que durante esta

etapa infantil temprana, la realidad comienza a diferenciarse de aspectos internos a partir de la intensidad de la experiencia corporal.

Durante este período, el *infans* experimenta psíquicamente su cuerpo en términos fragmentarios. Es a partir de este modo de experiencia que comienza a operar la prueba de realidad. Las experiencias, en la gama de sus intensidades, permiten la emergencia de representaciones ancladas en el funcionamiento físico del cuerpo y sus estímulos. Por otra parte, el sentido de la *realidad* en esta etapa temprana de la infancia constituye un reflejo directo del modo fragmentario en que se experimenta el cuerpo. Cuanto más intensa, en un rango que permanece por debajo de un umbral aceptable, más fuerte es el sentido de realidad. Finalmente, si bien el sentido de realidad comienza a funcionar de esta forma, la prueba de la realidad no opera en esta etapa temprana del desarrollo, pues se trata de una función propia del yo que es capaz de diferenciarse de los objetos. Más tarde, el yo emplea la calidad de la intensidad y vivacidad sensorial para diferenciar las percepciones de la *realidad* respecto de la actividad mental *interna*. Este criterio, en la experiencia infantil temprana, está sujeto a fallas patológicas en donde la intensidad de las alucinaciones, sueños y sensaciones somáticas puede dar lugar a un fuerte sentido, aunque *falso*, de *realidad*.

En este marco adquiere especial relevancia las experiencias que ocurren en el vínculo madre/bebé. Entre el adulto encargado de crianza y la vida psíquica del bebé opera el cuerpo y la intensidad de sus excitaciones como eslabón intermedio. Cabe señalar que, al no introducir otra dimensión en juego, todo parece indicar que los autores suponen que lo psíquico emerge desde lo biológico. No queda claro el estatuto ontológico de aquello que registra al cuerpo para dar existencia a lo específicamente psíquico. Algunas líneas desarrolladas en las producciones de los pensadores en cuestión ubican en el centro de la escena al funcionamiento de un aparato perceptual cognitivo autónomo, capaz de formar representaciones psíquicas que correlacionan con las principales experiencias corporales: sensaciones táctiles, alimentarias, hambre, movimientos digestivos, distensión del intestino y de la vejiga, estados de sueño, por nombrar algunas fuentes de la vida psíquica que recuperan los autores.

La representación de estas experiencias corporales permanece bajo un carácter fragmentario durante un período considerable de la primera infancia, pues la psique infantil no posee los medios necesarios para discriminar entre sus intermitentes ráfagas de experiencia psíquica y la *realidad*. Allí la *realidad* aún se reduce a la experiencia

psíquica. Sólo posteriormente, poco a poco, se construye una representación más general del cuerpo. Si bien esta complejización responde, de acuerdo a Lichtenberg (1975), a la relación entre representaciones corporales tempranas, el autor reconoce que el esquema corporal parte de la dotación genética constitucional del bebé.

Se trata de eventos corporales, donde el papel de la intensidad comienza como un factor cuantitativo. Por lo general, estas primeras intensidades corporales provienen de sensaciones táctiles implicadas en la alimentación –señalan los autores– y se transforman psíquicamente en la representación de un impulso y la parte del cuerpo involucrada en su satisfacción (Szasz, 1955). El impulso psíquico, modelado a partir de la excitabilidad del cuerpo, también adquiere un factor cuantitativo otorgado por intensidades variables: la fuerza con la que se experimenta el deseo y las imágenes de partes del cuerpo asociadas con su satisfacción. Es esta cualidad de intensidad la que sugiere a los autores que el ego en desarrollo se organiza en torno a la prueba de realidad. En esta línea señalan Lewin y Basch (1975, en Lichtenberg, 1978) que las percepciones son percibidas como reales en virtud de su mayor intensidad, viveza y claridad. Es así que el ego realiza un uso adaptativo del criterio de intensidad, aunque permanece sujeto a una amplia gama de distorsiones.

(2) Durante la segunda etapa, las imágenes del *self corporal* provenientes de la superficie se vuelven más diferenciadas respecto de las que emergen de aspectos internos, y son integradas bajo un todo. Es aquí cuando los límites y las fronteras de la superficie corporal son probados por el yo, instancia que, ahora, posee límites envolventes, y ha significado en términos de placer y displacer los ritmos, patrones, y estados de las funciones superficiales e internas del cuerpo. Se trata de un avance en el desarrollo, conceptualizado en términos de maduración, donde el infante adquiere coherencia psíquica al experimentar su cuerpo y la prueba de realidad a partir de criterios que establecen los límites del cuerpo y definen su estado interno.

Fundamentalmente, en este período, lo psíquico desarrolla la coherencia y la matriz de identificaciones que otorgan identidad al yo. Allí se agrupan experiencias del cuerpo y los núcleos de funciones del ego se diferencian, lo que permite la distinción entre la superficie del cuerpo y el cuerpo interno. Por otra parte, el sentido de realidad del cuerpo se desarrolla simultáneamente en dos líneas: una establece la realidad de los límites del cuerpo, otra la realidad de los estados ligados a las necesidades del cuerpo y su funcionamiento. La prueba de realidad comienza como una función de la matriz de

identificaciones del *self* incipiente, aún indiferenciado. El *self* temprano es capaz de establecer criterios de referencia primitivos para organizar el espacio, el tiempo y la causalidad. Cada uno de éstos implica criterios empleados para probar los límites del cuerpo.

(3) En la última etapa, el niño mayor emplea criterios más complejos con el objetivo de definir y poner a prueba el sentido de realidad del *self corporal* como parte de un todo, se trata del sentido de la propia cohesión. Se trata de lograr un sentido de realidad de la experiencia corporal y la prueba de la cohesión del *self*. Aquí, la superficie del cuerpo y su interior se integran en una unidad experimentada coherentemente. El cuerpo se convierte en un punto de estabilidad tanto para la cohesión del yo como para otorgar sentido a la propia experiencia en términos de continuidad y de mismidad a través de los cambios. Por otra parte, el sentido de la realidad del *self corporal* en este período contribuye a la cohesión incluso de la percepción del propio cuerpo. Un sentido bien integrado del cuerpo *interior* y *exterior* es un requerimiento para la formación de las importantes discriminaciones que componen el procesamiento de la realidad. Auto-límites estables son requisito previo para una sensación discreta del *self* separado de los objetos percibidos de forma discreta. Mahler y McDevitt (1982) señalan que la conciencia psíquica de las necesidades corporales combinada con un adecuado cuidado por parte de los padres establece un sentido interno estable de la realidad corporal, así como la creencia en una realidad compartida. Por otra parte, la experiencia del *self corporal* está sujeta a fluctuaciones que pueden ejercer un efecto perjudicial en el sentido de la realidad. También, la comprobación de la realidad de la superficie del cuerpo implica criterios de carácter cada vez más complejos para incluir la prueba de la identidad sexual y la integridad del cuerpo contra las amenazas de la situación edípica.

Interesa destacar estas últimas consideraciones ya que permiten una aproximación al modo en que, desde esta perspectiva, se entiende al cuerpo en su dimensión sexuada. Señala Lichtenberg (1978) que durante la pubertad, luego de la creciente sensación de control de todas las actividades corporales, viscerales y musculares, el individuo se enfrenta a una pérdida alarmante del control del cuerpo en forma de cambios: erecciones espontáneas o menarca. Este momento constituye un desafío al sentido de la realidad, pues en niños y niñas púberes la erección, el orgasmo y la menarca constituyen un punto focal alrededor del cual el sentido de realidad vinculado con los genitales se reorganiza, al tiempo que produce nuevo sentido del tiempo, de los ritmos del cuerpo

ligados a las necesidades sexuales emergentes, que requieren anticipación y control volitivo en la búsqueda de la satisfacción. Señala Clower (1975) que esta reformulación de la imagen corporal es de crucial importancia en la niña ya que le permite la aceptación del útero y la vagina como órganos femeninos.

En suma, tradicionalmente, el *self corporal* ha sido considerado como una superficie fáctica que permite, en principio instalar la prueba de la realidad. Es el cuerpo y su capacidad de registrar intensidades el que permite distinguir lo interno y lo externo como fuentes de estímulos diferenciales. Por otra parte el cuerpo adviene como fuente de impulsos instintivos junto a experiencias tanto a nivel de la imagen corporal como de las sensaciones del funcionamiento del cuerpo. Resultados de observaciones infantiles y la investigación clínica indican que en diferentes etapas de la vida, desde la temprana infancia en adelante, la maduración y el desarrollo del *self corporal* se integran, con el resto de las actividades psíquicas que contribuyen a la conformación del modo en que el sujeto experimenta la realidad. Es así que el desarrollo del *self corporal* en cada período involucra aspectos que contribuyen a la complejización de la prueba de realidad.

A pesar de que las producciones de los autores referenciados no son actuales continúan organizando el grueso de las producciones académicas del psicoanálisis norteamericano ortodoxo –donde el cuerpo opera como fundamento naturalizado de lo psíquico en general, y de la identidad de género en particular. A continuación interesa exponer una serie de artículos donde emerge claramente el lugar del cuerpo naturalmente sexuado en la producción lineal de la subjetividad entendida como epifenómeno de lo biológico.

La biología de los cuerpos como fundamento

Estos escritos tempranos constituyen la trama de las publicaciones posteriores a la década del 60, alimentando en ellos una perspectiva esencialista en torno al cuerpo. Esto se evidencia claramente en los aportes vinculados al desarrollo psicológico de la masculinidad y la feminidad. Como producto de este soporte teórico anclado en un cuerpo naturalizado es que los aportes psicoanalíticos sobre la identidad de género permanecen ligados a una perspectiva biológica –véase CAPÍTULO I.

El artículo de Gert Heilbrunn (1979) sintetiza la matriz teórica que de manera más o menos explícita se encuentra presente en todos los textos indagados que, dentro del espectro del psicoanálisis norteamericano, refieren al cuerpo. Bajo la preocupación de localizar los fundamentos anatómicos de los aportes freudianos, el autor se empeña en

buscar los correlatos biológicos de los conceptos psicoanalíticos. Para ello toma datos provenientes de avances en el campo de la anatomía, la neurofisiología y la neuroquímica.

Heilbrunn ancla su perspectiva biologicista en Freud. Si bien reconoce que el padre del psicoanálisis dedicó la mayor parte de su vida científica a observaciones de corte psicológico, también afirma que existen expresiones presentes en su obra que sugieren la insistencia freudiana en la importancia de la herencia, la química y los factores de la etiología. Retoma algunas afirmaciones freudianas. Por ejemplo en *Introducción del Narcisismo* (Freud, 1914/1979) respecto a que “*debe recordarse que todas nuestras provisionalidades psicológicas deberán asentarse alguna vez en el terreno de los sustratos orgánicos*” (Freud, 1914/1979: 76). Luego, en *Más allá del principio de placer* (Freud, 1920/1979) observó que “*la biología es verdaderamente un reino de posibilidades ilimitadas; tenemos que esperar de ella los esclarecimientos más sorprendentes y no podemos columbrar las respuestas que decenios más adelante dará a los interrogantes que le planteamos. Quizá las dé tales que derrumben todo nuestro artificial edificio de hipótesis*” (Freud, 1920/1979: 58-59). Posteriormente en *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* (Freud, 1926a/1979) declaró: “*dada la íntima trabazón entre las cosas que separamos como corporales y anímicas, cabe prever que llegará el día en que desde la biología de los órganos y desde la química se abrirán caminos de conocimiento —y esperamos que de tratamiento— hacia el campo de los fenómenos neuróticos*” (Freud, 1926a/1979: 217).

Dicho nuevamente, Heilbrunn aboga a favor de sostener la interrelación entre el cuerpo y lo psíquico, aunque enfatizando la dependencia de lo psíquicos respecto a las funciones que se despliegan en el sustrato orgánico. El autor reconoce el avance de las neurociencias durante el segundo tercio del siglo XX (Fonagy & Target, 2007). Desde entonces, afirma, se ha producido un giro en el campo de la neuroquímica. Para el autor es posible anclar los principios metapsicológicos del psicoanálisis en los hallazgos de la neurobiología. Heilbrunn prioriza, entonces, el modelo médico presente en la obra de Freud, a partir del cual los conceptos de su pensamiento pueden ser vinculados a un sustrato anatómico y fisicoquímicamente programado.

Sólo por mencionar algunas líneas nodales de su pensamiento, el autor decodifica la idea de pulsión en términos de dotación genética que sostiene el despliegue de una serie de impulsos instintivos de origen celular. El autor entiende que el psicoanálisis plantea

al comportamiento humano motivado por la búsqueda del placer y la huída del dolor, y aquellas experiencias dolorosas son empujadas a la esfera del inconsciente por el mecanismo psíquico de la represión. Una vez allí, los recuerdos reprimidos permanecen activos debido a esa carga emocional llamada investidura. Para ello se requiere un flujo constante de energía para contrarrestar las catexias de los contenidos potencialmente reprimido. Es así, que el funcionamiento mental gira en torno a tres polos: ego/no ego (mundo exterior), dolor/placer, actividad-pasividad. Al mismo tiempo, factores provenientes del medio inducen al ego a juzgar e integrar facultades para realizar maniobras adaptativas que conduzcan a un máximo de gratificación de impulsos y a un mínimo de displacer.

En este contexto, Heilbrunn localiza dos tipos de correlaciones orgánicas fundamentales que pueden ser exploradas para su posible correspondencia con los conceptos psicoanalíticos mencionados. El primer grupo refiere a la localización anatómica de sectores descubiertos capaces de servir como estaciones centrales para las modalidades emocionales básicas del hambre, la sed, el miedo, la rabia, la placidez, el placer y el displacer. El segundo grupo comprende datos neurofisiológicos y químicos con consecuencias de gran alcance para los procesos de memoria y aprendizaje. Las propiedades topográficas y moleculares combinadas proporcionan, para el autor, la base fisiológica de los procesos psíquicos. Todas las unidades anatómicas reciben, transmiten o generan emociones básicas a partir de la estimulación eléctrica de áreas específicas. Por ejemplo, tal como documenta el autor, la porción medial del hipotálamo y el núcleo amigdalino induce rabia, la estimulación de la circunvolución cingular anterior provoca miedo intenso, la estimulación de porción amigdalina lateral lleva el potencial para la complacencia y la intrepidez. Por lo menos siete u ocho estaciones en el sistema límbico transmiten apetitivo, impulsos sexuales placenteros, mientras que otros grupos de células generan sensaciones desagradables. También destaca Heilbrunn que estudios recientes han revelado que el *locus coeruleus* de la médula envía fibras extremadamente delgadas de no más de medio micras de espesor a través de largas distancias a la corteza y el cerebelo, lo que opera coordinando de todos los centros de placer. La rama ventral del sistema nervioso se origina en la formación reticular del tallo cerebral inferior e inerva el hipotálamo y las partes ventrales del sistema límbico, lo que regula las actividades principalmente ligadas a la motivación. La vía dorsal se origina en el *locus coeruleus* e inerva la corteza cerebral y el hipocampo, lo que regula principalmente las

funciones cognitivas. La conciencia y el registro de los estímulos entrantes dependen de toda la corteza cerebral y el sistema reticular. La integración experiencial, incluyendo el juicio y el pensamiento, ocurren con mayor probabilidad en las capas corticales de los lóbulos frontales. La formación de la memoria tiene lugar en el hipocampo. Por otra parte, puede generarse el recuerdo de eventos pasados a partir de la estimulación eléctrica de la corteza temporal.

A los fines de este capítulo interesa recortar algunos de los conceptos con los que trabaja. Una de sus preocupaciones refiere a los correlatos biológicos de la polaridad *femenino/masculino*. Para el autor, lo femenino y lo masculino pertenece al campo de la biología. Se trata de la diferencia morfológica de dos tipos de cuerpos configurados a partir de los cromosomas XX, femeninos, y XY, masculinos. Heilbrunn también nos informa que todos los mamíferos siguen un patrón embriológico femenino básico de desarrollo, hasta que un punto crítico de preponderancia de los andrógenos por sobre los estrógenos determina la masculinidad. Este giro en la preponderancia hormonal está predeterminado por el potencial genético del cariotipo XY. La ausencia de andrógenos, por otra parte, permite al organismo continuar su desarrollo en formato femenino.

Del mismo modo, el comportamiento masculino y femenino parece descansar sobre la feminización o masculinización del cerebro por los andrógenos o estrógenos. Depósitos de andrógenos experimentales en el hipotálamo de ratas hembras en un período experimental crítico tornaba agresivas a las ratas, mostraban una actitud activa ante la cópula, todas características, nos dice el autor, pertenecientes a los varones. Del mismo modo, se nos informa que implantes de estrógenos en el hipotálamo en ratas macho recién nacidos producen una *orientación femenina* de por vida en estos animales: Su actividad motora se redujo y solían adoptar una postura en cuclillas, *típicamente femenina*, que les permite ser montado por otros machos. Otro argumento utilizado proviene del comportamiento ligado al sexo de primates jóvenes, el que puede ser revertido por manipulación hormonal e intervenciones cerebrales en periodos críticos. También se referencian estudios del comportamiento de *bebés humanos masculinos y femeninos*, allí se evidencian diferencias en la fuerza muscular, la movilidad, las respuestas sensoriales, el comportamiento vincular con adultos y la aparición y calidad de juego genital temprano (Galenson y Roiphe, 1976; Kleeman, 1976). La feminización de niños y la presencia de patrones femeninos estereotipados en niñas fueron reportadas en un estudio con niños y niñas cuyas madres habían recibido progesterona durante el

embarazo. En un estudio inverso, las niñas cuyas madres habían tomado una combinación de estrógenos con progestágenos muestran efectos diferentes. Estas niñas muestran una mayor incidencia de *conducta varonil*, interés disminuido en la ropa de estilo femenino, mayor nivel de actividad e interés en el atletismo, un comportamiento más agresivo hacia padres y compañeros del mismo sexo (Ehrhardt, 1977). El autor encuentra estas observaciones en sintonía con la formulación de Stoller (1976) acerca de una fuerza biológica que influye en gran medida en la conformación de la *identidad de género nuclear*, que parece estar en consonancia con la polaridad *femenino/masculino* presente en la obra de Freud.

En cuanto al par *actividad/pasividad* el autor menciona que Freud (1915/1979) nunca cambió o modificó su afirmación original de que la feminidad se asocia con la pasividad y la masculinidad con la actividad, por ello el autor asegura que, probablemente, las características asociadas con la actividad corresponden a atributos biológicos que se encuentren en la base de configuraciones específicamente masculinas, lo mismo en relación a la pasividad y su relación con la feminidad. La contraposición *actividad-pasividad* fue descrita por Freud como “*precursora de la polaridad sexual, con la cual también se suelda más tarde*” (1917b/1979: 298), también menciona que “*el yo se comporta pasivamente hacia el mundo exterior en la medida en que recibe estímulos de él, y activamente cuando reacciona frente a estos. Sus pulsiones lo compelen sobremanera a una actividad hacia el mundo exterior, de suerte que destacando lo esencial podría decirse: El yo-sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores, y activo por sus pulsiones propias*” (Freud, 1915/1979: 129).

Las estructuras y sustancias relacionadas con la *actividad* refieren a centros cerebrales que generan conducta agresiva. Estos centros se encuentran en el hipotálamo, la corteza de la circunvolución cingulada posterior y la zona dorsomedial de la amígdala. Las hormonas encargadas de la actividad son la epinefrina y la tirotrópina hipofisaria, adrenocorticotropina, y gonadotropina que activan sus glándulas diana para liberar tiroxina y hormonas, andrógenos y estrógenos. Los productos de la tiroides promueven el consumo de oxígeno de la mayoría de las células del cuerpo y de este modo estimula el metabolismo entero. Los corticosteroides están implicados en la estimulación de la síntesis de proteínas. Los andrógenos en animales de experimentación provocan agresión bulliciosa y alegre. Los estrógenos, por su parte, causan búsqueda activa de una pareja sexual.

Las estructuras y sustancias relacionadas con *pasividad* refieren a centros estructurales de placidez que se sitúan en la mitad lateral de la amígdala, la parte posterior del hipotálamo, la parte anterior de la circunvolución del cíngulo, y el área septal. Las observaciones a partir de la estimulación de estas áreas, así como su ablación aportan pruebas que al autor le resultan convincentes sobre la programación del cerebro de los mamíferos respecto a la alternancia entre placidez y agresividad. Se puede deducir a partir de la estrecha yuxtaposición de estas estaciones que existe una relación recíproca entre ellas. Las sustancias endócrinas comprometidas con la pacificación de la acción son: hormonas pituitarias que impiden el consumo de oxígeno de todas las células, las endorfinas, la progesterona que prepara el útero para cambios progestacionales y suprime el comportamiento estral. En esta línea, investigadores como Benedek y Rubenstein (1939, 1942, en Heilbrunn, 1979) encontraron que durante el período pre-ovulatorio, fase estrogénica del ciclo menstrual, los sueños y las fantasías de mujeres estudiadas se caracterizaron por la agresividad sexual y luchas competitivas, mientras que en el período posovulatorio, período donde prima la progesterona, los sueños y las fantasías fueron de complacencia, calidez y protección. Finalmente, hormonas como la insulina y las prostaglandinas, entre otras, junto a numerosas enzimas, determinan el carácter *pasivo* del balance metabólico de energía.

Por su parte, Charles Sarlin (1963) se centra en el estudio de la identidad femenina. El autor localiza dos problemas en torno al concepto de identidad femenina vinculados al cuerpo. Por un lado la renuncia a la sexualidad centrada en el clítoris. Por otro lado, y de manera asociada, el cambio de la relación de objeto en el que la niña preedípica debe renunciar al apego materno y desarrollar una relación de objeto heterosexual siguiendo las exigencias del conflicto edípico.

Sarlin deja en claro que la identidad se basa en la integridad de la estructura del ego, que a su vez hunde sus raíces en las estructuras fisiológicas y biológicas del cuerpo. Desde este punto de vista, la identidad femenina es entendida por el autor como la expresión de la personalidad de una porción de la especie de mamíferos, determinada por las características corporales que diferencian a esa porción, la función de lactancia materna y la gestación intrauterina del feto. Incluso, afirma, la representación del self femenina debe establecerse sobre la base del cuerpo femenino, y la representación de su objeto sexual debe ser del sexo opuesto, si es que los objetivos biológicamente fijados se quieren

lograr. Los límites de estas representaciones del self y su relación de objeto deben permanecer fuertes y claramente definidos.

El autor sitúa algunas características en cuanto a la estructura del ego, que deben establecerse en toda identidad madura verdaderamente femenina. En última instancia el Sarlin habla de mujer cuando:

1. La representación del *self* debe manifestar la diferenciación anatómica respecto al cuerpo masculino. Esto es, su imagen corporal debe ser representada como femenina y no como fálico-masculina.
2. Las representaciones de sus pulsiones libidinales deben ser vaginales. La agresión pregenital, incluyendo la envidia y la competencia, debe ser neutralizada y en gran medida sublimadas.
3. La representación de su objeto libidinal genital primaria debe ser una imagen masculina heterosexual; pero su capacidad para el amor no puede limitarse a la expresión físico sensual, ni restringida a un solo sexo.

Dado que, desde este punto de vista, la identidad femenina se encuentra determinada por factores anatómicos, el autor ofrece aquellos datos esenciales que operan en la formación de la identidad femenina. La mujer es entendida como la hembra mamífero que se diferencia del macho por los senos y la función específica de lactancia. Gestación intrauterina, también presente en algunas formas inferiores, es también una función exclusivamente de la hembra. Desde el punto de vista puramente biológico, una vez que el macho ha realizado su función de impregnación, se convierte en su papel de importancia secundaria. De hecho, en algunas formas inferiores el macho es sacrificado una vez que esta tarea se ha cumplido; pero las responsabilidades maternas mujeres sólo han comenzado.

Otro dato biológico que el autor destaca refiere a la tendencia que poseen las mujeres hacia la bisexualidad anatómica. Afirma Sarlin que la niña se encuentra con mayores obstáculos en el logro de la madurez psicosexual debido a su disposición bisexual y a las manifestaciones pregenitales patológicos que tienden a la regresión. En este sentido, llama la atención del autor que el clítoris –al que refiere como un órgano que constituye un vestigio, ya que ha perdido su significado funcional con la diferenciación evolutiva de los sexos– pueda seguir desempeñando un papel tan importante en la vida erótica de las mujeres.

En el varón, por otro lado, los restos vestigiales de su bisexualidad anatómica no juegan ningún papel comparable. No hay en el varón ningún vestigio de órgano femenino capaz de orgasmo, comparable a la vagina. El clítoris, por otra parte, es el vestigio del pene masculino, y compite, incluso usurpa, la función orgásmica de la vagina –el órgano genital primario de la madurez heterosexual femenina.

La capacidad del clítoris para la respuesta orgásmica sin la participación vaginal establece un problema para la mujer, ausente en el varón: la necesidad de elegir y el concomitante dilema de la renuncia. Sólo con el desarrollo de un ego maduro la mujer es capaz de renunciar. Es, pues, como consecuencia del hecho básico de la bisexualidad biológicamente determinada que todos los seres humanos deben someterse a la maduración del desarrollo psicosexual antes del establecimiento de una identidad definitiva, ya sea masculina o femenina. Cuanto menos eficaz es esta maduración mayor es la tendencia a que la persistente influencia de la herencia bisexual subyacente se manifieste a través de un infantilismo psicosexual.

Dictado por necesidades biológicas y fisiológicas la vía para el desarrollo psicosexual de la identidad femenina sigue un curso mucho más tortuoso y complicado que en el varón. Cuando Freud se refirió a la necesidad de la renuncia a la satisfacción propia del clítoris como requisito para el logro de la feminidad, junto a los problemas asociados con el pasaje que va desde la madre preedípica hasta la relación edípica con el padre, sugirió un desarrollo psicosexual femenino extremadamente conflictivo que encuentra su máxima expresión en el período fálico, cuando la diferenciación sexual llega a ser reconocido y la identidad y sus objetos se cristalizan.

En suma, las representaciones del self y del objeto se encuentran sometidas a un proceso evolutivo de maduración. Tanto para varones como para mujeres es de suma importancia la temprana la relación entre el bebé y la madre. Pero, nos dice Sarlin, para la hembra solo se completa el ciclo de maduración cuando alcanza la capacidad de invertir los papeles de la oralidad infantil y convertirse en quien alimenta. En suma, siguiendo el principio biológico de la teoría de la recapitulación, el autor concluye que la identidad femenina se caracteriza por una multiplicidad de impulsos sexuales que emergen de partes corporales específicas asociadas, posteriormente a la función materna y al masoquismo femenino, características esenciales de la identidad femenina arraigadas en la anatomía de la hembra.

Marjorie Barnett (1968) reconsidera el período edípico desde el punto de vista de las diversas diferencias anatómicas y fisiológicas entre los sexos. Enfatiza la diferencia en la capacidad orgásmica de niños y niñas de edades comprendidas dentro de esta etapa del desarrollo. Tal es así que, desde su punto de vista diferencias biológicas trazan destinos diferentes para niños y niñas en relación al desarrollo y a la naturaleza de las relaciones de objeto, al sentido de la realidad, y más tarde, a la sexualidad adulta.

Ya en la década del 90, Robert Friedman (1996), en su artículo *The role of the testicles in male psychological development*, retoma los aportes de Schilder (1923) para dar cuenta del modo en que el cuerpo está representado en una totalidad compuesto por superficie, sensaciones internas, orificios y zonas productoras de placer. La imagen corporal, agrega Friedman, supone continuos intentos por llenar las partes faltantes y alcanzar un cierre. En esta línea, el autor denuncia el supuesto con el que ha operado el psicoanálisis: como los genitales masculinos se ven fácilmente y pueden ser manipulados, a diferencia de los genitales femeninos, una vez que el niño llega a la etapa fálica, la inscripción de la imagen corporal no ofrece dificultades. Friedman afirma que este supuesto no incluye la función de los testículos en la imagen corporal. Friedman afirma que el psicoanálisis moderno niega la función de los testículos en el desarrollo de la masculinidad. El autor intenta visibilizar los fundamentos biológicos del desarrollo psicológico masculino, pues el desarrollo de la masculinidad se basa en la biología del cuerpo. Destaca, entonces, las implicancias radicales de la biología del cuerpo del varón –especialmente un sector no tenido en cuenta: los testículos– en la psicología masculina.

Sin dudas, el psicoanálisis norteamericano ha capturado los desarrollos teóricos de Freud bajo un espectro de lecturas biologicistas. Irene Meler (2003) ha señalado de modo agudo la forma en que el psicoanálisis –es posible agregar que especialmente el psicoanálisis norteamericano– se encuentra poblado de referencias a una *biología imaginaria* encriptada en los supuestos epistemológicos propios del reduccionismo biológico propio del pensamiento social conservador. Tal como hemos visto aquí, el lugar del cuerpo determina, claramente, la existencia de lo psíquico. Si colocamos el foco de atención en el lugar que el cuerpo adquiere cuando se trata de teorizar la identidad de género o lo masculino y lo femenino, o la sexualidad masculina

y la sexualidad femenina, nos encontramos con el reduccionismo biológico presente en las líneas ejemplares expuestas en este capítulo⁶⁹.

⁶⁹ Para ejemplos claros del lugar naturalizado del cuerpo en la determinación del género ver los siguientes artículos, todos ellos publicados en el *Journal of the American Psychoanalytic Association*: Rangell, 1953; Berezin, 1954, 1969; Devereaux, 1954, 1958; Bird, 1958; Bell, 1961; Moore, 1961; Harley, 1961; Heiman, 1963; Needles, 1966; Jaffe, 1968; Kestenberg, 1968; Moore, 1968; Sarlin, 1970; Munder Ross, 1975; Myers, 1976; Silverman, 1981; Karne, 1981; Jaffe, 1983; Oremland, 1985; Renik & Grossman, 1994; Cairo-Chiarandini, 2001; Vivona, 2007.

CAPÍTULO VII
CUERPO
LA MIRADA DEL FEMINISMO PSICOANALÍTICO NORTEAMERICANO
(CON ESPECIAL REFERENCIA A LA MATERNIDAD)

Movía incontroladamente los bracitos como si quisiera acariciarla, jugar con su nariz. Tenía las uñitas largas. Demasiado largas, podía lastimarse la carita: buena madre, una madre que realmente quiere a sus hijos, les corta las uñas más seguido. Algunos movimientos parecían completamente azarosos, otros eran casi deliberados, como si se propusieran algún fin. El índice de la mano derecha del bebé entró en el ojo de mamá provocándole una profunda lesión en la córnea. El bebé sonrió con su sonrisa desdentada.

Ana María Shua, *Como una buena madre*

Me está hablando de (...) un viejo capitán de barco (...), quién pescó en sus redes a una mujer sirena y se enamoró de ella llevándola en un estanque a lo largo de río Amazonas, donde se le murió despacio, de pena.

Diana Bellesi, *Crucero Ecuatorial*

214

El cuerpo de la maternidad, ¿Y si la Otra desea⁷⁰?

La discusión en torno a la maternidad, tema que adquiere relevancia aquí al interrogarnos respecto cómo se configuran los cuerpos de las mujeres en el interior de las estructuras del parentesco. En este debate, en el que ha estado involucrado el feminismo psicoanalítico norteamericano, emerge, de manera más o menos explícita, la categoría *cuerpo*. Allí es posible deslindar el viraje de perspectiva al respecto que implican los aportes del feminismo al campo del psicoanálisis.

Tal como han sugerido gran cantidad de intelectuales (Hocqenghem, 2000/2009; Bersani, 1995/1998; Rich, 1980/2013; Wittig, 2005; Rubin, 1975/1986, 1984/1989; Butler, 1990a/2007, 1993a/2008; Kosofsky Sedwick, 1990/1998), el problema de la

⁷⁰ Tal como es evidente, esta expresión constituye una paráfrasis del interrogante *¿y si la otra habla?* de Luce Irigaray (1974/2007). Señala Ofelia Schutte al respecto "...si la economía (fálica) del discurso es tal que el sujeto (él) habla y el objeto (ella) permanece en silencio, ¿qué pasaría si la otra comenzara a hablar? ¿Podemos imaginar su discurso?" (Schutte, 1990). La expresión es retomada posteriormente por Gayatri Shacravorti Spivak (1994/2011), en su caso: *¿Puede hablar el subalterno?*

heteronorma se filtra continuamente en la producción de conocimiento desde múltiples disciplinas, incluido el psicoanálisis. El deseo de la madre es conceptualizado como portador de una única dirección: el padre. Si bien algunas pensadoras feministas se han encargado de revalorizar los deseos maternos, aún así es posible detectar el modo en que el ideal binario de las identidades sexuales complementarias y reproductivas atraviesa tales escritos, al mismo tiempo que refuerza las narrativas edípicas falocéntricas.

Varias teóricas provenientes del campo del feminismo psicoanalítico (Benjamin, 1988/1996, 1995/1997, 1998; Chodorow, 1974, 1978/1984, 2003; Mitchell, 1974/1982; Irigaray, 1974/2007, 1977/2009; Rubin, 1975/1986) han cuestionado el modo en que el pensamiento freudiano y lacaniano naturaliza el desarrollo de la identidad de género y de la identidad sexual. En tales escenarios, la madre ocupa el sitio de una figura ligada a la carencia, la fusión primaria o la omnipotencia ilusoria⁷¹. Sin bien la heterogeneidad de líneas existentes en el interior del psicoanálisis ofrece diferentes explicaciones sobre las dinámicas que se llevan a cabo en el período preedípico o edípico, existe una tendencia común a reducir lo maternal a lo simbiótico, lo pre-simbólico y lo diádico, ámbitos que transcurren en un cuerpo a cuerpo, naturalizado, con la madre (Irigaray, 1981). Es, así, relegada al lugar de objeto del deseo, tanto del niño –que se analiza como modelo paradigmático del desarrollo psíquico– como del padre, y no de quien desea.

Los logros de la separación-individuación (Mahler, 1977, 1984), la consolidación y dirección del deseo, entre otros temas, se edifican sobre una concepción de maternidad fundada de manera a-histórica. Las figuras de la madre (Tubert, 1996) se asocian casi exclusivamente con los estados pre-individualizados de dependencia, irracionalidad e impotencia, mientras que las figuras del padre (Tubert, 1997) con aquello que facilita la agencia emocional, moral, intelectual y sexual. Mientras tanto, la madre primordial es asociada con figuras extraordinarias y fascinantes de placer ilimitado. Todo parece indicar que tales construcciones excluyen la posibilidad de considerar un sistema de relaciones simbólicas y sociales a través de las cuales las madres puedan negociar y articular sus propios deseos, más allá del mandato de la maternidad.

⁷¹ Para un desarrollo detallado de esta idea véase el temprano ensayo de Irving Harrison (1979), quien expone diversas fuentes, especialmente los propios escritos científicos y personales de Freud, como evidencia de la vinculación entre traumas tempranos y la figura de la madre, lo que el autor denomina *temor hacia la madre*.

El término *Madre* refiere a una categoría psicoanalítica, la *imago* (Vegetti-Finzi, 1990/1992, 1996), que connota un objeto primario y fantasmático psíquicamente construido a través de mecanismos como la escisión y la proyección. Es así que la idea de un sujeto maternal históricamente encarnado permanece alejada de estos desarrollos. La teoría psicoanalítica feminista ofrece un punto de partida privilegiado para un análisis del sujeto maternal que involucra tanto los aspectos fantasmáticos como los socioculturales, rescatando su dimensión corporal sin reducirla a un objeto intrapsíquico ni sociológico. Aún así, dentro del psicoanálisis feminista existen diferentes aproximaciones a la complejidad intrínseca a la maternidad. En este contexto, el desafío consiste en abrir un campo conceptual en medio de los marcos teóricos existentes que postule la figura de la madre como un sujeto activamente deseante, capaz de concentrar tanta atención teórica como las fantasías conscientes e inconscientes que el/la niño/a construye de la madre. La propuesta aquí es trazar un recorrido que dé cuenta de algunos abordajes conceptuales sobre la maternidad para señalar algunas consecuencias de la abstracción de la categoría de *Madre* en relación con las experiencias de la maternidad de las mujeres.

Maternidad y Sujeto Mujer

Cabe destacar que, tal como señala Silvia Tubert (1996), en la mayor parte de las culturas, en tanto se trata de organizaciones patriarcales, las categorías de mujer y de maternidad se superponen. Un análisis feminista de la maternidad ha permitido desmontar la ecuación mujer = madre. Asimismo, la perspectiva de género ha permitido zanjar la cuestión desde otro punto de mira, que impone una reorganización de las categorías con las que contábamos para explicar tal fenómeno. Por ello, un abordaje conceptual de la categoría *Maternidad* no puede realizarse al margen de otras categorías como la de *Mujer* y la de *Sujeto*. Pensar estas relaciones permite visibilizar superposiciones arbitrarias, entre otros vicios que se mantienen una y otra vez en las consideraciones sobre el tema. En este sentido, es necesario crear un espacio conceptual en el que se pueda articular una concepción alternativa del sujeto femenino no definida, exclusivamente, por su capacidad reproductora.

Como señala María Luisa Femenías (2000), la categoría *sujeto* surge, teóricamente, con la modernidad,

Los desarrollos y los análisis modernos sobre el sujeto (...) suponen que (...) es varón racional y libre. Racionalidad y libertad son las características esenciales que posibilitan que ese sujeto moderno sea cognoscente, agente de acciones voluntarias y de responsabilidad moral y legal. El mundo que está frente a él es imagen, objeto, espectáculo o representación de una conciencia fundante y auto-constituyente. La autonomía del individuo radica en su libre voluntad y en su carácter racional, gracias al cual construye y reconstruye el orden del mundo (Femenías, 2000:53).

Las grietas producidas por las limitaciones de este sujeto universal y abstracto ponen al descubierto el sesgo sexista de la modernidad. Queda fuera de discusión que a lo largo de la historia, las mujeres se han enfrentado a dificultades para lograr reconocimiento en tanto sujetos libres, con igual capacidad legal, política y científica que los varones (Femenías, 2000).

Es a partir de esta categoría moderna de sujeto, y del valor posicional que las mujeres adquieren respecto a ella, que comienzan a tomar forma los constantes reclamos de derechos reconocidos para los varones. Como es sabido, *Le deuxième sexe* (1949/2007) sitúa a Simone de Beauvoir como una exponente privilegiada de la lucha por la emancipación de las mujeres, clásicamente conocida como feminismo de la igualdad. Por el contrario, en oposición al constructo moderno mismo de *sujeto*, surgen posiciones que plantean la necesidad de rechazar la igualdad y apelar a la diferencia. Las feministas de la diferencia comienzan a plantear la crisis del sujeto en un movimiento que prefiguraba la posmodernidad. Las fuertes críticas, como señala Elisabeth Badinter (2003), apuntaban a que de Beauvoir habría soslayado la diferencia entre los sexos, negando la existencia de la identidad femenina y predicado un universal abstracto que, en verdad, no es más que la máscara del universal masculino. De este modo habría participado, a su pesar, en la producción de una ilusión aún más alienante para las mujeres al animarlas a alinearse con sus amos (Badinter, 2003). Beauvoir es ubicada como culpable del virilismo, movida por el deseo de borrar la diferencia de las mujeres y capturada por la trampa del androcentrismo (Agacinski, 1998).

Esta tensión entre, por un lado, la lucha por la inclusión en la categoría *Sujeto* y, por otro, el rechazo de la misma, constituye el telón de fondo de los debates en torno a la maternidad y sus diversas figuras (Tubert, 1996).

Simone de Beauvoir se negó a definir a la mujer por la maternidad, y de este modo inauguró una de las propuestas con la que el feminismo ha abordado el tema de la maternidad. En sus textos, Beauvoir se muestra renuente a reducir la mujer a la figura de la madre. Si bien reconoce que para el sistema patriarcal ambos significados están

profundamente entrelazados, queda claro que Beauvoir ofrece fundamentos para que las mujeres rechacen la maternidad, incitando la exclusión del rol maternal para la existencia de la mujer. Desde su óptica, la maternidad es concebida como una prisión, un espacio de rutina y opresión. El anhelo de traer un niño al mundo, para la autora, siempre se produce en un campo de determinaciones sociales. Aunque no se obligue a la mujer, se la puede encerrar en situaciones cuya única salida es la maternidad. Es así que el patriarcado es desenmascarado por la autora en sus diversas formas en que contiene y modeliza el deseo femenino, haciéndolo coincidir con el llamado *natural* de la reproducción contenido en sus cuerpos.

Si abordamos la maternidad como hecho biológico cuya localización es el cuerpo de la mujer, como superficie fáctica que permite la reproducción de los cuerpos, ésta es claramente subsumida a la perpetuación de la especie, al mismo tiempo que se apodera de la existencia femenina imponiéndose como único sentido posible. En palabras de Beauvoir, la futura madre

“se encuentra prendida en las redes de la Naturaleza, es planta y bestia, una reserva de coloides, una incubadora, un huevo. (...)...es un ser humano (...) que se ha convertido en pasivo instrumento de la vida. (...)...la gestación aparece como creadora, pero es la suya una extraña creación, que se realiza en la contingencia y la ficción” (Beauvoir, 1949/2007: 480).

De Beauvoir lleva al absurdo algunas afirmaciones, imaginando que el óvulo es una pequeña mujer, y la mujer un óvulo gigante, para desnudar el presupuesto de que la capacidad reproductiva del útero representa metonímicamente la totalidad de la mujer. Si bien todo parece indicar que es necesario incluir el análisis de la categoría *cuerpo* para lograr una comprensión más acabada, aún así esta afirmación guarda, según las consideraciones de Silvia Tubert (1996), al menos dos falacias. Por un lado, la categoría *madre* no agota a la de mujer. Por otro lado, la maternidad no incluye la totalidad de la reproducción dado que la fecundidad requiere del principio biológico masculino. Si bien Beauvoir presenta descripciones que hacen del cuerpo materno una verdadera pesadilla, no faltan quienes afirman que la visión horrorosa que presenta de la maternidad enmarca su descripción sacrílega de una función sagrada (Zerilli, 1996). Beauvoir, en el capítulo de *Le deuxième sexe* dedicado a la madre, dice,

el embarazo es, sobre todo, un drama que se representa en el interior de la mujer; ella lo percibe como un enriquecimiento y como una mutilación; el feto es una parte de su cuerpo y es también un parásito que la explota; ella lo posee y también es poseída por

él; ese feto resume todo el porvenir, y, al llevarlo en su seno, la mujer se siente vasta como el mundo; pero esa misma riqueza la aniquila, tiene la impresión de no ser ya nada. Una existencia nueva va a manifestarse y a justificar su propia existencia, por lo cual se siente orgullosa; pero también se siente juguete de fuerzas oscuras, es zarandeada, violentada (de Beauvoir, 1949/2007: 479-480)

La maternidad como espacio pre-simbólico

Desde otra orilla, es posible delimitar algunos desarrollos que parten de una sobrevaloración de la maternidad. Algunas autoras como Adrienne Rich y Julia Kristeva, a partir de la asunción de la capacidad generadora del cuerpo femenino, consideran la maternidad como fuente de placer, conocimiento y poder, específicamente femeninos. Desde aquí se disparan las principales críticas a *Le deuxième sexe* por su visión absolutamente negativa de la maternidad y por su apuesta a que las mujeres asuman el sujeto masculino de la modernidad. Es este sentido, Susan Hekman (1991, citada por Zerilli, 1996) destaca que de Beauvoir no deja de tener como referencia una concepción de sujeto racional, autónomo y auto-generado. Al buscar la igualdad intenta incluirse dentro de esta categoría de sujeto. El reclamo por parte de las mujeres de gozar de los privilegios y del status de ese sujeto implica, inevitablemente, a criterio de Hekman, repudiar lo femenino, incluyendo la maternidad. Se ha atacado el espíritu igualitario y universalista de la Ilustración, así como concebir la identificación necesaria entre ambos sexos como único medio para liberar a la mujer. Por ello es que optan por afirmar la diferencia sexual y reconocen que al repudiar la maternidad, repudian entonces, tácitamente, la femineidad misma –lo que en última instancia significaría repudiarse a ellas mismas. Desde este enfoque, la mujer, tal como la piensa Beauvoir, está condenada por su biología a la pasividad y a la alienación. La anatomía como destino y la consideración de la biología femenina como una maldición sobrevuelan las páginas de su obra.

Tal como Linda Zerilli señala (1996), Julia Kristeva conceptualiza el cuerpo materno como un espacio dual y ajeno, en el cual se desvanece el sujeto estable de la modernidad. Para Kristeva la maternidad suprime la antítesis sujeto-objeto, pues la madre se encuentra fundida con su bebé. Aunque este enfoque aboga a favor de concebir conceptualmente las identidades como plurales, fluidas, y en cierto modo, no idénticas, también acarrea el riesgo de alienar a la madre en los discursos naturalistas. También podemos hallar este cuestionamiento a las dicotomías, entre otras formas

restrictivas del pensamiento moderno, en algunas descripciones de Adrienne Rich, quien describe:

El hijo que llevé en mí durante nueve meses no puede definirse ni como un yo, ni como un no yo. Las mujeres, lejos de existir como 'espacio interior', se adecuan poderosa y vulnerablemente al 'adentro' y al 'afuera', pues para nosotras ambos conceptos forman dos continuos y no dos polos (Rich, 1976a/1986:113-114).

Adrienne Rich (1976a/1986) presenta un análisis de las paradojas de la identidad femenina. Como señala Rosi Braidotti (1994/2000), Rich analiza "... *especialmente la maternidad como una experiencia que determina el sentido de identidad sexuada de una mujer, al tiempo que continúa siendo una institución que aplica la ley de los padres*" (Braidotti, 1994/2000:223). La identidad sexuada se ubica, maternidad mediante, en la intersección de la experiencia y de la institución comandada por las leyes hetero-patriarcales en la base de la organización social en su conjunto. Más allá de cuestionar la posibilidad de delimitar una experiencia por fuera de algún tipo de forma institucionalizada, no deja de ser interesante el modo en que aborda conceptualmente la maternidad como experiencia, le permite a Rich definir la condición femenina no reactivamente, sino de una manera creativa, a la luz de valores positivos anudados al hecho de ser mujer⁷² (Braidotti, 1994/2000).

Kristeva se refiere a lo materno como un espacio heterogéneo y pre-simbólico. Este espacio se ubica en la base de una crítica posmoderna a la opción de globalizar los problemas de las mujeres bajo la etiqueta de *La Mujer* –como categoría universal–, de erradicar la diferencia sexual y promover una representación abstracta de la humanidad. Lo que resulta preocupante del pensamiento de Kristeva es su particular concepción de *lo materno* como espacio pre-simbólico. Es evidente que esta consideración inscribe la temática en una dimensión anterior al lenguaje simbólico, es decir en lo *natural* de la mujer, a modo de un deseo propio de la especie, una realidad metafísica recurrente. Esta perspectiva cabalga sobre la propuesta de situar la dimensión de la maternidad más allá de la representación, como un eje esencializador de la identidad de género femenina, al mismo tiempo que tropieza con posibles consecuencias poco deseables a los fines de las reivindicaciones propuestas. Con ello, alimenta aquello de lo que pretende desembarazarse. Si la especificidad de lo materno, en el pensamiento de Kristeva, se

⁷² Esta dimensión creativa guarda semejanzas importantes con algunos aportes de los desarrollos teóricos de Nancy Chodorow (1999b/2003) en relación a la conformación de la identidad de género.

despliega más allá de las fronteras del lenguaje, entonces es evidente que la autora refiere a lo materno en términos de un no-sujeto. Las múltiples consecuencias de esta conceptualización se despliegan por sí mismas: las madres quedan reducidas al plano de los objetos, puro cuerpo biológico, sin voz, relegadas al silencio, portadoras pasivas de la teleología de la especie. Esta concepción de la maternidad, en relación a la categoría de sujeto, es un claro ejemplo del peligroso filo, muchas veces dañino, de aquellas conceptualizaciones que atentan contra la dignidad humana de las minorías oprimidas al naturalizarlas en existentes que no acceden a la categoría de *sujetos* con posibilidad de enunciación.

Por otra parte, los desarrollos conceptuales de Julia Kristeva no son unívocos (Paris, 2003). Ofrecen varias líneas al interior de las cuales es posible extraer articulaciones que, más allá de sus propuestas pre-culturales, inauguran líneas fructíferas para pensar la maternidad, ya no como categoría de análisis, sino como mujeres que constituyen sujetos deseantes, concretamente situados. A este respecto, Kristeva (2000/2001) sitúa la dimensión de lo *semiótico*⁷³ como un espacio que reúne la carga libidinal pre-verbal localizada en las relaciones preedípicas. Es en la particularidad de estas comunicaciones sensuales donde Kristeva localiza, en clave semiótica, la sexualidad materna. Por este motivo es que algunos vectores de su pensamiento resultan útiles, pues sitúa en el campo de la maternidad la posibilidad del despliegue de un proceso significativo que moviliza las experiencias y el cuerpo de las madres, quienes adquieren así una voz propia, aunque permanezca desarticulada de lo simbólico.

A criterio de Susan Driver (2005) un aspecto destacable de los escritos de Kristeva refiere a la capacidad de trazar la brecha entre los placeres pre-edípicos de la madre y la función simbólica, que instaura el orden social que sacrifica y denigra los deseos de las mujeres que corren por las vías de la reproducción. Kristeva (1987a) expone sus propias contradicciones, luchas y singularidades como una mujer sexuada y madre, una madre que desea apasionadamente. Sin duda, la autora esgrime una estrategia discursiva que intenta revertir la falta de significado asociado con el cuerpo materno para, en última instancia, derrumbar la disyunción socialmente sancionada entre maternidad y sexualidad.

⁷³ Para un análisis exhaustivo del modo en que Kristeva configura la dimensión semiótica véase Kristeva (1969/1981a, 1969/1981b).

El cuerpo primigenio de la maternidad

Por otra parte, Silvia Veggeti-Finzi (1996) aborda la temática de la maternidad partiendo del análisis de algunos mitos ligados a los orígenes. A partir de una perspectiva psicoanalítica, la autora localiza la génesis del componente materno de la feminidad en la fase preedípica. En dicha etapa, a criterio de la autora, el niño forma parte de la identidad materna, ambos conformarían una totalidad fantasmática. Al mismo tiempo, sitúa la maternidad en un registro experiencial imposible de ser capturado por las formas histórico-sociales. En este contexto conceptual, la autora inscribe la maternidad en la tensión de aspectos simbólicos, imaginarios y reales. Aquellos aspectos simbólicos de la maternidad parecen ser aquellos que han sido cooptados por el Edipo, los otros aspectos adquieren carácter preedípico. Veggeti-Finzi liga estos elementos no-edípicos a configuraciones fantasmáticas de tipo visual entendidas como figuras innatas que orientan el comportamiento, por un lado, y a la sedimentación de cosas no pensadas, producto de huellas arrojadas por la percepción que no son organizadas por la actividad de representación, por otro lado. Estos últimos elementos, que la autora denomina como producto de fijaciones y con carácter residual, haciendo referencia al modo en que opera la represión originaria, se ubican en la base de estados emocionales no estructurados mentalmente en términos de intencionalidad.

La autora recurre al mito, en tanto herencia arcaica, como una dimensión que vertebra la maternidad, al tiempo que la sitúa en los márgenes del tiempo histórico y las formas culturales. El inconsciente constituye el espacio donde discurren estos fantasmas originarios, imagos que preceden a cualquier experiencia personal. La madre arcaica, para Veggeti-Finzi, es un fantasma originario, una *imago* innata, en ese sentido preedípica. La maternidad es entendida, entonces, como un hecho natural y, como tal, “...en un orden genealógico del mundo, antecede a la cultura” (Veggeti-Finzi, 1996:127). La maternidad constituye una experiencia imposible de ser localizada genuinamente en un tiempo o en un espacio, entonces la maternidad carga en sí algo de aquello indecible. En suma, la maternidad aparece caracterizada como un cuerpo primigenio que contiene todo, como un nudo imposible de desatar, como algo que permanece por fuera de nuestro mundo intelectual, como un sustrato que, aunque alimenta los procesos psíquicos, permanece fuera de su economía. Constituiría un *a priori* de toda experiencia, inscrita en el registro de lo real –es decir, fuera del tiempo y

del espacio—, una existencia sin localización simbólica específica de la cual sólo percibimos efectos secundarios.

La autora destaca la producción de un aparato conceptual, desde la Antigüedad, que opera a modo de pensamiento espontáneo sobre la maternidad, la que es conceptualizada en términos de materia no formalizada y enlaza los saberes sedimentados desde hace siglos en torno a la feminidad.

Para Veggeti-Finzi tal núcleo real es elaborado socialmente a través de prácticas discursivas que culminan construyendo saberes. Sin embargo, para esta autora, la maternidad no se agota en estos procedimientos de control, pues, a su criterio, las redes de tales saberes no logran erradicar el silencio impenetrable que la envuelve. La *imago Madre* irrumpe de manera exitosa en la escena psíquica, retorna en su imposibilidad de ser elaborada simbólicamente debido a su carácter *Real*.

Inscribir la maternidad en lo real trae como consecuencia su vinculación con la angustia, lo ominoso, el miedo y lo terrorífico, dimensiones sobre las cuales se construye la cultura en sus intentos reparatorios en relación con el vacío producido por lo reprimido originario. A partir de las propuestas de Bachofen (citado por Rich, 1976a/1986) acerca de la existencia de un matriarcado originario o primigenio, la autora enlaza la existencia de aquel supuesto momento histórico con una realidad interior que recapitula íconos en las profundidades del inconsciente, a modo de figuras primordiales que se inscriben tanto en la mente como en la cultura. Por otra parte Veggeti-Finzi afirma la imposibilidad de que la *imago* materna emerja plenamente en la conciencia y en la cultura. Para justificar tal posición, la autora no duda en afirmar el carácter contradictorio de lo materno,

su localización entre la noche y el día, la vida y la muerte, la materia y el espíritu, el cuerpo y el alma. Se trata de una contradicción que el lenguaje no puede recoger en su estructura de orden, en la linealidad del tiempo de la narración (Veggeti-Finzi, 1996:135).

Queda claro que la autora inscribe la especificidad de lo materno sobre la base una *imago* primigenia que opera en el sujeto aún antes de que éste reciba sus marcas en términos de identidad sexual, incluso de género, aún antes de que pueda decir *yo*. En suma, lo materno constituye un existente atemporal e impersonal. Los desarrollos de Veggeti-Finzi confluyen con los desarrollos de Julia Kristeva que sitúan la maternidad en términos de una experiencia que transita por fuera de lo simbólico.

A mi criterio, en su análisis de la maternidad, Veggetti-Finzi borra dos dimensiones fundamentales que no deben ser desechadas. Por un lado la dimensión histórica de los cuerpos, y su lugar en la producción de subjetividad; y por otro lado la importancia de las apropiaciones singulares de las significaciones sociales, es decir, los modos particulares de subjetivación. Poner la dimensión histórica en el centro de las posibles explicaciones sobre la complejidad que entraña el tema de la maternidad, anudándola a la categoría de subjetividad en términos de los modos en que cada quien se apropia y recrea aquella dimensión a través de la cuál fue constituido, aporta una perspectiva que abarca el tema en su mayor complejidad posible. No deben perderse de vista los riesgos que entraña situar el punto de mira en imágenes a-históricas, por fuera de toda posibilidad de simbolización fluida.

Un punto de vista constructivista se ofrece como otra opción posible para abordar el tema. La maternidad, desde esta perspectiva, se recorta a partir de la creación de determinadas representaciones atravesadas por profundas relaciones de poder, al interior de un orden simbólico dominante. De este modo nos alejamos de aquellas líneas argumentativas que se aproximan a la problemática en cuestión abordándola como puro reflejo o efecto directo de un cuerpo biológico.

Retórica del cuerpo materno

Linda Zerilli (1996) nos brinda una interpretación interesante de los argumentos anteriormente expuestos por Simone de Beauvoir; la resitúa como una interlocutora válida para los debates posmodernos del feminismo que giran en torno a la problemática de la maternidad. La lectura propuesta por la autora asegura que la crítica efectuada por de Beauvoir a la maternidad no refrenda la categoría de sujeto (masculino) moderno, sino que la desmonta. A diferencia de Kristeva, lo materno en Beauvoir –a criterio de Zerilli– se sitúa dentro de lo simbólico, como un espacio político de resistencia feminista en donde la mujer se vincula con la representación. La localización de la obra de Beauvoir de acuerdo a estas coordenadas políticas es lo que le permite a Zerilli decodificar un uso retórico del cuerpo materno. Se trataría entonces de una sofisticada estrategia discursiva feminista de desfamiliarización, que apunta, en última instancia, a provocar un efecto de distanciamiento, de disyunción, entre una mujer y su vientre. Al conseguir subvertir las nociones esencialistas del destino femenino, revela lo que se encontraba encubierto por las representaciones culturales de un aparente instinto

maternal. Beauvoir ofrece la posibilidad de pensar una mujer en oposición a este significado cultural de una maternidad natural que se autorrealiza (Zerilli, 1996). La estrategia de Beauvoir nos conduce, de este modo, a través de las imágenes horribles de la maternidad, a reflexionar sobre lo que se suele dar por sentado, lo que permanece incuestionablemente naturalizado. El desplazamiento que se pretende propulsar va desde concebir la identidad de género femenina de forma esencializada, hacia una comprensión reflexiva que sitúa las coordenadas políticas de la identidad⁷⁴. Entender la identidad en términos de proceso, como una construcción continua (Aulagnier, 1991a; Benjamin, 1995/1997; Femenías, 2007b, 2008) trae consigo la asunción de la responsabilidad subjetiva en la toma de decisiones individuales, como por ejemplo, la maternidad misma. Al mismo tiempo permite redimensionar la responsabilidad en las elecciones de las mujeres más allá de un exclusivo deseo maternal monolítico, supuestamente comandado desde la naturaleza misma de la femineidad, y que, en última instancia, desde esta perspectiva, resulta impuesto por los fuertes mandatos heteropatriarcales destinados a asegurar la continuidad de la especie. En palabras de Simone de Beauvoir, *“Hay que tener muy en cuenta que las decisiones y los sentimientos confesados por la joven madre no siempre corresponden a sus deseos más profundos”* (Beauvoir, 1949/2007: 474).

Jessica Benjamin

Jessica Benjamin se ha convertido en una referente ineludible del feminismo psicoanalítico norteamericano. Si bien la autora se alinea en el psicoanálisis de las relaciones objetales, sus aportes han contribuido a la reformulación de presupuestos fundamentales de tal teoría. En relación con el psicoanálisis, por un lado, Benjamin retiene la importancia que guardan algunos conceptos nodales, tales como el mecanismo de la identificación, la dimensión del inconsciente y el estatuto de la fantasía en la vida intrapsíquica. Por otro lado, la autora incluye en su análisis los aportes de las teorías relacionales, las cuales conceptualizan el lugar que adquieren los vínculos humanos en la constitución subjetiva. A partir del entrecruzamiento de ambos enfoques, intrapsíquico e intersubjetivo, Benjamin (1995/1997) extrae conclusiones en relación con el modo en que se constituyen las polaridades de género a lo largo del desarrollo en

⁷⁴ Para ver cómo emerge esta tensión entre concebir a las identidades como esencializadas o como complejas construcciones políticas en los debates sobre la pornografía véase CAPÍTULO III.

función de la diferencia sexual. Asimismo, reflexiona sobre las modalidades a través de las cuales se organiza el deseo, en función de consolidar una organización social patriarcal que sostiene la dominación masculina y la sumisión femenina⁷⁵.

Como ya hemos visto –CAPÍTULO II, en su primer libro – *The bonds of love: psychoanalysis, feminism and the problem of domination*–, Benjamin (1988/1996) expone la incidencia de la identificación de género en la dominación sexual, a la luz de la crítica filosófica del binario occidental que enfrenta al *self* –en tanto sujeto– con el otro –en tanto objeto. Al conectar tal división con las estructuras sociales de poder, la autora instala una novedosa explicación psicodinámica sobre el modo en que se despliega la compleja red de dominación de género, sexual y social. Al mismo tiempo sienta las bases para la comprensión del reconocimiento mutuo como la capacidad humana que, aunque fracturada por el ordenamiento actual que adquieren los géneros, puede transformar las relaciones desiguales de poder entre varones y mujeres.

La autora afirma que existe una tensión inherente entre el reconocimiento del otro y la afirmación del *self*, que, aunque no de forma inevitable, culmina en una lucha de poder. En la medida en que las estructuras psíquicas y sociales refuerzan la división sujeto/objeto, sólo es posible ocupar una de estas posiciones, lo que conduce a la ruptura de la capacidad de reconocimiento mutuo (Benjamin, 1988/1996). Del mismo modo, las polaridades de género y sexuales restringen la dirección de las identificaciones y el deseo, en donde la masculinidad se plantea en oposición a la feminidad, y la homosexualidad se plantea en oposición a la heterosexualidad. Benjamin (1995/1997) enfatiza que la posibilidad de pensar en vínculos intersubjetivos, es decir integrados por sujetos iguales, es clave para la transformación de las relaciones sexuales y de género que ponen a las mujeres como objetos de deseo de los varones, y no como sujetos de deseo por propio derecho.

A pesar de las críticas que ha recibido, es preciso destacar que la autora pone en primer plano el carácter paradójico del reconocimiento y delimitar su papel en el desarrollo. La trayectoria del desarrollo de la intersubjetividad y el reconocimiento mutuo se inicia con una reconsideración de la relación madre-hijo existente en la teoría de la separación-individuación de Margaret Mahler (1984; Mahler, Pine & Bergman, 1975/1977). Sus críticas implican una reformulación a la teoría de las relaciones objetales, la que, según

⁷⁵ Para un aporte filosófico en torno a la maternidad desde un punto de vista feminista véase el aporte clásico de Sara Ruddick (1989).

la autora, se centran en el niño como un *self*/sujeto que tiende hacia la autonomía y la separación. En este contexto, la madre es representada como el otro/objeto que facilita o dificulta este desarrollo. A partir de los resultados de las investigaciones del desarrollo infantil de Daniel Stern (1991), Benjamin plantea una visión alternativa del desarrollo en el marco de la relación madre-hijo que acentúa la reciprocidad, así como el refuerzo mutuo de la necesidad tanto del niño como de la madre por el placer del reconocimiento.

Sin embargo, aunque Benjamin (1988/1996) retoma la teoría de las relaciones objetales para explicar las divisiones de género y sexuales en función de la relación de objeto con la madre (Chodorow, 1978/1984), también hace hincapié en el papel simbólico que el padre desempeña en la separación-individuación, especialmente para las niñas. La autora sostiene que niños y niñas conservan su temprana ligazón ambivalente y su identificación con aspectos de ambas instancias parentales. Ya hemos indicado que Benjamin (1995/1997) denomina este aspecto como *fase sobreinclusiva* del género, concebida como un aspecto necesario del desarrollo, donde prima la fantasía de ser y tener características de ambos géneros.

Jessica Benjamin (1988/1996) ingresa al análisis de la maternidad a través de su conceptualización sobre la tensión necesaria para el logro del reconocimiento y la mutualidad. Recordemos que la autora sitúa al reconocimiento mutuo como una necesidad psíquica universal, que centra el drama de la individuación en la relación madre-niño/a. Benjamin replantea la intersubjetividad en última instancia, como una lucha del *self* por diferenciarse del otro, sin desvincularse completamente en términos de reconocimiento con ese otro. El deseo de la madre se convierte en un elemento nodal de esta tensión, en tanto favorece al mismo tiempo la separación y la conexión. En este sentido, Benjamin brinda elementos conceptuales para reconsiderar el deseo, más allá del imperativo edípico de rechazar defensivamente el reconocimiento del *self*/cuerpo materno, remarcando los lazos de mutualidad entre la madre y el niño. Es así que el mundo concreto de una madre –sus sentimientos, percepciones y deseos específicos–, diferente del de su hijo, es inscripto en un válido *espacio de no-madre* (Alizade, 2010) que el marco de la mutualidad insta a reconocer y respetar.

Las críticas de Susan Driver

A las críticas de Allison Weir –CAPÍTULO II– se añaden las señaladas por Susan Driver (2005). Nos dice que Benjamin se centra casi exclusivamente sobre un modelo de maternidad ligado a la estructura dominante de familia nuclear heterosexual. Al no cuestionar este modelo de familia que asegura la dominación masculina, la potencialidad de la teoría intersubjetiva de Benjamin queda restringida –como han señalado varias pensadoras-. Las estructuras elementales del parentesco sitúan a las mujeres como objetos de deseo e intercambio masculino (Rubin, 1975/1986), de modo que la voz de las mujeres queda silenciada bajo las cláusulas del *contrato sexual* (Patteman, 1988/1995). Aunque se le atribuye a la madre una participación activa en el desarrollo del niño, los intercambios pre-verbales y verbales libidinales son limitados a los cuidados maternos. Comprender la experiencia deseante de la madre, más allá de una categoría que cuenta sólo a nivel teórico, no está en juego en el pensamiento de Benjamin. La importancia de la madre parece reducirse a un factor subsidiario del desarrollo del niño, adquiriendo un valor posicional en tanto diferencia -como la frontera que marca los límites de la propia fantasía del niño.

En *Like Subjects, Love Objects*, Benjamin (1995/1997) se enfoca en las relaciones homoeróticas preedípicas. Ella sugiere que las figuras materna y paterna actúan como sitios permeables de identificación para los niños de ambos sexos. Mientras *The Bonds of Love* enfatiza las relaciones pre-edípicas como un lugar potencial de mutualidad, *Like Subjects, Love Objects* destaca las tendencias identificatorias preedípicas hacia la diferencia –el género *sobreinclusivo*. Benjamín (1995/1997) explica que la sobreinclusividad es un reino de libertad sexual que proporciona una fuente de resistencia contra la legalidad y las prohibiciones edípicas. Es claro que esta noción de *sobreinclusividad* tiene más que ver con una posición que permanece bajo la esfera de la economía fantasmática del niño en relación con el ordenamiento culturalmente dominante sobre los géneros, que con el análisis de un sujeto históricamente situado que desafía significados y valores edípicos hegemónicos. El análisis de Benjamin de la maleabilidad de un niño preedípico en relación con la transición por diferentes posicionamientos de género y sexuales ignora las experiencias deseantes de la madre. Teóricamente, la afirmación de una madre en relación a su propio deseo es entendida como un factor que adquiere importancia en función de la lucha de un niño que busca, a su vez, realizar su propio deseo. Las fantasías, deseos, anhelos, y la sexualidad materna

son menos relevantes. Tales nociones de deseo materno son despojadas de su contexto y de la especificidad de las experiencias. Tal como señala Susan Driver (2005), el nivel de abstracción de las referencias de Benjamin, al referirse al reconocimiento que el niño realiza del deseo de la madre, pasa por alto la posibilidad de que tal deseo, en una amplia gama de expresiones que dan cuenta de la madre como sujeto encarnado e históricamente situado, podría influir en las concepciones teóricas de la intersubjetividad. En esta línea parece necesario ampliar la perspectiva iniciada por Benjamin, pues los sujetos/madres también son capaces de desestabilizar las relaciones heteronormativas dominantes, en conjunción con las propias tendencias psíquicas *sobreinclusivas* de un niño.

A partir de los trabajos de Benjamin y de Kristeva, por mencionar dos ejemplos analizados, emerge una confianza ciega sobre las representaciones características de la gente de raza blanca, heterosexual, de clase media, naturalizando la estrechez de los límites que impiden otras posibilidades para interpretar la maternidad de modo alternativo.

Madre Sujeto/Mujer no-Sujeto

A esta altura, es oportuno ensayar un enlace posible, antes anunciado, entre las categorías de *Mujer*, *Maternidad* y *Sujeto* que nos permita avanzar. Para ello, Linda Zerilli presenta un rodeo que resulta, a mi criterio, ordenador de lo desarrollado hasta el momento. La autora señala,

La madre marca el lugar en el que las mujeres son, por cierto, no-sujetos, los no-sujetos de 'la maternidad forzosa'. La madre como sujeto existe, entonces, allí donde las mujeres como sujetos no son: ausentes no a causa de su localización cósmica en un espacio materno más allá del tiempo paterno, sino en razón de su situación patriarcal en una cultura patriarcal (Zerilli, 1996:185).

La problemática para el feminismo queda claramente delimitada: no es la madre como sujeto lo más preocupante, sino la mujer como no-sujeto. De Beauvoir abre un espacio conceptual que genera las condiciones de posibilidad para el establecimiento de nuevas significaciones alternativas de lo materno, puntapié inicial para la elaboración de una concepción de sujeto femenino que no esté definido por la maternidad. Ésta constituye una de las diversas propuestas ante la alternativa de la búsqueda de un sujeto no-varón. Si bien de Beauvoir intenta impactar a las mujeres para despertarlas del sueño maternal, no cuestiona la realidad biológica del cuerpo materno en tanto constante anatómica que

se corresponde con los aspectos fácticos del mismo. Es sobre el cuerpo, entendido de este modo, que se elabora la significación social. Pero los discursos culturales sobre la maternidad sólo pueden recubrir, si seguimos esta línea de pensamiento, un solo sexo: el femenino.

Si volvemos a centrarnos en la propuesta de Veggetti-Finzi, una expresión de la autora permite avanzar en algunos aspectos relevantes, a saber: “*Una vez más, ante las Grandes Madres nos enfrentamos con contenidos mentales que anteceden al sujeto y a su economía pulsional, con una dimensión humana pre-individual, en términos junguianos con un arquetipo*” (Veggetti-Finzi, 1996:146-147). Quisiera prestar especial atención al supuesto que maneja la autora en relación con la existencia de una dimensión específicamente humana que antecede al sujeto. Esto supone, de alguna forma, anclar lo humano en el terreno de lo pre-discursivo, por fuera de los límites de la cultura. Los desarrollos conceptuales de Judith Butler (1990a/2007, 1993a/2008) ofrecen algunas líneas para contrarrestar esta perspectiva.

Maternidad y heteronorma

Para Butler, el lenguaje construye la materialidad de los cuerpos, en el sentido de que nunca podemos referirnos a un cuerpo en estado puro, porque toda referencia a un cuerpo es ya una construcción lingüística (Femenías, 2003). Es así que, en sentido estricto, no hay cuerpo –tampoco sujeto– sin significación. Entonces, siguiendo a Foucault (1976/2008), Butler concluye que la idea de una existencia extra-discursiva sobre la especificidad de la identidad femenina, constituye una estrategia discursiva tendiente a mantener la ficción del destino de la reproducción, altamente naturalizado, en la identidad de género femenina –véase CAPÍTULO IX.

Un estudio genuino de la maternidad, entonces, desde este punto de mira, no concibe una vía de análisis que permite un acceso sin más a lo que una madre es, como si se tratara de operar como el escultor que deja aparecer las formas aprisionadas en el bloque de mármol, quitando el excedente *per vía di levare* (Breuer & Freud, 1893/1979). Desde el punto de mira del constructivismo político, es imposible acceder a lo que, por ejemplo, una mujer es, más allá de la representación que pretende dar cuenta de ello. Más bien, todo parece indicar que el monopolio de la producción de representaciones hegemónicas, opera añadiendo sentido *per vía di porre*, tal como funciona la sugestión (Breuer & Freud, 1893/1979), interesante mecanismo de control social/sexual.

En este sentido, Silvia Tubert (1996) se inclina a abordar la cuestión en términos de representaciones, o figuras, de la maternidad, las cuales son, a criterio de la autora, producto de una operación simbólica que atribuye sentidos, significaciones, a la dimensión materna de la feminidad. Figuras portadoras y productoras de sentido.

Conceptualizar la maternidad desde una perspectiva que incluya una dimensión de los cuerpos históricamente situados, y su lugar en la producción de subjetividad, nos permite pensar la maternidad en el interior de las nuevas modalidades de familiarización de tal forma que se incluyan los cambios, tanto en las relaciones familiares como en las relaciones sexo-generizadas. Las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo han ido adquiriendo un nivel de visibilidad notable,

A partir del debate que se ha desatado en relación con considerar, o no considerar, a las uniones homosexuales como potenciales relaciones parentales⁷⁶, Judith Butler (2004b/2006) comienza a pensar el estatuto de la sexualidad y su relación con las formas en que la misma se ha ido organizando de acuerdo a diferentes momentos socio-históricos. Una gama cada vez más amplia de relaciones que no se conforman de acuerdo al modelo de la familia nuclear, da cuenta de la necesidad de pensar detenidamente la conexión entre la sexualidad humana y las relaciones reproductivas al interior del matrimonio como única forma posible de inscribirla culturalmente.

En este contexto, Butler ensaya un modo posible de entender el parentesco, tal vez una de las más lúcidas, con la suficiente amplitud para superar los límites que imprimen únicamente las modalidades biológicas de zanjar la cuestión. A criterio de Butler, deberíamos pensar el parentesco como “... *una serie de prácticas que instituyen relaciones de varios tipos mediante las cuales se negocian la reproducción de la vida y las demandas de la muerte...*” (Butler, 2004b/2006:149-150). A partir de aquí, de acuerdo a Butler, “...*las prácticas del parentesco serán aquellas que surjan para cuidar de las formas fundamentales de la dependencia humana, que pueden incluir el nacimiento, la cría de los niños, las relaciones de dependencia emocional y de apoyo, los lazos generacionales, la enfermedad, la muerte...*” (Butler, 2004b/2006:150). Queda claro que abordar el tema desde esta perspectiva comienza, de entrada, a desvincular el parentesco de la presuposición del matrimonio y de las *ficciones de la línea sanguínea*.

⁷⁶ Para un análisis en profundidad del tema desde una perspectiva que incluye la diversidad véanse Delucca, González Oddera & Martínez (2010, 2011a, 2011b, 2013), todos ellos enmarcados en el proyecto de investigación “Modalidades de la diversidad, en el ejercicio de la parentalidad y la pareja”. (11/ SO.12).

Butler no desconoce la complejidad del asunto, y continúa por explicitar las formas en que nuevas, o diferentes, modalidades de parentesco han sido, y son, vigiladas intensamente al mismo tiempo que patologizadas. Tales estrategias de poder constituyen un epicentro a partir del cual se propagan presiones normalizadoras en el marco de una deslegitimación social y política.

Casi a contracorriente, cuando se debate acerca de formas de unión consideradas como abyectas⁷⁷ el matrimonio es separado del parentesco. Tal es así que las propuestas legislativas que apuntan a regular el matrimonio gay suelen excluir el derecho a la adopción o al acceso a tecnologías de reproducción. Esto es prueba de que los *poderes normalizadores del Estado* nunca ceden sus dominios completamente. Es así que las

variaciones en el parentesco que parten de las formas de familia basadas en la heterosexualidad diádica normativa y afianzadas mediante el voto matrimonial se presentan no sólo como peligrosas para el niño, sino también como peligrosas para las leyes supuestamente naturales y culturales que se dice sostienen la inteligibilidad humana (Butler, 2004b/2006:152).

Quitar el velo que cubre los arreglos de poder le permite a Butler direccionar el debate hacia cuáles son los criterios que delimitan lo legítimo y lo ilegítimo. Butler deja deslizar que no es extraño que algunas parejas homosexuales aspiren al matrimonio. La *ley santificadora* adquiere rápidamente el carácter de objetivo último. Por un lado, es probable que la sexualidad se piense, aún, en términos de matrimonio, al mismo tiempo que el matrimonio es concebido como la compra de la legitimidad. De modo que el acceso al matrimonio absorbe la sexualidad en una forma instituida como legítima. Si bien Butler no pretende hacer girar sus observaciones en torno al par legítimo/ilegítimo, esta interesante observación inicial de la autora permite seguir el debate hacia otras direcciones, dado que expone los modos en que la sexualidad suele ser comprendida, de manera explícita o subyacente: como una totalidad monolítica susceptible de ser cooptada por algún discurso.

El feminismo psicoanalítico norteamericano, caracterizado principalmente por integrar la dimensión histórico-social a sus producciones conceptuales, nos ha enseñado las serias limitaciones de estos modos de aproximarnos al estudio de la sexualidad. Al mismo tiempo nos advierte acerca de las consecuencias normalizadoras, que generan

⁷⁷ Tal como señala María Luisa Femenías (2003), “*lo abyecto –concepto que [Judith Butler] toma de Julia Kristeva– designa precisamente el lugar de lo inhabitable, lo invivible, la zona social más densamente poblada por quienes no disfrutan del estatus de sujeto, pero que –paradójicamente– definen su dominio*” (Femenías, 2003: 13).

claras estrategias de dominación, de quedar sometidos a las ficciones discursivas que se arrojan la potencialidad de declarar lo permitido y lo prohibido apelando a parámetros a-políticos o extra-discursivos, como si el accionar humano se regulara a través de leyes naturales.

Butler rescata la perspectiva crítica como necesaria para dismantelar las políticas basadas “... *en un desconocimiento –y en una despolitización– de las mismas relaciones de fuerza mediante las cuales se instituye su propio campo de operaciones*” (Butler, 2004b/2006:156). Es, entonces, desde una perspectiva crítica que se pueden deslindar las fallas de los discursos hegemónicos a la hora de monopolizar de manera absoluta la sexualidad *legítima*. Es en este sentido que los mismo términos, ordenados a partir de una lógica binaria, que constituyen el campo de la inteligibilidad sexual, generan zonas intermedias entre lo legítimo y lo ilegítimo, regiones híbridas sin nombres claros. La denominación misma cae en una crisis, y genera dificultades a causa de la variabilidad y la violencia de los límites establecidos por las prácticas legitimadoras que ordenan el campo de inteligibilidad de manera incómoda, cuando no violenta. Sin embargo, los sujetos transitan y se deslizan a través de estos *no lugares*, en donde el reconocimiento, incluso el auto-reconocimiento resulta precario. Entonces, la existencia de estas regiones (de *ontología incierta, difíciles de nombrar*) sugieren, a criterio de Butler, la existencia de prácticas sexuales que no emergen como coherentes en el léxico disponible de la legitimación.

Por otra parte, Butler detecta el modo en que el Estado suele ocupar el lugar en donde se articula una fantasía institucionalizada de normatividad, que delimita una explicación ideológica del parentesco, a la cual se apela, a criterio de la autora, bajo la esperanza de tornarse *socialmente coherente*⁷⁸.

Sea como fuere, es claro que la resistencia a la plena aceptación del matrimonio gay, más aún de concebir una parentalidad gay, denuncia a dicha temática como un espacio que absorbe constantemente otros miedos políticos, a saber: el avance de las nuevas tecnologías (Tubert, 1991; Tort, 1994) y su impacto sobre la demografía, incluso sobre la unidad de la nación misma, entre otros temores imaginables producto de colocar la parentalidad por fuera de la familia (Pichardo Galán, 2009) –en este punto resulta

⁷⁸ Para un recorrido en nuestro sobre el modo en que desde las instituciones del Estado han operado tecnologías de género en las prácticas de las mujeres mediante las denominadas pedagogías maternas, véase Darré (2013), para otros aportes, aunque en un espectro más amplio, también Miranda (2011) y Ariza (2012).

interesante la imagería que Donna Haraway (1991/1995) condensa bajo la categoría de Cyborg⁷⁹.

Butler destaca la importancia que guarda la significación con que se revisten los términos. En Francia, algunos autores hacen referencia a la cultura para designar las condiciones universales de la inteligibilidad humana, y no para significar las formaciones culturalmente variables de la vida humana. La filósofa francesa Sylviane Agacinsky sostiene que

la cultura misma requiere que un hombre y una mujer produzcan un hijo y que el hijo tenga ese punto de referencia dual para su propia iniciación en el orden simbólico, entendiendo por orden simbólico la serie de reglas que ordenan y apoyan nuestro sentido de la realidad y de la inteligibilidad cultural (en Butler, 2004b/2006:171).

A mi criterio, Butler dedica demasiado espacio a los argumentos anticuados y conservadores de Agacinsky, sin duda motorizada por responder a ciertas acusaciones iniciadas por la autora francesa. A partir de los argumentos de Agacinsky, Butler relativiza, si no desestima, el relato estructuralista que explica el origen de la cultura basado en el supuesto capital de la diferencia sexual natural.

Agacinsky no es la única teórica que se suma a las filas de quienes defienden la diferencia sexual como premisa necesaria a la hora de pensar configuraciones vinculares capaces de contener y viabilizar la vida humana. Sin ir más lejos, Julia Kristeva (1987a) cae en una lectura normativa de aquellas madres que desean y aman por fuera de la alianza heterosexual. Así, aunque Kristeva deslinda el potencial erótico disidente de la subjetividad materna, capaz de burlar la ley simbólica patriarcal y la lógica racional, califica los ejemplos históricos de madres lesbianas y madres solteras que desafían las ideologías dominantes como reacciones inútiles. Las tendencias hetero-normativas presentes en los textos de Kristeva trabajan en contra de la potencialidad de sus ideas. En las referencias explícitas que Kristeva (1987a) realiza de la homosexualidad femenina, aleja tal dirección del deseo sexual de la figura de la metáfora puesta en

⁷⁹ El feminismo radical norteamericano de los años '70, en su versión de Shulamith Firestone (1970) fue precursor en imaginar el modo en que el avance de la tecnología podía ser utilizado para la liberación de las mujeres. Firestone apuesta a que la tecnología libere a las mujeres del proceso biológico de la reproducción. Desde su punto de vista, las mujeres alcanzarán la libertad de forma plena, cuando el avance tecnológico permita engendrar y gestar por fuera del cuerpo de las mujeres. Desde el punto de vista del feminismo de la diferencia francés, Julia Kristeva (1999/2000) señala el modo en que la anticoncepción, propia de la era científica, no impide el deseo de procreación y maternidad. Se trata, dice Kristeva, de repliegues psíquicos del amor materno que opera como sitio para que el infante humano pueda efectuar el pasaje de *Zoé* a *Bios*, de la fisiología a la biografía. Es así que en la maternidad está la clave de la vida, una potencialidad de otorgar sentidos diversos. Es así, concluye Kristeva, que la posibilidad misma de la vida será femenina o no será.

marcha por el deseo maternal –modo en que Kristeva enmarca el amor heterosexual. La autora inscribe la homosexualidad femenina en el narcisismo primario como un sitio de goce inefable. Kristeva se vuelve funcional a la homogeneización de los heterogéneos sujetos maternos.

Butler (1990a/2007) critica fuertemente a Kristeva. Por un lado denuncia el modo en que Kristeva ancla la especificidad del cuerpo materno por fuera de los límites del lenguaje. Por otra parte, se encarga de analizar en detalle el modo en que la pluma de Kristeva refuerza la heterosexualidad compulsiva (Rich, 1980/2013).

Asimismo, Butler lanza una afirmación fuerte: a su criterio gran parte de los intelectuales franceses siguen sosteniendo la funcionalidad del tabú del incesto⁸⁰ -que supone no sólo la salida exogámica, sino también la unidad del clan- al interior de un estructuralismo resurgido a la fuerza de manera anacrónica, como estrategia para sostener la unidad cultural francesa, identificada con la universalidad, frente a la amenaza de una pureza cultural que ya se ha comenzado a perder por los fuertes movimientos inmigratorios. Butler no sólo afirma que el tabú del incesto supone el tabú de la homosexualidad (sutileza ya esgrimida por Gayle Rubin) sino también el tabú del mestizaje, dado que la defensa de la cultura que encuentra su cauce a través de la familia heterosexual es una extensión de las nuevas formas de racismo europeo.

El cuerpo femenino: eclipse de mujer

La dimensión histórico-social introducida por el feminismo psicoanalítico norteamericano nos abre paso hacia una perspectiva que, al menos, posibilita una mirada política sobre el cuerpo que, al mismo tiempo, permite efectuar las desnaturalizaciones necesarias para conceptualizar de otro modo las nuevas formas de agrupamientos humanos⁸¹ –sean considerados familias, o no, se utilicen las

⁸⁰ No debe perderse de vista la complejidad que entraña tal planteo. Según Irene Meler, el tabú del incesto no debe ser entendido sólo en su función de resguardar la identidad del colectivo social y promover un intercambio ordenado. Desde su punto de vista, este enfoque antropológico debe articularse con una perspectiva centrada en la subjetividad, donde se conocen los terribles efectos de la trasgresión de la diferencia adulto/niño y de la traición a la confianza primaria que el infante deposita en sus cuidadores. En esta línea, y a pesar de que sus desarrollos se muestran críticos respecto al estructuralismo (Meler, 2012a), nos alerta sobre la tendencia de los estudios *Queer* a cuestionar el tabú del incesto, considerándolo un extravío que corre el riesgo de dar legitimidad al abuso sexual contra menores. Para mayor profundidad de la perspectiva que la autora imprime a la temática, véase Meler (2006).

⁸¹ Es necesario aclarar que existen referentes dentro del campo del feminismo que apelan a líneas del psicoanálisis que resultan convenientes a la hora de anclar una política feminista en concepciones del cuerpo altamente naturalizadas. Sarah Richmond (2000/2001), por ejemplo, defiende la idea de corporeidad biológica propuesta por Melanie Klein. Desde allí expresa una ferviente crítica al rechazo

nominaciones del sistema de parentesco con el que contamos, o no— como productos históricos, como emergentes epocales que no se integran de modo armónico bajo el eje normativo de las instituciones modernas. Sin embargo, el género como diferencia (hetero)sexual se ha convertido en el marco de referencia central para teorizar al sujeto maternal. La exclusión de otras posiciones que maticen el sujeto emergente de la matriz heterosexual (Butler, 1990a/2007), como la raza, la etnia, la clase, la elección sexual, han sido invisibilizadas. Es necesario apostar al descentramiento e impugnación de estas tendencias de homogeneización dentro de las teorías del psicoanálisis feminista, a favor de comenzar a oír la voz, las historias que quienes se inscriben en la posición de sujetos maternales relatan de su experiencia. Como fuere, el feminismo psicoanalítico norteamericano nos brinda la posibilidad de pensar en nuevas modalidades de subjetivación —femeninas, masculinas, o estrictamente ninguna de ellas— que excedan ampliamente la categoría restrictiva de maternidad y sus vinculaciones con los cuerpos de las mujeres. Al interior de las estructuras del parentesco, la maternidad eclipsa las subjetividades de las mujeres a partir de decodificaciones esencialistas del cuerpo.

Este recorrido genera un aporte que traza un primer movimiento conceptual en torno al cuerpo de las mujeres. A partir de los aportes conceptuales de Hilda Abelleira y Norma Delucca (2011) en torno al ejercicio de la parentalidad, es posible pensar que tal vez se trate de depurar los roles parentales para rescatar aquellas funciones u operaciones que en cada contexto se tornan fundamentales, independientemente de quién las ejerza, al permitir y asegurar, para la totalidad de quienes integran un entramado vincular, las condiciones necesarias para la constitución subjetiva y para la preservación de la vida ... incluyendo a quienes el parentesco captura y oculta bajo la categoría *Madre*.

Las ideas de Kaja Silverman

Como hemos visto anteriormente —CAPÍTULO II— Nancy Chodorow y Jessica Benjamin han intentado explicar el modo en que la maternidad se vuelve objeto de

feminista del concepto de biología, y propone “*remediar de alguna manera el olvido en el que el feminismo ha tenido a Klein. [señala que] el desarrollo de Klein del psicoanálisis clásico que precede al ‘giro lingüístico’ lacaniano, adoptado por la teoría feminista, proporciona un cuerpo de pensamiento más productivo para ser explotado por las teóricas del feminismo. Rechazando la idea de la naturaleza humana, la teoría feminista se ha privado de algunas valiosas intuiciones acerca de los seres humanos de una comprensión que puede proporcionar propuesta para el cambio. La delineación por parte de Klein de nuestras disposiciones mentales innatas, biológicamente fundamentadas, y su refinado análisis de su interacción con el entorno social en la formación de la personalidad, ofrecen indicaciones valiosas que acerca de los parámetros que podrían restringir las posibilidades de transformación, y deberían limitar la transformación feminista*” (Richmond, 2000/2001: 85).

deseo, en principio normativamente impuesto, de gran parte de mujeres. ¿Cómo es posible dar cuenta de este destino identificatorio para las mujeres desde una explicación teórica que gire en torno al cuerpo? ¿Cómo es posible pensar los límites de la identificación con la no conformidad de género?

Debemos a Kaja Silverman (1996) una profunda sistematización en torno a una nueva mirada sobre el cuerpo desde una perspectiva que articula feminismo y psicoanálisis. Silverman delimita algunos aspectos en su análisis del cuerpo que ponen límites a la idea *Queer* de sujetos móviles, con múltiples y fluidas identificaciones contradictorias – véase CAPÍTULO IV. Su reflexión toma por objeto la idea freudiana de *yo corporal*, inscribiendo el tema, desde el inicio, en la dinámica compleja que se libra entre el terreno psíquico y el dominio político.

Cuerpo sensorial e imago visual

Silverman confronta, en primer lugar, líneas diferenciales que coexisten en la obra freudiana en torno al cuerpo. Por un lado es posible detectar una disyuntiva instalada entre cuerpo y psique, por ejemplo en *Pulsión y destinos de pulsión* (1915/1979) Freud afirma que las pulsiones acceden a la vida psíquica a partir de representantes ideacionales. Asimismo, en *La interpretación de los sueños* (1899/1979) elude la localización física de la realidad psíquica. Sin embargo, Freud también afirma que “*el yo es sobre todo (...), él mismo, la proyección de una superficie*”, es decir que “*el yo deriva (...) de sensaciones corporales, principalmente las que parten de la superficie del cuerpo*” (Freud, 1923a/1979: 27-28). Es esta última referencia a Freud, revisitada a la luz de la teoría feminista y, seguramente, de referencias de intelectuales franceses que incorpora, lo que le permite enriquecer los desarrollos sobre el cuerpo existentes en el escenarios psicoanalítico norteamericano.

En *The threshold of the visible world* (1996), Silverman entrecruza la idea freudiana respecto a que el yo deriva de *sensaciones* producidas en la superficie corporal con el aporte lacaniano que refiere al yo en términos de representación de una representación corpórea –afirmación que se desprende el *Le stade du miroir*–, donde ambas representaciones tienen un *status* visual. El desafío de la autora es articular ambas vertientes: *imagen especular*, que da cuenta de la aprehensión del cuerpo como un objeto separado –véase CAPÍTULO V– y *cuerpo sensación*, que da cuenta de la aprehensión del cuerpo como *propio* mediante exploración táctil de la superficie

cutánea. La conformación del yo/cuerpo transcurre, para Silverman, en la constitución e integración de tal *mismidad/otredad*, como dos caras de la misma moneda.

Preocupada por darle entidad psíquica a la sensación corporal, Silverman retoma los aportes de Schilder (1923, 1931) –véase CAPÍTULO VI– para rescatar las sensaciones táctiles, cutáneas y cinestésicas en la formación de la *imagen del cuerpo*, que lejos de ser un *a priori* refiere, más bien, a algo que se construye dolorosamente y, posteriormente, a la raigambre de sensaciones psíquicamente registradas que comienzan a referir a un solo cuerpo y que, unificadas del algún modo, ocupan un único punto en el espacio. La presencia del Otro es clave para que el cuerpo cobre existencia. Pues la sensación cutánea es algo, sugiere Schilder, que se le confiere al objeto desde *afuera*. Por ello, instala límites claros entre el mundo exterior y el cuerpo. Por otra parte, Silverman expone la perspectiva de autores franceses –principalmente Laplanche (1987/1989, 1999/2001)– al afirmar que el cuerpo no es, de ningún modo, el simple producto del contacto físico que brinda un otro, más bien se configura por los deseos dirigidos hacia él⁸². Silverman menciona que los aportes lacanianos que teorizan al yo como producto de relaciones especulares, aunque sumamente valiosos, han dificultado dimensionar el papel de las sensaciones corporales.

Como fuere, el sentido unificado del *self* se construye sobre la base de los entrelazamientos mutuos entre dimensión *sensacional* y dimensión visual de las representaciones del cuerpo. Silverman apela a *Les origines du caractère chez l'enfant* de Henri Wallon (1934/1975) para reafirmar esta idea elípticamente. Para Wallon el yo exteroceptivo y el yo propioceptivo permanecen inicialmente desconectados. Propone, entonces, un *stade du miroir*–al que posteriormente Lacan (1966/1988) echa mano para modificar aspectos nodales– al que concibe como un largo proceso, no un acontecimiento puntual que marca un antes y un después de una vez y para siempre. En su versión original, Wallon postula que el reflejo en el espejo no es suficiente para que el infante realice una aprehensión de *sí-mismo*. Es en la convergencia de lo propioceptivo y lo exteroceptivo donde el yo es delimitado. El infante de Wallon responde al reflejo de su cuerpo como un objeto separado y luego ese reflejo constituye una *imagen en relación*, o lo que Silverman denomina como una *identidad-a-distancia*.

⁸² Para mayores desarrollos de autores provenientes del psicoanálisis francés sobre el cuerpo véase Delucca & Petriz (1997), Petriz (1998), también Levin de Said (2004) y Nasio (2008).

La paradójica nominación de la autora da cuenta, justamente, de la condición o cualidad de *ser-otro*.

Los aspectos propioceptivos entran relaciones con la imagen y constituyen el punto de referencia a partir del cual el yo percibe los objetos, incluida la imagen especular, como exteriores, por fuera. Silverman se empeña en dotar de importancia a la propioceptividad. Apela, incluso al significado que se desprende de su etimología: *proprius capere*, que remite a captar y atrapar lo individual y característico, es decir que se trata de un sujeto que aprehende su propiedad. La propioceptividad refiere, en última instancia al mapeo no visual de la forma del cuerpo. Nos dice Silverman que si la imagen provee *identidad*, lo propioceptivo provee *presencia* –esto es, para la autora: el despliegue de los músculos del cuerpo con el propósito de ajustarlo sin dificultad a un envoltorio espacial imaginado–, algo que la imagen especular, visual, nunca asegura por sí misma.

El significado de *presencia* que construye Silverman no es ingenuo. Su definición incluye no sólo la materialidad de los músculos de un organismo previo, también propósitos de ajuste y formas imaginarias, aspectos que corresponden a otro orden de cosas. Esta idea de *presencia* marca, entonces, la imposibilidad de pensar el despliegue de los músculos al margen del entorno cultural. La postura, por ejemplo, no constituye un rasgo intrínseco al cuerpo humano. Silverman refiere a Foucault (1975/2008) para pensar la propioceptividad que integra la función postural –el ego sensorial de Schilder (1923, 1931)– como el producto de las interacciones entre el cuerpo y el contexto socio-histórico. Aunque el despliegue postural implica propioceptividad, ésta no puede reducirse a los aspectos involucrados en la postura. La propioceptividad refiere, entonces, a la reunión y unificación de sensaciones –antes dispersas– provistas por los diversos órganos sensoriales, en sus diferentes espacios y registros (Grosz, 1994).

Por otra parte, el concepto de propioceptividad admite la posibilidad de pensar los efectos de las interacciones entre el cuerpo del infante y el entorno parental. A partir de estos intercambios es que el sujeto llega a tener un cuerpo *sensorialmente* marcado por aspectos –al mismo tiempo constitutivos de la dimensión sensorial y, entonces, del cuerpo mismo– tales como el género, la etnia, la preferencia sexual y otras diferencias culturalmente construidas e impuestas. Asimismo Silverman rescata la piel por su papel propioceptivo privilegiado en la producción de una *gestalt* corpórea no

visual. La piel adquiere una función nodal en la sensación que el sujeto tiene de sí como cuerpo extenso en el espacio (Anzieu, 1985/2007). Otro aspecto importante que destaca la autora: los aspectos *sensacionales* tornan indistinguibles *yo* y *cuerpo*, sensación física y su registro mental resultan indisociables⁸³. Posteriormente, este carácter de indisociabilidad se trastoca cuando los aspectos *propioceptivos* o *sensacionales* se integran con la *imago visual*, entonces el sujeto experimenta un *ser-sí-mismo* –lo que los franceses denominan como el *moi* del ego– localizado bajo el envoltorio, imaginario, de un cuerpo con el que el *yo* debe entablar una relación, privilegiada, al igual que con otros objetos del mundo⁸⁴.

La Pantalla y la Mirada

Silverman toma otros aportes que Jacques Lacan realiza en *Les quatre princeps fondamentaux de la psychanalyse* (1973/1987) para enriquecer su punto de vista. La idea de *reflejo especular* es dejada a un lado, la autora referirá a la *Pantalla* y la *Mirada* para dar cuenta de una identidad visual en tanto representación externa en la que el sujeto confía. A diferencia de *Le stade du miroir*, en la *Pantalla* el periplo del sujeto en su asunción de una *identidad-a-distancia*, en la que participa la imago visual, no transcurre por el reconocimiento en la superficie del espejo. Se trata, ahora, de un sujeto que *confía* en una *Mirada*, inaprehensible e ilocalizable, gracias a la cual el sujeto logra su acceso estructurante a la *Pantalla*. Entonces, el sujeto sólo puede reconocerse *exitosamente* en ella –siempre de manera errónea– a partir de esa imagen, o conjunto de imágenes, a través de las cuales él es culturalmente aprehendido. Por otra parte, es necesaria, nos dice Lacan, la mirada de la madre para que el sujeto permanezca alineado

⁸³ Para un desarrollo de Judith Butler respecto al problema de establecer límites entre lo psíquico y lo corporal véase CAPÍTULO IX.

⁸⁴ Desde aquí, el travestismo o el transexualismo atestiguan que los aspectos propioceptivos no siempre son *compatibles* con lo que la superficie del espejo refleja. Wallon muestra que lo propioceptivo siempre es, en principio, *disyunto* con la imagen visual, y el *yo corporal unificado* sólo cobra existencia como resultado de una laboriosa mimesis de partes separadas. Esta conjunción de partes disyuntas sólo resulta conflictiva cuando la identificación con el reflejo especular devuelve una *imago visual* marcada por una morfología corporal que culturalmente resulta no corresponder con el sentido sensorial del cuerpo en cuestión –por ejemplo mujeres *trans* que, pese a su cuerpo codificado como masculino, declaran haberse sentido siempre como una mujer. Incluso, a nivel sensorial no puede hablarse de una discordancia entre un cuerpo biológicamente delimitado y un sentido psicológico generizado previo puesto que ambos se construyen correlativamente. Es esa *identidad-a-distancia* la que impone nuevas exigencias a la *sensacionalidad*, aunque sin la cual el sentido de *mismidad* no emerge, y a partir de la cual el sujeto debe asumir una *morphe imaginaria externa* con la cual identificarse –véase CAPÍTULO IX. Sólo cuando entra en juego este acople entre estas partes del *yo corporal unificado*, que *con-forman* mimesis sexo-género o no, cobra sentido la concepción imperante respecto a la *no conformidad de género*.

con el reflejo imaginario. Puesto que en el drama especular la mirada de la madre representa una mirada que posee otro estatuto: la *Mirada* –ratificación simbólica proveniente de la cultura de la que toda identificación depende.

La *Mirada*, nos dice Silverman, superpone al infante con el reflejo estructurador, y así hace posible la identificación del sujeto con lo que nunca puede *ser*. La alteridad y el carácter ficticio de la imagen que opera como modelo identificatorio cobran mayor fuerza en estas referencias. Si el reflejo especular atestiguaba la simultánea contigüidad espacial del niño, ahora, la *Pantalla* no implica tal relación icónica o indicial. La *Pantalla*, a diferencia del espejo, resulta opaca, no refractante, pues no hay, enfatiza la autora, conexión existencial entre ella y el sujeto que se define a través de ella, tampoco ningún vínculo analógico necesario. Por un lado Silverman destaca la conexión imaginaria entre sujeto e imagen, por otro lado diferencia la mirada del sujeto de la *Mirada* cultural que confiere autoridad visual. Entonces, lo determinante es cómo nos percibe esta *Mirada* sedimentada en las miradas, inclusive la propia. En este contexto, Silverman señala que no podemos conjurar de modo simple la aparición de una nueva *Pantalla*. A nivel colectivo queda la esperanza de luchar por cambiar la existente, y en el plano individual generar estrategias por sustituir la imagen por la cual somos convencionalmente vistos con el objetivo de re-semantizar la imagen normativa⁸⁵.

El valor de los aportes de Silverman radica en el análisis enfáticamente político de los modelos visuales. Al separar la mirada de la *Mirada*, la autora destaca la desnaturalización de la relación entre el sujeto y la *Pantalla*, y por otra parte señala la no necesaria ni invariable identificación del sujeto con el Ideal. La imagen que devuelve el espejo, con la que el sujeto se alinea mediante la *Mirada*, en el interior del dispositivo de la *Pantalla*, no siempre configura un Ideal cultural. Es en este contexto que Silverman ensaya su versión de la *Pantalla* al definirla como el repertorio de representaciones por medio de las cuales nuestra cultura se figura todas esas variedades de la diferencia en las cuales la identidad social se inscribe. Desde aquí, toda atribución idealizadora implica su opuesto, y esas formas de diferencia dependen de una franja poblacional abyecta alineada e identificada imaginariamente con lo negativo, más que con lo ideal. En última instancia, la *Pantalla* no es otra cosa que imágenes culturales a través de las cuales los sujetos son aprehendidos culturalmente. La *Pantalla* guarda

⁸⁵ De un modo u otro, esta sugerencia de Kaja Silverman (1996) se encuentra en sintonía con la estrategia del *pastiche* mediante las *performances* subversivas propuestas por Judith Butler (1990a/2007) –véase CAPÍTULO IV.

versiones de la diferencia a partir de las cuales no sólo se producen *yoes corporales* ideales. Es sobre la base de indicios físicos –como la presencia o no de pene o la pigmentación de la piel– que la *Mirada* proyecta imágenes sobre los *cuerpos-literales* – modo en que la Silverman denomina aquel dato *a priori* lógicamente necesario a la hora de deslindar cómo opera el dispositivo de la *Pantalla*.

En suma, la *Pantalla* resulta estructurante del sujeto, donde ni los atributos del *cuerpo-litera*l ni un *self* interno esencial cuentan como determinantes. En la *Pantalla* constituye un punto de partida fantasmático donde se elabora, en el mismo proceso, la *anatomía imaginaria* y su identidad concomitante –véase CAPÍTULO IX. No puede predicarse la existencia del cuerpo, ni siquiera como una tenue unidad, antes de la imagen, la postura, el contacto y la *Mirada* intrínsecos a la *Pantalla*. Es así que los indicios físicos mediante los cuales la diferencia es identificada no son más que elementos insignificantes dentro de un conglomerado incoherente desprovisto de forma y valor.

Cuerpo-igual-a-sí

Llegamos, a partir de este recorrido, al aporte más interesante de Silverman: la idea de *cuerpo-igual-a-sí*. Para alimentar esta idea la autora enfatiza –en la misma línea que sugiero al final del CAPÍTULO X– un modelo de identificación diferente. Acertadamente, Silverman detecta el modo en que la versión freudiana de la identificación se comporta de modo tal que el sujeto se alinea imaginariamente a un otro de modo *incorporativo*. En *Psicología de las masas y análisis del yo*, por ejemplo, Freud (1921/1979) señala que “*desde el comienzo mismo, la identificación (...) se comporta como un retoño de la primera fase, oral, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal*” (Freud, 1921/1979: 99). Posteriormente, en *Totem y Tabú*, Freud (1913/1979) hace literal la metáfora canibalística con la que caracteriza a la identificación cuando relata el modo en que la hora de hermanos asesina y devora al padre:

Un día los hermanos expulsados se aliaron, mataron y devoraron al padre, y así pusieron fin a la horda paterna. Unidos osaron hacer y llevaron a cabo lo que individualmente les habría sido imposible. (...) Que devoraran al muerto era cosa natural para unos salvajes caníbales. El violento padre primordial era por cierto el arquetipo envidiado y temido de cada uno de los miembros de la banda de hermanos. Y ahora, en el acto de la devoración, consumaban la identificación con él (1913/1979: 143-144).

Una vez devorado, el padre cobra existencia con otro estatuto al ser introyectado. En aquellos textos en los cuales Freud tematiza la formación del yo, la identificación juega un papel relevante en tanto proceso a partir del cual el otro es interiorizado como *self*, ya sea mediante la lógica de la melancolía en *Duelo y melancolía* (1915/1979) –véase CAPÍTULO V– o comandado por el despliegue propio del complejo de Edipo en *El yo y el ello* (1923a/1979). Silverman no duda en afirmar que la lógica a partir de la cual el sujeto se articula en función de la norma es incorporativa, y a partir de allí es que el *yo corporal* se *con-forma* y se mantiene, ilusoriamente, en términos de totalidad. Apelando a una identificación exteriorizadora o, como la denomina Silverman, *ex-corporativa*, la autora instala la posibilidad de deshacer la ilusoria unidad y presencia del *yo corporal*. El trayecto *ex-corporativo* de la identificación constituye una vía por la cual el sujeto se identifica a distancia de su *self* propioceptivo y en la que la imagen visual del reflejo especular permanece externa, sin la exigencia de una unidad corporal imaginaria. Ante el modelo de un *yo corporal* que deglute, esto es: que se consolida asimilando las coordenadas corpóreas del otro, devorando la otredad corporal, la coherencia del yo se mantiene repudiando todo aquello que no puede devorar vía identificación, es decir negándose a cobrar existencia en y a partir de modelos de corporeidades radicalmente ajenos. A esta restricción identificatoria es a lo que Silverman denomina como principio del *cuerpo-igual-a-sí*. Desde aquí no llama la atención que un sujeto heteronormado rechace alinearse imaginariamente a ciertos modelos corporales rechazados como diferentes, o se adhiera obstinadamente a otros que son incorporados fácilmente. Este juego identificatorio propio del *cuerpo-igual-a-sí* no es sin la *Mirada* que procura al sujeto imágenes idealizadas o abyectas de sí. Sólo en el plano de este juego de imágenes que tornan al *cuerpo-igual-a-sí* el sujeto puede experimentar, aunque más no sea momentáneamente, que es idéntico a sí mismo.

El principio del *cuerpo-igual-a-sí* ordena el juego de las diferencias. Aquellos sujetos *privilegiados* en cuanto al género, la clase, la étnica y la preferencia sexual –sólo por nombrar algunos núcleos identitarios– no buscarán alinearse identificatoriamente a modelos que amenacen la coherencia e idealidad de su *yo corporal*. Se trata de evitar situarse dentro de esos cuerpos⁸⁶. Entonces, Silverman introduce la idea de *umbral* que

⁸⁶ Aquellos sujetos que son localizados en posiciones desalineadas respecto a la idealidad de las imágenes valoradas por la *Mirada* parecieran estar más pregnantes a identificaciones *ex-corporativas*, seguramente esto se debe a lo que Silverman advierte cuando señala que cuando la imagen proyectada resulta desidealizadora el sujeto la experimenta como una imposición externa. En algún sentido esto da cuenta

opera como límite para la identificación. La imagen especular cumple papel de límite, aquello que no se puede cruzar. El yo, en otros términos, no permanece pregnante a cualquier imago visual, el sujeto *con-forme* a las normas de género, étnicas, sexuales imperantes sólo admite aquellas identificaciones que resultan congruentes con su forma. Sólo resta mencionar el modo en que los sujetos *no-conformes al género* muestran una lógica identificatoria diferente a la *in-corporativa*. Al menos en algún aspecto, la identificación *ex-corporativa* se encuentra en el corazón de toda falta de conformidad entre las posiciones identificatorias y aquello que la *Mirada* sanciona. Por otra parte, la identificación *ex-corporativa* supone pagar el precio de la abyección, modo en que la *Pantalla* gestiona la posibilidad de identificarse con la diferencia. Por último, estos sujetos *desalineados* respecto a la *Mirada* refuerzan la lógica identificatoria *in-corporativa* de los sujetos hetero-normados, puesto que los sujetos *no-conformes al género* acorde a la *Mirada* cultural –que sanciona, bajo el sello de idealidad, la mimesis sexo-genero– bien podrían constituir una alegoría de la incongruencia respecto a la forma ideal, aquello repudiado como sitio temido de la identificación (Butler, 1993a/2008), aquello que nunca podrá ser objeto/sujeto de amor identificatorio (Benjamin, 1995/1997).

del modo en que gran parte de quienes portan figuras de la diferencia se *in-corporan* al modelo regido por el *principio-de-cuerpo-igual-a-sí*, pero en tales casos *igual-a-sí* no refiere a la valorar positivamente la diferencia que portan, dotándola de idealidad contra-cultural, sino que refiere al modelo normativamente instaurado como ideal, interiorizado identificatoriamente. Es en tales casos donde esta identificación fluctúa entre los límites de lo *in-corporativo* y lo *ex-corporativo* según se priorice tomar como modelo aquello a lo que no se está alineado de entrada o tomar como modelo aquello que corresponde con la idealidad cultural. El fragmento de la novela *El corazón es una cazador solitario* de Carson McCullers resulta altamente ejemplificador: “-Muchas veces, mientras estaba arando o trabajando (...) he pensado y razonado sobre la época en que Jesús va a descender nuevamente sobre la tierra (...). Me imagino que voy a estar de pie ante Jesús con todos mis hijos y nietos y bisnietos y parientes y amigos, y le diré: ‘Jesucristo, todos nosotros somos pobres personas de color’. Y entonces Él pondrá su santa mano sobre nuestra cabeza, e inmediatamente todos nos volveremos blancos como el algodón. Ésta es la idea que alberga mi corazón muchas, muchas veces”.

CAPÍTULO VIII
CUERPO
LA MIRADA EN LAS TENSIONES FEMINISTAS
(CON ESPECIAL REFERENCIA A LA IDENTIDAD SEXUAL)

*...scratch his love, and you'll find your
fear*

Ti-Grace Atkinson, *Amazon Odyssey*

*...como si el reconocimiento del ser del
otro abriera las compuertas que dan al
pánico...*

Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*

El problema de la identidad sexual confrontó al feminismo norteamericano durante la denominada segunda ola de los años '70. En aquel momento, la heterosexualidad de mujeres feministas se volvió una posición problemática ante la mirada del feminismo radical lésbico. El presente capítulo rastrea, en un primer momento, algunas líneas del debate al respecto, lo que nos permite aproximarnos a la complejidad de las formas en que el cuerpo ha sido capturado analíticamente por las diversas posiciones que subyacen a las teorías feministas. La relevancia de la vía elegida radica en el lugar esencializado que reciben los cuerpos como sede de la sexualidad y el género en los argumentos utilizados. En un segundo momento se presenta, de manera más explícita dos formas en que el cuerpo ha sido conceptualizado en dos exponentes de relevancia notable dentro del campo de la teoría feminista: Simone de Beauvoir y Luce Irigaray.

Identidad sexual en clave lesbiana

Gran parte de las producciones teóricas localizadas en la teoría feminista se han vertebrado a partir de las fuertes críticas hacia el valor que el *Falo* recibe como ordenador privilegiado y exclusivo del orden simbólico (Irigaray, 1974/2007). Desde la década del '70, y hasta la actualidad, el *Falo* ha constituido una referencia ineludible para muchas feministas en sus intentos de inaugurar nuevas categorías conceptuales que

trastoquen los modos patriarcales y falocéntricos de ordenar el campo social, y, al mismo tiempo, conmuevan las modalidades de subjetivación que en su interior se despliegan. Señala Victoria Hersford (2005) que en el interior de un orden simbólico codificado en estos términos la lesbiana no puede ser otra cosa que una figura espectral, pues su presencia cultural se conjura, paradójicamente, según Hersford, a través de un proceso de desrealización. La lesbiana aparece, señala, como un ser incidental, impalpable, fugaz y opaco, no como un sujeto anclado sólidamente en el mundo y entramado en la sociabilidad. La espectralidad de la figura de la lesbiana le sugiere a Hersford que el lesbianismo es la idea reprimida en el corazón de la cultura patriarcal, una representación que sólo adviene sobre las bases de lo indeseado.

En este contexto, el feminismo radical lésbico ha puntualizado con énfasis el lugar de sometimiento al que las mujeres son relegadas por los varones en el contexto de la cultura patriarcal. Es así que varias pensadoras del feminismo lésbico se han pronunciado en contra del *Falo*, como organizador simbólico. Han objetado la hipertrofia del recurso al imaginario fálico para elaborar un simbolismo que utiliza tal imagen como modelo de poder y placer, y que es producto de la dominación social masculina (Meler, 2013). Desde esta postura los vínculos eróticos con varones se consideran como contradictorios con la persecución de objetivos feministas. En este contexto conceptual Judith Butler irrumpe con nuevas formas de abordar la temática. Sus aportes teóricos imprimen un giro al modo en que se venía pensando el género y la sexualidad. Su pensamiento permite superar supuestos teóricos esencialistas que impiden incorporar la diversidad y la multiplicidad de presentaciones de género y sexuales en nuestros esquemas de pensamiento.

La (hetero)sexualidad a debate

En octubre de 1992, el Journal *Feminism & Psychology* emitió un número especial dedicado a la heterosexualidad. Su introducción editorial –bajo el título *Theorizing heterosexuality*, y a cargo de las académicas feministas británicas Celia Kitzinger, Sue Wilkinson y Rachel Perkins (1992)– muestra una profunda preocupación por descentrar la heterosexualidad en tanto único patrón normativo naturalizado en la producción de conocimientos. Para las autoras, ni el feminismo ni la psicología, al menos en el grueso de sus teorizaciones, se han preocupado por situar la heterosexualidad como un tema de

análisis explícito. En este sentido, la atención analítica siempre se ha focalizado en la homosexualidad en tanto lugar de emergencia de aquello desviado o torcido.

La relevancia de esta publicación radica en el carácter novedoso de la estrategia de las autoras: colocar en el centro del debate a la heterosexualidad. Las autoras se apoyan en el clásico artículo *Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence* de Adrienne Rich (1980/2013), quien se muestra preocupada por los efectos del heterocentrismo no examinado en el feminismo. Específicamente sacan provecho de la idea que vertebra el ensayo de Rich: la heterosexualidad de las mujeres no puede ser producto de una simple elección o preferencia, sino algo que es impuesto bajo coerción y mantenido por la fuerza, encubierto bajo la creencia subjetiva de *ser* heterosexual de forma libre e innata. La supresión de la existencia lesbiana bajo la pluma feminista, a criterio de Rich, no sólo es antilésbica, sino antifeminista, por lo tanto también distorsiona la experiencia de las mujeres heterosexuales. Se trata, en última instancia, de exhortar a las feministas, especialmente a aquellas heterosexuales, a que examinen la heterosexualidad como una institución política.

Allí no faltan expresiones provocadoras. Se denuncia que la literatura feminista reduce la producción de Rich a un homenaje rutinario, a un texto clásico carente de sentido, por lo tanto su potencialidad analítica es ignorada y la tiranía implacable de la heterosexualidad coercitiva, afirman, continúa en el interior del feminismo. En esta línea, las autoras mencionan explícitamente la ironía presente en el hecho de que tres lesbianas (las editoras) generen el espacio que las feministas heterosexuales no han sido capaces de crear por sí mismas. Parece claro el llamado insistente y provocativo a recibir respuestas que reabran el debate.

Coyunturas políticas de la identidad sexual

Ahora bien, ¿qué significa ser una lesbiana para las editoras? Para ellas, aceptar la etiqueta de lesbiana, e identificarse con ella, supone un acto de auto-denominación con el que se afirma el compromiso ineludible, en tanto mujeres y lesbianas, de rechazar el orden heteropatriarcal. Claramente la identidad sexual es resituada de un modo estratégico. Se proponen un acto colectivo de resignificación que cuestione la propia percepción de la identidad sexual en términos esencializados, para reinscribirla como una compleja construcción política que permite reivindicar, de manera conjunta, aquel rasgo identitario que el patriarcado ha enseñado a despreciar. A criterio de las autoras, la

mayor parte de las feministas heterosexuales no han experimentado tal actitud reflexiva que troca lo personal en político, de modo que para ellas la heterosexualidad que portan no constituye una identidad política de la forma en que el lesbianismo sí lo es para las feministas lesbianas.

Las producciones de gran parte de las académicas heterosexuales que publicaron en el *Special Issue* exponen posturas en contra de anudar las posibilidades múltiples y dinámicas de las identidades a posiciones monolíticas -como por ejemplo *heterosexual* o *lesbiana*. Shulamit Reinharz (1992) valora la idea de continuum en detrimento de *posiciones fijas*, Alison Young (1992) piensa la plasticidad de la identidad sexual a partir de la analogía con los *colores de un espectro*, Mary Gergen (1992) se niega a capturar la temática bajo los dilemas de *oposiciones binarias*, Nira Yuval-Davis (1992) destaca la innegable construcción social de la sexualidad y la presencia ineludible de *deseos bisexuales*, Mary Crawford (1992) señala el problema de las categorías en oposición, pues la categoría *heterosexual* no puede existir sin la correspondiente categoría *homosexual*; por otra parte, señala, tal oposición oscurece las infinitas dimensiones en las que cada quien podría ubicarse como un ser sexual.

Sin embargo, las editoras, entre otras feministas lesbianas como Kadiatu Kanneh (1992), dejan deslizar que la simpatía por la multiplicidad y la fluidez por parte de feministas heterosexuales se debe al hecho de que, salvo en contadas ocasiones, la heterosexualidad no es una postura política asumida de manera deliberada. La vinculación entre el malestar que expresan las feministas heterosexuales y sus posiciones no examinadas parece clara a los ojos de las editoras. En este contexto, en su mayoría, las feministas heterosexuales no aprecian la relevancia que la etiqueta *Lesbiana* posee para quienes la utilizan. Es así que se inclinan por jugar con un continuo de categorías, lo cual, a criterio de las editoras, da cuenta de un comprensible deseo por liberarse de la miserable prisión de la identidad heterosexual no politizada, buscando la disolución de las categorías excluyentes y dicotómicas a favor de reconocer la diversidad individual y, al mismo tiempo, los lazos comunes entre todas las mujeres.

En esta línea, las editoras destacan el abismo que separa la identidad feminista lesbiana de las identidades feministas heterosexuales. A pesar de que es indiscutible que muchas mujeres heterosexuales se han incorporado a las filas del feminismo mediante una toma de conciencia de las desventuras del sistema patriarcal, muchas otras mujeres son feministas como resultado directo de su lesbianismo, levantándose contra la opresión

heteropatriarcal. La diferencia radica, a criterio de las editoras, en que el lesbianismo constituye una elección deliberada que armoniza con la política feminista⁸⁷. Si bien existe una extensa literatura que analiza la importancia del lesbianismo en el logro de los objetivos feministas, no hay escritos teóricos que justifiquen la compatibilidad entre la heterosexualidad y el cumplimiento de tales objetivos. Ahora bien, ¿es la elección sexual un acto que guarda tal grado de voluntarismo o autonomía como para generar un patrón de medida del compromiso en relación con determinados objetivos políticos?

El *continuum* lésbico-heterosexual

Para las feministas lesbianas las cosas parecen ser diferentes. Autodenominarse como lesbiana supone realizar una declaración política que no necesariamente niega la fluidez, el cambio o las contradicciones a lo largo de la vida. Las editoras no dudan en afirmar que los términos *heterosexual* y *lesbiana* no son simétricos, pues las consecuencias de aceptarse de una u otra forma son diferentes. Hay etiquetas más seguras y menos controvertidas, pertenecer a un grupo dominante no supone las mismas exigencias que pertenecer a un grupo oprimido –el cual necesita ser reivindicado de manera continua. Es en este sentido que para las editoras, *heterosexual* y *lesbiana* no son los extremos opuestos de un *continuum*, no pertenecen al mismo espacio conceptual. Las feministas lesbianas disponen de un conjunto de significados explícitamente políticos. El hecho de incluir la categoría *Lesbiana* dentro de la categoría *Mujer* sin un meticuloso análisis político de la heterosexualidad, es una ilusión tan destructiva como incluir la categoría *Mujer* dentro de la categoría *Hombre*. Las editoras sugieren, entonces, la necesidad de una inminente politización de la categoría *Heterosexual* –objetivo del *Special Issue*.

En estos términos, una mujer que porta una identidad heterosexual (re)produce las diferencias de género que la heterosexualidad requiere, contribuye a su propia opresión y mantiene inalterable la diferencia de poder entre las mujeres heterosexuales y los varones. Tal como afirman Carol Nagy Jacklin (1992) y Halla Beloff (1992) la heterosexualidad es un privilegio frente a otras formas de sexualidad. Esto explica, desde este punto de mira, la falta de perspectiva crítica en torno a la heterosexualidad –

⁸⁷ Al respecto, Beatriz Gimeno Reinoso (2005) afirma que “*Las mujeres pueden aprender a sentir deseo por otras mujeres, la mayoría de ellas intuyen que esto es posible, los hombres saben que es posible. Las mujeres han aprendido a desear a otras mujeres a lo largo de la historia, muchas mujeres lo hacen cada día, aunque no todas concienten que su cambio es una auténtica huida de la heterosexualidad. La pregunta, pues, es la siguiente: ¿Es posible para las mujeres escoger su objeto de deseo de manera que éste se corresponda con lo que es una opción política y vital? Es posible*” (Gimeno Reinoso, 2005: 225).

pues resulta muy raro, desde tal perspectiva, que las mujeres heterosexuales exploren su propia participación en la propagación de la supremacía masculina, pues, como destacan las editoras, el poder no sólo oprime a las lesbianas sino que también construye activamente a la mujer en tanto que heterosexual. Varias pensadoras sostienen que ser lesbiana implica alejarse de la categoría *Mujer*. Por ejemplo Monique Wittig (1992/2005), y su controvertida afirmación *las lesbianas no son mujeres*, cuestiona la heterosexualidad en tanto institución. Ahora bien, a partir del hecho de portar una identidad sexual lesbiana ¿se sigue de suyo la posibilidad de escapar a los circuitos heterosexuales de pensamiento –sólo por nombrarlo en los mismo términos que Wittig? Múltiples pensadoras han destacado que durante el despliegue de la segunda ola del feminismo se invisibilizó el hecho de que parte de sus integrantes no sólo eran mujeres, sino también lesbianas. De modo inevitable, la dimensión de la diferencia se gesta e irrumpe al interior mismo del movimiento. La emergencia de una sexualidad no hegemónica como núcleo identitario emergente instala una división, de modo tal que el hecho de ser mujer –sometido a debate décadas más tarde, será– es puesto en tensión con la identidad sexual. Se conforma, simultáneamente, continuidad y discontinuidad entre las integrantes del movimiento según el núcleo identitario que se priorice –género o sexualidad. En este sentido no es posible para el feminismo expulsar la diferencia sin atacarse a sí mismo.

Varias pensadoras han enfatizado la idea de *continuum* como modelo que permita reconocer las conexiones entre lesbianas y heterosexuales, lo que garantizaría el reconocimiento de las lesbianas dentro del feminismo. Sin embargo, tampoco faltan quienes priorizan las *diferencias* como única vía para visibilizar la existencia lesbiana. Por otra parte, es posible complejizar aún más la cuestión. Tal como señalan las editoras, tanto la *inclusión* que cabalga sobre la opción de priorizar la igualdad, como la *exclusión* de cara al énfasis de las diferencias, pueden servir para borrar al lesbianismo del feminismo y reforzar la institución de la heterosexualidad obligatoria. En este sentido, las editoras afirman que las lesbianas pueden adquirir legítima visibilidad dentro del feminismo sólo cuando la institución de la heterosexualidad obligatoria se someta a análisis político.

La mirada política y lésbica de Denise Thompson

El artículo de Denise Thompson (1992) *–Against the dividing of woman: lesbian feminism and heterosexuality–* incluido en el *Special Issue* resultó, junto con la introducción editorial, controvertido. A diferencia de las editoras, Thompson aboga a favor de la existencia de un continuum de intereses y experiencias entre lesbianas y heterosexuales por el sólo hecho de *ser mujeres*. A su criterio el lesbianismo no es sólo la *preferencia sexual* de una *minoría*, el feminismo debe definir el significado de ser una lesbiana dado que, a criterio de Thompson, ello mismo implica una redefinición de lo que significa *ser una mujer*.

A partir de las ideas de Adrienne Rich (1980/2013) y Janice Raymond (1986), Thompson se opone a la supremacía masculina, para ello enfatiza la continuidad de toda mujer al interior de feminismo. La clave de ello es el lesbianismo, pues permite que una mujer pueda amar a otra mujer en un vínculo en el que es posible reconocer a otra mujer, y a sí misma, como individuo humano no carente de nada. Por lo tanto, la autora no puede dejar de enfatizar la crucial importancia para el feminismo de la existencia del lesbianismo político, el que toma cuerpo en aquellas mujeres que son capaces de retirarse de los circuitos del sistema heterosexual que mantiene a los varones como modelo de lo humano y a las mujeres como sus auxiliares.

Thompson destaca que el lesbianismo no es sólo deseo y/o actividad sexual genital de una mujer con otra mujer, sino más bien una redefinición de las mujeres desde sí mismas. En un mundo heteropatriarcal el lesbianismo nunca es sencillamente algo en lo que una mujer se convierte por casualidad. Ahora bien, si el análisis discurre por los significados de la heterosexualidad y el lesbianismo como categorías políticas en virtud del patriarcado, ¿es la identidad sexual reductible a las innegables coordenadas políticas que subyacen a ella? En este sentido Thompson menciona que la oposición entre lo *político* y lo *erótico* es insostenible en términos feministas. Si bien es cierto que desde el inicio el feminismo ha señalado la naturaleza política de lo erótico, no menor dentro de la institución de la heterosexualidad, tal afirmación no agota la complejidad de la cuestión.

Thompson acentúa el modo en que muchas de las mujeres heterosexuales, durante el calor de las luchas reivindicativas propias del feminismo de la segunda ola, optaron por ser lesbianas. Es así que muchas lesbianas que solían ser heterosexuales cambiaron su orientación sexual, pusieron en marcha activa y conscientemente un deseo lésbico. Lo

que resulta aún más interesante del relato de Thompson: algunas feministas heterosexuales militantes de la segunda ola decidieron mantener una política feminista radical, consecuentemente reconocen la dominación masculina como enemigo principal y deciden amar a otras mujeres como un compromiso feminista nuclear a pesar de su deseo heterosexual. ¿Es posible abandonar una identidad sexual erótica a cambio de una identidad sexual política? ¿Los objetivos políticos de un grupo de pertenencia pueden impactar de tal modo como para hacer virar la dirección del deseo? ¿Existe una realidad erótica, pre-discursiva, en la cual se inscribe la identidad sexual más allá de los discursos sociales o políticos?

Tal como se ha señalado, Thompson destaca la idea de *continuum*. Para la autora las categorías *mujer*, *lesbiana* y *heterosexual* no son excluyentes entre sí. Desde su punto de vista, las lesbianas, aunque nunca hayan sido heterosexuales, no pueden escapar al diluvio de la hegemonía heterosexual que impregna toda la cultura, que exhibe y promueve incesantemente sus valores como la única realidad. Por otra parte, las mujeres heterosexuales pueden reconocer la familiaridad del lesbianismo, pues las mujeres heterosexuales saben lo que es amar a mujeres a través de la amistad, redes de apoyo, sororidad, solidaridad, incluso las experiencias en el vínculo con su madre⁸⁸.

Como fuere, a criterio de Thompson, la creación de las categorías *lesbiana* y *heterosexual*, dicotómicamente organizadas, sostienen y fortalecen al patriarcado. A criterio de la autora, el machismo falsifica la existencia de las mujeres y las define sólo en relación a los varones. Es en ese sentido que la hegemonía masculina no puede aportar inteligibilidad a aquellas mujeres que no necesitan de los varones. La heterosexualidad es impuesta a las mujeres, quienes son sometidas, mediante una amplia gama de violencias, y privadas de otras alternativas legítimas posibles. Sin embargo, a pesar de que la imposición del deseo heterosexual rompe vínculos eróticos entre mujeres, aún así, para la autora, es posible sortear la designación heterosexual. Es posible que las mujeres puedan amarse y reconocerse entre sí independientemente de los modos en que el patriarcado define esos vínculos.

⁸⁸ Los aportes del feminismo psicoanalítico norteamericano visto en el CAPÍTULO II bien podrían constituir una explicación psicodinámica complementaria a estas ideas de Thompson. Es posible notar en Nancy Chodorow (1978/1984) y en Jessica Benjamin (1988/1996, 1995/1997) cierta simpatía por el feminismo de la *diferencia*, en su versión norteamericana.

La mirada psicodinámica y heterosexual de Wendy Hollway

Las respuestas a la introducción editorial de Kitzinger, Wilkinson y Perkins así como al artículo de Thompson incluido en el *Special Issue* no tardaron en aparecer. Wendy Hollway (1993) publica una respuesta –*Theorizing heterosexuality: a response*– en el mismo *Journal*. En él critica los supuestos que entretienen el *Special Issue* sobre heterosexualidad y propone un enfoque teórico diferente a partir de sus propias experiencias como mujer heterosexual. Hollway no cuestiona la importancia histórica que han tenido las críticas hacia la heterosexualidad realizadas por feministas radicales, pues abrieron paso a desenmascarar la jerarquía de poder intrínseca a las relaciones heterosexuales. Aún así, la autora observa el modo en que el discurso feminista radical construye discursivamente el sexo heterosexual en términos de relaciones de poder opresivas y unidireccionales. También detecta la homologación, más o menos sutil, de las mujeres heterosexuales con el deseo de ser dominadas. A partir de allí Hollway intenta instalar, en su mayor complejidad posible, las relaciones entre las categorías de poder y género, así como los efectos del deseo y la significación en la sexualidad, inscribiendo estas problemáticas feministas en un plano psicológico.

Hollway observa, en primer lugar, que los trabajos de las feministas heterosexuales que el grupo editorial decide publicar no abordan las cuestiones del deseo, el placer y la satisfacción sexual en una variedad que vaya más allá de la *miseria heterosexual*. En segundo lugar, la ausencia de un abordaje psicodinámico de la sexualidad desemboca en una inadecuada conceptualización del poder y de su significación en las prácticas sexuales. Para Hollway, las relaciones de poder se basan en lo que el sexo significa. Los significados del sexo son múltiples. A criterio de la autora, el feminismo no debe reproducir el supuesto que el poder del varón –dentro o fuera del sexo– es monolítico. El sexo heterosexual es un espacio contradictorio del cual el feminismo debiera sacar provecho a través de la producción de explicaciones alternativas de la sexualidad de los varones que no colabore con los supuestos sexistas que giran en torno al poder incuestionable del falo/pene⁸⁹.

El problema pareciera reducirse a la institución de la penetración del pene, junto a sus significados políticos y culturales, bajo el régimen del heteropatriarcado. La introducción editorial, al igual que los artículos de Jenny Kitzinger (1992) y Patricia Duncker (1992) manejan un análisis del poder, y del pene como su significante

⁸⁹ Para ampliar esta línea del debate hacia otras direcciones véase el CAPÍTULO III.

princeps, en términos monolíticos y unidireccionales. El único significado susceptible de adherirse al pene es aquel que lo confina a la penetración en el sentido de una intromisión no deseada, en la forma de violación. Sin duda la teoría intersubjetiva de Jessica Benjamin (1988/1996) constituye un referente implícito que vertebra las ideas de Hollway, pues afirma la posibilidad de establecer un vínculo de seguridad, confianza y amor en la relación con un varón, signado por la *mutualidad*. En tal caso el pene puede adquirir otros significados menos invasivos. Para Hollway, un vínculo en el que sus integrantes se constituyen como sujetos iguales puede romper la separación del otro, simbolizada por la separación de los cuerpos, y tal ruptura puede permitir la expresión y gratificación de los deseos infantiles tempranos de conexión.

Lejos de situar el afluente de los significados de la sexualidad en un heteropatriarcado delimitado de forma monolítica, Hollway prioriza la historia individual y biográfica a través de las relaciones sociales y emocionales que son poderosamente expresadas en el sexo. La profunda necesidad de amparo y protección en la infancia es una experiencia que trasciende la división de género. En ese sentido también los varones encuentran sostén en el vínculo sexual con una mujer. La intimidad lograda en la reciprocidad y simetría de todo vínculo es posible también al interior de la heterosexualidad, en tanto esta relación puede configurar un lugar que reúne las condiciones a través de las cuales cada integrante de la pareja puede hallar en el otro seguridad y protección contra un mundo lleno de desafíos –mundo que amenaza tanto a varones como a mujeres desde los primeros tiempos de su constitución subjetiva.

Hollway no se piensa a sí misma subsumida o enquistada bajo la voluntad de un varón, a modo de un objeto frágil al que deben dedicarle protección continua. Tal modo de significar su propia experiencia como mujer le permite afirmar que no existe una desigualdad real en las posiciones emocionales, tampoco una división esencial de la vulnerabilidad y la protección diferencial para cada uno de los géneros. Por el contrario, hay mutualidad en la vulnerabilidad y en la protección. Todo parece indicar que para Hollway se trata de combinar la reactualización de historias infantiles, edípicas, casi a modo una complementariedad feliz entre dos elecciones anaclíticas de objeto (Freud, 1914/1979), donde él es un padre protector y ella una madre nutricia. La unidad es de una perfección tal que ni siquiera las inequidades de género encuentran su lugar. Para Hollway las significaciones que entretejen una relación son exclusivas de cada relación, homosexual o heterosexual.

De este modo Hollway entiende que los significados, potencialmente simétricos que atraviesan las fronteras individuales y mitigan la soledad, no son patrimonio privilegiado del lesbianismo. El hecho de que las feministas lesbianas radicales construyan la sexualidad en clave lesbiana –libre de opresiones e incluso por fuera de las relaciones de poder– como contrapunto de la crítica hacia la heterosexualidad, opaca la complejidad de sus propias relaciones. Para Hollway, mutualidad y reciprocidad no significan ausencia de relaciones de poder, aún así el sexo heterosexual no significa inevitablemente una relación entre opresor y oprimida, y la significación invasiva del pene como representante metonímico de la totalidad del varón no tiene por qué elevarse al estatus de verdad universal. El heteropatriarcado, afirma Hollway, es una constelación múltiple y contradictoria de modo que no se debe perder de vista que existen relaciones entre dos sujetos que no necesitan proyectar su debilidad, partes rechazadas o idealizadas, en el otro. El análisis feminista radical, a criterio de Hollway, pierde de vista que en el interior de esta constelación hay espacios en los que parejas heterosexuales pueden acceder a la mutualidad e intersubjetividad. De aquí Hollway deriva una posible noción de amor que permanece ausente, al menos en estos términos, en los discursos feministas radicales en cuestión, los cuáles, a su criterio, se reducen a la irracionalidad política de una fantasía romántica heterosexista que no hace más que perjudicar a mujeres feministas, sean heterosexuales o lesbianas.

Hollway acusa al feminismo radical de caracterizar al pene por sus connotaciones invasivas en términos de verdad universal. Ahora bien, otorgar tal estatuto de verdad universal al blanco al que se dirigen las luchas ¿significa inventarse un enemigo imposible de derribar? ¿Las feministas, entonces, se proponen a sí mismas el juego infinito de cambiar lo imposible? ¿El discurso feminista refiere a la universalidad del pene, cuya significación permanece eternamente coagulada, por fuera del alcance de las transformaciones sociales? ¿O más bien esta postura puede referirse a la función específica y a la significación que el pene recibe al interior de la cultura falocéntrica?

Sea como fuere, el debate es complejo, aglutina múltiples niveles de análisis que aumentan el espesor conceptual de las diferentes posturas y tornan laberínticas las múltiples líneas argumentativas expuestas. Los posicionamientos ocultan filiaciones teóricas y la adherencia a supuestos diferenciales que rompen la posibilidad de un diálogo. El objetivo no es resolver la tensión, sino presentar una línea teórica que nos permita avanzar hacia otra perspectiva.

Dos enfoques: Adrienne Rich y Michel Foucault

Tanto *Compulsory heterosexuality and lesbian existence* de Adrienne Rich (1980/2013) como *Histoire de la sexualité* de Michel Foucault (1976/2008, 1984a/2010, 1984b/2008) constituyen textos ineludibles para el estudio de las sexualidades. Ambos se han ubicado como hitos importantes de líneas genealógicas ineludibles para generaciones posteriores de intelectuales. Sus publicaciones emergieron en la misma época, aunque en continentes diferentes. Aunque parten de marcos teóricos disímiles, intentan delimitar una misma problemática: ambos argumentan que las identidades sexuales, y la sexualidad misma, se construyen social, histórica y culturalmente. Incluso enfatizan, aunque desde concepciones muy diferentes, la existencia de relaciones de poder más amplias. Como fuere, a pesar de las enormes diferencias de sus obras, y de que nunca establecieron diálogos entre ellos, resulta al menos intelectualmente estimulante deslindar las trayectorias diferenciales que se han desplegado a partir de los dos textos pioneros señalados a la hora de pensar el tema de la sexualidad y sus capturas normativas.

Michel Foucault y Adrienne Rich no sólo pensaron y escribieron en torno a la sexualidad a partir de trayectorias intelectuales y políticos diferentes, sino que se dirigieron a públicos diferentes, expresaron diferentes proyectos, por lo que las condiciones para la recepción de cada una de las obras fueron, también, diferentes. Rich ya era conocida como poeta y ensayista, se mantuvo comprometida con la lucha política del feminismo. En ese momento Foucault era conocido como filósofo. Tales diferencias delinearon perspectivas y estilos diversos a la hora de abordar un mismo problema central. Adrienne Rich se preocupó por demostrar que la heterosexualidad no es natural, sino una institución política que oprime y sofoca la existencia lesbiana (Rich, 1980/2013, 2009). Michel Foucault, por otra parte, imprime un giro al modo en que se solía pensar la sexualidad hasta ese momento. Desde su punto de vista las prohibiciones y restricciones que reprimen el sexo se entranan con mecanismos que producen positivamente sujetos y cuerpos disciplinados, en el marco de un sistema institucional de discursos y de prácticas en torno a la sexualidad. Foucault (1975/2008, 1976/2008) introduce un concepto de poder que no sólo opera por la vía de la negatividad, en términos de exclusión, impedimento, prohibición, opresión. El poder, por el contrario constituye un principio productivo, una positividad, al tiempo que se distribuye como

un juego de relaciones de fuerzas que cubre todo el campo social, se trata de una red de tejidos móviles de predominio y subordinación.

Todos los discursos que denuncian la represión de un sexo legítimo o verdadero son cuestionados por Foucault (1976/2008)⁹⁰. Al enfatizar los vínculos privilegiados entre poder y sexo, el autor demuestra convincentemente el modo en que aquellas identidades sexuales a las que se suele apelar como vía para la liberación de un sistema opresivo están integradas al mismo régimen de política sexual denunciado⁹¹. Las funciones de la represión configuran tácticas de una estrategia de poder que se ejerce sobre el sexo y los cuerpos. Desde la perspectiva de Foucault la categoría *lesbiana* no serían un conjunto de placeres sexuales que entretejen esencialmente una identidad, como se podría pensar desde el punto de mira de Adrienne Rich, sino, más bien, el resultado de la producción de un sitio dentro de las taxonomías subsidiarias al dispositivo de la sexualidad, vigente en las sociedades modernas a partir del siglo XVII.

Las décadas posteriores a la publicación de ambos textos atestiguan el modo en que Foucault ha sido utilizado como marco de referencia en mayor medida que Rich. Como puede observarse en la literatura especializada sobre el tema, se recogen más citas de la obra de Foucault. Por otra parte, las referencias al ensayo de Adrienne Rich son escasas o nulas por parte de jóvenes investigadores que se inscriben en la tradición de los estudios culturales o dentro de la teoría queer, incluso en aquellos trabajos donde la

⁹⁰ Resulta de especial interés la postura de Anthony Elliot, para quien “*la forja de una identidad propia obedece a una represión y a un dominio de impulsos inconscientes. Ahora bien es un completo error pensar que la identidad propia nace de una ‘yugulación’ monádica de un deseo espontáneo original. Es insuficiente la idea de que existe un núcleo personal y atemporal de deseo yugulado (...) No es cierto que los individuos posean un núcleo de subjetividad concreto que no forme ya parte de los contextos cotidianos que definen su inmersión en el mundo social*” (Elliot, 1992/1995:100).

⁹¹ Probablemente bajo la invocación del eslogan *Queer ‘acts not identities’* –inspirado en la erótica propia del uso de los placeres en la antigua Grecia (Foucault, 1984/2010) que permite desarticular el *deseo* de la lógica binaria del *sexo* (Butler, 1999) – David Halperin (2001/2004) señala el modo en que la identidad gay ha configurado un espacio conflictivo donde han triunfado aspectos sociales por sobre los sexuales. La identidad gay se ha transformado, entonces, en un modo convencional de ser aceptado bajo la integración en la heteronormatividad, bajo el precio de purgar *el erotismo sin amor* que resultó disruptivo inicialmente. El autor alerta sobre el modo en que la *sexualidad gay* cae bajo la coartada de la *identidad gay*. El interés del autor transcurre por *desujetarse* del sujeto gay –es decir de la identidad gay–, aunque con los recaudos necesarios, pues Halperin reconoce la complejidad del tema y advierte acerca de que la lucha contra la identidad no debe transformarse en una lucha contra la erótica gay. Esta consideración nos conduce al corazón mismo del nudo que Foucault (1976/2008) realiza en *La voluntad de saber* respecto a la forma en que se venía recortando la lógica de las identidades, pues nos enfrenta ante la imposibilidad de retener formas de sexualidad más allá de la identidad que la coloniza previamente, lo que implicaría un implacable triunfo de la identidad más allá de la posibilidad de *resistencia* (Foucault, 1976/2008), de *agencia* (Butler, 2000/2001), de *imaginación radical* (Castoriadis, 1989/1993), de esa *otra escena* (Mannoni, 1969/2006), o como queramos llamarle. Posteriormente, Foucault (1981/2013) concibe la posibilidad de “*Hacer que el placer de la relación sexual evada el campo normativo de la sexualidad y sus categorías*” (Foucault, 1981/2013: 119)

heterosexualidad se instala como categoría central. El atractivo que encierra el pensamiento de Foucault seguramente se debe al carácter paradójico de sus planteos. Sus formulaciones permiten pensar cómo el sujeto, a través de las identidades que porta y, al mismo tiempo, lo sujetan a las normas, se constituye en el interior de estructuras sociales políticamente saturadas. Por el contrario, Adrienne Rich sugiere la existencia de un sujeto esencialmente definido, preexistente, que sólo secundariamente es cooptado y oprimido por la estructura social.

De Adrienne Rich a Monique Wittig

La perspectiva de Adrienne Rich ha abogado a favor de toda una línea de pensamiento. Como es sabido, durante los años 70 el feminismo lésbico emerge desde el movimiento de liberación de la mujer. *La mujer identificada con mujeres* (2009), uno de los textos más representativos de este sector escrito por las *Radicalesbians*, propone atacar la estructura heterosexual como una estrategia radical para destruir los vínculos alienantes que atan a las mujeres en relaciones de subordinación. El texto insta a la auto-identificación como lesbianas enfatizando el sentido político más que sexual. La identificación con otras mujeres es presentada como un posible punto de fuga del ordenamiento social que los roles reciben en base al sexo. Frente a tal amenaza, de lo que Gayle Rubin (1975/1986) ha dado en llamar *sistema sexo/género*, la etiqueta *lesbiana* funciona como una categoría totalizadora que captura a aquellas mujeres que deciden sobrepasar los límites asignados a su rol sexual.

Es en este contexto que la propuesta refiere a lograr el despojo de las definiciones, incluso de los modelos de reacción definidos por los varones para evitar propagar el sistema de clasificación masculino a partir del cual se define a las mujeres en términos de objeto de posesión e intercambio (Jeffreys, 2009/2011). Para las *Radicalesbian*, el lesbianismo implica quedar por fuera de tales definiciones, pues una lesbiana es una mujer que no pertenece a ningún varón. Tal exclusión supone la acumulación de auto-odio. Este sentimiento recorre todas las páginas del escrito, incluso integra la definición misma de lo que el grupo entiende por una lesbiana, la que es definida como “... *la rabia de todas las mujeres, condensada y a punto de estallar...*” (Radicalesbian 1970/2009: 75). La línea argumentativa que vertebra esta definición refiere a que la cultura masculina envenena la existencia femenina, genera un sentimiento de vacío, alienación de sí misma y de sus propias necesidades, al mismo tiempo rompe las

posibilidades identificatorias entre mujeres, de modo tal que las mujeres se tornan extrañas entre sí. En efecto,

las mujeres se odian tanto a sí mismas como odian a otras mujeres. Intentan escapar identificándose con el opresor, viviendo a través de él, ganando estatus de identidad de su ego, su poder, sus logros. Y al no identificarse con otras ‘vasijas vacías’ como ellas mismas, las mujeres se resisten a relacionarse en todos los niveles con otras mujeres que reflejarán su propia opresión, su propia condición secundaria, su propio auto-odio (...) en ese espejo sabemos que no podemos amar y respetar verdaderamente aquello que nos hemos visto obligadas a ser (RADICALESBIAN 1970/2009: 80-81).

Sea como fuere, frente al auto-odio que entreteje la identidad que los varones imponen a las mujeres, surge la necesidad de construir lazos entre mujeres, en un sentido político, a través de estos anudamientos identificatorios, entonces, surge la posibilidad de generar nuevos significados desarrollados en función de referencias mutuas. El lesbianismo se presenta como una ocasión privilegiada para reforzar y validar las *auténticas identidades* de las mujeres.

Varias pensadoras se enfilan en esta tradición. Como ya hemos mencionado, Denise Thompson (1992), entre otras, señala que en el marco de culturas patriarcales, la sexualidad se organiza de modo falocéntrico. Bajo esta óptica las mujeres son subordinadas ya que la sexualidad femenina no es pensada sino como complemento de la satisfacción del varón. La supremacía masculina que plantea Thompson no sólo expone claramente la forma en que las mujeres son relegadas al plano de los objetos, también señala las articulaciones entre el falocentrismo y la heterosexualidad. La autora, al tiempo que se muestra en contra de la heterosexualidad en tanto institución política, propone el fortalecimiento de los vínculos eróticos entre las mujeres como acto político de combatir la heterosexualidad compulsiva y obligatoria (Rich, 1980/2013).

Tal como afirma Thompson, todas las mujeres tienen, o deberían tener, el objetivo común de liberarse de la supremacía masculina. Es en ese sentido que adhiere a la idea de *continuum* lésbico de Adrienne Rich. En el pensamiento de Thompson, el lesbianismo constituye una forma de liberación del sistema (hetero)sexual falocéntrico que inscribe a las mujeres como receptáculos adecuados del deseo de los varones. Monique Wittig (1992/2005) también localiza en la figura de la lesbiana un modo posible de oposición y repudio a las identidades delineadas por el sistema patriarcal. Sin embargo las propuestas de ambas son radicalmente diferentes. Wittig, a diferencia de Denise Thompson, sospecha sobre la categoría misma *Mujer* ya que, a su criterio, no es

más que un constructo artificial, ideológico, de un sistema de género dominado por los varones. La *Mujer*, en tanto concepto, mantiene inscripta una marca falocéntrica, pues está cargada de proyecciones y expectativas que provienen del imaginario masculino, por lo que resulta una categoría poco confiable, desde el punto de vista epistemológico, y sospechosa, desde el punto de vista político (Braidotti, 1994/2000). La autora repudia de manera radical el esencialismo que está a la base de la noción de mujer entendida desde un modelo de heterosexualidad reproductora.

Por otra parte, como ya mencionamos antes, Monique Wittig propone a las feministas desechar el concepto mistificador de *Mujer* para remplazarlo por otra categoría mucho más polémica y subversiva: la *Lesbiana*. La autora afirma que la lesbiana no es una mujer, pues representa una forma de conciencia política que rechaza las definiciones de mujer forjadas por los varones. Además, centrarse en la categoría de *Lesbiana* pone en tela de juicio el sistema de género con su dicotomía sexual convenientemente organizada en el marco social de la heterosexualidad obligatoria (Di Signi, 2013).

Lynne Segal: más allá del esencialismo, más acá de lo político

Desde otra perspectiva que denuncia el sesgo esencialista que entreteje la idea de una identidad lesbiana liberadora, Lynne Segal (1997) se ha expresado profundamente en contra de la perspectiva con que Kitzinger, Wilkinson y Perkins (1992) enfocan el tema. Desde una perspectiva que articula la mirada psicoanalítica con los debates desplegados en el interior de los estudios culturales, la autora no niega el carácter institucional de la *heterosexualidad*, tampoco su relación problemática con las políticas feministas, más bien rescata la complejidad intrínseca a los procesos de subjetivación, a partir de los cuales tanto mujeres como varones se constituyen en una heterogeneidad experiencial que excede ampliamente la identidad en términos políticos. Si bien Segal reconoce los modos en que los discursos y las prácticas opresivas que delimitan la masculinidad hegemónica y dominante son conjugados con la iconografía y la regulación de la sexualidad como heterosexualidad normativa, a su criterio el falocentrismo simbólico, las fantasías sexuales y los (des)encuentros entre los sexos mantienen vinculaciones precarias, por lo que no constituyen elementos factibles de ser ordenados linealmente en pos de identidades rígidas. En última instancia, la autora se opone firmemente a los intentos de Kitzinger, Wilkinson y Perkins (1992) por pensar la sexualidad en términos de identidad política.

Lynne Segal (1994) enfatiza las formas en que las categorías identitarias son instrumentadas por regímenes reguladores, ya sea como categorías normalizadoras que sostienen estructuras opresivas, o como categorías utilizadas como puntos de encuentro para una impugnación liberadora de esa misma opresión, perspectiva que vincula a la autora a partir de lazos de filiación teórica con Michel Foucault (1976/2008) y Judith Butler (1990a/2007). En esta línea, cuestionar el hecho de que las mujeres puedan disfrutar sexualmente con varones, a criterio de la autora, nos conduce a una errónea teorización feminista sobre la sexualidad y a una comprensión pobre sobre la opresión de las mujeres que hace incompatible, para las mujeres, la búsqueda del placer heterosexual con la búsqueda de la igualdad de género.

Kitzinger, Wilkinson y Perkins sitúan al lesbianismo como la única práctica sexual que aleja a las mujeres de su opresión, en sus palabras: “*Afirmar nuestro lesbianismo es un acto feminista liberador. Cuando decimos que somos lesbianas (...) hacemos una declaración política*” (Kitzinger, Wilkinson & Perkins 1992: 229-300). Para las autoras el término *heterosexual* es, en el mejor de los casos, un embarazoso complemento del término *feminista*, en el peor de los casos parece una contradicción en los términos. En este contexto, Segal señala la imposibilidad de dar crédito a un el carácter absurdo de cualquier análisis de las orientaciones sexuales que parta de los supuestos que sostienen tal premisa. Por otra parte, remarca la contradicción que supone el modo en que, a partir de la manipulación de los efectos que provoca la sexualidad, las autoras siembran desaprobarción, hostilidad, culpa y ansiedad al interior del escenario feminista al que ellas adscriben.

Sin dudas la complejidad intrínseca al dominio de lo sexual brinda un campo fértil a tales debates. Seguramente, tal como ha afirmado Michel Foucault (1976/2008), el lugar vertebrador de la sexualidad en la cultura occidental moderna, inscrita en los dominios de la individualidad y la naturaleza, explica el despliegue apasionado y con intensas contradicciones de los debates en torno al sexo.

Desde la propuesta del feminismo lésbico radical, la *sexualidad* constituye la fuente de opresión de las feministas heterosexuales, siendo ellas mismas quienes, al no politizar sus identidades sexuales, fabrican la miseria que sostiene sus frustraciones personales. Optar por la identidad lesbiana, en términos políticos, conduciría a las feministas por otra vía: entender la sexualidad lesbiana como una vía de escape de los discursos normativos. Por otra parte, politizar la identidad sexual sugiere que la totalidad de la

vida erótica es susceptible de ser colonizada bajo la dimensión política, por lo que asumir políticamente una identidad lesbiana impacta, de acuerdo al feminismo lésbico radical, en la proliferación de experiencias corporales no codificadas de modo falocéntrico.

Segal no está dispuesta a reconocer la existencia de tales experiencias, por lo que, a su criterio, el combate frente al patriarcado que abraza las desigualdades de género no debe librarse en clave lesbiana, tal como propone de manera explícita o subyacente Luce Irigaray (1974/2007) en *Spéculum de l'autre femme*. La influencia de Judith Butler (1990a/2007) y Michel Foucault (1976/2008) en el pensamiento Segal la conduce a abordar la cuestión por la vía de estrategias tales como la rearticulación y la resignificación a partir de los términos con los que contamos para pensarnos, entendernos, describirnos y relacionarnos. Si bien en algún sentido el lenguaje nos entrapa, también se presenta como una totalidad fallida que no nos determina absolutamente y no nos priva de apelar a recursos subjetivos para intentar reinscribirnos.

La propuesta de Kitzinger, Wilkinson y Perkins se encuentra en clara sintonía con la escritura propia del feminismo de Catherine MacKinnon (1987/2014), para quien “*el feminismo es una teoría del modo en que la erotización de la dominación y la sumisión crean género, crean mujer y varón en la forma social en que los conocemos*” (MacKinnon, 1987/2014: 50). Tal perspectiva, como ha señalado Wendy Brown (1995), refleja una forma de fantasía masculina híper-pornográfica que trata a las mujeres como sinónimos de su sexualidad. Todo parece indicar que un análisis simplificado de la sexualidad, entendida en términos políticos, no puede constituir el único eje para el análisis de las causas de la subordinación de las mujeres en la sociedad patriarcal. No deben perderse de vista las multifacéticas estructuras políticas, sociales y discursivas que entretejen las jerarquías de género.

Segal reconoce que uno de los motivos que produjo el despliegue de la segunda ola del feminismo a finales de los años '60 fue la movilización alrededor de los conflictos y desencuentros sexuales con varones, sin embargo constituye un error grosero anudar la idea de una relación necesaria entre una elección sexual *lesbiana* o *heterosexual* y la consecución de los objetivos feministas. En aquel momento, tal como señala la autora, muchas mujeres optaron por rechazar totalmente la etiqueta *heterosexual*. Tal vez porque el encuentro del feminismo norteamericano con Michel Foucault no se produjo

hasta los '80 (Butler, 1990a/2007), nadie se preguntó si tratar a las prácticas sexuales únicamente como una forma de *identidad* política, susceptible de ser intercambiada, lejos de ser algún tipo de liberación o de resistencia más bien constituía un modo de opresión.

Claramente Segal no está a favor de sostener los supuestos de una *heterosexualidad* instalada como innata o natural que, como ha demostrado Butler (1990a/2007, 1993a/2008, 1997/2001), se vuelve heterosexismo para todos aquellos a quienes excluye y oprime. A partir de aquí cualquier teorización en relación con las prácticas sexuales, sea cual fuere, que reafirme categorías de identidad que tienen sus orígenes en la patologización, inferiorización y exclusión se torna inadmisibles. Es amplia la literatura al respecto que se ha dedicado a trazar la genealogía de la sexualidad moderna para detectar la violencia que se oculta detrás de sus categorías, al mismo tiempo que demuestran que invertir un sistema binario, y cambiar los valores inscritos en él, no sólo no hace nada para socavarlo, sino todo lo contrario.

Como es sabido, las concepciones de género propias de la cultura occidental se encuentran configuradas por un conjunto de binarios concebidos jerárquicamente. En este sentido, afirmar que las experiencias y los comportamientos de mujeres y varones nunca escapan a los códigos falocéntricos es tan correcto como afirmar que nuestras experiencias y comportamientos sexuales siempre fallan en asegurar tales códigos. Eve Sedgwick sugiere que para trastocar las categorías sexuales y de género que resultan opresivas es necesario fomentar “*nuestra capacidad para llegar a una comprensión de la sexualidad que aceptará una cierta irreductibilidad en ella a los términos y relaciones de género*” (Sedgwick 1991:16).

Cabe notar que la mirada política sobre la identidad sexual que ciertos sectores radicales del feminismo lésbico adoptaron culmina por esencializar el cuerpo que opera como cede natural de tales identidades sexuales, puesto su sistema político se construye a partir de la naturaleza opresiva de los varones –entendidos como cuerpos con pene–, quienes, por el sólo hecho de ser varones, son pilares carnales del patriarcado, por ende oprimen, subordinan y violentan a las mujeres –localizadas bajo la bondad del otro polo dicotómico que correlativamente les corresponde. Por un lado es necesario analizar donde se localiza la fuente del problema: o bien la opresión y la violencia hacia las mujeres se encuentra inscrita en la esencia de los cuerpos de los varones concretos, o bien es necesario centrar el análisis en las nociones dominantes de *masculinidad* que

moldea el comportamiento masculino aceptable así como en las nociones dominantes de *feminidad* que moldea el comportamiento femenino aceptable. Es sabido que ambos sexos cooperan en la reafirmación de códigos patriarcales. Por otro lado, es necesario diferenciar las prácticas sexuales que podrían denominarse como heterosexuales de la *heteronorma* como constitutiva de identidades más allá de la biología y la morfología de los cuerpos. En sintonía con estas distinciones es que Segal insiste en afirmar que no hay ningún ajuste necesario entre masculinidad, actividad y deseo, así como tampoco lo hay entre feminidad, pasividad y receptividad sexual, sea cual fuere la orientación sexual. Del mismo modo insiste en afirmar que no hay ninguna relación entre la experiencia sexual de placer o de dolor, con o sin cuerpos codificados como masculinos, con la válida persecución de los objetivos feministas.

Los cuerpos del feminismo: Simone de Beauvoir y Luce Irigaray

Las capturas que el feminismo ha efectuado respecto a la categoría de cuerpo son múltiples y variadas. Si un propósito posible fuese delimitar exponentes que, de algún modo, se vinculan a esta corriente de pensamiento, bien podrían ser Simone de Beauvoir (1949/2007), Luce Irigaray (1974/2007) y Judith Butler⁹² (1990a/2007). Con producciones que emergen en diferentes localizaciones geográficas y en diferentes momentos, todas ellas ofrecen aproximaciones diferentes. Como es sabido, la distinción *sexo/género*, y sus vinculaciones con la categoría *cuerpo*, continúa siendo el epicentro de un debate central para la teoría feminista, que emerge de manera relevante en *Le deuxième sexe* de Simone de Beauvoir (1949/2007). Posteriormente, Irigaray se muestra en disconformidad con aquellas ideas, divergencia que puede apreciarse, fundamentalmente en *Spéculum de l'autre femme* (1974/2007) y en *Être Deux* (1977/1998).

En este contexto aportes franceses se vuelven ineludibles. Interesa señalar, entonces, algunos aspectos de estas obras vinculadas al feminismo francés para ver los diferentes modos en que el cuerpo ha sido abordado y así destacar, finalmente, divergencias evidentes y posibles convergencias. En todos los casos, el cuerpo constituye un artefacto teórico que opera como un territorio último donde se anclan las estrategias argumentativas de cada sistema de pensamiento. Entonces, se espera que el recorrido

⁹² Los aportes realizados por Judith Butler se desarrollan en el CAPÍTULO IX, dedicado a la mirada de la Teoría *Queer* respecto al cuerpo.

propuesto permita un desplazamiento desde el interrogante respecto a qué *es*, en última instancia, el cuerpo hacia una concepción que admita la proliferación de múltiples cuerpos en función de las coordenadas político-ideológicas que subyacen a las diferentes teorías que modelan tal categoría. En suma, se trata de tantos cuerpos como sistemas filosóficos los delimitan convenientemente, y en este proceso generan, su propio cuerpo.

El cuerpo de Simone de Beauvoir

Nos dice Simone de Beauvoir,

No se nace mujer: se llega a serlo. Ningún destino biológico, psíquico o económico define la figura que reviste en el seno de la sociedad la hembra humana; es el conjunto de la civilización el que elabora ese producto intermedio entre el macho y el castrado al que se califica de femenino (Beauvoir, 1949/2007:207).

Aunque Simone de Beauvoir no cuenta con la categoría de género, el contexto analítico que genera cuenta con su pleno significado, pues la autora privilegia la idea de *situación* (Stavro, 2000) socialmente investida para contrarrestar epistemologías patriarcales que circunscriben el significado de *ser mujer* a partir de datos de la biología.

En este sentido, el vector que subyace a todas las páginas de *Le deuxième sexe* refiere a un intento constante por generar herramientas potentes para detectar y escapar de las explicaciones entrampadas en el reduccionismo biológico. Sin embargo, los argumentos de Simone de Beauvoir que alimentan el objetivo concomitante de deslindar una subjetividad femenina a partir de la esfera social dejan deslizar, de modo implícito, una idea de cuerpo como obstáculo. Sus propios argumentos gestan una visión del cuerpo que, muchas veces, contradice sus propósitos. Es así que Simone de Beauvoir lega al feminismo de la segunda ola un cuerpo ocultamente problematizado.

El cuerpo siempre irrumpe en *Le deuxième sexe* como un obstáculo para la situación de la mujer. Las particularidades del cuerpo femenino anclan a las mujeres en la inmanencia, al tiempo que impiden la posibilidad de su trascendencia. El cuerpo, de este modo, siempre es marginado, oculto o apologizado.

Los aportes de Beauvoir se organizan en dos aspectos que trazan un descentramiento del cuerpo. Por un lado, la autora enfatiza la idea de *devenir* mujer, cuestión que bien podría interpretarse en términos de proceso de generización. Por otro lado, afirma que la biología absorbe la totalidad del destino de las mujeres. De este modo, la insistencia en

la construcción social de la feminidad fundamenta el rechazo categórico de un destino anatómico. Beauvoir privilegia lo social por sobre lo anatómico en sus intentos de aproximarse a una comprensión de la situación de las mujeres. En palabras de la autora, el cuerpo constituye

... el instrumento de nuestro asidero en el mundo, este se presenta de manera muy distinta según que sea asido de un modo u otro. Por esa razón los hemos estudiado tan extensamente; constituyen una de las claves que permiten comprender a la mujer. Pero lo que rechazamos es la idea de que constituyan para ella un destino petrificado. No bastan para definir una jerarquía de los sexos; no explican por qué la mujer es lo Otro; no la condenan a conservar eternamente ese papel subordinado (Beauvoir, 1949/2007:43).

El fragmento seleccionado lleva consigo el sentido general del análisis que ofrece la autora en *Le deuxième sexe*. La idea de que las mujeres son sujetadas por los varones, de diferentes modos y en diversos momentos de la historia, sobrevuela la totalidad de sus páginas. Es así que opresión y alteridad se anudan en la configuración de la situación de las mujeres, quienes, a criterio de la autora, sólo logran cobrar consciencia de sí mismas a partir de modos determinados por los varones (Changfoot, 2009a). De este modo, los comportamientos, pensamientos y percepciones de las mujeres respecto a sí mismas corresponden a creaciones masculinas. En palabras de la autora, “*la mujer no es definida ni por sus hormonas ni por misteriosos instintos, sino por el modo en que, a través de conciencias extrañas, recupera su cuerpo y sus relaciones con el mundo*” (Beauvoir, 1949/2007:719).

Ahora bien, si, en contra de la expresión freudiana, la anatomía no es destino, entonces cobra legitimidad la pregunta acerca del estatuto que el cuerpo cobra en este escrito beauvoiriano. El cuerpo de *Le deuxième sexe* se encuentra socialmente afectado, corrompido. El cuerpo constituye, de este modo, un problema (Collin, 2010). Sin embargo, las líneas allí desplegadas inauguran una duplicidad a tener en cuenta: si bien el cuerpo constituye un problema debido a la interpretación social que recibe en el interior del patriarcado, este problema no está exento de posibilidad de transformación. Pues, si los cuerpos de las mujeres resultan oprimidos por los modos masculinos en que son significados, entonces nada impide pensar que ellas puedan luchar por instalar otros modos posibles de pensarse a sí mismas desde otros parámetros que les permita desplazarse desde la inmanencia hacia la trascendencia.

Es así que, entre la biología específica de los cuerpos de las mujeres y la interpretación social de los mismos, se despliega un arco de tensiones que no reconoce límites claros entre el cuerpo como superficie natural, por un lado, y como interpretación social, por otro. Beauvoir instala una cavilación entre una concepción positiva u optimista del cuerpo –referido fundamentalmente a la posibilidad de que las mujeres superen y reconstruyan la interpretación que reciben sus cuerpos y así alcancen el estatus de sujetos– y una concepción negativa que delimita al cuerpo femenino en términos repugnantes. Esta última perspectiva, que irrumpe insistentemente en el texto de la autora, sugiere que el cuerpo de las mujeres es esencialmente un obstáculo para la obtención de la igualdad entre los sexos (Wishart & Soady, 1999).

Beauvoir se esfuerza por teorizar el modo en que la subjetividad de las mujeres resulta oprimida por encontrarse incardinada en un cuerpo capturado por el patriarcado. Sin embargo el desagrado y la revulsión que giran en torno al modo en que la autora conceptualiza este cuerpo culminan por perturbar sus objetivos de desanudar a las mujeres de un destino anatómico. Existe, entonces, una perspectiva dual sobre el cuerpo femenino que introduce primero una visión positiva del cuerpo, susceptible de ser modificado, que luego es contrarrestado por una visión pesimista de un cuerpo que menstrua, lactante, reproductor, constitutivo de la situación de las mujeres. Si utilizamos las categorías que actualmente organizan el debate, es posible afirmar que una línea constructivista emerge bajo la insistencia de un cuerpo socialmente construido, articulado bajo las descripciones que refieren a experiencias femeninas oprimidas cuyo locus es un cuerpo anclado en el patriarcado. Por otra parte, también irrumpe, como se viene señalando, la idea de un cuerpo fundamental y esencialmente oprimido. Es esta última idea la que configura el cuerpo en términos de un verdadero obstáculo, puesto que no es posible reconstruirlo debido a su carácter visceral, natural⁹³. En la obra de Beauvoir coexisten, entonces, dos discursos en pugna. Por un lado, una línea constructivista propone una idea de cuerpo socialmente construido. Esto es, cuerpos articulados en los términos del patriarcado. Por otro lado, emerge la idea de un cuerpo visceral que marca una última esencia femenina oprimida por un orden social que inferioriza tales características. Esta última idea de cuerpo, que insiste de forma

⁹³ Cabe aclarar que no hay consenso sobre estas interpretaciones, sirven como ejemplos de otras voces Linda Zerilli (1996), Elaine Stavro (1999) y María Luisa Femenías (1998, 1999, 2000, 2003, 2008b, 2008c, 2008d).

continúa en el texto de Beauvoir, constituye un reducto natural que obstaculiza y pone en problemas la situación de las mujeres (Moi, 2008).

Todo parece indicar que, en última instancia, la especificidad del cuerpo de las mujeres, específicamente su capacidad de gestar vida, constituye el motivo de su alienación – véase CAPÍTULO VII. Entonces, existe un cuerpo femenino antes de toda marca social, cuya facticidad hace mujer a una mujer y, al mismo tiempo, la aliena y la separa de sí misma. Por ejemplo, Beauvoir deja deslizar cómo el cuerpo femenino amenaza y coloca la individualidad de las mujeres en peligro debido a características biológicas específicas. La autora refiere a

la esclavización del organismo a la función reproductora: al referirse a crisis de pubertad y de menopausia, «maldición» mensual, largo y a menudo difícil embarazo, parto doloroso y en ocasiones peligroso, enfermedades, accidentes, son características de la hembra humana: diríase que su destino se hace tanto más penoso cuanto más se rebela ella contra el mismo al afirmarse como individuo (Beauvoir, 1949/2007:43).

Los varones, por otra parte, no corren con este destino, pues aparecen “*como un ser infinitamente privilegiado: su existencia genital no contraría su vida personal, que se desarrolla de manera continua, sin crisis, y, generalmente, sin accidentes*” (Beauvoir, 1949/2007:43).

Como fuere, queda claro que la escritura de Beauvoir está poblada de anudamientos estrechos entre cuerpo y subjetividad en el marco de una organización social patriarcal. Desde su punto de vista, inmersas en el patriarcado, las mujeres son reducidas a la facticidad de su cuerpo. Los varones, por otra parte, no cuentan con posiciones subjetivas cristalizadas de este modo. Puesto que los límites del sujeto varón no son los de su cuerpo, el marco de referencia existencialista que guía a Beauvoir en sus argumentos le permite afirmar que aquel posee una conciencia que trasciende su cuerpo, entonces hace de él mismo lo que es: la masculinidad es un proyecto en continuo devenir.

En este contexto es posible afirmar que *Le deuxième sexe* configura una escena en la cual Beauvoir imagina la posibilidad de trascendencia para las mujeres, gozando de la misma situación que los varones. La feminidad más allá del cuerpo femenino configura, entonces, el horizonte beauvoiriano. La estrategia a implementar no puede ser otra que poner en marcha estrategias que permitan recuperar a la mujer a pesar del cuerpo femenino que la encarcela para que pueda desplegarse en su devenir. Ahora bien, en esa

organización social que entrapa al cuerpo –que décadas más tarde en Norteamérica se denominaría bajo la categoría de *género*– se configura la arena donde se juegan posibilidades y restricciones del devenir mujer. Tal como señala Judith Butler, aquello que denominamos género no sólo aparece en *Le deuxième sexe* en términos de construcción social impuesta sobre el cuerpo de la mujer, sino también como el proceso de construcción mismo. En esta línea, el aporte del pensamiento de Beauvoir ha constituido un legado notable (Galster, 2001; Changfoot, 2009b), sobre todo para aquellas feministas que han rescatado la vertiente más optimista del cuerpo de las mujeres –signada por una marca constructivista–, al focalizar la potencial reconstrucción de, y por, la mujer de su lugar asignado.

Sin embargo, como ya hemos notado, la idea beauvoiriana de cuerpo femenino como trampa que captura cualquier posibilidad de proyecto autónomo, instala una visión negativa que culmina por derribar el potencial de transformación y mutabilidad de las mujeres que la propia Beauvoir se propone defender. La facticidad que pone al cuerpo femenino en problemas toma como figuras clave en *Le deuxième sexe* el cuerpo reproductor. Esto queda claro en el modo en que Beauvoir describe el embarazo y la crianza.

El conflicto especie-individuo, que en el parto adopta a veces una figura dramática, da al cuerpo femenino una inquietante fragilidad. Se dice de buen grado que las mujeres ‘tienen enfermedades en el vientre’; y es cierto que encierran en su interior un elemento hostil: la especie que las roe (Beauvoir, 1949/2007:41).

Todo parece indicar que los órganos sexuales femeninos inspiran en Beauvoir un disgusto inevitable y visceral, fuente de alienación y crisis (Mortimer, 1999).

El cuerpo de Luce Irigaray

A criterio de Luce Irigaray (1977/1998) la intersubjetividad constituye el ámbito propio de la especificidad femenina. Las mujeres, nos dice, desean relaciones *de a dos*. Es así que la autora divide radicalmente las aguas, en la otra orilla: los hombres y sus relaciones signadas por la lógica sujeto-objeto. Tales consideraciones instalan el telón de fondo presente en *Être Deux* (1977/1998), donde emergen consideraciones acerca del cuerpo a partir de los modos en que es teorizado el amor carnal según Sartre, Merleau-Ponty y Lévinas, todos ellos filósofos varones. Las consideraciones que de ellos se desprenden sirven a la autora para advertir una concepción instrumental a la hora de pensar al otro

sujeto. Es así que lo Otro adviene como objeto a partir del lenguaje –falocéntrico– que, a modo de instrumento, reemplaza y captura al cuerpo.

En primer lugar, según la lectura de Irigaray, Sartre delimita al cuerpo en términos de facticidad, hecho, realidad objetiva. Sin embargo, reconoce que el otro es más que eso, es conciencia de sí. Teniendo en cuenta esto, para entrar en relación con el otro es necesario hacer descender su conciencia a su cuerpo, reducir su conciencia a la facticidad de su cuerpo. Esto, según Sartre, implica restringir la libertad del otro. Se trata, entonces, de poseer al otro, de reducir la trascendencia del otro a su inmanencia. Irigaray no tarda en advertir que ese Otro no recibe marca de sexo, pero resulta claro que, tal como denunciara Simone de Beauvoir, se trata de una Otra.

Irigaray pone el acento en la diferencia sexual. Mujeres y hombres poseen cuerpos con cualidades diferentes. Se trata de sexualidades diferentes⁹⁴. Es por ello que Irigaray se propone “*romper esa lógica del discurso patriarcal dominante a partir de reivindicar como propio lo que aquel no puede ‘apropiarse’*” (Posada Kubissa, 1998: 86), “*discurso que toma como sujeto único al propio sujeto que lo constituye: al masculino. Y, así, de nuevo, apela (...) a la materialidad corporal como eje diferenciador*” (Posada Kubissa, 1998: 87), es así que “*declara el sexo y el bagaje sexual femenino como vías auténticas de una liberación, que no sería sino una recuperación de la sexualidad latente y presente históricamente en el hecho de ‘ser mujer’*” (Posada Kubissa, 1998: 89). La autora denuncia el deseo de posesión fálicamente marcado, pues conduce a un sueño solipsista. A partir de la vivencia de una sexualidad específicamente femenina propone dejar ser la trascendencia, contemplar lo inaprensible. La posesión falocéntrica condensada en la expresión *Je t'aime [te amo]* debiera reconfigurarse en *J'aime toi [Amo a ti]* (Irigaray, 1992/1994), artilugio retórico que parece expresar los esfuerzos de Irigaray por abrirse paso en un universo simbólico que todo lo impregna para rescatar la especificidad silenciada del cuerpo de las mujeres, enmascarada bajo el signo de objeto factual, objeto del amor de los varones –*mí amor*, desde los términos

⁹⁴ En la misma línea Julia Kristeva señala que fue Colette, en su condición de mujer, quien supo escribir “*hasta qué punto una mujer sólo puede conquistar su libertad con la condición de apartarse de las pulsiones y del otro; y si lo hace, habrá de ser menos para llegar a una fusión mística con el Gran Otro que para sumergirse en un orgasmo singular con la carne en el mundo. Un orgasmo que la fragmenta, la hace naufragar y la sublima. Y en el que ya no hay ni yo ni sexo (...). Nunca más allá del sexo, sino siempre a través de la sexualidad, en virtud de una exaltación orgásmica del yo*” (Kristeva, 2002/2003: 25-26)

posesivos del Sujeto varón falogocentrado que reducen a la mujer a un conjunto de cualidades perceptibles y susceptibles de ser poseídas.

J'aime toi abre una fisura en el universo simbólico masculino. Un llamamiento a despertar del sueño patriarcal a partir de evocar lo propiamente femenino en tanto fuente irreductible al Sujeto Varón. Es así que Irigaray instala la pregunta silenciosa por el *tú* –en sintonía con Adriana Cavarero– ¿Quién eres tú, que jamás serás yo, ni mío?

Por su parte, Irigaray retoma el pensamiento de Merleau-Ponty como otro punto de decantación del simbólico masculino. Rápidamente la autora localiza los puntos en común que poseen algunos de sus planteos con los de Sartre. Su punto de vista masculino se traduce en que para Merleau-Ponty el cuerpo puede ser reducido, de hecho lo es, a un objeto. El yo y el otro son entendido en términos de una dialéctica, amo y esclavo. El yo busca poseer al otro, pero la posesión buscada no es simplemente la de un cuerpo, sino la de un cuerpo animado por una conciencia. Como fuere, el modo en que Merleau-Ponty entiende al cuerpo, y a la sexualidad, no favorece la intersubjetividad.

A criterio de Irigaray hay un olvido de la sexualidad en tanto *relación-a*. En este contexto la autora declara que existe un olvido de las percepciones sensibles. Tal como se encuentran organizadas las relaciones sociales, caemos en simples sensaciones, estas son vivencias pasivas que organizan la experiencia en dos polos: sujeto y objeto. Esta lógica contrastativa aleja al cuerpo de las mujeres de su encarnación femenina. Esta economía simbólica de la sensación instala una abstracción tal capaz de alejar a las mujeres de la vida de la carne, provoca una caída de la sensibilidad en el simple experimentar falsificado (Irigaray, 1978/1985). Esta tradición de lo sensible no respeta la intersubjetividad, pues lo femenino para esta economía de la sensación resulta en un objeto que debe experimentar dicha sensación; el hombre, por su parte, debe alejarse de la mujer para salvaguardar su relación con lo inteligible y con Dios.

En suma, Irigaray aboga por una reconfiguración de lo simbólico, que en este texto se expresa a partir de la búsqueda de una cultura de la sensibilidad. Tal como se encuentran configuradas, las relaciones comunitarias impiden la intersubjetividad, existe, afirma Irigaray, un poder totalitario y mortífero que todo lo tiñe. En pos de la sensibilidad que reconduzca a las mujeres a lo propiamente femenino, la autora plantea una filosofía de la caricia ligada al deseo femenino preocupado por la intersubjetividad (Rivera Garretas, 1997/2002). La caricia se plantea como despertar del cuerpo inhibido, dormido, sojuzgado por las restricciones de la vida comunitaria. La caricia se desprende

de la esfera de la encarnación. Además, tanto el que acaricia como el que acepta ser acariciado se habilitan a alejarse de sí para ese gesto –que no es captura, ni sumisión, ni posesión de la libertad de la Otra.

Se trata de una caricia que posee la capacidad de despertar, llamado a ser *nosotras*, más precisamente un *entre nosotras*, una invitación a otro modo de percibir, de pensar, de ser...como mujeres. Irigaray ensaya, de este modo, un camino cercado por gestos carnales fuera del lenguaje masculino, que reconduce a un acceso a lo más íntimo y carnal. No se trata, nos dice, de un *ex-stásis*, puesto que las mujeres ya están fuera de sí mismas. La reconducción debe desplegar en un *én-stásis* que jamás reconduce a un sí mismo, sino a un *entre... nosotras*.

Es posible notar el modo en que Irigaray crítica la tradición de intelectuales que sostienen una racionalidad *neutral* y universal, propia del pensamiento occidental (Martin, 2003). Pues, al universalizar, la cultura occidental subordina violentamente lo femenino como cuerpo/materia a una forma masculina/mente idealizada (Deutscher, 2003). Dentro de los intersticios de lo que no se puede representar en un orden simbólico patriarcal, Irigaray se propone pensar estrategias para romper el espejo patriarcal que devuelve a las mujeres una representación de sí mismas como los tropos negativos de los varones (Rodríguez Magda, 2003). En todo su esquema de pensamiento, las mujeres son *Ce sexe qui n'en est pas un* (Irigaray, 1977/2009). Sólo la celebración de la diferencia de las mujeres, su fluidez y su multiplicidad (Grosz, 1993), puede escapar de las representaciones occidentales convencionales. Se trata de abrir espacio a la feminidad, lo que supone comenzar con el reconocimiento de un organismo anatómico específico, cuerpo cuyo significado social nunca es transparente o claro. Irigaray insta a las mujeres a “*estar atentas a aquella parte de nuestro cuerpo sometida y atada por una historia regida por el otro sexo*” (Irigaray, 1980/1985: 22). Así, la feminidad refiere a la oposición binaria entre los sexos inscriptos en la psique humana y en una amplia variedad de representaciones culturales (Irigaray, 1977/2007, 1977/2009). Para Irigaray, entonces, las mujeres podrían transformar el orden simbólico en el que su identidad corporal se ha representado peyorativamente (Lehtinen, 2007).

Tal como señala Monica Mookherjee (2005), las críticas de Irigaray, en última instancia epistemológicas, apuntan a denunciar el modo en que el discurso occidental entreteje la verdad a partir de la negación de la cultura de la diferencia sexual. Ya desde sus primeras obras, Irigaray (Irigaray, 1977/2007, 1977/2009) analiza expresiones del

pensamiento occidental para exponer cómo esta negación o ausencia se debe a un falogocentrismo patológico e implacable (Bray, 2001). Tal es así que el descuido de la diferencia sexual implica que las mujeres sólo pueden acceder y experimentar su propio sexo en los márgenes de una ideología dominante que fragmenta la especificidad de las mujeres, quienes se apropian de sí mismas a través de los restos fragmentarios de un espejo invertido por el sujeto masculino que reflexiona sobre sí mismo (Irigaray, 1977/2009). Desde Platón hasta Freud se han desplegado ideas que descansan sobre una base no reconocida, la negación simbólica de lo femenino, y su potencia maternal. Simbólicamente lo femenino es codificado en términos de no-masculino, entonces las mujeres son relegadas a una realidad inexistente y abstracta (Irigaray, 1977/2007).

Como recurso, Irigaray apela a la estrategia de trazar genealogías maternas, sexuadas en clave femenina (Irigaray, 1987/1993). Se trata de relecturas que las propias mujeres realizan respecto al modo en que históricamente han sido representadas en la cultura, donde la relación madre-hija ha sido, por ejemplo, tematizada de forma peyorativa o bien eclipsada (Mookherjee, 2005). Un sucinto contrapunto sobre esta idea de genealogía con el conocido uso que Foucault otorga a esta noción, permite advertir las diferentes concepciones subyacentes sobre el cuerpo. Para Foucault, el cuerpo se construye culturalmente a través de múltiples y cambiantes relaciones de poder. Por lo tanto, los cuerpos no existen independientemente de las variaciones que asumen las prácticas culturales. El estudio genealógico de una institución social determinada implica, para Foucault, deslindar un modo de producción histórica y, por lo tanto, de control del cuerpo. Por el contrario, Irigaray aborda las instituciones patriarcales situadas en diferentes culturas en función de socavar la realidad del cuerpo sexuado.

Como fuere, la noción de genealogía sexuada indica el interés de Irigaray por cercar las diferentes raíces culturales de la relación madre-hija. Su despliegue del término genealogía difiere, por lo tanto, del uso de Foucault. Esto ha colocado a Irigaray como un blanco facial al cual arrojar las críticas que la localizan como esencialista. A pesar de que, por lo general, tales críticas no se fundamentan en exámenes agudos de su obra (Stone, 2004), lo cierto es que Irigaray mantiene una concepción del cuerpo en términos de una realidad anatómica, subsidiaria de un universalismo de la diferencia sexual, como lugar fáctico de categorización cultural, receptáculo de proyecciones (Whitford, 2003) de acuerdo a los códigos falogocéntricos. Sin embargo, no faltan quienes otorgan potencialidad a los desarrollos de Irigaray a partir de novedosas apropiaciones. Tal es el

caso de Rossi Braidotti (2003), quien señala que, después de todo, Irigaray pone el cuerpo en juego, pero no como la roca del feminismo, sino como un conjunto móvil de diferencias, un interfaz, un umbral, un campo donde se estorban aspectos materiales y fuerzas simbólicas, es una superficie en la que varios códigos (raza, sexo, clase, edad, entre otros) se inscriben. Se trataría de una construcción cultural que aprovecha la energía de una naturaleza heterogénea, discontinua e inconsciente.

Federica Giardini (2003) realiza otra reapropiación interesante de las ideas iniciadas por Irigaray en torno al cuerpo y la diferencia sexual. Frente a algunas teorías feministas norteamericanas, Giardini observa una proliferación del cuerpo como tópico pero no como sujeto. El cuerpo y su potencia en la propia intimidad han perdido potencia en sus formalizaciones. Su idea de cuerpo como compleja noción feminista refiere a una dimensión carnalmente corpórea, compuesta de pasiones, impulsos, afectos y síntomas. Al mismo tiempo Giardini aclara que esta noción puede y debe invadir de modo relevante el ámbito de la política. Es así que se procura un retorno al cuerpo más allá de puras abstracciones. Un cuerpo capaz de escapar de lo verbal. Esencial, si esto implica distanciarse de las codificaciones ya existentes y tomar el gesto de la otra mujer, con el fin de volver a una observación elemental, de los propios afectos, de los propios estados de placer y dolor.

Será la Teoría *Queer*, en su versión configurada a partir de los primeros aportes de Judith Butler (1990a/2007), la que muestra divergencias significativas con ambas exponentes francesas del feminismo, y quienes en ellas se enfilan de acuerdo a sus diferentes filiaciones –*Igualdad y Diferencia*. También debe destacarse que tanto Simone de Beauvoir como Luce Irigaray constituyen referencias a las que Judith Butler apela, no siempre de manera explícita. Estos aportes guardan relevancia a la hora de entender las interlocuciones butlerianas en la construcción de sus aportes sobre el cuerpo –CAPÍTULO IX.

CAPÍTULO IX
CUERPO
LA MIRADA DE LA TEORÍA QUEER

*Lo sabrás entonces: yo me creía como eterna. Una
especia de fantasma con la memoria entrecortada
por sucesivas vidas (...). Y seré nadie. Sin nombre,
sin cuerpo que asentar en algún lado*

Elvira Orphée, *Aire tan dulce*

Sexo y género resituados

En la actualidad, gran parte de intelectuales provenientes de múltiples disciplinas han centrado sus producciones teóricas en torno a la categoría *cuerpo*, en gran medida a causa del giro intelectual que ha provocado el impacto de la teoría feminista en los últimos cincuenta años. Es así que el *cuerpo*, y su compleja relación entre *sexo* y *género*, comienza a recibir progresivamente especial atención en las ciencias sociales y humanas. Sin embargo, tal como señala Rosi Braidotti (1994/2000), existen importantes divergencias en torno a dicha temática.

Como ya hemos señalado, el *género* ha sido delimitado por oposición al concepto de *sexo* –concebido como un hecho biológico. El *género* es estrictamente identificado con el conjunto de significados que diferencian a varones de mujeres: *activo/pasivo*, *proveedor/ama de casa*, *público/privado*, *cultura/naturaleza*, *razón/emoción*, *competición/compasión*. En contraste con esto, el *sexo* refiere a los cuerpos de varones y mujeres, en tanto fijos, inmutables y naturales. Tal como señala Jason Glynos (2000), esta distinción se encuentra en la base del denominado *fundacionalismo biológico*. Dicho modelo teórico, a diferencia del determinismo biológico, incorpora explicaciones que dan cuenta cierta construcción social, aunque siempre bajo la forma de significados culturales que recubren al cuerpo como base natural y neutra. El fundacionalismo biológico se suscribe a la idea de que *sexo* y *género* existen como dominios relativamente autónomos, donde el primero funciona como un inhibidor de las posibilidades del segundo. En este sentido, la categoría *sexo* proporcionó un punto de referencia incuestionable, de modo que la posibilidad de deslindar una identidad

específicamente femenina encontró su soporte en el incuestionable dimorfismo que el *sexo* impone al *cuerpo*.

Ya hemos señalado que Gayle Rubin (1975/1986), en su clásico artículo *The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex*, utiliza la categoría *sistema de Sexo/Género* para delimitar aquellos aspectos de la vida social que producen y sostienen la opresión de las mujeres y de las minorías sexuales. Rubin define tal *sistema* como “*el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas*” (Rubin, 1975/1986: 97). De este modo, Rubin vertebra su pensamiento sobre la consolidación del binomio sexo/género, que entreteje el fundacionalismo biológico como forma privilegiada para pensar la forma en que los cuerpos adquieren significados sociales.

Desde este punto de vista, el cuerpo es entendido como una unidad orgánica autónomamente integrada. Aspectos como la raza, la sexualidad, el género constituyen atributos del cuerpo delimitado como una superficie pasiva y fija, como un real pre-discursivo, determinado biológicamente (Fernández, 2003). Si bien la anatomía es uno de los criterios más importantes para la clasificación de los seres humanos, es evidente que la biología *per se* no garantiza las características que socialmente se le asignan a cada uno de los sexos. Es a partir de aquí que comienza a circunscribirse al *género* como la interpretación cultural del *sexo*. Entonces, el *género* es a la cultura, lo que el *sexo* es a la naturaleza.

Actualmente, la proliferación de la teoría *Queer* y los estudios culturales ha desestabilizado al *sexo* a partir de las fuertes críticas esgrimidas contra la noción de *identidad* y *naturaleza* (Butler, 1990a/2007; Nouzeilles, 2002). La tendencia actual de entender las identidades en términos fragmentarios arrastra hacia el debate la clásica distinción *sexo/género*. La diseminación de las ideas postestructuralistas a principios de los setenta (frecuentemente vinculada con Foucault, Deleuze y Derrida) instaló fuertes críticas a las oposiciones binarias. Por su parte, la idea de *naturaleza* comienza a cuestionarse como un existente localizado por fuera de los discursos sociales. La idea de *naturaleza* se encontraría, entonces, configurada por interpretaciones de un momento histórico particular con fines legitimadores de un estado de cosas⁹⁵. Desde este punto de

⁹⁵ En palabras de Donna Haraway (1992/1999): “*La naturaleza no es un lugar físico al que se pueda ir, ni un tesoro que se pueda encerrar o almacenar, ni una esencia que se pueda salvar o violar. La naturaleza*

vista teórico la noción de *género* se extiende hasta abarcar la oposición misma de *sexo/género* (o *naturaleza/cultura*), entendida como un efecto discursivo que ubica tal oposición por fuera de los límites del lenguaje, pues es el propio discurso el que genera la distinción *discursivo/extra-discursivo*. Por tanto, *sexo* y *género* no adquieren su valor oposicional por fuera de los significados culturales (Lie, 2002).

Cuerpo: entre materialidad y lenguaje⁹⁶

A partir de Foucault, Butler sostiene que el sexo se produce a través de un proceso de materialización (Butler, 1993a/2008). Este enfoque foucaultiano permite afirmar que los discursos no solo describen el cuerpo sino que también formulan y constituyen sus realidades materiales (Foucault, 1975/2008). Estos significados no son originales y no se encuentran localizados o anclados en el interior de los organismos individuales, sino que circulan en los discursos y prácticas culturales y sociopolíticas significativas e históricamente mutables que describen e inscriben el cuerpo y la identidad (Marshall, 2002). Los enfoques post-estructuralistas entienden el discurso como constitutivo de regímenes de verdad sobre el cuerpo, como prácticas que forman el cuerpo al tiempo que regulan la subjetividad corporizada mediante la identidad de género, entendida como agencia de control subjetiva (Burns, 2003; Markula, 2006). En esta línea, Judith Butler, junto a otras teóricas feministas revisionistas (Haraway, 1991/1995, entre otras), han impuesto un giro a los debates acerca de la corporalidad y el desarrollo psicológico (Matisons, 1998; Chambers, 2007), incluso han introducido producciones de gran influencia en lo que respecta a identidad de género y su impacto en la construcción de la morfología corporal (McNay, 1999).

Cada declaración sobre el cuerpo, aunque sea descriptiva, muestra, entonces, al cuerpo de una manera específica. Cada forma de ver o experimentar el cuerpo se encuentra necesariamente mediada por el lenguaje. En *Surveiller et Punir*, Foucault (1975/2008)

no es un código que pueda leerse en códigos matemáticos o biomédicos. La naturaleza no está oculta y por lo tanto no necesita ser develada. No es el 'otro' que brinda origen, provisión o servicios. Tampoco es madre, enfermera, ni esclava; la naturaleza no es una matriz, ni un recurso, ni una herramienta para la reproducción del hombre (...) la naturaleza es un topos, un lugar, en el sentido de un lugar retórico (...) es, estrictamente, un lugar común. Atendemos a este tópico para ordenar nuestro discurso, para componer nuestra memoria" (Haraway, 1992/1999: 122).

⁹⁶ Este apartado intenta mostrar el impacto del pensamiento de Foucault en el modo de comprender al cuerpo y su relación con el discurso, a partir del cual los aportes iniciales de Judith Butler dictaminan el anudamiento entre lenguaje y materialización del cuerpo. Este apartado debe diferenciarse del CAPÍTULO X, el que refiere en su título a MATERIALIDAD Y DISCURSO, puesto que en éste el interés transcurre por explorar otros segmentos butlerianos, a los que no considero *Queer*, y otras miradas de sus aportes iniciales, que arrancan al cuerpo del puro juego significante.

describe la formación de la *materialización* del cuerpo del prisionero en términos de proceso. También es posible hallar la misma línea de abordaje en el primer volumen de *Histoire de la sexualité*. Si bien por momentos pareciera que el cuerpo tiene una materialidad que pre-existe a las relaciones de poder que lo constituyen, en *Surveiller et Punir* es posible detectar una relación diferente entre materialidad del cuerpo y poder. El alma aparece como un instrumento del poder a través del cual se forma, se produce, se realiza el cuerpo.

Foucault sostiene que el alma es un ideal regulativo y normativo, que modela el cuerpo. En palabras del autor:

El hombre del que se nos habla y al que se invita a liberar, es ya en sí mismo el efecto de una sujeción mucho más profunda que él mismo. Tiene un alma que lo habita y le da existencia y que es en sí misma un factor del dominio que ejerce el poder sobre el cuerpo. El alma es el efecto y el instrumento de una anatomía política, el alma es la cárcel del cuerpo (Foucault, 1975/2008: 39).

El alma le da existencia al prisionero, forma y modela el cuerpo. Esta sujeción que plantea el autor no implica sólo subordinación en términos represivos, es también una producción de sujeto. En estos términos debemos pensar que el cuerpo se encuentra producido políticamente mediante, y en el *interior* de, una operación del poder. Dicha operación del poder produce los mismos sujetos que sujeta. Es así que para Foucault el poder forma y regula los cuerpos (Al-Amoudi, 2007).

Para Butler (1992), Foucault toma la figura de los prisioneros para afirmar que la estrategia no es ejecutar una represión de sus deseos, sino obligar a sus cuerpos a significar la ley prohibitiva como esencia. Es así que se producen cuerpos que significan la ley como la esencia de su yo, el sentido de su alma, su conciencia, la ley de su deseo. La ley, entonces, no es externa a los cuerpos que subyuga y subjetiva/sujeta. Por otra parte, según Foucault (1975/2008), el alma no es un efecto ideológico ilusorio. De acuerdo al autor, todo parece indicar que el alma posee una realidad que se produce permanentemente por el funcionamiento del poder que se ejerce sobre los cuerpos de los sujetos castigados. La novedad que introduce la perspectiva de Foucault, es, justamente, entender al cuerpo como un sitio donde los regímenes de discurso y poder se inscriben al tiempo que lo construyen como tal. Esta idea sugiere, entonces, que el cuerpo no pre-existe a tales inscripciones, una superficie disponible para advenir sitio de su propia construcción. Para Foucault el cuerpo no es ontológicamente distinto a los procesos que participan en su construcción.

La hipótesis foucaultiana formulada en *La volonté de savoir* refiere a que el poder está en todas partes. El poder, para Foucault, no es una sustancia, sino una relación; no es algo que se posee sino que se ejerce. El poder es intrínsecamente relacional, se trata de relaciones de poder. Por otra parte, el poder no es exclusivamente negativo, no se trata del poder de negar o de suprimir. Es también productivo. Produce posibilidades de acción. Para Foucault, el poder opera en la constitución de la materialidad misma del sujeto, simultáneamente forma y regula al sujeto. En este contexto conceptual, el cuerpo no constituye una materialidad independiente que, sólo posteriormente, es constreñida por relaciones de poder exteriores. Cuerpo y poder parecen ser coextensivos. La materialidad del cuerpo designa cierto efecto del poder en su faz productiva. Contrariamente a esto, los efectos materiales del poder suelen ser considerados hechos primarios, datos que existen *a priori*. En esta línea, por ejemplo, los cuerpos suelen ser presentados en términos de positividades materiales que se localizan, de manera naturalizada, fuera del discurso y del poder, como referentes indiscutibles. Dicha naturalización resulta, desde esta perspectiva, un producto efectivo de los arreglos de poder que entretajan los regímenes discursivos sobre el cuerpo. Por tanto, cuando el cuerpo es entendido como dato primario, como punto de partida, y no como efecto material del poder, se enmascaran las relaciones de poder que lo constituyen (Sawiki, 1991).

Las consideraciones que se desprenden de este posicionamiento teórico son complejas. Delimitar la materialidad del cuerpo como exterior al lenguaje no deja de ser modo de postular dicha materialidad desde el lenguaje. Por tanto, todo intento de asignar a la materialidad una ontología ajena al lenguaje significa negar la correspondencia del lenguaje a ese ámbito de exterioridad. Por ello la distinción radical y absoluta entre materialidad y lenguaje que pretende asegurar la función referencial del lenguaje termina por socavar esa misma función. Si bien esto no implica reducir el cuerpo a materia lingüística, no se debe perder de vista que lenguaje y materialidad se anudan de manera compleja (Butler, 1993a/2008).

Esta ontología política del cuerpo impide que la materialidad del cuerpo, significada desde el inicio, sea entendida al margen de los discursos. Las categorías que designan a la materia y al cuerpo pertenecen al lenguaje. La materialidad del cuerpo, postulada como un *a priori* y anclada por fuera del lenguaje no es más, entonces, que un efecto de significación. Es así que, desde la óptica de Foucault, la materialidad está ligada a la

significación desde el principio. La relación entre cuerpo y lenguaje, sobre todo los intentos de desentrañar cual de los términos se encuentra causalmente primero, produce una circularidad sin fin.

En otro segmento de su obra *–La arqueología del saber–*, Michel Foucault (1969/1970) distingue entre “*formaciones discursivas y unos dominios no discursivos (instituciones, acontecimientos políticos, prácticas y procesos económicos)*” (Foucault, 1969/1970: 272). La tarea de la arqueología, explica Foucault, consiste en examinar las relaciones entre los hechos enunciativos, o discursivos, y los sistemas no discursivos para definir formas específicas de articulación (Foucault, 1969/1970). Foucault rechaza tanto el análisis simbólico como el análisis causal. En el caso de la medicina clínica, afirma:

Un análisis simbólico vería en la organización de la medicina clínica, y en los procesos históricos que le han sido concomitantes, dos expresiones simultáneas que se reflejan y se simbolizan la una en la otra, que se sirven recíprocamente de espejo, y cuyas significaciones se hallan presas en un juego indefinido de remisiones: dos expresiones que no expresan otra cosa que la forma que les es común (Foucault, 1969/1970: 272-273).

El análisis causal, por otra parte, intenta mostrar que ciertas prácticas no discursivas determinan la conciencia en una variedad de niveles. Por lo tanto, en lo que respecta a los científicos médicos, el análisis causal tiene que demostrar que los intereses, valores, percepciones y la racionalidad son el resultado causal de ciertos cambios políticos y de nuevos desarrollos de procesos económicos e industriales externos a ellos. En palabras del autor:

Un análisis causal, en cambio, consistiría en buscar en qué medida los cambios políticos, o los procesos económicos, han podido determinar la conciencia de los científicos: el horizonte y la dirección de su interés, su sistema de valores, su manera de percibir las cosas, el estilo de su racionalidad” (Foucault, 1969/1970: 273).

Tanto la simbolización como la causalidad requieren un campo de positividades formadas de acuerdo con las normas, mientras que la arqueología es una cuestión de relaciones, por ende deshace positividades. El análisis arqueológico de la medicina clínica, descrito por Foucault, descubre cómo y de qué forma los sistemas no discursivos tales como las prácticas políticas participan en las condiciones de emergencia, la inserción y el funcionamiento del discurso médico en sí. Las prácticas políticas abren nuevos campos para el mapeo de objetos médicos, adjudican un estatus privilegiado al médico que se convierte en el enunciador exclusivo de ese discurso, y

atribuyen al discurso médico la función de juzgar a las personas, tomar decisiones administrativas, establecer normas, traducir, resolver u ocultar conflictos, y proporcionar modelos naturales para la sociedad. Pero a su vez, la práctica médica, referida a un campo particular de objetos, en las manos de las personas designadas como calificadas, y ejerciendo funciones sociales, “*se articula sobre prácticas que le son externas y que no son ellas mismas de naturaleza discursiva*” (Foucault, 1969/1970: 276).

En *La voluntad de saber*, las afirmaciones de Foucault (1976/2008) también parecen estar teñidas de esta compleja relación, por momentos circular. El autor afirma que desde finales del siglo XVIII se ha configurado un dispositivo de la sexualidad que hizo del sexo una preocupación del cuerpo social en su conjunto. Según el análisis de Foucault: “*La ‘sexualidad’ es el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales por cierto dispositivo dependiente de una tecnología política compleja*” (Foucault, 1976/2008: 122), es decir, por el despliegue de la sexualidad.

Más allá del complejo grado en el que se entrelazan discurso y práctica, otros aportes de Foucault sugieren que ningún acontecimiento o fenómeno queda fuera del alcance del poder discursivo (Candiotta, 2010). Como resultado de esto, el poder discursivo se adquiere un carácter totalizante. Foucault refiere al panóptico como el “*diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal*” (Foucault, 2008a:237) e invoca la noción de esquema para pensar el modo en que en nuestras sociedades el poder disciplinario controla todo el campo, de manera que todo el campo no discursivo es finalmente reducido a una forma discursiva de poder.

Como fuere, el pensamiento de Judith Butler constituye la emergencia del impacto del pensamiento de Foucault sobre los modos de pensar el cuerpo en el feminismo norteamericano. Como ya hemos señalado, a partir de Foucault (1975/2008, 1976/2008), la autora sostiene que el sexo no es otra cosa que el producto de una estrategia biopolítica de instauración de un soporte pre-discursivo, naturalizado, sobre el cual se instaura un sistema dicotómico de clasificación de las identidades y orientaciones sexuales posibles para un sujeto. Es decir que la materialidad de los cuerpos responde a una construcción lingüística ligada a estrategias de poder y constituye la superficie de una invención social (Stoetzler, 2005) que tiene lugar dentro

de un marco cultural que exige que el sexo sea diádico, hétero y estable. De este modo, se asegura la estabilidad y el marco binario del sexo (Femenías, 2003).

El giro butleriano sobre el lesbianismo... y el cuerpo

Como ya hemos visto –en el CAPÍTULO VIII–, a pesar del fuerte impacto que la obra de Michel Foucault (1975/2008, 1976/2008) tiene actualmente en los estudios sobre las sexualidades y el cuerpo, la marca de la argumentación de Rich permanece presente como un hito en la producción intelectual de las últimas décadas de escritura lésbica, en el desarrollo de la teoría *queer*, y en los escritos feministas. Es posible detectar las marcas de Rich en el pensamiento de Judith Butler.

A pesar de su localización teórica en la línea de Michel Foucault, Judith Butler (1990a/2007, 1993a/2008) se ha encargado de profundizar la idea de Adrienne Rich a partir de un cambio de perspectiva respecto a la existencia de una heterosexualidad obligatoria y compulsiva. Para Butler, la heterosexualidad obligatoria y los mecanismos a partir de los cuales el sujeto, al mismo tiempo que se constituye como tal, asume la pertenencia a uno de los géneros, se encuentran anudados (Butler, 1997/2001). Tal asunción vincula la constitución subjetiva con aquellos procesos que tornan un ser humano inteligible en la cultura desde el momento en que, inevitablemente, pertenece a un género y realiza una elección sexual, adecuándose a los modos de sexuación socialmente instaurados. Tal es así que cualquier presentación de género o identidad sexual que cae por fuera de la norma se torna abyecta o ininteligible.

Para Butler (1990b), como ya hemos mencionado, la práctica ritualizada mediante la reiteración y la repetición constante es lo que hace que el género y la sexualidad surjan como algo natural. Es así que la heterosexualidad normativa y naturalizada, a criterio de Butler, permanece incrustada en el proceso continuo de formación de los sujetos sexuados a través de la reiteración de tales normas. Entonces, cada acto que reitera la norma trae consigo la posibilidad de la subversión. Por lo tanto el género y la sexualidad son producidos pero también susceptibles de ser desestabilizados mediante esta operación que torna inestable y precaria la hegemonía de la norma. Es de este modo que el carácter dinámico que imprime la necesidad de que la norma sea instalada a cada momento trae consigo, la posibilidad de su transgresión. Como el proceso continuo que produce al sujeto puede fallar o estar signado por el error, esta consideración teórica abre una enorme fuente de posibilidades culturales que giran en torno a la incertidumbre

respecto a lo que transcurre en las zonas donde la norma se muestra ambivalente y resignificable.

Para Butler (1993a/2008) el fracaso de la norma se torna una opción posible a causa de la naturaleza mutuamente constitutiva y los límites vacilantes entre *lo interno* y *lo externo*. Tal como sostuvo Sigmund Freud en *Tres ensayos de una teoría sexual* (1905/1979) todo ser humano realiza elecciones de objeto homosexual que permanecen inconscientes. Tanto la elección de objeto heterosexual como la homosexual se sostienen sobre restricciones impuestas, en una u otra dirección. Judith Butler toma las ideas freudianas, en sus palabras: “...*el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es ‘interior’ al sujeto como su propio repudio fundacional*” (Butler, 1993a/2008: 20).

En relación con el registro cultural de aquel proceso, Butler se muestra en contra de cualquier “...*monismo discursivo o lingüisticismo que niega la fuerza constitutiva de la exclusión, la supresión, la forclusión y la abyección violentas y su retorno destructivo [disruptivo, subversivo] dentro de los términos mismos de la legitimidad discursiva*” (Butler, 1993a/2008: 27). Esta afirmación sugiere que aquellos que comúnmente se percibe como fuera de las fronteras no es, en sentido estricto, exterior. Desde el mismo momento en que *el exterior*, lo excluido, asume el carácter de constitutivo de la totalidad siempre estará presente en *el interior*.

Este contexto conceptual le permite a Butler pensar la distinción entre heterosexualidad y homosexualidad en estos términos. Los argumentos teóricos sobre la inevitable relación lógica entre *interior/exterior* dan lugar a una perspectiva analítica a partir de la cual es posible pensar la posibilidad de que aquellos sujetos que habitan posiciones lesbianas puedan reelaborar los discursos y las prácticas que se encuentra dentro de la *heteronorma* (Bolsø, 2001). Tal posibilidad origina un debilitamiento de la dicotomía hetero/homo, y por lo tanto subvierte la hegemonía normativa heterosexual. Butler se interroga,

¿No es posible que la sexualidad lesbiana sea un proceso que reinscribe los dominios de poder a los que se resiste, que esté constituida en parte por la matriz heterosexual que busca desplazar, y que su especificidad deba ser restablecida no afuera o más allá de esa reinscripción o reiteración, sino en su misma modalidad y efectos? (Butler, 1993b/2000: 93).

Si bien *ser* lesbiana implicaría pertenecer a una zona *exterior* en relación con la heterosexualidad dominante esto no implica la existencia de una esencia lesbiana. El análisis se centra en la posibilidad de la reinscripción, y sus efectos, por parte de quienes asumen esa categoría como propia, y la habitan, para trastornar los efectos de la norma. Desde esta perspectiva, entonces, no hay un *afuera* que guarde en sí opciones sexuales que escapen a la norma, y cuya reivindicación garantiza la libertad de la sexualidad reprimida. Por el contrario, como no hay un *afuera* de la norma, el exterior constituye una zona delineada por la propia norma para anclar allí los márgenes temidos por el sujeto. Buscar la libertad reivindicando las categorías allí inscriptas implica, inevitablemente, reforzar la norma y, por lo tanto, refuerza al ordenamiento social que se intenta socavar.

La autora introduce el concepto, antes tematizado, de *Matriz heterosexual* para abordar el tema –véase CAPÍTULO IV. Vale la pena recordarlo, pues tal concepto es nodal en su pensamiento. Butler lo entiende como

...la rejilla de inteligibilidad cultural a través de la cual se naturalizan cuerpos, géneros y deseos. [Ha] partido de la idea de ‘contrato heterosexual’ de Monique Wittig y (...) de la idea de ‘heterosexualidad obligatoria’ de Adrienne Rich para describir un modelo discursivo/epistémico hegemónico de inteligibilidad de género, el cual da por sentado que para que los cuerpos sean coherentes y tengan sentido debe haber un sexo estable expresado mediante un género estable (masculino expresa hombre, femenino expresa mujer) que se define históricamente y por oposición mediante la práctica obligatoria de la heterosexualidad (Butler 1990a/2007: 292).

284

Desde mi punto de vista, la relevancia del concepto de *Matriz heterosexual* radica en su potencialidad a la hora de trazar posibles vinculaciones entre *sexo*, *género* y *sexualidad*, ubicadas en la base de la *conformidad de género*. La autora menciona que

los géneros inteligibles son los que de alguna manera instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Es decir, los fantasmas de discontinuidad e incoherencia, concebibles únicamente en relación con las reglas existentes de continuidad y coherencia, son prohibidos y creados frecuentemente por las mismas leyes que procuran crear conexiones causales o expresivas entre sexo biológico, géneros culturalmente formados y la ‘expresión’ o ‘efecto’ de ambos en la aparición del deseo sexual a través de la práctica sexual (Butler 1990a/2007: 72)

Lo que Butler denomina como *Matriz heterosexual* refiere, en última instancia, a la creencia hegemónica que sostiene la conexión necesaria entre sexo, género, práctica sexual y deseo que marca los requerimientos que la *conformidad de género* impone a

partir del cuerpo como primer elemento de tal secuencia. La matriz organiza cada uno de estos elementos de forma tal que torna inteligibles algunos géneros y sexualidades e ininteligibles otros. Por ejemplo, la masculinidad y la feminidad constituyen géneros socialmente inteligibles porque son vinculados bajo relación de causalidad con los sexos biológicos macho y hembra. Por otra parte, si no existieran diferencias socialmente establecidas entre varones y mujeres la heterosexualidad perdería sentido, puesto que esta categoría requiere que los seres humanos se clasifiquen en grupos opuestos. En palabras de la autora,

la heterosexualización del deseo exige e instauro la producción de oposiciones discretas y asimétricas entre ‘femenino’ y ‘masculino’, entendidos estos conceptos como atributos que designan ‘hombre’ y ‘mujer’. La matriz cultural –mediante la cual se ha hecho inteligible la identidad de género– exige que algunos tipos de ‘identidades’ no puedan ‘existir’: aquellas en las que el género no es consecuencia del sexo y otras en las que las prácticas del deseo no son ‘consecuencia’ ni del sexo ni del género. En este contexto, ‘consecuencia’ es una relación política de vinculación creada por las leyes culturales, las cuales determinan y reglamentan la forma y el significado de la sexualidad (Butler 1990a/2007: 72).

El falo lesbiano

Tal como refiere Butler (1990a/2007), la distinción entre sexo y género implementada por el feminismo tenía la intención de socavar la biología como destino de la inferioridad de las mujeres. Sin embargo, esta estrategia comenzó a mostrar sus desventajas. Rápidamente condujo a las feministas hacia una esencialización de las mujeres ya que el cuerpo, en tanto sexo biológico, continuó operando como la base natural del género y de la sexualidad –véanse CAPÍTULOS III y VIII. Varios intelectuales (Preciado, 2000/2011; Butler 1990a/2007; Fausto Sterling 2000/2006; Laqueur, 1990/1994) dedicados a pensar el sexo en términos de construcción social han demostrado convincentemente que la distinción entre sexo y género es absurda, pues el sexo en sí mismo, al igual que el género, una construcción social (Bargas, 2011). En palabras de Butler, “no se puede aludir a un cuerpo que no haya sido desde siempre interpretado mediante significados culturales...” (Butler 1990a/2007: 57), por ello parece imposible referir al sexo sin recurrir a un discurso normativo de género que le de forma y lo interprete.

En su ensayo *The lesbian phallus and the morphological imaginary*, incluido en *Bodies that Matter*, Judith Butler (1993a/2008) propone una alternativa para socavar los

esquemas hegemónicos a partir de los cuales se decodifican los cuerpos. Como operación de rescate destinada a arrebatar el cuerpo de un campo delimitado a partir de fundamentos naturales, la autora instala la pregunta: ¿Qué es lo que constituye, en última instancia, una parte corporal? Como no es de extrañar, nuevamente, lo que podríamos denominar como el recurso al psicoanálisis es lo que entreteje el grueso de sus argumentos.

La captura crítica de aquello que percibimos como la carne real (Kirby, 2011: 68), supone el análisis de procesos culturales que comandan la materialización de los cuerpos. En otras palabras, Butler se propone un cambio de perspectiva desde la cual se torna visible el código cultural oculto tras la apariencia de la materialidad de la existencia bruta. El nuevo punto de mira sólo se logra cuando el espectador ha agudizado su capacidad de extrañamiento a un punto tal que se torna capaz de desarticular la densa trama de los regímenes sociales de significación que invisten fantasmáticamente los cuerpos.

En este contexto conceptual construido por Butler, el cuerpo, en su sentido anatómico, no constituye un referente original. El cuerpo adquiere existencia cuando es contorneado por límites, no naturales, que imponen una morfología, tampoco natural. La pregunta que emerge pareciera ser: ¿Cuáles son los mecanismos que instalan una versión, fálica, de los cuerpos en detrimento de otras?

Butler recurre a Freud y a Lacan para exponer la ambivalencia, implícita en las operaciones de escritura, con la que se enfrentan los autores en algunos de sus textos fundamentales. La trayectoria de Butler, en el ensayo en cuestión, tiene como punto de inicio –punto que se expande abarcando casi la totalidad del ensayo – el intento de retratar a los padres del psicoanálisis en el mismo instante en que satisfacen el ideal fálico mediante explicaciones teóricas que sofocan la ambivalencia emergente; el punto de llegada es la posibilidad de emergencia del falo lesbiano, con el cual Butler no sólo se aparta del ideal antes mencionado sino que también vislumbra nuevos imaginarios morfológicos posibles.

El arco de tensiones que conecta ambos puntos comienza su recorrido con *Introducción del Narcisismo*, en el cual Freud (1914/1979) vincula la autoinvestidura libidinal con el dolor y, finalmente, con la hipocondría. Estas vinculaciones le permiten a Butler fijar como epicentro las experiencias corporales del narcisismo para instalar el desplazamiento que permite afirmar que no hay cuerpo antes de tales experiencias.

Tanto el dolor como la hipocondría vienen a dar cuenta del depósito de libido sobre una parte del cuerpo, la que no existe para la conciencia antes de tal *catexia*. Siguiendo esta línea, todo parece indicar que no es tan sencillo establecer una frontera entre heridas físicas y heridas imaginarias, dicho en otras palabras, la parte corporal y la partición fantasmática que la torna cognoscible bajo la conciencia son indisolubles⁹⁷.

La ambivalencia anteriormente sugerida, detectada por Butler (1993a/2008), comienza a instalarse cuando Freud fija como órgano prototípico, en tanto sensible al dolor, el órgano sexual en estado de excitación. Claramente los genitales son el ejemplo paradigmático de una parte del cuerpo que se torna epistemológicamente accesible mediante una investidura fantasmática. En tanto prototipo, los genitales son capaces de sustituir otras partes del cuerpo, con lo cual el órgano sexual posee la capacidad de desplazarse y proliferar, hasta, incluso, emplazarse en localizaciones inesperadas⁹⁸.

Sin embargo, una declaración invertida de Freud llama la atención de Butler. El autor menciona que los genitales pueden ser sustituidos por zonas erógenas. Butler se enfrenta, entonces, con una contradicción lógica: los genitales, podríamos agregar, junto a Butler, masculinos, se instalan como sitio originario de erotización del que es posible desplegar sustituciones a modo de ejemplificaciones secundarias, pero al mismo tiempo es caracterizado como objeto de sustituciones, es decir el efecto de un conjunto de desplazamientos.

En este proceso paradójico, el falo, en primera instancia, adquiere un papel privilegiado y generativo para luego quedar relegado, al mismo tiempo, a una zona generada por una serie de ejemplos de zonas erógenas. Butler se permite, con gesto irreverente, interpretar a Freud. A criterio de la autora, la contradicción emergente es síntoma del deseo no articulado de construir a los genitales masculinos en una idealización originadora. Freud, sin saberlo, instala teóricamente el límite de todo imaginario posible en *materia* de morfología corporal/sexual, pues instala el falo como origen, como único elemento, simbólicamente codificado, que confiere significación a las partes del cuerpo.

Butler se ve habilitada, a esta altura de su ensayo, a utilizar de manera intercambiable el término falo con la referencia a los genitales masculinos, es decir el pene. A la autora le

⁹⁷ Para ampliar esta idea a partir de otra gama de conceptos sistematizados por Kaja Silverman véase CAPÍTULO VII.

⁹⁸ Un intento de refrenar la proliferación fálica que se disemina y entreteje el significado de toda la superficie del cuerpo pueden verse en los intentos de Monique Wittig (1973/1977) por exponer la potencialidad erótica de zonas corporales abyectas desarticuladas y fragmentadas.

resultan claras estas dos caras de todas y cada una de las referencias de Freud a los genitales. La autora argumenta el modo en que Freud, mediante analogías y sustituciones, afirma retóricamente el carácter transferible de la propiedad fálica como estrategia para devolver al pene tal propiedad (Salih, 2002). En Freud, el carácter transferible del falo otorga accesibilidad epistemológica a las partes del cuerpo. El falo, entonces, no se localiza de manera fija y exclusiva en ninguna parte del cuerpo. La superposición pene/falo constituye la solución freudiana de una ambivalencia mediante la invocación a un ideal. Así queda expuesta la valoración y constitución imaginaria de las partes del cuerpo.

Como fuere, queda claro que para Butler el cuerpo es materia de significación. El cuerpo, como efecto, se materializa, nos dice la autora, cuando asume una *morphé*. De aquí en más, para Butler es posible reescribir el imaginario corporal. Al analizar las ideas de Lacan, Butler también detecta el modo en que el falo, como figura fantasmática, sufre contradicciones perturbadoras. Butler concluye que el falo es un significante privilegiado que obtiene tal privilegio en su reiteración, que tiene efectos imaginarios en las articulaciones fantasmáticas que constituyen el referente tanto de las morfologías femeninas como masculinas. A pesar de ser cuerpos pretendidamente diferenciados, se articulan a partir de un único referente simbólico (Merlin, 2003).

Butler inaugura un campo prolífico para pensar de modo diferente el cuerpo cuando afirma que

...los actos simultáneos de quitarle su posición privilegiada al falo apartándolo de la forma heterosexual normativa de intercambio y circunscribirlo dándole un lugar de privilegio entre las mujeres son un modo de romper la cadena significante en la cual opera convencionalmente el falo. Si una lesbiana ‘tiene’ el falo, también está claro que no lo ‘tiene’ en el sentido tradicional y su actividad promueve una crisis en el sentido de lo que significa ‘tener’ el falo. La posición fantasmática del hecho de ‘tener’ se rediseña, se hace transferible, sustituible, plástica; y el erotismo producido dentro de este tipo de intercambio depende tanto del desplazamiento desde los contextos masculinistas tradicionales como el redesplicue crítico de sus figuras centrales de poder (Butler, 1993a/2008: 139).

En suma, si nos centramos en las producciones de feministas lesbianas –véase CAPÍTULO VIII– vemos que apuntan a la delimitación y al enredo que se produce entre deseo y poder en la construcción social de los cuerpos sexuados. Asimismo es posible notar la homologación falo/pene que subyace tanto a la significación social que reciben los cuerpos sexuados, como a los intentos de evadir el alcance del falocentrismo atacando y repudiando las relaciones concretas con los varones. En términos generales,

es posible trazar una trayectoria de la forma en que el feminismo lésbico procede en la comprensión del tema: *Se concibe una economía política del sexo donde todas las instituciones que integran el orden social y cultural patriarcal se encuentran sostenidas por la heterosexualidad obligatoria y compulsiva (Rich, 1980/2013); *La regulación simbólica de los flujos deseantes que entreteje la complementariedad entre los sexos es falocéntrica, y a partir de allí se produce una doble localización de los cuerpos que delimita dos colectivos sociales (varones y mujeres) con una distribución desigual de poder; *Opera un continuum falo-pene, entonces los cuerpos provistos con pene advienen pilares concretos de la subordinación propia del sistema heteropatriarcal, los cuerpos sin pene, marcados como mujeres, constituyen el colectivo subordinado; *Es posible escapar de las redes de tal organización social a partir de los lazos eróticos/políticos entre mujeres que excluyen al pene, y al varón opresor que lo porta. Como se ha intentado demostrar, Judith Butler (1990a/2007, 1990b, 1993a/2008, 1993b/2000, 1997/2001) denuncia los sesgos esencialistas e instala un cambio de perspectiva para abordar la sexualidad más allá de los términos dicotómicos *heterosexualidad/homosexualidad*. Por otra parte, la autora también ofrece herramientas teóricas para desvincular la relación naturalizada entre el pene y el falo, movimiento que permite, al menos, cuestionar la existencia de cuerpos esencialmente femeninos y masculinos en tanto sedes de géneros y de sexualidades *normales*. En última instancia la postura expuesta constituye un marco teórico que permite pensar más allá de la lógica binaria que nos aporta el género, a partir de la cual decodificamos los cuerpos. En ese contexto la propuesta butleriana sobre el falo lesbiano instala la posibilidad de recodificar, deshacer, los cuerpos construidos en el interior de la matriz heterosexual (Soley-Beltrán, 2009). Sin dudas el cuestionamiento apunta a relativizar el falo como un concepto universal que actúa como un mito legitimado desde múltiples narrativas, y que se ha sostenido durante tanto tiempo como evidencia de un orden patriarcal naturalizado. Se trata de un intento por generar nuevas categorías que agoten el sistema clasificatorio, que recorta identidades dicotómicas, monolíticas y esenciales, inscriptas en la verdad biológica de los cuerpos naturalizados.

La morfología corporal

Como ya se ha señalado, el pensamiento feminista de la *Segunda Ola* se ha construido sobre la base de una concepción de *cuerpo* naturalmente y dimórficamente diferenciado.

El *cuerpo*, en estos términos, constituye una superficie sobre la cual el género opera como un acto de inscripción cultural (Butler, 1990a/2007). Es a partir de la inmutabilidad del *sexo* que se discute la construcción social del *género*. Cuando a mediados de la década del ochenta Judith Butler argumenta que el género instituye la *diferencia sexual* anatómica como hecho *natural*, devela el modo en que tal *diferencia* apela a un aspecto particular de la biología: la reproducción sexual (Shepard, 2004; Cryle, 2009a). Así, bajo el signo discursivo de la reproducción sexual, los cromosomas, las hormonas y los genitales, dimórficamente decodificados, se constituyen como el soporte sustancial de la esencia del sexo natural (Laqueur, 1990/1994, 2009; Fausto-Sterling, 2000/2006; Hird, 2004).

Recordémoslo una vez más, la distinción *sexo/género* supone que siempre es posible diferenciar nítidamente entre lo biológico –*sexo*– y lo cultural –*género*–. Al mismo tiempo supone la maleabilidad del *género* frente al carácter permanente e inmutable del *sexo*. Finalmente, tal binario supone la idea de que en la dimensión biológica siempre es posible hallar la distinción entre mujeres y varones.

Sin embargo, varias pensadoras han destacado que el abismo de la diferencia que la *naturaleza* parece determinar entre los cuerpos de ambos sexos ofrece matices. En este sentido, y en la misma línea que Butler, se trataría más bien de una ideología que impone el modelo de la diferencia sexual. Thomas Laqueur (1990/1994) ha señalado que en el siglo XVI los científicos consideraron al cuerpo humano como básicamente uno: el cuerpo masculino y femenino no eran fundamentalmente diferentes. Durante un largo período se puso el acento en las similitudes entre el cuerpo masculino y el cuerpo femenino. Este planteo de Laqueur en relación con la existencia de un *sexo único*, que se mantuvo desde la Antigüedad Clásica hasta el Renacimiento, sugiere un modelo masculino –referido a los escritos e ilustraciones de Aristóteles y Galeno. La vagina era considerada un pene invertido, mientras que el útero era visto como un escroto interno. Los órganos genitales del varón, plegados hacia dentro, conformaban los órganos genitales de la mujer. Esta paridad topológica es la que permite hablar de un *sexo único*. Varones y mujeres se encuentran vinculados por una anatomía común. Esto permite ver la ruptura de la relación mimética entre *sexo* y *género*, pues vemos cómo el autor demuestra que dos géneros –sociales– coexistían de manera pacífica con un solo *sexo*. Solo hacia fines del siglo XVII comienzan a circular nuevos nombres y categorías que dejan atrás las representaciones de *sexo único* e instalan la diferencia de los sexos –por

ejemplo el descubrimiento del clítoris. Cada órgano recibe existencia e inteligibilidad en función de nuevas nomenclaturas. En el transcurso del siglo XVIII y a principios del siglo XIX, entonces, el cuerpo femenino era descrito de forma cada vez más diferenciada (Laqueur, 1990/1994). Con la aparición de la endocrinología a principios del siglo XX, la sexualización del cuerpo ya no estaba restringida a las estructuras morfológicas del cuerpo. Las pruebas del binario se buscaron, y se encontraron en todas partes (Cook, 2009).

Sin embargo, no faltan conocimientos que aportan pruebas y cuestionan la distinción de los cuerpos en dos sexos. Fausto-Sterling (2000/2006), por ejemplo, ha señalado que la compleja organización del cuerpo humano no es compatible con la estricta división dualista entre los cuerpos masculino y femenino. Aun así, la autora sugiere que a pesar de los indicios que demuestran que el *sexo* ofrece una variedad de matices que deben ser analizados en detalle, la presunción del binario es lo suficientemente fuerte para contrarrestar la evidencia que cuestiona su organización dicotómica. El binario parece ser tan evidente *per se* que la distinción entre los sexos se proyecta en las funciones corporales.

Sólo por nombrar algunas de las presentaciones consideradas como *no conformes al género*, la intersexualidad y la transexualidad desafían fuertemente las concepciones de cuerpo que subyacen al binario sexo/género. Especialmente la intersexualidad cuestiona el modelo dimórfico de la *diferencia sexual*, sobre todo a partir de que las cirugías de reasignación de sexo constituyen un testimonio sobre el establecimiento de nuevos contornos a cuerpos con morfologías ambiguas (Morland, 2001). No se trataría más que de la reinscripción literal del *sexo* en *cuerpos desobedientes* (Fernández, 2004). El cuestionamiento de la reificación del binario *sexo/género* se encuentra contenido, al menos en parte, en la evidencia de que el *sexo* no ofrece una morfología binaria exhaustivamente clasificable (Kessler & McKenna, 2000). La Teoría *Queer* supone transgredir los límites para desmantelar finalmente no solo las jerarquías basadas en el *sexo* y el *género*, sino las categorías mismas que circulan en el debate. Sin embargo, como señala Butler (1993a/2008), la subversión puede conducir a resultados inesperados que pueden no ser transgresores. A pesar de que en *Gender Trouble* Butler (1990a/2007) deja deslizar la posibilidad de que la proliferación de representaciones que parodien el *género*, como el travestismo, constituye un modo de subvertir las normas dominantes de género –véase CAPÍTULO IV–, posteriormente, en su ensayo *Gender is*

burning: questions of appropriation and subversión incluido en *Bodies that Matter* (1993a/2008), la autora aumenta el espesor de la complejidad del tema al señalar la posibilidad de que una aparente desnaturalización del *género* puede reconsolidar las normas hegemónicas de *género*. Evidentemente, Butler logra deslindar que el hecho de parodiar otro género –como en el caso del travestismo o las escenificaciones *Drag Queen*, entre otras– no alcanza para desplazarlas. El travestismo, entonces, es concebido como un lugar que reúne cierta ambivalencia. Butler no descarta la idea de que el travestismo guarda potencialidad subversiva, pues es indudable que señala el corazón mismo de la estructura imitativa del género hegemónico, al mismo tiempo que cuestiona la idea de naturalidad y originalidad de la heterosexualidad. Pero reflexionar sobre la heterosexualidad conduce a la autora a deslindar dos mecanismos, entre muchos otros, a través de los cuales opera, a saber: naturalizarse y afirmarse como el original y la norma. Sin embargo, todo parece indicar que su potencialidad normativa se filtra en sus propias fisuras para no resignar espacios de poder e impedir posibles trastocamientos, pues hay escenificaciones travestis que reidealizan las normas heterosexuales sin cuestionarlas⁹⁹, entonces se generan esferas en las que la heterosexualidad puede admitir su falta de originalidad y de naturalidad y aun así seguir ejerciendo su poder. En este sentido, en palabras de Butler, “*no hay un género original o primario al que el travestismo imita, sino que el género es un tipo de imitación que no tiene original, que produce la noción de original como efecto y consecuencia de la imitación misma*” (Butler, 1993a/2008: 313).

Después de todo, la totalidad de las expresiones de la identidad sexual y de género dependen del sistema dicotómico de sexo/género para su expresión. Incluso la *homosexualidad* y la *heterosexualidad* son categorías cuya significación dependen de morfologías corporales dimórficamente diferenciadas (Butler, 1990a/2007, 1997/2001). Actualmente, quienes se localizan como *transgenders* se muestran fuertemente en contra de aquellos intersexuales y transexuales que intentan ingresar fluidamente a la norma de sexo/género. Esta tendencia de tornarse inteligible mediante intervenciones quirúrgicas y hormonales revela los mecanismos de regulación a través de los cuales se instala la diferencia sexual. En este sentido, la inestabilidad interna del *sistema*

⁹⁹ Los aportes de Kaja Silverman (1996) desarrollados en el CAPÍTULO VII también permiten pensar que no todos los sujetos que habitan lo abyecto se proponen resemantizar la diferencia para, desde allí, dismantelar la norma. Hay quienes, a pesar de la profunda exclusión a la que son relegados, invierten sus vidas en ingresar a la idealidad que promete la norma.

sexo/género se produce, especialmente a partir de que intersexuales y transexuales rechacen aquellas prácticas normalizadoras que imponen morfologías ideales (Turner, 1999). Esta perspectiva sugiere que la autodefinición mediante una identidad unívoca, no solo por parte de intersexuales y transexuales, nunca es exitosa en su posibilidad de captar una definición coherente, monolítica y unívoca de *varón* o *mujer*, así como tampoco de *heterosexual* u *homosexual*.

Tal vez, las prácticas corporales de travestis y transexuales, así como el hecho de que un número significativo de personas nacen con genitales ambiguos puedan subvertir las certezas heterosexuales. Tal como señala Foucault (1976/2008), las categorías sexuales han sido asignadas a partir del siglo XIX. Este proceso de clasificación se ha acelerado y ha proliferado una enorme variedad de las identidades sexuales que resultan paradójicas y ambiguas. Los sujetos que portan estas identidades no pueden ser claramente clasificados en la dicotomía *varón/mujer*, por lo que las categorías parecen agotarse en su potencialidad de otorgar sentidos.

Aún así, si aceptamos que existen dos cuerpos sustanciales que se corresponden naturalmente con dos géneros, podemos preguntarnos sobre cuáles son aquellos aspectos que permiten sostener aquella contingencia que organiza dicotómicamente a los cuerpos. En este punto Butler refiere a la morfología y a la violencia normativa que conlleva la imposición de ideales de sexo. Antes que Butler, Monique Wittig (1992/2005) sostuvo la categoría de sexo no tiene existencia *a priori*. Para esta autora, la categoría de sexo es una categoría política que funda la sociedad en tanto heterosexual. El sexo se establece como natural para encubrir que en realidad constituye un producto de la sociedad heterosexual. La economía heterosexual, en esta línea, alimenta tal categoría. Wittig menciona que la oposición entre varones y mujeres responde a una ideología de la diferencia sexual, la que coloca reiteradamente a la naturaleza en lugar de agente causal para encubrir su carácter político. Se instala de manera contundente un 'ya ahí' de los sexos, a modo de una ontología pre-discursiva. De este modo la ideología de la diferencia sexual opera como una red que lo cubre todo. Desde esta perspectiva, Butler (1990a/2007) afirma que el sexo imprime una morfología ideal al cuerpo. Los marcos heterosexuales a partir de los cuales se otorga inteligibilidad a los cuerpos requieren determinadas formas que se privilegian en función de la complementariedad heterosexual. En este sentido, podemos interrogarnos sobre cómo

inciden los ideales de género en la morfología ideal del sexo (Adelman & Ruggi, 2008; Cowan, 2010).

La línea teórica de Butler supone invertir el lugar de la causa mediante metalepsis —es decir que la dimensión del género deja de ser un producto natural del sexo para inscribirse como un espacio social fuertemente normativo a partir del cual se genera la idea naturalizada del sexo. Desde aquí, es posible afirmar que el cuerpo no trae consigo una morfología que pre-existe a la norma que instaaura el género. Desde este punto de mira, el cuerpo no se encuentra bajo una forma fija, cristalizada. Contrariamente, el cuerpo se encuentra abierto a la maleabilidad que supone adquirir nuevos sentidos, siempre posibles cuando se acepta la posibilidad de pensar modalidades de fuga de los esquemas heterosexuales normativos. En efecto, hablamos, entonces, de cuerpos que no son el producto de una sustancia previa modelada, que adquiere forma progresivamente. Por el contrario, es a través de la imposición violenta de morfologías ideales, de tal modo que se privilegian ciertas zonas del cuerpo en detrimento de otras, que se constituyen los cuerpos que emergen de la matriz heterosexual, los cuales son dimórficamente sexuados y heterosexualmente complementarios.

En esta línea, resulta de gran utilidad develar el modo en que funciona el recurso que apela a la *naturaleza* como extra-discursiva, como ya lo hemos dicho, para establecer la construcción del *sexo* (Garlick, 2009). El modo naturalizado en que entendemos los cuerpos requiere de la *diferencia sexual*. Butler sugiere que denunciar la dimensión *contra natura* de la naturaleza es el primer movimiento hacia la subversión de las normas de *género* que construyen el *sexo* como un sitio natural que organiza el campo de lo humano. Bajo estas consideraciones gravitan una serie de consideraciones filosóficas que apuestan a la proliferación de representaciones *posthumanas* como posibilidad de interferir las tecnologías de género que refuerzan los códigos binarios que subyacen a la definición de lo humano (Walton, 2004). Estas propuestas, coaguladas bajo la categoría de *Cyborg* (Haraway, 1991/1995; Currier, 2003), se localizan dentro de la teoría *queer*, junto a cualquier otra que ubique en su horizonte una transformación radical de toda noción de diferencia ontológica que organice sistemas discretos de identidades entrampadas en cuerpos naturalizados, soportes del carácter artificial de la diferencia sexual.

Actualmente, los adelantos tecnológicos, como fuente de intervenciones sobre el cuerpo, señalan la posibilidad de correr, dibujar y modelar las fronteras del cuerpo en la

que se anclan las identidades de género (Thacker, 1999; Mamo & Fishman, 2001; Garlick, 2003). Las interfaces entre las tecnologías y el cuerpo se expanden y multiplican enormemente. Estos adelantos tecnológicos nos ubican en lo que Beatriz Preciado (2008) ha denominado como *período fármaco-pornográfico*, donde tanto los fármacos –sustratos micro-protésicos que operan sobre la materialidad de los cuerpos–, como lo pornográfico –dispositivos semióticos que instalan la ficción sobre la verdad del sexo– develan el carácter maleable del sexo. María Luisa Femenías ha sistematizado en varios segmentos de su obra el modo en que el fuerte cuestionamiento que Butler realiza respecto a la distinción entre sexo y género, ha impactado en el escenario académico (Femenías, 2000, 2003, 2007b). Actualmente, los aportes de Beatriz Preciado (2000/2011, 2009) nos brindan elementos nodales para circunscribir el género como dispositivo, más allá de lo discursivo que permiten pensar los modos concretos e históricos en que el género construye realidad (Laqueur, 2003; Cryle, 2009b; Sáez & Carrascosa, 2011; Cabral, 2009b). Si antes se entendía al sexo como superficie inmutable, estable y natural, y al género como aquello maleable y móvil, ahora los atributos se invierten. El género adquiere la fijeza de la norma social que intenta perpetuarse, y los cuerpos se tornan manipulables. La proliferación de categorías a partir de las que se entienden estos cuerpos no se detiene: tecno-cuerpos (Balsamo, 1996), cuerpos híbridos (Latour, 1993), cuerpos plásticos (Bordo, 1993), cuerpos posthumanos¹⁰⁰ (Halberstam & Livingston, 1995), cyborgs¹⁰¹ (Haraway, 1991/1995),

¹⁰⁰ Entre lo post-humano y lo monstruoso, Jorge Fernández Gonzalo (2011) propone la figura del zombi como un condensador de múltiples significados capaz de trasladarnos hacia nuevos modos de comprender el sujeto y el cuerpo más allá de las claves modernas. Señala: “*el zombi y otras corporalidades de la fantasía y la ciencia ficción deconstruyen el texto de nuestra anatomía corporal (...) no un cuerpo cerrado, ordenado, sino un corpus, un cuerpo que no forma una unidad de sí mismo, que no refleja una imagen estable, sino que se afana en captar nuevos flujos, en aumentar territorialidades, en ofrecer (...) nuevos cuerpos*” (Fernández Gonzalo, 2011: 88).

¹⁰¹ Resulta un desafío refigurar a los sujetos absorbidos dentro de la categoría de *no conformidad de género* en términos de *cyborgs*. En ese espacio se torna evidente algo presente en toda subjetividad generizada, a saber: el modo en que una regulación por medio de sustancias biomoleculares y prótesis establecen y re-establecen no sólo los contornos del cuerpo, sino su propia materialidad *sustancial*. Tal como afirma Beatriz Preciado (2008) ya no se trata de develar la verdad oculta de la naturaleza, sino de explicitar los procesos culturales, políticos y técnicos mediante los cuales el cuerpo adquiere estatuto natural. Desde esta perspectiva, el género y sus parodias no transcurren exclusivamente por *performances* teatrales y por juegos significantes y resignificaciones discursivas. Al respecto señala Donna Haraway: “*todos somos quimeras, híbridos teorizados y fabricados de máquina y organismo; (...) somos cyborgs. (...) Es una imagen condensada de imaginación y realidad material* (Haraway, 1991/1995: 254). Fiel a su modo de escritura saturada de ironía, agrega: “*El cyborg no reconocería el Jardín del Edén, no está hecho de barro y no puede soñar con volver a convertirse en polvo (...) Los cyborgs no son reverentes, no recuerdan el cosmos, desconfían del holismo (...). Su problema principal, por supuesto, es que son los hijos ilegítimos del militarismo y del capitalismo patriarcal, por no mencionar el socialismo de estado. Pero los bastardos son a menudo infieles a sus orígenes. Sus padres, después de todo, no son esenciales*”

monstruos (Lykke & Braidotti, 1996; Haraway1992/1999), cuerpos volátiles (Grosz, 1994), cuerpo vinculado a la idea de un *yo neuroquímico* (Rose, 2007/2012), sólo por mencionar algunos¹⁰².

Aunque limitada por las categorías actualmente disponibles, la teoría *Queer* ha demostrado potencialidad para cuestionar los supuestos ontológicos que operan en torno al *sexo*. Esta postura torna posible producir interrogantes que nos conduzcan hacia nuevos supuestos acerca de la materialidad de los cuerpos, más allá de las marcas binarias del *patriarcado* (Millet, 1970/1995), del sistema *sexo/género* (Rubin, 1975/1986) o del sistema *socio-sexual* (Jónasdóttir, 1991/1993). A pesar de que, incluso si fuéramos capaces de abandonar los esquemas del cuerpo dimórficamente sexuado, nada nos asegura *a priori* el abandono del binarismo como marco central de referencia (Lopes Louro, 2008), lo cierto es que el intento de ir más allá de las restricciones que imponen los significados de la *masculinidad* y la *feminidad* es un desafío al que varios intelectuales no están dispuestos a renunciar.

La sedimentación corporal de las *performances*

A esta altura ya queda claro que Butler cuestiona fuertemente el establecimiento de una realidad de género anclada en la anatomía de los cuerpos. Si bien la literatura suele enfatizar el problema de la intersexualidad para cuestionar la naturalización del sistema clasificatorio basado en el sexo anatómico, Butler se detiene, particularmente, en el travestismo (Butler, 1990a/2007, 1993a/2008). Butler menciona que

Si pensamos que vemos a un hombre vestido de mujer o a una mujer vestida de hombre, entonces estamos tomando el primer término de cada una de esas percepciones como la realidad del género: el género que se introduce mediante el símil no tiene realidad, y es una figura ilusoria (...) ¿Cuál es el sentido de realidad de género que origina de este modo dicha percepción? Tal vez creemos saber cuál es la anatomía de la persona (...). Conocimiento naturalizado, aunque se basa en una serie de inferencias culturales (Butler, 1990a/2008: 27).

(Haraway, 1991/1995: 256). Ante este panorama contemporáneo donde “[las máquinas] *están inquietantemente vivas y, nosotros, atterradoramente inertes*” (Haraway, 1991/1995: 258) Paula Sibilía (2009) sostiene que “*la nueva versión de naturaleza que emerge de esa turbulencias deberá ser compatible con el mundo contemporáneo: un universo postmecánico y vertiginosamente informatizado*” (Sibilía, 2009: 105).

¹⁰² Véase el análisis de María Luisa Femenías (2013c) respecto a la articulación entre las disciplinas del cuerpo y las bio-regulaciones de la población, en tanto ejes alrededor de los cuales se desarrolla la organización del poder sobre la vida. La autora despliega su análisis en tres topologías: (1) *ser “mujer” o “varón”*; (2) *Variabilidad humana/estereotipo idealizado*; y (3) *Esencias vs. Performatividad*.

Todo parece indicar que lo que aporta realidad al género es el sexo anatómico, el que opera como un criterio natural a partir del cual se tornan inteligibles los cuerpos humanos en función de formas ideales. El cuerpo se constituye, de este modo, como un soporte, un anclaje ficticio que coagula y sostiene la matriz heterosexual, a partir de la cual, al mismo tiempo, se producen dichos cuerpos como soportes naturalizados. Así las normas de género se perpetúan circularmente de modo tal que genera los elementos que requiere para propagarse.

Es así que, para la autora, las categorías de varón y mujer pre-existen a la decodificación de los cuerpos. Es a partir de estas categorías que *vemos* e interpretamos los cuerpos. En este sentido, el cuerpo se constituye como un ámbito que bien podría ser otra cosa, un campo sedimentado y reificado de la realidad de género. Hacer vacilar las categorías que entretejen la matriz heterosexual –varón/mujer– implica cuestionar la realidad de género, de modo que las fronteras que separan lo real de lo irreal comienzan a desdibujarse.

El travestismo se presenta como una ocasión privilegiada a la hora de pensar un cuestionamiento posible al conocimiento naturalizado del género, pues la parodia que supone el travestismo, en relación a la relación sexo/género, nos conduce a pensar el vínculo entre estas parodias y la idea de un original imitado (Fraser, 1999). Para Butler, la parodia de género es una imitación sin un origen, después de todo la totalidad de las producciones de género se presentan como una imitación.

Butler destaca, entonces, la importancia de pensar la polaridad a través de la cual se organizan los cuerpos como uno de los fundamentos políticos e ideológicos del orden social. Los aportes conceptuales de Judith Butler abordan la categoría *cuerpo* en términos de construcción de *morfologías* específicas. Al mismo tiempo, la autora expone la íntima relación que tal construcción mantiene con el proceso de constitución de la identidad de género, en el marco de arreglos y estrategias de poder que delimitan la inteligibilidad de algunos cuerpos en detrimento de otros, impensables e invivibles. Desde esta perspectiva, se privilegia la incidencia de la dimensión de los discursos sociales en la producción del sujeto corporeizado, en contraposición a la noción de

sujeto que se auto-constituye a partir de concepciones que entienden la categoría de cuerpo en términos esencialistas y a-históricos¹⁰³.

A criterio de Butler, entonces, el cuerpo ocupa un lugar capital en la comprensión del género, entendido como una performance, un *enactment* cuya estructura es imitativa. Como es posible apreciar el lugar del cuerpo, junto a la puesta en marcha de sutiles y estilizados actos, adquiere un lugar protagónico en la consecución del género. Su planteo es complejo, pues el desmantelamiento que Butler realiza respecto a las formas en las que se suele pensar al cuerpo sustancial implica reformular aquello que las fronteras del cuerpo encierran en términos de *interno/externo* –movimiento iniciado por Foucault (1975/2008) en su novedosa inversión de la relación *alma/cuerpo* a partir de la metáfora del encarcelamiento. En palabras de la autora,

actos, gestos y deseo crean el efecto de un núcleo interno o sustancia, pero lo hacen *en la superficie* del cuerpo, mediante el juego de ausencias significantes que evocan, pero nunca revelan, el principio organizador de la identidad como una causa. Dichos actos, gestos y realizaciones –por lo general interpretados– son *performativos* en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar son *invenciones* fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos (Butler, 1990a/2007:266).

Gender Trouble imprime una novedad en el abordaje de la relación entre el género y el cuerpo. El modo en que emerge en la superficie del texto butleriano el tratamiento del tema refiere a los intentos por vincular, borrando sus fronteras, las categorías de sexo y género. Es así que la idea de *performatividad*, vinculada a los diferentes tipos de gestos, movimientos y estilos corporales, adviene como un tercer elemento conceptual que permite el ataque a la distinción sexo/género. Al problematizar tal distinción, Butler expande la categoría de género para arrebatar al sexo de un sustancialismo inmutable y arrastrarlo hacia un nuevo territorio, donde es posible la resignificación paródica. Entonces,

Si se refuta el carácter invariable del sexo, quizás esta construcción denominada ‘sexo’ esté tan culturalmente construida como el género; de hecho, quizá siempre fue género, con el resultado de que la distinción entre sexo y género no existe como tal (Butler, 1990a/2007: 55)

¹⁰³ Para ampliar este punto véase la sección de la presente tesis denominada UN PUENTE POSIBLE ENTRE NÚCLEOS CONCEPTUALES: LAS RESTRICCIONES CORPORALES DE LAS IDENTIDADES MÚLTIPLES.

Una voz divergente: Joan Copjec

La académica norteamericana Joan Copjec publica en 1994 un conjunto de ensayos – *Supposing the subject*. Entre ellos se encuentra *Sex and the Euthanasia of Reason*, dedicado a cercar las contradicciones que se le imponen a la razón cuando intenta teorizar acerca del sexo, eje a partir de cual efectúa fuertes críticas a Butler.

Copjec reconoce la eficacia y la habilidad de Butler en sus críticas a la concepción de sexo en tanto sustancia inscrita en el origen de nuestros actos. Aún así, la autora no está de acuerdo con el hecho de sembrar una confusión subversiva para desenmascarar la ficción del sexo. En última instancia, el objetivo de Butler es desestabilizar el sexo binario, así como la heterosexualidad compulsiva y obligatoria que sus prácticas instauran. En la utilización de esta noción de heterosexualidad obligatoria, que Butler toma de Adrienne Rich (1980/2013), es donde Copjec localiza como presupuesto subyacente la complementariedad de los términos binarios masculinidad y feminidad. El psicoanálisis lacaniano le permite a Copjec ver el modo en que Butler concibe la complementariedad entre los sexos en términos de antagonismos violentos, modalidad que sólo puede circunscribirse al eje imaginario.

Por otra parte, al cuestionar la existencia pre-discursiva del sexo, Copjec ubica otro presupuesto. Los argumentos de Butler se deslizan dentro de un espectro que sólo concibe dos posibilidades, o bien el sexo es esencial, un hecho de la naturaleza, lo que supone su carácter de no plasticidad, o bien es una construcción discursiva, lo que supone, a criterio de Copjec, que el sexo es reductible al sentido. En esta línea, Copjec denuncia la ignorancia de Butler en relación al radical antagonismo entre el sexo y el sentido. Si bien para el psicoanálisis lacaniano el sexo nunca es simplemente un hecho biológico, tampoco se superpone completamente con la dimensión del sentido, ámbito en el cual se desliza el significante. Desde la perspectiva de Copjec, el sexo se constituye como tal en el límite de las prácticas discursivas, y no donde se produce el significado. Aunque Butler no es ingenua como para ignorar los límites de la significación, incluso enfatiza la incompletud de las prácticas discursivas, Copjec detecta que las conclusiones de Butler apuntan a derivar, a partir de la inestabilidad de los conceptos, la inestabilidad del *ser*. Copjec entiende que Butler desemboca en esa conclusión de manera ilegítima, no es posible derivar la incompletud del sexo a partir de la inestabilidad de los términos de la diferencia sexual. No es posible ligar las

posibilidades de los conceptos, siempre en devenir, en proceso, con la supuesta inestabilidad del *ser*.

La propuesta posestructuralista de Butler enfatiza el aspecto diacrónico de la lengua (Saussure, 1945/2005) en donde la significación esta siempre en proceso. Por ende, los argumentos de Butler para demostrar la inestabilidad del sexo no satisfacen a Copjec, para quien es un error atribuir realidad objetiva a una idea que sólo es válida como regla del lenguaje. Es así que Copjec enfatiza el registro de lo real, categoría a la cual liga la problemática del sexo, para afirmar, justamente, que el sexo no es un significado incompleto e inestable, sino la imposibilidad de completar el significado, un lugar vacío, desligado del significante, de modo que es imposible adjuntarle algún predicado. Lo que deja a Butler indefensa en sus argumentos es la no aceptación de un límite insuperable¹⁰⁴. Si bien en sus argumentos reconoce ciertas zonas que quedan por fuera del significado, éstas son susceptibles de recibir nuevas significaciones, sitio en donde la autora ubica la capacidad subversiva de su teoría performativa del sexo/género.

La postura de Copjec, a simple vista, pareciera implicar un nivel de desubstancialización aún mayor que los argumentos deconstructivistas de Butler. Pero su concepción de sexo, absolutamente deudora de Lacan, resulta paralizante, desligando absolutamente el plano conceptual del plano de la praxis política, fiel, por otra parte, a su concepción del carácter asintótico entre referente y significado. Por otra parte, es posible localizar líneas argumentativas de Butler posteriores a *Gender Trouble* que permiten dar respuesta a la crítica efectuada por Copjec. Por ejemplo, la relación que Butler (1993a/2008) postula sobre las vinculaciones entre lenguaje y materialidad son mucho más complejas de lo que Copjec supone. Como hemos señalado, Butler argumenta en *Bodies that matter* Butler (1993a/2008) que delimitar una materialidad como exterior al lenguaje no deja de ser una modalidad de postular esa materialidad desde el lenguaje. Todo intento de asignar a la materialidad una ontología diferente del lenguaje significa negar la correspondencia del lenguaje a ese ámbito de exterioridad. Por ello, a criterio de Butler, la distinción radical y absoluta entre materialidad y lenguaje que pretende asegurar la función referencial del lenguaje termina por socavar esa misma función. Si bien esto no implica reducir el cuerpo a materia lingüística, no se

¹⁰⁴ Para ampliar este debate sobre el límite que impone la idea de un *Real* en el formalismo lacaniano véase CAPÍTULO IV.

debe perder de vista que lenguaje y materialidad, aunque nunca absolutamente combinados entre sí, están plenamente inmersos uno en el otro –véase CAPÍTULO X.

Imaginario morfológico¹⁰⁵

Judith Butler, interesada por las fronteras erógenas del cuerpo, se introduce en el análisis del ensayo freudiano “*Introducción del narcisismo*” (1914/1979), en donde se postula la enfermedad y la hipocondría como experiencias corporales propias del narcisismo. A criterio de Freud, a partir de la dolencia orgánica se retira la libido de los objetos de amor. Luego, la concentración libidinal antes depositada en el objeto erotiza una parte del cuerpo y ese dolor se redobra a través de un dolor psíquicamente investido. La interpretación de Butler sitúa el modo en que Freud, a través de un giro textual, vincula las auto-investiduras libidinales con la hipocondría, para dar paso al carácter indisoluble entre las heridas físicas y las heridas imaginarias.

Según Freud, la hipocondría deposita la libido sobre una parte del cuerpo, y ese mismo movimiento de investidura da origen psíquico a la parte corporal catectizada. Es decir que dicha parte del cuerpo cobra inteligibilidad a partir de tal investidura. Dolor e hipocondría, entonces, se vinculan en el *auto-descubrimiento corporal*, siguiendo la denominación de Butler.

A partir de aquí, la autora postula la construcción imaginaria de las partes corporales, tesis que afirma el carácter indisoluble del cuerpo físico y la psique. Según las afirmaciones de Freud en *El yo y el ello* (1923a/1979), es posible vincular la constitución del yo con las sensaciones corporales. Si, a criterio de Freud, podemos entender el surgimiento del yo como la proyección mental de la superficie del cuerpo y, de este modo, el cuerpo mismo representa las superficies del aparato mental, entonces la parte del cuerpo antecede causalmente la constitución de su idea. De todas formas, tal como aclara Butler, la ambigüedad entre el dolor real y el dolor evocado se torna evidente. No es posible determinar si se trata de una conciencia que le imputa dolor al objeto, o si el dolor es causado por una dolencia efectiva que, posteriormente, la conciencia atenta registra. Sea como fuere, a criterio de Butler, la inscripción psíquica correspondiente a la idea de una parte corporal emerge simultáneamente cuando dicha parte del cuerpo se torna fenomenológicamente accesible, lo que confirma la

¹⁰⁵ Todas las referencias a Judith Butler en este apartado, excepto que se indique lo contrario, corresponden a Butler (1993a/2008).

imposibilidad de aislar claramente la parte del cuerpo y la fantasmaticización de la misma que le otorga su carácter de experiencia psíquica.

A partir de la expresión “*uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo*” (Freud, 1914/1979: 82) con la que Freud delimita el trayecto que va desde el narcisismo hacia la elección de objeto, Butler enlaza la dimensión de la prohibición, implícita en el desenlace de toda elección de objeto, con los síntomas neuróticos que emergen en la superficie corporal a partir del acatamiento de tales prohibiciones. Es así que ciertas partes del cuerpo guardan la potencialidad de emerger como sitios de placer punible, al mismo tiempo que entrañan un registro de dolor para la conciencia. Si volvemos a las afirmaciones que dan inicio a esta línea argumentativa, en donde el dolor corporal se vincula al registro psíquico del cuerpo, es posible deslindar el estatuto de la prohibición en la constitución de la morfología de la superficie del cuerpo. Estas prohibiciones, que incluyen la prohibición de la homosexualidad, conducen a Butler a interrogarse ¿Qué se excluye para que se formen los límites del cuerpo? ¿De qué modo amenaza esa exclusión tales límites? ¿Hasta qué punto es la superficie del cuerpo un efecto disimulado de lo que se excluye?

Si aceptamos el razonamiento de Butler, el acceso a la anatomía depende y coincide con un esquema imaginario. Por otra parte negar la existencia de ese esquema implica negar la existencia del yo, instancia de centralización temporal de la experiencia. Ahora bien, ¿queda algún resto –ya sea en términos materiales o representacionales- que podamos llamar cuerpo más allá de los límites de tal esquematización? Para Butler, los contornos del cuerpo son sitios que vacilan entre lo psíquico y lo material. La materialidad del cuerpo, entonces, no debe pensarse como unilateralmente originada por la psique. Sin caer en un idealismo insostenible, Butler no niega que el carácter material del cuerpo depende de las esferas anátomo-fisiológicas y biológicas, sin embargo propone pensar qué matrices interpretativas condicionan, permiten y limitan tal materialidad¹⁰⁶. Luego de plantear las consecuencias que tiene la teoría del narcisismo en la formación del yo corporal, Butler retoma las conceptualizaciones de Lacan en torno a *Le stade du miroir* (1949/1972) que reescriben la teoría freudiana del narcisismo –véase CAPÍTULO V. Allí Butler lee una concepción de morfología en relación a la idealización o ficción del cuerpo como totalidad y *locus* de control. Entonces, esta línea que establece la proyección narcisista e idealizante en la constitución de la morfología del cuerpo,

¹⁰⁶ Para una sistematización más amplia y rigurosa véase: Femenías, 2003: 65-68.

permite subvertir la idea de la existencia de un yo anterior a las identificaciones. Por el contrario, las identificaciones preceden al yo y la relación identificatoria con la imagen establece al yo. En síntesis, el yo no es una sustancia idéntica a sí misma, sino que es una historia sedimentada de relaciones imaginarias que sitúan el centro del yo fuera del yo. Es la *imago* externalizada que confiere y produce los contornos corporales. El espejo no se limita a reflejar un yo preexistente, sino que suministra el marco, la frontera, delineación espacial para que pueda elaborarse proyectivamente el yo mismo. Por otra parte, la imagen especular que ve el niño es una representación imaginaria que produce el niño mismo, quien confiere integridad y coherencia a su propio cuerpo¹⁰⁷.

La identificación *Queer* materializa al cuerpo¹⁰⁸

Situar los procesos de *identificación* al semejante en la base del sentimiento de *identidad*, nos habilita para introducir la categoría de *identificación* en el centro de las líneas explicativas de la constitución de la *identidad*. Por tanto, referirnos al concepto de identidad nos lleva a delimitar el concepto de identificación. Éste último cobra un valor relevante en la obra de Piera Aulagnier, quien remarca el lugar del discurso en el advenimiento del yo, instancia que se constituye por la apropiación de los primeros enunciados identificatorios ofertados por las instancias parentales (Aulagnier, 1975/2004). Dichos enunciados constituyen la voz que el yo repite al mismo tiempo que los reconoce como propios. Se organiza un espacio identificatorio (Aulagnier, 1991a) conformado por puntos de anclaje, núcleos identitarios que le permiten al sujeto reconocerse como siendo quien dice ser (Bleichmar, 2006). Siguiendo los desarrollos teóricos de Piera Aulagnier en lo referente a los principios que rigen el funcionamiento identificatorio –principio de permanencia y principio de cambio, ambos en relación de alianza (Aulagnier, 1991a)–, podemos ubicar a la identidad no sólo como aquello que permanece, núcleo de singularidad permanente que permite al yo posiciones estables y

¹⁰⁷ Para otra mirada a partir de las ideas de Kaja Silverman (1996) véase CAPÍTULO VII.

¹⁰⁸ Esta denominación da cuenta del modo en que Butler explica como las normas de género participan en la materialización del cuerpo. Mi aporte consiste en sugerir que la identificación participa en tales procesos de materialización. Entonces, el recorrido argumentativo que aquí propongo para explicar el modo en que la identificación *con-forma*, en la juntura de un mismo proceso, identidad de género y cuerpo –lo que implica aproximar claves psicodinámicas que intentan explicar la constitución y propagación de la mimesis *sexo/género*–, bien podría realizarse a partir de la riqueza de las ideas que Kaja Silverman (1996) elabora a partir de intelectuales franceses –véase CAPÍTULO VII. En esta ocasión, continúo en el espectro francés pero apelo a las ideas de Piera Aulagnier (1975/2004, 1991a, 1991b) respecto a la identificación entendida como proceso para articular, desde allí, mis ideas desprendidas de los textos butlerianos de corte *Queer*.

seguras para reconocerse a través de los cambios (Aulagnier, 1991b), sino también como aquello que se encuentra en un continuo devenir y transformación.

En relación a la identidad de género podemos afirmar, entonces, que no hay feminidad, tampoco masculinidad, ni anterior ni posterior al yo. El yo se constituye con las identificaciones primarias del *infans*, a partir de la oferta de significados culturales que realizan las instancias parentales, propuesta identificatoria que el adulto proyecta sobre el cuerpo del *infans*, la cual ya contiene nominaciones genéricas.

Ahora bien, ¿la *identidad de género* es el producto de una categoría social impuesta sobre un cuerpo anatómico? ¿Cuál es el estatuto del cuerpo en el proceso de constitución de la identidad de género? ¿Cuáles son los modos en que la construcción de la morfología corporal se vincula con el proceso de constitución de la identidad de género? Como Butler demuestra, el advenimiento del yo es correlativo a la proyección de una superficie corporal. Al mismo tiempo, el yo es cede de la identidad del sujeto. Si el yo es, fundamentalmente, un yo corporal, y si afirmamos que no existe un yo previo que asume un género determinado, sino que los enunciados identificatorios ofertados por las instancias parentales que constituyen el yo se encuentran altamente generizados, entonces es posible afirmar convincentemente que la identidad de género y la morfología del cuerpo responden a un mismo proceso. El sentimiento de pertenecer a uno u otro género, entonces, encuentra un punto de anclaje, aunque más no sea a través de una ficción, a nivel del cuerpo. Los sutiles nudos que unen las identidades con las formas corporales generan la ilusión de continuidad. En este contexto, la conocida afirmación: “*la anatomía es destino*” (Freud, 1924/1979: 185) nos sugiere que el cuerpo es la causa de la conformación de la identidad de género. Por el contrario, identidad y cuerpo son dos dimensiones estrechamente interconectadas, constituidas a través del mismo proceso. Tal vez aquí se encuentre una explicación posible para el fuerte carácter mimético existente, en la mayoría de los casos, entre sexo y género.

Ahora bien, afirmar que los límites corporales se contornean en la constitución misma de la identidad, generizada desde el momento de su constitución misma, nos permite pensar que ante la propuesta identificatoria de un género particular, la cual acata la lógica del conjunto social que se desplaza en el marco del ordenamiento dicotómico de los género, reduce tal propuesta a sólo dos opciones: *varón* o *mujer*. Si no podemos constituir nuestra identidad por fuera de estas opciones, entonces el yo sólo es capaz, a través de sus esquemas imaginarios, de proyectar dos cuerpos posibles: una *morphe*

masculina o una *morphe* femenina. Una vez más, se sostiene el profundo anudamiento y la aparente coherencia entre las características morfológicas de los cuerpos y la pertenencia a un género.

Por otra parte, como se ha mencionado antes, desde una perspectiva intersubjetiva que afirma que la constitución del sujeto no es posible sin la identificación humanizante del otro humano, Piera Aulagnier (1975/2004) afirma que el yo adviene como resultado de los enunciados identificatorios que las instancias parentales proyectan sobre el cuerpo del *infans*. La violencia de dicha interpretación, según Aulagnier, si bien es necesaria para el ingreso del *infans* en el campo de lo humano, no por ello deja de estar signada por cierta arbitrariedad. Es posible pensar que el yo parental interpreta a través de sus esquemas imaginario el cuerpo del *infans* y, consecuentemente, proyecta los enunciados identificatorios generizados en clave masculina o femenina, según la presencia o no de pene. Dicho discurso generizado es originado, entonces, por la interpretación de partida, es decir por la anatomía del cuerpo que ha sido decodificada desde los esquemas corporales normalizados y naturalizados de quien esté a cargo de la crianza. Estos enunciados identificatorios, que preparan el lugar para el advenimiento del yo aún inexistente del *infans*, presuponen, y se fundamentan, entonces, en la mimesis sexo/género. La decodificación de esas formas corporales y la asignación temprana del género que le corresponde se siguen de suyo. El circuito se repite una y otra vez, a no ser que una repetición fallida corte alguno de los eslabones. Entonces, el ordenamiento de los cuerpos a partir del establecimiento dicotómico de imaginarios morfológicos y el ordenamiento de los géneros, a nivel identitario, también dicotómico y polarizado, constituyen un sistema de pesos y contrapesos que se retroalimentan y se equilibran mutuamente.

Sea como fuere, si el yo es efecto de una proyección de superficie corporal, si la materialidad es construida a través del desarrollo de la morfología, y si tales es quemas imaginarios regulados por la prohibición y el dolor pueden entenderse como efectos impuestos y materializados del poder regulador, entonces reelaborar los términos de tales prohibiciones sugiere la posibilidad de proyecciones variadas y de concebir imaginarios alternativos. Después de todo, como aclara Butler, las prohibiciones no siempre implican eficacia en la producción de cuerpos dóciles que acaten plenamente el ideal social, por ello es posible, a criterio de la autora, delinear superficies del cuerpo que no signifiquen las polaridades heterosexuales convencionales.

Puesta a punto

A partir de los ejes desplegados desde la Teoría *Queer* configurada a partir de los segmentos iniciales del pensamiento de Judith Butler, es posible desplegar las siguientes líneas de análisis:

-La clasificación de los seres humanos constituye como un proceso de bicategorización sexual, en base a un criterio visual anclado en la morfología del cuerpo. Tal clasificación opera a partir de normas de género, cuya lógica es dicotómica, exhaustiva, jerárquica y estable.

-El cuerpo se constituye bajo la apariencia imaginaria de inmutabilidad naturalizada. Un análisis crítico que someta el modo en que pensamos la corporalidad a un proceso de historización expone la idea misma de sexo biológico como una construcción histórico-social.

-El *sexo* no constituye un asiento natural que precede a la interpretación cultural del género. Por el contrario, el género adviene como fundamento último del sexo, pues la organización social del género impone marcos interpretativos a partir de los cuales se construye la idea de sexo naturalmente dimórfico.

-La bicategorización sexual instalada por la organización social de género es subsidiaria de una *matriz de inteligibilidad heterosexual* que asegura la complementariedad entre los sexos, fundamentado en la *finalidad biológica* de la reproducción de la especie. Tal prerrogativa heteronormativa inscribe en el campo de lo anormal, lo patológico o lo desviado otras opciones sexuales o généricas.

-La organización social de género arraiga en las subjetividades mediante la constitución de las identidades de género y las identidades sexuales, verdaderas usinas normativas que disciplinan al sujeto y le otorgan consistencia imaginaria bajo la ficción de esencia genérica y sexual preexistente, la cual organiza los actos del sujeto. Tal identidad se funda a cada momento cuando dicho sujeto cita la norma de género que culturalmente corresponde a su sexo biológico. La identidad de género y la identidad sexual se instauran a cada instante mediante *performances*.

-La identidad de género y los esquemas a partir de los cuales interpretamos las *buenas formas corporales* se constituyen correlativamente. Es así que el género incide en la constitución subjetiva misma, generando el cuerpo necesario cuya morfología le corresponde como fundamento armónico y coherente.

-Por un lado, los dispositivos de sujeción/subjetivación de sexo/género son fallidos. Por otro lado, no toda la organización subjetiva es reducible a la norma social. Emergen presentaciones *Queer* que cuestionan los criterios binarios de clasificación social de género y sexuales.

A partir de concebir el sistema bicategorial como producto histórico y no fundado en la naturaleza, es posible trastocar los esquemas normativos de género, altamente restrictivos. Para Butler, el desafío consiste en minar el cuerpo como base sustancial del género, exponiendo el carácter discursivo del mismo para, desde allí, instalar nuevas formas posibles de concebir el cuerpo e instituir nuevas morfologías, alternativas.

CAPÍTULO X
CUERPO
MATERIALIDAD Y DISCURSO: HACIA UNA CONVERGENCIA DE LAS
MIRADAS

*Llevé mi cuerpo conmigo por doquier. En
la espesura de la abstracción mi piel
manaba sangre*

Adrienne Rich, *Último Ghazal*

*Súbitamente se materializó junto a ellos
una muralla de carne*

Rosa Montero, *Lágrimas en la lluvia*

Hacia un cuerpo no discursivo

Aún en la actualidad, varias intelectuales feministas no se muestran en conformidad con el alcance de las ideas construccionistas. Fundamentalmente consideran que renunciar a una noción corporal de lo femenino implica quitar anclaje material al concepto central que da sustento a los reclamos políticos que le dieron origen. Una solución posible pareciera ser definir a las mujeres como aquellas que portan un *cuerpo femenino*. Pero ¿cuál es el significado de estas anatomías? ¿Cuál es la conexión entre la *anatomía femenina* y el concepto de *mujer*? Y, si como se deriva del constructivismo, tal conexión no existe, ¿en nombre de quién efectuar reclamos como motor de la acción política?

El movimiento feminista italiano, por ejemplo, apela al cuerpo a la hora de entender el lugar de la experiencia como articulador de la subjetividad y la política. Lucía Gómez Sanchez y Ana Belén Martín Sevillano (2006) nos muestran el modo en que el feminismo italiano otorga importancia capital al cuerpo no discursivo –no reductible a la representación o a la ideología– como sitio donde se ancla la experiencia real de las mujeres. Desde aquí, el cuerpo se ofrece como el primer lugar donde se inscribe la política. Instan, entonces, a prestar atención al espectro de *síntomas corporales* –en el que localizan al deseo, la sexualidad, las fantasías y los miedos–, vectores que debieran integrar cualquier discurso político. Sin dudas, el *lenguaje corporal* adquiere un lugar

notable para praxis feminista italiana, la que cuestiona y analiza el lugar del cuerpo en términos sociales y políticos, y no en clave psicológica, privada o individual. Es el hecho de tener, y ser en, un cuerpo de mujer lo que debe advenir, entonces, como objeto de la política.

El movimiento de mujeres italianas y su política se basa, claramente, en la *diferencia sexual*. Desde allí, se repudian los componentes puramente racionales de la identidad propia del humanismo, su auto-representación, homogeneidad y estabilidad. Con el objetivo de desplazar a los sujetos y sus prácticas hacia lugares desconocidos, donde es posible hablar en otros términos y donde el pensamiento no tiene ninguna certeza. El movimiento de la *diferencia sexual* supone, en última instancia, una posición sexuada a partir de la cual *mover la lengua sin cesar* articulando nuevos conceptos (*genealogía, madre simbólica, libertad femenina*). Se adopta, remarcan las autoras, una posición excéntrica que se desplaza desde el interior hacia el exterior de sus propias condiciones sociales y discursivas, siempre bajo la guía de sus propias experiencias encarnadas. Experiencias vividas que, nuevamente, instalan una dimensión del cuerpo más allá del discurso.

El cuerpo: un proyecto político

Frente al problema que entraña la categoría *Cuerpo* para el feminismo existen diferentes proyectos¹⁰⁹. Mientras que Luce Irigaray (1974/2007), por ejemplo, apoya la búsqueda y expresión de la sexualidad femenina, la que sistemáticamente es reprimida por el patriarcado –CAPÍTULO VIII. Butler (1990a/2007) –CAPÍTULO IX–, por su parte, apela a su transgresión, quien se ocupa principalmente de las restricciones producidas por la *heterosexualidad obligatoria* (Rich, 1980/2013). Por un lado es posible situar el anti-esencialismo, fundado en el construccionismo, de tradición anglo-americana. En esta línea se inscribe Judith Butler, para quien el cuerpo constituye una construcción en la que intervienen prácticas sociales y culturales. Por otro lado, nos encontramos con un fuerte énfasis en las experiencias somáticas y en la necesidad de las revalorizaciones del cuerpo y de la feminidad directamente referenciadas en la materialidad sustancial del

¹⁰⁹ Para una localización y un despliegue filosófico riguroso sobre otras propuestas en torno al cuerpo véase la propuesta de María Luisa Femenías (2014b) respecto a la pertinencia política feminista del cuerpo. Allí la autora realiza un complejo análisis a partir de los aportes que intelectuales de la talla de Rossi Braidotti y Susan Bordo despliegan respecto al cuerpo en el contexto del denso debate sobre el dualismo cuerpo-alma y de los embates de los paradigmas posestructuralista y posfundacionalista.

cuerpo, aportes que responden a la tradición francesa, en la cual se inscribe Luce Irigaray.

Sin embargo, tanto las producciones conceptuales de Irigaray como las de Butler, aunque desde diferentes marcos onto-epistemológicos¹¹⁰, se ocupan de la interrelación entre lenguaje, sexo y cuerpo. Irigaray (1974/2007) se interroga acerca de la posibilidad de significar la feminidad en el interior de la cultura falocéntrica. Butler (1993a/2008) se centra en los mecanismos culturales y psíquicos del poder que se diseminan a partir de la norma heterosexual. Su interrogante más bien transcurre por los modos en que opera la ley simbólica junto a sus exigencias respecto al sexo en términos diádicos y estables, sin descuidar lo que esta ley excluye como necesidad lógica de su propio funcionamiento. Para Irigaray (1977/2009), los sexos son ajenos el uno al otro. Butler (1990a/2007), en cambio, no quiere ver la dualidad *varón/mujer* en términos absolutos, considera la diferencia sexual como una de las tantas ficciones con la que nos puebla el lenguaje. Ambas pensadoras han sido fuertemente criticadas, la tendencia *hiperconstructivista* (Femenías, 2003) de Butler –al menos en *Gender Trouble*– la han ligado al nihilismo. Por su parte, el énfasis que Irigaray pone en lo específicamente femenino la ha conducido hacia las críticas propias del esencialismo.

310

Luce Irigaray (1974/2007) considera que la diferenciación sexual es universal, lo impregna todo. Para ella, el binario *varón/mujer* es una bipartición ubicada en los fundamentos de lo humano. La diferenciación sexual se basa tanto en la diferencia del sexo anatómico así como en el lenguaje, mutuamente influenciados. Para las mujeres resulta imposible hablar desde su feminidad, en sus propios términos. En palabras de Irigaray:

Si continuamos hablando lo mismo, si nos hablamos como se hablan los hombres desde hace siglos, como nos han enseñado a hablar, nos echaremos de menos. Otra vez... las palabras pasaran a través de nuestros cuerpos, por encima de nuestras cabezas, para perderse, perdernos. Lejos. Alto. Ausente de nosotras; maquinadas habladas, maquinadas hablantes [...] ¿Cómo tocarte si no estás ahí? Tu sangre convertida en su sentido. Ellos pueden hablarse, y de nosotras. ¿Pero nosotras? Sal de su lenguaje. Intenta atravesar de nuevo los nombres que te han dado (Irigaray, 1977/2009: 155).

Debido a que, desde su punto de vista, el lenguaje disponible no es neutral, sino falocéntrico, es que sus esfuerzos tienden a pensar la forma de delimitar un espacio para

¹¹⁰ Deborah Withers (2010) refiere al *esencialismo/anti-esencialismo* como uno de estos marcos a partir de los cuales el feminismo encuadra sus debates.

la emergencia de lo específicamente femenino. Para la autora el concepto de *mujer* se encuentra entramado por determinaciones derivadas de la supremacía masculina. Como consecuencia, sólo el *sujeto* –masculino por definición– puede expresarse en la cultura occidental. La masculinidad es parte de una cadena asociativa de la razón, la mente, la cultura y la actividad. La feminidad, en el pensamiento dualista, ha sido clasificada como la sombra, lo otro, de la masculinidad: la emoción, la naturaleza, y la pasividad. Este segundo polo constituye una amenaza para el primero y debe ser dominado. En este contexto, el cuerpo de la mujer ha llegado a simbolizar la sexualidad y la *diferencia sexual*.

Por otra parte, en *Gender Trouble*, Butler (1990a/2007) desmantela la división radical entre *sexo* y *género* utilizada por gran número de feministas como un argumento –con alta potencialidad deconstructiva– contra la idea de que la biología es el destino. ¿Qué puede tener de *natural* el *sexo* cuando en su definición misma han operado diferentes discursos para producirlo como tal? Como ya se ha señalado, Butler sostiene que el *sexo* es también una construcción social, en ese sentido la distinción *sexo/género* es, por tanto, absurda, pues el *género* no opera como una inscripción cultural sobre un *sexo* pre-discursivo. El *sexo*, más bien, es en sí mismo una construcción, instaurado a través de normas de género que ya están en su lugar. Butler afirma,

... una de las formas de asegurar de manera efectiva la estabilidad interna y el marco binario del sexo es situar la dualidad del sexo en un campo prediscursivo. Esta producción del sexo como lo prediscursivo debe entenderse como el resultado del aparato de construcción cultural nombrado por el *género* (Butler, 1990a/2007:11).

La crítica de Butler que apunta a trastocar la captura del *sexo* bajo los aspectos fácticos del cuerpo, culminan por anular, entonces, la distinción entre *sexo* y *género*. El objetivo consiste en deshacer el sexo para instalar la proliferación de nuevas formas posibles, incluso morfologías corporales que escapen a las restricciones del binario. Como es sabido, antes que Butler, fue Monique Wittig (1992/2005) quien sostuvo que la categoría *sexo* no tiene existencia *a priori*, pos fuera de lo social. Para esta autora, la categoría *sexo* es política y funda la sociedad en tanto heterosexual. El *sexo* se establece como para encubrir que en realidad constituye un producto de la sociedad heterosexual. La *natural* economía heterosexual, en esta línea, alimenta tal categoría. Wittig menciona que la oposición entre *varones* y *mujeres* responde a una ideología de la *diferencia sexual*, la que coloca reiteradamente a la naturaleza en lugar de agente causal para

encubrir su carácter político. Se instala de manera contundente un ‘*ya ahí*’ de los sexos, a modo de una ontología pre-discursiva. De este modo la ideología de la *diferencia sexual* opera como una red que lo cubre todo.

En contraposición a Irigaray, quien concibe al sexo como un dualismo ontológico insuperable, Butler propone categorías adicionales, como el origen étnico, clase y deseo sexual, como estrategia para derribar el carácter monolítico de las identidades. Por otra parte, a partir de Foucault, Butler sostiene que el sexo se produce a través de un *proceso de materialización* (Butler, 1993a/2008). El enfoque foucaultiano sobre la materialidad sostiene que los discursos no sólo describen el cuerpo sino que también formulan y constituyen sus realidades materiales (Foucault, 1975/2008). Estos significados no son originales y no se encuentran localizados o anclados en el interior de los organismos individuales, sino que circulan en los discursos y prácticas culturales y sociopolíticas significativas e históricamente mutables que describen e inscriben el *cuerpo* y la identidad. Los enfoques post-estructuralistas entienden el discurso como constitutivo de regímenes de verdad sobre el *cuerpo*, como prácticas que forman el *cuerpo* al tiempo que regulan la subjetividad corporizada mediante la identidad de género, entendida como sitio virtual de control subjetiva (Burns, 2003).

Cada declaración sobre el *cuerpo*, aunque sea descriptiva, muestra el *cuerpo* de una manera específica. Cada forma de ver o experimentar el *cuerpo* se encuentra necesariamente mediada por el lenguaje. Con nuestra entrada en el lenguaje nos vemos obligados a citar las normas existentes, de acuerdo con los códigos vigentes. Butler, sin embargo, encuentra nuevas perspectivas en la cita creativa. Al igual que Irigaray, por lo tanto, ella está en la búsqueda de la innovación. A pesar de que Butler no sostiene una teoría voluntarista del género, tal como se la acusa, ella sostiene que existe la posibilidad de burlar la norma a través de citas subversivas. Esta postura teórica es la que sostiene las expectativas actuales de hallar oportunidades para subvertir la dualidad *varón/mujer* mediante la parodia de género.

A diferencia de Simone de Beauvoir (1949/2007) –CAPÍTULO VIII–, la influyente publicación de *Gender Trouble* de Judith Butler (1990a/2007) desmantela la idea de cuerpo sustancial como sede de la categoría *Mujer*. A criterio de Butler es prioritario poner el foco en la idea de género, pero no como atributo de una identidad intrínseca al sujeto, sino como efecto performativo de las estructuras de poder heteronormativo. Como ya hemos señalado, al afirmar que el género es performativo Butler sugiere que

son los actos corporales los que constituyen y refuerzan a cada instante la norma de género. Esto ha dejado deslizar que, en función de nuestro comportamiento somos capaces de reforzar o socavar las convenciones sociales de género. Desde una lectura apresurada la performatividad de género puede tener mucho en común con la célebre expresión de Simone de Beauvoir “*No se nace mujer: se llega a serlo*” (Beauvoir, 1949/2007: 207), pues Beauvoir deja deslizar que la trascendencia refiere a hacer de una misma un proyecto a realizar a través de sus propias acciones en el mundo. Tanto Butler y Beauvoir, por otra parte, parecen compartir un anti-esencialismo al afirmar, aunque de modos muy diferentes, que el género se produce a nivel social y que, por tanto, puede ser modificado. Cabe destacar que, Butler y Beauvoir tienen puntos de vista completamente diferentes sobre la importancia del cuerpo, también sobre la cuestión de la agencia: Beauvoir sostiene que los seres humanos son sujetos encarnados que actúan y toman decisiones, Butler, en cambio, piensa en cuerpos como efecto de un proceso discursivo de materialización (Butler, 1993a/2008) que niega categóricamente la existencia de un *hacedor* detrás de la *acción* (Butler, 1990a/2007).

Sin embargo, si nos detenemos en las críticas que Butler (1986) realiza contra Simone de Beauvoir¹¹¹, vemos la irrupción de mayores matices de su pensamiento que fracturan, aún más, tales puntos de contacto. En primer lugar, denuncia el esencialismo que detecta en su pensamiento, deudor de una ontología subsidiaria de la metafísica de la sustancia y del dualismo cartesiano (Femenías, 2000, 2003). En segundo lugar revisa la concepción de cuerpo y su inscripción en el mundo. Para Butler (1990a/2007) el sexo tiene un carácter variable, entonces, el género no es concebido como una mera inscripción cultural de un significado, sino como un medio discursivo a través del cual el sexo se establece como natural y como anterior a la cultura, es decir, a través de la ficción del sexo como superficie políticamente neutral sobre la cual actúa la cultura. Es decir que la materialidad de los cuerpos responde a una construcción lingüística ligada a estrategias de poder y constituye la superficie de una invención social que tiene lugar dentro de un marco cultural que exige que el sexo sea diádico, hétero y estable. De este modo, se asegura la estabilidad y el marco binario del sexo.

Simone de Beauvoir (1949/2007) ve al cuerpo como trampa para la trascendencia de las mujeres –CAPÍTULO VIII. Luce Irigaray (1977/1998) como fuente de recuperación de

¹¹¹ La mirada filosófica de María Luisa Femenías (1998, 2000, 2003) analiza tales críticas y expone argumentos convincentes que demuestran que Simone de Beauvoir no merece el grueso de las acusaciones butlerianas.

un gesto capaz de liberar a las mujeres del patriarcado. Aunque ambas, en tanto feministas, utilizan la categoría mujer, la frase de Beauvoir deja en claro que intenta alejarse de una concepción esencialista al exponer la importancia del *devenir mujer*. Irigaray, lejos de intentar desanudar los lazos que vinculan la idea de mujer con la idea de un cuerpo que esencialmente trae consigo la *diferencia sexual*, se esfuerza por profundizar tales lazos hasta hacer de la mujer un cuerpo femenino portador de la diferencia. Ahora bien, desde una postura *hiperconstruccionista* (Femenías, 2003) como la de Butler es posible recortar falencias cuando Beauvoir apela constantemente al cuerpo como marco referencial para hablar de la mujer y su lugar en el mundo. Si bien “*No se nace mujer: se llega a serlo*” (Beauvoir, 1949/2007: 207), en el pensamiento de Beauvoir no cualquier cuerpo puede ser sede de cualquier de los género, por lo que sobrevuela un tinte biologicista –que algunos autores denominan bajo la rúbrica de *fundacionalismo biológico* (Glynos, 2000; Fernández, 2003).

Como fuere, en *Gender Trouble* Butler (1990a/2007) se propone minar el supuesto que ancla al sexo en el reino de la metafísica de la sustancia (Femenías, 2000, 2003) y, así, entreteje la ficción del sexo como invariable, material y sustancial. Este descentramiento del cuerpo sexuado, entendido como una sustancia recubierta por el género, no sólo implica rechazar la posibilidad de admitir que el género puede reensamblarse representacionalmente de un modo que el sexo no, sino que instala un nuevo horizonte epistemológico donde el cuerpo representa un sitio a través del cual el género opera y, al mismo tiempo, constituido a través de la operación misma. Es en este punto que la postura de Butler instala una distancia insalvable respecto a las ideas de Simone de Beauvoir, para quien el cuerpo femenino siempre permanece circunscripto a los límites que su materialidad le imprime independientemente de su interpretación cultural.

Una pequeña fuga del cuerpo *Queer*

No hay dudas, tal como sugiere la teoría *Queer* sedimentada en *Gender Trouble* de Judith Butler, la ontología depende del discurso. La materialidad del cuerpo, tal como afirma Butler (1993a/2008), es histórica, por tanto imposible de ser conceptualizada independientemente de los discursos hegemónicos sobre el género y la sexualidad. El lenguaje es constitutivo y performativo, todo acto significativo delimita, bordea y

materializa el cuerpo¹¹². Sin embargo, aportes recientes de la misma atenúan el grado de radicalidad de sus primeros aportes. A partir de *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence* (2004a/2006) es posible afirmar que la innegable vinculación entre cuerpo y discurso no implica, necesariamente, afirmar que la materialidad del cuerpo sea solamente discursiva, tampoco negar al cuerpo como existente real. Implica reconsiderar el estatuto epistemológico del cuerpo. Si en el campo de lo humano la materialidad del cuerpo no permanece independiente de los discursos sociales, y éstos representan e incluso, en cierto sentido, otorgan existencia a los cuerpos, es necesario, entonces, estudiar las condiciones bajo las cuales el cuerpo material se convierte en sexuado.

Resulta claro para quien está inmerso en la literatura sobre el tema, que el pensamiento de Judith Butler ha generado múltiples interpretaciones y debates sobre las categorías de *sexo* y *género*, así como también sobre el lugar en el queda inscripto el cuerpo a partir de la vinculación problemática entre ellas. No hay dudas de que la postura de Judith Butler señalada en *Gender Trouble* (1990a/2007) indica que el sexo es generizado. Esto implica que el sexo no es sin sus anudamientos constitutivos respecto a las normas de género. Nos dice: “quizás esta construcción denominada ‘sexo’ esté tan culturalmente construida como el género; de hecho, quizá siempre fue género, con el resultado de que la distinción entre sexo y género no existe como tal” (Butler, 1990a/2007: 55). ¿No existe distinción entre sexo y género? ¿El sexo es construido absolutamente como género? ¿Todo el sexo muestra ser de manera completa género? Si el sexo se produce, construye y mantiene a través de las normas de género, entonces ¿qué pasa con el cuerpo? Como Butler misma admite, “tal discurso no es suficiente para argumentar que no hay ningún ‘sexo’ prediscursivo que actúe como el punto de referencia estable sobre el cual, o en relación con el cual, se realiza la construcción cultural del género”

¹¹² Recordemos que en *Excitable Speech* (1997/2004) Judith Butler liga la dimensión del sexo/cuerpo al poder performativo de las palabras. Aunque parte de las ideas de John Austin (1962/2008), su uso de la noción de performatividad se extiende y altera el análisis de aquél. A diferencia de Austin, Butler desprende la dimensión de verdad o falsedad de los performativos. La autora sostiene que en virtud de las prácticas normativas el género *se hace* para cumplir con un modelo de verdad y falsedad que no sólo contradice su propia fluidez performativa, también sirve una política social de regulación y control de género. A criterio de Peter Dingeser (1994) la idea de que los performativos pueden estar libres de cualquier elemento constatatativo parte de la crítica que Butler realiza a Foucault: ella piensa que, a veces, Foucault apela erróneamente a un cuerpo que existe antes que sus inscripciones sociales (Butler, 1989). Butler asume que los elementos constatatativos, que se encuentran en una concepción pre-discursiva del cuerpo, pueden ser superados una vez que otorguemos al cuerpo sexuado su lugar como un simple performativo.

(Butler, 1993a/2008: 14). La misma Butler parece ver claramente que la afirmación escéptica *no hay sexo natural* es insuficiente¹¹³.

A la letra de Foucault

Como ya se ha señalado, Butler apela a Foucault en un intento de interrumpir la lógica causal que localiza al género como el resultado predeterminado del sexo naturalizado. Butler señala que

la producción táctica de la categorización discreta y binaria del sexo esconde la finalidad estratégica de ese mismo sistema de producción al proponer que el ‘sexo’ es ‘una causa’ de la experiencia, la conducta y el deseo sexuales. El cuestionamiento genealógico de Foucault muestra que esta supuesta ‘causa’ es ‘un efecto’, la producción de un régimen dado de sexualidad, que intenta regular la experiencia sexual al determinar las categorías discretas del sexo como funciones fundacionales y causales en el seno de cualquier análisis discursivo de la sexualidad (Butler, 1990a/2007: 81-82).

Si el género resulta ser la causa del sexo (y no al revés), entonces el carácter maleable, contingente y político del género se acentúa significativamente. Butler invoca a Foucault para mencionar la aparición histórica de *sexo* y así socavar la función causal que se le otorga al sexo. En el transcurso de la última mitad de *La voluntad de saber* Foucault comienza a girar sobre el *despliegue de la sexualidad* –esto es: la aparición y expansión de un discurso particular de la sexualidad en los siglos XIX y XX. Inicialmente, esta atención al discurso de la sexualidad sostiene el argumento de Foucault, que rebate la *hipótesis represiva* y muestra que “*el discurso sobre el sexo (...) más que rarificarse se ha multiplicado*” (Foucault, 1976/2008: 53). Su preocupación central se encuentra en el propio despliegue de la sexualidad, en las consecuencias históricas producidas por este discurso. La afirmación más radical del libro aparece en la conclusión cuando Foucault desafía nuestro supuesto respecto a que *el discurso de la sexualidad* se centra en un objeto particular, pre-discursivo, al que llamamos *sexo*. Asimismo Foucault refiere a que los objetos del discurso se producen *dentro* de prácticas discursivas, y aclara que los discursos no emanan de su objeto; muy por el contrario, la existencia de los objetos depende del discurso (Foucault, 1969/1970). Esto

¹¹³ La potencia deconstructiva de *Gender Trouble* fija un hito fundacional innegable de la Teoría *Queer*. Sin embargo, a esta altura es posible sugerir que también existen otros espacios en los escritos iniciales de Judith Butler que atenúan el carácter hiperconstructivista del que varios intelectuales han usufructuado. Coexisten, entonces, una potencia *Queer* junto a procesos *Queering* que capturan, decodifican e invisibilizan otras líneas, por ende opacan la complejidad de su obra.

significa, entonces, que no hay *cosa en sí*. El *sexo* –un objeto del discurso– resulta ser “*una idea compleja históricamente formada en el interior del dispositivo de sexualidad*” (Foucault, 1976/2008: 145).

Samuel Chambers (2007) afirma que Foucault no intenta dismantlar el *sexo* a partir de la incorporación del *género* debido a que ni el *género*, ni ninguna otra cosa, pueden constituir un principio de causalidad. Esto se debe, fundamentalmente a que, dentro de una trama discursiva no existe principio de causalidad. El discurso en sí, a criterio de Chambers, no puede ser tomado como una causa, pues se trata de la emergencia histórica de prácticas discursivas que se solapan, se intersectan, y a menudo se contradicen. Dentro de estas prácticas discursivas se forman los objetos del discurso y las posiciones de sujeto. Como señala Foucault,

el discurso entendido así no es una forma ideal e intemporal que tuviese además una historia; el problema no consiste, pues, en preguntarse, cómo y por qué ha podido emerger y tomar cuerpo en este punto del tiempo; es, de parte a parte, histórico (Foucault, 1969/1970: 198).

A partir de este fragmento no podemos negar la existencia del *sexo*. Por el contrario, Foucault sostiene que *el sexo en sí* no existe, y que el *sexo* es un producto de determinadas prácticas discursivas. Pero de ninguna manera esta última afirmación pretende negar la realidad del sexo, tampoco pretende minimizar esta categoría, más bien es la que permite analizar su importancia histórica y política. La diferencia entre afirmar que *el sexo no existe* –tesis que, a criterio de Chambers, sugiere Butler– y afirmar que *el sexo en sí mismo no existe* no es sutil. Podríamos afirmar junto a Foucault que existe el *sexo*, pero no fuera del discurso. Esta diferencia es nodal en su argumento, nos dice: “*pero, justamente, es esa idea del sexo la que no se puede admitir sin examen*” (Foucault, 1976/2008: 144).

Chambers asegura, entonces, que la afirmación de Foucault respecto a la emergencia del constructo discursivo *sexo* revela por qué el sexo no puede servir como una base o principio causal. La unidad entre *sexo*, *género* y *deseo* resulta ser lo que Foucault mismo llama una unidad ficticia. Contra la idea de *sexo* como fundamento, Foucault ofrece la siguiente tesis: “*el sexo, fuera de duda, no es sino un punto ideal hecho necesario por el dispositivo de sexualidad y su funcionamiento*” (Foucault, 1976/2008: 147). Y teniendo en cuenta este argumento, continúa: “*no hay que imaginar una instancia autónoma del sexo que produjese secundariamente los múltiples efectos de la*

sexualidad a lo largo de la superficie de contacto con el poder” (Foucault, 1976/2008: 147). Chambers sugiere que estas referencias a Foucault demuestran el carácter erróneo de tomar al *género* como un efecto del *sexo*. Butler acuerda, claramente, con esta afirmación, pero mediante metalepsis la autora ubica el supuesto efecto –género– en el lugar de la causa –*sexo*. En este punto, concluye Chambers, es igual de erróneo tomar al *sexo* como efecto del *género*. El *sexo* no es ni causa ni efecto; más bien, es un componente nodal del *discurso de la sexualidad*.

Estas aclaraciones reciben especial importancia como contrapunto a la tendencia a elidir el *sexo* como realidad material, lo que impacta en un descuido u olvido de las condiciones o circunstancias de existencia que envuelve a los cuerpos (Colebrook, 2000). La preocupación por tematizar el cuerpo como realidad no puramente reductible a los discursos, entonces, no implica negar que

los dispositivos de poder se articulan directamente en el cuerpo –en cuerpos, funciones, procesos fisiológicos, sensaciones, placeres–; lejos de que el cuerpo haya sido borrado, se trata de hacerlo aparecer en un análisis donde lo biológico y lo histórico no se sucederían (...), sino que se ligarían con arreglo a una complejidad creciente (...) [Se trata de] una ‘historia de los cuerpos’ y de la manera en que se invadió lo que tienen de más material y viviente (Foucault, 1976/2008: 144).

318

Claramente, el rechazo del *sexo* como causa o fuerza unificadora en Foucault, y aparentemente a diferencia de Butler, lejos de elidir el cuerpo anatómico, insta a una atención detallada de él. La pregunta que nos conduce a un desafío es: ¿cómo podemos deshacernos del *sexo* como causa o espacio donde se inscribe la verdad del sujeto, y seguir manteniendo un enfoque que otorgue importancia al cuerpo anatómico? En *Bodies that Matter* Butler (1993a/2008) demuestra que comparte estas preocupaciones. El problema radica, según Chambers, en la forma en que los textos de Butler a veces suponen que, aceptar el carácter históricamente contingente de *sexo natural* implica centrarse únicamente en la categoría de género. Pues en este punto surge un mal entendido adherido a un constructivismo social mal digerido: lo que se construye no por ello es menos *real*. Sin embargo, no puede afirmarse sencillamente que, al invertir la causalidad entre *sexo* y género, y minimizar la importancia del *sexo* –ya que el *sexo* ahora aparece erróneamente como epifenómeno del género–, Butler sostenga la tesis que refiere al *sexo* como absolutamente reductible al género. Butler no rechaza, no niega, no elide, ni borra al cuerpo.

Bodies that Matter (1993a/2008) es, tal vez fue, el mayor esfuerzo de Butler por tematizar el cuerpo. Allí sostiene que toda aproximación al cuerpo culmina por ser una escritura sobre el cuerpo, una materialización del cuerpo sólo en, y a través del, lenguaje (Pérez Navarro, 2008). En el prefacio a este libro Butler observa que cualquier intento por colocar su atención en la *materialidad del cuerpo* culmina por reconducirla a otros dominios. Aún así la autora, fiel a la perspectiva instalada en *Gender Trouble* (1990a/2007), aunque atenuada, se niega a instalar el cuerpo como dato originario o primigenio, esto es: anterior al discurso –“*El cuerpo puesto como anterior al signo es siempre puesto o significado como antes*” (1993a/2008: 30). Entonces, no podemos tener ningún acceso al cuerpo, excepto a través del discurso.

La abyección: señal de la materialidad del cuerpo

En *Bodies that Matter*, entonces, el pensamiento de Butler (1993a/2008) produce algunas torsiones. Allí la autora reconsidera la radicalidad de algunas aseveraciones realizadas en *Gender Trouble* respecto al sexo. Aquí el foco ya no se encuentra sobre el género en términos de performance corporal. El epicentro para el abordaje del cuerpo sexuado se desplaza hacia la compleja y densa relación entre materialidad y discurso. Dicho de un modo más exacto, “*las normas reguladoras del ‘sexo’ obran de una manera performativa para constituir la materialidad de los cuerpos y, más específicamente, para materializar el sexo del cuerpo*” (Butler, 1993a/2008:18). Tal como la propia autora refiere, sus interrogantes apuntan hacia dos direcciones, a saber:

¿Cuáles son las fuerzas que hacen que los cuerpos se materialicen como ‘sexuados’, y cómo debemos entender la ‘materia’ del sexo y, de manera más general, la de los cuerpos, como la circunscripción repetida y violenta de la inteligibilidad cultural? (Butler, 1993a/2008:14).

Es así que Butler somete a análisis crítico el estatuto ontológico de la materialidad del cuerpo procurando, al igual que en *Gender Trouble*, no quedar adherida a la ontología de la sustancia. Para ello, la autora continúa abordando el asunto en clave foucaultiana al delimitar “*la materia de los cuerpos como el efecto de una dinámica de poder, de modo tal que la materia de los cuerpos sea indisociable de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales*” (Butler, 1993a/2008:19). A partir de aquí, Butler propone “*un retorno a la noción de materia, no como sitio o superficie, sino como un proceso de materialización que se estabiliza a través del tiempo para producir el efecto de frontera, de permanencia y de superficie*

que llamamos materia” (Butler, 1993a/2008:28). Tales consideraciones constituyen una plataforma analítica a partir de la cual Butler puede forjar el proyecto de analizar dimensiones de la *materia* sin apelar a un marco de referencia organizado en torno a la noción de sustancia.

Como fuere, a criterio de Butler la materialidad del cuerpo merece mayor espesor conceptual. Su aporte para contribuir a tal modelización teórica consiste en trocar la idea de materia del cuerpo/sexo por la de materialización, como proceso comandado por discursos reguladores y arreglos de poder. Es así que la materialidad del cuerpo sexuado se enmarca en un proceso de producción forzado desde el principio, nos dice Butler. Se trata de una asunción del sexo obligada, impuesta por un aparato regulador que impulsa compulsivamente la heterosexualidad. Esto significa que no es posible escapar a la ley reguladora, por lo que su apropiación forzada es lo que articula inicialmente el cuerpo sexuado en tanto conjunto de acciones movilizadas por esa ley – en términos de la autora, como una *“acumulación de citas o referencias (...) que produce efectos materiales”* (Butler, 1993a/2008:34).

Desde este punto de mira, tal carácter citacional constituye la materialización del cuerpo sexuado en términos de una materialidad contorneada. Se trata, en última instancia de una forma ideal que captura y constituye al cuerpo, una morfogénesis que opera en el mismo proceso que permite la emergencia de la subjetividad a partir de un conjunto de proyecciones identificatorias (Butler, 1993a/2008). Butler apela a la idea de identificación como mecanismo regulado por la norma social. En su formación, el sujeto interioriza la norma mediante identificación –CAPÍTULO V. Sin embargo la manifestación del poder establece sitios temidos para la identificación. La identificación posee modelos denegados de antemano, abyectos. Los sujetos, entonces, no se identifican con lo abyecto, zonas marcadas por la amenaza al castigo y por la falta de reconocimiento. Se trata de *“fronteras de la vida corporal donde los cuerpos abyectos o deslegitimados no llegan a ser considerados ‘cuerpos’”* (Butler, 1993a/2008:38). Entonces podemos delimitar, junto a Butler, la *“vinculación de este proceso de ‘asumir’ un sexo con la cuestión de la identificación y con los medios discursivos que emplea el imperativo heterosexual para permitir ciertas identificaciones sexuadas y excluir y repudiar otras”* (Butler, 1993a/2008:19) –CAPÍTULO IX.

Claramente la autora deslinda un régimen heterosexual que no sólo organiza los cuerpos, sino que los materializa en el proceso mismo de construcción. Tal proceso se

encuentra comandado por fuertes restricciones en donde se negocian, incluso, los límites de lo humano. En palabras de Butler,

Esta matriz excluyente mediante la cual se forman los sujetos requiere pues la producción simultánea de una esfera de seres abyectos, de aquellos que no son 'sujetos', pero que forman el exterior constitutivo del campo de los sujetos. Lo abyecto designa aquí precisamente aquellas zonas 'invivibles', 'inhabitables' de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos, pero cuya condición de vivir bajo el signo de lo "invivable" es necesaria para circunscribir la esfera de los sujetos (Butler, 1993a/2008:19-20).

Las conceptualizaciones butlerianas sobre la materialización del cuerpo sexuado instauran un nuevo horizonte epistemológico a la hora de pensar el asunto (Honkanen, 2005; Ahmed, 2008). El entrecruzamiento que la autora realiza entre normas corporales y la formación del sujeto en función de la dimensión de lo abyecto sin dudas genera nuevas posibilidades de reflexión y crítica. Butler se esfuerza por delimitar aquellos mecanismos que explican cómo algunas configuraciones o formas de incardinamiento son desterrados del dominio de la inteligibilidad que otorgan las formas ideales que imprime el sexo, esto implica, en términos butlerianos ser desterrados, expulsados, más allá del territorio que delimita lo humano. A partir de aquí, la autora configura un potente armamento analítico a partir del cual es posible imaginar a los cuerpos abyectos con el potencial subversivo de imprimirle *“una resignificación radical a la esfera simbólica, (...) desviar la cadena ‘de citas’ hacia un futuro que tenga más posibilidades de expandir la significación misma de lo que en el mundo se considera un cuerpo valorado y valorable”* (Butler, 1993a/2008:47). Butler nos habla, en esta línea, de política citacional, entendiéndola como

una reelaboración específica que transforme la abyección en acción política (...) representa la performatividad como apelación a las citas con el propósito de dar nueva significación a la abyección (...), para transformarla en desafío y legitimidad. (...) se trata de una politización de la abyección, en un esfuerzo por (...) impulsar su apremiante resignificación. (...) esta estrategia es esencial para crear el tipo de comunidad (...) en la que las vidas *queer* lleguen a ser legibles, valoradas, merecedoras de apoyo, en la cual la pasión, las heridas, la pena, la aspiración sean reconocidas sin que se fijen los términos de ese reconocimiento en algún otro orden conceptual de falta de vida y de rígida exclusión (Butler, 1993a/2008:46-47).

El pensamiento de Butler, entonces, guarda en sí la potencialidad de contribuir desde una reformulación *queer* de la abyección corporal. A partir de este foco de interés,

resulta claro que los aportes del pensamiento de Butler apuntan a borrar cuestiones que puedan inscribirse como configuraciones específicas del cuerpo de las mujeres. Sin embargo, la autora también abre una vía para una posible articulación al reconocer que los cuerpos viven y mueren; comen y duermen; sienten dolor y placer; soportan la enfermedad y la violencia. Claramente su concepción de cuerpo parece desafiar, al menos en parte, la concepción posestructuralista sobre cómo entender el construccionismo, el que, al menos desde ciertas perspectivas, parece negar todo índice de realidad más allá de lo discursivo –lo que equivaldría a afirmar que “*la materialidad de los cuerpos es sencilla y únicamente un efecto lingüístico que pueda reducirse a un conjunto de significantes*” (Butler, 1993a/2008:57).

Se trata, nos dice, de “*abrir nuevas posibilidades, de hacer que los cuerpos importen de otro modo*” (Butler, 1993a/2008:57) pero sin negar la materialidad de los cuerpos, sino escenificándola de otro modo que no impida pensar condiciones de vulnerabilidad concretas¹¹⁴. Incluso menciona,

Ciertas formulaciones de la posición constructivista radical parecen producir casi obligadamente un momento de reiterada exasperación, porque aparentemente cuando se construye como un idealista lingüístico, el constructivista refuta la realidad de los cuerpos, la pertinencia de la ciencia, los datos supuestos de nacimiento, envejecimiento, enfermedad y muerte (Butler, 1993a/2008:30).

Butler más allá de lo narrable

En su libro *Giving An Account of Oneself* (2005/2009) el interés de Butler apunta a delimitar conceptualmente el espacio de una relacionalidad en el centro mismo de la subjetividad. De manera inesperada, Butler echa mano al pensamiento de Jean Laplanche para alimentar el postulado “...*de un sujeto que no es autofundante, o sea de cuyas condiciones de emergencia no es posible ofrecer una explicación cabal...*” (Butler, 2005/2009: 33). La autora encuentra en las consideraciones conceptuales de Laplanche “... *una teoría de la formación del sujeto que reconoce los límites del autoconocimiento...*” (Butler, 2005/2009: 33), línea que sustenta, desde su punto de vista, una concepción ética que implica la dimensión de la responsabilidad.

¹¹⁴ Alejandro Grimson (2011) señala que las clasificaciones no existen sólo en el espacio vacío del lenguaje sino en las instituciones, las prácticas, las interacciones materiales con las cosas y con otras personas. Todo ello es arrojado hacia la idea de naturaleza que, si bien guarda en sí condiciones materiales, no es otra cosa que trabajo humano cristalizado. Agrega que “*el trabajo humano tiene la peculiaridad de crear un plusvalor semiótico, un excedente de sentido que oculta el proceso productivo*” (Grimson, 2011: 30).

Sin rodeos la autora menciona: “*Si nos formamos en el contexto de relaciones que resultan parcialmente irrecuperables para nosotros, la opacidad parece estar incorporada a nuestra formación y es consecuencia de nuestro estatus de seres constituidos en relaciones de dependencia*” (Butler, 2005/2009: 34). Butler apela a una relacionalidad que se encuentra inscrita en una dimensión no narrable de la psique, lo que vuelve al sujeto opaco para sí mismo.

Los intentos del sujeto por *dar cuenta de sí mismo* siempre son ante *otro*. Es en este sentido que el dar cuenta de uno mismo adquiere una valencia ética. El psicoanálisis, en esta oportunidad, le permite a Butler dar cuenta de un modo específico de comprender la relacionalidad con otros. La autora refiere a una *escena de interpelación* a partir de la cual emerge el sujeto. En función de ello destaca dos vertientes a la hora de pensar tal encuentro entre un *yo* y un *tú*. Por un lado, tal escena localiza un yo que comunica, que transmite información en intentos constantes por dar cuenta de sí mismo. Desde esta perspectiva, el discurso constituye un medio de transmisión de información que trata de iluminar al yo, tornarlo transparente para el otro. Entonces, el yo se narra a sí mismo dentro de los límites de las metas intencionales del habla. El yo trama una historia, construye una narración que intenta ser única y coherente, a través de la cual intenta conocerse a sí mismo.

Por otro lado, Butler señala que, por motivos que tienen que ver con la formación misma del sujeto, existen dificultades para la reconstrucción narrativa de una vida en términos de unicidad y coherencia. Para la autora el yo se localiza sobre la base de una interrupción fundamental que el otro instala inicialmente. En el mismo lugar donde se ubica el yo está el otro desde el comienzo. Es esta interrupción la que emerge cuando el yo intenta dar cuenta de sí mismo mediante una narración coherente. Butler sugiere que la *coherencia* (que el yo intenta imprimir al relato) y la *interrupción* (que proviene de la relacionalidad inicial con el otro) se persiguen mutuamente de modo circular. Persecución que jamás termina por establecer de forma permanentes los límites del yo. En este contexto, a partir de la teoría psicoanalítica freudiana, Butler recupera otra forma de pensar esta escena de interpelación. La autora dirige su foco de interés al concepto de *transferencia* para referir a las presunciones tácitas sobre la comunicación y la relacionalidad se re-crean en cada encuentro entre sujetos. En *La dinámica de la transferencia* Freud (1912/1979) menciona que cuando hablamos de transferencia nos referimos a “*reediciones, recreaciones de las mociones y fantasías que (...) no pueden*

menos que despertarse (...) Lo característico (...) es la sustitución de una persona anterior por la persona del [otro] (...) Toda una serie de vivencias psíquicas anteriores no es revivida como algo pasado, sino como vínculo actual con la persona del [otro]” (Freud, 1912/1979: 101).

Es así que Butler se apropia del concepto de transferencia en términos de una estructura predeterminada, como una escena de interpelación en la que el yo es estructurado en, y por, esa escena que se pone en marcha en cada encuentro con el otro. Allí hay algo que se reitera de la relación con el otro primordial, algo vinculado a la opacidad que el discurso es incapaz de iluminar por completo. A cada encuentro con el otro, entonces, subyace la recreación de esta relacionalidad primaria. Es así que ponen en juego y se reactualizan formas previas y arcaicas de interpelación. Butler afirma que: *“En el contexto de las relaciones con los otros suelen aparecer momentos de desconocimiento de uno mismo, indicativo de que esas relaciones apelan a formas primarias de relacionalidad que no siempre son susceptibles de una tematización explícita y reflexiva”* (Butler, 2005/2009: 34)

A criterio de la autora, cuando intento dar cuenta de mí mismo, mi relato depende de esta estructura de interpelación. En ese nivel, en la escena de interpelación que subyace a los intentos narrativos, el yo interpela al otro, y eso sólo es posible porque anteriormente fui interpelado por el otro (primordial). Por otra parte, ese otro primordial zanjó el lugar que serán ocupados por otros ‘actuales’ que recrean aquella escena, a quienes yo les dirijo mi narración. El otro a quien me dirijo estuvo, de alguna forma, antes que mi yo. Para Butler, en el contexto de la transferencia, el otro ‘actual’ me interpela y, así, me constituye como sujeto. Dar cuenta de uno mismo no es sin el otro, uno mismo está implicado en el otro, el otro está en mí, es mi inconsciente: esa opacidad que fragmenta la coherencia del relato.

Entonces, la transferencia, o escena de interpelación, produce una desposesión respecto a mí mismo. Revive al otro como lo otro en mí. Como el tú al que dirijo mi relato está vinculado con el otro de la escena primaria de interpelación, surge la pregunta por el *quién*. A criterio de Butler, y siguiendo a Adriana Cavarero, podemos trasladarnos desde la pregunta *¿Qué es eso que perturba la coherencia de mi relato, de mi yo? Hacia ¿Quién me abrumba? ¿Quién eres? ¿Quién eres y qué quieres de mí?*

Laplanche permite a Butler enlazar la opacidad del sujeto con la relacionalidad que lo constituye. Butler refiere a Laplanche para saldar su preocupación por establecer los

límites de la articulabilidad. Para este psicoanalista el sujeto psíquico se constituye a partir de *significantes enigmáticos*: un conjunto de mensajes transmitidos por los adultos que entran en contacto con el niño. Es así que el sujeto se articula en el interior de una tópica intersubjetiva, donde un Otro adulto posibilita la articulación de un sujeto allí donde aún no lo hay. Desde esta perspectiva, los *mensajes enigmáticos* tienen origen en la dimensión inconsciente del otro. Estos mensajes se consideran enigmáticos porque el niño no puede dar sentido a ellos debido a una capacidad aún incipiente para entenderlos –transcurren por fuera de la posibilidad de significación–, pero también porque ni siquiera son accesibles a la conciencia de los propios adultos. Estos mensajes que provienen del inconsciente del otro parasitan al niño, instalan una dimensión de exceso. Se trata de primeras inscripciones que fundan lo psíquico y que quedan por fuera del lenguaje. Son un residuo del otro, un cuerpo extraño destinado a una dimensión de ajenidad para el propio sujeto: su inconsciente. Para Laplanche (1987/1989), entonces, estas inscripciones enigmáticas fundan lo inconsciente a partir del residuo reprimido del Otro.

Sólo por decirlo de otro modo, cuando el cuerpo del niño entra en contacto con el mundo adulto, los otros le transmiten mensajes sexualizados, subjetivantes. El niño los experimenta de manera incomprensible, le resultan enigmáticos y abrumadores. Laplanche refiere a esta escena en términos de seducción originaria, y es desde allí que el propio deseo se articula a partir de una voluntad extranjera que se internaliza vía contacto cuerpo a cuerpo con los otros adultos. No hay sujeto preexistente que posea contenidos psíquicos a priori. El yo del sujeto, junto a la ficción que configura su sentido de mismidad, se forma a partir del contacto con los otros. Por lo tanto, en sentido estricto, la dimensión inconsciente “del sujeto” no le pertenece, pues refiere al exceso abrumador de mensajes sexualizantes que provienen de los otros adultos (Laplanche, 1999/2001).

Como fuere, lo que Butler rescata del pensamiento de Laplanche refiere a la imposibilidad del sujeto de establecer una diferenciación con la dimensión del otro sin perderse a sí mismo. A partir de este modelo de subjetivación, la autora postula una indistinción entre el otro y el yo, en el corazón del sujeto. La formación de la subjetividad se localiza en esta situación de encuentro con otro, antes de la formación del yo, es decir antes de toda posibilidad de expresar nuestra subjetividad. Aquellos otros representan una irrupción primaria donde el otro toca, mueve, alimenta, cambia,

pone a dormir, y así imprime *signos táctiles* que son el registro de la formación del sujeto. La opacidad formativa del sujeto conserva, así, la huella del otro: el pasado es presente, estructura y anima los contornos de toda relacionalidad posible.

De este modo, Butler destaca que las formas primarias de intrusión que no pueden articularse en el discurso están presentes en la escena de la interpelación. La articulabilidad total implicaría el ideal del dominio lingüístico y yoico del material inconsciente. El lenguaje y la conciencia no nos dan un pleno dominio de las relaciones primarias que constituyeron en nosotros aquella zona persistente y oscura del inconsciente.

Si el otro está presente y me constituye como sujeto desde los momentos inaugurales, esa escena de interpelación que se presentifica, que atestigua que mi vida está ligada desde el comienzo a otros, es, a criterio de Butler, una escena ética. Es en este sentido que la coherencia construida por las formas narrativas atenta contra el carácter ético de la escena. Impide la emergencia de aquellos rasgos de la escena de interpelación que me conducen al no saber, al sentirme abrumado.

Es entonces cuando Butler anuda la dimensión ética de la subjetividad con el potencial de una opacidad fundamental: *el sujeto no puede dar plenamente cuenta de sí mismo al estar relacionado a niveles no narrables de existencia con los otros*. La auto-narración es asumida bajo pretensiones de coherencia y así se intenta obturar la realidad opaca constitutiva de la subjetividad. Como somos opacos a nosotros mismos porque estamos formados a partir de una alteridad pre-discursiva que nunca puede ser expresada, Butler propone reconocer, abrazar esta opacidad y dejar a un lado el imperativo del dominio yoico. La fantasía de la capacidad plena de dar cuenta de sí mismo a través de la narración ofrece una *coherencia sospechosa*, es una *falsificación*, una *ruptura con la relacionalidad* en el núcleo de nuestra subjetividad. Por tanto es éticamente cuestionable, pues, como ya se ha señalado, niega tal relacionalidad primaria. Butler aboga por permitirnos sostener las interrupciones en la autonarración.

En *Giving an Account of Oneself* (2005/2009) Butler abandona las referencias psicoanalíticas empleadas hasta el momento. Sin embargo, Butler necesita del recurso psicoanalítico para configurar sus ideas en torno al sujeto, por ello echa mano a la teoría de Laplanche. La lectura butleriana de Laplanche arroja un modelo de constitución subjetiva articulado en torno al contacto con otro, quien implanta un tipo de materialidad que no mantiene lazos de ningún tipo con las normas sociales. Se enfatizan

zonas silenciosas de la psique inauguradas por un otro sin voz, al menos en aquella escena inicial de interpelación.

Por otra parte, en un primer tramo del libro Butler destaca *“el error de situarse en la posición (...) en la que el ‘Yo’ se comprende al margen de sus condiciones sociales (...) divorciado de sus circunstancias sociales e históricas, que después de todo constituyen las condiciones generales de su emergencia”* (Butler, 2005/2009: 18). Ante la pregunta que refiere a cuáles son los términos a partir de los cuales un ‘yo’ puede dar cuenta de sí mismo, Butler apela a las normas que, como tales, tienen un significado social y constituyen la matriz para la emergencia del ‘yo’. En palabras de la autora, *“cuando un ‘yo’ procura dar cuenta de sí mismo, puede comenzar consigo, pero comprobará que ese ‘sí mismo’ ya está implicado en una temporalidad social que excede sus propias capacidades narrativas”* (Butler, 2005/2009: 19). Inicialmente, Butler enuncia que son las condiciones sociales de emergencia las que desposeen al ‘yo’, es decir el modo en que operan las normas en la constitución del sujeto. Sin embargo, a partir del modelo de subjetivación que toma de Laplanche, Butler aborda la posibilidad de una ética que abraza lo no narrable.

La disonancia que origina la emergencia de Laplanche en las páginas del libro se debe, seguramente, a la falta de articulación entre la teoría de la seducción, propia de esta línea del psicoanálisis, y el pensamiento de Foucault. Incluso, a mi criterio, es posible pensar el modo en que el recurso de Laplanche empaña la posibilidad de agencia¹¹⁵. La opacidad del sujeto parece constituir un dominio inerte. Nótese que para Butler el potencial ético de esta alteridad íntima parece depender de su reconocimiento, nuestra aceptación de que no podemos conocernos plenamente. Pero el autoconocimiento es, inevitablemente, opaco. En esa medida, reconocemos nuestra propia insuficiencia y nuestra dependencia respecto a los otros que nos constituyen. Por lo tanto, el potencial ético que proviene de esta profunda dimensión inefable fluye a partir de nuestro reconocimiento respecto a su existencia, y no de cualquier utilización activa de la misma para resistir, rechazar, animar o enriquecer aspectos narrativos.

Queda claro que Butler reconoce que la narración es importante: *“...no quiero menospreciar la importancia del trabajo narrativo en la reconstrucción de un vida...”*

¹¹⁵ Hay quienes no estarían de acuerdo con esta afirmación. Jaana Pirskanen (2008), por ejemplo, detecta una articulación armónica entre el planteo respecto a la emergencia del sujeto en este segmento de la obra butleriana y el pensamiento de Michael Foucault. Pirskanen tampoco aceptaría que el planteo de Butler, de cuño laplanchiano, va en detrimento de la posibilidad de pensar la agencia.

(Butler, 2005/2009:76), “...no hay motivos para poner en tela de juicio la importancia de relatar una vida...” (Butler, 2005/2009:85), “...nadie puede vivir en un mundo ni sobrevivir a una vida que sean radicalmente imposibles de narrar” (Butler, 2005/2009:85). Esto nos conduce a pensar que es, en última instancia, su preocupación por generar nuevas aproximaciones teóricas en torno al cuerpo lo que motiva a Butler a dirigirse hacia el silencio de lo indecible.

Vida invivable

Este giro de Butler, entonces, constituye el marco de sus esfuerzos recientes por pensar el cuerpo (Johnson, 2005). Sus producciones actuales esquivan algunas líneas argumentativas interpretadas como una negación del sexo, e implícitamente del cuerpo. A partir de algunas ideas sugeridas en *Undoing Gender* (2004b/2006), que cobran más fuerza a partir de *Precarious Life: The Powers of Mourning and Violence* (2004a/2006), afirma que los cuerpos en su nueva dimensión emergente resultan fundamentales. Tal es así que comienzan a ser motivos justificados para la acción y a servir como elemento constitutivo de una ontología universal (Butler, 2014). Butler dirige sus argumentos hacia la profunda vulnerabilidad de los cuerpos (2004a/2006). Los cuerpos pueden ser afectados en múltiples niveles y formas, incluso los cuerpos son radicalmente dependientes. En otras palabras, nuestros cuerpos constantemente insisten, a pesar de nuestra negación a ello, en el hecho de que somos, siempre, con otros.

En *Undoing Gender* (2004b/2006) Butler instala la idea de *vida vivible*. Nos dice: “lo más importante es cesar de legislar para todas estas vidas lo que es habitable sólo para algunos y, de forma similar, abstenerse de proscribir para todas las vidas lo que es invivable para algunos” (Butler, 2004b/2006: 8).

Todo parece indicar, entonces, que una *vida vivible* es aquella que muestra *conformidad de género*, es decir que no muestra desviaciones radicales respecto a las normas sexo-genéricas. Por consiguiente, la incompatibilidad respecto con dichas normas puede, incluso, tornar una vida invivable. Esto es, la vida que transcurre en un cuerpo decodificado socialmente como femenino, que se auto identifica como una mujer, que valora las normas de la feminidad, y ama a alguien del sexo *opuesto* –que a su vez se identifican con las normas de la masculinidad–, resultará mucho más *vivable* que, por ejemplo, una vida que transcurre en un cuerpo codificado socialmente como varón, pero que se identifica más con las normas de la feminidad que de la masculinidad y al mismo

tiempo desea cuerpos e individuos masculinos. Este marco sienta las bases para lo que Butler llama la *lucha con la norma*.

Esta lucha se ubica en la definición misma de lo humano, donde se articulan los términos que definen qué vida contará como propiamente humana. Butler aborda filosóficamente el cuerpo, y su articulación con las normas, a partir de una fuerte crítica a la idea de autonomía. Butler, tomando como herramienta al psicoanálisis, aborda el tema de manera poco convencional al mostrar cómo el dolor y el duelo siempre trabajan para deshacer la llamada autonomía humana. En el dolor y el duelo estamos al lado, *estáticamente*, de nosotros mismos.

Butler, esto es claro, no intenta articular una teoría del dolor ni del duelo. Dolor y duelo sirven para indicar aspectos que resultan nodales en el abordaje de una nueva definición del sujeto en relación con el cuerpo: estar al lado de uno mismo no se deriva de ninguna emoción o experiencia particular, sino de la naturaleza corporal de la existencia misma. Butler señala:

Afrontémoslo. Nos deshacemos unos a otros. Y si no, nos estamos perdiendo algo. Si esto se ve tan claro en el caso del duelo, es tan sólo porque éste ya es el caso del deseo. No siempre nos quedamos intactos. Puede ser que lo queramos, o que lo estemos, pero también puede ser que, a pesar de nuestros mejores esfuerzos, seamos deshechos frente al otro, por el tacto, por el olor, por el sentir, por la esperanza del contacto, por el recuerdo del sentir. Así, cuando hablamos de *mi* sexualidad o de *mi* género, tal como lo hacemos (y tal como debemos hacerlo) queremos decir algo complicado. Ni mi sexualidad ni mi género son precisamente una posesión, sino que ambos deben ser entendidos como *maneras de ser desposeído*, maneras de ser para otro o, de hecho, en virtud de otro (Butler, 2004b/2006: 38).

Entonces, *Undoing Gender*, no es necesariamente un manifiesto deconstructivista, ya que la autora señala que siempre estamos, *a priori*, deshechos por nuestros géneros, deshechos por nuestros propios cuerpos. Por un lado, algunas vidas quedan condenadas a la lucha con las normas de género que hacen sus vidas poco vivibles, pero en un nivel más profundo Butler revela el grado en el que estamos, desde el comienzo, deshechos por la sunción del género.

Butler argumenta:

Es a través del cuerpo que el género y la sexualidad se exponen a otros, que se implican en los procesos sociales, que son inscritos por las normas culturales y aprehendidos en sus significados sociales. En cierto sentido, ser un cuerpo es ser entregado a otros aunque como cuerpo sea, de forma profunda, 'el mío propio' (Butler, 2004b/2006: 39-40).

Cuando se trata de nuestros cuerpos emerge la preocupación constante por los demás. Butler señala que, si bien luchamos por los derechos de nuestros cuerpos, también debemos reconocer (al menos implícitamente) que nuestros cuerpos no pueden ser nunca completamente nuestros. Llama a esto la *paradoja de la autonomía corporal*. Nos dice, “...*mi cuerpo es y no es mío. Desde el principio es dado al mundo de los otros, lleva su impronta, es formado en el crisol de la vida social; sólo posteriormente el cuerpo es, con una innegable incertidumbre, aquello que reclamo como mío*” (Butler, 2004b/2006: 41). Es así que, sugiere, la política del cuerpo debe ser una política no sólo de los derechos que se adhieren a los cuerpos, sino una política que se ocupan de las normas que hacen la vida vivible.

Entonces, los cuerpos nos deshacen porque su significado excede nuestro alcance. Tal significado permanece en la esfera de las normas de género y de la sexualidad, y tales normas son rearticuladas en la cultura, en la sociedad, en la política. Las políticas de Butler enfocan el funcionamiento de la norma, no porque ella ignore los cuerpos, sino precisamente porque reconoce el papel que las normas deben jugar en cualquier política del cuerpo. Señala, “*cuando luchamos por nuestros derechos no estamos sencillamente luchando por derechos sujetos a mi persona, sino que estamos luchando para ser concebidos como personas*” (Butler, 2004b/2006: 56). Es así que la lucha para hacer posible una vida vivible no puede borrar al cuerpo. Mientras que tal política concede que el cuerpo es *nuestro* –es decir, que uno tiene derecho a él–, esta política debe insistir en que el cuerpo también resulta no ser del todo nuestro. Y tal política debe centrar la atención en aquellas normas que hacen la vida vivible para algunos cuerpos e invivible para otros. En palabras de Butler: “*cuando hablamos de derechos sexuales no estamos simplemente hablando de derechos relacionados con nuestros deseos individuales, sino de las normas de las que depende nuestra propia individualidad*” (Butler, 2004b/2006: 58). Así es como Butler reconoce la relevancia de una causa política que reivindique los derechos sexuales, pero al mismo tiempo se niega a tomar al sujeto político como algo dado, previo, como punto de partida para la política, ya que la política debe estar relacionada, desde este punto de vista, con la producción de ese sujeto.

Esta insistencia constante en la relación entre los cuerpos y las normas nos conduce hacia lo que, tal vez, es la definición más notable de cuerpo que Butler realiza: “*el cuerpo es aquello que puede ocupar la norma en una miríada de formas, que pueden*

exceder la norma, volver a dibujar la norma y exponer la posibilidad de la transformación de realidades a las cuales creíamos estar confinados” (Butler, 2004b/2006: 306-307).

Reconocimiento y diferencia: Una crítica al sacrificio de la materialidad del cuerpo

A partir de la posmodernidad la noción de diferencia ha cobrado un estatuto privilegiado. Desde allí se han desplegado líneas conceptuales que toman como objeto de examen crítico la noción de igualdad, y exponen los mecanismos a través de los cuales la diferencia es construida en términos de desigualdad naturalizada. En efecto, tal como señala María Luisa Femenías, “...que ‘diferencia’ connote inferioridad o superioridad, que funcione dentro del esquema identitario, que conlleve señorío o esclavitud, subraya su carácter de constructo cultural” (Femenías, 2007b:77).

De este modo, la diferencia se torna una noción compleja, hiperdensa en cuanto a su significación. En tanto constructo cultural, con la desnaturalización concomitante, es posible desarticularla y así deslindar la dimensión de poder que entreteje, por un lado, y denunciar los sesgos de la definición de lo humano que limitan el alcance del reconocimiento de tal categoría.

La pretensión de hacer extensivo el reconocimiento a otros *inapropiados* (Haraway, 1992/1999) o *abyectos* (Butler, 1990a/2007) impone la necesidad de reflexionar acerca de las condiciones que limitan tal reconocimiento y de los supuestos vinculados a la construcción de lo *Otro*, relegado a los márgenes de la definición de lo humano en términos universales.

El problema de la universalidad, específicamente en relación con su alcance formal, constituye una de las vías de acceso posible para zanjar la cuestión. Tal como Seyla Benhabib (2002/2006) sistematiza, uno de los tantos conjuntos de ideas que condensa el término universalismo refiere a “...la creencia filosófica de que existe una naturaleza humana o esencia humana que define quiénes somos como humanos” (Benhabib, 2002/2006:62). Del mismo modo, Judith Butler (2000a/2011) señala que gran parte de los pensadores provenientes del campo de la teoría política intentan sostenidamente aislar un rasgo, o conjunto de rasgos, que guarden la potencialidad de ser extensivos a todos los seres humanos. En esta línea Butler se muestra sensible a la línea inaugurada por el pensamiento poscolonial de la mano de Gayatri Chakravorty Spivak (Femenías, 2007b; Narayan, 2009), quien devela el componente imperialista y colonialista que se

inscribe en el corazón mismo de toda concepción de igualdad que se arrogue un alcance universal. En efecto, como afirma Butler, “...‘universalidad’ es indisociable de expansión imperialista”, (Butler, 2000a/2011:21) al menos en este sentido.

Butler, arroja algunas articulaciones nodales que iluminan el tratamiento del problema que gira en torno a la inteligibilidad de quienes escapan al alcance del universal. Ubica esta franja abyectizada como producto de una exclusión que cristaliza un exterior constitutivo –franja poblacional susceptible de ser vinculada con la dimensión del *terror* arrojada por la pretensión desmedida de los postulados de cierta concepción de universalidad. A través de un pormenorizado análisis de Hegel, Butler concluye que la universalidad se desdobra en una instancia abstracta y en una concreta. Lo universal es separado, en primera instancia, del mundo que intenta conocer. Así, se conforma una universalidad abstracta, solipsista, que pierde de inmediato su carácter exclusiva y aparentemente formal cuando se deslinda la necesaria producción y exclusión de lo concreto como precondition básica para la producción de lo formal. En este contexto, Butler se interroga acerca de la posibilidad de entender la universalidad en términos de un formalismo teórico. Parece evidente que la universalidad en términos formales es producto de una abstracción, como tal carga en sí la necesidad de separarse y excluir lo concreto. En este sentido, desde esta perspectiva, la abstracción no puede desembarazarse de la concreción de la que busca diferenciarse. En palabras de Butler,

si lo abstracto es en sí mismo producido a través de la separación y negación de lo concreto, y lo concreto permanece adherido a lo abstracto como su contaminación necesaria, exponiendo el fracaso de su formalismo para permanecer rigurosamente como tal, se desprende entonces que lo abstracto es fundamentalmente dependiente de lo concreto y ‘es’ ese otro concreto en una forma que es sistemáticamente elidida por la posterior aparición de lo concreto como ejemplo ilustrativo de un formalismo abstracto (Butler, 2000a/2011:25).

A partir de allí es posible deslindar el modo en que la noción de Sujeto que arroja el formalismo abstracto propio de la pretensión universal de igualdad anula en el proceso mismo, la diferencia alojada en la materialidad de los cuerpos. Si la igualdad anula la diferencia, lo formal anula la materialidad, el sujeto universal anula aquello del cuerpo que va más allá de tal formalismo fantasmagórico. Si tenemos en cuenta que el discurso normativo articula un sujeto modélico universal que porta una identidad configurada a partir de la identificación consigo mismo, a partir de la afirmación de Butler: “*la ‘materialidad’ sólo aparece cuando se borra, se oculta, se cubre su condición de cosa*

constituida contingentemente a través del discurso. La materialidad es el efecto disimulado del poder” (Butler, 1993a/2008: 65), podemos afirmar lo inverso: El sujeto universal, abstracto, cuya unicidad está garantizada por la identidad monolítica que porta, sólo aparece cuando se borra, se oculta, se cubre la dimensión material de los cuerpos; entonces –aunque esto implique un deslizamiento de sentido que superpone *materia y materialización* como un forzamiento para enfrentar a Butler consigo misma y, así señalar lo que aquí interesa– la des-materialización es el efecto disimulado del poder.

Butler deriva el carácter violento que se desprende de la universalidad pensada en esos términos. La universalidad se retroalimenta a través de la negación –su actividad fundamental. Butler se empeña en exhibir el carácter aniquilador de una definición universal de lo humano que, a la par que se arroga la capacidad de representar a todos y cada uno de los seres humanos dentro de sus dominios, se niega a modificar sus fronteras para incluirlos. En efecto, como señala nuestra pensadora, a una universalidad oficial subyace una universalidad espectral que expone la imposibilidad de que todos alcancen el nivel de lo reconociblemente humano, incluso en su aspecto corpóreo y material, dentro de sus términos.

333

Ahora bien, como se ha mencionado anteriormente, la diferencia irrumpe, desde hace ya varias décadas, en los discursos multiculturales y poscoloniales como positivamente valorada, como un rasgo, sea cual fuere, que constituye un núcleo identitario que posibilita el reclamo de reconocimiento. Desde este punto de mira se podría argumentar que tales diferencias, como positivamente otras, merecerían de por sí reconocimiento (Femenías, 2007b). Sin embargo, podríamos interrogarnos junto a Benhabib (2002/2006) ¿qué implica el reconocimiento?, ¿quién debe otorgar, indicar o distribuir este reconocimiento, o cómo debe hacerse?, ¿toda la franja poblacional absorbida por la otredad debería reclamar reconocimiento, si la instancia que lo otorga se encuentra articulada en los términos antes analizados?

Algunas reflexiones de Butler permiten cercar su posicionamiento. A su criterio, el exterior constitutivo nunca puede pasar a ser completamente interno, inmanente. En otros términos, es imposible integrar la particularidad sin haberla negado antes, entonces “...esa negación sólo confirmaría una vez más que la universalidad no puede proceder sin destruir aquello que intenta incluir...” (Butler, 2000a/2011:30).

A través de un intercambio epistolar con Ernesto Laclau, Butler reflexiona sobre las diferencias y vinculaciones existentes entre las categorías de igualdad e inclusividad (Butler & Laclau, 1995). No es extraño que, para Butler, la inclusividad constituya un ideal irrealizable de carácter abierto e incompleto. En este sentido, todo proyecto de inclusión debe comprometerse antes con su propia imposibilidad. Aunque algunas exclusiones son inevitables, eso no justifica la legitimidad de cualquier tipo de exclusión.

Por su parte, Laclau vincula la idea de igualdad con la idea de diferencia, lo que permite nuevas articulaciones posibles (Butler & Laclau, 1995). El campo de los iguales, por llamarlo de algún modo, no debe confundirse, a su criterio, con el campo de los idénticos. Igualdad y diferencia no son opuestos. En efecto, el hecho de que un grupo de seres humanos mantengan en común un mismo rasgo no anula las diferencias existentes entre ellos en múltiples otros aspectos. En última instancia, entonces, podría concluirse, junto a Laclau, que la igualdad es un modo, entre otros posibles, de organizar las diferencias.

Amartya Sen (2006/2007) insiste en el carácter plural de la identidad. La identidad es ineludiblemente diversa. En cada ser humano coexisten múltiples núcleos identitarios que nos igualan al mismo tiempo que nos diferencia, según los rasgos en cuestión, de otros seres humanos. Si la identidad es concebida en términos complejos y plurales, es posible que seres humanos incluidos en los marcos de inteligibilidad social y seres humanos *otros* que caen por fuera de *lo mismo*, sin lograr reconocimiento, se encuentren vinculados, al menos en alguno de los tantos núcleos que pueblan sus identidades. Entonces, las reglas que organizan, en términos de Laclau, el “juego de diferencias” operan de modo tal que algunas de tales diferencias, aparentemente más inaceptables que otras, son abyectizadas.

Varios son los ejemplos de quienes permanecen desposeídos o radicalmente no representados bajo los alcances de lo universal. Pero en el contexto de estos desarrollos mínimos nos interesa mencionar el carácter precario de las vidas queer (Butler, 2004b/2006) que no cuentan como humanas y están constantemente sujetas a la violencia. Es evidente el carácter contingente de los criterios que ordenan el *juego de diferencias*, los cuales responden a arreglos de poder. Siguiendo a Butler, “*el poder no es estable ni estático, sino que es reconstruido en diversas coyunturas dentro de la vida*

cotidiana; constituye nuestro tenue sentido de sentido común y está cómodamente instalado en las epistemes prevalecientes de una cultura...” (Butler, 2000a/2011:20).

Para Butler, ninguna organización social perdura sin ser reinstalada. En ese sentido depende de una reiteración constante, de una repetición que bajo ningún punto de vista está predeterminada. En efecto, su propia instalación permanece en el terreno de lo contingente. Tal modo de abordar la cuestión sitúa la problemática de la diferencia desigualada no el campo de la naturaleza, sino en el terreno de lo discursivo, de la representación. En palabras de Butler,

cuando analizamos los modos más comunes de pensar la humanización y la deshumanización, partimos del supuesto de que los que gozan de representación, especialmente de autorepresentación, tienen más probabilidades de ser humanos, y quienes no tienen la oportunidad de representarse corren mayores riesgos de ser tratados como menos que humanos, considerados como menos que humanos, o directamente no tomados en cuenta (Butler, 2004b/2006:176).

Si bien los aportes de Butler impactan directamente contra la idea de pensar las identidades en términos esenciales, la idea de reivindicar las diferencias puede acarrear algunos problemas. Afirmar positivamente la diferencia apelando a políticas de identidad, por ejemplo, entrapa la noción de diferencia en el riesgo constante del esencialismo, apelando a atributos transhistóricos, extra-discursivos, inmutables para conformar a partir de allí una plataforma políticamente sólida para efectuar reclamos. Es en la lucha contra este peligro del esencialismo que el cuerpo ha sido borrado en su materialidad.

Desde otro ángulo, María Luisa Femenías (2008) propone pensar las identidades en tanto complejas construcciones políticas, dice: “*reconocemos la identidad en términos de construcción constante, con estabilidad homeostática y pluridimensional, donde el proceso de identificaciones múltiples implica la autodefinition, tanto consciente como inconsciente, de lo que es ser un sujeto mujer*” (Femenías, 2008: 22) o un sujeto varón. Tal parece ser una definición que captura la identidad en su mayor complejidad posible, no coagulando al sujeto en esencias fijas tampoco diluyéndolo en la dinámica de un cambio, al tiempo que le otorga participación en la autodeterminación de su propio devenir.

Para Butler, “...*la transformación social no ocurre simplemente por una concentración masiva [a] favor de una causa, sino precisamente a través de las formas en que las*

relaciones sociales son rearticuladas y nuevos horizontes conceptuales [son] abiertos por prácticas anómalas y subversivas” (Butler, 2000a/2011:20).

Hacia la idea de *Quiasmo*

En suma, los últimos aportes de Butler en torno al cuerpo se alejan de su intento inicial por borrar el sexo, pues su interés ya no transcurre por colapsar su diferencia respecto al género. A pesar de que, aún en sus últimas producciones, Butler no negaría que cualquier aporte en función de la categoría de género debe renunciar a la noción de sexo como algo natural. Incluso también destacaría que el género no debe ser reducido al sexo, tampoco tomar al sexo como un terreno causal para el anterior. Sin embargo, esa explicación debe al mismo tiempo evitar la trampa de la inversión de esa causalidad. Generizar el sexo no significa, necesariamente, eliminar el sexo. Es posible, si tenemos en cuenta los aportes recientes de Butler, una teoría del sexo/género que sitúe la relación entre sexo y género al mismo tiempo que toma al sexo como una construcción discursiva de gran alcance, con importantes efectos sociales y políticos. Entonces, el cuerpo adviene como un sitio que permite y limita la acción política. Nuevamente, esto no significa que el cuerpo pueda o deba ser reducido al discurso. De hecho, el cuerpo excede el discurso y reelabora las normas que lo limitarían. Resulta interesante evitar un idealismo que reduce toda la materia a los signos, pero sin caer en un realismo extremo que separa radicalmente la materia de los signos. La primera posición ignora el hecho de que la materia no puede ser creada por el discurso. La segunda pasa por alto el hecho de que la materia es y sólo se materializa a través del discurso. Ambas siguen ciegas ante la simple verdad de que todos los signos son en sí mismos materiales (Butler, 1993a/2008).

Si bien Butler rechaza cualquier teoría construida sobre una idea de cuerpo subsidiaria a una ontología de la sustancia, no puede elidir algo fundamental acerca de los cuerpos: los cuerpos, de la última Butler, son vulnerables¹¹⁶. Un cuerpo depende de los demás y, al mismo tiempo, es objeto de posibles peligros que provienen de los demás. A través de nuestro cuerpo siempre permanecemos expuestos a los demás, y nuestra vulnerabilidad

¹¹⁶ En sintonía, Adrián Cangi (2011) afirma que “*‘hay’ un cuerpo, que ‘hay’ un espaciamento y vital y mortal del cuerpo que inscribe en la existencia y en sus prácticas que éste no tiene esencia sino que solamente existe y se expresa. Y en el existir cobra valor la vibración y la intensidad singular, móvil, múltiple y cambiante de un acontecimiento. Tocar el cuerpo singular implica experimentar una acción que lo expande o una contemplación que lo conserva*” (Cangi, 2011: 24).

nos ata a los otros (Butler, 2000a/2011, 2004b/2006). Sólo en este sentido encontramos algo primordial sobre el cuerpo, algo fundamental, innegable, una ontología universal (Butler, 2014).

En pocas palabras, existen líneas teóricas en el pensamiento de Butler donde el cuerpo posee dimensiones no tenidas en cuenta en las lecturas canónicas. La autora ha prestado atención al dolor y la vulnerabilidad de los cuerpos desde el inicio de su trabajo, sin embargo estas líneas quedan ocluidas por otros segmentos más pregnantes de su pensamiento, por tanto no son tenidas en cuenta por ciertas líneas de la teoría feminista a partir de las cuales se le efectúan fuertes críticas.

Las críticas que apuntan a Butler se preguntan por la materialidad del cuerpo, porque se centran en lo que su teoría de género le hace al sexo. Los críticos de Butler, tanto implícita como explícitamente, se preocupan por la primacía y la materialidad del sexo, y la base epistemológica que proporciona. La preocupación puede figurarse del siguiente modo: si el sexo es reductible en su totalidad al género, entonces ¿no hay tal cosa como sexo? Y si todo es sexo, entonces ¿el cuerpo ya no importa? Irónicamente, una de sus obras más notables se titula *Bodies that matter* contiene la afirmación directa de que los cuerpos sí importan. Sin embargo la palabra *matter* tiene claramente un doble significado. Como en dicho texto Butler articula una teoría acerca de la materialización de los cuerpos, muestra cómo los cuerpos *matter* en el sentido de llegar a ser materializados a través del discurso. Las críticas apuntan, más que nada, a saber cómo dentro de una teoría constructivista radical del género, el cuerpo *matter* en el sentido de ser importante, demostrando ser significativo tanto para la teoría como para la política. Responder a esta inquietud sobre el segundo sentido de *matter* requiere una exploración más allá de lo que Butler ha previsto expresamente para el papel del *sexo* en su teoría. Como fuere, el hecho de que el sexo no sea considerado como la base ontológica del género, no implica que el sexo simplemente desaparezca.

Entender el sexo a partir de los términos de género no equivale a afirmar que no hay ninguna diferencia entre sexo y género (Ahlbäck, 2006). El género se vive a través del cuerpo, y las normas de género no son inherentemente corporales - esto significa que reducir el sexo al género significa, en cierto modo, acabar con el cuerpo. Entonces, si bien sólo entendemos al sexo a través de las normas de género, ello no conduce directamente a la postura que afirma que no hay sexo. Del mismo modo que nacemos en

un mundo en el que ya operan las normas de género, también nacemos en un cuerpo... un cuerpo sexuado.

Cabe señalar, finalmente, la figura del *quiasmo* que la propia Butler introduce para pensar la compleja vinculación entre materialidad y lenguaje implicada en el análisis del cuerpo. Mabel Campagnoli (2013) reconoce las críticas que ha recibido la teoría performativa de la identidad de género de Judith Butler, respecto de no tomar en consideración al cuerpo. Si las acusaciones apuntan a que Butler postula una abstracción que captura al cuerpo, propia de todo idealismo, o fundacionalismo discursivo o lingüístico. Es así que la noción de *quiasmo* se instala como recurso que permite ver que su teoría no es desencarnada. Campagnoli detecta lo que en el recorrido aquí propuesto se ha señalado, esto es: en *Bodies that matter* Butler reformula su línea teórica, al menos parcialmente, presente en *Gender Trouble* respecto a la materialidad de los cuerpos como puramente discursiva. La reformulación refiere a introducir la dinámica de poder presente en el proceso de materialización, lo que torna a la materia de los cuerpos indisociable de las normas reguladoras que gobiernan su materialización y la significación de aquellos efectos materiales. Campagnoli advierte que si bien Butler no refiere a la noción de *quiasmo* para organizar tal reformulación, sí retoma la noción de carne de Merleau-Ponty. Es así que los vínculos entre cuerpo y discurso varían de tal modo que lenguaje y la materialidad no parecen, ya, enfrentarse de manera inconciliable, pues

el lenguaje es y se refiere a aquello que es material, y lo que es material nunca escapa del todo al proceso por el cual se le confiere significación. Pero, si bien el lenguaje no se opone a la materialidad, tampoco es posible reducir sumariamente la materialidad a una identidad con el lenguaje (Campagnoli, 2013:50).

Es en la particularidad de esta relación donde se localiza el *quiasmo*, noción utilizada por Butler en *Excitable Speech* (1997/2004). Allí afirma, nos muestra Campagnoli, que “*la relación entre el habla y el cuerpo es un quiasmo. El habla es corporal, pero el cuerpo a veces excede el habla; y el habla permanece irreductible a los sentidos corporales de su enunciación*” (Butler, 1997/2004: 251).

Más explícitamente, Butler nos dice

Suelo considerar la relación entre cuerpo y discurso como un ‘quiasmo’. Esta figura retórica procura comprender de qué manera dos entidades se superponen sin ser coextensas entre sí (...). El cuerpo cobra forma y figura en el contexto de ciertas normas discursivas (...) que lo ‘con-forma’ activamente. Pero al cuerpo no puede

reducírselo a las distintas formas que adopta, ya que por debajo de su desarrollo y transmutación hay algo continuo (...). Nunca nos encontramos con un cuerpo 'crudo' o puro, ni siquiera en momentos extremos de placer o dolor (...). Ambos pueden quebrar la forma, pero no por eso dejan de relacionarse con ella (...) el cuerpo y la forma discursiva a través de la cual se materializa son indisociables, pero al mismo tiempo no se reducen uno al otro (Butler, 1993a/2008:83).

Ciertamente, este postulado que implica una torsión clave que aún se intenta rescatar ya está presente en uno de los segmentos iniciales de su obra, cuando afirma que

Esto no significa que, por un lado, el cuerpo sea sencillamente materia lingüística o, por el otro, que no influya en el mensaje. En realidad influye en el lenguaje todo el tiempo. La materialidad del lenguaje, o más precisamente del signo mismo que procura denotar "materialidad", sugiere que no todo, incluyendo la materialidad, es desde siempre lenguaje. Por el contrario, la materialidad del significante (una "materialidad" que comprende tanto los signos como su eficacia significativa) implica que no puede haber ninguna referencia a una materialidad pura salvo a través de la materialidad. Por lo tanto, no es que uno no pueda salirse del lenguaje para poder captar la materialidad en sí misma y de sí mismo; antes bien, todo esfuerzo por referirse a la materialidad se realiza a través de un proceso significativo que, en su condición sensible, es siempre ya material. En este sentido, pues, el lenguaje y la materialidad no se oponen, porque el lenguaje es y se refiere a aquello que es material, y lo que es material nunca escapa del todo al proceso por el cual se le confiere significación (Butler, 1993a/2008:110).

Una diversidad que no olvide la vulnerabilidad de los cuerpos

A partir de aquí, tal vez sea posible tensar el pensamiento de las tres referentes mencionadas anteriormente –Simone de Beauvoir, Luce Irigaray y Judith Butler–, a modo de un sistema de pesos y contrapesos, que nos permite diferenciar proyectos políticos que transcurren en paralelo y, en su despliegue, se perjudican mutuamente. Butler ha elaborado un armamento teórico potente para la lucha política respecto a la abyección social que reciben los cuerpos que no se alinean coherentemente ni en posición mujer ni en la posición varón (transexuales, intersexuales, travestis, entre otros). Sin embargo, las redes de la teoría butleriana eclipsa, incluso va en detrimento de, la lucha librada por el feminismo, ya sea en la versión de Beauvoir o en la versión de Irigaray. Las tres propuestas debieran operar como posturas extremas que nos recuerden límites que no deben ser franqueados en la búsqueda de la igualdad democrática entre seres humanos. Butler, en una línea que se remonta mucho antes que ella, nos recuerda que la verdad del sexo no está inscrita en la biología de los cuerpos. Beauvoir e Irigaray, de modos muy diferentes, nos recuerdan que no debemos olvidar la vulnerabilidad que invade a los cuerpos de las mujeres en situaciones concretas.

SEGUNDO BLOQUE
LA PRESENTE INVESTIGACIÓN

ANTECEDENTES Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

Existen numerosas aproximaciones al estudio de la *no conformidad de género*. No sólo varían de acuerdo a la disciplina sino al enfoque adoptado. Actualmente existe consenso respecto a que la complejidad del tema exige un abordaje interdisciplinario. Como fuere, las aproximaciones al tema se localizan en un arco de perspectivas que van desde la categoría de *Trastorno de Identidad de Género* (GID) tal como la recorta el DSM-IV, hasta la categoría de *Identidad performativa* tal como es delimitada por la filosofía de Judith Butler (1990a/2007, 1990b). Ambas perspectivas han recibido profundas críticas a la hora de abordar el fenómeno en cuestión. La primera de ellas nos inscribe en la recurrente patologización intrínseca al planteo que supone el carácter atípico de toda identidad de género no anclada en el cuerpo anatómico que *naturalmente* le corresponde –CAPÍTULOS I y VI. La segunda perspectiva supone que toda presentación que expone la no conformidad entre identidad de género y cuerpo anatómico constituye una expresión de la diversidad que borra el cuerpo como fundamento esencializado del género –CAPÍTULOS IV y IX. En este último punto de vista el cuerpo en su materialidad, más allá del plano discursivo, parece no ser tenido en cuenta –el CAPÍTULO X intenta sopesar esta perspectiva–, y la identidad: una articulación lábil de identificaciones inestables que, en su juego continuo, admite la proliferación de otras formas posibles –el CAPÍTULO V intenta sopesar esta perspectiva.

En última instancia, la problemática queda referida a la relación *sexo/género*. Desde aquí es posible delimitar tres grandes marcos referenciales, o enfoques, para pensar tales entrelazamientos:

El enfoque biologicista¹¹⁷

Esta perspectiva supone que toda manifestación de masculinidad y feminidad surge de una predisposición biológica. Este marco biológico de referencia se obtiene a partir de

¹¹⁷ El Psicoanálisis norteamericano, al menos en las líneas examinadas respecto al tema que aquí interesa, se alinea en este enfoque, pues la identidad de género es, en última instancia, un desprendimiento de la biología de los cuerpos.

la extrapolación de observaciones recogidas en experimentos con animales y estudios etológicos. Los resultados obtenidos a partir de la administración de hormonas, pertenecientes al sexo opuesto, a pequeños roedores en estado fetal o perinatal han mostrado tener efectos de largo alcance sobre las conductas sexuales estereotipadas asociadas al apareamiento de los mismos roedores en estado adulto. Roedores hembra tratadas experimentalmente demuestran comportamientos socialmente dominantes y la puesta en marcha de acciones de cópula característicos de los varones. Por el contrario, los roedores macho tratados con estrógenos son menos agresivos y se presentan pasivamente para la cópula (Meyer, 1982).

Como se puede ver en la proliferación de la literatura psiquiátrica y endocrinológica al respecto, esta perspectiva proliferó en los inicios de la segunda mitad del siglo XX. La pregunta por la etiología biológica del travestismo (Housden, 1965) sostuvo gran cantidad de investigaciones en esta línea. Pese a las fuertes críticas que se han realizado contra quienes sólo incorporan esta perspectiva a sus modos de abordar el asunto, en la actualidad persisten indagaciones que anudan causalmente el *Trastorno de Identidad de Género* (GID) con una diferenciación sexual anormal del cerebro (Newman, 2002, Maluf, 2010). Desde esta perspectiva, el sexo del cerebro constituye la base causal de las expresiones de masculinidad y feminidad, por tanto el transexualismo o el travestismo son entendidas como anomalías de la naturaleza.

El enfoque fundacionalista biológico¹¹⁸

Esta perspectiva emerge con la innovadora distinción entre *sexo* y *género* efectuada por John Money (1957). Esta distinción incorpora los factores ambientales que intervienen, en primer plano, en la construcción de una identidad psicológica. La identidad de género refiere al sentido de pertenencia al conjunto de los varones o al de las mujeres y no guarda relación con el sexo biológico. Esta distinción ha sido incorporada a la teoría feminista y a los estudios de género para explicar que la situación de subordinación de las mujeres no formaba parte de su configuración biológica, sino que es producto de la socialización diferencial por género en el marco de una sociedad sexista.

Tal como señala Jason Glynos (2000), aquella distinción se encuentra en la base del denominado fundacionalismo biológico. En este marco, el psicoanálisis norteamericano

¹¹⁸ Tanto los aportes del feminismo como los del feminismo psicoanalítico norteamericano se alinean este enfoque, pues ambos suponen una dimensión identitaria construida a partir de normas sociales cuyos significados recubren los cuerpos biológicos, nunca cuestionados.

ha contribuido a aportar gran cantidad de conceptos a la hora de explicar el proceso interpersonal a partir del cual se construye la denominada *identidad genérica nuclear* (Stoller, 1968; Chodorow, 1978/1984; Benjamin, 1995/1997). Aún así, el cuerpo anatómico continúa operando como un marco referencial normativo fuerte a la hora de pensar aquellos casos en que sexo y género no coinciden. Esto es, a pesar de que proliferan explicaciones que dan cuenta del modo en que la construcción de la identidad de género se vincula a otros factores que no reductibles a la biología de los cuerpos, las producciones aquí enmarcadas continúan inscribiendo en el campo de la anormalidad la no alineación “natural” entre identidad de género y el cuerpo que le corresponde. La conformidad entre las expresiones de género y la anatomía de los cuerpos operan como criterio fuertemente normativo en este tipo de explicaciones.

El enfoque construccionista social¹¹⁹

En la década del 90 irrumpe en el escenario académico la producción teórica de Judith Butler. Gran parte de su producción, influenciada por Michel Foucault, apunta a atacar la clásica distinción sexo/género. Sus aportes han provocado un giro a la hora de pensar temáticas como el travestismo y el transexualismo, pues desde su punto de vista el sexo no constituye la base sobre la cual el género se deposita a través de la socialización para recubrir armónicamente su superficie. Por el contrario, el género instituye la diferencia sexual anatómica como hecho natural. El discurso de la diferencia sexual, como hecho natural, apela a un aspecto particular de la biología: la reproducción sexual. Así, bajo el signo discursivo de la reproducción sexual, los cromosomas, las hormonas y los genitales, dimórficamente decodificados, se constituyen como el soporte sustancial de la esencia del sexo natural (Laqueur, 1990/1994; Fausto-Sterling, 2000/2006).

Desde este punto de vista no es posible pensar los cuerpos por fuera de la marca social del género. Es así que la diferencia *sexo/género* pierde sentido y, de este modo, el cuerpo adquiere el carácter de constructo discursivo cuyo fundamento naturalizado es la resultante de estrategias de saber/poder que recorren el campo social (Foucault, 1975/2008). La verdad del sexo deja de estar inscripta en la realidad fáctica de los cuerpos, deja de ser el punto de referencia fundacional que legitima identidades que, naturalmente, le corresponden.

¹¹⁹ Los aportes de la Teoría *Queer* y las convergencias propuestas, aunque moderadamente, se alinean en este enfoque que, decididamente, cuestiona la naturalidad de los criterios que marcan aquello *con-forme* o no *con-forme* al género.

Esta perspectiva introduce una nueva mirada sobre la no conformidad con el género, pues el travestismo y el transexualismo lejos de constituir presentaciones patológicas o anómalas exponen y denuncian el lugar de las normas sociales a la hora de ordenar los géneros con criterios arbitrarios (Butler, 1990b; 1993b/2000). En este sentido, la idea de *no conformidad de género* supone la idea de una conformidad de género que ha sido conceptualizada claramente por Butler bajo la idea de coherencia de género. Matriz que impone una secuencia causal a elementos discontinuos –*sexo, género y deseo*. La psiquiatría ha capturado los desvíos a esta conformidad patologizando la *incoherencia* dada por la discontinuidad de estos términos bajo la categoría de *Disforia de género o Trastorno de la identidad de género*

Ian Wilson, Chris Griffin y Bernadette Wren (2002) señalan que *rol de género e identidad de género* constituyen categorías nodales que sostienen el constructo *no conformidad de género*, que emerge como *Trastorno de la Identidad de Género* en el DSM-IV. Tanto el concepto de *rol de género* como el de *identidad de género* irrumpen en 1950 y 1960, el primer caso refiere a los comportamientos, actitudes y disposiciones estereotipadas que en una cultura y en un período determinado se asocian diferencialmente a cada uno de los sexos (Money, Hampson, J. G. & Hampson, J. L., 1955). El concepto de identidad de género fue utilizado, entonces, para significar el sentido psicológico, o la convicción, de pertenecer a uno u otro sexo (Stoller, 1964). Money y Ehrhardt (1972) han destacado, a partir de esta distinción, que la identidad de género constituye la experiencia privada del rol de género, por tanto el rol de género constituye la expresión pública de la identidad de género. Desde la perspectiva del conjunto de autores que dieron a luz estos conceptos, ni el rol de género ni la identidad de género guardan en su génesis una relación necesaria con el sexo. Tal es así, que la no conformidad de género y el trastorno de la identidad de género refieren, justamente a una incongruencia entre el sexo y el género –esto es: el desacople entre cuerpo e identidad de género anudados normativamente.

El recorrido ofrecido a través de múltiples miradas enfocadas en la *Identidad de Género* y el *Cuerpo* –desplegadas en el PRIMER BLOQUE: ASPECTOS TEÓRICOS– nos enfrenta con diferentes modos de conceptualizar la *no conformidad de género*, pues su límites analíticos dependen del modo en se delimitan dichas categorías subyacentes, y el vínculo entre ambas. Es así que se retoman aspectos antes analizados para organizar los

antecedentes teóricos tomando otro criterio, no el de las miradas ya ofrecidas, tampoco el de los enfoques clásicos que se han sistematizado al respecto, sino a partir de tres perspectivas.

Perspectiva bajo el umbral de la autenticidad ¹²⁰

Él afirma «atrevidamente que quien lo viera ante el espejo con la parte superior de su tronco desnuda —sobre todo si la ilusión es apoyada por algún adorno femenino— recibiría la impresión indubitable de estar frente a un torso de mujer» (...) La mudanza en una mujer había sido el punctum saliens, el primer germen de la formación delirante

Sigmund Freud, *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente*

El enfoque centrado en la idea de autenticidad presupone una relación necesaria y auténtica entre el *cuerpo* y la *identidad de género* que naturalmente le corresponde. El carácter de autenticidad está contenido, y es otorgado, por datos objetivos pertenecientes a la realidad, bajo la forma de *naturaleza*. Claramente, el punto de anclaje fundamental de la *no conformidad de género* se encuentra en la idea de un cuerpo estable, fijo, natural e inmutable. La preocupación por la autenticidad presente en la *no conformidad de género* se basa en el sexo como un indicador estable e inmutable de la diferencia sexual y de la identidad de género que le corresponde, ya sea como expresión directa de la biología de los cuerpos –biologicismo– o como interpretación social –fundacionalismo biológico. La *no conformidad de género* refiere al desacople entre la identidad de género y un cuerpo anatómico que torna inauténtica tal identidad.

Bajo este espectro de la autenticidad permanecen las miradas sobre la identidad de género y cuerpo pertenecientes al psicoanálisis norteamericano, muy próximos a los aportes de la psiquiatría, al feminismo psicoanalítico norteamericano y la teoría

¹²⁰ En la revisión de la literatura al respecto se han hallado, entre otras, las siguientes referencias que dan cuenta de las investigaciones empíricas enmarcadas dentro de esta perspectiva: Housden, 1965; Meyers, 1968; Meyer, 1982; Kenna, & Hoenig, 1984; Wren, 2002; Zucker, Owen, Bradley & Ameeriar, 2002; Cohen-Kettenis & van Goozen, 2002; Newman, 2002; Freedman, Tasker & di Ceglie, 2002; D'augelli, 2002; Hines, 2004; Parent & Moradi, 2010; Holly, Kozee, Tylka & Bauerband, 2012; Toomey, Card & Casper, 2014, sólo por mencionar las más relevantes.

feminista¹²¹. Aunque con diferencias –sea porque se sostienen en el biologicismo o en el fundacionalismo biológico–, todas estas miradas no cuestionan la organización de los cuerpos en dos categorías naturales y, al mismo tiempo dejan deslizar, o dan por sentado, que cada identidad de género posee un cuerpo específico que opera como su fundamento que, lejos de ser contingente, se instala como *auténtico, real, verdadero, original*.

Desde un punto de vista biologicista, la psiquiatría ha abonado esta idea de autenticidad. Como es sabido, la sexología emerge a finales del siglo XIX, y se expande rápidamente, como una subdisciplina que cabalga entre la medicina y la psiquiatría (Ekins, 2005). Señala Philipp Gutmann (2004) que el auge desencadenado en el siglo XIX emerge claramente con el creciente número de publicaciones realizadas por médicos preocupados por el comportamiento sexual anormal o por condiciones anormales en los genitales, ambas presentaciones capturadas bajo la forma de trastornos psiquiátricos. Estas publicaciones encuentran su raíz en un discurso anti-onanista que se había iniciado en el siglo XVIII (Laqueur, 2003/2007). En esta corriente ha proliferado un cúmulo considerable de autores que vieron la única razón de los trastornos psiquiátricos en condiciones somáticas.

Tal es así que, durante el siglo XVIII, el discurso médico hegemónico instaló la principal lente cultural encargada de instituir la sexualidad tal como la conocemos hoy (Ekins & King, 1999). Inicialmente, la sexología se centró en la homosexualidad y, posteriormente, referentes tales como Von Krafft-Ebing, Havelock Ellis, Edward Carpenter la delimitaron como una enfermedad biológica, y ya no como un crimen (Frignet, 2003). El enfoque era claramente positivista –von Krafft-Ebing midió las caderas, las orejas, caras, pelvis y cráneos, también realizó autopsias a fin de descubrir una causa congénita. En este contexto, la causa somática de expresiones tales como el transexualismo ha sido considerada ampliamente por los argumentos psiquiátricos (Playdon, 2000). Playdon (2000) afirma que la transexualidad se considera una condición localizada en el cerebro a partir del hallazgo de seis mujeres transexuales que revelaron patrones femeninos en una zona del cerebro dimórficamente sexuada. De todas formas, en la bibliografía indagada, este tipo de estudio no muestra mayores

¹²¹ Se realizan algunas aclaraciones respecto a los debates que circulan dentro de las teorías feministas y su relación con este enfoque en el siguiente, breve, apartado.

desarrollos en las producciones contemporáneas psiquiátricas acerca de la transexualidad.

A partir del siglo XIX, el interés por el travestismo fue aumentando considerablemente. Tal es así que fue motivo de una proliferación considerable de literatura al respecto. Señala J. Housden (1965) que en el análisis de producciones científicas británicas, americanas, francesas, alemanas, danesas y suizas, publicadas en el período 1838-1935, existen 69 casos publicados. Entre 1935 y 1955 se registran 76 casos, ninguno de ellos abordado de manera sistemática y profunda. La mayoría de los especialistas mencionan la importancia de factores psicógenos en la etiología del travestismo, aunque conservan la convicción de que, aún no diagnosticadas, las condiciones constitucionales son las que cuentan verdaderamente. Por ello, la mayor parte de estos autores están a favor de la etiología biológica del travestismo, específicamente en trastornos endócrinos. Havelock Ellis, por ejemplo, insta a buscar un fundamento orgánico profundo (Crozier, 2000; Ekins, 2005). El avance de los estudios cromosómicos sostiene que estudios sobre travestismo masculino. Como fuere, a partir del análisis de las descripciones de los casos contenidos en la bibliografía especializada del tema, Housden (1965) concluye que no hay evidencia clara y contundente de una etiología biológica, afirmación en pie hasta nuestros días.

En 1910, el sexólogo alemán Hirschfeld publicó *Die Transvestiten* (Frignet, 2003), en la que señaló que el comportamiento de género cruzado ya había sido descrito en la literatura alemana desde 1877. Con la traducción del libro al Inglés el término *travestismo*, o *eonismo*, entró en vigor, y fue utilizado para describir cualquier forma de conducta de género que demostrara variaciones respecto a lo esperable (Wilson, Griffin & Wren 2002). Posteriormente, el término transexualidad se hizo más ampliamente conocida a partir de Harry Benjamin (1966). Este autor brindó una de las principales sistematizaciones al respecto. Benjamin se ubica dentro de la tradición sexológica temprana, no sólo propone una etiología biológica (constitución genética y endócrina) sino que también enfatiza la descripción sistemática de cuadros clínicos (nosografía) y su clasificación (nosología). Fue el primero en distinguir la transexualidad del travestismo (Benjamin, 1953). Fascinado por los experimentos de cambio de sexo en roedores realizados por Eugen Steinach (Benjamin, 1945), Benjamin se declaró a favor de la corrección quirúrgica en aquellos casos de transexualismo catalogados como *apropiados*. El modelo médico tiñó este abordaje al capturar las *variaciones sexuales* en

términos de enfermedad, cuyo curso transcurre por la recopilación de datos biográficos y psicológicos seguida por la clasificación, el diagnóstico y la una asignación etiológica. El autor refiere a experimentos sobre fisiología del cerebro para pensar en una posible explicación del *fenómeno transexual*, según su criterio la causa se localiza en la naturaleza neuroendocrina. Tratándose de cuerpos con genitales masculinos, arroja la posibilidad de una interferencia en la gestación, tal vez una gran cantidad de estrógeno de la madre o la falta de respuesta del órgano blanco neural, donde el centro del hipotálamo, a pesar de la morfología de los genitales, continúa siendo femenina, lo que determina la conducta sexual posterior y, posiblemente, causa desorientación en cuanto al rol de género (Benjamin, 1967). En el caso de cuerpos con genitales femeninos, Benjamin sugiere la posibilidad de que el centro hipotalámico sea masculinizado por una anomalía endocrina de la madre durante el embarazo. Benjamin admite otros factores causales, tales como trastorno genético o alguna forma de trauma. También menciona el lugar del condicionamiento infantil y que la identificación desviada respecto a los padres desempeña su papel, pero sólo si se ensamblan con una disposición prenatal subyacente (Benjamin, 1967). Sus escritos muestran una fuerte crítica respecto a posturas que priorizan la crianza por sobre la naturaleza a la hora de explicar la causa de la transexualidad.

En los comienzos de su producción al respecto –entre los años 1938 y 1954–, Harry Benjamin se enfrentó a sus primeros 10 pacientes transexuales. Señalan Wheeler y Schaefer (1988) que estos primeros pacientes resultan sorprendentemente representativos de todas las combinaciones y complejidades. Sin embargo llama la atención que los registros no mencionan comentarios sobre sus orientaciones sexuales. Estos autores mencionan, a partir de los registros de Benjamin, que los 10 pacientes manifestaron esta condición desde una edad temprana y sus síntomas apoyan la creencia de que la transexualidad se configura en el proceso de gestación. Claramente abogan a favor de una verdad acerca de la condición transexual que coincide con la postura de Benjamin.

En este período inicial, Benjamin clasifica a sus pacientes a partir de un sistema que admite tres tipos de travestismo según la intensidad de los deseos de travestirse y/o pertenecer al sexo opuesto. Posteriormente, a partir de 1953, comenzó a referirse a los travestis englobados dentro del *tipo 3* como transexuales, denominación reservada para aquellos pacientes que quieren pertenecer al sexo opuesto y están dispuestos a modificar

su anatomía como vía para corregir un error de la naturaleza (Benjamin, 1953). Añade Benjamin que los transexuales constituyen el grupo más perturbado de *travestis masculinos* puesto que creen que cambiando sus cuerpos llegarán a *ser* mujeres. Debe tenerse en cuenta que, en este momento de su producción, Benjamin no cuenta con la terminología sofisticada sobre *sexo*, *sexualidad* y *género*, tampoco cuenta con las nociones de *identidad de género* o *disforia de género*. El criterio del autor se restringe a la intensidad del *impulso transexual*, y no hace ningún esfuerzo por generar categorías que permitan ampliar el umbral explicativo. Destaca, por otra parte, el hecho de que sus pacientes no admiten contradicciones en su convicción. Tal carácter inconvencible, desde su punto de vista, afirma las raíces biológicas de estas presentaciones. Como ninguna forma conocida de intervención clínica de corte psicoterapéutico puede conmovir los deseos transexuales de reasignación de sexo, la intervención debe tomar la forma indefectible de una cirugía de reasignación de sexo. A estas alturas afirma, también, que todos sus pacientes son homosexuales –desde el punto de vista del sexo morfológico-anatómico. Destaca el autor que, la *desviación sexual* que sufren los transexuales está determinada genéticamente, por tanto no es posible cambiarla. Esto es un argumento que alimenta su predisposición a la reasignación de sexo, aunque destaca que luego de la cirugía la vida sexual de un transexual ya no puede centrarse en la genitalidad, pues la vagina artificial no sirve al paciente, nos dice, a la hora de satisfacer a un compañero sexual (Benjamin, 1953).

Al finalizar este período inicial Benjamin consolida su idea respecto a que la transexualidad constituye una clara *desviación sexual* (Benjamin, 1954). También brinda un elemento nuevo a la hora de distinguir *travestis* de *transexuales*. Para los primeros los órganos genitales son una fuente de placer, mientras que para los segundos son una fuente de sufrimiento, por tanto viven, asegura Benjamin, a la espera del día en que sus órganos sexuales repudiados sean quitados de su cuerpo. Incluso menciona que varios transexuales perciben sus órganos genitales como una deformidad terrible (Benjamin, 1954).

Entre los años 1955 y 1966, tal como señalan Wheeler y Schaefer (1988), Benjamin estudió a más de 350 pacientes transexuales y travestis. Hacia el final de estos años el autor publica *The Transsexual Phenomenon* (1966), considerado una de las obras más relevantes sobre la transexualidad para quienes se enfilan en esta perspectiva. Este texto devela algunas diferencias respecto a sus consideraciones iniciales, sobre todo en lo que

refiere a las distinciones entre la homosexualidad, travestismo (al que el autor refiere como *TV*) y transexualidad (*TS*).

Aquí, Benjamin comienza a distinguir entre *sexo* y *género*. Afirma que el sexo permanece vinculado a la sexualidad, a la libido y a la actividad sexual. Por tanto, el *género* es el lado no sexual del sexo. Menciona, en este sentido, que el género se encuentra por encima de la cintura y el sexo por debajo (Benjamin, 1966). A pesar de esta consideración, tal distinción no opera como una clave conceptual a lo largo de su obra, incluso llega a utilizar los términos de manera intercambiable. Benjamin continúa utilizando el criterio respecto al modo –placentero o no placentero– en que se perciben los genitales para efectuar la distinción entre transexuales y travestis. A pesar de que no utiliza el concepto de *identidad de género*, Benjamin menciona que el varón transexual sufre de una inversión de *rol de género* y de una orientación sexual falsa. También menciona la idea de una psique que puede ser diversamente masculina o femenina, e introduce el término *malestar de género*.

El *fenómeno transexual* deslindado por Benjamin se organiza en función de una escala de orientación sexual (*SOS*) que contiene diversos tipos de transexualismo y travestismo. Una de las tantas categorías contenidas en su clasificación refiere a transexuales verdaderos. Ingresan a esta categoría todos aquellos varones con *libido débil*, donde el deseo sexual es secundario a la intención de alterar los genitales y la preferencia sexual por una pareja heterosexual se instala después de la cirugía de reasignación de sexo. El autor no cambia de parecer en cuanto a la etiología, aunque hacia el final del libro su postura parece matizarse un poco al afirmar que las causas del *estado transexual* son, en gran parte, desconocidas (1966).

Entre los años 1967 y 1979, últimos de su vida laboral, Benjamin vio 1200 pacientes (Wheeler y Schaeffer, 1988). Sus publicaciones durante este período están marcadas por una creciente consolidación de su posición sobre la transexualidad. Durante este tiempo, el autor enfatiza que los transexuales que han sido reasignados asumen normalmente el *lugar del sexo* elegido –esto es: adquieren vida heterosexual teniendo en cuenta el sexo reasignado, incluso buscan el matrimonio y una vida familiar estable. En este sentido el autor señala el deseo de los transexuales por llevar una vida *normal* (Benjamin y Ilhenfield, 1973). Ahora sí Benjamin afirma que la transexualidad es un *trastorno de la identidad de género*, aporte que le quita protagonismo en sus escritos al énfasis otorgado anteriormente a su insistencia en la causalidad neuroendocrina. También, por

estos años, el autor ofrece una razón adicional para la cirugía de reasignación de *sexo*, a saber: la identidad de género debe estar tan firmemente establecida que sólo se vuelve posible la cirugía como vía de resolución de los conflictos acarreados por el trastorno. Es notable que, ahora, Benjamin toma como principal distinción entre *transexuales* y *travestis* al grado de malestar en relación con el *género*, y no se menciona el disgusto del *transexual* con el propio cuerpo antes de la cirugía.

En 1973, John Money monopoliza el estudio del *transexualismo* y logra desplazar tal término y sustituirlo por el de *Disforia de género* (Frignet, 2003). Es sabido que ya en 1955 Money importa la categoría de género, que más tarde se consagraría de la mano de Robert Stoller, como una forma sofisticada de explicar la discordancia entre el sexo biológico y sus modos de habitar las formas socialmente existentes para cada *sexo*. El concepto de *género* activó las controversias entre innato/adquirido. En medio de este debate, John Money consagró toda su obra a un intento sostenido por demostrar la independencia radical del *habitus social* respecto del sexo biológico. Basado en observaciones dudosas, guiadas más por la necesidad de demostración que por la supuesta objetividad de las pruebas, en la década del '60 Money logró convencer a la comunidad médica que el comportamiento *masculino* y *femenino* se rige por la educación y no por la biología de los cuerpos. En este sentido, en el sistema de John Money, el *género* adquiere prioridad y determina al *sexo*, el que puede adaptarse por medios técnicos a aquel. A pesar de la primacía del género por sobre el sexo, la teoría de Money mantiene la necesidad de una adecuación rígida entre los dos términos (Mercader, 1997).

En esta misma línea, en la edición de 1980 del Manual Estadístico y Diagnóstico (DSM-III) de la *American Psychiatric Association* la *transexualidad* se convirtió en un desorden mental. De acuerdo con el reciente DSM-IV, la categoría *disforia de género* – ya no *transexualidad*– se define como: (1) una identificación acusada y persistente con el otro sexo (no sólo el deseo de obtener las supuestas ventajas relacionadas con las costumbres culturales), (2) malestar persistente con el propio sexo o sentimiento de inadecuación con su rol, (3) alteración no coexiste con una enfermedad intersexual, y (4) la alteración provoca malestar clínicamente significativo o deterioro social, laboral o de otras áreas importantes de la actividad del individuo.

Por su parte, una modalidad vinculada al travestismo se incluye como una de las manifestaciones de la desviación sexual en la primera edición de dicho manual

publicado en 1952 y, en estudios contemporáneos, permanece ligado a una presentación fetichista posible dentro de las parafilias (Sperling & Arlow, 1954). Al respecto señala Michael Wiederman (2003) que en aquellos casos en que el fetiche implica la excitación sexual usando ropa perteneciente al otro género, corresponde el diagnóstico por separado de *fetichismo travesti*. Aunque en teoría tanto varones como mujeres, heterosexuales y homosexuales, pueden experimentar *fetichismo travesti*, en la práctica sólo varones heterosexuales han sido diagnosticados. En este sentido, señala Milton Jucovy (1976) que el interés y la fascinación por la ropa y los adornos de mujeres que aparecen en el travestismo masculino ha instalado la concepción de que tal presentación constituye una forma específica de fetichismo. Indagaciones de Jucovy (1976) muestran el modo en que autores clásicos como Hirschfeld y Ellis no se han mostrado conformes con vincular el travestismo con las perversiones fetichistas, pues, señalan, que en la perversión el fetiche se convierte en un elemento erótico importante sólo cuando se pone en contacto con el cuerpo del paciente. Por tanto prefieren enrolar a los travestis como homosexuales pasivos y afeminados al extremo ya que expresan el deseo continuo no sólo de llevar ropa de mujeres, sino de vivir como ellas.

En este intento por delinear la especificidad del travestismo, aclara Wiederman (2003) que la diferencia con travestis reside en que éstos poseen un claro trastorno de *identidad de género* que conduce a quien lo padece a un intento de vivir continuamente vestido como un miembro del otro *sexo*, en estos casos la principal motivación no es sexual. Agrega que los *Drag Queens* son varones homosexuales que se visten como mujeres con fines estéticos y dramáticos. Respecto a ellos, la diferencia reside en que los varones que experimentan fetichismo travesti son masculinos en su presentación y en el *rol de género* que asumen y están involucrados en relaciones heterosexuales a largo plazo. Estos varones pueden participar en el travestismo en diversos grados, ya sea constantemente o sólo de forma intermitente (Wiederman, 2003).

Si regresamos a la categoría de *Trastorno de la Identidad de Género*, Heino Meyer-Bahlburg (2002) establece una serie de factores que, desde su punto de vista, contribuyen al desarrollo y al mantenimiento de esta disforia. El listado está compuesto por los siguientes factores: (1) Anomalías del entorno hormonal presente en la configuración del sexo prenatal, categoría que incluye anomalías de la producción o utilización de hormonas sexuales, exposición a hormonas sexuales exógenas (progestágenos), exposición a las drogas (barbitúricos, opiáceos) y estrés materno

(físico, emocional); (2) Características del niño, que incluye apariencia física femenina, mala salud, temperamento (inhibido y tímido), separaciones tempranas, ansiedad por separación, rivalidad con hermanas, nacimiento tardío, numerosos hermanos varones, abuso sexual; y (3) Características de los padres u otros cuidadores, que incluye preferencia de los padres por tener hijas mujeres, inadecuada tipificación sexual de los padres, indiferencia hacia el comportamiento de género cruzado, iniciación y fomento del comportamiento de género cruzado, estímulo materno por una cercanía física extrema con el niño, falta o insuficiencia de modelos masculinos adultos, dominación materna y problemas psiquiátricos de los padres.

Meyer-Bahlburg (2002) destaca que la evidencia empírica se limita a pocos estudios serios de carácter correlacional, por lo que ninguno de los factores puede considerarse en términos causales. Esta salvedad también cuenta para investigaciones recientes que señalan características neuroanatómicas diferenciales. Se trata de una reducción del tamaño de núcleo cerebral, específicamente de la subdivisión central del núcleo de la estría terminal, en adultos transexuales de varón a mujer (Zhou, Hofman, Gooren & Swaab, 1995). El volumen de este núcleo es comparable con el de las mujeres, incluso presenta la mitad del volumen encontrado en los varones heterosexuales y homosexuales.

Por otra parte, no hay pruebas de que existan alteraciones de hormonas sexuales en los niños con *trastorno de identidad de género* durante la primera infancia. Por lo tanto, se descarta el tratamiento hormonal. Un detalle que llama la atención de Meyer-Bahlburg (2002): muchos niños en quienes el *trastorno de identidad de género* no prospera muestran lo que varios psiquiatras llaman *síndrome temperamental* que incluye: bajo interés en los juegos físicos fuertes y en los deportes, baja o nula agresividad con otros chicos, sensibilidad estética y alta emocionalidad. El autor atribuye a este *síndrome temperamental*, al igual que al *síndrome del niño inhibido* también presente en quienes poseen *trastorno de identidad de género*, una base genética relacionada con variaciones prenatales de las hormonas sexuales. Por otra parte, factores etiológicos del *trastorno de identidad de género* ligados a aspectos psicosociales son considerados como adicionales. Desde el nacimiento en adelante, el niño está expuesto a las relaciones que se llevan a cabo dentro de la familia. Es posible notar, destaca el autor, un fuerte apego, inusual, del niño que padece este trastorno a mujeres adultas, esto es reforzado cuando los padres, varones, se alejan y evitan al niño debido al desagrado que les provoca el

comportamiento femenino. Otras influencias psicosociales adicionales vinculadas con el desarrollo del género provienen del grupo de pares (Maccoby, 1998).

Por su parte, lejos de criticar la categoría diagnóstica de *trastorno de identidad de género* (Abell & Dauphin, 2009; Timimi, 2009), el psicoanálisis norteamericano constituye una fuente prolífica de explicaciones teóricas en torno a la ruptura de la autenticidad que subyace a la *no conformidad de género*. Stoller (1968a) propuso que la transexualidad es el producto de identificaciones inconscientes que se despliegan en el contexto de crianza, que culminan por conformar una identidad de género que no corresponde con el sexo del niño. Robert Stoller y Gilbert Herdt (1982) son claros al plantear su hipótesis etiológica: a pesar de que los autores no descartan en absoluto factores biológicos, se centran en otra dimensión del conflicto que desata la problemática transexual. Su hipótesis afirma que cuanto más tiempo dura y cuanto más íntima y placentera es la simbiosis madre-hijo, mayor es la probabilidad de que ese niño se feminice. Tal efecto persistirá si el padre del niño no interrumpe esa fusión. Los varones *anatómicamente normales* más femeninos –transexuales primarios– revelan estos elementos etiológicos. A la inversa, cuanto menos presente está la constelación dada por esta profunda simbiosis, la producción de feminidad disminuye.

354

Es preciso destacar que los desarrollos de Stoller encuentran sus precedentes en los intentos de algunos psicoanalistas norteamericanos por explicar la causa del *travestismo*. Sin el concepto de *identidad de género* que aporta Stoller, pero con los elementos conceptuales propios del psicoanálisis de las relaciones objetales, las explicaciones apuntan a una temprana interferencia de las fases del desarrollo normal, donde la diferenciación del *self* y la formación de la *imagen corporal* –conceptos nodales para esta teoría a la hora de comprender el desarrollo temprano– se ve profundamente perturbada. La dinámica que desata el travestismo, en términos de fetiche perverso, refiere a problemática profunda en donde la diferenciación defectuosa del *self* respecto del objeto materno genera una imagen corporal perturbada, es entonces cuando surgen los intentos reparatorios mediante la *falicización* del cuerpo de la madre, tomada, a su vez, como objeto identificatorio masivo (Yazmajian, 1966). Otros desarrollos que vinculan travestismo con fetichismo, con patrones de conducta masoquista y con un funcionamiento mental de tipo *borderline* (Scharfman, 1976), y que vinculan travestismo con esquizofrenia (Lukianowicz, 1961) también consideran,

entre sus factores causales, la ausencia de un padre con quien el niño pueda identificarse.

Estos desarrollos no centrados en los aportes de Stoller permiten poner en perspectiva el quiebre conceptual que introduce la categoría de *identidad de género*, pues permite pensar la posibilidad de una construcción psicológica que no hunda sus raíces en un cuerpo que auspicia de fundamento naturalizado. Sin embargo, a partir de la minuciosa lectura de la propuesta de Stoller, es claro que la *identidad de género* de Stoller está estrechamente vinculada, incluso superpuesta, con la idea de *imagen corporal distorsionada* que le antecede. En este sentido Stoller es un teórico de la *autenticidad* y, de ninguna manera sus aportes se enmarcan dentro de un construccionismo social. Claramente el concepto guarda en sí una potencialidad disruptiva, potenciada por sus capturas posestructuralistas. Aún así la perspectiva de Stoller (1967) continúa estrechamente ligada a lo biológico –la identidad de géneros, afirma el autor, se establece sobre la base de la anatomía y la fisiología de los órganos genitales externos, sobre una *fuerza biológica* y sobre la influencias de la actitud de los padres. De todas formas, más allá de que el autor reconoce explícitamente la importancia de la biología en la formación de la *identidad de género*, se destaca el modo, no siempre implícito, en que aboga a favor del anudamiento legítimo y necesario entre identidad de género y su cuerpo correspondiente, concepción que lo conduce a catalogar el transexualismo en términos de *aberración*. Si bien enfatiza aspectos relacionales, estos siempre se enmarcan en los extravíos de la naturaleza. Por tanto, sus identidades poseen un referente auténtico.

Como fuere, los aportes de Stoller en un panel sobre identidad sexual permiten una aproximación sintética a su planteo. En su conferencia, titulada *The male transsexual: mother's feminized phallus* –reportada por Virginia Clower (1970)–, Stoller hace un recorrido extenso por su trabajo con *anomalías extremas* de género, esto es: varones que insisten en pertenecer al sexo opuesto y exigen una intervención quirúrgica en sus cuerpos. Stoller conceptualiza al varón transexual como *falo feminizado de la madre*. Posteriormente el autor llama la atención respecto a que estos pacientes tenían características comunes con un número de niños pequeños cuyas madres eran analizadas como parte de un programa integral de tratamiento y estudio. Esto permitió a Stoller deslindar características desde una perspectiva relacional del niño con su madre (Person, 1988). Por el lado de los niños, el autor nota algunas invariantes: a la edad de dos o tres

años ya desean vivir, usar ropa y tomar el rol de niñas, tanto en el plano concreto como en la fantasía. Posteriormente, se instala el deseo de que el propio cuerpo sea el de otro sexo. Stoller dedica especial esfuerzo a destacar que estos niños no ingresan de ningún modo bajo el diagnóstico de psicosis, pues no manifestaron ningún signo de imagen corporal defectuosa o alteraciones en las funciones del yo. Otras líneas del desarrollo permanecen intactas, como las relaciones con los objetos animados e inanimados y la capacidad de abstracción. Stoller describe a estos niños como encantadores, creativos, extrovertidos e, incluso, ganan fácilmente el afecto de sus compañeros pequeños como el de los adultos. Por su parte, las madres de estos niños transexuales ofrecen una gran oportunidad para la separación y la individuación (Mahler, 1984), excepto en el área de, nos dice Stoller, *apego a la feminidad de la madre*.

Tal es así que, para Stoller, la madre del varón transexual, cuando ella misma era una niña, se ha visto confrontada a una madre carente de afecto y fría que ha despreciado la feminidad de su hija. Esa niña, con una madre que no valoró su feminidad, se traslada con desesperación hacia su padre. Muy probablemente, nos dice Stoller, el padre la ha alojado en sus propios términos que la instalan como una persona similar a él mismo y no como a una hija femenina donde circula un vínculo reprimido de cualidad heterosexual. Es así que ella se convierte en una *tomboy* –marimacho. Cuando la pubertad trae sus evidentes cambios propios del sexo femenino, esta púber, a diferencia de la mujer transexual, entierra sus esperanzas de convertirse en varón y adopta una fachada más femenina y, sin interés romántico o erótico, finalmente se casa. Estas madres, además, presentan una profunda depresión, sentimiento de inadecuación, patologías significativas de carácter, identidad sexual *nebulosa*, mala identificación femenina y fuertes conflictos bisexuales sin resolver (Meyer, 1982). El hombre con quien se vincula será distante y pasivo, tal vez femenino o afeminado. Este modelo de pareja parental es el que engendra, en el modelo de Stoller, al hijo transexual (Clower, 1970).

Esta matriz conceptual inaugurada por Stoller ha constituido una plataforma teórica dentro del psicoanálisis norteamericano a partir de la cual varios analistas han abordado casos problemáticos y, a partir de estos desarrollos, conciben la causa de la transexualidad ligada a desviaciones de las instancias parentales respecto a la feminidad y la masculinidad *normales*. Es decir que padres afeminados y madres dominantes están en la base de un hijo potencialmente transexual. Por ejemplo, Calvin Haber (1991)

relata su abordaje del caso de un niño de casi cuatro años de edad llevado a consulta a causa de su deseo persistente de utilizar ropa de su hermana, zapatos y esmalte de uñas. Los conceptos de identidad genérica nuclear de Stoller y de desidentificación de Greenson sobrevuelan el caso, remitiendo al desempeño de las figuras parentales, con diferentes grados de apego, y a sus propias historias, enfoque que inscribe el problema en el encadenamiento de, al menos, tres generaciones.

Dentro de la misma matriz conceptual, el propio Greenson (1966) describió la psicoterapia de un niño travesti. Este niño mostró una profunda identificación con la madre y las dificultades presentes en el rol del padre para favorecer la desidentificación. Otro análisis de un niño de cinco años de edad, con tendencias travestis es descrito por Sperling (1964 en Haber, 1991). El paciente demostró una paridad de representaciones mentales masculinas y femeninas, incluso presentó un sueño en el que el niño era mitad hombre y mitad mujer. En la misma línea, Loretta Loeb y Morton Shane (1982) exponen el análisis de un niño transexual de cinco años que despreciaba su pene y poseía ansiedad de separación respecto a su madre. Los analistas demuestran cómo logran resolver el deseo transexual de este niño a partir de una reorganización de la esfera identificatoria. Aseguran, por tanto, que un adecuado análisis contribuye a que el niño transexual pueda lograr un sentido de la identidad de género adecuado. Reafirman la crucial importancia del papel del padre en la separación e individuación intrapsíquica del niño con la madre simbiótica. El papel fundamental del padre en la promoción de este evento es subrayado hasta el cansancio por decenas de autores (Jacobson, 1964; Roiphe y Galenson, 1973; Abelin, 1971, Stoller, 1979; Popplewell & Sheikh, 1979, entre muchos otros). Otro número de autores dan protagonismo al fracaso del padre, como condición para que el niño logre autonomía de la madre, como factor primordial de los trastornos psicológicos implicados en perversiones sexuales, cuya exponente principal es el transexualismo y el travestismo (Socarides, 1970).

También se encuentran aportes que, dejando a un lado las preocupaciones por la causa, quitan el énfasis en el travestismo y el transexualismo como una manifestación centrada exclusivamente en la regresión hacia el deseo de fusión simbiótica con la madre fálica dominante. Más bien sugieren la posibilidad de que el travestismo opera de tal modo que permite la adaptación, por tanto se trata de una progresión en el desarrollo. En esta línea se destaca Milton Jucovy (1976), quien toma aportes de observaciones antropológicas que describen como, en los ritos de iniciación de varios *pueblos*

primitivos, los niños se visten con ropas del sexo opuesto. Si bien Jucovy (1976) piensa al travestismo como una patología, la comparación entre prácticas institucionalizadas en otras culturas y sus datos clínicos imprime una novedad a su perspectiva. De este modo, el travestismo reúne dos objetivos –que desde la fuerte crítica de Ethel Person (1976) resultan paradójicos–: la fusión defensiva con la madre pregenital que permite disipar la ansiedad de separación, y el intento de desidentificarse de ella para lograr la identidad masculina. De este modo los detalles de ciertas ceremonias de iniciación son utilizados para iluminar y aclarar dinámicas implicadas en los casos de travestismo que contribuyen a enfatizar su faz adaptativa y no sólo regresiva.

Anne Bolin (1987) y David Grimm (1987) destacan los aportes de Richard Green (1978) al respecto, quien ha descrito muy sucintamente los tres grupos principales a los que los transexuales tienden a pertenecer: (1) *verdaderos transexuales*, esto es: individuos que poseen un núcleo morfológico de identidad sexual durante toda la vida que no corresponde a la morfología de su anatomía, ausencia de socialización efectiva en el rol esperado en virtud de su anatomía, ausencia de excitación genital frente al uso de ropas del otro sexo, y la ausencia de placer genital con parejas del otro sexo anatómico; (2) *transexuales travestis*, esto es: varones que han vacilado o han mostrado ambivalencias en su identidad sexual desde la infancia, han experimentado excitación genital que acompaña el uso de ropas del otro sexo y han tenido relaciones sexuales con personas del otro sexo; (3) *varones transexuales homosexuales femeninos y mujeres transexuales homosexuales masculinas*, esto es: personas cuyo núcleo morfológico de identidad sexual ha sido principalmente coherente con la anatomía, no han experimentado excitación sexual mediante el uso de ropas del otro sexo, y han tenido relaciones sexuales con parejas del mismo sexo.

Cabe señalar que actualmente existen líneas dentro del psicoanálisis norteamericano que incorporan y reivindican la primacía de lo biológico en la configuración psicosexual del ser humano. Sostienen que la diferenciación sexual del cerebro y del comportamiento se produce como resultado de las influencias hormonales prenatales. Abogan a favor de incrementar esta línea de conocimiento, única vía legítima para la construcción de un paradigma del desarrollo de sexualidad (Friedman & Downey, 2008).

Para finalizar los aportes enmarcados en esta perspectiva resulta pertinente la síntesis que el propio Robert Stoller (1978) realiza respecto a sus hallazgos:

(1) Si un niño ha mostrado actitud femenina desde el momento en que aparece por primera vez el comportamiento de género (alrededor del primer año de edad) y si nunca ha manifestado ningún interés o conducta masculina de forma espontánea, entonces deseará ser una niña (es decir, ya es un transexual). Si, por el contrario, puede detectarse un comportamiento masculino mezclado con fuertes tendencias femeninas, existe la posibilidad de que el niño defienda la masculinidad e incurra en una perversión como la homosexualidad o el travestismo.

(2) Si la madre ha mostrado una actitud de protección extrema y persistente respecto al niño desde el nacimiento, esto alimenta una simbiosis que contribuye a que el niño se convierta en un transexual. Los esfuerzos de la madre por crear este ambiente simbiótico equivale la pureza de la feminidad resultante del hijo –a mayor simbiosis más hondamente arraiga la feminidad en el niño. Otro factor se suma a esta variable: estas madres humillan las cualidades masculinas de su hijo. Cuanto más se agrega la humillación a la sobreprotección menor es la apariencia natural de la feminidad de su hijo. Más bien, depende de la respuesta del niño ante los ataques de la madre. Si el niño no responde a esta denigración será un transexual. Si el niño responde con elementos hostiles, en un contexto donde prima la seducción simbiótica, el resultado será una caricatura de la feminidad, esto es: un niño afeminado cuyo resultado final es, probablemente, la homosexualidad. Si el niño responde con elementos hostiles de ataque en un contexto simbiótico sin elementos de seducción, el niño será un misógino.

(3) Si un niño se pone ropa o adornos femeninos de forma espontánea –por iniciativa propia– y de manera regular, sin que esto le provoque excitación sexual, a partir de entonces (y esto puede comenzar muy temprano, alrededor del año de vida) estamos frente a un niño transexual. En el caso de utilizar ropas del otro sexo, el niño debe indicar que quiere ser y que se siente como una niña. Por otro lado, el niño utiliza ropas del otro sexo como un espectáculo para llamar la atención, y lo hace de forma intermitente con un carácter sarcástico, probablemente el niño sea homosexual. Si la primera vez que el niño utiliza ropa femenina fue puesta por una mujer más poderosa –generalmente la madre– con el fin de humillarlo y castigarlo, probablemente el niño desarrollará una apariencia masculina aunque de modo intermitente utilizará ropa mujeres para excitarse sexualmente.

(4) Si el niño dice que quiere ser una niña y expresa su anhelo por cambiar sus genitales, el niño será un transexual. Si disfruta de sus genitales y se siente atraído sexualmente

por las mujeres, el niño será travesti. Si disfruta de sus genitales y se siente atraído sexualmente por los varones, el niño será homosexual.

(5) En ningún caso, sea cual fuere el diagnóstico, el padre del niño será un varón masculino apegado a su familia que mantiene una relación tierna con el niño. El padre del transexual está físicamente ausente casi todo el tiempo pero está presente psicológicamente de manera constante como modelo de fracaso. Tal padre también se encuentra en familias potenciales homosexuales y potenciales travestis, aunque no en todos los casos.

(6) Los niños homosexuales y los niños travestis son heterosexuales latentes. A pesar del carácter defectuoso de los procesos de separación e individuación por los que transcurrieron, han desarrollado algún sentido masculino del *self*, por tanto desea mujeres. Se siente a sí mismo una persona separada de su madre, y por lo tanto le gustaría poseerla si ella (y su padre) no tornara esta posibilidad tan peligrosa. En otras palabras, tanto los niños homosexuales como los niños travestis desarrollan un conflicto edípico, aunque fragmentado y primitivo. Nada de esto, por otra parte, ocurre en la situación del niño transexual.

(7) Existe un núcleo de identidad de género masculino de los niños homosexuales. Aunque los niños transexuales saben que sus cuerpos son de sexo masculino, su sentido interno permanece ligado al ser mujeres.

En suma, la noción de autenticidad se basa en tres supuestos interrelacionados: (1) es posible diferenciar dos niveles: el sexo y las expresiones del sexo –ya sea como desprendimiento directo de la biología de los cuerpos o bajo la forma de género: interpretaciones sociales, aunque ligadas necesariamente al sexo; (2) tanto el sexo como sus expresiones/interpretaciones constituyen rasgos mensurables; y (3) existe una población "normal", cuyas expresiones en lo que refiere a la masculinidad y a la feminidad se encuentran conformes al sexo que auspicia de fundamento auténtico y sustancial.

En relación con el primer supuesto, el enfoque de corte psiquiátrico y psicológico de la transexualidad requiere de una noción de *sexo* estable. Dicha estabilidad se alcanza a partir de la referencia a la composición biológica y anatómica del cuerpo y/o mediante la referencia al *género* en términos de identidad derivada de la anatomía del sexo. El grado en el que un individuo es capaz de adherirse al sistema dicotómico de género fundado en el dimorfismo sexual, marca un parámetro de normalidad considerable. Un

individuo normal será alguien que vive un género conforme a la autenticidad de su sexo. En este sentido, la comunidad médica no considera al individuo después de la cirugía de reasignación de sexo como un cambio legítimo de sexo/género. En este sentido, señala John Randell que “*es difícil convencer a los transexuales cuyos genitales han sido removidos de que en realidad son varones castrados*” (Randell, 1969: 375). Es así que la esencia masculina y femenina propia de cada cuerpo imprime inmutabilidad al sexo, independientemente de las intervenciones quirúrgicas a las que se someta. Por lo tanto, los individuos denominados como *transexuales* son decodificados, desde esta perspectiva, varones que viven como, o juegan a ser, mujeres o mujeres que viven como, o juegan a ser, varones.

El segundo supuesto refiere a al carácter mensurable del sexo y del género. Es así que se indaga empíricamente la conformación de la identidad de género de los niños a partir de, por ejemplo, categorizaciones ligadas al grado y frecuencia en que se utilizan juguetes, modos de jugar, preferencia de ropa, modo en que se compone el grupo de pares, entre otros indicadores (Green, 1978). La tipificación del comportamiento a partir de criterios altamente estereotipados establece expectativas individuales de género que, a su vez, constituye la base del diagnóstico o detección de potenciales niños transexuales. Se han registrado casos en los que la transexualidad ha sido diagnosticada antes de los tres años de edad debido al interés del niño por el uso de esmalte de uñas, la preferencia por ropa con estampado de flores y la preferencia por orinar en posición sentada (Hird, 2003).

Finalmente, el tercer supuesto que subyace a la idea de autenticidad instala el debate sobre la transexualidad en términos de *disforia*. Es decir que el transexualismo constituye un atributo de una minoría de *desviados* respecto a una población *normalmente* sexo-generizada. Es así que, desde esta perspectiva, la transexualidad refiere a una *patología* individual. De hecho, la transexualidad ha sido descrita como una *perturbación grave* (Walters & Ross, 1986), *el más extremo grado de desorden* (Lewins, 1995), *psicosis* (Socarides, 1970), *trastorno narcisista* (Lothstein, 1988), *conflictos de separación-individuación, perturbaciones en la formación de la identidad y características estructurales límite* (Kernberg, 1992/1994), *el mayor grado de desvío sexual y psicológico* (Maluf, 2010) –sólo por anexar algunos ejemplos a los ya mencionados en el desarrollo del apartado. Doorbar (1969), por su parte, señala que los transexuales presentan suspicacia frente a las figuras que revisten algún grado de

autoridad y desarrollan, frecuentemente, delirios de persecución. Knorr (1969) afirma que la comunidad médica sostiene que cualquiera que desee una cirugía que implique *la castración del pene* es, por definición, psicótico, independientemente de sus otros atributos de la personalidad y del comportamiento. El propio Robert Stoller (1968, 1975) describe a sus pacientes transexuales como mentirosos, desconfiados y con tendencia a banalizar sus graves problemas.

Aportes del feminismo: una zona gris entre perspectivas

Justo delante de Julia había dos grasientas melenas rubias: ¿en qué cabeza cabía que existieran chicas que se respetaban tan poco? Luego reparó en que se trataba de hombres. Y apestaban.

Doris Lessing, *El sueño más dulce*

Es preciso aclarar que las producciones tanto del feminismo psicoanalítico norteamericano como de la teoría feminista no cuentan con aportes teóricos que tematicen explícitamente la categoría de *no conformidad de género*. Si bien cuentan con el supuesto de autenticidad que entreteje identidad de género y cuerpo, sus producciones apuntan a explicar y dismantelar la relación jerárquica entre los sexos/géneros, por lo tanto el foco de interés recorta sujetos auténticos, esto es *conformes al género*. Aún así, los debates que transcurren dentro de la esfera de la teoría feminista revisten tal complejidad que no es posible capturarlos en un único enfoque. Aunque, en el grueso de sus producciones, tales reflexiones requieren de la categoría *Mujer* como plataforma identitaria a partir de la cual efectuar reivindicaciones y, por otra parte, no cuestionan el dimorfismo sexual, sería un error afirmar que en este prolífico campo de estudios no se han realizado reflexiones tendientes a problematizar el cuerpo. Es claro que la mirada en clave feminista¹²² localiza las coordenadas de la identidad más allá de la dimensión individual. Por tanto, aunque emerge el fantasma de la autenticidad como necesidad política, la mirada que incluye la dimensión política, social e histórica en principio

¹²² Habida cuenta de la complejidad del campo del feminismo, aquí selecciono, tal como lo hice en los CAPÍTULOS III y VIII, al feminismo radical norteamericano. Lejos de pretender tomar los argumentos esgrimidos en las políticas libradas en este sector específico, se trata, más bien, de una selección que sirve a los fines del recorrido propuesta en la primera sección de esta Tesis.

rompe con una perspectiva netamente biologicista e instala la cuestión dentro de los límites del fundacionalismo biológico y, al mismo tiempo, nos impide englobar la totalidad de sus producciones dentro de la perspectiva que persigue compulsivamente la autenticidad.

Entonces, la autenticidad tiñe una parte considerable de las aproximaciones feministas en torno al transexualismo (Billings y Urban, 1982; Jeffreys, 1990; Raymond, 1979) – específicamente las radicales norteamericanas cuyos propósitos y argumentos han sido expuestos en los CAPÍTULOS III y VIII. Opera, allí, la idea de una experiencia de género que debe guardar lazos de *coherencia* con el cuerpo. Las propias narrativas de personas transexuales también han participado en este debate, en sus esfuerzos por liberarse de las acusaciones persistentes de habitar un género de modo fraudulento (Bolin, 1996 y Bornstein, 1994 en Hird, 2000; Ekins & King, 1999). El problema persistentemente de la autenticidad encuentra sus fundamentos en una concepción extradiscursiva de los cuerpos, sitio donde se inscribe la verdad del sexo. Es esta noción esencialista la que ha generado incomodidad dentro de algunas líneas de la teoría feminista, lugar desde el que se ha impulsado el punto de mira *Queer* respecto a la teoría de *sexo/género* como resultado performativo –tematizado en los CAPÍTULOS IV y IX. Los debates feministas en torno a la transexualidad constituyen, indudablemente una bisagra entre perspectivas.

No puede negarse, entonces, que la teoría feminista marcó un viraje significativo con respecto al punto de vista centrado en la autenticidad. Es decir que la posibilidad de pensar la transexualidad en términos de performatividad se puede atribuir en gran medida a condiciones teóricas gestadas bajo el espectro de la teoría feminista. Tal es así que cuando la cirugía de reasignación de sexo comenzó a circular en la escena pública debido a la exposición del caso de Christine Jorgenson en 1953, el feminismo fue quien arrojó uno de los principales análisis frente al *problema* de la transexualidad por fuera de aproximaciones la psicológicas y la psiquiátricas. El análisis feminista se centró en las narraciones autobiográficas de transexuales que empezaron a circular en los medios de comunicación durante los años 1960 y 1970. En aquel momento, el feminismo radical rechazó fuertemente la transexualidad como una identidad legítima bajo el argumento de que la transexualidad se ajustaba a los estereotipos del género hegemónico en lugar de desafiarlo.

Las reflexiones apuntaron, fundamentalmente, a la clásica y popular afirmación de la *mujer atrapada en un cuerpo de varón* y al énfasis puesto en la cirugía de reasignación de sexo para corregir aquel problema psico-médico. Desde el campo del feminismo se afirmó, entonces, que médicos, psiquiatras y pacientes transexuales contribuyeron a *con-formar*, de manera conjunta, la *identidad transexual* afianzada en el deseo sostenido reasignación de sexo (Prosser, 1998 en Hird, 2000). Tal es así que los pacientes transexuales comenzaron a codificar su experiencia en torno a historias y perfiles de conducta previstos en las normas de atención para los *Trastornos de Identidad de Género*, esto es: actitudes altamente estereotipadas y manifestaciones de género al extremo tradicionales, necesarias para obtener la autorización y, por consiguiente, establecer el éxito de la reasignación de sexo. Por ejemplo, cuando Lili Elbe despertó de la primera etapa de su cirugía de reasignación de varón a mujer, escribió una nota que luego mostró a su médico (Stone, 1991). La nota resonó en los medios, su contenido desató amplio acuerdo en la legitimidad de que tal producción escrita, incluido el modo de escritura, reflejaba aparentemente, una *esencia femenina*.

A pesar de que las narrativas transexuales, leídas como un conjunto de estereotipos de género, fueron pensadas como flagrantes construcciones de la sociedad patriarcal, las conductas femeninas de las mujeres transexuales, que parecían emerger desde una misma realidad psicológica femenina, despertaron sospechas. Diversos sectores del feminismo radical norteamericano de los años '70 y '80 han mostrado un profundo malestar ante la irrupción de estas narrativas. Janice Raymond –autora de *Transsexual Empire* (1979), con el apoyo de Mary Daly (1978), su maestra y precursora– no dudó en afirmar que las mujeres transexuales lesbianas no debían pertenecer al campo político feminista, pues, desde su punto de vista, se trataba de una infiltración con fines políticos nefastos¹²³. Para Raymond la transexualidad es un sutil accionar del patriarcado a partir

¹²³ En su libro *Gyn/Ecology* (1978), Mary Daly afirma que el fenómeno de la transexualidad esconde una profunda estrategia patriarcal. Señala que la mayoría de los transexuales son *de varón a mujer*, mientras que las transexuales *de mujer a varón* funcionan básicamente como *tokens*, utilizadas por los gestores del sistema médico para ocultar la verdadera naturaleza del juego. La transexualidad implica, en su esencia, colocar varones en cuerpos femeninos –que en realidad son, afirma, *pseudofemeninos*. También señala el modo en que se *descubre* a la madre como la culpable de la *crisis de identidad de género* de sus hijos transexuales. A criterio de Daly estos pacientes pseudofemeninos *renacen* de modo inerte desde, y mantienen, su esencia masculina. Este renacimiento, señala, no es sin psiquiatras, cirujanos, endocrinólogos, y otros profesionales que cooperan en este *dar a luz* o producir personajes femeninos. Daly ubica este hecho como algo artificial al extremo, incluso ubica el *fenómeno transexual* como dentro del espectro de lo que denomina *Fenómeno Frankenstein* (Daly, 1978: 69-71), pues la mujer transexual, afirma, no es más que un engendro quirúrgico masculino que invade el mundo femenino. Se trata del anhelo patriarcal de crear seres sin mujeres. Mary Daly insta a no caer en falsas ilusiones: del mismo

del cual moldea y mutila carne masculina con el propósito de construir mujeres. Daly (1978) y Raymond (1979) llegaron a evocar la figura de *Frankenstein*, como alegoría de lo monstruoso, para referirse a las *mujeres transexuales*¹²⁴ (Jacques, 2007). También adjudicaron la intención de acaparar terreno ganado en las luchas feministas para, una vez instaladas allí, asumir roles de liderazgo y reafirmar la dominación patriarcal. Raymond rechazó de lleno la tolerancia ante la transexualidad, figura que facilita y fortalece, afirma, el poder de los varones por sobre las mujeres. Las afirmaciones de Raymond alimentaron líneas teóricas sobre la transexualidad que, incluso, fueron tomadas por algunos sectores conservadores del psicoanálisis francés. Catherine Millot (1990), por ejemplo, se basa en *Transsexual Empire* de Raymond para sostener que las transexuales lesbianas personifican la fantasía masculina de contacto sexual entre mujeres –una verdadera modalidad fantasmática, asegura, de violación que, valiéndose de la apariencia femenina refuerza una virilidad imborrable.

Transsexual Empire de Janice Raymond (1979) constituye, sin dudas, una declaración en contra de la reasignación de sexo que reclaman los transexuales. Abogando a favor de una *genética femenina académica* (Stone, 1991: 3), Raymond se preocupa por diferenciar entre mujeres *auténticas* y *no auténticas*. Para ello apela a los términos del fundacionalismo biológico:

Sabemos lo que somos. Sabemos que somos mujeres que nacen con cromosomas y anatomía femeninos, y seamos o no socializadas como mujeres normales, el patriarcado nos ha tratado y nos tratará como mujeres. Los transexuales no han tenido esta misma historia (Raymond, 1979: 114).

El modo en que la autora apela a la biología y a la socialización resuena en un argumento similar expuesta más recientemente por Sheila Jeffreys (1990), que proporciona una revisión crítica de las primeras autobiografías de Roberta Cowell y Jan Morris. Afirma Jeffreys que son historias típicas de transexuales. Desde su punto de

modo en que Frankenstein no puede ser considerado humano, las transexuales jamás pueden ser el testimonio de la posibilidad de producir mujeres a partir de cuerpos de varones.

¹²⁴ Philip Ball (2011) señala como dato relevante en relación a la figura de Frankenstein que “... *la criatura, pese a su tamaño amenazador, no es visiblemente horrenda, pero todo el mundo reacciona como si lo fuese. O mejor dicho, la verdadera raíz de su fealdad nunca llega a revelarse. Su apariencia resulta si cabe más terrible porque se suponía que tenía que ser hermosa; es como si esta aspiración hiciera especialmente insoportable el deficiente resultado...*” (Bell, 2011: 94). Resulta de interés analizar la comparación de Daly y Raymond a la luz de considerar los criterios que definen lo humano al mismo tiempo que generan lo abyecto o monstruoso (Femenías, 2013b). Martha Nussbaum (2004/2006) señala las amplias consecuencias del modo en que se organiza lo humano al demostrar cómo la normativa propia del sistema jurídico encuentra en sus bases la vergüenza y la repugnancia ante figuras abyectas.

vista los transexuales deciden imitar al extremo el comportamiento femenino y vestirse con ropa de mujer groseramente estereotipada. Jeffreys criticó a los transexuales de varón a mujer, argumentó que no tienen la capacidad para entender las verdaderas conductas femeninas, aquellas que las mujeres deben adoptar para evitar la censura patriarcal. Aquellos que los transexuales consideran como sus atributos individuales, para Jeffreys son los significantes políticos de la opresión de las mujeres. Al ponerse ropa y comportarse estereotipadamente como una mujer, los transexuales confabulan con el patriarcado y contribuyen aún más a la subordinación femenina.

Si bien los argumentos de Jeffreys respecto al cambio de sexo corresponden a una perspectiva feminista, los teóricos sociales que no se localizan en este campo han compartido este escepticismo (Hird, 2000). Señala Myra Hird (2000) que quienes se oponen a la cirugía de reasignación de sexo argumentan que la fraternidad médica se confabula con la sociedad para silenciar el imperativo cultural del sistema dicotómico de género. Por ejemplo, MacKenzie (1994, en Hird, 2000) argumenta que la cirugía mantiene las diferencias artificiales entre los sexos basados en el género, en lugar de desafiarlas. En *Sex by Prescription*, Szasz (1990 en Hird, 2000) sugiere la transexualidad constituye una invención gestada en el seno de la tecnología quirúrgica. Entonces, el deseo de experimentar con nuevas tecnologías garantiza que la reflexión crítica sobre la eficacia del cambio de sexo se reduzca al mínimo. En la misma línea, Hausman (1995 en Hird, 2000) argumenta que el transexualismo es el producto de una creencia moderna en la tecnología y su lugar privilegiado en la sociedad. Millott (1983 en Hird, 2000), por su parte, argumenta que no existiría la transexualidad sin el cirujano y el endocrinólogo.

Perspectiva bajo el umbral de la performatividad¹²⁵

Los trajes tienen un rol más importante que el de cubrirnos

Virginia Woolf, *Orlando*

En uno de sus artículos, Tamsin Wilton (2000) ofrece una crítica a los múltiples dualismos que impregnan tanto las discusiones teóricas en torno a las personas transexuales, así como las propias narrativas transexuales. Su artículo permite reflexionar sobre el modo en que la transexualidad adviene como un territorio, impugnado por varias feministas, en el que el interjuego entre categorías tales como *cuerpo*, *identidad*, *género*, así como el alcance de la construcción social, y sus límites, se complejiza. Resulta claro que la transexualidad y sus concomitantes debates, enfrentó a la teoría feminista con exigencia de interrogar los propios supuestos sobre el *cuerpo* y la *identidad de género*. Se han intentado mostrar los límites, inscriptos en el cuerpo, que existen a la hora de considerar a las transexuales como mujeres. Tal es así que el feminismo ha invocado al *cuerpo* como criterio para establecer las fronteras de la *identidad de género* –esto queda claro en los debates expuestos en los CAPÍTULOS III y VIII.

Algunos aspectos de la crítica que Myra Hird (2002) efectúa a la producción de Tamsin Wilton (2000) abonan a favor de comprender no sólo el nuevo terreno político, y ya no psicológico/psiquiátrico, en el que el feminismo inscribe la emergencia del *fenómeno transexual*, sino también el modo en que a partir de las tensiones producidas dentro de la teoría feminista se ha desprendido otra perspectiva ligada a la idea de *performatividad*.

¹²⁵ En la revisión de la literatura al respecto se han hallado, entre otras, las siguientes referencias que dan cuenta de las investigaciones empíricas enmarcadas dentro de esta perspectiva: Kessler, S. & McKenna, 2000; Rofes, 2000; Preves, 2000; Wilson, 2002; Eves, 2004; Fernández, 2004; Jacob & Cerny, 2004; Eyre, de Guzman, Donovan & Boissiere, 2004; Schrock, Reid & Boyd, 2005; Sanchez, Crocker & Boike, 2005; Brownlie, 2006; Kane, 2006; Schleifer, 2006; Shapiro, 2007; Johnson, 2007; Zambrini, 2008; Soley-Beltran, 2009; Schilt, & Westbrook, 2009; Rands, 2009; Rupp, Taylor & Shapiro, 2010; Good & Sanchez, 2010; Kaufmann, 2010; Yeadon-Lee, 2010; Elizalde, 2011; Solebello & Elliott, 2011; Asencio, 2011; Fahs, 2011; Nevatia, Raj, Mahajan & Shah, 2012; Nagoshi, Brzuzy & Terrell, 2012; Romero Bachiller & Platero, 2012; Coll-Planas, 2012; Galupo, Bauerband, Gonzalez, Hagen, Hether & Krum, 2014; Haines, Ajayi & Boyd, 2014; Taylor, 2014; Bantjes, & Nieuwoudt, 2014; Brinkman, Rabenstein, Rosén & Zimmerman, 2014, por nombrar las más relevantes.

En principio, a partir de narrativas transexuales, Wilton (2000) enfatiza la lectura superficial que las propias mujeres transexuales realizan sobre sus propios cuerpos. Atribuye esto a la influencia del dualismo cartesiano. A partir de allí, el autor realiza algunas críticas: en primer lugar, señala –en consonancia con Daly (1978) y Raymond (1979)–, que *ser* mujer a pesar de la corporalidad masculina cosifica regímenes hegemónicos de género; en segundo lugar –en consonancia con Jeffreys (1990)–, menciona que las personas transexuales reproducen estereotipos rígidos de género; y finalmente –en consonancia con Hird (2000)–, analiza el fuerte sexismo que atraviesa los discursos psico-médicos sobre la transexualidad. Señala, sin embargo, Hird (2002), que estas críticas efectuadas por Wilton constituyen una versión contemporánea de las críticas clásicas efectuadas por el feminismo radical a partir de la década del ‘70 –las afirmaciones de Janice Raymond constituyen su máxima expresión. Wilton se muestra muy crítico respecto a los discursos medicalizados sobre la transexualidad que, como tales, adhieren a un *sistema de sexo/género* donde *sexo* refiere a una dimensión corpórea real y *género* refiere a la *experiencia fenomenológica*. Sin embargo, a su crítica subyace una cosificación del dualismo cartesiano. Su artículo, bajo la pretensión de crítica, efectúa una reificación a pesar de las intenciones claras por impugnarla.

En su artículo, Wilton, por ejemplo, inscribe la vagina en el plano de la corporalidad y la menstruación dentro de los aspectos fenomenológicos. Entonces, desde su punto de vista, el autor argumenta que para una mujer transexual es posible la reconstrucción quirúrgica de la corporalidad, esto es poseer una *vagina*, sin embargo ella no tiene la experiencia fenomenológica de la feminidad constituida, en este ejemplo, por la menstruación. Claramente, para Wilton la vagina de la mujer transexual no es real, pues está construida quirúrgicamente para cumplir con la exigencia de la penetración, sin embargo es incapaz de engendrar¹²⁶. En el transexualismo opera, para Wilton, un modelo superficial y estático del cuerpo sexuado desgajado de la fenomenología que le corresponde. Señala Hird (2002) que, como no puede ser de otro modo, sus ideas van en detrimento de identificar a las transexuales como mujeres. De hecho Wilton utiliza el pronombre masculino para referirse a las mujeres transexuales, nominación que refuerza la visión que localiza al sexo y al género como realidades sustanciales e inmutables, y anulan la identidad auto percibida de un sujeto.

¹²⁶ Nótese que la opción onto-epistemológica de Tamsin Wilton (2000) constituye un claro ejemplo del *fundacionalismo biológico*.

Por otra parte, y en la misma línea, Wilton, dentro de su crítica explícita al discurso medicalizado, utiliza la categoría de *Disforia de género* para referirse a las personas transexuales. Tal como ya se ha expuesto, tal término invoca y sostiene el discurso médico mismo. *Disforia de género*, constituye un capítulo de la historia del transexualismo –historia de un discurso patologizante articulado por la psiquiatría y la medicina. Más allá de este señalamiento, la crítica de Hird se localiza en un grado de profundidad mayor que el simple hecho de señalar la reproducción de los términos utilizados en el debate. Pues Hird señala el sesgo que atraviesa el proceso de selección de todo el material relativo a la corporalidad y la fenomenología transexual. Por ejemplo, la preocupación de Wilton transcurre por la necesidad de interrogar la fuerte idea de que la mujer transexual no es más que una mujer atrapada u oculta en un cuerpo de varón. Este aspecto enfatizado por Wilton, la afirmación que refiere a *habitar un cuerpo equivocado*, da cuenta de un discurso de género polarizado y normativo, incluso heterocentrado, condimentos que no pueden faltar a la hora de definir posiciones que sostienen un vínculo *con-forme* entre sexo y género. Es aquí donde se vuelve interesante el señalamiento de Hird respecto a que los reclamos transexuales respecto a estar en el cuerpo equivocado marcan sólo un ínfimo aspecto entre muchos que actualmente caracterizan la experiencia transexual o transgénero. Entonces, el cliché de captura o trampa corporal representa sólo una forma de narrativa transexual. Wilton opta por excluir todos los relatos de personas transexuales que aportan otras experiencias que escapan al estereotipo.

Mientras Wilton sugiere la alianza entre las personas transexuales con los discursos medicalizados, Hird menciona que, a pesar del lugar en que los discursos médicos inscriben a las personas transexuales, las *narrativas transexuales* emergentes necesitan de él para cobrar inteligibilidad y, consecuentemente, *ser leídas*. Asimismo, las imágenes de cuerpo como cárcel o jaula que Wilton encuentra en la literatura transexual, se pueden combinar con un enorme número de relatos centrados en la crítica de este estereotipo¹²⁷. Por ejemplo, Bornstein (1994 en Hird 2002) argumenta que las personas transexuales no deben aspirar a ser varones o mujeres, no porque tal opción se encuentre limitada por la marca de una inautenticidad radical, como Wilton parece creer, sino porque las personas transexuales que se niegan a identificarse como

¹²⁷ Incluso la coexistencia de estereotipos y elementos críticos que van más allá de los posicionamientos normativos convencionales puede detectarse en algunas narrativas de transexuales. Para un ejemplo véase João W. Nery (2011).

femeninas o *masculinos* deconstruyen radicalmente el sexo y el género. En este contexto, los esfuerzos de Wilton por impugnar la reificación del dualismo cartesiano se desarticulan, sobre todo cuando las mujeres transexuales no pueden compartir la experiencia de *ser* una mujer, ya que no tienen *cuerpo femenino* desde el nacimiento – en este punto no hay distancia con Janice Raymond (1979).

Las críticas de Hird respecto a los aportes de Wilton permiten aproximarnos a la idea de *performatividad*, la cual instala un giro radical a la hora de pensar la *no conformidad de género*. Sugiere la producción discursiva de cualquier versión de la realidad basada en el sexo. Como tal, la *no conformidad de género* ofrece una posibilidad de análisis clave respecto a los mecanismos y estrategias a través de las cuales el sexo y el género son naturalizados y esencializados –CAPÍTULOS IV y IX.

Posiciones como las de Raymond, respecto a la reasignación de sexo, han sido cuestionadas en los últimos años por las narrativas transexuales emergentes (Hird, 2000, 2002). Tales narrativas no sólo muestran el modo en que los discursos psico-médicos modernos obligan a los individuos a identificarse únicamente con uno de los dos géneros, también dan cuenta de un cambio de énfasis analítico que va desde la autenticidad de la identidad de género a una noción más maleable de la identidad, como es la idea de *performance*. Este cambio fue impulsado por una combinación de reivindicaciones de derechos transexuales y la crítica postestructuralista y postmoderna hacia el esencialismo presente en la teoría feminista (Butler, 1990a/2007). Como hemos mencionado, en los últimos años, el texto mayormente citado en referencia a la performatividad es *Gender Trouble* de Judith Butler (1990a/2007). Butler sostiene que nunca nos experimentamos o conocemos como un cuerpo puro y simple, es decir, como nuestro *sexo*, porque no es posible acceder a nuestro sexo por fuera de su expresión generizada. Butler invierte la comprensión naturalizada respecto de que el sexo existe antes que el género y sostiene que el género produce al sexo como un efecto¹²⁸:

actos, gestos y deseo crean el efecto de un núcleo interno o sustancia, pero lo hacen *en la superficie* del cuerpo, mediante el juego de ausencias significantes que evocan, pero nunca revelan, el principio organizador de la identidad como una causa. Dichos actos, gestos y realizaciones –por lo general interpretados– son *performativos* en el sentido de que la esencia o la identidad que pretenden afirmar son *invenciones* fabricadas y

¹²⁸ Las posiciones extremas, así como las lecturas radicales que se han realizado, sobre *cuerpo e identidad de género* de la versión *Queer* de Judith Butler son matizadas en los CAPÍTULOS V y X, y es desde allí que se desprende el marco teórico propuesto, cuyos aspectos se despliegan bajo la forma de una perspectiva, que he dado en llamar, de la *multiplicidad*, en el siguiente apartado.

preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos. El hecho de que el cuerpo con género sea performativo muestra que no tiene una posición ontológica distinta de los diversos actos que conforman su realidad (Butler, 1990a/2007: 266)

En la misma línea que Foucault, Butler afirma que los discursos dominantes refuerzan la idea de que la naturaleza ya ha determinado la verdad de nuestro cuerpo, y que nuestros cuerpos definen nuestro género. Butler sostiene que el sexo no es más que un *efecto*. En *Gender Trouble*, Butler utiliza la imagen de la transexual para ilustrar la idea de que el sexo no es otra cosa que performance de género, y más tarde en *Bodies That Matter* (1993a/2008), aunque con algunas consideraciones más cautas, continúa operando bajo la idea de que la transexualidad es una actuación hiperbólica.

La idea butleriana respecto a la producción del sexo a través de la *performance* de género constituye un aporte contemporáneo que, aunque con sus profundas diferencias, hunde sus raíces en el interaccionismo simbólico y la etnometodología¹²⁹. La idea de performatividad permite tomar distancia de un sentido de *sí mismo* entendido como una totalidad dentro de un individuo, sin tener en cuenta los aspectos interactivos de la identidad. Las ideas de Butler en torno a la *performatividad* (1990a/2007) encuentra puntos de contacto con el interaccionismo simbólico, entre otros marcos referenciales muchas veces ocultos en sus textos, al subrayar, antes que Butler, el modo en que el sujeto negocia continuamente la acción social.

Por su parte, Erving Goffman (1959/2012) ha desarrollado muchas de las ideas de Margaret Mead en sus esfuerzos por argumentar que la interacción humana es frágil y se mantiene a través de actuaciones sociales. Goffman incluye la idea de *performance* como una categoría capital en sus planteos. El *self*, cuando permanece en la inmediata presencia de otros, se ve obligado a aceptar algunos hechos como signos convencionales o *naturales* de algo que no está al alcance directo de los sentidos. En un contexto de múltiples fuentes de información, el *self* actúa e impresiona a los otros. Estas comunicaciones no se reducen a las expresiones verbales, puesto que la tradición y el estatus social de un grupo requiere determinados tipos de expresión, también cobra relevancia aspectos teatrales, presumiblemente involuntarias, pues detrás de este accionar opera la tradición. Destaca el autor que vivimos mediante inferencias, entonces los observadores recogen indicios de conductas para aplicar estereotipos. Signados por

¹²⁹ Aunque establecer lazos de filiación teórica entre la teoría de la performatividad de Judith Butler y el interaccionismo simbólico, o la etnometodología puede admitir críticas, interesa enfatizar y sostener, al menos, una sintonía entre tales marcos teóricos pues en ella descansa parte de la justificación metodológica –véanse los ASPECTOS METODOLÓGICOS

un *modus vivendi* interaccional, nos dice Goffman, “*los otros actúan como si el individuo hubiese transmitido una impresión determinada, podemos (...) decir que este ha proyectado ‘eficazmente’ una determinada definición de la situación y promovido ‘eficazmente’ la comprensión de que prevalece determinado estado de cosas*” (Goffman, 1959/2012: 21).

La presentación del *self* en la vida cotidiana se realiza mediante su actividad total en una ocasión dada que sirve para influir de algún modo sobre otros participantes. Es a esto a lo que Goffman denomina *performance*. Cuando el *self*

desempeña un papel solicita implícitamente a sus observadores que tomen en serio la impresión promovida ante ellos. Se les pide que crean que el sujeto que ven posee en realidad los atributos que aparenta poseer (...) y que, en general, las cosas son como aparentan ser (Goffman, 1959/2012: 31).

El *self* de Goffman es un intérprete, actúa explícita o implícitamente. Esto lo conduce a entender al *self* en términos de personalidad tomando en cuenta que en su etimología se encuentra la idea de *máscara*. Actuamos incluso tomándonos a nosotros mismos como espectadores, pues nos formamos conceptos sobre nosotros mismos que necesitamos perpetuar mediante roles a partir de los cuales vivimos, así configuramos el *self* que creemos verdadero. El *self* es, por su definición misma, una *fachada*¹³⁰: una dotación expresiva empleada intencional o inconscientemente durante la actuación. Toda *fachada* “*supone gran parte de la actuación del individuo que funciona regularmente de un modo general y prefijado, a fin de definir la situación con respecto a aquellos que observan dicha actuación*” (Goffman, 1959/2012: 36).

Señala Goffman que las fachadas son, en última instancia, sociales, y tienden

a institucionalizarse en función de las expectativas estereotipadas abstractas a las cuales da origen, y tiende a adoptar una significación y estabilidad al margen de las tareas específicas que en ese momento resultan ser realizadas en su nombre. La fachada se convierte en una ‘representación colectiva’ y en una realidad empírica por derecho propio (Goffman, 1959/2012: 41).

Destaca Goffman que, en toda interacción la *performance* desempeñada para mantener la *fachada*, que nos otorga existencia y localización social, requiere expresar lo oculto,

¹³⁰ Como parte de esta *fachada*, Goffman incluye elementos del medio como mobiliario, decorado entre otros componentes del trasfondo escénico, pero también una *dotación de signos* que incluye, por un lado las expresiones faciales como la apariencia y los modales, y por otro lado rasgos como la edad, la raza y el sexo que, aunque en apariencia resultan rasgos fijos, siempre cobran existencia a partir de los significados que se entretajan en la interacción, comandada doblemente por términos situacionales y por términos estructurales.

aquello subyacente que es necesario develar para otorgar credibilidad y autenticidad al *self*. Para ello el autor apela a la idea de *realización dramática*, que siempre tiende a capturar expectativas sociales que constituyen modelos ideales. Mediante esta *idealización*, nos dice Goffman, el *self* incorpora valores oficialmente acreditados de la sociedad. El autor ejemplifica a partir de un estudio sociológico:

Las jóvenes de las universidades norteamericanas disimulaban (...) su inteligencia, habilidad y capacidad para tomar decisiones en presencia de muchachos que podrían invitarlas a salir (...). Se informa que estas actantes permiten que sus amigos les expliquen tediosamente cosas que ellas ya saben; ocultan su habilidad matemática a sus consortes menos capaces; se dejan ganar en los juegos (...). A través de esto se demuestra la superioridad natural del varón y se afirma el rol más débil de la mujer (Goffman, 1959/2012: 53-54).

A pesar de llevar a cabo un control expresivo para una correcta dirección dramática, los actantes son *ciegos*, pues no son conscientes de las normas que aplican sin pensar.

En suma, Goffman ha teorizado al *self* ligado a la idea de proceso y en términos de *efecto*, en lugar de un *objeto* con estatuto ontológico previo. Goffman explora el género como un objeto particularmente poderoso, sin existencia esencial, pero cuyo modo de representación resulta constitutivo, y esta representación se confunde comúnmente con una esencia contenida en lo real. Desde su punto de vista, nuestra preocupación no debe localizarse en el descubrimiento de expresiones naturales (Morawski, 2014). No se debe apelar a la *naturaleza* para dar cuenta de la naturaleza, pues esto, sostiene, concluiría el análisis antes de haber comenzado.

Para Goffman, las impresiones recibidas de las actuaciones diarias están sujetas a la interrupción. Es así que a pesar de que el *self* de Goffman constituye una máscara, el autor también da lugar a la posibilidad de *tergiversación*, de falsificaciones que borran los límites entre impresiones verdaderas y falsas. Después de todo,

si bien podríamos mantener la noción basada en el sentimiento común de que las apariencias fomentadas pueden desacreditarse por una realidad discrepante, con frecuencia no existe razón alguna para pretender que los hechos que discrepan de la impresión fomentada tienen mayor grado de realidad objetiva que la realidad fomentada que ellos ponen en aprietos (Goffman, 1959/2012: 81).

Para los interaccionistas simbólicos, el problema no transcurre por cómo discernir impresiones reales de impresiones falsas, sino por discernir los mecanismos que otorgan sentido a la realidad. Si, como vimos, adoptar un rol establecido supone adoptar una fachada particular, las fachadas, nos dice Goffman, son seleccionadas, no creadas, y en

esto se juega el carácter propio del *self*. No sólo se trata de desempeñar un rol, sino que el individuo se encuentra profundamente comprometido,

No sólo en su identificación con un papel, un establecimiento y un grupo determinado, sino también en la imagen de sí mismo como alguien que no desorganiza la interacción social ni traiciona a las unidades sociales que dependen de esa interacción. Por ende, cuando se produce una disrupción advertimos que pueden llegar a desacreditarse las imágenes de sí mismo en torno a las cuales se forjó su personalidad. Estas son las consecuencias que pueden tener las disrupciones desde el punto de vista de la personalidad individual. Por lo tanto, las disrupciones de la actuación repercuten en tres niveles de abstracción: la personalidad, la interacción y la estructura social (Goffman, 1959/2012: 272).

La idea de posibles falsificaciones, nos conduce a la superposición entre *realidad* y *artificio*. En función de ello, y en relación con el estatuto social del *self* cabe señalar que, “*al analizar el sí mismo nos desprendemos, pues, de su poseedor, de la persona (...) porque él y su cuerpo proporcionan simplemente la percha sobre la cual colgará durante cierto tiempo algo fabricado en colaboración*” (Goffman, 1959/2012: 283).

El interaccionismo simbólico, entonces, desafía los argumentos que sostienen la idea de autenticidad, pues no entiende la identidad como un objeto estable, coherente y con bases morfológicas. El interaccionismo simbólico tampoco se adhiere al sexo y al género en tanto que reales. Por lo tanto, desde este punto de vista sociológico, el problema con los argumentos ligados a la idea de autenticidad es doble. En la medida en que las personas transexuales revelan que el género no se adhiere a los cuerpos de forma natural. En efecto, las personas transexuales hacen visibles los signos invisibles sobre los que se basa la sociedad para producir el sexo y el género. Sexo y género son actuaciones preestablecidas a las que se enfrentan todas las personas, no sólo las transexuales.

Otro problema con los argumentos vinculados a la idea de autenticidad: no tienen en cuenta el género como un producto de la interacción. El discurso médico y psiquiátrico se adhiere a la esencia emanada desde la materialidad de la carne. Tal como se ha señalado, los transexuales son capaces de construir y apropiarse de los genitales del género al que se sienten pertenecer. Prosser (1998 en Hird 2000) argumenta que los transexuales sienten fantasmáticamente los genitales asignados quirúrgicamente como *reales*, del mismo modo en que las personas que han perdido algún miembro mantienen la sensación del *miembro fantasma*. En otro esfuerzo, Stoltenberg (1989 en Hird, 2002) invierte la afirmación de que el cuerpo produce al género y argumenta que la

apropiación de un género produce sentimientos unidos a las partes del cuerpo. Entonces, sostiene que la mayoría de las personas que nacen con un pene entre las piernas aspiran a sentir y actuar inequívocamente en *forma masculina*. Lo que está primero es el anhelo de pertenecer al sexo masculino y no pertenecer al sexo femenino, sumado a la urgencia de una verificación visceral y constante de su identidad masculina. La unidad no se origina en la anatomía y las sensaciones se derivan de tal idea. La idea toma sentimientos significados socialmente. Es la idea, entonces, la que organiza las sensaciones.

Hausman (1995 en Hird, 2000) afirma que esta narración interactiva de la identidad es el medio a través del cual las personas transexuales crean su subjetividad –el autor no reconoce esto como un proceso común a todos los individuos. El proceso implicado en los modos en que cada quien vive y siente el género no es separable, entonces, de la forma en que se estructura la narrativa que contiene aquellos modos. La subjetividad, entonces, se trata de una biografía encarnada, un proyecto que otorga existencia a la propia identidad de un individuo. Por lo tanto, la narración, y en consecuencia la identidad, constituye un proceso inherentemente interactivo. Mucho antes Margaret Mead reconoció que cada individuo se compone necesariamente a sí mismo a través de la narración, contada como una historia en curso entre el yo y los demás. Señala Prosser (1998 en Hird, 2002) que los heterosexuales que creen que sus penes y vaginas son la *causa* de su placer o deseo se tornan literales y *olvidan* la dimensión imaginario o fantasmática del propio cuerpo.

Por su parte, la etnometodología sostiene que los hechos sociales permanecen necesariamente ligados a la realización de los miembros concretos de cualquier grupo. Como tal, el interés de la etnometodología transcurre por las prácticas que las personas ponen en marcha para establecer y mantener los hechos sociales. Existen dos aportes notables desde esta corriente de pensamiento respecto al género, los estudios de Garfinkel (1967) y los desarrollos de Suzanne Kessler (1978, & Wendy McKenna, 2000).

Garfinkel (1967) presenta uno de los ejemplos mayormente citados respecto a las formas en que el sexo y el género son logros gestionados bajo situaciones específicas. Garfinkel deslinda ocho creencias que subyacen a las prácticas cotidianas concretas que hacen del género un hecho social: (1) existen dos, y sólo dos, géneros; (2) el género es invariante; (3) los genitales son el signo esencial del género; (4) las excepciones

respecto a los dos géneros no deben ser tomadas en cuenta, se consideran bromas o ejemplos de patología; (5) no se puede pasar de un género a otro; (6) todo el mundo debe ser clasificado en un género u otro; (7) la dicotomía *masculino / femenino* es algo natural; y (8) la pertenencia al género es natural.

Kessler (1978) realizó una aplicación de estas prácticas concretas a la transexualidad. Invierte la relación entre *sexo* y *género* para argumentar que el orden biológico no conduce necesariamente a nuestro sistema dicotómico de género. Es la mirada dualista la que nos conduce al *descubrimiento* de las diferencias biológicas, psicológicas y sociales entre los sexos. La autora se detiene particularmente en el modo en que funciona la atribución de género y, al respecto, notan la necesidad insistente que las personas tienen de saber si están interactuando con una mujer o un varón. Es así que las personas se sienten particularmente intranquilas cuando la atribución de género no se puede realizar de forma instantánea. Queda claro que, en un inicio, la atribución de género se basa en la apariencia de los genitales, posteriormente otras señales visuales sustituyen el lugar de los genitales al momento de realizar tal atribución. En otras palabras, la insistente necesidad de anclar el género en la naturaleza obliga a las personas a confiar en, lo que las autoras denominan, los *genitales culturales* para hacer atribuciones de género. Como Kessler y McKenna sostienen, la *realidad de género* se instala a partir de los genitales detectados/atribuidos y, al mismo tiempo, los genitales atribuidos sólo encuentran significación a través de la construcción social compartida respecto a la atribución de género.

En suma, los aportes que refieren a la performatividad, al interaccionismo simbólico y a la etnometodología aportan argumentos que permiten quebrar el enfoque referido a la autenticidad. Señala Butler (1993a/2008) que, dentro de nuestro campo discursivo actual, todos los modos existentes de ser *mujer* o *varón* toman al sexo como la norma a partir de la cual el sujeto se convierte en un *ser viable* e inteligible. Tal vez esto explique, en parte, por qué un número significativo de personas transexuales continúan exigiendo la cirugía de reasignación de sexo, a pesar del hecho de que sexo y género se observan principalmente y son juzgados por varias señales visuales tales como el pelo, la ropa, la forma del cuerpo y el movimiento, los gestos, expresiones faciales, la voz y el modo de hablar, y no por la apariencia de los genitales (MacKenzie, 1994 en Hird 2002).

Perspectiva bajo el umbral de la multiplicidad: nuestro marco de referencia¹³¹

Como buena mutante no tenía asignada ninguna casilla

Liliana Heker, *La crueldad de la vida*

El marco teórico propuesto se localiza bajo el umbral de la multiplicidad, y los conceptos que intervienen deben comprenderse en el espacio de intersección del psicoanálisis, por un lado, y los estudios de género, por otro. Como emergente de tal entrecruzamiento resulta un marco teórico psicoanalítico de corte construccionista social que rescata la potencialidad de aquellos conceptos que permiten pensar la construcción de la subjetividad a la luz de procesos histórico sociales. Varios autores norteamericanos y locales han contribuido a la construcción de dicha convergencia conceptual: Irene Meler (2012a), Judith Butler (1997/2001), Nanacy Chodorow (1999b/2003) y Jessica Benjamin (1995/1997), cuyos aportes han servido como marco teórico de múltiples investigaciones empíricas desde hace décadas.

El marco teórico propuesto en esta investigación articula, entonces, propuestas del psicoanálisis con aportes de la filosofía de Judith Butler. La propuesta butleriana cuestiona fuertemente el biologicismo y el determinismo que apela a fundamentos esencializados en relación con el género y el sexo, presentes en algunas líneas del psicoanálisis. Al mismo tiempo, el anclaje del pensamiento de Butler en el campo psicoanalítico enfatiza los modos en que cada sujeto singular se apropia de, y se localiza de acuerdo a, las normas de género. Ambas propuestas no se excluyen mutuamente y sus posibles articulaciones abren un campo muy prolífero para nuevas articulaciones

377

¹³¹ A pesar de que existen numerosas investigaciones que han indagado diferentes aristas de la *no conformidad de género* (no siempre utilizando esta categoría), desde múltiples disciplinas y posicionamientos teóricos, es posible notar la ausencia de indagaciones en nuestro medio (Ciudad de La Plata y gran La Plata) a partir del marco teórico propuestos, que articula conceptos provenientes del campo de la disciplina psicológica, o que al menos encuentren algún punto de anclaje en él. A pesar de que existen investigaciones que incluyen en su perspectiva la idea de diversidad en el estudio de travestis y transexuales, de masculinidades no normativas, y de percepciones que los sujetos tienen sobre las normas de género, es posible señalar que no existen investigaciones que exploren los modos singulares en que se auto-perciben aquellos sujetos que no expresan convencionalmente el género de acuerdo a su sexo biológico. Las identidades suelen ser entendidas en su dimensión social o colectiva, es decir que el interés no se dirige a indagar las significaciones, los modos de entender y los argumentos singulares que se esgrimen a la hora de justificar y fundamentar la categoría identitaria adoptada por cada sujeto a la hora de dar cuenta de sí mismo.

teóricas que permiten abordar el tema de indagación propuesto desde su mayor complejidad posible.

Los pilares conceptuales que integran este marco teórico, reformulados hasta aquí, a la hora de indagar la no conformidad con el género son:

Identidad de género – Breve recapitulación

Robert Stoller (1968), en sus estudios de transexuales varones, definió nociones ya clásicas, como el *rol de género* –conjunto de **conductas socialmente atribuidas** a mujeres y varones– e *identidad de género* –**sentimiento de pertenencia** al conjunto *varón* o *mujer*, que se establece precozmente, antes del conocimiento que cada niño/a tiene de la diferencia sexual anatómica y el papel de los genitales en la reproducción. Es decir, el sentimiento que el propio niño/a tiene de ser varón o mujer (Lamas, 1986). En palabras de Emilce Dio Bleichmar, el “...**conjunto de prescripciones y prohibiciones para el ejercicio de una conducta, así como un sentimiento del ser que se reconoce (femenino o masculino) por desempeñar las actividades y conductas propias de su condición, y es reconocido por los otros en tanto se ajusta a ese desempeño esperado**” (Dio Bleichmar, 1992:135).

378

Desde esta perspectiva, el género aparece más ligado a un sentimiento interior que constituye el **sentido de la identidad nuclear personal**. Para Stoller, dicha convicción es producto del desarrollo desplegado en la temprana infancia, e inalterable (Soley-Beltran, 2003). Queda claro que, si partimos de una nueva teoría de la identidad genérica (Benjamin, 1995/1997) que sitúa sus orígenes antes del descubrimiento de la diferencia anatómica, no es posible hablar de *diferencia entre los sexos* en el período preedípico. Instalar tal diferencia desde un inicio supone el riesgo de quedar atrapados en el reduccionismo, lo cual implica delimitar conceptualmente las identidades de manera esencializada (Femenías, 2008). Si bien **masculinidad y femineidad** siguen siendo categorías que en última instancia dependen –al menos en el grueso de las conceptualizaciones– de la anatomía, **los estudios de género ponen en visibilidad que no constituyen categorías esenciales, transhistóricas e inmutables sino construcciones socio-históricas**.

Desde un punto de mira que considera la alianza entre feminismo y postmodernismo, Nancy Fraser y Linda Nicholson (1992) deslindan tres premisas ineludibles a la hora de pensar la **identidad genérica**: “[a]...*que todas las personas tienen un profundo sentido*

del yo que se constituye en la primera infancia a través de las interacciones con el padre o la madre y que permanece relativamente constante de ahí en más. (...) [b] que ese yo profundo difiere significativamente en varones y mujeres pero es relativamente similar entre mujeres y entre varones (...) [y c] que ese yo profundo tiñe todo lo que una persona hace...” (Fraser & Nicholson, 1992:20-21).

Jessica Benjamin (1995/1997) y más recientemente las últimas producciones de Nancy Chodorow (1999b/2003), advierten que el concepto de *identidad genérica* trae consigo el riesgo de concebir la misma como **un todo coherente, homogéneo y uniforme**. Proponen entonces, una concepción del desarrollo temprano de las identificaciones genéricas, en el que la categoría misma de *identificación* en tanto proceso intrapsíquico, es central. Jessica Benjamin (1995/1997) sustituye la categoría de *identidad genérica nuclear*, así conceptualizada por Robert Stoller (1968), por la de *identificación genérica nominal*, entendida como proceso y no como producto cristalizado. La perspectiva de proceso hace de la **identidad una multiplicidad en sí misma, un juego continuo de aspectos diversos**, donde circulan sucesivas identificaciones. En este sentido, Piera Aulagnier refiere al *yo* de manera dinámica, como signado por un movimiento que incluye permanencia y cambio en relación de alianza (Aulagnier, 1991a). Es así que podemos ubicar a la **identidad no sólo como aquello que permanece** –núcleo de singularidad permanente que permite al yo posiciones estables y seguras para reconocerse a través de los cambios (Aulagnier, 1991b) –, sino también como **aquello que se encuentra en un continuo devenir y transformación**.

Jessica Benjamin (1995/1997), siguiendo a Stoller y al igual que Silvia Bleichmar, no acuerda en **desprender la significación de la diferencia sexual linealmente a partir del descubrimiento de hechos anatómicos**. A pesar que la introducción de la categoría de *identidad de género* en el psicoanálisis tiene pocas décadas, las consideraciones sobre las diferencias de género aún conservan, a criterio de Benjamin, resabios de lo que denomina *tendencia naturalizante del pensamiento de Freud*. En esta línea, apunta a conceptualizar la tensión entre *igualdad* y *diferencia* para avanzar sobre la tendencia masculinista del psicoanálisis que maneja oposiciones binarias, al interior de las cuales se sobrevalora uno de los polos y se menosprecia otro. Al analizar la *identidad de género*, por un lado establece la alianza entre identidad y diferencia (Femenías, 2007), por otra parte sitúa el lugar que la categoría de identidad ha ido adquiriendo en la conceptualización contemporánea de la diferencia de los géneros. Si bien la **diferencia**

aparece **representada por el abismo que se abre entre los límites establecidos por las identidades**, el pensamiento feminista contemporáneo se ha mostrado fuertemente en contra de esta concepción de identidad. En esta línea, otros conceptos adquieren progresivamente un valor central en su pensamiento, como son las nociones de *identificaciones inestables y diferenciaciones múltiples*. A criterio de Benjamin, dichas categorías traen consigo la ventaja de no integrarse armónicamente en el eje simple de la *igualdad-diferencia*, el cual no sólo se sostiene sobre la base de comprender analíticamente a las identidades en tanto homogéneas, sino que refuerza la proliferación de conceptualizaciones en torno a la **idea de una única diferencia**. **La identidad de género**, desde esta perspectiva, implica **necesariamente individualidad, coherencia, inevitabilidad y uniformidad**.

Judith Butler (1990a/2007) entiende que **tanto el sexo como el género son lábiles y resignificables en el constante ejercicio paródico** de la sexualidad (Femenías, 2003). Para Butler (1990b) **no hay identidad genérica detrás de las expresiones del género**. Es decir que la **identidad está performativamente construida** por las mismas prácticas o expresiones que se dice que son sus resultados (Femenías, 2000). Respecto del sexo/género, entonces, la identidad no es una premisa. Desde esta perspectiva, la **identidad de género funciona como virtualmente normativa y regulativa** ya que opera como un sistema de control y regulación de las subjetividades de manera que los individuos respondan a los patrones establecidos.

Identidad de género – Aportes en la convergencia¹³²

A partir de *The psychic life of power*, Judith Butler (1997/2001) ofrece una teoría de la constitución subjetiva que permite comprender la emergencia del sujeto entre la alienación a la norma y la posibilidad de agencia. Es posible situar, entonces, un contrapeso entre un sujeto libre que decide autónoma y voluntariamente, mediante el recurso a la performance de género, qué identidad adoptar, y un sujeto absolutamente inundado por la norma y anclado en una realidad psicológica sustancial cuyo poder de determinación absoluta le impide de modo radical refigurarse. En este sentido, el sujeto no puede evadir la norma de modo absoluto. Entonces, para pensar en la posibilidad de cambio debe negociar/resistir a partir de tales términos.

¹³² Para un desarrollo pormenorizado véase CAPÍTULO V.

Identidad de género se vuelve un sitio virtual, jamás sustancial, donde la posibilidad de agencia irrumpe constantemente bajo los modos singulares de apropiación y subjetivación de la norma. Se trata de una colisión continua, de la cual se desprende el sujeto como tal, entre la significación personal que permite las re-escenificaciones propias de la agencia, por un lado, y, por otro lado, la circulación de los términos normativos que aportan inteligibilidad a los sujetos, que configuran un campo de restricciones constitutivas al interior del cual el sujeto deberá desplazarse. Toda identidad de género atestigua tales conflictos, del cual el sujeto allí implicado, y producido, no puede escapar, sino apropiarse a partir de capturas singulares de los términos hegemónicos¹³³. El periplo de la constitución subjetiva, que necesariamente se despliega bajo cualquier forma identitaria contingente que otorgue existencia, se alimenta de la alternancia continua entre posiciones identificatorias y desposesiones *ex-státicas*, esto es: la incorporación de la norma mediante el carácter citacional de la identidad de género y la acción de arrojarse fuera de sí, único camino posible para cualquier rearticulación posible, por mínima que sea. Toda rearticulación posible mediante desposesiones *ex-státicas* no es posible sin el telón de fondo de la identificación que captura la norma. Del mismo modo, el funcionamiento continuo de la identificación se sostiene y alimenta para compensar las rearticulaciones que realiza el sujeto allí en aquellos momentos evanescentes en que se arroja fuera de sí mismo. De este modo, la agencia constituye una lucha continua que opera constantemente. Butler destaca que esta alienación inicial marca la posibilidad de agencia. En este sentido destacamos los aportes de Nancy Chodorow (1999b/2003) sobre identidad de género. Chodorow plantea la posibilidad de entrecruzar la psique individual y la cultura a la hora de pensar la significación del género. Sostiene que los argumentos que parten de marcos teóricos que tienen en cuenta exclusivamente a la cultura no son capaces de dar cuenta de los procesos psicodinámicos, ámbito donde se inscribe la agencia. Señala que el significado cultural participa en la constitución de la vida psíquica, pero, afirma Chodorow, la dimensión inconsciente participa con el mismo nivel de relevancia. La principal preocupación de la autora, entonces, refiere a la búsqueda de una teoría del significado que articule la dimensión intrapsíquica con la cultural. Desde la intersección de lo interior y lo exterior Chodorow efectúa un profundo ataque a los enfoques

¹³³ Para un ejemplo del modo en que la agencia se figura a partir de una re-articulación original y no previstos respecto a los términos hegemónicos existentes véase el caso Agnés (Garfinkel, 1967; Rogers, 1992), sobre todo la recuperación realizada por Beatriz Preciado (2009).

postestructuralistas por descuidar la dimensión que articula el aspecto personal de la significación. Es así que su propuesta fusiona aspectos internos de la psique con elementos culturales, a partir de allí piensa al género como un entramado de significados culturales apropiados a partir de fantasmáticas singulares, inconscientes. Ella concluye que

Un psicoanálisis que comienza con la inmediatez de la fantasía y el sentimiento inconscientes que surgen en el encuentro clínico ilumina nuestra comprensión de la subjetividad individual y potencialmente transforma todo pensamiento sociocultural. Demuestra que todas las teorías de la significación deben incorporar la esfera inconsciente. Al mismo tiempo, las teorías feministas y antropológicas, y otros tipos de teorías culturales exhortan a los psicoanalistas a tomar seriamente en consideración los modos en que las significaciones culturales se entrelazan con la vida psíquica y contribuyen a constituir la (Chodorow, 1999b/2003).

Más allá de las críticas que se le han efectuado (Locke, 2002), al menos en este contexto sus aportes cobran relevancia al permitir deslindar la existencia de biografías y recorridos singulares bajo el marco de la norma social. De este modo cobra sentido indagar los modos en que los sujetos singulares se apropian de los términos hegemónicos, recreándolos, a la hora de dar cuenta de sí mismos. Tal como afirma Teresa de Lauretis (2000) “*cada ser humano se constituye en sujeto social y sujeto psíquico al mismo tiempo*” (de Lauretis, 2000: 8).

Cuerpo – Breve recapitulación

Tal como hemos señalado, el cuerpo se ha vuelto foco de gran cantidad de producciones teóricas. Tal es así que ha comenzado a recibir, progresivamente, especial atención en las ciencias sociales y humanas (Berg & Akrich, 2004), incluso desde la sociología y la antropología médica se ha producido una importante contribución a la renovación de la conceptualización del cuerpo en el discurso de la medicina y la biología que aborda la compleja relación entre sexo, género y cuerpo en el interior de las ciencias médicas. Aún así, tal como señala Rosi Braidotti (1994/2000), **no existe consenso en las ciencias humanas y sociales sobre qué es exactamente el cuerpo**, de modo que existen importantes divergencias entre los discursos de la filosofía, el psicoanálisis, la biociencias, el derecho, sólo por nombrar algunos, que toman por objeto el sujeto corporizado.

En su concepción moderna, el cuerpo es entendido como una unidad orgánica autónomamente integrada. A partir de este supuesto, la sexualidad, el sexo, la raza, son considerados atributos del cuerpo, en términos de estructura pasiva u objeto pre-discursivo. Esta perspectiva, atravesada por el modelo cartesiano, instaura el **dualismo cuerpo/mente que ha sostenido la conceptualización de la distinción sexo/género.** Si bien la **morfología corporal**, circunscripta por la anatomía, constituye **uno de los criterios más importantes para la clasificación de los seres humanos**, es evidente que la biología *per se* no garantiza las características que socialmente se le asignan a cada uno de los sexos. A partir de aquí comienza a circunscribirse al **género como la interpretación cultural del sexo.**

La declaración freudiana en relación con que “*la anatomía es destino*” (Freud, 1924/1979: 185), ha instado a varias pensadoras (Butler, 1993b/2000; Merlin, 2003) ha demostrar cómo **el sistema de género binario establece una relación mimética con el sexo y la categoría de identidad de género** permanece oculta tras los atributos fácticos de la anatomía corporal. Esto sugiere que **el cuerpo, en su decodificación fálica y binaria, es conceptualizado como la causa de la conformación de la identidad de género.** Persiste la fuerte presunción de que las identidades son auto-idénticas, persistentes a través del tiempo, unificadas e internamente coherentes, que conducen a percibir, aportar inteligibilidad y significar los **cuerpos en términos altamente naturalizados** (Laqueur, 1990/1994; Van Lenning, 2004).

El enfoque foucaultiano sobre la materialidad, sostiene que los **discursos no sólo describen el cuerpo sino que también formulan y constituyen sus realidades materiales** (Foucault, 1975/2008). Estos significados no son originales y no se encuentran localizados o anclados en el interior de los organismos individuales, sino que circulan en los discursos y prácticas culturales y sociopolíticas significativas e históricamente mutables que describen e inscriben el cuerpo y la identidad (McNay, 2003). Los enfoques post-estructuralistas entienden el **discurso como constitutivo de regímenes de verdad sobre el cuerpo**, como prácticas que forman el cuerpo al tiempo que regulan la subjetividad corporizada mediante la identidad de género, entendida como agencia de control subjetiva (Burns, 2003). En esta línea, Judith Butler ha revolucionado los debates acerca de la corporalidad y el desarrollo psicológico (Matison, 1998, Chambers, 2007), incluso ha introducido producciones de gran

influencia en lo que respecta a la **identidad de género y su impacto en la construcción de la morfología corporal** (McNay, 1999).

Butler (1993b/2000) entiende el **cuerpo como una construcción discursiva**, pues no puede afirmarse que los cuerpos posean una existencia significativa antes de la marca de su género. **Las diferencias anatómicas corporales no preceden a las interpretaciones culturales de la diferencia**, sino que son en sí mismas una interpretación cultural que descansa en supuestos normativos naturalizados. Estos supuestos conducen a Butler a abordar la problemática que encierra la diferencia sexual sin perder de vista que dicha diferencia se asienta sobre la **estabilidad fundamental del sexo binario como norma artificial**, que insta una heterosexualidad obligada y regula lo que es y no es designable.

Cuerpo – Aportes en la convergencia¹³⁴

A partir de la producción de Judith Butler localizada a partir de *Precarious life: the powers of mourning and violence* (2004c/2006) es posible cercar una nueva dimensión del cuerpo que suplementa sus tesis hiperconstruccionistas previas, marcando un área de tensión que permite una aproximación a la hora de pensar el cuerpo en su mayor complejidad posible. Se trata de matizar una aproximación conceptual que intenta arrancar el cuerpo del ámbito pre-discursivo a partir de otra aproximación que entiende la vulnerabilidad de los cuerpos como un límite a los discursos que lo capturan.

Ante la idea, entonces, de cuerpo como construcción discursiva, del que no puede afirmarse que posean una existencia significativa antes de la marca discursiva de su género; donde (1) las diferencias anatómicas corporales no preceden a las interpretaciones culturales de la diferencia, sino que son en sí mismas una interpretación cultural que descansa en supuestos normativos naturalizados; y donde (2) la problemática que encierra la diferencia sexual radica en su anclaje sobre la estabilidad fundamental del sexo binario como norma artificial; allí es donde Butler comienza a deslindar una dimensión material de los cuerpos no reductible a la representación. La noción de *Quiasmo* (Campagnoli, 2013) permite pensar el modo en que coexisten en tensión la posibilidad de concebir una realidad material de los cuerpos vulnerables y vulnerados, dimensión innegable y que debe reconocerse para constituirse en objeto de luchas políticas, pues las modificaciones en esta dimensión escapan a la estrategia

¹³⁴ Para un desarrollo pormenorizado véase CAPÍTULO X.

política de la resignificación; junto con la crítica a inscribir la verdad sexo-genérica en un cuerpo naturalizado, colocado como fundamento biológico y a-histórico. La vigilancia epistemológica de mantener ambas dimensiones en tensión permite la posibilidad de considerar la vulnerabilidad de los cuerpos materiales sin apelar a un marco de referencia organizado en torno a la noción de fundamentos sustanciales. Es decir que, desde aquí, la posibilidad de que los sujetos, y sus identidades, sean resituados a partir de un punto de vista de la multiplicidad y la diversidad no se desprende necesariamente de diluir los cuerpos en el lenguaje. En última instancia, se trata de sostener que afirmar la materialidad del cuerpo, como un núcleo duro al que los discursos no pueden *digerir* completamente, no colisiona con la idea de que aquellos aspectos pre-discursivos no constituyan fundamento *natural* del orden social establecido. Es, justamente, la figura del *Quiasmo* la que nos permite pensar que aquello material no puede ser pensado sin lo discursivo. Aquello *exterior* bien puede quedar librado a gestión política para hegemonizar, en luchas continuas, la perspectiva que instala la materialidad como fundamento contingente.

No conformidad de género – Breve recapitulación

A partir del marco binario que socialmente organiza al género, los sujetos pueden posicionarse conformes o no conformes a él. Se entiende por *no conformidad de género* a todo desajuste entre el comportamiento efectivo y las expectativas basadas en el género socialmente asignadas de acuerdo al sexo (niña, niño, mujer o varón). Es así que tal categoría reúne a todas aquellas personas cuya expresión de género difiere de la asignada al nacer en función del sexo (Ehrbar, Winters & Gorton, 2010). Desde un punto de vista que aborda el tema de un modo crítico es posible delimitar *la no conformidad con el género* como aquellos cruces, variaciones y mezclas de expresiones y comportamientos específicos de género que perturban las categorías binarias, tales como, el travestismo, el transexualismo y la intersexualidad, incluso abarca formas de masculinidad y feminidad no convencionales (Brownlie, 2006).

La *conformidad de género* ha configurado un criterio de salud mental y una línea de desarrollo normal tanto para la psicología como para el psicoanálisis. Tal conformidad de género supone la rigidez de una identidad de género que supone una representación coherente y unificada del *self* (Missé & Coll-Planas, 2010). Varias autoras han cuestionado el binarismo propio de la lógica moderna, desde donde realiza sus aportes

el psicoanálisis en lo referente a la identidad y desde allí, han ofrecido enfoques alternativos. Han desafiado este punto de vista, al problematizar la relación de los comportamientos con un único género inscripto en aquel cuerpo que, naturalmente, le corresponde. Shulamit Reinharz (1992) rechaza la idea de *posiciones fijas*, prefiere pensar que nos movemos alrededor de un *continuum*. Alison Young (1992) propone la analogía con los colores de un espectro. Mary Gergen (1992) y Jessica Benjamín (1995/1997) se posicionan a favor de una postura superadora que intenta tender un puente entre polaridades, establecer una conexión no excluyente entre opuestos. En este sentido, Denise Thompson (1992) relativiza la existencia de identidades rígidas, discretas y dicotómicamente organizadas.

Por su parte, Judith Butler (1990a/2007) reformula la idea de *conformidad de género* bajo la categoría de *coherencia de género*¹³⁵. La autora ha señalado la existencia de una continuidad naturalizada entre *sexo, género y deseo*, elementos organizados en un todo complejo e interrelacionado y bajo una secuencia coagulada por el *género* como norma social. Las identidades de género que se consideran coherentes y socialmente inteligibles, exigen que determinados cuerpos sean sostén de determinado género y a partir de allí, se realice una elección complementaria con el sexo opuesto (Butler, 1986, 1990a/2007, 1990b, 1993a/2008, 1993b/2000, 1997/2001). Toda expresión que fragmente este encadenamiento causal en alguno de sus segmentos, indica la no coherencia de género, esto es: la no conformidad con las normas del género hegemónico.

No conformidad de género – Aportes en la convergencia

Por su parte, la *no conformidad de género* desde una perspectiva anclada en la idea de multiplicidad requiere una reconsideración sobre las categorías de *identidad de género y cuerpo*. Se trata de sopesar los aportes de las miradas propuestas para delimitar la tensión del modo en que convergen y así aproximarnos a la cuestión en su mayor complejidad posible. Desde un enfoque anclado en la autenticidad los aportes en torno a la *no conformidad de género* han estado centrados en los términos *travestismo* y

¹³⁵ Una referencia de Diane Richardson (2007) ha permitido deslindar que esta idea de *coherencia de género* no es original del pensamiento de Butler, corresponde a Barbara Ponse (1978), quien refiere a esta alineación entre sexo-género-sexualidad como una sucesión jerárquica, congruente y coherente de elementos que componen lo que denomina como *principio de consistencia*, el que organiza el modo en que el naturalismo captura al género –bajo la idea de sexo– y la sexualidad.

transexualismo, y han abarcado gran parte del siglo XX. Dichos términos, de acuerdo al sentido otorgado en su contexto de emergencia, dan cuenta del desajuste entre *identidad de género* y *cuerpo*, bajo el supuesto de que la continuidad entre sexo y género es necesaria y esencial, al mismo tiempo que no cuestiona la categorización fija y estanca de las identidades y los cuerpos. La teoría y los movimientos *Queer*, principalmente de la mano de Butler, han instalado lo *transgender* como concepto central. Es así que la comprensión en torno a la *no conformidad de género* ha producido un giro significativo, debido a la resignificación que, desde estos marcos teóricos, han sufrido las categorías nucleares de este constructo¹³⁶. Las personas *transgenders* se han convertido en figuras emblemáticas del cruce de fronteras y del cuestionamiento a la fijación, incluso han cuestionado la idea ligada al transexualismo cooptado por las estructuras médicas que intentan restablecer la pretendida conformidad natural, respecto a que existe un género verdadero en el que las personas trans quieren vivir. Lo *transgender* es concebido, cada vez más, como un punto de vista privilegiado a partir del cual la diferencia sexual es desquiciada (Fernández & Siqueira Peres, 2013) y, desde allí, se cuestiona el género en tanto sistema normativo que gestiona los cuerpos y las identidades, bajo exigencias de autenticidad contingentes y arbitrarias cuyo funcionamiento es patologizante y excluyente (Cabral, 2009a).

Señala Jeffrey Weeks (2011/2012b) que lo *transgender* lejos de intentar denotar una identidad fija, se abre en un espectro que admite infinitas localizaciones, entre ellas es posible señalar: *cross-living*, *cross-dressing*, *cross-dwelling*, *drag queens*, *drag kings*, *varones trans*, *mujeres trans*, *bigender*, *gender queers*, *andróginos*, *intersexuales*,

¹³⁶ Se trata de abrir paso a la diversidad a partir de trasladarnos desde una concepción descriptiva del género a partir de la cual sólo es posible inventariar atributos que se desprenden esencialmente de cuerpos dimórficamente sexuados –o incluso desde una versión más atenuada, donde la potencialidad de desplazamiento más allá de las formas binarias que el género posee, en tanto interpretación social que recubre los cuerpos, se encuentra restringida por, una vez más, el dimorfismo sexual pre-discursivo– hacia una concepción del género como “un dispositivo de regulación social descrito inicialmente por Gayle Rubin, que establece prescripciones y proscripciones para pautar los rasgos de personalidad, actitudes y roles sociales (Meler, 2010: 225). Por otra parte, la perspectiva de la autenticidad inscribe a los sujetos no conformes al género no sólo como desviación patologizante respecto a la norma, sino también en términos de *inadaptación*. Señala Arnold Goldber (1999), desde la perspectiva de la *self psychology norteamericana*, que el *inadaptado* es toda persona que posee una patología de carácter que se manifiesta a través de sentimientos de no pertenecer o no encajar. “Los *inadaptados* son personas que se sienten aisladas de quienes las rodean y que por diferentes razones no logran obtener esa armonía reconfortante que Hartmann creía que era tan esencial para la definición de salud. Por lo tanto, el éxito de funcionamiento personal está subordinado a su falta de sentido de unión y conexión con los demás” (Goldber, 1999: 216). Resulta interesante destacar la forma en que el autor no toma en cuenta aspectos sociales respecto a criterios normativos que trazan zonas de exclusión, de *outsiders* (Becker, 2010). La perspectiva propuesta propone el pasaje desde la *inadaptación* hacia la *abyección* a la hora de pensar no sólo la localización del sujeto en el campo social, sino el proceso mismo de constitución subjetiva.

géneros ambiguos, géneros fluidos, entre muchas otras formas que proliferan y aluden al hecho de que la constelación de género no es binaria sino múltiple y fluida¹³⁷.

La *no conformidad de género* adviene, entonces, como un espacio que guarda la potencialidad para perturbar las categorías tradicionales de género, así como la concepción esencialista que las ordena, parodias de que existe una verdadera naturaleza original que opera como fundamento necesario. Bajo esta perspectiva la categoría de *no conformidad de género* se extiende a la totalidad de los sujetos que habitan el campo social y que se subjetivan en torno a las normas de género. Como afirma Butler (1990a/2007) el género es un ideal inalcanzable, por tanto todos los sujetos se constituyen como tal a partir de una operación fallida en torno a un ideal¹³⁸. La *no conformidad de género* es condición de la articulación subjetiva. Esta perspectiva, entonces, no propone una proliferación supernumeraria de categorías no jerarquizables, más bien un modo diferente de leer los modos particulares de subjetivación en un campo de colisiones permanentes donde se imbrican identidad de género y cuerpo, en un proceso de negociaciones continuas a partir de las cuales cobra existencia el sujeto humano, en sus múltiples formas posibles bajo lo que podríamos denominar como *agenciamientos corporales múltiples*¹³⁹.

¹³⁷ En esta línea Emilce Dio Bleichmar señala que “*la diversidad de articulaciones entre el género y la orientación sexual (...) en la actualidad se estudian (...) como la pluralidad más polimorfa. No estamos tan seguros que lo ‘femenino’ es atraído por lo masculino y lo ‘masculino’ por lo femenino. Esto sólo se podría deducir si utilizáramos una matriz exclusivamente heterosexual para comprender el deseo. Y, en realidad, esa matriz falsificaría algunos de los cruces queer en la heterosexualidad, cuando por ejemplo un hombre heterosexual feminizado*” (Dio Bleichmar, 2010: 213). En esta línea, es posible detectar en Foucault (1981/2013) una apropiación *Queer* de la gaycidad más allá de identidades estancas organizadas en el interior de esta *matriz heterosexual*; nos dice que la cultura gay puede ser algo más que “*una mera elección de homosexuales para homosexuales. Se crearán relaciones que, hasta cierto punto, pueden trasladarse a los heterosexuales. Hay que invertir un poco las cosas y, en lugar (...) de reintroducir la homosexualidad en la normalidad general de las relaciones sociales, digamos lo contrario (...) dejémosla escapar (...) al tipo de relaciones que se nos proponen en nuestra sociedad y procuremos crear en el espacio vacío donde nos encontramos nuevas posibilidades relacionales*” (Foucault, 1981/2013: 118-119).

¹³⁸ Al respecto, Carlos Figari enfatiza que “*...la regulación (interpelación) está dada por un ideal –un fantasma de lo femenino, de lo masculino dominante, que se constituye según condiciones de producción específicas en tiempo/espacios diferenciales. Los sentidos fluyen de centro a centro, en tanto las fijaciones o estabilizaciones contingentes (suturas) recrean fantasmas ideales, nunca susceptibles de ser alcanzados e imposibilitados de representar*” (Figari, 2012: 53).

¹³⁹ Esta categoría retoma la idea Butleriana de agencia sin sujeto (Butler, 1990a/2007) vinculándola con la dimensión del cuerpo como espacio de posible agenciamiento para la gesta de multiplicidad de significados que, en sus rearticulaciones subversivas, se tornan capaces de refigurar los términos con los que se *con-forma* el sujeto generizado. Al respecto, se destacan los aportes de Diana Coole (2005), quien afirma que la agencia está irremediabilmente incardinada. Ella se propone demostrar la emergencia de capacidades agenciales en un ámbito pre-subjetivo, es decir de procesos corporales no cognitivos. En otras palabras, el propio cuerpo, para Coole, tiene capacidades agenciales mucho antes que los llamados

Tal como señala Darío Sztajnszrajber (2013) la subjetividad sexual es un plexo de variables que juega y se conjura continuamente. En ese sentido, nos dice Sztajnszrajber, la identidad es una obra abierta que se reescribe permanentemente, aunque con palabras que ya nos han constituido previamente. Resulta necesario hacer foco, entonces, en los procesos mismos de producción de subjetividad mediante desarrollos teóricos respecto a la emergencia del sujeto que, al menos, problematice la distinción, y la relación, entre lo psicológico y lo corpóreo, y la noción de continuidad psicológica bajo la categoría de identidad personal. Es decir, la preocupación por marcos conceptuales de referencia que muestren preocupación por la corporeidad, la discontinuidad y la construcción social de la identidad (James, 2000/2001) recreada singularmente (Chodorow, 1999b/2003).

En última instancia la perspectiva de la multiplicidad, sostenida en las convergencias propuestas, nos convoca a ser cautos a la hora de *“situar procesos significantes como eje de la fundamentación para comprender cómo se producen las diferentes formaciones subjetivas”* (Sabsay, 2011: 35). Matizando la ola constructorista y antiencialista, propia del posmodernismo, que arrasó con los sujetos políticos al poner en cuestión tres pilares de la categoría de sujeto: la universalidad, la autonomía y la identidad, se trata de *“pensar un sujeto que no [deje] de tener cierta capacidad de ‘agencia’ pero que a la vez no [sea] un centro de control y autodeterminación”* (Sabsay, 2011: 34). Señala Leticia Sabsay (2011) que el deconstructivismo ha trocado una idea de representación entendida como reflejo de la realidad independiente de ella, por una idea que concibe a la representación como estructurante de la realidad. La autora señala que este último sentido resulta problemático ya que se ha instalado como único paradigma de análisis a partir del cual toda realidad social es concebida en términos significantes, como discurso, entonces devino él mismo como límite de la propia crítica y absorbe todo dentro de él¹⁴⁰.

agentes-sujetos. Coole puntualiza, también, un conocimiento y una libertad corporal. En determinadas circunstancias el cuerpo, desde este punto de mira, toma sus propias decisiones antes que el Sujeto.

¹⁴⁰ Esta crítica toma por objeto a las consecuencias epistemológicas instaladas por el *giro lingüístico*. Señala Elías Palti (2012) que el *giro lingüístico* *“...produce una redefinición fundamental de la empresa crítica: su campo se ve entonces desplazado desde los objetos textuales (...) al de los mecanismos constructivos de tales objetos por parte de la crítica y de sus condiciones epistemológico-institucionales de producción. La crítica se convierte así en una metacrítica y, con ello, sus modos de validación se verán correlativamente reformulados: ya la legitimidad de la misma no se fundaría en poder justificar la posibilidad de acceder a un significado ‘oculto’ tras los textos, sino en su capacidad para dar cuenta de sus mismos fundamentos teóricos. Es sólo entonces (...) que surge el problema epistemológico más general de la posibilidad de penar una teoría que pueda, al mismo tiempo, aplicarse, sin contradicción, a sí misma...”* (Palti, 2012: 63-64).

De aquí se desprende el interés ya plasmado en el recorrido propuesto respecto a desacelerar la radicalidad del trayecto deconstructivo propio de la Teoría *Queer* de la primera Butler, que cabalga sobre esta versión posestructuralista de *representación* que, indefectiblemente, parece dejar por fuera aspectos del cuerpo que no transcurren por la vía del significante. Sin embargo, tampoco se trata de asumir una postura esencialista. En palabras de Rosa María Rodríguez Magda (2003), el hecho de que

...el sujeto no sea una esencia no quiere decir que pueda disolverse en una mecánica de fluidos dispersos. Aceptamos que no somos sustancia, un alma inmortal y prefijada, que no somos tampoco naturaleza, cuando ésta es un constructo teórico sujeto a los paradigmas y avatares históricos, que no somos por tanto una biología como destino, ni diferencia radical, tampoco agentes sociales férreamente determinados por las condiciones económicas o de clase. Pero, a su vez, todo ello nos constituye de una forma más intrínseca que como meros accidentes. El yo es una creación permanente, a partir de las circunstancias que nos conforman, penetrado por las estrategias de poder que buscan confinarlo, escapando incesantemente por medios de prácticas de libertad con las que intenta subvertirlas, en un proceso, *more* Foucault, de subjetivación constante, un sujeto que construye su genealogía, y que se elige entre, y contra, los trazos de los poderes que lo constituyen, de los discursos que se hablan a su través, que sin cesar replantea sus estrategias de supervivencia resistente (Rodríguez Magda, 2003:168-169).

En este contexto, Rodríguez Magda propone hablar de *transidentidades*. Esta categoría permite pensar los flujos inestables que dinamizan, las transformaciones inestables y mutantes, organizadas en torno a una línea constante sin que ello implique una potencialidad prefijada. De este modo, adviene *lo transexual* como modelo, más allá de una opción precisa, refiere a “...*la forma difusa en la que los sexos entremezclan sus signos, se proyectan, se eligen, superan el condicionamiento biológico y normativo, abriéndose a un haz de posibilidades, regida más por la seducción que por la reproducción*” (Rodríguez Magda, 2003:169-170). Un nuevo modelo parece instalarse progresivamente, en el que el sexo se fragmenta en combinatorias innovadoras sin el precepto de adecuación a una homogeneidad predestinada; en el que se desexualizan los genitales propiciando nuevas prácticas que van más allá del falocentrismo propio de una heterosexualidad estereotipada, y donde se torna evidente que la variedad de subjetividades no es capturable por la dicotomía *masculino/femenino* (Glocer Fiorini, 2010). En suma, las posiciones subjetivas *no conformes al género* que nos interesa indagar aquí, no refieren a inadecuaciones antinaturales o inauténticas, más bien a nuevas localizaciones subjetivas que testimonian el modo en que el género ya no se

anticipa como ideal al que debemos adecuarnos. Sujetos que ya no confieren densidad ontológica y coherencia, al menos no del mismo modo, a las normas de género.

Al cuestionar el género como ideal inalcanzable, el espectro de la *no conformidad de género* se expande y nos alcanza a todos. Esto nos devuelve los desarreglos con respecto al género presentes en el modo en que cada quien debe lidiar en su constante articulación subjetiva. El desafío es pensar a las identidades trans, travestis, intersex, transgender, entre muchos otros, y a nosotros/as mismos/as en términos de posiciones subjetivas que reclaman una comprensión bajo el intento constante de subvertir las categorías monolíticas de género con las que contamos. Esta mirada nos devuelve a un nivel de análisis de “*un sujeto activo que instituye sentidos y que al renovar los modos de hacer social, alimenta el proceso mismo de aquel sistema anónimo, por el cual, aceptamos que es al mismo tiempo, sólo en parte, ‘hablado’*” (Cháneton, 2007: 52)

El intento hasta aquí ha consistido en arrojar algo de luz hacia los modos particulares de subjetivación que transcurren, por tomar algunas expresiones de Homi Bhabha (1994/2007), en espacios intersticiales, espacios liminares, zonas entre-medio que cobran potencia en momentos de transformación histórica y que reclaman el derecho a significar desde la periferia. La pregunta que cobra interés: a partir del develamiento de la estructura mimética *sexo/género* que efectúa Butler ¿en qué sentido la idea de un centro y de una periferia cobra una existencia que vuelve insoportable algunas vidas, y en qué otro sentido tal diferencia no existe, siendo la idea de centro un artilugio ideológico regulativo? Sin duda, advierte Bhabha (1994/2007), la representación de la diferencia no debe ser leída apresuradamente como el reflejo de rasgos ya dados... al menos si nos interesa pensar en modos múltiples y diversos de existencia.

CUADROS SÍNTESIS

Psicoanálisis norteamericano

-Perspectiva: Autenticidad

-Enfoque: Biologicismo

-Autores relevantes: Robert Stoller – Ralph Greenson – Phyllis Tyson – Henri Parens – Eleanor Galenson – Phyllis Greenacre – Paul Schilder – Joseph Lichtenberg

-Identidad de género: Entendida en términos psicológicos, individuales e intrapsíquicos. Se configura mediante identificaciones tempranas, pre-edípicas en el contexto del drama de la separación individuación. Constituye un desprendimiento de la biología, específicamente de la anatomía corporal.

-Identificación: Mecanismo entendido sólo en términos psicológicos, intrapsíquicos. Los destinos de la identificación permanecen regulados por el cuerpo biológico a causa de una complementariedad heterosexual naturalizada. No supone intersubjetividad, pues se trata siempre de un sujeto cuyos modelos identificatorios son objetos radicalmente externos. Tampoco constituye el acceso de lo histórico-social en el plano de la subjetividad. Aspectos sociales y normativos no juegan ningún papel en la dirección de las identificaciones.

-Cuerpo: Dimorfismo sexual no cuestionado. Existente biológico que sirve como fundamento de la identidad de género, en particular, y de lo psíquico, en general.

-Contexto conceptual: Sigmund Freud – Margaret Mahler – John Money.

Feminismo psicoanalítico norteamericano

-Perspectiva: Autenticidad

-Enfoque: Fundacionalismo biológico

-Autores relevantes: Dorothy Dinnerstein – Nancy Chodorow – Jessica Benjamin – Allison Weir – Kaja Silverman – Diana Fuss – Jane Flax

-Identidad de género: Entendida en términos interpersonales y relacionales. Se configura mediante identificaciones tempranas, pre-edípicas en el contexto de las redes vinculares de la crianza. Se matiza la teoría del objeto interno bajo la noción de reconocimiento. Aspectos sociales inciden en los modelos identificatorios que conforman la identidad de género, debido a que el modo de organización social deja la crianza en manos de mujeres.

-Identificación: Mecanismo entendido en términos relacionales. Los destinos de la identificación son regulados por el cuerpo biológico a causa de una complementariedad heterosexual no examinada. Sin embargo hay intersubjetividad. En sentido estricto, el acceso de lo histórico-social en el plano de la subjetividad es limitado. Lo social es tenido en cuenta sólo a la hora de denunciar el ordenamiento jerárquico entre los géneros, lo que genera condiciones vinculares de partida que generan un contexto de conformación de identidad de género con modelos identificatorios coagulados en la desigualdad. Aspectos sociales y normativos juegan un papel relativo en la dirección de las identificaciones. Campo en el que colisionan de manera problemática la mirada política del feminismo y la mirada intrapsíquica del psicoanálisis.

-Cuerpo: Dimorfismo sexual no cuestionado. Existente biológico que sirve como referencia de la identidad de género, en la que incide el modo en que se interpretan los cuerpos desde el ordenamiento social de los géneros.

-Contexto conceptual: Sigmund Freud – Donald Winnicott – Hegel – Simone de Beauvoir

Feminismo radical norteamericano

-Perspectiva: Autenticidad

-Enfoque: Fundacionalismo biológico

-Autores relevantes: Andrea Dworkin – Catherine MacKinnon – Janice Raymond – Mary Daly – Sheyla Jeffreys – Denise Thompson – Celia Kitzinger

-Identidad de género: Entendida en términos ideológicos. Herramienta política que aglutina mujeres y define a los varones como grupo social enemigo. Identidades de género se esencializan en pos de objetivos políticos separatistas, abriendo un abismo e instituyendo desarreglos insalvables entre varones y mujeres.

-Identificación: Adscripción política al constructo político *Mujer* que esencializa la feminidad como rasgo que emana desde los cuerpos biológicos y da pertenencia a la plataforma identitaria a partir de la cual se libra la lucha política.

-Cuerpo: Dimorfismo sexual no cuestionado. Existente biológico que sirve como fundamento de la identidad de género. Biología de los cuerpos determinantes en la definición de mujeres y varones, a ello se suma la captura interpretativa desigual y jerarquizante que el sistema hetero-patriarcal realiza sobre cada sexo.

-Contexto conceptual: Adrienne Rich – Gayle Rubin – Audre Lorde – Kate Millet – Shulamith Firestone.

Teoría *Queer*

-Perspectiva: Performatividad

-Enfoque: Construccinismo social

-Autores relevantes: Judith Butler – Eve Kosofsky Sedwick – Donna Haraway – Myra Hird – Diana Fuss – Beatriz Preciado.

-Identidad de género: Entendida en términos performativos. Su estructura es imitativa y citacional. Lejos de ser una realidad psicológica sustancial constituye, más bien, una ficción virtualmente regulativa que, mediante internalización de la norma genera la ficción de interioridad.

-Identificación: La dirección de las identificaciones es regulada por dimensión social normativa. El género, como dispositivo de regulación social, gestiona sitios ideales y abyectos para la identificación. Complejo de Edipo como dispositivo que establece una esfera simbólica entramada por arreglos de poder que, bajo la amenaza de castigo, perpetúa géneros coherentes. La identificación constituye subjetividad, sujeta mediante internalización de la norma. Sujeto se constituye mediante vínculos, identificatorios, apasionados con el sometimiento.

-Cuerpo: Dimorfismo sexual como artificio. El cuerpo se diluye en los discursos. Se trata de una materialización en el lenguaje. La morfología imaginaria (más allá de la cual el cuerpo no cobra existencia) se construye normativamente en el mismo proceso, identificatorio, que constituye la identidad que miméticamente le corresponde. La Matriz Heterosexual impone continuidad a elementos en sí discontinuos sexo/cuerpo – género/identidad de género – deseo/elección sexual. La biología del cuerpo no cuenta sino como naturalización que se instala como fundamento.

-Contexto conceptual: Sigmund Freud – Jacques Lacan – Michel Foucault – Jacques Derrida – Austin – Simone de Beauvoir – Luce Irigaray.

Convergencia de miradas

-Perspectiva: Multiplicidad

-Enfoque: Construccinismo social

-Autores relevantes: Judith Butler – Michel Foucault – Nancy Chodorow – Lynne Segal – Kaja Silverman – María Luisa Femenías – Irene Meler – Patricia Soley-Beltrán – Leticia Sabsay.

-Identidad de género: Entendida como *performance* que se despliega en un terreno de restricciones constitutivas. Supone interiorización y sujeción a la norma que no obtura, sino es condición de posibilidad, de la capacidad de agencia. Construcción política compleja que, a nivel subjetivo, muestra anudamientos entre significados culturales recreados a partir de apropiaciones singulares mediante sentidos personales. Su estructura es imitativa y citacional. Se trata de una ficción que confiere existencia al sujeto, es decir: otorga densidad psíquica sin sustancia. Allí algo permanece (conjunto de identificaciones contingentes, no ancladas en esencias o sustancias invariables). Núcleo permanente otorgado por ideales culturales y normas sociales que restringen la proliferación voluntaria de las identidades pero no obturan la posibilidad de cambio mediante rearticulación *ex-stática* de la norma.

-Identificación: Más allá de la lógica *in-corporativa*, *ex-stásis* que permite al sujeto reapropiarse críticamente de la norma que lo constituye como tal. Opera en todas las dimensiones: (1) intrapsíquica, pues como mecanismo psíquico del poder funda topologías imaginarias a partir de las cuales se realizan apropiaciones singulares, nunca son estructuras sustanciales; (2) Relacional, pues es en la díada Yo-Tú donde el sujeto se articula identificatoriamente gracias a un cuerpo a cuerpo con otro concreto sin cuya mirada cultural no es viable la producción subjetiva; y (3) Socio-político, dimensión preponderante, identificaciones gestionadas por los términos normativos que comandan la construcción, no determinante, de la realidad social y psíquica.

-Cuerpo: Dimorfismo sexual como artificio, pero el cuerpo no se diluye en los discursos. Se trata de una materialización *quiasmática* en el lenguaje. La morfología imaginaria (más allá de la cual el cuerpo no cobra existencia) se construye normativamente en el mismo proceso, identificatorio, que constituye la identidad que miméticamente le corresponde. La Matriz Heterosexual impone continuidad a

elementos en sí discontinuos sexo/cuerpo – género/identidad de género – deseo/elección sexual. La biología del cuerpo no cuenta sino como naturalización que se instala como fundamento. Sin embargo no es reductible a lo discursivo. Núcleo corporal más allá de los juegos del lenguaje que no constituye fundamento natural del género. No se puede representar el cuerpo si no es mediante el lenguaje, el cual, al mismo tiempo no puede capturar la totalidad del cuerpo. Por ello los límites del cuerpo fluctúan entre lo material y lo discursivo. Cuerpo se articula mediante las marcas de género hegemónicas, lo que no implica desatender políticas en torno a la especificidad de los cuerpos que aman, sufren, experimentan placer, pero también son vulnerables, enferman y mueren.

-Contexto conceptual: Sigmund Freud – Jessica Benjamin – Michel Foucault – Simone de Beauvoir – Luce Irigaray.

No conformidad de género desde la perspectiva de la Autenticidad

En la vertiente **biologicista** de la autenticidad el género se diluye en el sexo. Aproximaciones naturalistas respecto al modo en que se vinculan identidad de género y cuerpo. En sentido estricto, el género es una expresión de la configuración biológica de los cuerpos. En este sentido, la categoría de género no tiene sentido si no es como expresión lineal y directa del sexo.

En tanto el género se concibe como expresión del sexo, presentaciones *no conformes al género* –aunque desde aquí sería más adecuado y riguroso el término *no conformidad de sexo*– clásicamente conocidas como travestismo o transexualismo constituyen problemas de corte médico-endocrinológico. A causa de trastornos en la configuración natural del cuerpo, en sus aspectos fisiológicos y anatómicos, se producen configuraciones patológicas, no naturales. El interés transcurre por localizar las causas –frecuentemente se apunta a la corteza cerebral o cantidades de hormonas anormales en el período pre-natal– para corregir el desvío.

No conformidad de género desde la perspectiva de la Autenticidad

En la vertiente **fundacionalista biológica** de la autenticidad el género constituye interpretaciones variables, de acuerdo a localizaciones geográficas y a momentos históricos, que recubren el cuerpo. A pesar de que el género cobra existencia como dimensión independiente respecto del sexo, la lógica que organiza las identidades de género es dicotómica y exhaustiva debido a que continúa supeditada al dimorfismo sexual anatómico, que naturalmente admite sólo dos configuraciones corporales.

Aquí existe un claro dualismo entre cuerpo e identidad, o entre sexo y género, o entre naturaleza y cultura. Allí, el desacople problemático entre identidad y cuerpo instala la idea de patología. A pesar de que identidad y cuerpo constituyen dos dimensiones separadas, existen vinculaciones y alineaciones normativas y necesarios entre ellas, dictaminadas por el cuerpo, lugar donde se inscribe la verdad del sexo y marca una secuencia encadenada que debe respetarse para acceder a la normalidad –Cuerpo, identidad de género, elección sexual. Cuando la construcción de la identidad de género no coincide o no se acopla del modo esperable con la morfología del cuerpo se impone la necesidad de restablecer la mimesis. En este sentido, el transexualismo constituye la alegoría de la *no conformidad de género*. Puesto que se vuelve objeto de la medicina para *con-formar* el cuerpo mediante instrumental quirúrgico y farmacológico a la identidad auto-percibida por el sujeto. Desde este punto de vista es que emerge la imagen de un ser capturado en el cuerpo equivocado.

Es preciso aclarar que tales intervenciones que intentar trazar nuevas soldaduras para establecer la mimesis sexo/género no salda, en última instancia, desde este punto de vista, la *no conformidad de género*. Esto se debe al lugar que posee el cuerpo, como fundamento último del género. Un cuerpo intervenido quirúrgicamente, desde la mirada médica, continúa cargando en sí la esencia del sexo pre-quirúrgico. Por tanto se trata de una cosmética del cuerpo enemigo, al que sólo se le redefinen límites para adaptarlo, estéticamente a un ideal. Después de todo, las esencias son inalcanzables, incluso para la medicina.

No conformidad de género desde la perspectiva de la Performatividad

Se trata de una perspectiva de corte construccionista social. Como tal no hay correspondencia necesaria entre cuerpo e identidad de género. El cuerpo constituye un fundamento contingente de las identidades de género. Tanto el cuerpo, su materialidad misma, como las identidades se construyen conjuntamente. La mimesis misma *conformada* por las normas sociales, no en un momento temprano del desarrollo, sino a cada instante mediante actos performativos.

Desde esta perspectiva el género no es un dato de la naturaleza, tampoco un dato que corresponda a una realidad psíquica entendida en términos sustanciales. El género aquí constituye un sistema normativo de control y regulación social, que produce sujetos conformes al género hegemónico. La alegoría de la *no conformidad de género*, en esta perspectiva, es el travestismo. Pues allí se expone la existencia de la no concordancia entre sexo y género. El travestismo expone la performance de una identidad de género cuyo anclaje no transcurre por el cuerpo. El cuerpo es refigurado por la performance, quitándole su sitio privilegiado de fundamento. Por tanto la conformidad de género es una exigencia normativa que anuda elementos de modo arbitrario, bajo la ficción de que sus fundamentos transcurren por aquel constructo discursivo denominado *naturaleza*. Entonces, la *no conformidad de género*, desde aquí, no sólo no indica patología, como los discursos médicos, psiquiátricos y psicoanalíticos no harían creer, más bien todo lo contrario: la proliferación de otras refiguraciones que escapan a los acoples hegemónicos.

No conformidad de género desde la perspectiva de la Multiplicidad

Se trata de una perspectiva de corte construccionista social. Como tal no hay correspondencia necesaria entre cuerpo e identidad de género. El cuerpo constituye un fundamento contingente de las identidades de género. Tanto el cuerpo, su materialidad misma, como las identidades se construyen conjuntamente. La mimesis misma *con-formada* por las normas sociales, no en un momento temprano del desarrollo, sino a cada instante mediante actos performativos. Sin embargo esta perspectiva no descuida ni anula la existencial material de los cuerpos más allá de las significaciones discursivas que lo recubre y le dan existencia. Es decir el cuerpo, y su materialidad, no posee la verdad del sexo, pero esto no lo diluye en lo discursivo.

Desde esta perspectiva el género no es un dato de la naturaleza, tampoco un dato que corresponda a una realidad psíquica entendida en términos sustanciales. El género aquí constituye un sistema normativo de control y regulación social, que produce sujetos conformes al género hegemónico, los cuales pueden reapropiarse de manera crítica de los términos del binario a partir de su capacidad de agencia. El sujeto sólo aporta inteligibilidad al mundo y significa su propia experiencia a partir de los términos de género hegemónicos, luego puede implementar estrategias para re-articular tales términos, pero no mediante performances entendidas como decisiones voluntarias de un sujeto que muda su identidad de modo radical. La resignificación es posible, pero en un campo de restricciones. La alegoría aquí es cualquier sujeto que se torna consiente de los desarreglos entre los mandatos hegemónicos de género y lo que efectivamente *performa* de tales ideales inalcanzables. Se trata de negociaciones continuas con la norma que todos los sujetos despliegan. Sin embargo, a pesar de que la *conformidad de género* es un horizonte inalcanzable, a pesar de que el carácter de establecer continuamente mediante performances, los anudamientos entre sexo, género y deseo esperables, o no, nos ubica a todos bajo el espectro de la *no conformidad de género*. Lo cierto es que algunas secuencias, aunque todas arbitrarias y sin fundamentos esenciales, caen bajo el espectro de lo abyecto. Es desde esta perspectiva –que reconoce la contingencia de todas las localizaciones de género, incluso de las idealizadas socialmente– que se reconoce la necesidad de la lucha política para hacer, en términos butleriano, que todas las vidas merezcan la pena ser vividas. Es en ese punto donde la materialidad del cuerpo, más allá de los juegos del lenguaje, no puede descuidarse.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

El interés de esta indagación refiere a deslindar cómo los sujetos –cuyas expresiones de género se encuentran en disconformidad con lo convencionalmente esperado respecto a su cuerpo anatómico– se auto-perciben y auto-denominan en función de las categorías socialmente existentes. La existencia de categorías identitarias socialmente utilizadas para designar a los sujetos a indagar, presentes tanto en las prácticas como a nivel teórico, (*Travestis, Transexuales, Trans*, entre otras con un fuerte tinte peyorativo y discriminatorio) homogenizan, inferiorizan, excluyen y patologizan. Del mismo modo, se nos plantea el interrogante sobre las auto-percepciones respecto a su cuerpo. El interés radica en problematizar los modos en que comúnmente se piensa a tales sujetos para oír las voces de los protagonistas a la hora de dar cuenta de sí mismos.

402

Esta investigación resulta, entonces, de especial relevancia ya que apunta a llenar una brecha o laguna en el conocimiento existente respecto al modo en que los sujetos no conformes al género auto-perciben sus identidades y su cuerpo, así como el modo en que tales auto-percepciones se vinculan con las normas hegemónicas de sexo-género. Si bien existe un gran número de investigaciones que indagan la no conformidad con el género hegemónico, no existen en nuestro medio y en nuestra disciplina investigaciones desplegadas a partir de la diversidad como postura epistemológica y metodológica. La mayor parte de las investigaciones realizadas en torno a la temática han utilizado el *Bem Sex-Role Inventory* (BSRI) diseñado por Sandra Bem. Este inventario se encuentra estructurado en términos binarios (Bem, 1974, 1975, 1981). Tal instrumento instala desde el inicio la organización dicotómica y estereotipada de los roles de género, de modo que las expresiones que no se enmarcan rígidamente en estos términos son ignoradas, obturando auto-percepciones que puedan resultar innovadoras e, incluso, cuestionen los modos convencionales en que se organiza el género. Asimismo permitiría poner a prueba empíricamente las especulaciones provenientes de la filosofía de Judith Butler, acerca de la naturalización que impregna la percepción de los sujetos sobre la

coherencia y la relación mimética entre sexo, género y elección sexual en las organizaciones culturales vigentes. Por otra parte permitirá enriquecer tales especulaciones al indagar qué estatuto recibe el cuerpo, la identidad de género y la elección sexual en los modos en que se auto-perciben sujetos cuyos elementos se encuentran en franca discontinuidad. En este sentido, la perspectiva teórica inaugurada por Judith Butler cuestiona el lugar naturalizado que el cuerpo adquiere como fundamento de la identidad de género, pero no explica qué lugar ocupa en sujetos cuyas identidades no están en conformidad con el cuerpo anatómico. Esta línea a explorar otorga especial originalidad al tema propuesto.

Entendemos que esta problemática se inscribe, entonces, en el carácter complejo que asumen las identidades. La necesidad de portar una identidad supone que los sujetos se apropien de una categoría social y respondan a sus exigencias para poder pertenecer a un conjunto, significar su experiencia y aportar inteligibilidad al mundo. Sin embargo, no se pierde de vista la capacidad de agencia de los sujetos, de reformular y resignificar tales categorías, lo que marca la posibilidad de recrear desde un sentido singular las convenciones sociales. Se trata de sortear el problema de la discriminación escuchando las voces que denuncian las identidades como un campo de disputa entre significados provenientes de la cultura y de la significación personal (Chodorow, 1999b/2003). A partir de una perspectiva de la diversidad, se trata de atender a los modos particulares de subjetivación.

Interrogantes que orientaron la investigación

Apuntando a explorar los modos en que los sujetos no conformes al género se auto-perciben en relación con las normas sexo-genéricas, nos preguntamos: ¿Cuáles son las categorías vinculadas al género que los sujetos utilizan para denominarse? ¿Cómo fundamentan sus auto-percepciones? ¿Cómo se localizan de acuerdo a las categorías convencionales y normativas de género? ¿Cuáles son sus representaciones sobre la masculinidad y la feminidad? ¿Cómo perciben su cuerpo? ¿Qué lugar otorgan al cuerpo en el modo en que se auto-denominan? ¿A qué atribuyen su no conformidad con el género? ¿A partir de qué categorías denominan sus elecciones sexuales? ¿Cómo impacta su no conformidad con el género en su sexualidad? ¿Sus auto-percepciones responden a categorías normativas y estereotipos de género? ¿Adoptan las categorías utilizadas convencionalmente para auto-denominarse? ¿Cuáles son las apropiaciones

singulares que los sujetos hacen de las categorías de género convencionales? ¿Se auto-perciben en no conformidad con el género? Es decir, ¿les resulta problemática la no conformidad existente entre su modo de habitar el género y su cuerpo, tal como se plantea convencional y normativamente? ¿Los modos en que se auto-perciben han variado a lo largo del tiempo?

METODOLOGÍA

Sobre la opción metodológica: *Grounded Theory*

Nociones generales

La metodología denominada *Grounded Theory –Teoría Fundamentada–* constituye un método cualitativo (Flick, 2002; Collingridge & Gantt, 2008) que emerge en los años 1960, de la mano de Barney Glaser y Anselmo Strauss (1967), con el objetivo de construir o enriquecer teorías de corte sociológico sobre los fenómenos humanos. Desde su surgimiento hasta hoy, se han ido organizando dos enfoques diferentes: el de Barney Glaser por un lado, y el Anselmo Strauss por otro (Walker & Mirick, 2006). A pesar de que las diferencias metodológicas entre estos dos enfoques pueden ser consideradas sustanciales, incluso hay quienes afirman que constituyen dos estrategias de investigación fundamentalmente diferentes, un número significativo de investigadores del campo de las ciencias sociales argumenta que se trata, más bien, de dos enfoques metodológicos que pertenecen a la misma estrategia de investigación.

Glaser y Strauss (1967) señalan que, frente al declive de la investigación sociológica de corte cualitativo, debido al avance de métodos cuantitativos y al auge del paradigma positivista, fue necesario valorar otras posibles formas de saber no alineadas a los supuestos onto-epistemológicos imperantes. Es así que, bajo el horizonte de la época, realizaron una propuesta innovadora que ofreció estrategias sistemáticas de investigación cualitativa (Charmaz, 2006). Argumentaron que las investigaciones sostenidas en metodologías exclusivamente cuantitativas generan teorías abstractas que no hacen justicia a las realidades empíricas. Como alternativa, el método propuesto de análisis cualitativo sistemático, aseguraron, generaría teorías *fundamentadas* en las realidades empíricas. Lo cierto es que el impacto de esta propuesta metodológica ha sido sustancial.

En el contexto de otros métodos de investigación, la *Teoría Fundamentada* se puede agrupar junto a otro conjunto de enfoques cualitativos de inductivo (Strauss & Corbin, 1990). Como es sabido, en todo análisis inductivo los patrones, temas y categorías de análisis provienen de los datos y no de marcos teóricos predeterminados. La teoría, entonces, se deriva de los datos, no es impuesta a los datos antes del análisis o, incluso, de la recolección misma de los datos (Patton, 1980). Una teoría *fundamentada* se deriva de forma inductiva –también existen versiones formuladas en torno al proceso de abducción (Timmermans & Tavory, 2012), y que enfatizan su carácter hermeneúutico (Rennie, 2000) –, a través de la recolección y análisis sistemático de los datos utilizando un enfoque comparativo continuo. Vinculado a enfoques de corte fenomenológico y etnográfico, la *Teoría Fundamentada* se contrapuso explícitamente, entonces, a enfoques anclados en la deducción, especialmente aquellos que utilizaban métodos cuantitativos.

Características

La *Teoría Fundamentada* constituye un proceso iterativo en el cual el investigador acude continuamente al campo o terreno de investigación para recoger más datos y responder a nuevos interrogantes que el mismo proceso arroja. Esta dinámica continúa hasta que el investigador no encuentra nueva información en la recolección de datos. Los datos se recogen y organizan a partir de un esquema lógico, sistemático y explicativo a partir del cual comienzan a emerger categorías temáticas. Consecuentemente, estas categorías se organizan en un todo integral, creando una teoría fundamentada en experiencias y significados vinculados estrechamente al fenómeno de interés.

Si nos proponemos establecer algunas características de la *Teoría Fundamentada* podríamos destacar, en primer lugar, como ya se ha mencionado, que este enfoque es inductivo. Otra característica clave refiere a su forma específica de desarrollar teorías: a través de la generación sistemática e intencional de datos de investigación social (Tummers & Karsten, 2012). Las teorías se construyen, entonces, a partir de los propios datos (Deegan, 2001). Una tercera característica de la *Teoría Fundamentada* refiere a su objetivo: desarrollar teorías explicativas, por lo tanto evitan caer en meras descripciones, también en teorías inescrutables o puramente conceptuales. Otra característica, que no es distintiva de la *Teoría Fundamentada*, sino que, más bien, es

compartida con otros enfoques basados en la comparación constante refiere a que los datos se comparan continuamente con: (a) otros datos primarios; (b) la progresión de los datos originales; (c) los conceptos emergentes; y (d) las teorías (Boychuk Duchscher & Morgan, 2004; Glaser & Strauss, 1967). Al hacer estas comparaciones, los conceptos fundamentados y las relaciones entre ellos se hacen evidentes. La segunda característica, tampoco distintiva: supone un proceso de *codificación abierta* de los datos. Mediante la asignación de códigos fijados durante el análisis, es decir que no han sido determinados antes que la obtención de los datos se establece una comparación continua entre los códigos (Nurjannah, Mills, Park & Usher, 2014).

Ya hemos notado que dos enfoques de la teoría fundamentada se han desarrollado, sobre todo a partir de la década de 1990. Strauss, en cooperación con Juliet Corbin, establece un fuerte debate con Glaser (Kendall, 1999; Deegan, 2001). Strauss introdujo un nuevo método de codificación que implica condiciones, acciones, estrategias, contexto de interacción y consecuencias (Strauss & Corbin, 1990). A pesar de que ambos enfoques se adhieren al principio de *codificación abierta*, las diferencias entre Glaser y Strauss son sustanciales (Boychuk Duchscher & Morgan, 2004; Deegan, 2001; Glaser & Holton, 2004; Heath & Cowley, 2004; Kendall, 1999; Strauss y Corbin, 1990; Walker & Myrick, 2006). En lugar de permitir que la teoría surja de los datos, Strauss realiza un tratamiento de los datos que viola el principio de inducción (Boychuk Duchscher y Morgan, 2004). Según Glaser, esto ha llevado a Strauss lejos de la *Teoría Fundamentada*, hacia un método que ya no puede ser considerado tal (Glaser, 1992).

Procedimiento general

Existe consenso en investigadores que adscriben a esta metodología en la implementación del procedimientos de recopilación y análisis de datos: (a) realización de entrevistas en profundidad vinculadas con el tema a indagar; (b) transcripción de los datos de las entrevistas; (c) codificación abierta, que incluye identificación de núcleos de significación relevantes en el texto; (d) comparación constante los códigos abiertos establecidos en busca de similitudes y diferencias conceptuales; (e) identificación de conceptos teóricos emergentes; (f) codificación y comparación de códigos otorgados a nuevas categorías teóricas que surgen a partir de nuevos interrogantes; (g) detención del proceso cuando nada nuevo se añade a las categorías existentes; y (h) síntesis de categorías teóricas de manera coherente, incluyendo la definición de las categorías

principales, mostrando visualmente las relaciones entre las categorías y la vinculación de los conceptos teóricos a la literatura existente. De modo más técnico y con mayor rigurosidad en relación con la literatura al respecto (Andersen, Inoue & Walsh, 2013) podríamos señalar que se trata de un método que participa en: (a) la recolección de datos; (b) análisis comparativo constante; (c) categorización inicial de los datos; (d) codificación intermedia; (e) selección de una categoría central; (f) codificación avanzada; (g) integración teórica; (h) muestreo teórico; (i) saturación teórica; (j) sensibilidad teórica; y (k) notas de escritura (Birks & Mills, 2011). Estos procedimientos, en su conjunto, constituyen un proceso complejo iterativo de acciones e interacciones ubicadas en la base de la *Teoría Fundamental* (Charmaz, 2006).

Objetivo General:

-Explorar las auto-percepciones de sujetos no conformes al género respecto a identidad de género y cuerpo.

Objetivos Específicos:

- Delimitar las categorías que los sujetos utilizan para auto-denominarse.
- Evaluar grados de adaptación a los estereotipos de género.
- Indagar las representaciones que los sujetos tienen sobre su propio cuerpo.
- Dilucidar el estatuto del cuerpo en las auto-percepciones de los sujetos.
- Investigar los modos en que los sujetos fundamentan sus posicionamientos de género.
- Rastrear transformaciones respecto de la auto-percepción, en función del género, de cada sujeto a lo largo del tiempo.
- Analizar las denominaciones que los sujetos utilizan al momento de dar cuenta de su identidad sexual.
- Comparar los resultados hallados entre los diferentes sujetos que componen la muestra.

Hipótesis o tesis a sostener

H1. Las auto-percepciones de los sujetos no conformes al género no cuestionarían radicalmente el marco binario que clasifica las identidades de género de manera dicotómica y exhaustiva.

H2. Los sujetos no conformes al género apelarían al cuerpo como referencia y no como fundamento de las identidades adoptadas.

Métodos o desarrollo a seguir

Mediante un método inductivo-inferencial –*Teoría Fundamentada*–, se hará un análisis exhaustivo de los registros obtenidos de las entrevistas en profundidad en cada caso estudiado, a los efectos de poder describir sus particularidades, articular las variables que resulten recurrentes, ponderar sus semejanzas y diferencias, apuntando a conceptualizar los hallazgos y cotejarlos con el marco teórico de referencia.

La metodología a implementar responde, entonces, a un enfoque cualitativo. El interés estará centrado en la indagación de la diversidad. Es así que la propuesta consiste en caracterizar los diferentes marcos de referencia, las perspectivas y concepciones que sujetos no conformes al género de La Plata y Gran La Plata poseen acerca de las propias identidades de género que adoptan, y de su cuerpo, en relación con la norma social de género. En este contexto, interesará explorar cuáles son las categorías y denominaciones que tales sujetos emplean. Dicho interés requiere de algunas consideraciones específicas a la hora de delimitar una metodología que torne factible la investigación propuesta.

Ken Plummer (2012) ofrece herramientas que permiten reconsiderar aspectos metodológicos a la hora de realizar investigaciones que se ubican en la línea del humanismo crítico y de la teoría queer, perspectivas en las que se inscribe este proyecto de investigación. La diversidad que se pretende explorar requiere la no introducción inicial de categorías identitarias (*Travesti, Transexual, Trans, Varón, Mujer*), es decir, de no generar un sistema clasificatorio que atribuya de entrada identidades a los sujetos a indagar. Tal como señala Plummer, “*El lenguaje que utilizamos trae consigo toda clase de tensiones. Si bien a veces nos ayuda a trazar la manera en que realizamos la investigación, a menudo conlleva sus propias contradicciones y problemas*” (Plummer, 2012:344). En este sentido se utiliza la categoría general y descriptiva de *sujetos no conformes al género*, la que permite establecer, desde un punto de vista más objetivo, un criterio a la hora de delimitar los sujetos a explorar: sujetos cuyas expresiones de género no se encuentran en conformidad con lo convencionalmente esperable para su cuerpo anatómico. Esta consideración terminológica permite evitar la utilización de categorías convencionales y normativas *a priori* que obturen y enmascaren la emergencia de aspectos novedosos que den cuenta de aspectos de una realidad configurada de otro modo (Plummer, 2012). Se trata de evitar “*el discurso de la diversidad [que] reontologiza las disímiles configuraciones de la identidad desde el*

momento en que las concibe como un abanico de identidades discretas y claramente clasificables, las cuales habrán de incluirse con más o menos fortuna en un modelo de representación que no se cuestiona a sí mismo como tal” (Sabsay, 2001: 38).

La tentativa es discriminar las maneras variadas en que cada sujeto se inscribe en el complejo mapa del género sin descuidar la maleabilidad del cuerpo y su inserción en la experiencia del sujeto y las vicisitudes de su auto-percepción. Se recorta, entonces, la relevancia en que el género se inscribe en la auto-percepción (Segato, 2003), cómo el sujeto se representa mediante las categorías de género acatadas, de uno u otro modo, e introyectadas a partir de la percepción que tienen de su propio cuerpo y a partir de las relaciones de identidad y diferencia que establecen entre las características de su cuerpo y las identidades que adoptan.

Concebir al sujeto de este modo, capaz de recapturar las categorías y otorgar su sello personal, sólo es posible si conceptualizamos al sujeto en términos de agencia. Gran parte del primer trayecto de la tesis apuntó hacia ese objetivo. Sólo si partimos de ese sujeto capaz de reapropiarse de la norma, podremos implementar esta metodología que apunta a, en palabras de Juan Carlos Gorlier (2008), *confiar en el relato*.

Justificación de la opción metodológica: *Teoría Fundamentalada*

(1) Cabe aclarar que la *Teoría Fundamentalada* será utilizada en el presente estudio a modo de **estrategia para el análisis de los datos** (Walker & Mirick, 2006; Jones, Manzelli & Pecheny, 2007) y no como metodología plena¹⁴¹. Habida cuenta de algunas observaciones realizadas en torno a este proceso se implementó, de manera puntual, un técnica de *análisis fractal* (Wasserman, Clair & Wilson, 2009). Tal decisión se fundamenta en que, como se indica posteriormente, el diseño general implementado no es explicativo, sino **descriptivo-exploratorio**. Por tanto, en respuesta a tal propósito, el diseño implementado no apunta a generar marcos teóricos explicativos, más bien a sistematizar rigurosamente los datos recogidos para lograr una primera aproximación descriptiva en función de los tópicos de interés. Aunque posteriormente sí se

¹⁴¹ En este punto se tienen en cuenta algunas observaciones que Jacqueline Fendt y Wladimir Sachs (2008) realizan sobre la posibilidad de flexibilizar la aplicación ortodoxa del método contemplando las exigencias que deben conservarse si se utiliza como técnica de codificación junto a otros elementos del método señaladas por Kelley O'Reilly, David Paper y Sherry Marx (2012). Es por esta razón que la propuesta para el tratamiento de datos también incorpora la estructura lógica fractal (Wasserman, Clair & Wilson, 2009), pues este tratamiento de los datos permite generar categorías a partir de una lógica de estilos múltiples. Esto significa que, llegado el caso, el investigador podrá utilizar generadores organizados de modo no binario.

compararán los relatos con marcos teóricos ya examinados, no se llevará a cabo, entonces, la magnitud de la empresa que supone elaborar teoría a partir de los datos relevados.

(2) Como se señala posteriormente, la recolección de datos se ha llevado a cabo mediante entrevistas semi-estructuradas. Es decir, existieron tópicos generales, vinculados a los objetivos propuestos, que organizaron las grandes áreas de la entrevista, aunque no se obturó la emergencia de nuevas áreas o tópicos. En este sentido, la implementación de la *Teoría Fundamentada* como metodología no admite categorías previas. En este caso sistematizamos los datos bajo el procedimiento de la *Teoría Fundamentada* pero partiendo de los tópicos delimitados previamente. Cabe aclarar que, como la presente investigación parte desde una perspectiva que admite la diversidad, los tópicos establecidos previamente no apunta a instalar categorías que encasillan a los sujetos, o que restringen la emergencia de los diversos puntos de vista, más bien constituyen interrogantes que apuntan a indagar los diversos modos de auto-denominación y percepción de las realidades propias de los sujetos a indagar.

(3) Por otra parte, resulta dudosa la idea de capturar datos puros suspendiendo, a la hora del tratamiento de los datos, los marcos teóricos con los que cuenta el investigador. Sin embargo, enfatizamos nuevamente, que como procedimiento para tratar los datos, aunque contemos con una teoría, la *Teoría Fundamentada* no anula la emergencia de la novedad en los discursos, tampoco de aspectos que puedan contradecir preceptos teóricos.

Es así que, aunque más no sea como estrategia de análisis e interpretación de los datos, la *Teoría Fundamentada* muestra amplias ventajas para el presente estudio. Nuestro interés se localiza en la intersección de dos propósitos, por un lado someter a contrastación empírica el marco teórico construido, de corte filosófico, y por otro asegurar que los relatos obtenidos no sean encasillados en categorías identitarias previas, es decir no obturar la diversidad de los relatos con categorías preexistentes. Entonces, el tratamiento de los datos propuesto permite reunir datos en torno a categorías amplias pero, al mismo tiempo, contar con relatos que se basan en amplias localizaciones subjetivas y, por lo tanto, hacen justicia a la diversidad y a la multiplicidad.

Indudablemente la *Teoría Fundamentada* constituye una metodología utilizada por investigadores de todo el mundo (Charmaz, 2014) y resulta altamente adecuada al tema propuesto. Diversas investigaciones que toman por tema central aspectos de la transexualidad se sostienen en esta metodología (Wallace, 2010; David, 2014; Levitt & Ippolito, 2014). No debemos dejar de enfatizar que los supuestos teóricos desde los que parte presentan sintonía o lazos de filiación teórica con aspectos del pensamiento de Judith Butler –como el interaccionismo simbólico y la etnometodología, como hemos referido previamente¹⁴². Como justificación, entonces, resulta relevante dar cuenta de los supuestos para explicar los vínculos con el fenómeno que aquí interesa indagar (Chamberlain-Salaun, Mills & Usher, 2013).

Supuestos

Los supuestos se basan en diferentes aspectos de obras de John Dewey, George Herbert Mead, Herbert Blumer y Anselmo Strauss. Todos ellos integraron el grupo de sociólogos conocido como la Escuela de Chicago (Lutters & Ackerman, 1996). La Escuela de Chicago se ha dedicado particularmente al desarrollo de metodologías cualitativas, especialmente aquellas que utilizan un enfoque de observación y estudio de los grupos y la conducta humana, propios del interaccionismo simbólico (Blumer, 1969). Una referencia general del modo en que la interacción simbólica se vincula con los supuestos de la *Teoría Fundamentada* (Chamberlain-Salaun, Mills & Usher, 2013) proporciona, entonces, un punto de partida para una justificación de la opción metodológica implementada. Los supuestos, entonces, son:

- (1) El *mundo externo* constituye una representación simbólica, un *universo simbólico*. *Mundo externo* y *mundo interno* se crean y recrean a través de la *interacción*. No existe una línea divisoria clara entre ellos.
- (2) Los *significados* y los *símbolos* forman parte de la *interacción*, y establecen relaciones dentro de *sistemas simbólicos*. Las interacciones generan nuevos significados, o bien modifican o mantienen inalterables los existentes.

¹⁴² Exponer tales supuestos respecto a los tópicos *significado, acción e interacción, self y perspectiva*, propios del interaccionismo simbólico, permite detectar una sintonía con los desarrollos teóricos del marco conceptual de referencia propuesto. Estos vínculos son intentos de aclarar lo que significa llevar a cabo un estudio de investigación utilizando un enfoque de teoría fundamentada con una apreciación explícita de la influencia de la interacción simbólica en la metodología, lo que facilita el trabajo del investigador.

(3) Las acciones están incrustadas en las interacciones entre pasado, presente y un futuro imaginado. De este modo las acciones también poseen significados y se localizan dentro de los sistemas de significados. Las acciones, incluso, pueden generar nuevos significados en relación con otras acciones, en las interacciones en las que están inmersas.

(4) Es probable que surjan contingencias durante el curso de la acción. Éstas pueden producir cambios en la duración, ritmo, e incluso la intención de la acción, lo que altera la estructura y el proceso de interacción.

(5) Toda acción implica temporalidad, es así que se constituyen cursos de acción de duración variable. Las interpretaciones de los aspectos temporales de una acción pueden diferir según los puntos de vista de los respectivos actores; estas interpretaciones también pueden cambiar a medida que transcurre la acción.

(6) El curso de la interacción surge a partir de perspectivas compartidas, y cuando esto no sucede, para que la acción se torne interacción, las perspectivas deben ser negociadas.

(7) Durante la primera infancia y, posteriormente, durante toda la vida, los seres humanos desarrollan su *self*, que participa en las acciones de diferentes modos.

(8) Las acciones, abiertas y encubiertas, pueden estar precedidas, acompañadas o sucedidas por interacciones reflexivas (que retroalimentan entre sí). Estas acciones pueden ser propias o de otros actores. En muchos casos el futuro está incluido en dichas acciones.

(9) Las interacciones pueden estar seguidas por un examen atento de las acciones, propias o de otros, también las proyecciones de las acciones futuras. Las opiniones y evaluaciones realizadas a lo largo del curso de acción e interacción pueden provocar una redefinición parcial o, incluso, total de la misma.

(10) Las acciones no son necesariamente racionales. Muchas de ellas son *irracionales*. Sin embargo, acciones racionales pueden ser erróneamente percibidas como *irracionales* por otros actores.

(11) La acción tiene aspectos emocionales. Distinguir la emoción de la acción, a modo de una entidad que la acompaña, implica cosificar este aspecto intrínseco de la propia acción. No hay dualismo, por tanto no es posible separar la emoción de la acción; forman parte del mismo flujo de eventos, uno conduce al otro.

(12) Los esquemas analíticos estructurados por medios y fines no son apropiados para entender la acción y la interacción. En ciencias sociales estos esquemas, poco examinados, son demasiado simples para interpretar la conducta humana.

(13) El arraigo de una acción en el transcurso de la interacción implica una intersección de las acciones. Tal intersección torna posible, e incluso probable, las diferencias entre las perspectivas de los actores.

(14) Para que diversos participantes intervengan en el curso de una interacción deben alinear o articular sus respectivas acciones.

(15) La membrecía a mundos y submundos sociales constituye una condición capital para la perspectiva de los actores, y por lo tanto para sus interacciones. En las sociedades contemporáneas, estas membrecías son complejas, superpuestas, suponen conflictos y no siempre son evidentes.

(16) Las interacciones rutinarias y las interacciones problemáticas deben ser distinguidas. Las segundas implican trabajo de *pensamiento*, y, cuando participan varios actores, *discusión*. Un aspecto importante de la interacción problemática es, por tanto, el *debate*. Es decir, un espacio que se ha formado a partir de desacuerdo y que afectará el futuro curso de la acción.

La perspectiva del interaccionismo simbólico de Strauss (1993) pondera los conceptos de *significado*, *acción*, *interacción*, y *self*. Los aportes de Blumer (1969) ofrecen una explicación del modo en que, a partir de la interacción simbólica, se vinculan cada uno de estos conceptos y, así, dibujan un mapa de la sociedad humana. Pues, señalan estos autores, que los seres humanos actúan en función de los significados que las cosas tienen para ellos. Tal significado se deriva, o surge, de la interacción social que los seres humanos establecen con sus semejantes. Por otra parte, estos significados se manejan, y son modificados, a través de un proceso interpretativo utilizado por los actores en las sucesivas interacciones (Reed & Runquist, 2007). Los conceptos de *significado*, *acción*, *interacción*, y *self*, están en la base de los supuestos de la *Teoría Fundamentada*.

Significado

Durante la primera mitad del siglo XX predominó una aproximación de corte realista respecto al origen del significado. Aquella supone que el significado es intrínseco a todas las cosas. La mirada psicológica imperante afirmó que el significado es una

expresión de sensaciones, sentimientos, recuerdos, ideas, actitudes y motivaciones que se ponen en juego cuando la percepción se pone en relación con objetos (Blumer, 1969). Desde la perspectiva de la interacción simbólica, los objetos no tienen un significado intrínseco y permanente; no pueden ser significados de manera aislada (Mead, 1959). Entonces, el significado surge en el proceso de interacción. El significado, lejos de ser fijo e inmutable, es fluido, modificable, y abierto a reelaboraciones continuas (Blumer, 1969; Charon, 2007; Mead, 1934; Plummer, 1996).

Vemos entonces que el proceso de atribuir *significados* a los datos (supuestos 2 y 3) corresponde a los procedimientos de codificación inicial y codificación intermedia de la *Teoría Fundamentada*. El significado de los datos es continuamente reevaluando (supuestos 1, 2, 3, 5 y 8), lo que se traduce en el análisis comparativo constante que requiere el procedimiento Durante las fases de codificación inicial e intermedia, el investigador atribuye significado a los datos a través de la utilización de códigos (Rennie & Fergus, 2006). Atribuir significado no es, sin embargo, un hecho aislado. A través del proceso de comparar constantemente códigos entre sí, el investigador interactúa con los datos y, continuamente, reevalúa el significado de los datos (Glaser, 1998). Los supuestos 2, 3, y 5 ponen de manifiesto los aspectos temporales de este proceso, a partir de la interacción con los datos cambian sus significados, incluso se generan nuevos. Visualizar los datos en nuevos contextos comparativos no implica rechazar los códigos anteriores para reemplazarlos automáticamente por nuevos. Se trata de un proceso en el que códigos anteriores convergen en el análisis para avanzar en la teoría emergente. Tal es así que Mead (1959) propone que la realidad existe en un presente. Es claro que Mead no se refiere a una sola realidad, a un *uni-verso*, sino a un sitio donde el presente reconstruye el pasado y, también, donde transcurren las acciones e interacciones futuras imaginadas. El aspecto transformador del análisis comparativo constante es una característica única que amplía el ámbito de investigación de la *Teoría Fundamentada* más allá del análisis descriptivo.

Por otra parte, el análisis de datos a partir de la *Teoría Fundamentada* requiere la selección de una categoría central. Con este punto del proceso de investigación, en que las acciones anteriores condujeron al establecimiento de categorías y subcategorías, está alineado el supuesto 14. Hasta este momento del proceso, el investigador atribuye significados a los datos a partir de la elaboración de códigos, categorías y subcategorías. Comparable con la idea respecto a que los significados se localizan dentro de sistemas

de significados (supuesto 3). La selección de una categoría central requiere que el investigador seleccione un concepto global que englobe las categorías y subcategorías desarrolladas anteriormente (Birks & Mills, 2011). Este proceso requiere de una relación próxima y distante con los datos, con las categorías y las subcategorías. Por un lado, la proximidad permite cuestionar el significado de los datos y ayuda al investigador a llegar a un punto donde la teoría fundamentada resulta explicativa, y no sólo descriptiva (Corbin y Strauss, 2008). Sin embargo, por otra parte, la selección de una categoría central requiere que el investigador tome distancia los datos, de manera que, con una amplia perspectiva, le permita aislar el rasgo común a todas las categorías y subcategorías. La selección de una categoría central no fija, sin embargo, un significado a un estado inmutable. Se trata de una representación conceptual abstracta que nuclea a una gama de significados que el investigador atribuye a los datos para explicar un fenómeno social (Corbin & Strauss, 2008).

Acción e Interacción

Diversos representantes del interaccionismo simbólico de la escuela de Chicago acuerdan en que las acciones surgen y se entraman en la interacción social. Mead (1934) identifica dos formas de interacción social: no simbólica y simbólica. La interacción no simbólica refiere a conexiones con los otros mediante los gestos, un proceso de estímulo-respuesta en la que los actores responden directamente ante un gesto o acción (Blumer, 1969). La interacción se vuelve simbólica cuando los actores interpretan y definen los objetos y la acción de los otros, y propias, y actúan sobre la base de los significados asignados. La interacción simbólica constituye, entonces, un proceso interpretativo que direcciona las acciones de quien interpreta y, así, transmite al otro, o a sí mismo, su significado de la actuación (Blumer, 1969). Se trata de un proceso cíclico y fluido, en el que los actores adaptan o cambian continuamente sus actos para interactuar con otros.

La acción y la interacción, tal como son delimitadas por el interaccionismo simbólico, están presentes, en diferentes niveles, en todos los supuestos. La interacción con los sujetos que componen la muestra, con los datos, y con uno mismo son actividades clave en el proceso intrínseco a la *Teoría Fundamentada*. El supuesto 9 se refiere a la revisión y evaluación de las acciones y de la posible influencia de éstas en acciones e interacciones futuras. Este supuesto da cuenta de los procesos de acción e interacción,

de generación concurrente, recolección y análisis de datos, y del muestreo teórico. La recolección y análisis de datos requiere que el investigador interactúe, en una primera ronda, con los sujetos de estudio y con los datos obtenidos antes de avanzar a la siguiente etapa de nueva recolección y análisis de datos. Los resultados de este proceso interactivo conducen al investigador a recoger datos, generar significados y analizar el muestreo obtenido mediante un proceso iterativo que se vuelve continuo durante todo el proceso de investigación.

Durante el curso de una acción o interacción surgen contingencias (supuesto 4). En el interior de permutaciones continuas de acción, Strauss (1993) define dos tipos de contingencias que pueden intervenir en un curso de acción: *externos* e *internos*. Las contingencias externas corresponden a las condiciones del mundo económico, político, organizativo y social (supuesto 15). Tener en cuenta las condiciones externas que pueden influir en las acciones de un actor es una consideración nodal para la generación concurrente de los datos y su análisis. Al tratar los datos bajo el proceso de análisis comparativo constante, ciertos patrones relativos a las condiciones externas pueden resultar evidentes en los datos (Glaser, 1992). Strauss y Corbin (1990) señalan que el desafío para el investigador es el de detectar y explorar los efectos de las condiciones externas en el proceso de interacción y no simplemente concebirlas como el telón de fondo o marco que encuadra el contexto del fenómeno (Strauss, 1993). En cuanto a las contingencias *internas*, refieren al curso de la acción en sí misma, es decir aquello imprevisto refiere a condiciones internas del proceso de interacción (Strauss, 1993).

Por otra parte, los actores son miembros de múltiples mundos y submundos sociales, y éstos no están exentos de interacciones problemáticas. El supuesto 16 refiere a la formación de ámbitos en los que se pueden discutir, debatir y resolver interacciones problemáticas (Strauss, 1993). Clarke (2003) sugiere que el mapeo de los mundos o ámbitos sociales a los que pertenecen los sujetos de investigación constituye un ejercicio analítico indispensable, puesto que desarraiga los significados hallados del plano únicamente individual y los expone en su sentido colectivo. Comprender el contexto social proporciona información detallada sobre las interacciones a nivel macro que constituyen a los actores y a los grupos de acciones e interacciones de ellos, fundamental para una comprensión del orden social en su mayor complejidad posible.

La identificación de la membrecía que los sujetos poseen respecto a diferentes mundos y submundos sociales se vincula, en el proceso de investigación, con la escritura de

memorándums (Montgomery & Bailey, 2007) desde la etapa misma de recopilación de datos (Charmaz, 2003; Glaser, 1978) y, especialmente durante el análisis de los datos (Corbin & Strauss, 2008). La escritura de tales notas desde las etapas iniciales de un estudio de investigación ayuda a los investigadores a identificar las propias visiones del mundo y las adhesiones implícitas a prejuicios. Identificar y reflexionar sobre estos elementos incide, a su vez, en las decisiones metodológicas (Birks & Mills, 2011). De todos modos, la membrecía de los sujetos a diversos ámbitos sociales suele realizarse durante la recolección de los datos demográficos y durante el proceso de la entrevista. En el transcurso de la codificación intermedia, los contextos sociales son indispensables para que el investigador establezca relaciones entre los códigos desarrollados, anteriormente, en la fase inicial de codificación (Birks & Mills, 2011; Birks, Mills, Francis, y Chapman, 2009; Corbin y Strauss, 2008).

El vínculo intrínseco entre acciones y emociones está presente en el supuesto 11. Las emociones y los sentimientos preceden o suceden a las acciones, o la omisión de ellas. Tales emociones forman parte del flujo de eventos. Reconocer estos vínculos es particularmente importante durante la simultánea recolección y análisis de datos. La identificación de las emociones y los sentimientos de los sujetos durante la recolección y el análisis de los datos proporciona al investigador señales acerca de los significados que los sujetos atribuyen a hechos y situaciones relacionados con los fenómenos de estudio (Corbin y Strauss, 2008).

Self

David Le Breton (2008) se refiere al *self* como una piedra angular del edificio conceptual del interaccionismo simbólico, pues el *self* es fundamental para todos los actos sociales. Según Mead (1934, 1959) el *self* se constituye a través de procesos sociales (Blumer, 1969; Charon, 2007; Mead, 1934). El *self* que Mead conceptualiza se diferencia del delimitado por el psicoanálisis norteamericano y ciertas líneas de la sociología dominante en la primera mitad del siglo XX, pues éstos lo consideran como una entidad estable y definitiva (Blumer, 1969; Charon, 2007). El *self* de Mead, en cambio, supone que el ser humano es un objeto para *sí mismo*, es decir para las propias acciones. Es así que el *self* se constituye continuamente a través de procesos reflexivos, o de interacción consigo mismo. El actor social es un ser consciente de *sí mismo* capaz de reflexionar sobre *sí mismo* y actuar hacia *sí mismo* del mismo modo en que lo hace

respecto a los demás. Existe el *self* en la medida en que el actor asume los roles de otro (Blumer, 1969; Mead, 1959). A través de tomar el papel de otro, uno puede verse a *sí mismo* desde diferentes perspectivas y a partir de allí construir el sentido del propio mundo (Murphy, 1959). Baert (1998) se refiere a esto como la dimensión interaccionista de *self*, mientras que su dimensión simbólica refiere al modo en que el *self* depende de la distribución de los símbolos realizada en un lenguaje concreto con otros actores.

Esta idea de *self* permanece implícita en todo el proceso de la *Teoría Fundamentada*. Sin embargo, es en que el investigador realiza sus notas, y en el desarrollo de la sensibilidad teórica donde esta idea predomina. El concepto de la interacción y su influencia en otras acciones e interacciones corresponden a los supuestos 8 y 9. Como se destaca en el supuesto 9, las opiniones y las evaluaciones realizadas a lo largo del curso de la acción e interacción influyen en la dirección, incluso llegan a reformular su curso. El registro de las acciones, sentimientos, pensamientos e impresiones en forma de notas no sólo constituye un modo de recordar ideas, sino que proporciona un medio tangible de los investigadores para revisar el proceso de investigación, incluyendo las decisiones tomadas y las acciones tomadas (Birks, Chapman & Francis, 2008; Milliken & Schreiber, 2001).

En el supuesto 7, el concepto de *self* reflexivo como constituido continuamente (Mead, 1934, 1959) puede vincularse con el procedimiento de la sensibilidad teórica, pues ésta supone la visión que un investigador posee respecto de *sí mismo* y de los demás (Glaser & Strauss, 1967). Tal capacidad se manifiesta en la capacidad de un investigador de reconocer matices en los datos para extraer elementos pertinentes y reconstruir el significado de los datos generados con los sujetos (Birks & Mills, 2011; Corbin y Strauss, 2008; Mills, Bonner & Francis, 2006). El acto de generar notas durante el proceso apoya el desarrollo de la sensibilidad teórica, pues proporciona al investigador un mecanismo para recordar y reflexionar simultáneamente sobre sus pensamientos, sentimientos y acciones, y así proporciona información sobre sí mismo (supuesto 9). Del mismo modo, el *self* de Mead, que continúa desplegándose a lo largo de la vida, la sensibilidad teórica del investigador continúa desarrollando a lo largo del proceso de investigación propio de la *Teoría Fundamentada*.

Perspectiva

Un proceso de investigación que implementa la metodología propia de la *Teoría Fundamental* no es objetivo. Más bien debe concebirse como un proceso que entreteje e integra el fenómeno en estudio, los sujetos que allí participan y la perspectiva e interpretación de los investigadores. La perspectiva de un actor y su modo de interpretar el mundo, un evento o una situación, influye en su actuación misma (Blumer, 1969) y esto se pone de relieve en los supuestos 5, 6, 13 y 15. El investigador negocia diversas perspectivas a partir de los datos. El toma de contacto con múltiples perspectivas de los sujetos participantes y cómo influyen en las propias acciones e interacciones de los investigadores permiten establecer variaciones en el análisis de los datos (Neill, 2006), en particular durante la codificación intermedia y avanzada (Corbin y Strauss, 2008). La comprensión de cómo y por qué varios aspectos de los datos se relacionan entre sí produce, por otra parte, una potente perspectiva multifactorial basada en los propios datos (Silverman, 2011). Durante la recopilación y análisis de los datos concurrentes y las fases de análisis comparativos, las perspectivas deben ser negociados (supuesto 6) para la acción e interacción futura. Es en la intersección de las acciones (supuesto 13), entre la recolección y el análisis de datos, donde se ponen de relieve los diferentes puntos de vista. Durante la codificación inicial y la posterior categorización de los datos, los investigadores negocian su propia perspectiva respecto al tema de investigación con la de los sujetos participantes para generar los significados de los datos en bruto y asignar códigos. Luego, durante el proceso de codificación intermedia en la que los códigos se agrupan en categorías, las interpretaciones del investigador respecto a perspectivas divergentes dentro de los datos pueden cambiar. Mead (1959) refiere a este aspecto temporal de las perspectivas e interpretaciones móviles, presente en el supuesto 5. En análisis comparativo constante entre códigos, entre códigos y categorías, y entre categorías facilita e impulsa al investigador a negociar y renegociar las diferentes perspectivas, propias y de los otros, para avanzar en el desarrollo metodológico.

Las notas del investigador proporcionan un medio a través del cual el investigador hace visible su diálogo interno en relación con la negociación y la integración de la perspectiva propias y la de los participantes (Milliken & Schreiber, 2001), también aumenta la sensibilidad teórica del investigador (supuestos 5, 6 y 13).

El supuesto 15 llama la atención respecto a la influencia de los mundos y submundos sociales, es decir a la pertenencia de la perspectiva de los actores y, por lo tanto de sus interacciones con los demás. Como Strauss (Strauss, 1993) señala, las memberships que los actores establecen son complejas, superpuestas, contradictorias y conflictivas (supuesto 15) y por lo tanto es imposible analizar la interacción en términos simples. Por tanto, la indagación de los ámbitos sociales a los que pertenecen tanto los sujetos que participan en la investigación como el propio investigador, en el contexto del fenómeno en estudio, proporciona información acerca de cómo y por qué la pertenencia de los sujetos influye en sus perspectivas y acciones. La pertenencia de los actores a ámbitos sociales proporciona información valiosa al desarrollar propiedades y dimensiones de las categorías, y la vinculación entre sí, durante la codificación intermedia (Birks & Mills, 2011; Strauss, 1993). Sin embargo, como se ha mencionado, el proceso de interacción simbólica no se puede simplificar a una simple condición que marca pertenencia a un ámbito social. Aunque estos influyen en las perspectivas y acciones, son condiciones que anteceden y su valor radica en ayudar al investigador a comprender los procesos interpretativos de los actores; no constituyen el proceso en sí (Blumer, 1969). El proceso de interacción simbólica ocurre, siempre, en el presente, cuando las acciones son interpretadas y en el aquí y ahora se adecúan o se modifican los actos en curso.

Diseño

La investigación propuesta consiste en un diseño no experimental de tipo transversal o transeccional descriptivo:

-En una primera etapa¹⁴³ se realizó una exégesis de textos a fin de profundizar el marco teórico. El trabajo en este primer abordaje metodológico abarcó la identificación de fuentes bibliográficas (primarias-secundarias, históricas-actuales, nacional y extranjero); lectura y fichaje del material bibliográfico considerado en idioma original; clasificación del material bibliográfico de acuerdo a filiaciones teóricas; delimitación de líneas conceptuales fundamentales y aportes teóricos significativos.

¹⁴³ Gran parte de las actividades que forman parte de esta primera etapa ya han sido realizadas en el marco los planes de investigación bibliográfica que corresponden a las Becas de Entrenamiento (2007-2008), Estudio (2009-2010) y Perfeccionamiento (2011-2012) otorgadas por la Comisión de Investigaciones Científicas (CIC) de la Provincia de Buenos Aires.

En función de este análisis, se construyeron los instrumentos a implementar para la obtención de datos en la etapa siguiente.

-En una segunda etapa se implementó el trabajo de campo:

Sujetos

Se seleccionaron 11 sujetos no conformes al género.

Instrumentos

Se realizaron con todos los sujetos entrevistas en profundidad semi-estructuradas e historias de vida.

Las entrevistas en profundidad constituyen un instrumento privilegiado para aquellas investigaciones centradas en las sistemas de representaciones, creencias, nociones y normas que los sujetos tienen respecto de su existencia, de su experiencia vivida a diario (Marradi, Archenti & Piovani, 2007). La investigación propuesta se centra en la subjetividad expresada en el discurso de los sujetos, mediante sus voces¹⁴⁴. Por tanto este instrumento también brindará aspectos de los sujetos que serán de gran riqueza para la investigación, tales como la manera de hablar, los sentimientos que expresan, las acciones, las disposiciones corporales, entre otros¹⁴⁵.

Los datos obtenidos a partir de este instrumento permitieron explorar las significaciones singulares que tienen para los sujetos las categorías culturales a partir de las cuales dan cuenta de sí mismos. Este instrumento nos permite, en sintonía con la propuesta de Juan Carlos Gorlier (2008), abordar la identidad como “*el despliegue de un repertorio de relatos interiorizados, que muestran una organización relativamente unificada y jerárquica*” (Gorlier, 2008:79). Los sujetos no existen encapsulados, entonces la

¹⁴⁴ A partir de los aportes de Mladen Dolar (2006/2007) en torno al objeto *voz*, nos centraremos en el análisis del significado de los enunciados, sin perder de vista que la voz produce un *efecto de exposición* (Dólar, 2006/2007: 18) de una insondable y virtual interioridad que produce efectos de subjetividad en ese mismo acto. A partir de este “*curioso vínculo entre la subjetividad y la voz*” (Dólar, 2006/2007: 19), entenderemos a la *voz*, en una reapropiación para los fines de esta investigación, como aquel espacio que anuda en una colisión continua los sentidos convencionales presentes en el proceso mismo de constitución subjetiva y la posibilidad de reapropiaciones singulares de aquellos sentidos colectivos.

¹⁴⁵ Nancy Chodorow (1999b/2003), cuyos aportes forman parte del marco teórico de la investigación, considera la identidad de género como un entramado inextricable entre la significación cultural y personal. Si bien el género y la identidad de género no pueden entenderse independientemente de la cultura, existe una creación individual y personal; se trata de una animación emocional y singular de las categorías culturales. En suma, la diversidad no sólo radicará en que los sujetos a examinar no adopten las identidades a partir de las cuales se los suele denominar (*Travestis, Transexuales, Trans*), sino en explorar los modos singulares en que tales categorías son recreadas, resignificadas.

identidad personal, entendida como una construcción que se despliega mediante relatos de la propia vida, lleva consigo las huellas de los relatos que circulan en los contextos a tal punto que pueden pensarse como variaciones dentro de un repertorio disponible de narraciones.

Por otra parte, las historias de vida, son un instrumento que muestra gran utilidad al presente proyecto de investigación. Se trata del relato de un narrador sobre su existencia a través del tiempo, a partir del cual intenta reconstituir acontecimientos de su vida y transmitir experiencias. Tal narrativa es lineal e individual, y toma en cuenta aquellos aspectos que el sujeto considera significativos (Zuss, 1997).

Resulta de interés, a los fines de esta investigación, rastrear si en los sujetos *no conformes al género* las identidades adoptadas adquieren un sentido fuertemente sustancial e inmutable¹⁴⁶. A este respecto las historias de vida son un instrumento clave para explorar posibles transformaciones en relación con las auto-percepciones de sí mismos en diferentes momentos de la vida¹⁴⁷.

Procedimientos

-Obtención y recolección de los datos: la selección de los casos se llevó a cabo mediante un muestreo no probabilístico: muestreo casual o incidental a partir de contactos informales. Se fijó como criterio para la inclusión, que al momento los sujetos a examinar no expresen el género convencionalmente esperado en función de su cuerpo anatómico. Asimismo, los sujetos debían adultos (mayores de 18 años) y residir en la ciudad de La Plata, o Gran La Plata. Se seleccionaron 11 sujetos (bajo el criterio de relevancia, que intenta constituir una muestra heterogénea en función del género expresado y de la presencia o ausencia de deseo de intervenir quirúrgicamente sus genitales para una reasignación de sexo). Se solicitó un consentimiento informado para la evaluación y se les garantizará el anonimato. En primer lugar se aplicó a los participantes un breve cuestionario en forma escrita para recabar datos demográficos e

¹⁴⁶ Judith Butler (1990b) entiende a la identidad de género como una interiorización de las normas sociales, cuya coherencia y permanencia invariable en el tiempo no son más que una ficción virtualmente normativa.

¹⁴⁷ En sintonía con el marco referencial propuesto Juan Carlos Gorlier (2008) aborda las historias de vida como actividad retórica performativa localizada, que incluye la movilización de elementos verbales, afectivos y corporales.

información de contacto¹⁴⁸. En todos los casos los sujetos pertenecen a clase media – todos ellos poseen vivienda propia o rentada y nivel educativo primario y secundario completo, algunos de los sujetos poseen estudios terciarios completos y otros son estudiantes universitarios. En segundo lugar, para la recolección de datos se han realizado entrevistas en profundidad semi-estructuradas. Se ha optado por este formato de entrevista porque ha resultado –así lo demostró el pilotaje del instrumento– apropiado a la hora de explorar y, posteriormente, sistematizar los relatos, en primera persona, en el marco de un enfoque cualitativo. En este sentido, las entrevistas semi-estructuradas permitieron un despliegue amplio de auto-percepciones y significados en torno a las categorías indagadas y, al mismo tiempo, no obturaron la emergencia de otras categorías singulares no anticipadas que, según el caso, gravitaron o se asociaron con los focos de interés propuestos inicialmente. Los temas principales indagados en relación con la conformidad de género refirieron al modo en que los sujetos se denominan teniendo en cuenta las categorías existentes en relación al género, los significados atribuidos a esa categoría elegida, la permanencia o mutabilidad de esa auto-percepción a lo largo del tiempo, lugar del cuerpo en dicha auto-percepción y el modo en que denominan su identidad sexual. Cada sujeto fue entrevistado de manera individual. La mayoría de las entrevistas se llevaron a cabo en el hogar de los participantes, excepto en dos ocasiones donde los entrevistados optaron por su ámbito laboral. Todas las entrevistas fueron grabadas en audio. Los archivos digitales fueron transcritos en su totalidad y analizados por el investigador mediante los procedimientos escogidos.

Finalmente se les solicitó, a algunos casos seleccionados, una narración o relato de vida en función de algunos núcleos temáticos que organicen el relato. En caso de ser posible, el registro se enriquecerá con producción personal de los sujetos: autobiografías, diarios personales, correspondencia, fotografías o cualquier otro registro iconográfico así como objetos personales, si los hubiera.

¹⁴⁸ Se considera que estos datos son de suma importancia. No sólo por la posible necesidad de volver a establecer contacto con los sujetos de la muestra, según lo requieran diferentes aspectos y eventualidades propias de una investigación en curso e investigaciones futuras; también será de utilidad contar con datos tales como nivel educativo, lugar de procedencia, entre otros, pues consideramos a la identidad un espacio virtual complejo y multi-estratificado donde se entrecruzan diversos núcleos, como la clase, la etnia, la sexualidad, entre otros. Desde este punto de vista, no es posible delimitar al género de manera pura, pues las identidades son plurales (Sen, 2007). Contar con tales datos es crucial a la hora de establecer conclusiones; permitirá poner en perspectiva las representaciones de los sujetos en relación con el género y el cuerpo en función de la complejidad de los contextos en los que se hallan inmersos.

En un primer tramo del trabajo de campo se realizó un pilotaje de los instrumentos seleccionados y diseñados para el desarrollo de la investigación, en un grupo de 2 sujetos, a los fines de ajustar y afianzar su pertinencia al tema de investigación, reagrupar información, ajustar categorías utilizadas a la hora de construir el instrumento y detectar la posible emergencia de aspectos novedosos, no tenidos en cuenta, en el relato de los sujetos que pueden resultar enriquecedores respecto al problema delimitado. Cumplido ese ajuste se aplicaron los instrumentos a la muestra seleccionada. Los participantes fueron indagados de manera individual.

-Elaboración y análisis de datos: los datos recibieron un análisis cualitativo de contenido con el fin de esclarecer y/o inferir aquellos puntos enunciados en los objetivos. Para ello, se contó con el soporte de un software para análisis cualitativo (Atlas-Ti).

Descripción general del procedimiento: Se incluyeron las siguientes actividades: construcción de categorías de análisis; segmentación del corpus de información registrada según los criterios interpretativos establecidos; construcción de una grilla comparativa para el mejor tratamiento de los datos y análisis de los relatos de forma comparativa; contrastación de diferentes respuestas; interpretación de los resultados obtenidos; producción de nuevos datos a partir de los inicialmente registrados; síntesis de los resultados teóricos finales y de los aportes conceptuales.

Descripción específica del procedimiento: El análisis de los datos se realizó a partir del método denominado *Teoría Fundamentada* (Glaser y Strauss, 1967; Strauss & Corbin, 1990) considerando un tratamiento fractal de los datos. La *teoría fundamentada* tiene como objetivo proporcionar más de una clasificación descriptiva de los incidentes, ideas o creencias. Se trata de desarrollar ideas en un nivel pre-teórico, abstracto, que dé cuenta de las relaciones y procesos entre hallazgos en el discurso. El objetivo general del análisis fue indagar la singularidad presente en el material de cada caso, en lugar de construir generalizaciones. Al tratarse de un estudio exploratorio-descriptivo, se deja la verificación más rigurosa de posibles generalizaciones a posibles estudios posteriores. Como ya hemos mencionado, debido al tipo de diseño elegido, de corte exploratorio-descriptivo, la teoría fundamentada no se utilizó como metodología, sino como procedimiento de análisis de los datos¹⁴⁹. El análisis procedió mediante codificación

¹⁴⁹ Se utilizó *The Theoretical Sampling Guide*, esbozada por Claire Draucker, Donna Martsof, Ratchneewan Ross y Thomas Rusk (2007) como grilla para organizar los datos a la luz de la técnica

abierta y axial (Strauss & Corbin, 1990). Se inició con unidades de bajo nivel de significación (unidades de análisis expresadas en pocas palabras o bien unidades más complejas expresadas en frases extensas). A dichas unidades les fueron asignadas categorías cuya temática estaba estrechamente vinculada con el contenido. Este proceso prosiguió a través de las transcripciones de fragmentos capturados a partir de las categorías asignadas. Luego, las transcripciones fueron re-codificadas y puestas en relación contando, esta vez, con el conjunto de categorías asignadas previamente. El procedimiento se repitió hasta que las categorías fueron *saturadas*, entonces las transcripciones ya no proporcionaron nuevas categorías o relaciones. A medida que el análisis procedió, algunas categorías fueron incluidas otras categorías más generales o abstractas. Este procedimiento de *comparación constante* prescribe la continua comparación de elementos –unidades básicas de significado y categorías de nivel superior–, examinando sus diversas propiedades y sus condiciones de aparición. Un examen final permitió dividir categorías de acuerdo a su complejidad, fusionar, reordenar y renombrar otras.

Debido a que la investigación propuesta propone una aproximación al tema de indagación a partir de una lógica de la diversidad, es decir más allá de la lógica binaria y dicotómica que consideramos restrictiva, se impone un abordaje y tratamiento paralelo de los datos que nos resguarde de introducir dicotomías, quitando complejidad al asunto. Jason Wasserman, Jeffrey Clair and Kenneth Wilson (2009) señalan que el modo de categorizar los datos propios de la *Teoría Fundamental* en versión ortodoxa arrastra al investigador a generar categorías binarias, éstas no sólo no permiten especificar tipos de conceptos independientes, tampoco hipótesis que interrelacionen conceptos localizados a cada lado de la división binaria establecida *a priori*. Esta consideración nos plantea la pregunta acerca de qué otro modo subsidiario de generar categorías podrían resultar útiles en el análisis del fenómeno humano, puesto que, como afirmamos en las consideraciones teóricas elaboradas, el mundo no puede considerarse sólo una serie de oposiciones binarias. Es la lógica fractal la que, a criterio de estos autores, mantiene la esperanza de vigilar la sistematización de datos sin sacrificar su complejidad. Cuando la lógica lineal y binaria, propia de la ciencia que intenta encontrar regularidades sistemáticas entre observaciones, se aplica a los fenómenos

fractal de organización de datos (Wasserman, Clair & Wilson, 2009). También se utilizaron como soporte, en algunos momentos del proceso, los diagramas ofrecidos por Charles Buckley y Michael Waring (2013).

humanos la realidad recabada parece, mayormente, caótica. Es entonces cuando, al imprimirle una estructura lógica al orden social, cuya complejidad no merece, la comprensión se restringe y se mutilan aspectos claves. Esto se debe a que los seres humanos no son autómatas, más bien poseen la capacidad de intención y voluntad, en algún sentido: agencia.

La propuesta radica entonces, en un proceso subsidiario para generar categorías que permite una organización de tipo fractal y permite, entonces, no simplificar datos. Se trata de generar categorías a partir de un modelo cognitivo integrado en niveles múltiples, que emplea cuatro categorías ontológicas básicas diferenciales, que refieren a diferentes niveles: (1) estático, (2) dinámico, (3) de evaluación, y (4) mismidad/identidad.

Estos cuatro niveles tienen la capacidad de imprimir complejidad más allá de códigos binarios, no sólo al interior de cada categoría, sino también en lo que refiere a las relaciones entre categorías y niveles, todos juntos componen una imagen compleja del mundo humano. El modelo propuesto constituye una meta-estructura que aporta beneficios al procedimiento estándar, pues establece un marco a partir del cual discernir relaciones entre piezas conceptuales en términos fractales, en múltiples niveles de escala.

El nivel estático refiere simplemente a los objetos que aparecen como cosas en sí mismas, elementos, objetos. No todos los fenómenos observados son capaces de descomponerse al nivel estático. Los conceptos dinámicos refieren a la acción, diferente al aspecto elemental propio del nivel estático. Lo dinámico no debe ser entendido desde una posición atomista. El concepto de movimiento no es una serie de saltos de punto a punto, sino un proceso en sí mismo del que los objetos estáticos no pueden dar cuenta. Así los autores respaldan la perspectiva respecto a que los conceptos dinámicos son ontológicamente diferentes a los conceptos estáticos. El nivel de evaluación abarca los juicios, valores y sentimientos. Es ontológicamente diferente a los niveles previos, ya que ninguno de ellos implica inherentemente un valor intrínseco, tampoco evoca por sí mismo sensaciones. Una observación bien formada que refiere al fenómeno humano debe reconocer una distinción ontológica este nivel y los otros. La vida humana está profundamente marcada por sentimientos y valores. Estos valores y sentimientos separan aquello que tienen elementos y se someten a procesos pero no experimentan fenómenos propios de este nivel. El nivel cuatro se extiende aún más en el aspecto

humano mediante el reconocimiento de la noción de mismidad o identidad. Esto incluye designaciones conceptuales que el ser humano puede atribuir a varias cosas que observa. Por otra parte, la posibilidad de conceptualizar también abarca conceptos de uno mismo, que forman las identidades humanas. Con el pensamiento reflexivo, los seres humanos extienden hacia la capacidad de agencia, singularidad y creatividad.

Agregar esta codificación a las familias de codificación realizadas mediante el procedimiento estándar complejiza la cuestión sin generar, necesariamente, contradicciones. Aunque la doble codificación permite que a familias de códigos generados por el procesamiento estándar pueda ser doblado o descompuesto mediante este esquema ontológico de cuatro niveles y generar nuevos ensambles conceptuales de tipo fractal no expresados mediante categorías independientes, sino mediante nociones lógicamente interrelacionadas en un sistema donde los niveles se contienen e implican entre sí¹⁵⁰.

Mediante este procedimiento de codificación el material fue organizado en forma aprehensible. A partir de aquí se abrió el desafío de establecer patrones en los datos y comprenderlos a partir del desarrollo de hipótesis que tiendan a generar un marco explicativo para los resultados. Como fuere, las consideraciones en este caso apuntaron a establecer cuál es la *categoría central*, la que presentó mayor densidad en su relación con las demás. Su centralidad se fue basada en su capacidad para dar cuenta de una amplia variación en los datos y vincular todas las categorías identificadas en el análisis general de los datos.

Finalmente cabe destacar que el enfoque cualitativo elegido centrado en la diversidad como postura epistemológica, implica la puesta en marcha de un proceso de doble efecto y articulación. Si bien se cuenta con conceptos teóricos de referencia, previos a la implementación de la investigación, los conocimientos que se obtengan se considerarán una *producción en situación* entre los sujetos que componen la muestra y el investigador (Kornblit, 2004) Efectos que se esperan del intercambio con los sujetos: a) en investigador: esclarecimiento y reformulación de conceptos; b) en los sujetos

¹⁵⁰ La complejidad que integra estos cuatro niveles muestra especial sintonía con la *Teoría del Actor Red* que Bruno Latour (2005/2008) propone a la hora de definir *lo social*. Interesa señalar la reformulación de la noción de *actor* en términos de *actante*, lo que supone distribuir la posibilidad de agencia, más allá de los límites del *sujeto*, en los cuatro niveles. Esta conexión teórica nos permite enlazar el modelo con el marco teórico, bajo la propuesta butleriana de una *agencia sin sujeto* (Butler, 1900a/2007; Femenías, 2003).

investigados: potencial revisión y/o reafirmación de sus auto-percepciones y de las categorías que utilizan para dar cuenta de sí mismos.

Los potenciales conocimientos obtenidos constituirán un *reflejo* de los sujetos en sus contextos locales, aportando tanto la posibilidad de reformular conceptos instituidos como a generar nuevos interrogantes (Delucca, 2010/2011).

DATOS Y RESULTADOS

Ahora, cuando escribo mi nombre, eso es lo que entiendo por él.

Nadine Gordimer, *Saqueo*

Tal como se ha detallado en el apartado metodológico, en este abordaje realizado a través de un diseño descriptivo-exploratorio se han indagado 11 casos de sujetos *no conformes al género*. Debido a que la presente indagación se centra en la diversidad es que en este apartado se priorizan aspectos singulares de los datos obtenidos. Esto implica que el énfasis no se coloca en encontrar regularidades y extraer patrones para generar categorías que intenten explicar fenómenos agrupados bajo la categoría *no conformidad de género*.

Descriptivamente, podríamos presentar los casos del siguiente modo:

429

CASOS

Sujeto 1

*Bio-mujer*¹⁵¹. 22 años. Hace menos de un año comenzó un tratamiento hormonal para transicionar hacia la masculinidad. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *F2M*¹⁵² sin reasignación de sexo o pre-quirúrgica. Tomó la decisión de comenzar el tratamiento hace dos años. Asiste al Hospital Gutierrez una vez a la semana, donde realiza tratamiento médico y psicológico para una futura reasignación de sexo. Actualmente el tratamiento consta de aplicaciones de inyecciones de hormonas cada tres meses. Se encuentra en una lista de espera para realizarse una mastectomía. Posee

¹⁵¹ Utilizamos este término a modo descriptivo, corresponde a Beatriz Preciado (2008), y refiere al sexo asignado al nacer en base a los genitales. La autora contrapone los términos *bio-mujer* y *bio-varón* a los términos *tecno-mujer* y *tecno-varón*, reservando para éstos el sentido del género adoptado mediante intervenciones quirúrgicas y hormonales. La propia autora utiliza estos términos descriptivamente, puesto que su sistema de pensamiento no admite tal cosa como *bio-varones* o *bio-mujeres*.

¹⁵² En la literatura extranjera especializada las siglas *F2M* o *M2F* refieren a la transición –mediante tratamiento hormonal y, eventualmente, cirugías parciales o totales– de mujer a varón (*Female to Male*) o de varón a mujer (*Male to Female*) respectivamente.

estudios terciarios completos. Es estudiante universitario. Es empleado de un comercio familiar y trabaja como docente. Actualmente esta pareja con una mujer.

Sujeto 2

Bio-mujer. 22 años. Desde hace cinco años se inyecta hormonas para transicionar hacia la masculinidad. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *F2M* sin reasignación de sexo y con cirugías parciales. Durante cuatro años sus aplicaciones hormonales fueron sin seguimiento médico. Hace un año que hace el tratamiento en el Hospital Gutierrez y allí se realizó una mastectomía. Es estudiante universitario. Actualmente esta pareja con una mujer.

Sujeto 3

Bio-varón. 32 años. Cuenta con varias cirugías estéticas (mentón, pómulos, glúteos, caderas y pechos) y ha realizado tratamientos hormonales aislados. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *M2F* sin reasignación de sexo y con cirugías parciales. Este caso cuadra en lo que los aportes clásicos de Henry Benjamin denominan como *Travestismo*. Nació en el interior del país y reside en la ciudad de La Plata desde hace diez años. Es empleada municipal y estudiante universitaria. Actualmente no tiene pareja.

Sujeto 4

Bio-varón. 36 años. Ha realizado tratamientos hormonales durante cuatro años. No cuenta con cirugías estéticas de ningún tipo. No se ha realizado cirugía de reasignación de sexo. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *M2F* sin reasignación de sexo y sin cirugías parciales. Este caso cuadra con la clásica denominación de *Travestismo*. Es empleada municipal y estudiante universitaria. Recientemente falleció su novio. Actualmente no tiene pareja.

Sujeto 5

Bio-varón. 57 años. Cuenta con varias cirugías estéticas. Se ha realizado implantes mamarios hace 7 años. No se ha realizado la cirugía de reasignación de sexo. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *M2F* pre-quirúrgica. Este caso cuadra con la clásica denominación de *Travestismo*. Es peluquera. Actualmente está en pareja con un varón.

Sujeto 6

Bio-varón. 47 años. Cuenta con implantes mamarios, única intervención quirúrgica realizada. No se ha realizado cirugía de reasignación de sexo. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *M2F* sin reasignación de sexo y con cirugías parciales. Este caso cuadra con la clásica denominación de *Travestismo*. Es enfermera. Está en pareja con un varón desde hace 27 años, con quien está casada. Junto a su marido adoptaron una hija, hoy adolescente.

Sujeto 7

Bio-mujer. 30 años. Cuenta con varias cirugías estéticas. Actualmente se realiza tratamientos hormonales periódicos en el Hospital Gutierrez. Se ha realizado una mastectomía y una cirugía de reasignación de sexo. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *F2M* quirúrgica. Trabaja en una ONG. Actualmente esta pareja con una mujer.

Sujeto 8

Mujer. 22 años. No se ha realizado ninguna cirugía estética. Se realizará una mastectomía. No le interesa transicionar hacia la masculinidad, por ello no realiza tratamientos hormonales. Descriptivamente se trata de una mujer que no quiere tener pechos. Es estudiante universitaria. Actualmente no tiene pareja.

Sujeto 9

Varón. 28 años. Durante siete años fue lo que descriptivamente podemos referir como una Transexualidad *M2F* sin reasignación de sexo y sin cirugías parciales. Actualmente ya no habita el género femenino. Está en pareja con un varón, con quien convive.

Sujeto 10

Bio-varón. 47 años. Cuenta con varias cirugías estéticas. Se ha realizado implantes mamarios y tratamientos hormonales. No se ha realizado cirugía de reasignación de sexo, aunque está en lista de espera. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *M2F* sin reasignación de sexo y con cirugías parciales. Este caso cuadra con la clásica denominación de *Travestismo*. Es empleada municipal. Está en pareja con un varón.

Sujeto 11

Bio-varón. 23 años. Cuenta con varias cirugías estéticas. Se ha realizado una cirugía de reasignación de sexo. Descriptivamente se trata de una Transexualidad *M2F* quirúrgica. Trabaja en el ámbito público. Actualmente no tiene pareja.

IDENTIDAD DE GÉNERO

Cómo se denominan

Los sujetos entrevistados apelan a diversas categorías a la hora de auto-denominarse en relación con el género. En palabras de los entrevistados:

Sujeto 1: *Definiría mi identidad como transexual (S1, F2M, 22 años).*

Sujeto 2: *Mi identidad... trans, primero que nada. Trans también lo considero un género. Y también masculino, intersex (S2, F2M, 22 años).*

Sujeto 3: *Yo me defino como una mujer trans (S3, M2F, 32 años).*

Sujeto 4: *No me identifico como mujer, sino como mujer trans (S4, M2F, 36 años).*

Sujeto 5: *Soy travesti (S5, M2F, 57 años).*

Sujeto 6: *Lo que vos ves, soy. Yo respeto las diferentes posturas, hay diferentes categorías. Yo no asumo ninguna categoría porque me parece que eso es encasillarte en un lugar (S6, M2F, 47 años).*

Sujeto 7: *Me percibo como un hombre heterosexual (S7, F2M, 30 años).*

Sujeto 8: *Soy mujer (S8, Mujer, 22 años).*

Sujeto 9: *Soy varón homosexual (S9, Varón, 28 años).*

Sujeto 10: *Soy trans, con vías a ser transexual (S10, M2F, 47 años).*

Sujeto 11: *Soy mujer (S11, M2F, 23 años).*

Significado de las denominaciones

Huida imposible del cuerpo enemigo

En el caso del Sujeto 1 el cuerpo biológico opera como punto de referencia a partir del cual el *ser transexual* recibe su significado. Explicita un desacuerdo con *su* cuerpo biológico, el que lo impulsa a una transición –entendida en términos de transformación– que, finalmente, lo conducirá a un punto de llegada: la masculinidad. Tal transformación supone un *volver a nacer*. Este nacimiento parece referir a recobrar o fundar una conformidad entre la auto-percepción en relación con el género y *su* cuerpo biológico. *Ser transexual es no estar de acuerdo con tu cuerpo biológico. Buscas*

siempre una transición, una transformación. Lleva tiempo pero en algún momento se llega. Porque es todo una adaptación, es como un volver a nacer (S1, F2M, 22 años).

Llama la atención la expresión: *en algún momento se llega*. Introduce interrogantes, como ser: ¿la transexualidad es una identidad temporal abandonada posteriormente, cuando el sujeto desembarca en la masculinidad *plena*, coherente, anhelada? Nos dice, “*No me importa cómo me identifique la gente. Yo me siento varón. Voy a serlo*” (S1, F2M, 22 años). ¿Se concibe la masculinidad como un punto de llegada al que el sujeto puede acceder mediante intervenciones hormonales y quirúrgicas? “*Trans significa transición. Uno se reasigna lo que es, digamos... a través de un proceso adecuan tu cuerpo a los que sos. En algún momento voy a dejar de ser trans para ser varón*” (S1, F2M, 22 años). Tal como es explicitado, el cuerpo biológico constituye un punto de referencia ineludible en esta definición de *trans*, referencia que inunda el modo en que se percibe a sí mismo, “*Mi cuerpo ocupa un lugar importante en la forma en que me pienso*” (S1, F2M, 22 años). Por otra parte, la idea de transición supone un punto de origen y un punto final, ambos coinciden con los polos del género hegemónico, “*Como mujer nunca me pensé*” (S1, F2M, 22 años), “*Ser varón o mujer no se elige, uno lo es*” (S1, F2M, 22 años). Aquí *trans* no encuentra su significado más allá del ordenamiento hegemónico del género, más bien supone recobrar la conformidad dislocada entre sexo y género, “*Yo ya siento cambios en la voz y el pelo. Siento como que por fin estoy siendo algo que me define o que habla de mí*” (S1, F2M, 22 años). Por tanto este posicionamiento *trans* reafirma la norma de género mediante el anhelo de intervención quirúrgica, “*Actualmente no estoy conforme con mi cuerpo*” (S1, F2M, 22 años), “*Me voy a hacer una mastectomía*” (S1, F2M, 22 años) y la administración hormonal para transformar el sexo, “*Estoy haciendo un tratamiento hormonal de reasignación de sexo, me inyecto hormonas cada tres meses*” (S1, F2M, 22 años).

El Sujeto 1 muestra la decisión temporaria de conservar sus genitales femeninos, “*Fui a una charla de un médico y él contaba que la reasignación de sexo no es recomendable todavía*” (S1, F2M, 22 años). Operan allí las exigencias últimas de la norma de amoldar por completo la superficie del cuerpo en función del género subjetivo.

Es preciso destacar un dilema emergente. Ante la afirmación “*Mi cuerpo ocupa un lugar importante en la forma en que me pienso*” (S1, F2M, 22 años), utilizada al referir al rechazo de algunas características de su cuerpo –“*Uno va creciendo y va sintiendo incomodidades con el cuerpo, malestares físicos, con el aspecto. Con partes del cuerpo. Te sentís distinto a como sos en el cuerpo biológico*” (S1, F2M, 22 años) –, se

contraponen afirmaciones tales como “*Lo que soy no depende de mi cuerpo*” (S1, F2M, 22 años) y “*Lo que uno es, para mí, no pasa por el cuerpo*” (S1, F2M, 22 años), utilizadas a la hora de afirmar su masculinidad sentida a pesar del cuerpo biológicamente femenino. Claramente la verdad del sexo parece recibir una doble inscripción en ámbitos que colisionan y que se restringen mutuamente. Entonces, el aspecto dilemático que se presenta refiere a que esta concepción de lo *trans* conlleva el acceso a la masculinidad, entendida como el logro de una corporalidad masculina alcanzada mediante intervenciones –dimensión sin la cual la masculinidad sentida no alcanza su ser pleno. Paradójicamente, esta referencia implícita al cuerpo biológico altamente esencializado impide tal desembarco de la transición, conminando al Sujeto a una transito permanente hacia un destino inalcanzable. La conformidad de género anhelado opera en un sistema donde los términos que juegan son *varón* y *mujer*. Lo *trans* no constituye una categoría en sí misma, más allá del paso temporario por ella. Configura un limbo que entrapa al sujeto en una realización imposible.

Unificación del binario

A pesar de adoptar la misma denominación, el Sujeto 2 marca una diferencia significativa en lo que entiende por tal categoría.

Trans significa transición. Yo creo que siempre transiciono y siempre voy a terminar transicionando. Yo creo que no lo veo como un pasar desde un inicio y terminar en un fin, yo creo que las personas que no se identifican como trans son trans, para mí todo el mundo es trans. Todo el mundo va transicionando constantemente en millones de cosas (S2, F2M, 22 años).

Aparentemente aquí se figura un significado de lo *trans* que fisura la idea de una búsqueda de conformidad radical entre sexo y género. El Sujeto 2 parece asumir un posicionamiento de género que denomina intersex, pues es hacia un estado de intersexualidad hacia donde le interesa transicionar: “*Creo que uno puede transicionar hacia una intersexualidad*” (S2, F2M, 22 años). Lo biológico, en este caso, no cuenta en tanto cuerpo del que se quiere huir, “*A mí la genitalidad femenina no es algo, digamos, que me acompleje*” (S2, F2M, 22 años). Los genitales no parecen tener el peso suficiente en la significación del sexo, menciona que “*Hombres y mujeres son hombres y mujeres no por su genitalidad sino porque los criaron de esa manera*” (S2, F2M, 22 años), también señala que “*el hecho de tener vagina no implica el hecho de ser mujer*” (S2, F2M, 22 años). Lo que resulta importante para el Sujeto 2 es el aspecto y la estética. Es en ese punto donde se define como una *masculinidad trans*. Practica

levantamiento de pesas en un gimnasio para lograr hipertrofiar sus músculos, *“Mi meta es llegar a ser físico culturista. Uso anabólicos”* (S2, F2M, 22 años). Al respecto señala que *“El aspecto femenino externo es un poco chocante para mí... no quiero que la sociedad me trate así”* (S2, F2M, 22 años). Es por ello que se realizó una mastectomía, *“Los senos sí era algo que me molestaba mucho”* (S2, F2M, 22 años).

El Sujeto 2 no se define como varón, tampoco quiere llegar a serlo. Más bien se trata de lograr una apariencia masculina que no excluye lo femenino, *“A pesar de las transformaciones y las intervenciones de mi cuerpo, yo creo que hay algo femenino aún en mi cuerpo”* (S2, F2M, 22 años). Si antes afirmó que la genitalidad permanecía desligada del hecho de ser una mujer, para dejar en claro que sus genitales no obstaculizaban su masculinidad adoptada, ahora emerge el sentido implícito de que sus genitales guardan en sí un sentido femenino. A partir de aquí afirma *“lo mío puede ser una feminidad de lo masculino, pero sigue siendo una feminidad”* (S2, F2M, 22 años). A pesar de que lucha por no quedar encriptado en ninguna de las categorías pretendidamente exhaustivas de género –*“No me gustan mucho las etiquetas”* (S2, F2M, 22 años)– la utilización de los términos masculinidad y feminidad no lo rescatan de quedar inscripto en el binarismo, incluso señala que *“A los cinco años empecé a sentir la pertenencia al género masculino”* (S2, F2M, 22 años), también *“Mi género es un poco unificado entre las cosas que se consideran binarias”* (S2, F2M, 22 años). Yendo aún más lejos, es posible apreciar una incorporación en clave masculina de sus genitales femeninos cuando menciona *“A nosotros los hombres trans nos pasa que con la hormonación tenemos una hipertrofia en el clítoris, entonces es como tener un pene pequeño”* (S2, F2M, 22 años), a esto él denomina como *genitalidad intersexual*. La masculinización de sus genitales incluso puede leerse cuando afirma que una intervención a la que le interesaría someterse es a *“un alargamiento del clítoris, pero acá no hacen esa operación y no quiero arriesgarme, para nada. Quizá el día de mañana, hay tiempo”* (S2, F2M, 22 años).

Por otra parte su posicionamiento intersexual de género recibe anclaje en su genitalidad. Nuevamente puede verse la colisión entre cuerpo e identidad de género, como ámbitos donde se atribuye el ser de género. Por un lado despoja del cuerpo la potencialidad de significar, desde su plano natural, al género. Por otro lado, el cuerpo continúa emanando las claves de la feminidad y masculinidad. Su concepción intersexual, de hecho, parece referir a una masculinización de los genitales, a una transformación localizada en el plano biológico.

Querer ser lo que (no) se es

Para el Sujeto 3 *trans* significa transición hacia el ser mujer. Se siente mujer. La transición refiere a amoldar los aspectos del cuerpo socialmente visibles, las expresiones de género, al género sentido. “*Mujer trans significa haber pasado una transición para llegar a ser mujer porque nosotros nos sentimos mujer, nada más que ahora acordamos nuestro genero a nuestra manera de sentir*” (S3, M2F, 32 años). Lo *trans* en este caso, también refiere a un proceso de refigurar la identidad, proceso correlativo al tránsito de las modificaciones corporales ligadas a cómo quiere verse socialmente. “*El tránsito tiene que ver con construir una identidad. Depende de cada una cómo se siente y cómo quiere verse, digamos, socialmente*” (S3, M2F, 32 años).

El Sujeto 3 menciona “*Me hubiese gustado nacer con cuerpo de mujer*” (S3, M2F, 32 años). Esto puede entenderse, en principio, en términos de su anhelo por poseer un cuerpo cuyas características sean naturalmente femeninas. Ella menciona que su interés radica en las características *sociales* de su cuerpo, un cuerpo cuyas características morfológicas sean rápidamente decodificadas como femeninas. En este sentido, “*Trans tiene que ver con una transformación*” (S3, M2F, 32 años) que se emprende para imprimir al cuerpo tales características, “*en un año me opere todo*” (S3, M2F, 32 años). Sin embargo menciona “*No me haría la operación de reasignación de sexo*” (S3, M2F, 32 años), en esta línea afirma “*Tener pene no me hace sentir menos mujer*” (S3, M2F, 32 años). Incluso afirma “*Siempre fui mujer*” (S3, M2F, 32 años). El Sujeto 3 inscribe su ser en el plano identitario, a partir del cual puede explicarse el sentimiento de ser mujer, “*Yo me siento mujer por más que tenga o no tenga un par de tetas, soy una mujer y hay que respetar lo que uno siente*” (S3, M2F, 32 años).

A esta afirmación que refiere a su sentimiento de *ser mujer* en el plano identitario se contraponen otras afirmaciones que dejan deslizar otro sentido del *ser mujer*, que refiere, justamente, a la dimensión corporal hecha a un lado anteriormente a la hora de enfatizar los aspectos identitarios. “*No va a variar si tengo una vagina, sigo siendo una transexual*” (S3, M2F, 32 años). Aquí la categoría *trans* introduce una dimensión corporal que obstaculiza el ser mujer. Lo *trans*, desde la perspectiva del Sujeto 3, aglutina el desencuentro entre sentirse mujer y un cuerpo esencialmente incompatible con, y que torna imposible el acceso a, ese *ser mujer*. Es lícito recordar que “*Mujer trans significa haber pasado una transición para llegar a ser mujer*” (S3, M2F, 32 años). El Sujeto 3 ya *es mujer* en el plano identitario de lo *sentido*, allí los genitales no

son obstáculo. Sin embargo cuando ella afirma “*siendo una transexual*” (S3, M2F, 32 años) y menciona la “*transición para llegar a ser mujer*” (S3, M2F, 32 años) algo del cuerpo obstaculiza el *ser mujer*. Entonces, lo *trans*, en esta versión, puede entenderse como una búsqueda constante de inscribir el *ser mujer*, al que ya se apela en el campo identitario, en la dimensión corporal. Sin embargo la categoría misma de lo *trans* restringe tal operación. Si confrontamos la “*transición para llegar a ser mujer*” (S3, M2F, 32 años) con “*No va a variar si tengo una vagina, sigo siendo una transexual*” (S3, M2F, 32 años), es posible observar que no parece existir intervención quirúrgica última –reasignación de sexo– que instale el *ser mujer* pleno capaz de conmover su cuerpo, implícitamente decodificado como masculino. *Ser trans* instauro, por decirlo una vez más y de otro modo, la búsqueda por *ser* algo que se *es* y no se *es* al mismo tiempo: mujer. En este caso la conformidad entre género y sexo no es un propósito.

Parodiar lo que no se es: un anhelo de naturalidad

A criterio del Sujeto 4 no existe un modo de ser *mujer trans*. Admite que nació de *determinada manera*, por ello construyó su género de manera opuesta a lo biológico.

No es que yo no sepa que es ser una mujer trans, pero también tengo en cuenta que yo nací de determinada manera y elegí. Construí mi género de manera opuesta a lo biológico. Eso es lo que para mí tiene que ver con lo que es ser una mujer trans, estás pasando de un género al otro, estás reconstruyendo, estás redireccionando todo lo que tiene que ver con el género (S4, M2F, 36 años).

438

Es así que *trans* significa pasar de un género a otro, reconstruirse, redireccionar y cuestionar el género. El Sujeto 4 no hacer referencia a *ser mujer*, tampoco entiende lo *trans* como un camino hacia ello. Establece una diferencia entre ser mujer *trans* y ser mujer, incluso menciona “*Yo no sé lo que piensa una mujer, no lo sé. Orgánicamente ni nada*” (S4, M2F, 36 años). Claramente toma la categoría de *mujer trans* como una identidad en sí misma, y no como un medio para la búsqueda de un *ser mujer* anclado en el cuerpo. Menciona, “*Esa parte de mi cuerpo [genitales] no me impide ser trans. Estando o no estando no dejás de ser trans*” (S4, M2F, 36 años). La presencia de genitales masculinos no son fuente, en el Sujeto 4, de un conflicto potencial con la identidad *mujer*, sino con la identidad *trans*. La posibilidad de reasignación de sexo constituiría un paso hacia ser *mujer trans*.

Algo del cuerpo biológico funciona como anclaje inexorable en el *ser varón*. Al mencionar “*Estando o no estando [genitales] no dejás de ser trans*” (S4, M2F, 36 años), el Sujeto 4 sugiere que hay algo de su cuerpo, más allá de los genitales, que participan

en su *ser trans*, componente esencial de una masculinidad que localiza a la identidad *mujer trans* en la encrucijada de un sexo varón y un género mujer.

El Sujeto 4 explica que su posicionamiento refiere a una *feminidad trans*. Nos dice que “*La mujer es una construcción cultural*” (S4, M2F, 36 años), entonces “*No existe una sola forma de ser mujer*” (S4, M2F, 36 años), concluye “*Yo soy una construcción cultural... soy una mujer trans*” (S4, M2F, 36 años). De este modo, ella reclama el *ser mujer* para aquellas construcciones en torno a la feminidad que no se fundamentan en un cuerpo biológico de mujer. Entonces las mujeres *naturales* son tan mujeres como las *mujeres trans*, pues ambas responden a una construcción cultural. Sin embargo esta postura construccionista no excluye la dimensión del cuerpo, “*Un paso que di hacia la feminización fue la consulta con una médica que empezó a hacerme tratamiento hormonal*” (S4, M2F, 36 años). A pesar de que nos dice “*En mi camino hacia la feminización no recurrí a las cirugías*” (S4, M2F, 36 años), menciona otros aspectos del cuerpo que contribuyen a lograr una imagen de *mujer natural*: “*Para mí es primordial cuidarme el pelo, cuidarme las uñas... cuidarme la piel... Cuidar lo que ya tengo, no agregarme. Una feminización natural. No quiero quedar impostada, no quiero quedar como una caricatura, no me quiero ver como un dibujo*” (S4, M2F, 36 años).

El Sujeto 4 no se identifica como mujer, tampoco toma el *camino hacia la feminización* como medio hacia el *ser mujer*. Si bien se denomina como *mujer trans*, su preocupación radica en ser natural frente a la mirada de los otros, es decir ser mujer o, dicho de otro modo, no ser detectada como *trans*. Nos dice “*Lo único que sueño ahora es que me lean como una chica. Quiero salir a caminar tranquila, ir a estudiar a la facultad, con mi carpetita y mis botitas, y que nadie me moleste*” (S4, M2F, 36 años). También relata con alegría escenas donde es confundida con una *mujer*, “*Cuando me tratan como una mujer, que me identifican como una mujer biológica, decís voy bastante bien, están funcionando las hormonas*” (S4, M2F, 36 años). En este contexto, su anhelo principal no transcurre por parodiar naturalmente lo que reconoce, en última instancia y pese a las ideas en torno del construccionismo que expresa, como no natural –“*también tengo en cuenta que yo nací de determinada manera*” (S4, M2F, 36 años). Nos dice “*Si pudiera volver el tiempo atrás y elegir con qué sexo nacer, elegiría nacer mujer*” (S4, M2F, 36 años). Incluso, en este anhelo de naturalidad los genitales, que en principio no parecían traer dificultades, irrumpen como una marca que estorba el *camino hacia la feminización*, “*La reasignación la tengo pensada desde hace dos años*” (S4, M2F, 36

años). Agrega, “*Con la genitalidad he pasado situaciones en las que me he sentido incómoda... estás ocultando una parte*” (S4, M2F, 36 años).

En este caso, el cuerpo biológico opera como obstáculo para pensarse como mujer, pero sostiene la auto-denominación *mujer trans*. El camino hacia la feminización parece consistir en parodiar lo femenino con tal grado de naturalidad que la mimesis con *la mujer* sea posible.

Ser debajo de la bombacha

El Sujeto 5, entiende por *travesti*, categoría con la que se autodenomina, el hecho de vestirse de mujer.

Travesti significa... Ay es difícil, varía mucho. Unas se visten de mujer para revolear la cartera, otras se visten de mujer y adoptan un hijo para sentirse madres, Susanitas (S5, M2F, 57 años).

La categoría *travesti*, sobre todo bajo el significado que le otorga el sujeto 5, no sólo deja en claro el modo en que opera la organización dicotómica de género en esta categoría, sino también la participación del cuerpo como sitio donde se inscribe la verdad del sexo. Ella menciona que “*Sentirse mujer no es tener una vagina, pasa por lo que sentís*” (S5, M2F, 57 años). Si bien en principio su discurso parece indicar que el *ser mujer* es algo de lo que no participa, excepto por usar su vestimenta, en función de *sentirse mujer*, también menciona “*Yo creo que una mujer no es solamente ponerse un vestido, es un comportamiento, un sentimiento y eso no depende de la vagina o del pene*” (S5, M2F, 57 años). Emerge aquí una versión de lo que significa *ser mujer* que la incluye, menciona “*siempre quise ser mujer, era ese el objetivo*” (S5, M2F, 57 años). El sujeto 5 adopta un *ser mujer* más profundo que la *imagen femenina*, que ella inscribe en el plano de lo *sentido*, menciona “*Yo ya me sentía esto que soy... Lo que soy es lo que siempre sentí*” (S5, M2F, 57 años).

Por otra parte menciona “*Los genitales no me cambian lo que soy... es lo que nació conmigo y no me están molestando*” (S5, M2F, 57 años). Son dos las posibilidades que admite el Sujeto 5 al ahora de concebir aproximaciones a lo femenino, por un lado lograr una imagen femenina, opción superficial que implica conservar los genitales. Ella menciona, “*En mi imagen femenina es más importante los pechos que los genitales. Porque estar maquillada, uñas largas, taco alto ¿y sin pechos?*”. Señala “*Siempre hay que tener esa imagen femenina respetando a la mujer, imitarla lo más posible, de la bombacha para adentro solamente vos sabes quién sos*” (S5, M2F, 57 años). A este

nivel más profundo –*de la bombacha para adentro*– ella sabe quién es. Aquí los genitales la anclan a la única posibilidad de aproximarse a lo femenino a partir de una imagen respetuosa. La operación de pechos contribuye, entonces, a esta imagen femenina, “*Me operé los pechos porque yo deseaba tener esa imagen femenina desde siempre*”. Bajo esta opción el Sujeto 5 sabe que la imagen femenina constituye una imitación de la mujer. La operación de pechos contribuye a su deseo de ser reconocida bajo esta imagen femenina imitada y a no caer bajo una presentación no factible de ser identificada bajo el estereotipo femenino, “*Si salgo a la calle y voy a un negocio sin pechos la gente me mira y dice ¿qué es? Mejor es que digan: ‘parece que es una mujer’ a que digan: ‘no sé qué es’*” (S5, M2F, 57 años).

A pesar de que ella menciona “*Puedo convivir perfectamente con mis genitales*” (S5, M2F, 57 años), el Sujeto 5 se hubiese reasignado el sexo, “*No es momento para esa operación de reasignación. Si hubiese tenido veinte años lo hubiese hecho ya*” (S5, M2F, 57 años). Es así que, por otra parte, la segunda posibilidad que el Sujeto 5 contempla, “*Siempre quise ser mujer. Y opté por este camino, el otro camino sería haberme operado, pero en aquel momento no existía la operación casi*” (S5, M2F, 57 años). Vemos que la primera opción la conmina a ser *travesti*, a imitar la *imagen femenina* a pesar de lo que hay *debajo de la bombacha*. Es la segunda opción, desde la concepción del Sujeto 5, la que la hubiese conducido a su objetivo de *ser una mujer*, “*Soy travesti. Yo no soy una mujer, no me cambié los genitales. Tengo una imagen femenina pero no puedo ser tan tonta y tan irracional. El documento dice femenino pero no es así... Lo que siento y lo que demuestro por ahí no es lo que soy*” (S5, M2F, 57 años). Es posible ver cómo los genitales la anclan a una corporalidad donde sólo le resulta posible reflejar una imagen femenina, a pesar de su anhelo de *serlo*. Lo novedoso que aporta la concepción del caso del Sujeto 5 es que el cuerpo no es masculino o femenino más allá de los genitales. Desde su punto de vista sólo basta con quitar los genitales masculinos para que el cuerpo se troque en femenino. Como alegoría de la imagen que refleja, se define como una travesti estética.

Ser una travesti estética, implica estar pendiente de las uñas arregladas, que la sombra coincida con el color de ropa, peinada, depilada (S5, M2F, 57 años).

Mujer no nacida mujer

El Sujeto 6 ofrece otra complejidad. No elige ninguna categoría para autodenominarse. Aún así, a lo largo de la entrevista, y de su historia de vida, es posible indagar los

sentidos respecto a identidad de género y cuerpo a partir de los cuales se auto-percibe. Ella destaca “*El ser mujer yo lo siento desde adentro de mi ser*” (S6, M2F, 47 años) y al mismo tiempo señala “*Sentirte mujer depende del cuerpo, sí que depende del cuerpo... me parece que los pechos en una mujer te hacen más femenina*” (S6, M2F, 47 años). Es posible observar que inscribe en el plano identitario, en un sentir interno, el *ser mujer*. También señala la importancia de imprimir al cuerpo las formas necesarias para lograr una imagen acorde al *sentirse mujer*. Claramente quita a los genitales la potencia de significar el *ser mujer* al que apela, “*No me interesa hacerme ninguna otra intervención en mi cuerpo... Así como estoy me siento bien*” (S6, M2F, 47 años). También menciona “*No me hice la reasignación de sexo. No me la haría*” (S6, M2F, 47 años).

En relación a sus genitales señala, “*Es parte de mi cuerpo, no me hace sentir menos mujer. Yo soy yo. No me molestan, están ahí*” (S6, M2F, 47 años). Apela al sentimiento en el que fundamente su *ser mujer*, “*Uno lo siente, vos lo tenes que sentir, porque no es fácil, no es decir: ‘me pongo tetas, pelo largo, tacos y salgo a la calle’*” (S6, M2F, 47 años), también “*Me siento lo que yo soy*” (S6, M2F, 47 años). Sin embargo, también trae a colación el lugar del cuerpo como obstáculo del despliegue pleno de ese *ser mujer*, que si bien no está dado por los genitales sí por una concepción de un cuerpo esencialmente femenino o esencialmente masculino que ninguna intervención quirúrgica u hormonal pueden quebrantar, “*Yo creo que para ser mujer se nace mujer, para ser hombre se nace hombre, bueno lucharé en el medio*” (S6, M2F, 47 años). También aparece la necesidad de pensarse desde algún punto de referencia, y esas categorías son las tradicionales, no aparece el rechazo radical de tales categorías.

El ideal de la masculinidad heteronormada

El Sujeto 7 refiere a su identidad de género como una esencia. “*Es como una esencia que no se puede explicar y es desde los primeros recuerdos de vida*” (S7, M2F, 30 años). También señala

Ser un hombre es... no te lo puedes explicar, es algo muy natural, es una esencia que uno tiene. Cuando yo digo: “me siento completo” para mí sentirme completo es sentirme física y mentalmente y socialmente completo, era la meta para mí (S7, M2F, 30 años).

Se auto-denomina como hombre, “*Me percibo como un hombre heterosexual*” (S7, M2F, 30 años). En este caso el componente heterosexual que acompaña su identidad no es menor puesto que el sentido con el que dota a la masculinidad refiere explícitamente

a su rol activo, *“En mi definición de masculinidad es importante la genitalidad porque me defino como varón en el rol sexual”* (S7, M2F, 30 años). Incluso, su masculinidad está dada por la posibilidad de penetrar mujeres, *“La visión en mi cabeza es que el hombre es quien, en lo sexual, penetra”* (S7, M2F, 30 años), también *“Y en mi caso... bueno mi objetivo es tener una relación totalmente heterosexual, sentirme el hombre de la pareja”* (S7, M2F, 30 años). Por este motivo necesita sentirse completo físicamente, mentalmente y socialmente. Señala *“Necesité cambiar mi cuerpo”* (S7, M2F, 30 años). Claramente su cirugía de reasignación de sexo le permite sumar a su cuerpo una porción faltante y, así, *con-formar* el sexo a su esencia masculina, *“Soñé toda mi vida con tener un pene o sentirme físicamente completo”* (S7, M2F, 30 años). La referencia al cuerpo adquiere una importancia nodal como fundamento de su masculinidad, sobre todo la posibilidad de poseer un pene, el que brinda la posibilidad de la heterosexualidad, entendida como la masculinidad en danza.

Sin dudas este caso permite vislumbrar una transexualidad que adopta como ideal un modelo hegemónico de masculinidad heteronormada que deja deslizar, incluso, significados en torno a la subordinación de las mujeres al reducir sus cuerpos a un territorio apropiable para la realización de los mandatos normativos de la masculinidad en la escena sexual. Menciona, *“hay muchos chicos que de repente manifiestas sentirse hombres sin necesidad cambiar la genitalidad porque calculo que estarán refiriéndose a lo social, a tener su DNI y de repente presentarse con un nombre de varón, y bueno sin tomar en cuenta, digamos la vida sexual ni afectiva de encontrar parejas, como que no lo tienen en cuenta”* (S7, M2F, 30 años), aquí expone su concepción heteronormada donde la vida sexual de un varón trans sólo es posible con un implante peniano que le permite tomar como objeto a una mujer.

También en este caso el cuerpo esencialmente masculino aparece marcando una distancia con el suyo, construido quirúrgicamente. *“Entendí que nunca iba a tener un pene igual al de un chico biológico, que tenía que importarme la función y de repente no tanto el aspecto y esas cosas”* (S7, M2F, 30 años). Es interesante observar que, su pene no biológico contribuye a su idea de masculinidad puesto que se prioriza la función y no el aspecto.

Mujer sin pechos

Luego de haberse auto-denominado como mujer, el Sujeto 8 señala que no le gustan esos estereotipos.

¿Ser una mujer? No sé. No me gustan esos estereotipos. No me gusta ningún estereotipo. No sé qué es mujer (S8, Mujer, 22 años).

Se quiere quitar el busto, por este motivo señala *“Yo me siento mujer pero también me siento un poco hombre, por mi busto, como quiero sacarlos eso sería, en parte, acomodar parte de mi cuerpo al del hombre”* (S8, Mujer, 22 años). El cuerpo, aquí, en su aspecto morfológico, aparece guardando las claves de la feminidad y la masculinidad. El futuro cuerpo sin pechos antecede a incorporar la masculinidad como parte de sí. Sin embargo comenta que la operación no afecta su *ser mujer*, *“Por querer operarme las tetas no siento que deje de ‘ser mujer’”* (S8, Mujer, 22 años). Señala que *“Ser mujer no pasa por el cuerpo... Pasa por la mente y no tanto por el cuerpo viene en uno”* (S8, Mujer, 22 años). Algo del cuerpo, de todas formas, emerge para poner en cuestión aquello que *viene con uno y pasa por la mente*, señala *“Estoy como en el medio”* (S8, Mujer, 22 años). Si en este caso el cuerpo biológico se alinea con su auto-percepción como mujer, el cuerpo en su dimensión morfológica –un cuerpo de mujer sin pechos, *“Quiero tener el pecho como un hombre”* (S8, Mujer, 22 años) – implica, en el sujeto, masculinidad. Incluso su anhelo desalineado respecto al ideal morfológico del cuerpo femenino la conduce a cuestionar categorías unívocas a la hora de auto-denominarse, *“Para mí está mal que haya esas etiquetas. Porque obligan a uno a sentirse de una manera y capaz que uno no quiere”* (S8, Mujer, 22 años). Sin dudas la modificación corporal pretendida constituye una referencia en cómo fluctúa y se cuestiona el modo en que el sujeto se auto-percibe.

Discontinuidad de género

El Sujeto 9 se auto-percibe como varón homosexual. Sin embargo relata que *“A los veintiuno empecé a vestirme de mujer”* (S9, Varón, 28 años). Asimismo señala *“En ese momento me pensaba como mujer”* (S9, Varón, 28 años). Más allá de la asunción de otra identidad de género operan en el sujeto puntos de permanencia. Menciona, *“En el interior soy la misma persona”* (S9, Varón, 28 años). Asume la identidad gay como punto estable, *“Yo me identifico como una persona homosexual”* (S9, Varón, 28 años). Su historia marca un itinerario que nos permite pensar el modo en que la identidad de género admite reformulaciones y transformaciones a lo largo del tiempo¹⁵³.

¹⁵³ Para desarrollos más amplios de este caso, véase el apartado *Mutaciones de la identidad* y, también, *Identidad y Cuerpo, No conformidad de género: colisión de sentidos hegemónicos*.

Trans: el camino hacia la mujer completa

El Sujeto 10 se auto-denomina como trans bajo el mismo sentido que travesti, “*Yo soy trans... en realidad la palabra trans es como nueva, siempre fuimos travestis nosotras*” (S10, M2F, 47 años). Ambos términos refieren a que aún no se ha realizado la cirugía de reasignación de sexo, “*Para mí ser trans es el proceso que yo necesitada para ser una mujer completa*” (S10, M2F, 47 años). Luego señala, “*Ser una mujer completa es llegar a la operación*” (S10, M2F, 47 años). El término *transexual* queda reservado para un futuro en que se concrete la reasignación de sexo, “*Yo soy trans, con vías a ser transexual, estoy en lista de espera*” (S10, M2F, 47 años), también señala “*Después de la operación voy a ser transexual*” (S10, M2F, 47 años).

En este caso aparece la alternancia entre el camino como medio que posibilita se una *mujer completa* y la imposibilidad de llegar a serlo. En este caso no hay una inscripción de un *ser mujer* en un ámbito identitario. El sujeto10 no asegura ser mujer, tampoco sentirse mujer. Más bien el ser mujer es un punto de llegada anhelado, se encuentra presente un querer ser mujer motivado por una no asunción de la masculinidad “*Siempre le decía a mi mamá, que a mí me faltaba algo cuando me miraba al espejo no me hallaba*” (S10, M2F, 47 años). Su cuerpo es auto-percibido como esencialmente masculino, “*Por ahí lo que me marca a mí es la nuez de Adán*” (S10, M2F, 47 años), también menciona, *Viste que a nosotros los hombres tenemos una forma especial en las piernas* (S10, M2F, 47 años). A pesar de que la operación de reasignación de sexo es concebida como la vía para ser mujer completa, afirma que cuando se concrete tal cirugía será una transexual. Todo parece indicar que algo del cuerpo, aunque la intervención se concrete y ya no cuente con genitales masculinos, seguirá siendo, en su concepción implícita, masculino, de modo que la mujer completa colisiona con el carácter transexual que impone el modo en que es concebido el cuerpo.

Lo que ves no es lo que es

El Sujeto 11 menciona “*decir trans es una redundancia, soy mujer*” (S11, M2F, 23 años). Con redundancia se refiere a que la reasignación de sexo y el ser mujer son homologables. Sin embargo también afirma “*Lo que ves no es lo que es. Naci con un sexo diferente al que ves ahora*” (S11, M2F, 23 años), expresión que sugiere que, a pesar de las cirugías, algo subyacente a la *apariencia* permanece inmutable. Por un lado *es mujer*, pero por otro lado aquello que se ve no *es*. Lo dice explícitamente, “*aunque te operes, queda algo de tu ser, siempre queda un resto de tu anterior ser*” (S11, M2F, 23

años). La identidad de género *mujer*, en su caso, echa de menos un cuerpo naturalmente femenino. Su cuerpo quirúrgicamente intervenido no alcanza para fundar la conformidad requerida. El cuerpo arrastra algo esencialmente masculino que perturba la realización como mujer, “*me gustaría tener rasgos femeninos, evito el espejo*” (S11, M2F, 23 años).

Cómo fundamentan sus identidades

Esencialismo

El Sujeto 1 afirma que las identidades de género permanecen ligadas, por un lado, al cuerpo biológico y, por otro, al desempeño social.

Ser varón y ser mujer no es solamente tener un físico masculino o femenino. Es cumplir distintas roles (S1, F2M, 22 años).

Desde aquí es posible pensar que su identidad *trans* supone el anhelo de ser varón cargando en sí el género no deseado, del cual se quiere huir en la transición, inscripto en el ineludible cuerpo biológico.

Por otra parte, y contrarrestando el papel antes otorgado a los roles sociales, afirma que el *ser* generizado no depende de la biología del cuerpo y tampoco del cambio de nombre. Refiere, más bien, a un *sentimiento interior*, una *esencia*. Otros componentes, como el nombre y el cuerpo, puede modificarse en función de *lo que uno es*.

Lo que uno es, para mí, no pasa por el cuerpo o por cómo te llamas. Es un sentimiento, es ser en el interior, lo que uno es, la esencia. Las demás cosas después se van viendo y se van cambiando de acuerdo a como sos (S1, F2M, 22 años).

Emerge la necesidad de establecer la conformidad, la mimesis, la relación auténtica entre el *ser en el interior* y el *cuerpo*. Modificar el cuerpo se vuelve un imperativo, a pesar de que, desde su concepción explícita, el *ser* no transcurre por ese ámbito.

En sintonía con su idea de *esencia*, el Sujeto 1 entiende que lo *trans* no es una elección. Incluso deja en claro que no reivindica su identidad *trans*.

Ser varón o mujer no se elige, uno lo es. Si uno pudiera no elegiría ser trans. ¿Por qué elegirías algo que te trae discriminación y rechazo? No lo elegiría (S1, F2M, 22 años).

Al menos en esta identidad *trans*, el sujeto permanece desgajado en dos elementos concebidos esencialmente. Por un lado el *ser lo que uno es*, plano identitario presente desde el nacimiento, y el cuerpo que, tal como es entendido aquí, participa implícitamente en la definición de lo *trans* como escollo para la definición de una

masculinidad plena. En este contexto el Sujeto 1 no sólo se concibe como determinado por la esencia trans. Por lo tanto lo *trans* no es entendido como una opción más de género en la que, incluso, él mismo es partícipe en tal construcción identitaria, sino como algo a corregir, normalizar, para tornarse más aceptable y, así, evitar la estigmatización social. El sujeto 1 explicita la no conformidad con su cuerpo.

Actualmente no estoy conforme con mi cuerpo. Mi cuerpo ocupa un lugar importante en la forma en que me pienso. Lamentablemente la sociedad te exige tener ciertas características para tratarte de la forma en que sos (S1, F2M, 22 años).

Existe un reconocimiento, ahora explícito, de que el cuerpo biológico, y sus características, participan en la identidad trans que adopta. También incorpora la dimensión social, y sus exigencias, que dotan de significados y expectativas a los cuerpos. La mirada social parece ser la que marca las exigencias de la modificación del cuerpo, porque en el horizonte del sujeto parece estar la búsqueda de ser tratado como realmente *es, ser* no denunciado por las características de su cuerpo biológico.

El Sujeto 5 menciona que su identidad travesti refiere a lo que siempre sintió.

Lo que soy es lo que siempre sentí y siempre luché para lograr eso (S5, M2F, 57 años).

447

Señala que lo que *es* refiere a una esencia.

No me cambió tanto el cambio de nombre, porque yo ya me sentía esto que soy. Uno no es un nombre en un cartoncito, uno es una esencia, todo un paquete grande de sensaciones. Desde muy chiquita fui sintiendo un montón de cosas (S5, M2F, 57 años).

Por su parte, el Sujeto 6 menciona que se siente ser mujer desde adentro de su ser. Se nace con eso.

El ser mujer yo lo siento desde adentro de mí ser. Yo creo que uno nace con eso. Uno lo siente (S6, M2F, 47 años).

Siempre se percibió como mujer, se siente ser así.

Siempre. Siempre me percibí como mujer. Yo más que me considero, me siento lo que yo soy (S6, M2F, 47 años).

El Sujeto 7 fundamenta su identidad de género en una esencia.

Ser un hombre es... no te lo puedes explicar, es algo muy natural, es una esencia que uno tiene... Es como una esencia que uno no se puede explicar y es desde los primeros recuerdos de vida (S7, M2F, 30 años).

El Sujeto 8 señala,

Ser mujer no pasa por el cuerpo, por la mente sí. Pasa por la mente y no tanto por el cuerpo viene en uno. Nadie te va a decir qué tenes que ser y qué te tiene que gustar. Es algo tuyo que ya está en vos, está todo en vos (S8, Mujer, 22 años).

Nos dice el Sujeto 9,

En el interior soy la misma persona. O sea por fuera, físicamente puedo cambiar pero en el interior es una sola esencia (S9, Varón, 28 años).

Por otra parte, afirma da por supuesto que lo invariable es su elección sexual, la forma de género que asume la identidad desde la que se realiza esa elección puede variar, y esta identidad es concebida como un atributo con el que cuenta desde el nacimiento,

Yo soy homosexual. O sea, yo nací así (S9, Varón, 28 años).

El Sujeto 10 menciona

En realidad yo toda mi vida me sentí femenina. Yo nací así (S10, M2F, 47 años).

Construccionismo

Para el Sujeto 2 su masculinidad no depende de las hormonas y cirugías que actúan sobre el cuerpo. Su identidad transcurre por otra vía que las manifestaciones del cuerpo. El cuerpo aparece como aquello que hay que mantener y modelar para adoptar la estética que refleje la identidad adoptada o construida. Desde su concepción, entonces, lo trans no implica necesariamente cirugías y hormonas. Algo de lo trans es localizado más allá de las intervenciones sobre el cuerpo.

Hay muchas personas que dicen: ‘No, yo todavía no soy trans porque no me operé y no me hormoné. Yo no tendría problema en suspender las hormonas por un tiempo. Mientras que no le haga mal al organismo por frenarlo de golpe. Yo no creo que la hormonación sea algo de lo que uno dependa. Ya te digo para mí es como una opción, no vas a dejar de lado tu masculinidad o tu identidad por no hormonarte, o no operarte (S2, F2M, 22 años).

Por otra parte, atribuye su género a una elección personal y deliberada.

Yo no creo que alguien desde el nacimiento se conciba de una manera u otra. De hecho, hombres y mujeres son hombres y mujeres no por su genitalidad sino porque los criaron de esa manera. Yo supongo que tuve la oportunidad de elegir solo, digamos cual quería que sea mi género y como quería que sea mi género (S2, F2M, 22 años).

El Sujeto 3 menciona que la identidad es algo que se siente. Ese sentir no es innato, es lo cultural lo que participa en ese sentir.

La identidad es lo que una siente o lo que va aprendiendo, digamos son cosas culturales que van construyéndonos. Y llegas a sentir e identificarte con algunos modelos (S3, M2F, 32 años).

Construccionismo trans

El Sujeto 4 adopta la denominación *mujer trans* o *feminidad trans*. Admite que no es una mujer biológica, pero ser mujer es, desde su punto de vista, una construcción cultural.

Soy una mujer trans, o una feminidad trans. No hay una sola manera de ser mujer, y la mujer es una construcción cultural. Yo soy una construcción cultural. Yo no soy una mujer biológica, eso lo tengo re en claro, pero mi feminidad la realizo desde lo que me parece femenino, que puede estar en concordancia o no con la femineidad de la mujer biológica (S4, M2F, 36 años).

Su concepción diferencia entre la feminidad de una mujer trans y la feminidad de una mujer biológica, y parece concebir en términos de construcción sólo la feminidad trans, y así sugiere que la feminidad de la mujer biológica no es construida.

Entonces la identidad *mujer trans* es construida culturalmente,

Que yo me haya percibido como una mujer trans se debe a que yo creo que estamos cargados de cultura. Por ejemplo: desde chica me gustaba mirar Sarah Key, veía vestidos, la imagen que tenían determinadas mujeres, veía a mi mamá también como se arreglaba. Me llamaban la atención determinados personajes de novelas o de cuentos o de películas (S4, M2F, 36 años).

449

Es posible detectar el sentido que refiere a que lo trans implica construir, replicar artificialmente, aquello que las mujeres biológicas expresan naturalmente.

Recuerdos de identidad

El Sujeto 1 ubica su identidad como algo sentido desde muy chico.

Siento esto desde muy chico. Desde los siete años ya recuerdo que tenía otras formas de ser. En pleno desarrollo ya empecé a sentirme mal, rechazaba bastante mi cuerpo. Tenía inclinaciones de jugar con cosas que no eran marcadas para una nena, actitudes que me definían ya de temprano (S1, F2M, 22 años).

El Sujeto 2 localiza los primeros recuerdos de pertenencia al género masculino a los cinco años.

A los cinco años, más o menos, empecé a sentir la pertenencia al género masculino. Antes uno, por ahí, no sabe lo que es hombre o mujer, mucho menos las distintas masculinidades o feminidades (S2, F2M, 22 años).

Después de los diez años no se lo dije a más nadie. En mi adolescencia, desde los catorce años, tome un rol totalmente femenino, o sea ya era una cosa totalmente forzada, yo quería corresponderle a mi familia (S2, F2M, 22 años).

En mi adolescencia no me identifiqué como mujer pero sí con lo femenino, porque es algo que forma parte de mí (S2, F2M, 22 años).

El Sujeto 3 relata que desde los cinco años ya expresaba lo femenino.

Recuerdo que desde muy chica, tenía cinco años, seis años y en mi casa dormían la siesta, y yo aprovechaba para ponerme una sábana tipo vestidito y otra en la cabeza haciendo que era pelo largo, caminaba como si fuera una novia, me acuerdo que jugaba siempre cuando todos dormían, después volvía a la normalidad (S3, M2F, 32 años).

El Sujeto 4 señala recuerdos tempranos de preferencias por vestimenta y objetos del otro género.

Uno de los primeros recuerdos del jardín es agarrar el vestido de novia, pero ahí no sabía ni porque era que agarraba el vestido de novia, lo agarraba porque era un vestido, porque yo lo vi que se lo ponían las mujeres y me gustaba, no me gustaba el traje de hombre, las nenas me decían que yo no podía usar eso. Yo quería juntarme con nenas porque sabía que podía tener contacto con los juguetes de ellas, porque a mí no me los compraban (S4, M2F, 36 años).

Muchísimas veces me reprimían, si me venían que tenía figuritas brillantes. Una vez mi tío, un genio, fue y me compró una planchuela de juguete. Yo feliz. No hacía lo que socialmente está asignado a los varones (S4, M2F, 36 años).

450

Cuando era chica yo todavía no entendía lo que era la palabra travesti, no entendía qué significaba. En el secundario miraba la ropa en las vidrieras, y yo quería ponerme lo que las chicas tenían y ya empezaba a sufrir porque me tenía que poner otra cosa, aparentar otra cosa (S4, M2F, 36 años).

Mi transición empezó en el secundario lo que hice fue no cortarme el pelo. Hacer cosas desde la imagen. Primero para mí era no llamar la atención, que era difícil porque era alta, tenía las uñas cuidadas. Y bueno para ese momento comencé la facultad, tenía imagen como unisex, en esa época la ropa se unificó bastante. Ahí usaba un jeans. Yo veía como se vestían las chicas, y las chicas andaban con zapatillas Topper, un jeancito semi Oxford, una remera blanca, un saquito, una camperita o algo. Entonces yo agarraba elegía vestuarios así (S4, M2F, 36 años).

Para feminizarme me faltaba estar más segura. Pero yo no me sentía segura en la sociedad donde estaba porque veía a través de la televisión que reaccionaban contra eso, entonces empecé a ser más consciente de eso y de los miedos que tenía mi papá, que eran miedos de lo social, eso lo entendí mucho más tarde (S4, M2F, 36 años).

El objetivo del Sujeto 5 siempre fue ser mujer.

En mi caso siempre quise ser mujer, era ese el objetivo (S5, M2F, 57 años).

Yo con mamá hablé el tema, un día le dije, hará más de veinte años, que me quería operar los pechos y mi mamá me dijo: “No hijo, porque la sociedad no está preparada, y vos imagina que te internan por cualquier motivo, el comentario va a ser ‘en una habitación hay un hombre que tiene pechos’, mira si yo como madre escucho algún comentario, no me hagas pasar ese momento”. Me corto (S5, M2F, 57 años).

Murió mi mamá y no me hice la operación, por respeto a mi papá. Mi papá era un hombre muy especial con quien nunca estuve de acuerdo en nada creo. Hace unos siete u ocho años, después de una charla con mi papá, lo decidí, hice una consulta, me fui a Buenos Aires, vendí unas cosas de oro y me operé. Yo tenía marcada mi personalidad y ya tenía marcado lo que quería, ya tenía el respeto de la gente (S5, M2F, 57 años).

El Sujeto 6 menciona que de pequeña quería ser una nena.

Yo quería ser una nena (S6, M2F, 47 años).

A los cuatro años me acuerdo que me mandaban a un colegio de monjas, de curas, iba al jardín de infantes así que te imaginás el sufrimiento que yo tenía. Porque ahí nos dividían, los varoncitos de un lado, las nenas para el otro lado, bueno yo estaba del lado de las nenas. Y siempre jugaba con las nenas, entonces eso era como que llamaba mucho la atención de mi maestra de sala, siempre llamaba la atención porque yo me ponía zapatos de mujer. En la escuela, las nenas tenían un salón, mis compañeras tenían un salón donde tenían vestidos, muñecas y a mí siempre, cuando me perdían, me encontraban ahí. A los cinco años me piden el cuaderno de comunicaciones, yo sabía que mi papá era, cinco años te estoy hablando, era muy rígido, entonces yo le muestro esa nota a mi mamá (S6, M2F, 47 años).

Mi mamá va y habla con mi maestra, le dicen que me tenían que llevar a un psiquiatra. Imagínate los cuatro hermanos de mi papá, los cuatro eran militares, más dos mujeres, hermanas de mi papá eran policías, así que era muy... en la educación, la forma de vivir eran como muy estricto, tanto de la parte de mi mamá como la parte de mi papá y también mis primos. Entonces el mariconcito de la familia era yo, la oveja negra era yo (S6, M2F, 47 años).

A los ocho años ya no aguanté más, ya era una cosa, ya era muy llamativa, mi cuerpo. Me acuerdo que encontré unas pastillas que era anticonceptivos, me tomé todas, casi me muero. No me preguntes para qué, yo no sé por qué las tomé. Un día mi mamá me preguntó qué me pasaba, le dije que no me gustaban las mujeres, ahí ya tenía nueve años... Que no me gustaban las mujeres que me gustaban los hombres y que estaba muy enamorada de un vecino. Es mi actual pareja. Mi papá nunca lo aceptó (S6, M2F, 47 años).

En aquel momento yo me pensaba como nena. Era contra el mundo en ese tiempo, yo tendría trece, catorce años, quince. Yo era una nena. Usaba ropa ajustada, pelo largo por la cola, rodete que nunca me corte, mi papá si me veía me lo cortaba con un machete. Yo una reina, yo era divina. Obviamente alejada de todo

contacto familiar por parte de mi papá, porque no me aceptaron nunca (S6, M2F, 47 años).

Toda la familia de mi mamá me aceptó. Para mis vecinos, mis compañeritos, yo era la nena del barrio... “anda a buscar...” que se yo ponele, hacían un cumple años... lleven a la hija de don fulano. Siempre fui nena y siempre me identifiqué así, fui muy mimada por la familia de mi mamá, sí (S6, M2F, 47 años).

El Sujeto 7 se siente un nene desde temprano.

Tengo recuerdos, situaciones por ejemplo en las que fuimos a... la primera vez que fuimos a Chapadmalal, que yo tenía tres, cuatro años, ahí digamos, a partir de esa época yo ya me sentía un nene (S7, M2F, 30 años).

El Sujeto 10 menciona

En realidad yo toda mi vida me sentí así. Yo siempre le decía a mi mamá, que me faltaba algo, que cuando me miraba al espejo no me hallaba. Algo me faltaba, entonces empecé con mis tratamientos hormonales, las siliconas y que se yo (S10, M2F, 47 años).

Yo en ese tiempo, todavía no tenía nada, así que yo me ponía rellenito, goma espuma, en las caderitas, en los pechos, siempre tuve pelo largo. Agarraba los colchones y lo hacía, agarraba la cuchara lo aplanaba le hacía los pezones (S10, M2F, 47 años).

Yo nací así. Desde mi infancia mi papá me compraba mis pantalones y yo los achicaba. Siempre fui femenina (S10, M2F, 47 años).

Después de las operaciones ya no tuve problemas en la calle. Camino, por ahí uno se da vuelta. Pero no tengo ese problema como antes. Antes de operarme me gritaban... ‘eh puto’. Y ahora voy por la calle y nada, viste. Por ahí lo que me marca a mí es la nuez de Adán (S10, M2F, 47 años).

Toma la decisión de habitar el género femenino de modo permanente cuando se da cuenta que resulta atractiva para los varones. Desde ahí el género mujer recibe significación, en su vertiente heteronormada.

No hace mucho que me animé a vivir las veinticuatro horas... hará ocho años, nueve. Yo ya tenía todo, pero yo siempre me ponía camisa o un jean (S10, M2F, 47 años).

Un día salí con una amiga, con unas babuchas y una musculosa, y fue como Guaau! Los tipos me decían cosas, me piropeaban, dije esto es lo mío. Y ahí chau. Y ahí me sentí liberada (S10, M2F, 47 años).

El Sujeto 11 relata,

Desde que yo tengo memoria siento atracción al mundo femenino, los juegos, todo era envidiar el mundo femenino (S11, M2F, 23 años).

Ya de más grande, a los 17, 18 años, cuando se van reflejando más los caracteres secundarios masculinos se produjo una lucha interna entre lo que sentía y lo que mi cuerpo mostraba (S11, M2F, 23 años).

En la adolescencia intente ser lo que mi cuerpo decía, pero fracasé, una desconexión completa. Mi mamá se daba cuenta de todo, las expectativas que ellos tenían para (menciona su nombre masculino) no van a existir (S11, M2F, 23 años).

A los 20 años me cambié a mujer (aludiendo a la operación de cambio de sexo), en el 2012, fue muy fuerte, reflexioné mucho, perdí mis amistades...quedé al margen de todo, eso me hace muy mal, y no lo puedo borrar, tampoco puedo borrar mi pasado (S11, M2F, 23 años).

A los 18 o 19 años no sabía para dónde iba a patear...hacía un papel, uno se ve y los otros te ven como un chico, yo era ajeno a mi cuerpo (S11, M2F, 23 años).

Mutaciones de la identidad

El Sujeto1 sitúa modificaciones de su identidad en el tiempo.

Cuando era más chico, a los catorce, a los quince, sentía que me rechazaba, que tenía algo malo. No lo hablaba con nadie. Yo creía que estaba mal ser así (S1, F2M, 22 años).

He ido cambiando. Uno se va conociendo. A partir del tiempo me fui definiendo. Me empecé a conocer y aceptar por lo que soy. Lleva mucho tiempo porque también uno se niega o se rechaza, hasta que te aceptas y te querés como sos. O por ahí no entendés que es lo que te pasa, pensás que tenés algo malo, ese tipo de cosas (S1, F2M, 22 años).

453

El relato marca diferentes momentos de su proceso, que va desde el desconocimiento y no saber qué le pasa, el rechazo, y luego la aceptación al poder pensarlo mediante la categoría trans.

Empecé a pensarme como varón trans hace cuatro años, más o menos. Antes tenía cosas o características mías que no las sentía mías o me sentía extraño. Y no sabía bien que era. No tenía idea. También uno cuando es más chico no tiene tanta noción de estas cosas. Y después ya me supe definir (S1, F2M, 22 años).

Es posible situar cómo la adopción de una categoría le permite pensarse. La identidad adoptada a partir de la cual se piensa se precisa a lo largo del relato: *varón trans*. Sitúa cosas y características que le pertenecen (que claramente refieren al cuerpo biológico), y a las que reconoce como propias pero son vivenciadas como algo extraño. El cuerpo se torna algo propio y extraño al mismo tiempo. Antes de la adopción de la categoría a partir de la cual se piensa, todo esto quedaba relegado a una sensación inespecífica que luego resulta ser ordenada y significada. Se observa que el sujeto toma la categoría trans

no como algo a lo que apela circunstancialmente para organizar su experiencia, sino en términos de una categoría que viene a nombrar lo que el sujeto ya era previamente.

El testimonio de un chico trans le permitió identificarse, interesarse y comenzar el tratamiento.

Descubrí qué era ser trans porque vi en un programa de tele a un chico trans. Y ahí me empecé a interesar sobre esto (S1, F2M, 22 años).

El Sujeto 2, nos dice, adopta una masculinidad no hegemónica.

No me gustan mucho las etiquetas. Yo me defino como masculino pero no desde la masculinidad en sí hegemónica, yo soy muy consciente de que me criaron como mujer no es algo que voy a negar o algo que me avergüenza para nada, pero no es algo que elegí tampoco. Digamos que mi género lo fui amoldando, primero sin género en particular, después se fue dando como una inclinación hacia sentirme más perteneciente al género masculino. Me gusta variar, no quiero decir ambas cosas, pero es como que lo unifico en cierta manera, mi género es un poco unificado entre masculino y femenino (S2, F2M, 22 años).

Entiende la vida como un teatro donde existe la posibilidad de ir variando.

Es que la vida es un gran teatro. Está buenísimo estar escribiéndose el libreto o... todo el tiempo ir cambiando ir jugando que sea más un circo... pero no un circo burlón, sino un circo en el sentido bello, por así decirlo, no tan estructurado. Está bueno ir variando y no rechazar nada (S2, F2M, 22 años).

454

Concibe la posibilidad de ser otra cosa. Identidad no auto percibida como clausurada. Posibilidad de generar otras estéticas. Lo estético parece jugar un papel importante como criterio de transición. Le agrada la estética transgresora que le permite a un estereotipo corporal masculino coexistir con algo de lo femenino comprendido en la genitalidad.

Yo en el futuro quizá pueda transicionar para otro lado, o crear otras estética. Voy a seguir transicionando hasta donde me lleve esa misma transición. Yo voy a seguir fluyendo. No me gusta encasillarme con nada. Justamente me gusta romper (S2, F2M, 22 años).

Pensando en la identidad trans a mí me parece interesante como algo que va más allá del binarismo, no lo trans cristalizado como una identidad más (S2, F2M, 22 años).

Quiere ser padre, y no descarta la posibilidad de gestar un hijo. Verdadero desacople entre rol de género y las posibilidades del cuerpo biológico que posee.

Me imagino siendo padre. Me gustaría adoptar. Pero no porque no quiero estar embarazado ni nada, sino porque desde siempre me pareció que la adopción es

darle la oportunidad a una persona Siempre me gustó mucho la idea de adoptar. Podría también gestar pero bueno, de a poco (S2, F2M, 22 años).

El Sujeto 5 relata,

Desde los cuatro, cinco años, ya me ponía la ropa de mamá, me vestía de nena. Creo que es lo que sentí siempre, y el camino era este, ¿qué otro camino era? ¿Disfrazarte? De hecho al comienzo trabajé como transformista mucho tiempo, la manera de sentirme una mujer era arriba de un escenario. Cuando lo decidí totalmente, dije bueno basta, ahora quiero ser la que me gusta ser las veinticuatro horas (S5, M2F, 57 años).

El cambio de nombre es un hito transformacional luego de la operación, tener pechos requiere cambio de nombre. Es claro el intento de imprimir conformidad, no entre sexo y género, sino entre las expresiones de género, las performances y el estereotipo de género femenino.

Pensé en cambiarme el nombre porque es lo que correspondía después de operarme, no pensé en un nombre. Cuando llego al registro civil la jueza me dice: “bueno me alegro y que nombre te vas a poner?” y dije: “Ay, mi mamá siempre quiso un [menciona su nombre anterior]”, “[menciona su nombre anterior pero esta vez con determinante de género femenino] les va a ser más fácil a mucha gente, para mis clientas el cambio no va a ser tan fuerte, no se van a confundir, quizá no es acorde con la edad, cincuenta y siete años “[menciona su nombre anterior pero esta vez con determinante de género femenino] no había a esa edad, sería Marta, Susana, pero bueno no importa y dije “[menciona su nombre anterior pero esta vez con determinante de género femenino, como el elegido] (S5, M2F, 57 años).

455

La disconformidad con el cuerpo en el caso del Sujeto 8 comenzó hace tres años,

Hace tres años más o menos estaba en la playa y me di cuenta de que no podía estar en corpiño porque me daba vergüenza y ahí me empecé a sentir incomoda, y hace más o menos un año empecé a estar mal enserio. Empecé a ver por internet si existía esa operación y existía entonces me puse muy feliz pero no quise averiguar más, por si no podían hacérmela a mí, o sea no quería saberlo todavía. Y conocí a una chica por internet que se hizo la operación. Y todas las cosas que me dijo, como que me dio más fuerza. Saber que estaba la operación y que podía cambiar, y siento que me haría muy feliz (S8, Bio-mujer, 22 años).

Puede localizarse una transformación en el modo en que se auto-percibe a partir de este momento. Si antes de concebía como mujer, ahora, que no quiere tener pechos, ahora menciona “Estoy como en el medio” (S8, Bio-mujer, 22 años), aludiendo a las categorías varón y mujer.

El Sujeto 9 relata la asunción de otra identidad de género durante un período de su vida,

No siempre fui varón. A los veintiuno empecé a vestirme de mujer, viendo como me sentía. Fue de la noche a la mañana. Un día me levanté, me compré una

peluca, me maquillé, me puse un vestidito y salí a calle doce... En ese momento ya empezaba a pensarme como mujer (S9, Varón, 28 años).

Me llamaba Erica. Si me nombraban con mi nombre verdadero, me ponía como loco, no quería saber nada (S9, Varón, 28 años).

En principio me transvestía, varón de día y de noche me vestía de mujer, cuando iba a bailar. Estuve así casi un año, después dejé la ropa de varón de un lado, regalé todo. Y empecé a comprarme toda ropa de mujer (S9, Varón, 28 años).

Mi cambio hacia varón nuevamente también fue muy rápido. Llegué a tener mi pelo largo natural, y de la noche a la mañana decidí, no basta. Me levanté, me vestí de varón, con el pelo largo me hice una colita, fui a peluquería y a la peluquera... Lo recuerdo tal cual, llegué y le digo “vengo a cortarme el pelo” “vamos a cortarlo cortito” (S9, Varón, 28 años).

El Sujeto 10 da cuenta de transformaciones identitarias en su proceso *trans*. Menciona,

Yo mi pasado no lo niego, ni tampoco que soy gay. A todos lados donde voy saben que soy gay, fui lesbiana, fui todo, entendés a esta altura, estuve en pareja con un chico y una chica a la vez. Y ellos eran novios pero... me agregaron... estuvimos dos años así (S10, M2F, 47 años).

Tuve muchos nombres. Me llamé Celeste, me llamé Adriana, y después me puse “[menciona su nombre actual] por “[nombra una reconocida actriz argentina]. Aunque en mi casa no me llaman así, en casa me dicen flaca, para mi familia soy La Flaca, para mis sobrinos soy La Tía Flaca. Aunque mis sobrinos saben toda la historia. Desde la más chiquitita a la más grande, saben lo que yo soy y me aman tal cual (S10, M2F, 47 años).

CUERPO

Cuerpo maleable

Los sentidos en torno al cuerpo presentes en el Sujeto 1 refieren a él como un objeto que lo acompaña desde su nacimiento. Una configuración dada, pero que es posible modificar, mediante intervenciones. Refiere a la posibilidad de modificar el cuerpo en términos de modelar un objeto ajeno, casi a modo de reemplazo.

Yo nací con cuerpo femenino, y estoy haciendo un tratamiento para asignarme un cuerpo masculino (S1, F2M, 22 años).

Desde aquí es posible asignarse un nuevo cuerpo mediante intervenciones que involucran la materialidad maleable del cuerpo.

Señala que la adopción de la categoría trans marcó un punto de fractura. Es ahí cuando puede aportar inteligibilidad, retroactivamente, a sus sensaciones corporales. Ser trans no es simplemente, en este caso, un modo de autodenominarse, sino que tal categoría implica, en su definición, la posibilidad de intervenir el cuerpo y adecuarlo. Pudo colocar una categoría a su experiencia, categoría que implica, en este caso, la intervención del cuerpo. La categoría *trans* constituye una salida de compromiso que le permite explicar lo que las categorías varón y mujer, diseminadas en la cultura mediante los marcos normativos hegemónicos que participan en la conformación subjetiva, no pueden. Las categorías existentes, en otras palabras, que anudan naturalmente cuerpo (vivido, sentido) con la identidad de género, como esa convicción de pertenecer a un género u otro) no alcanzan para explicar en términos no conflictivos su experiencia.

Supe lo que era ser Trans hace cuatro años más o menos. La verdad es que antes no tenía idea de que uno podía adecuar su cuerpo a como uno se sentía (S1, F2M, 22 años).

El cuerpo también se figura aquí como algo que contiene otra cosa: *el alma*. El cuerpo se puede transformar, modelar. Es reconocido como importante, pero es algo que se puede cambiar si el alma no se asienta allí con comodidad. Entonces el cuerpo es un objeto importante, del cual uno decide que hacer a partir de lo más importante: *el alma*.

El cuerpo es un envase. Para mí es algo que se puede moldear y transformar. Lo importante de uno es el alma. Más allá de lo que puedan decir. El cuerpo es algo... qué sé yo... es importante pero uno puede cambiarlo si no se siente cómodo con él (S1, F2M, 22 años).

El Sujeto 2 remarca la intersexualidad genital a la que llega debido a la hormonación. Su propósito no es reasignarse el sexo masculino. Está conforme con su genitalidad femenina intersexuada, es decir transformada por las hormonas. No está dispuesto a intervenir sus genitales quirúrgicamente. Su tránsito no es hacia la identidad de género opuesta y complementaria sino hacia una hibridación entre componentes asociados a ambos géneros (expresiones y roles de género ligados a lo masculino, por una lado, y genitalidad femenina, por otro lado).

Yo no transiciono a ser totalmente masculino-hombre, sino que transiciono hacia una masculinidad intersex. Así como hay hombres, mujeres, también intersex. Por ejemplo a nosotros los hombres trans nos pasa que con la hormonación tenemos como una hipertrofia en el clítoris, entonces es como tener un pene pequeño. Entonces en ese sentido llegamos como a un punto intersexual, mi idea es conservar esa genitalidad intersexual (S2, F2M, 22 años).

Por otra parte pone límites a la maleabilidad del cuerpo. Prioriza el cuerpo ante las demandas sociales al concebir un cuerpo biológico con sus ritmos a respetar.

El cuerpo es el que manda nuestra salud, por así decirlo. Física y mental, yo creo que el cuerpo hay que ir respetándolo, dañándolo lo menos posible, darle su tiempo en la transición. Tanto en la hormonación como en las operaciones, tenerle mucha paciencia, porque el cuerpo siempre va diciendo cuando algo le parece agresivo, cuando algo necesita que vaya siendo de a poco. No hay que acelerar las cosas por presión social. Hay que tenerle paciencia (S2, F2M, 22 años).

458

Por su parte el Sujeto 4 no se ha realizado intervenciones quirúrgicas en el cuerpo como parte de su transición.

La única operación que tengo es la nariz. Por un golpe que recibí cuando era chica jugando (S4, M2F, 36 años).

Menciona su camino hacia la feminización es sin cirugías.

En mi camino hacia la feminización no recurrí a las cirugías. Primero por miedo, y la otra porque económicamente no somos una familia que podemos y creo que mis viejos no bancarían algo así (S4, M2F, 36 años).

No quiere agregarse nada, sino cuidar lo que ya tiene. No quiere quedar impostada, no quiere ser una caricatura. Apela a una feminización más natural como vía hacia una feminidad no caricaturizada. Ella se construye cuidándose la piel, la dentadura, las uñas el pelo. Apela a la idea de *Naturalidad* que refiere a no intervenir su cuerpo, especialmente a no agregar algo externo al cuerpo.

Financiado con mi trabajo me operaría. No ahora porque para mí es primordial cuidar lo que yo tengo, el pelo, las uñas, ahora lo que más voy a hacer es

arreglarme la boca con ortodoncia, cuidarme la piel. Cuidar lo que ya tengo, no agregarme. No voy a agregar más nada porque me parece que mientras más natural es la feminización que vas teniendo es más real, sino quedas como impostada, eso es lo que yo no quería, yo no quería una caricatura, no me quiero ver como un dibujo (S4, M2F, 36 años).

Su claro rechazo a lo artificial y a agregarse agentes externos la conduce a un deseo paradójico de intervenciones naturales que la lleva a rechazar lo artificial (ligadas a lo caricaturización).

Si yo supiera que hay una cirugía que es más natural, me la haría. Por ejemplo, el busto te lo hacen con tu grasa corporal, hacen un pinzamiento y la llenan con grasa. O sea hacer una modelación corporal, si. No me gusta el relleno, me da mucho miedo tener un cuerpo extraño ahí. Sí estoy de acuerdo, por ejemplo con la cirugía de reasignación facial, te llevan el cráneo y las proporciones a los de una mujer, porque hay una diferencia entre un rostro femenino y un rostro masculino, pero hay rostros que están entre medio (S4, M2F, 36 años).

Lo trans requiere intervenir el cuerpo, aunque más no sea depilarse, dejarse el pelo largo. Lo cultural y los estereotipos de género se encuentran sin dudas presentes en, al menos en esta concepción de, lo *trans*.

Son pocos los casos de trans que no intervienen el cuerpo, que sólo dicen soy trans. No dejarte largo el pelo, no depilarte, es como raro (S4, M2F, 36 años).

459

El Sujeto 5 siempre quiso ser mujer. Sigue este camino, porque operarse no fue una opción en su juventud, no estaba la operación en el país.

Siempre quise ser mujer. Y opté por este camino, el otro camino sería haberme operado, pero en aquel momento no existía la operación casi, existía en Chile o en Marruecos. Era más chica y nunca se me cruzó por la cabeza me voy a operar, nunca (S5, M2F, 57 años).

El Sujeto 6 se ha realizado únicamente la cirugía de implante mamario. Se ha hecho implantes en tres oportunidades. No planifica ninguna otra cirugía.

El implante me lo hice a los dieciséis años y me cambié a los veintinueve, y después me volví a cambiar a los treinta y tres y ahí quedaron. Y ya quedarán ahí (S6, M2F, 47 años).

El Sujeto 8 concibe al cuerpo como algo que nos permite estar bien. Esta postura justifica las intervenciones en la búsqueda de ese bienestar.

El cuerpo es algo que usamos para estar y estar bien. No me molesta que la gente se opere para estar bien, sea la operación que sea, o que cambie algo para estar bien. Porque pienso que es un objetivo válido. No sé, a la mayoría de las

personas le gusta estar bien. Y bueh pienso que está bien hacer cosas para conseguirlo (S8, Mujer, 22 años).

Mi familia está de acuerdo con esto. Mi mamá me dijo... con mi papá no tengo relación. Con mi mamá sí, vivo con ella. Me dijo que sí, que nos pongamos en campaña y que si ella tenía que firmar, firmaba. Le pregunté qué pensaba porque me dio curiosidad. Y no sabía porque me lo quería hacer, y me dijo que ella se quería operar las tetas también, pero ella se quería poner. Le dije mamá es lo mismo pero yo me las quiero sacar. Lo entendió. Me dijo, 'bueno está bien'. No le molesta, por suerte (S8, Mujer, 22 años).

El sujeto 10 enfatiza *cuando me miraba al espejo no me hallaba (S10, M2F, 47 años)*. Lo que le impone la necesidad de cambiar. Es así que en primer lugar recurre a prótesis externas, *“me ponía rellenito, goma espuma, en las caderitas, en los pechos, siempre igual tenía pelo largo. Agarraba los colchones y lo hacía, agarraba la cuchara lo aplanaba le hacía los pezones” (S10, M2F, 47 años)*. Luego a las hormonas y a las cirugías.

Los tratamientos hormonales los empecé de chica, a los dieciocho. Después dejaba (S10, M2F, 47 años).

Para una trans es importante, la silicona, las hormonas, la ropa. Te vas y te compras una ropa y te queda bien ¿entendés? Antes me ponía un jean de mujer y tenía la cola chata (S10, M2F, 47 años).

460

No le tengo miedo a las operaciones. Y mirá que me hice cosas en el cuerpo eh! Tengo siliconas de avión, como se le llama... Unas amigas mías de Capital un día me dicen '¿querés que te pongamos?' Y yo agarre y dije 'dale'. Fui un laboratorio que hay silicona de tres cincuenta, que ellos te la esterilizan todo, que se yo... en ese tiempo pedía y te daban litros, por litros te vendían la silicona. Y eso va subcutáneo, te la inyectan. Te anestesian un poco. Es un dolor... (S10, M2F, 47 años).

Tengo hecho los pechos, tengo hecho la cola y tengo hechas las piernas. Lo que más me dolió, que no lo recomiendo fueron las piernas, es lo que más dolió, es como un parto. Yo me agarraba así de la cama y gritaba como una loca (S10, M2F, 47 años).

Gracias a las operaciones pude usar minifalda con unas piernas largas y parejas. Viste que nosotros los hombres tenemos una forma especial en las piernas, entonces no viste yo dije “yo quiero rellenármela”, y bueno, nada y agarré y un día y lo hice (S10, M2F, 47 años).

Lo primero que me hice fue la cola, después agarre y me puse los pechos, hice una sesión primero y después a los dos años me hice otra. La primera lloraba del miedo, se me había inflamado todo... me había llevado una de esas camperas vaqueras de hombre. Y no me cerraba. A la semana... toda deshinchada, desinflada. Me habían quedado, tetitas de nena de quince. A no tener nada algo

era. Y después le dije que me iba a ser de nuevo y después me hice mucho (S10, M2F, 47 años).

Ahora estoy tranqui, pero más adelante, cuando mis cosas estén mejor voy a seguir. No estoy conforme con mi cuerpo (S10, M2F, 47 años).

Interesa destacar que las modificaciones corporales dan cuenta de que la parodia o la puesta *performance* del otro género involucra lo corporal en su materialidad.

El sujeto 11 se ha reasignado el sexo.

Me hice cirugías de feminización facial, nariz, frente, implantes mamarios, operación de genitales... las hormonas influyen mucho en todo, es un proceso, aparte de físico, sentimental (S11, M2F, 23 años).

Cuerpo ajeno

Pueden observarse en el Sujeto 1 cierta percepción del cuerpo como ajeno. Bajo la forma de malestares, irrumpen en un momento determinado del desarrollo, luego de la pubertad. No tiene que ver con la toma de conocimiento de la diferencia sexual anatómica. En este sentido el cuerpo es una fuente de conflicto intolerable que parece permanecer independiente de la mirada de los otros. Son estos fenómenos que aparecen desde el cuerpo vivido, o sentido, los que están en la base de la toma de decisión para comenzar el tratamiento.

Tomé la decisión hace dos años más o menos [de comenzar el tratamiento], porque siento incomodidades con el cuerpo, malestares que tienen que ver con el aspecto. Con partes del cuerpo. Te sentís distinto a como sos en el cuerpo biológico (S1, F2M, 22 años).

Las incomodidades y malestares que provienen de este cuerpo ajeno no sólo refieren al cuerpo sentido, sino a su imagen focalizada en partes específicas. La imagen que marca un afluyente de la ajenidad del cuerpo refiere a aspectos parciales. Paradójicamente, a pesar de que el relato localiza al cuerpo biológico como un objeto ajeno a todo correlato con la esencia del *ser* ligada al *alma*, al mismo tiempo localiza parte de su *ser* en ese cuerpo. Vemos la inevitabilidad de lidiar con el incardinamiento, algo de su *ser* pasa por ahí, de allí la necesidad de intervenirlo. Se trata de tener un cuerpo no susceptible de ser desposeído. Ese *ser* en el cuerpo parece referir al fragmento vivenciado y al cuerpo visto que se vuelven fuente de incomodidad y malestar que contrasta con un sentir no corporal.

Al Sujeto 2 nunca le agradó tener pechos. Tampoco le agradaban estéticamente.

Los senos sí eran algo que me molestaba mucho. Cuando era chico y no tenía senos recuerdo esa sensación de sentirme más cómodo. O sea, nunca me gustaron. Sea parte de ser una femineidad o no, los senos me parecieron algo molestos (S2, F2M, 22 años).

El Sujeto 4 refiere a que su genitalidad la ha incomodado en ciertas situaciones. Siente que oculta algo y desea no tenerlo. Es algo que le demanda mucha atención al tratar de esconderlo continuamente.

En aspectos muy íntimos y personales he pasado situaciones con la genitalidad en que me he sentido incomoda. Teniendo esa genitalidad es como que estás ocultado una parte. Muchas veces deseo que no esté, me incomoda. Yo tengo recuerdos de cuando era más chica, de apretar esa zona, esconderla. Tu parte emocional se conmueve cuando ves lo genital, o sea vos sentís una cosa, y cuando tenés genitales con los que no te construís acorde se genera una discordancia entre esto que te pasa en la cabeza y esto que vos ves. Pero yo en lo personal, noto que me pasa un montón de veces, y quizá si yo lo tengo que medir a lo largo del tiempo, me pasó muchas veces más. Como que va en aumento, me molesta, me incomoda, me hace pensar, no me puedo relajar que... no sé... me puedo desmayar y eso está ahí. Es una parte íntima de tu cuerpo, ¿no? Yo noto que es una parte que no está aceptada, no está aceptada desde lo corporal. Entonces yo la veo como una discordancia que me hace ruido. Y yo lo pensé por si era una cuestión del entorno, del que dirán, y ya me parece que escapa al entorno (S4, M2F, 36 años).

462

El Sujeto 8 menciona el rechazo de una parte de su cuerpo. A pesar de eso, el proyecto de operarse no conmueve su identidad de género *Mujer* a tal punto de concebirse como un sujeto en transición. No le interesa modificar su sexo, si quitar sus pechos.

Quiero tener el pecho como un hombre. Porque estaría más cómoda. Mucho más fuerte. Sufro mucho tener tetas (S8, Mujer, 22 años).

Me gustaría por ejemplo andar en la playa así como un varón. La operación que me quiero hacer tiene que ver con una cuestión de comodidad y que no me gusta verme con tetas (S8, Mujer, 22 años).

Estoy averiguando ahora para poder ver a donde me la puedo hacer y eso (S8, Mujer, 22 años).

El Sujeto 10 menciona

Yo siempre le decía a mi mamá, que me faltaba algo, que cuando me miraba al espejo no me hallaba. Algo me faltaba (S10, M2F, 47 años).

IDENTIDAD Y CUERPO

No conformidad de género: colisión de sentidos hegemónicos

Resulta claro el modo en que las auto-percepciones de los sujetos *no conformes al género* respecto a su identidad y a su cuerpo permiten observar algunas colisiones de sentidos, que circulan de modo hegemónico, en el modo en que los sujetos se auto-perciben en función del género.

Alma masculina/Cuerpo femenino

El Sujeto 1, antes de catalogarse como *trans*, se sentía como varón, nunca como mujer. A tal punto que su cuerpo femenino le resulta ajeno. Tal sentimiento permanece y lo *trans*, más que una identidad, parece ser un proceso transitorio y necesario para el logro de la masculinidad. Este proceso, sin embargo, es siempre fallido debido a su advertencia de que algo de su *ser* se anuda a un cuerpo entendido implícitamente como esencialmente femenino. Si bien el logro de ser varón supone transformar el cuerpo, las intervenciones realizadas no son capaces de conmover las esencias. Es evidente aquí que algo del cuerpo cuenta en el género, pues actualmente no se denomina como varón, sino como *trans*. Esta configuración actual donde algo de su cuerpo le impide denominarse y pensarse como varón, denuncia una franca pugna entre el sentimiento esencial de *ser* en el alma, por un lado, y el cuerpo, por otro. En la definición de ser varón y mujer ambos elementos parecen ser entendidos en términos esencialistas: el cuerpo, por un lado se puede amoldar pero por otro retiene su ser mujer, lo que le impide ser varón en un cuerpo que presenta elementos discordantes.

Mi conflicto era que sentía que mi cuerpo no era mío. Me sentía varón (S1, F2M, 22 años).

Su idea explícita refiere a que su *ser* no depende del cuerpo biológico. Constituye una esencia que se trae desde el nacimiento y es, luego, redescubierta. Lo que realmente importa parece ser la esencia, ahí se localiza el sí mismo.

Lo que soy no depende de mi cuerpo. Se nace así. Uno lo redescubre. Uno nace para ser uno mismo (S1, F2M, 22 años).

Queda clara la disrupción en relación con el cuerpo biológico

Como mujer nunca me pensé. Cuando me llaman por el nombre de nacimiento no me representa. Duele. Se siente como algo chocante (S1, F2M, 22 años).

El Sujeto 1 parece localizar la definición de su género en su *sentir subjetivo*.

No me importa cómo me identifique la gente. Yo me siento varón. Obviamente soy varón, sea trans o no trans (S1, F2M, 22 años).

A pesar de que aquí se define como varón, el carácter trans que admite no va a contrapelo de su auto-percepción como varón. El cuerpo, entonces, adquiere un lugar secundario en la definición de género puesto que a pesar de su genitalidad se auto-percibe como varón, por tanto sugiere una dimensión, implícita en su relato –una convicción subjetiva interna que bien podríamos llamar identidad–, para anclar tal *ser varón*.

Por otra parte, aparece una distinción que recupera el peso que tiene una idea de cuerpo, implícita también, en la que alberga la verdad del sexo.

Me siento varón pero mi identidad pasa por lo trans porque trans significa transición. Que quiere decir que uno vuelve a ser, o se reasigna lo que es, digamos. A través de un proceso te adecuan tu cuerpo a lo que sos. En un equilibrio. En algún momento voy a dejar de ser trans para ser varón (S1, F2M, 22 años).

464

Si antes no dudó en afirmar su *ser varón*, ahora parece operar una fluctuación del sitio donde se inscribe el *ser generizado*. Si antes fue la identidad la que soportó el *ser varón*, ahora, allí, adviene el cuerpo. Ahora, la diferencia entre llegar a ser varón en el futuro y serlo actualmente está marcada por la cirugía de reasignación de sexo. Entonces el cuerpo captura esencialmente el ser mujer presente en la biología de su cuerpo y, desde allí, opera implícitamente como obstáculo para al auto-denominación en términos de *ser varón* –señala que si bien se siente varón, si identidad pasa por lo trans. El cuerpo opera, entonces, como fundamento esencializado del género y, al mismo tiempo, coexiste una visión del cuerpo que admite la posibilidad de ser adecuado o modelado. Algo esencial del cuerpo continúa operando, en su auto-percepción, en niveles implícitos. Pero, al mismo tiempo, otra concepción del cuerpo también permanece presente cuando se deposita en él la posibilidad de ser varón una vez intervenido quirúrgicamente. Es así que su relato da cuenta de la fluctuación de elementos que participan en su auto-percepción.

El cuerpo asume un lugar confuso. Si en algún momento, tal como deja deslizar, dejará de *ser trans* para *ser varón*, modificando su cuerpo, y si, tal como afirma inicialmente,

ya es varón, entonces la transición que plantea lo conduce hacia lo que ya es. Frase paradójica en que se reasigna en lo corporal lo que ya se es en un ámbito más allá del cuerpo. Sin embargo, algo del ser pasa por el cuerpo, puesto que se torna necesaria la intervención del cuerpo. La expresión que refiere a que en algún momento dejará de ser trans para ser varón parece introducir otra versión del cuerpo. Una construcciónista, en la que es posible llegar al ser varón modificando el cuerpo.

Estos relatos coexistentes dan cuenta de la participación tanto de la identidad como del cuerpo a la hora de reclamar asiento para el ser generizado del sujeto.

Masculinidad trans, sin pene

El Sujeto 2 se propone conservar su cuerpo sin reasignación de sexo, quitándole a la vagina la potencialidad de determinar el *ser mujer*. La genitalidad no se liga desde su punto de vista a *ser varón* o *mujer*. Se piensa como varón, un varón en cuya masculinidad la vagina no genera interferencia.

Me siento bien así, porque no le estoy correspondiendo digamos a ni a un encasillamiento ni al otro. Digamos no dejo de tener mi cuerpo no dejo de ver a... no estoy encasillando mi cuerpo porque el hecho de tener vagina no es hecho de ser mujer, no es icono de ser mujer sino que es una parte de mi construcción (S2, F2M, 22 años).

465

No toma al cuerpo como un referente o dato natural previo al cual debe adaptarse. Sino, más bien, como un proceso ligado a su construcción identitaria. A diferencia del Sujeto 1, no cree en la radicalidad de las intervenciones médico-quirúrgicas a la hora de reemplazar o construir un nuevo cuerpo allí donde otro estaba.

El cuerpo se va construyendo. No creo que el cuerpo sea un envase, para nada, no creo que a las personas trans les cambien de un envase de Coca-Cola a uno de Pepsi, por así decirlo. Yo creo que el cuerpo es tan importante, como el alma, como la mente, como parte de la construcción identitaria justamente. Y me parece que hay que respetar el cuerpo también (S2, F2M, 22 años).

Su genitalidad no parece generarle contradicciones con la estética físico-culturista de su cuerpo.

A mí la genitalidad no es algo que, digamos, que me acompleje. En ese sentido, no tengo problema. Si a la persona con la que voy a tener sexo no le gusta, es su problema no el mío (S2, F2M, 22 años).

Sin embargo, tal como se observa, por momentos, los genitales cuentan y, a pesar de su aspecto masculino, él no excluye lo femenino.

Por ahí lo mío puede ser una feminidad de lo masculino, pero sigue siendo una feminidad. Igualmente yo no me sentía muy bien tomando el rol de mujer en concreto (S2, F2M, 22 años).

También menciona,

La necesidad que tengo de intervenir mi cuerpo es algo un poco contradictorio. Porque yo hablo de feminidad pero sin embargo el aspecto femenino externo es un poco chocante para mí y yo supongo que es por un rechazo de que justamente no quiero que la sociedad me trate así porque... Lo externo es como un espejo de lo interno y es el espejo que corresponde al entorno, siempre. Es para uno también, pero inevitablemente también es para el entorno, eso no creo que haya que negarlo, porque vivimos en sociedad, es así ¿no? Y no es que quiera responder con un estereotipo ni nada pero me parece más atractivo verme así (S2, F2M, 22 años).

Más allá de las intervenciones en su cuerpo, él sostiene que sigue siendo femenino. Hay algo del *ser* inscripto en el sexo corporal, implícitamente entendido en términos esencialistas, que no logra ser tocado o modificado a través de las intervenciones. La masculinidad es algo que su cuerpo refleja, un efecto óptico, no algo que *es*. Este interjuego entre exponer algo que no se *es* irrumpe como estrategia para romper estereotipos. Si bien es claro el modo en que las categorías hegemónicas de género juegan en su posicionamiento que se pretende subversivo, más allá del binarismo, es posible detectar un aspecto agencial en el modo en que coexisten sus genitales femeninos con su feminidad no rechazada. Una coexistencia que contradice los términos del ordenamiento de género y no es subsidiario a las exigencias de conformidad de género hegemónico.

A pesar de las transformaciones y las intervenciones de mi cuerpo, yo creo que hay algo femenino aún en mi cuerpo. No es que mi cuerpo sea femenino. Pero también me interesa mucho esto de que por ahí me veo masculino y de repente romper con esa masculinidad en mi cuerpo propio. Romper con ese estereotipo (S2, F2M, 22 años).

Sin embargo, a pesar de su disposición a incorporar de manera subversiva aquello femenino de su cuerpo, llama la atención su preocupación por reproducir un estereotipo de masculinidad desde la estética de su cuerpo. Utiliza anabólicos para incrementar la masa muscular ya que quiere ser físico-culturista: exacerbación de la estética masculina si la hay.

Mi meta es llegar a ser, culturista pero natural. Sin anabólico ni esteroides. Igual lo que uso son anabólicos (S2, F2M, 22 años).

Las consecuencias de la cirugía es un obstáculo para mi objetivo de ser fisiculturista, porque tendría que usar una prótesis, para usar una prótesis tengo que esperar a que mi musculo crezca al cien por ciento, digamos porque hay un ente genético en que el musculo no crece más y también es complicado hacer tal ejercicio con una prótesis, es complicado, que se yo (S2, F2M, 22 años).

Sus exigencias estéticas son tales que no se encuentra conforme con los resultados de la mastectomía. La importancia para el Sujeto 2 de reflejar un aspecto masculino extremo es notable.

Parodiar para quitarse el disfraz

El Sujeto 3 apela a la idea de disfraz y, así, arroja un sentido interesante en torno a las vinculaciones entre identidad y cuerpo. En su adolescencia, cuando usaba vestimenta socialmente acorde a su sexo anatómico, se sentía disfrazada. A partir de su sentir subjetivo vivía aquello socialmente esperable como un disfraz. Así, re-escenifica la idea de conformidad, desviando al cuerpo como patrón de la conformidad, hacia el género sentido subjetivamente.

Muchas personas trans no siempre vivimos acorde a lo que sentimos, y cuando empezamos a pasar por la transición, muchos interpretan como que nosotros nos disfrazamos para salir a la vida, y ahora que lo pienso antes, a pesar de que mi género era ser femenina me disfrazaba de varón para salir. Mi adolescencia era como un disfraz, yo me disfrazaba. Cuando iba a un boliche o una salida social salía y tenía que ponerme una camisa de hombre. Era un disfraz (S3, M2F, 32 años).

Al auto-percibirse como mujer no considera la vestimenta femenina como un disfraz. Por otra parte, *ser mujer* es lo que ella quiere para sí, entonces, *ser mujer* aparece como algo que fluctúa entre lo que ya se es (identidad) y como algo que se busca (cuerpo). Ninguna de las dos alcanza en sí misma para dar cuenta de la feminidad adoptada, en ese sentido la categoría *mujer trans* es una solución de compromiso, donde el adjetivo *trans* anuda el tránsito corporal hacia *ser mujer* –porque, aquí, algo del *ser mujer* pasa por el cuerpo– con la mujer que ya *es* –a nivel de la identidad vivida o del género subjetivo: *me siento, siempre me sentí*. Algo del cuerpo biológico, entonces, continúa operando. La categoría *trans*, justamente, da cuenta de la importancia del cuerpo en la figuración social del género.

No me considero travesti. Ahora no. Travestirse quiere decir disfrazarse del sexo opuesto a tu sexo asignado al nacer. Es un disfraz, la travesti es un disfraz y yo no considero estar disfrazada. Es la manera que yo elegí de vivir. Siendo una mujer no veo que sea un disfraz, antes si me sentía como un travesti, porque me disfrazaba de varón y no era lo que soy (S3, M2F, 32 años).

También apela a la idea de transformación a nivel del cuerpo. Varía en cada quien cuales son las intervenciones que *con-forman* a la hora de expresar el género subjetivo.

Trans tiene que ver con una transformación. Y yo creo que pasa por una opinión de cada uno. De cómo quiere llegar a verse o no. Por ahí una con el pelo largo ya se conforma, y otra quisiera no tener un par de tetas no se... Eso es personal (S3, M2F, 32 años).

Se observa la importancia de las intervenciones en el cuerpo, pues en este caso aportan seguridad ante las opiniones de los otros.

Las operaciones son importantes para mí. Me veo más segura conmigo misma. Con mi manera de expresarme. Por ahí hablás con otra persona y está segura de su cuerpo tal cual como es, yo no (S3, M2F, 32 años).

Las intervenciones en el cuerpo se tornan necesarias cuando vestirse con ropa de mujer ya no alcanza para *con-formar* el género subjetivo. Irrumpe una necesidad de modelar el cuerpo con curvas y caderas.

Empecé a vestirme como mujer, digamos. Y después eso no alcanza, una siempre quiere más. Yo vi que me ponía ropa de mujer y no me quedaba bien entonces quería más. Lo que a mí siempre me gustó... yo siempre quise tener mucha cadera, tener curvas digamos (S3, M2F, 32 años).

La importancia que adquieren las transformaciones en el cuerpo no abarca a los órganos genitales.

Tener pene no me hace sentir menos mujer. No voy por la vida, por la calle mostrando si tengo pene o vagina. No va a variar, si tengo una vagina, sigo siendo una transexual, digamos. Igual me van a mirar, igual me van a señalar, o sea no me modifica en mi vida social tener una vagina o tener un pene (S3, M2F, 32 años).

El pene no contradice el hecho de *sentirse mujer*. La importancia está en lo que se muestra socialmente, no en los genitales. Al destacar que el hecho de construirse una vagina no cambiaría su condición de transexual supone que las intervenciones no la hacen *ser* una mujer. Al entender esto ella sabe que intervenir sus genitales no la acerca a lo imposible, al límite que le impone la esencia masculina de su cuerpo. Incluso menciona que tener pene no la *hace sentir* menos mujer. Si contraponemos *ser* y *sentir*, la dimensión del *ser* parece estar involucrada con el cuerpo y el *sentir* al ámbito identitario. El pene no afecta el sentimiento propio del género subjetivo, pero sí limita el *ser mujer* pleno, coherente y natural. Ante lo esencial del cuerpo se antepone la fachada, lo estético, aspecto que sí interviene como relevante ante la miradas de los otros.

En este contexto no opta por reasignarse el sexo. La decisión refiere en parte al desempeño sexual. La posibilidad de quitar los genitales, aunque más no sea para llevar una fachada hasta sus últimas consecuencias, es contrarrestada por su utilización sexual.

Por ahora no me haría la operación de reasignación de sexo. Estoy bien con mi cuerpo, digamos. Igual también tiene que ver con un desempeño sexual o una elección sexual (S3, M2F, 32 años).

El Sujeto 3 por un lado afirma,

Siempre fui mujer nada más que... el... tener operaciones o no es distinto. Yo me siento mujer por más que tenga o no tenga un par de tetas, soy una mujer y hay que respetar lo que uno siente (S3, M2F, 32 años).

En el mismo sentido afirma que el cuerpo en un envase, diferente a lo que se es por dentro.

El cuerpo es como un envase, digamos. Más allá de lo que uno piense o sienta puedes ser mujer, hombre, trans, lo que sea. Lo que importa más es lo que uno es por dentro, el cuerpo lo veo yo como un envase (S3, M2F, 32 años).

Sin embargo, declara que le hubiese gustado ser una mujer biológica, nacer con cuerpo de mujer.

Viéndolo de otra parte biológica me hubiese gustado nacer con cuerpo de mujer. Por ahí las mujeres sufren mucho de “menstruaciones” y esas cosas, pero sí me hubiese gustado tener cuerpo de mujer, sí (S3, M2F, 32 años).

469

Claramente existe una dimensión corpórea anhelada a la que no es posible llegar mediante cirugías y tratamientos hormonales. Algo donde se deposita el *ser mujer*, más allá de la interioridad a la que ella apela para definirse como tal.

Este caso expone un interjuego conflictivo entre planos que se alternan a la hora de priorizar la identidad de género: el *sentir* subjetivo, por un lado, y el cuerpo biológico con su sexo esencial que sólo deja lugar a refigurar una posible feminidad bajo el mote de lo trans.

Un anhelo de autenticidad

El Sujeto 4 también rechaza la denominación *travesti*. Destaca que su identidad no se reduce a una cuestión de vestimenta o ropa. Desde su punto de vista, una persona que interviene su cuerpo con cirugías y hormonas no puede ser considerada travesti. No es un disfraz, la persona tiene que sentir la necesidad de vivir en el otro género.

Nunca me denominé como travesti. No me gusta. Si buscas en un diccionario, travesti tiene que ver con personas que se visten con ropa del sexo opuesto. Una

persona no está conformada solamente por la ropa. Que una persona se vista de mujer no cambia su orientación sexual o su identidad de género, solamente es una persona que se vistió de mujer. Entonces una persona que se auto percibe de otra manera, y que por eso que hace cambios físicos desde lo hormonal, desde cirugías totales o parciales no puede ser considerado travesti. Porque la persona tiene que sentir que su identidad pertenece al otro género, no solamente como un disfraz (S4, M2F, 36 años).

Aquí la identidad reclama un cambio en el cuerpo más allá de la vestimenta para lograr una *con-formidad* entre el género expresado y el género subjetivo. En su caso, señala, la confunden con una mujer. Es posible apreciar la satisfacción que acompaña sus relatos de situaciones en que la tratan como a una mujer, de ser identificada socialmente como mujer.

A veces me confunden con una mujer (S4, M2F, 36 años).

Cuando me tratan como una mujer, que me identifican como una mujer biológica, decís voy bastante bien, están funcionando las hormonas, no estoy tan hecha pelota. Que me digan señora por ejemplo, antes pensaba 'estoy re vieja', ahora digo que bueno que me digan señora, de ultima (S4, M2F, 36 años).

Me paso de gente que se quedó descolocada en una clase cuando se enteraron, no entendían, no entendían nada y tuve que explicarles a mis compañeros y a la profesora, me sorprendió a mí porque para mí se nota. Me pasó con mis compañeras de trabajo también (S4, M2F, 36 años).

470

El cuerpo adquiere un papel principal como sitio donde se externaliza la identidad. Su concepción refiere a la necesidad de intervenir el cuerpo para que éste refleje, lo más auténticamente posible, la identidad.

El cuerpo para mí va acompañado de esa construcción de la identidad. Nuestra biología nos puede jugar en contra de nuestros deseos, y lo que tratamos de hacer es, con herramientas, cambiarla para tener el cuerpo acorde a la identidad. El cuerpo juega un papel principal porque es lo que materializa lo que vos tenés dentro, lo externalizas desde ahí (S4, M2F, 36 años).

Identidad y cuerpo se ligan bajo el imperativo de autenticidad. Entonces, si se asume una identidad de género es necesario intervenir el cuerpo. Aunque no es necesario modificar el cuerpo para ser trans.

La identidad y el cuerpo para mí van de la mano. Para mí va de la mano. Si asumís una identidad de género algo con el cuerpo hay que hacer (S4, M2F, 36 años).

Le gustaría haber nacido como mujer para experimentar lo que es estar embarazada. Irrumpe con este deseo aquello que se atribuye al otro género, como patrimonio exclusivo de la feminidad, de lo que no es posible apropiarse con ninguna intervención. La maternidad es concebida implícitamente como un núcleo corporal que trasciende la imitación estética del cuerpo femenino.

Si pudiera volver el tiempo atrás y elegir con que sexo nacer, elegiría nacer mujer lo elegiría pero para ver... No solo que siente, primero porque me encantaría experimentar lo que es estar embarazada. Me encantaría. Ósea creo que lo elegiría precisamente por eso (S4, M2F, 36 años).

Por otra parte, señala su deseo de no ser leída como trans, de adecuar la imagen estética de su cuerpo a *lo femenino*.

Lo único que sueño ahora es que me lean como una chica. Quiero salir a caminar tranquila, ir a estudiar a la facultad, con mi carpetita y mis botitas, y que nadie me moleste Yo quiero eso, tranquilidad, ser libre (S4, M2F, 36 años).

Tales imágenes estéticas que se asumen como ideales de *ser mujer*, refieren a mujeres *biológicas*. Puede apreciarse un gusto por la autenticidad.

Las personas trans se agarran de una categoría que ya existe. La feminidad, por ejemplo. Hay algunas que toman todo el tiempo a mujeres divinas, tipo Jennifer López, y lo bajan a su realidad y las veinticuatro horas del día son Jennifer López. El ideal de la mujer trans suele ser una mujer, no otra mujer trans (S4, M2F, 36 años).

471

Por otra parte, toma distancia con el *ser mujer*.

Yo no sé lo que piensa una mujer, no lo sé. Orgánicamente ni nada (S4, M2F, 36 años).

Sus genitales no la hacen menos *mujer trans*. No se siente menos *mujer trans* por no reasignarse el sexo. Aún así sus genitales están comenzando a molestarle.

Esa parte de mi cuerpo [genitales] no me impide ser trans. Estando o no estando no dejás de ser trans. O sea, estando o no estando vos no dejás de ser mujer trans, ni sos más no teniéndolo, ni sos menos teniéndolo. Eso lo tengo re en claro, pero tengo que trabajar más esa cuestión de porque ya no quiero que esté (S4, M2F, 36 años).

Hace dos años que viene pensando en la reasignación. Cuando se refiere a la reasignación refiere a las posibles consecuencias de quitar una parte del cuerpo que tiene una función en el contexto de un cuerpo masculino. La satisfacción masculina, señala, no es igual a la femenina, y ese órgano tiene relevancia allí. Apela a diferencias

biológicas entre cuerpo femenino y masculino. Menciona lo económico y la calidad de los profesionales como un obstáculo a la hora de reasignarse.

La reasignación la tengo pensada como hace dos años, lo económico tiene mucho que ver, pero también tiene que ver la conformación del equipo que es el que va a ser la cirugía. El tratamiento hormonal te hace ser consiente en un montón de cosas, vos tenés un orgasmo y conservando tu genitalidad tenés una descarga que no posees cuando vos te haces la reasignación, por una cuestión lógica. Las terminaciones nerviosas son distintas, sé que la mujer biológica tarda mucho más en bajar el flujo de sangre hacia allá abajo, a diferencia de lo que es un varón. La cuestión para mí, pasa en entender que el profesional que tenga que reasignarte tenga en cuenta todos los parámetros para que vos puedas llegar a disfrutar y tener sensaciones. Sé que acá en La Plata no terminan bien las cirugías (S4, M2F, 36 años).

Aquí deja en claro las diferencias esenciales entre cuerpo masculino y femenino, por lo que la conformidad de género, desde su punto de vista, siempre será estética, en términos de imagen. Desde estos supuestos, el desacople entre identidad trans y cuerpo intervenido, hormonal o quirúrgicamente, siempre permanece presente. Se trata de reducir la brecha para evitar la detección social. Desde esta concepción anclada en la autenticidad, lo trans sólo puede aminorar la discordancia entre identidad y cuerpo,

El Sujeto 4 también muestra la tensión entre la afirmación de que lo femenino no transcurre por lo biológico y ciertos aspectos de su relato que privilegian aspectos biológicos en el camino de su feminización. Se trata de una feminidad corpórea. Efectos de las hormonas la hacen sentir más mujer, en el sentido de modificaciones sutiles del cuerpo. En ella la feminidad transcurre por los efectos de las hormonas. De este modo comienza a *ser* algo antes relegado al plano del *sentir*. Las modificaciones de rasgos corporales que ella sitúa son aspectos valorados por ella de la feminidad. La idealización de lo femenino queda de manifiesto cuando expresa el placer ligado al hecho de que socialmente sea tomada y confundida con mujer (que es en última instancia el objetivo en su transición). Sin embargo destaca que la confunden con algo que no *es*. Fantasea con *ser mujer*, pero en última instancia reconoce que no lo *es*. Ella misma expone el *ser mujer* como ideal inaccesible. Lo que frena o limita el acceso a pertenecer al género sentido subjetivamente es la genitalidad.

Tuve un periodo de crisis, se te va distribuyendo la grasa, pasan los meses y el pelo creció con más brillo, los ojos quedan como más brillosos, la disposición de las mejillas es distinta, yo notaba la piel más clara, las mejillas rosadas. Más femenina. El busto te empezaba a crecer, empezabas a tener redondeces, te abrían la puerta. Más aceptada. Entonces vos por una parte disfrutas de todo eso, ¿entendés? Hasta que dejás de pensar en lo que vos sos. Nunca me creí una mujer biológica (S4, M2F, 36 años).

Su *camino hacia la feminización* se realiza mediante tratamiento hormonal (el que involucra directamente al cuerpo). Destaca como algo positivo tener en sangre alto porcentaje de hormonas femeninas. Su idea de *ser mujer* aparece ligada más significativamente con aspectos de la configuración biológico-hormonal y no tanto por intervenciones de tipo protésicas. Es posible detectar un anhelo de autenticidad. Cobra relevancia en su relato el modo en que fundamenta hormonalmente su proximidad con lo biológico, no quiere ser una caricatura (quiere ser una mujer *natural*), piensa en reasignarse el sexo, y destaca aspectos de su personalidad como esencialmente femeninas (tipo de escritura), señala que la confunden con una mujer.

Un paso que di hacia la feminización fue la consulta con una médica, que empezó a hacerme tratamiento hormonal, me midieron el dosaje de hormonas que tenía, y tenía un veinte por ciento, sin haber ingerido nada, los estrógenos elevados. Esto fue a los dieciocho, diecinueve años (S4, M2F, 36 años).

Es así que refiere a que tiene actitudes, gustos, incluso un tipo de escritura femenina. Como si su esencia fuera de mujer, *naturalmente* femenina.

Me ha pasado hasta que varones digan: “Esa actitud es típica de minita”, por algo que le contesté, o tengo una conversación con un ayudante de cátedra sobre un cuento mío, dice, él estaba sorprendido porque no sabía que era trans y cuando se enteró se ve que ha leído a muchas mujeres que escriben, “esto que escribiste ahí es típico de mina, ósea no te lo podes inventar” (S4, M2F, 36 años).

473

A su definición de *mujer trans* subyace el deseo de ser una mujer natural, a pesar de que argumenta que lo biológico no es obstáculo para su acceso a la feminidad.

Conflicto entre una feminidad que no se fundamenta en el cuerpo y una feminidad que sí requiere de lo corporal. Su propia definición de *mujer trans* genera la contradicción entre cuerpo biológico y el género *sentido*, al menos desde los marcos normativos de género.

Ser en la imagen

Por su parte, el relato del Sujeto 5 sugiere que no se auto-percibe como una mujer debido a que posee genitales masculinos.

Soy travesti. Yo no soy una mujer, no me cambié los genitales. Tengo una imagen femenina pero no puedo ser tan tonta y tan irracional. El documento dice femenino pero no es así... Lo que siento y lo que demuestro por ahí no es lo que soy. Tampoco está para cambiarme el sexo, porque lo tenía pensado y a esta altura de mi vida tengo cincuenta y siete años, es mucho riesgo, para qué arriesgarme si el entorno va a ser el mismo, voy a seguir vestida igual, voy a

pintarme igual, no voy a andar desnuda por la calle para mostrar que me operé (S5, M2F, 57 años).

Ser mujer es diferenciado de la *imagen femenina*. Esta *imagen femenina* se busca mediante recursos estéticos y cirugías parciales como medio necesario para concretar el sentimiento del género subjetivo. Sin embargo tal *imagen femenina* no alcanza para fundamentar el *ser* generizado. Desde su punto de vista *ser mujer* significa no tener pene. Entonces, si bien ella refleja una *imagen femenina*, no es una *mujer*. Siente y performa algo que no es *realmente*. Esa imposibilidad se debe al obstáculo de brindan los genitales. *Ser varón* depende del sexo anatómico. Actualmente no está dispuesta a cambiárselos porque no modifica el modo en que se desenvuelve.

Por otra parte también nos dice,

Los genitales no me cambian lo que soy. Yo creo... y si alguien me quiere, va a ser por lo que soy. Y yo también, después de la operación, ¿qué placer voy a sentir? No sé, porque la relación es muy limitada en la relación sexual, después. Entonces voy a tener la misma vida que tengo ahora sexual, con la diferencia que voy a tener una cosa nueva que no la voy a poder usar y que también a mí me cuarta un montón de cosas. Porque nunca más un orgasmo, nunca nada (S5, M2F, 57 años).

Si antes dejó deslizar que los genitales impiden el *ser mujer* que siente en la esfera de su género subjetivo, ahora menciona que los genitales no cambian lo que es. Justamente los genitales son los que participan en la definición que tiene de sí: *travesti*. Por otra parte, si los genitales no le cambian lo que es, subyace la idea de que aunque se reasigne el sexo su cuerpo seguirá siendo el que es, masculino. Entonces su concepción implícita refiere a la imposibilidad, aunque de hecho se realice la reasignación de sexo, de *ser mujer*.

Al igual que el Sujeto 3 y el Sujeto 4, menciona la sexualidad y la posibilidad de placer como motivo por el cual continúa con la decisión de conservar sus genitales. En este caso, se hubiese reasignado en otro momento de su vida, actualmente no está dispuesta a afrontar las consecuencias (infecciones, temor a arriesgar la vida). A su edad cree que no le cambiaría tanto la vida.

No es momento para esa operación de reasignación. Si hubiese tenido veinte años, lo hubiera hecho ya. Yo tuve entrevista con los médicos, pero después dije: “es una operación muy delicada, son ocho horas de operación, hay infecciones urinarias de por vida, mucho sufrimiento” y dije: “¿a esta altura de mi vida voy a arriesgarme a tanto? ¿Porqué?, no”, lo consulte con dos clientas muy queridas, y me dijeron, yo creo que es inteligente lo que te estás planteando, no te va a cambiar tanto la vida, vas a arriesgar tu vida, puedes salir fantástico pero durante

un año o quizás más estas padeciendo dolores y un montón de cosas que... ¿para qué? (S5, M2F, 57 años).

En su *imagen femenina* son más importantes los pechos que los genitales, se trata de una imagen reflejada para otros, los genitales no se ven.

En mi imagen femenina es más importante los pechos que los genitales. Porque estar maquillada, uñas largas, taco alto ¿y sin pechos? Siempre hay que tener esa imagen femenina respetando a la mujer, imitarla lo más posible, de la bombacha para adentro solamente vos sabes quién sos. Si salgo a la calle y voy a un negocio sin pechos la gente me mira y dice ¿qué es? Mejor es que digan: 'parece que es una mujer' a que digan: 'no sé qué es (S5, M2F, 57 años).

Lo pechos completan la estética femenina. Las uñas largas, el pelo largo, y el taco alto sin pechos es algo discordante. Desde su punto de vista lo que la aproxima a la conformidad con el género femenino son los pechos, los demás accesorios estéticos y de vestimenta no alcanzan. Si se decide tener la imagen femenina hay que respetar tal cual lo que *es* una mujer, imitarla lo más posible. Los pechos hacen posible su identificación social, no como *mujer*, sino como portadora de una *imagen femenina*. Los pechos saldan la no conformidad de género ante la mirada de los otros. Desde su punto de vista, ante la imposibilidad de ser categorizada por los otros, es preferible ser clasificada como una imitación que refleje claramente el original, aunque no lo sea. Menciona que hubiese querido ser mujer, pero los genitales, en este caso, no se vuelven algo imposible de tolerar porque están debajo de la bombacha y no interfieren con la *imagen femenina*.

Siempre deseó tener una *imagen femenina*. Desde pequeña deseó tener pechos. Se operó para sentirse más completa (más próxima a la *imagen femenina*). Le agrada auto-identificarse bajo esa estética femenina.

Me opere los pechos porque yo deseaba tener esa imagen femenina desde siempre, y me los regalé a mí. La primera vez que me duché que me pude bañar bien, después de sacar vendas y todos, me puse a llorar. Y yo dije 'que tarada', pero estaba bañando a mis pechos nuevos que los había deseado desde que era chiquita. E inclusive mis clientas, en un tiempo me dijeron, te hiciste un escote hermoso que esperas para lucirlo. Yo salía con remeras hasta acá. Pero que yo no me los hice para mostrarlos, ni siquiera para que un hombre se divierta, los hice para mí, para sentirme más completa. Es como decís cualquier varón que anda por la vida con una nariz, un día se decide operarse, no se operó para los demás, se operó para él, para estar más bonito, quizás también seduce a otro pero lo haces para vos, que después lo compartas con otro es otra historia (S5, M2F, 57 años).

Señala que *sentirse* mujer no es tener una vagina –nótese que no menciona que *ser* mujer no pasa por tener vagina, nuevamente emerge esta diferencia entre *ser* y *sentirse*.

Creo que sentirse mujer no es tener una vagina, pasa por lo que sentís. Vos te podés sentir un ídolo y no hace falta subir a un pedestal y que todo el mundo te aplauda o te avive. Yo creo que una mujer no es solamente ponerse un vestido, es un comportamiento, un sentimiento y eso no lo cambias teniendo vagina o pene. Hay mujeres que se sienten varones y no tienen pene. Todo pasa por la cabeza, esta es la computadora que maneja todo, el resto es adorno. Pero todo pasa por la cabeza (S5, M2F, 57 años).

Prioriza, en su concepción explícita, el género subjetivo. Menciona que la cabeza es la computadora que maneja todo, el resto es adorno, refiriéndose al cuerpo.

Por otra parte señala,

Puedo convivir perfectamente con mis genitales, pasa por tu cabeza... ¿cuál es el problema? Quizá es distinto en el caso de la mujer, porque quizá la mujer quiere un pene para penetrar a otra, entonces hay algo que le está faltando. Yo no estoy queriendo una vagina para que... porque... mi vida como la encaré sexualmente, la relación no fue por ahí. Entonces no siento como que me falta algo, a lo sumo sería que me sobra, no que me falta, pero que te sobre en la vida, como te sobra dinero, te sobra casa, te sobra auto, no molesta... (S5, M2F, 57 años).

Puede convivir con sus genitales sin conflicto. No le falta nada (a diferencia del caso de una mujer que quiera un pene para penetrar a otras mujeres). Su vida sexual *no pasa por ahí*, entonces el pene es considerado como algo que sobra respecto a la imagen femenina, tampoco necesita una vagina. Sobra algo, pero no falta nada. *Lo que sobra no molesta* –aunque en otro momento menciona que no tenerlo contribuiría a lograr su imagen femenina, sin embargo actualmente no está dispuesta a operarse y lo tolera.

476

Desde su punto de vista, el cuerpo es algo que envuelve la esencia.

El cuerpo es el papel que envuelve la esencia, es como en un regalo, el regalo no importa en el papel importa lo que hay dentro, puede ser una caja gigante y adentro puede tener una estupidez que te hace feliz, o puede ser una cosa chiquitita también... no importa. Todo entra por los ojos, en esta sociedad actual, tenés que ser joven, estética, flaca, en lo posible. Pero yo creo que hay gente que mira más allá de eso. Pero bueno, el paquete es lo que ves. Es importante en este momento, más yo que trabajo con estética, medianamente tener un paquete no muy arrugado (S5, M2F, 57 años).

En el caso del Sujeto 5 no se observan las colisiones observadas entre identidad de género y cuerpo. Decodifica su cuerpo como masculino, esto la lleva a concebirse como gay. Todo parece sugerir que concibe al travesti como un gay afeminado al extremo de parodiar la feminidad.

Yo era muy compañera con mi mamá, mi mamá era mi ídolo, como generalmente creo que todos los gay tenemos una madre muy presente muy... no sé si posesiva pero fuerte (S5, M2F, 57 años).

No tengo amigas travestis porque no me llevo bien con los gays. Nunca me llevé bien (S5, M2F, 57 años).

Al denominarse como gay expone su concepción implícita de priorizar el cuerpo naturalizado como sitio donde se inscribe la verdad del sexo. Es así que se siente mujer pero bajo la convicción de que su cuerpo es masculino, por ende varón. La cirugía, como aclara en otro momento de la entrevista, contribuiría a su imagen femenina, no a su *ser* mujer. La identidad travesti retiene al cuerpo esencialmente masculino, adoptando la imagen del otro género, a sabiendas del disloque entre sexo y género.

Parodiar con respeto

El Sujeto 6 reconoce que no nació mujer (en su sentido biológico), tampoco varón (en el sentido identitario de pertenencia a tal género). Ella pertenece a otra categoría en la que no se quiere encasillar, un tercer sexo tal vez, menciona.

Yo creo que para ser mujer se nace mujer, para ser hombre se nace hombre, bueno lucharé en el medio, debe existir como dicen los sociólogos, los psicólogos, debe existir intersexo. Bueno, no sé si encasillarme en un tercer sexo (S6, M2F, 47 años).

Manifiesta que su rechazo a las categorías refiere a un temor de que las etiquetas destruyan lo que logró hasta ahora.

No quiero tampoco que me encasillen, porque ahora te etiquetan, enseguida te etiquetan... Y a mí me costó mucho llegar a donde yo llegué, tener lo que tengo, entonces yo cuidó eso. No sé si me durará toda la vida, ojalá y espero que sí, yo creo que sí porque lo hice desde lo más profundo de mi alma, de mi ser, de mi vida (S6, M2F, 47 años).

Ella menciona que hay que respetar a la mujer, desde allí reconoce no *ser* mujer. Su afirmación respecto a que no se debe desmerecer el rol de la mujer desliza una concepción que supone que la imitación del género femenino entraña un acto irreverente que trata de usufructuar y desvalorizar algo que esencialmente no corresponde a los cuerpos masculinos.

Yo tengo una identidad, pero mi documento dice mujer. Yo no soy mujer. No sé, tendría que haber otro casillero, una "i", ponele. Una "a", una "h". Una "d" que es la letra de mi nombre, ponele. ¿Por qué esto? Porque también hay que respetar a la mujer, ¿entendés? Porque yo no soy una mujer, no nací mujer, entonces hoy en día como que se está desmereciendo, es como que se juega mucho con el rol de la mujer, desde todo ámbito. Es terrible como desvalorizan a la mujer (S6, M2F, 47 años).

Queda claro que no se considera *ser mujer*. Con respecto a *sentirse mujer*, desde su punto de vista refiere depende del cuerpo, no en su esencia, sino en su apariencia. Verse un cuerpo femenino es lo que contribuye a *sentirse mujer*. Tiene prótesis para sentirse más femenina, porque los pechos contribuyen a esa imagen.

Sentirse mujer depende del cuerpo. Sí que depende del cuerpo. Yo me veo un cuerpo de mujer. Tengo prótesis para sentirme mucho más femenina, porque los pechos te hacen más femenina. Pero no para estar mostrando a todo el mundo, ni estar haciendo... Te digo, yo cuido mucho esos detalles (S6, M2F, 47 años).

No quiere ninguna otra intervención en su cuerpo.

No me interesa hacerme ninguna otra intervención en mi cuerpo... Así como estoy me siento bien (S6, M2F, 47 años).

No se quiere reasignar el sexo. Sólo lo haría si con ello pudiera quedar embarazada. Al igual que el Sujeto 4 asilan la capacidad de gestación como rasgo esencialmente propio de la mujer. La maternidad constituye un baluarte de la mujer, ahí parece residir el ser femenino, más que en los genitales. Sin esa posibilidad ve a esa cirugía como una mutilación.

No me hice la reasignación de sexo. No me la haría. Es un tema bastante complejo y si a mí me dirían que yo haciéndome esa cirugía podría llegar a quedar embarazada, me la hubiese hecho... pero estar mutilándome, no. Yo siempre digo, Dios sabe porque hace las cosas (S6, M2F, 47 años).

478

Sus genitales no la hacen *sentir* menos mujer. No le molestan a lo que ella es.

Esa parte de mi cuerpo, no me hace sentir menos mujer. Yo soy yo. No me molesta, está ahí, está. No se utiliza, nada más para necesidades fisiológicas (S6, M2F, 47 años).

Al igual que para el Sujeto 5, los genitales son significados como un sobrante.

El Sujeto 6 no se encasilla en ninguna categoría a la hora de definir su género, pero en función de sus relatos deja vislumbrar que su cuerpo es entendido como masculino.

Para qué te voy a decir, si, si, si, soy mujer, si para ser mujer tenés que ser mujer, yo no nací mujer, yo nací en un cuerpo que no estoy (S6, M2F, 47 años).

Yo creo que para ser mujer se nace mujer, para ser hombre se nace hombre, bueno lucharé en el medio (S6, M2F, 47 años).

Lo que obstaculiza la plena realización de lo que ella siente *ser*: mujer, lo que siempre quiso ser.

El ser mujer yo lo siento desde adentro de mi ser (S6, M2F, 47 años).

Siempre. Siempre me percibí como mujer (S6, M2F, 47 años).

Cuerpo naturalizado obstaculiza la auto-percepción como *mujer*, y origina las fluctuaciones ocasionadas, ese transcurrir entre la identidad y el cuerpo esencializado. Es decir que el ser mujer por pleno derecho requiere un cuerpo naturalmente femenino al que no pueden llegar con intervenciones. Las intervenciones contribuyen a sentirse mujer, no a serlo.

Sentirte mujer depende del cuerpo, sí que depende del cuerpo, yo mi cuerpo, para mí el... yo me veo un cuerpo de mujer... tengo prótesis... Para sentirme mucho más femenina me parece, porque me parece que los pechos en una mujer te hacen más.....femenina (S6, M2F, 47 años).

Colisión entre identidad de género y cuerpo (que opera como obstáculo para la asunción de lo que quiere *ser*, donde la identidad trans es una aproximación a lo anhelado).

El pene masculinizante

El Sujeto 7 piensa la satisfacción sexual en términos de complementariedad genital. Su objetivo es tener una relación completamente heterosexual. Se siente hombre, entendido como aquel que penetra mujeres. Es el rol sexual es el que lo define como tal. Por este motivo su definición de masculinidad gira en torno a la genitalidad complementaria.

479

Hay chicos trans que no quieren someterse a cirugía de cambio de genitales, podría decirse que su objetivo es estar con personas a quienes pueden satisfacer con esos genitales, por ejemplo un chico transexual que de repente está saliendo con un chico gay me parece que hay una satisfacción de los dos lados. En el caso de dos chicos transexuales que de repente están con una chica y a esta chica le satisface la genitalidad así tal cual como la tiene también está complaciendo a la otra persona y se siente satisfecho él también. El cuerpo para mí...en mi caso... el objetivo que tengo... es tener una relación totalmente heterosexual, necesito sentirme el hombre de la pareja, tengo la visión en mi cabeza de que el hombre en lo sexual es el que penetra. Es el rol que a mí me hace sentir hombre, necesité cambiar mi cuerpo, entonces para mí el cuerpo es como mi carta de presentación ante una relación en el sentido de... mi definición de masculinidad, es importante para mí la genitalidad porque me defino como varón en el rol sexual... (S7, M2F, 30 años).

Soñó toda su vida con tener un pene. No está conforme con los resultados estéticos, pero prioriza más la función.

A partir de la tercera cirugía siento que pude llegar a ser hombre. Entendí que nunca iba a tener un pene, totalmente, no iba a ser igual que un pene de un chico biológico, que tenía que importarme la función y de repente no tanto el aspecto y esas cosas. Yo me lo arme así en mi cabeza. Ya no importa el resultado. Yo dije: mira, la cosa es así. Soñé toda mi vida con tener un pene o sentirme físicamente

completo, entonces tengo que estar agradecido con Dios de haber llegado y de haberlo logrado, más allá de los resultados estéticos...” (S7, M2F, 30 años).

La masculinidad normativa adoptada se traduce en sus anhelos estéticos del pene. Se encuentra presente una visión idealizada del pene en cuanto al tamaño y a la función. Por allí transcurre su masculinidad.

Lo estético de la operación está en un segundo plano. La funcionalidad puede fallar o no, estoy preparado para esto, ¿entendés? Puede ser que no me funcione. Pero el doctor me dijo: “mira te digo, vos te pensás que todos los pitos son lindos, no son todos lindos. Vos pensás que todos se paran, no se paran todos”. Es más con respecto al tamaño y todo eso yo le dije: “¿doc, esto está bien?” me dice: “si, es un tamaño estándar, está bien”. Claro yo nunca había visto un pene en vivo y en directo, y lo que había visto yo era en películas porno por curiosidad... Entonces me dijo “no te guíes por eso porque los que están en una película porno son seleccionados así que quedáte tranquilo, las cosas son así”. Bueno con las charlas con el doctor me fui tratando de convencer. Y me convencí, estoy convencido de que hay que festejar los logros y ver el vaso medio lleno. En vez de al contrario (S7, M2F, 30 años).

El Sujeto 7 no muestra estas colisiones halladas. No aparece en él ninguna huella subjetiva de una feminidad esencial que provenga del cuerpo y resulte contaminante respecto de su auto-percepción como hombre heterosexual.

Entre mujer y hombre

A pesar de su auto-denominación inicial *–Soy mujer–*, el Sujeto 8 introduce algunos matices respecto de su auto-percepción.

Yo me siento mujer pero también me siento un poco hombre, por mi busto, como quiero sacarlos eso sería, en parte, acomodar parte de mi cuerpo al del hombre. Estoy como en el medio. Para mí está mal que haya esas etiquetas. Porque obligan a uno a sentirse de una manera y capaz que uno no quiere (S8, Mujer, 22 años).

Utilizando las categorías binarias de género para explicar cómo algo de sí también se siente hombre. Es la disrupción entre el *ser mujer* y su localización en un cuerpo que tenga *“el pecho como el de un hombre”*, que genera una no conformidad con el género hegemónico, lo que la hace cavilar entre el modo en que se auto-denomina. Por un lado señala,

Por querer operarme las tetas no siento que deje de ser mujer (S8, Mujer, 22 años).

Por otro lado señala, “*también me siento un poco hombre...Estoy como en el medio*” (S8, *Mujer*, 22 años).

Tal vez este ser mujer se vincula con los genitales, afirma,

Es lo único que quiero cambiar, después no me haría otra operación que tenga que ver con el sexo (S8, *Mujer*, 22 años).

Aunque también sostiene que “*Ser mujer no pasa por el cuerpo, por la mente sí. Pasa por la mente y no tanto por el cuerpo, viene en uno*” (S8, *Mujer*, 22 años).

La idea de un cuerpo con genitales femeninos y sin pechos genera un mosaico lo suficientemente heterogéneo como para poner en cuestión la asunción unívoca de la identidad *mujer*, aunque no como para abandonarla y asumir, como en otros casos, otra auto-denominación, como por ejemplo *trans*.

El Sujeto 8 muestra cavilaciones entre el modo en que se auto-denomina, que remite, a su vez, a otra cavilación entre el lugar asignado a los genitales, por un lado, y el peso del ámbito de lo sentido en la *mente*, por otro, en su definición de *ser mujer*. El conflicto se genera cuando un cuerpo esencialmente femenino tanto en su *mente*, como en su sexo, soporta una morfología corporal anhelada pero discordante con la identidad adoptada.

Varón, mujer... en el interior la misma persona

El Sujeto 9 relata transformaciones en su identidad de género. Su relato no refiere a la dimensión del cuerpo como sitio que interviene en la asunción o persecución de un género específico. Incluso menciona, “*A los veintiuno empecé a vestirme de mujer*” (S9, *Varón*, 28 años), también “*Mi cambio nuevamente hacia varón también fue muy rápido... de la noche a la mañana decidí. Me levanté, me vestí de varón*” (S9, *Varón*, 28 años). Refiere, así, a transformaciones repentinas que inician con la vestimenta. La identidad de género no refiere, en su caso, al cuerpo, ni siquiera pensó seriamente en intervenirlo, “*Pensé en hacerme los pechos, pero no me interesaba demasiado, ni averigüé los precios de las siliconas*” (S9, *Varón*, 28 años). El género, más que conformar una identidad a modo de núcleo interno fuerte que lo determina parece instituirse ligeramente con la parodia y la vestimenta. El *hacer* está antes que el *ser* en este caso.

La identidad sexual, por otra parte, opera como núcleo estable. La identidad de género puede transmutar en torno a ella, “*Yo me identifico como una persona homosexual. Yo soy homosexual. O sea, yo nací así. Yo desde que tengo uso de razón siempre toda la*

vida me gustaron los hombres” (S9, Varón, 28 años). Afirma, “En el interior soy la misma persona. O sea por fuera, físicamente puedo cambiar pero en el interior es una sola esencia” (S9, Varón, 28 años).

El Sujeto 9 deja en claro que el retorno al género varón se debe a las consecuencias sociales por las que transcurrió al ser trans. Por tanto permite concluir que su proyecto de formar una pareja estable con un varón –lo que opera en él como núcleo permanente a través de las transformaciones– no era viable bajo su asunción del género mujer. Resulta interesante el modo en que, en este caso, la asunción de una identidad de género específica, desde la cual concretar el proyecto de pareja, no opera como una exigencia. Claramente, la elección de habitar el género masculino guarda consigo la ventaja de, en su caso, configurar un género coherente, auténtico y conforme a su sexo. Ante el trato social, y teniendo en cuenta el modo en que se decodifican los cuerpos, su elección por el género varón cuenta con el fundamento de su cuerpo, no así su elección de habitar el género mujer, elección que lo conmina a ser *trans*.

El salir a la calle a buscar trabajo, siendo Erica, no era fácil, nunca encontrás nada, todas las puertas cerradas... desgraciadamente la sociedad es así, desgraciadamente te cierran las puertas en todos los lugares (S9, Varón, 28 años).

Si la sociedad tratara lo trans de otro modo, tal vez si seguiría siendo Érica (S9, Varón, 28 años).

Lo que me hizo el click en la cabeza, yo siempre apunté a una pareja, siempre todo el tiempo que fui Erica, quería estar con un hombre. Soñé con eso. Y como Érica, no lo encontraba, encontraba solamente sexo, casual. No encontraba una persona que salga a tomar mate conmigo a una plaza. Las personas trans las ven como un bicho. Siendo gay la careteas un poquito de última... (S9, Varón, 28 años).

No volvería cambiar de género por una cuestión de la sociedad. Como siempre dije, la sociedad se encargó de matar a Erica (S9, Varón, 28 años).

Transexual... una mujer (casi) completa

A pesar de que para el Sujeto 10 el *proceso trans* es un camino hacia *ser una mujer completa* –“Para mí ser trans es un paso hacia adelante en la vida que llevo. Para mí ser trans es el proceso que yo necesito para ser una mujer completa” (S10, M2F, 47 años) –, al mismo tiempo afirma que luego de la operación será una transexual, no una mujer. Nuevamente emerge el obstáculo hacia asumir un *ser mujer* pleno y coherente.

Actualmente se concibe como femenina, *Siempre fui femenina* (S10, M2F, 47 años), en ningún momento toma la categoría *mujer* para auto-denominarse, sino la de *trans* que toma como un sinónimo de *travesti* más sofisticado, *siempre fuimos travestis nosotras* (S10, M2F, 47 años). En primer lugar cabe señalar que no aparece un sentimiento de mujer, un género sentido más allá de la parodia de lo femenino. La denominación de travesti que está por detrás de su denominación como trans, en este caso, va en esta línea, donde concibe un cuerpo naturalmente masculino que aspira a feminizarse al punto de trastocarse en mujer completa.

El Sujeto 10 entiende que su cuerpo es esencialmente de hombre, y que éste es soporte de una feminidad. El proceso *trans* que, por una lado se presenta como acceso al *ser mujer completa* permite pensar que el *ser mujer* reside en la ausencia de genitales masculinos, sin embargo otros elementos de un cuerpo masculino aparecen impidiendo, por otro lado, el *ser mujer* de modo completo, “*Por ahí lo que me marca a mí es la nuez de Adán*” (S10, M2F, 47 años), también “*nosotros los hombres tenemos una forma especial en las piernas*” (S10, M2F, 47 años) y finalmente “*Yo mi pasado no lo niego, ni tampoco que soy gay*” (S10, M2F, 47 años), lo que nos permite pensar que su cuerpo cuenta al instalar el ser masculino anclado en lo corporal a la hora de definir sus vínculos sexuales. A esta esencia corporal masculina se contrapone otra esencia femenina, “*toda mi vida me sentí femenina. Yo nací así*” (S10, M2F, 47 años).

Si el cuerpo actual, que conserva los genitales masculinos, impide la auto-percepción como mujer, la idea a futuro de un cuerpo con un sexo reasignado instala la duplicidad que refiere a, por un lado sostener el acceso al ser mujer completa, por otro lado enfrentar un cuerpo masculino cuya esencia arraiga más allá de la presencia de genitales e impide, aún luego de la intervención quirúrgica, el *ser mujer* más allá de una conformidad estética entre sexo y género.

Si bien el cuerpo es el ámbito por donde transcurre el proceso que la conduce hacia el género anhelado –“*Para una trans son muy importantes las operaciones*” (S10, M2F, 47 años) –, una concepción esencialista del cuerpo que subyace al modo en que se auto-percibe, y que hace de las intervenciones quirúrgicas una estrategia insuficiente en los intentos de instalar el cuerpo naturalmente femenino que su feminidad requiere. Esto puede detectarse en su no conformidad con el cuerpo luego de las múltiples intervenciones realizadas hasta el momento, “*No estoy conforme con mi cuerpo*” (S10, M2F, 47 años). Incluso esta necesidad de que el cuerpo se conforme como base natural del género subjetivo para el logro del *ser mujer* torna inespecíficos, por momentos, los

modos en que se denomina, *mis sobrinos saben toda la historia... saben lo que yo soy* (S10, M2F, 47 años).

El resto del anterior ser

El Sujeto 11 se auto-percibe como mujer. Se ha realizado la reasignación de sexo, sin embargo menciona, “Soy la misma con envase diferente”. Sin embargo sabe que hay algo de su pasado que permanece en su cuerpo, “*Algo está fallando* (aludiendo a sus genitales actuales)” (S11, M2F, 23 años). El cuerpo es entendido como un envase diferente asignado para lograr la conformidad entre lo que siempre sintió y el sexo adecuado. Si bien el desacople entre identidad y cuerpo antes de las operaciones era muy fuerte, luego de la operación el cuerpo continúa obstaculizando el ser mujer,

Me gustaría tener rasgos femeninos, más finos, más delicados, más suaves, no tan toscos (...) evito el espejo (S11, M2F, 23 años).

La trans es como la anorexia, nunca vas a verte como querés, siempre vas a verte algún defecto, aunque te operes, queda algo de tu ser, siempre queda un resto de tu anterior ser, de tu pasado, tu historial, el cuerpo es el templo (S11, M2F, 23 años).

Algo del cuerpo de su pasado, de su historial permanece obstaculizando la realización plena de la feminidad que continúa reclamando un cuerpo naturalmente de mujer.

IDENTIDAD SEXUAL

En la búsqueda de cómo los sujetos entrevistados fundamentan las identidades adoptadas y, en última instancia, donde inscribían, de manera explícita o subyacente, la verdad del sexo, explorar el tópico de la identidad sexual resultó, al menos en algunos casos, un afluyente de datos relevantes.

El Sujeto 1.

Para mi identidad sexual no tengo etiquetas. Creo que las personas se enamoran de otras personas. Eso es lo importante (S1, F2M, 22 años).

El Sujeto 2.

Me considero bisexual, desde mi lugar intersex (S2, F2M, 22 años).

El Sujeto 3 no se considera homosexual, porque no se considera varón. Prioriza el género subjetivo como posición a partir de la cual se realiza la elección sexual, y no el cuerpo biológico.

En cuanto a mi identidad sexual yo no me considero homosexual porque no me considero hombre. Me siento mujer... para mí yo soy una heterosexual. Al igual que un hombre que se fija en una mujer trans, no deja de ser heterosexual, porque lo que le atrae es la feminidad de las personas, las curvas, las lolas, la cola. Más allá de lo que sexualmente haga en su desempeño dentro de sus cuatro paredes, le incumbe a cada pareja, no a toda la sociedad (S3, M2F, 32 años).

485

Sexualmente le atraen los varones. En la definición de su sexualidad no tiene en cuenta lo biológico del cuerpo a la hora de dar cuenta de su identidad sexual.

A mí me gustan los hombres, no una mujer. No me atrae sexualmente (S3, M2F, 32 años).

El Sujeto 4 también prioriza su identidad de género y no la genitalidad de su cuerpo a la hora de definir su elección sexual

Yo me considero hetero, porque claro a mí me gustan los hombres, o sea, no me atrajo una mujer más que para mirar y admirar, no me trae ningún tipo de deseo (S4, M2F, 36 años).

El Sujeto 5 afirma que no se pone etiquetas en cuanto a lo sexual, a pesar de que en otros segmentos de la entrevista de autodenomina como gay. Luego,

Yo era muy compañera con mi mamá, mi mamá era mi ídolo, como generalmente creo que todos los gay tenemos una madre muy presente muy... no sé si posesiva pero fuerte (S5, M2F, 57 años).

No tengo amigas travestis porque no me llevo bien con los gays. Nunca me llevé bien (S5, M2F, 57 años).

La categoría gay, a diferencia de los otros casos, da cuenta de que el sujeto prioriza su cuerpo como sede de una masculinidad esencial. Tal denominación está en sintonía con su auto-percepción en relación con el género: *travesti*. A lo largo de toda la entrevista deja en claro que no es una mujer, debido a que posee genitales masculinos.

El Sujeto 6 afirma que no se considera heterosexual. Deja deslizar que se concibe como hombre desde lo biológico del cuerpo. No es mujer porque no nació mujer.

No me considero heterosexual. No porque al heterosexual hombre le gusta una mujer. A mí me gusta el hombre solo... yo te digo no estoy en el medio, ni si soy varón ni si soy mujer, estoy ahí... no es que esté indecisa, yo tengo muy bien definido lo que soy, lo que siento. Pero para qué te voy a decir, si, si, sí, soy mujer, si para ser mujer tenés que ser mujer, yo no nací mujer, yo nací en un cuerpo que no estoy, que moriré así, por los siglos de mi vida seguiré así (S6, M2F, 47 años).

486

No tiene relaciones con mujeres. No le atraen.

Yo nunca tuve relaciones con una mujer, porque no lo siento, en mi vida no tuve relaciones con una mujer, siempre fueron relaciones, y mi primera relación fue a los diecisiete años con mi marido, lo hice porque lo sentí, porque sentía la necesidad, porque hay un sentimiento en ese momento había muchos sentimientos por parte de los dos, pero con una mujer, no, no, no... (S6, M2F, 47 años).

El Sujeto 7 expresa ser un hombre heterosexual, claramente lo que imprime su heterosexualidad parece ser sus genitales, ellos definen su rol.

Soy heterosexual. Hay muchos casos igual, hay chicos que son transexuales y de repente tienen orientación sexual, digamos, bisexual o chicos que son gay o bueno una rama bastante amplia. Pero bueno en mi caso un hombre heterosexual desde muy chiquito (S7, M2F, 30 años).

El Sujeto 8 afirma,

Soy lesbiana, siempre me gustaron las chicas (S8, Bio-mujer, 22 años).

El Sujeto 9 nos dice,

Soy homosexual (S9, Bio-varón, 28 años).

El Sujeto 10 señala,

Soy gay (S10, M2F, 47 años).

El Sujeto 11 menciona,

Soy heterosexual (S11, M2F, 23 años).

HALLAZGOS Y CONCLUSIONES

De modo que no llegué a nacer (...) me rechazaron. Sospecho que fue la única vez. Si bien lo que tengo no es lo que se conoce como memoria

Nadine Gordimer, *Saqueo*

Estoy segura de que en la cuna mi primer deseo fue el de pertenecer (...). Y entonces lo supe: pertenecer es vivir. Lo experimenté con la sed de quien está en el desierto y bebe sediento los últimos tragos de agua de una cantimplora

Clarice Lispector, *Revelación de un mundo*

No es ocioso recordar que la indagación empírica que forma parte de esta tesis se centra en la diversidad. Por tanto, la aproximación al tema propuesto no se realiza por las vías de la desviación social, ni de la patología, ni de la etiología, tampoco de proponer tratamientos posibles –todas ellas canónicas a la hora de abordar la *temática que gira en torno a la transexualidad*. El recorrido teórico propuesto no ha sido otra cosa que un esfuerzo de explorar, en diferentes aproximaciones teóricas respecto a la *identidad de género* y al *cuerpo*, vectores conceptuales que subyacen al constructo en cuestión: *no conformidad de género*. En el trayecto se han sopesado posiciones esencialistas y construccionistas en torno a la *identidad*, posturas que admiten la posibilidad de agencia y otras que priorizan la potencialidad de disciplinamiento a la hora de pensar la emergencia del *sujeto*, también las fluctuaciones problemáticas entre materialidad y discurso en relación con el *cuerpo*¹⁵⁴. El desafío transcurrió por tender puentes y líneas de convergencia entre posturas teóricas extremas, bajo la convicción de que los espacios capturados en las zonas de intersección logran cercar la complejidad del tema en mayor medida¹⁵⁵.

¹⁵⁴ Estas líneas se han desarrollado de modo extenso en los CAPÍTULOS I, II, III, IV, VI, VII, VIII y IX.

¹⁵⁵ Estas líneas de convergencia se presentan en los CAPÍTULOS V y X.

A partir de la convergencia de las miradas se ha intentado desprender una perspectiva de la *no conformidad de género* alternativa respecto a aquella que postula la existencia de cuerpos naturalizados, dimórficamente sexuados, que auspician de fundamento para las identidades dicotómicamente generizadas, y respecto de aquella que borra al cuerpo de la escena discursiva en la que se despliega la proliferación paródica de las identidades de género. Se ha considerado aquí una perspectiva de la multiplicidad –amparada bajo la pluma de relevantes intelectuales contemporáneos de diferentes disciplinas, y localizados en diferentes espacios geopolíticos– que aboga a favor de devolver a los sujetos la capacidad de re-escenificar los términos normativos de género, mediante los cuales configuran sus identidades, a partir de la significación singular y fantasmática (Chodorow, 1999b/2003). Además, se reconoce el valor político de no descuidar la materialidad de los cuerpos, sin que ello signifique abandonar la idea de fundamentos contingentes a la hora de pensar el modo en que el género hunde sus raíces en la subjetividad.

Ahora bien, las voces de los sujetos explorados en el trabajo de campo propuesto –los que, de algún modo u otro, rompen con la pretendida coherencia entre sexo, género y deseo, anudados bajo el principio de autenticidad– nos permite pensar la forma en que los elementos teóricos explorados cuentan, de manera explícita o subyacente, en sus auto-percepciones. En este sentido aquí se presentan hallazgos específicos del trabajo de campo que configuran aportes novedosos. Claramente, debido al diseño de la muestra y a la opción onto-epistemológica adoptada, las reflexiones finales que se ofrecen a modo de conclusión no revisten pretensión universal. Aún aquellas que pueden realizarse con mayor nivel de generalización presentan variaciones en cada caso.

Puntualizaciones finales

-Si Robert Stoller (1964) nos habla de la identidad de género en términos de una convicción inamovible de pertenecer al género que no se corresponde con el sexo anatómico, más bien los sujetos indagados dan cuenta de esta pertenencia en términos de un sentir subjetivo que bien podríamos denominar como *género sentido* [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 11].

-Se pudo observar diferencias entre *ser* y *sentir* –*varón* o *mujer*– como dos modalidades diferenciales a la hora de remitir a posibles ámbitos en los que anclar la subjetividad generizada. Algunos sujetos sólo refieren a una de ellas, otros apelan de manera fluctuante a ambas. Estas modalidades emergentes no remiten necesariamente al binario Identidad/Cuerpo. El *ser* se inscribe alternadamente en el cuerpo y en un plano identitario, caracterizado bajo diferentes nominaciones: *esencia, alma, interior, profundidad*. El *sentir* también puede remitir a un ámbito *interno, profundo* o al *cuerpo* [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 11].

-Si bien los sujetos apelan a categorías como *trans* y *travesti* para auto-denominarse, en última instancia refieren a sí mismos mediante las categorías normativas que circulan culturalmente –*varón, mujer, masculino, femenino*. Resulta claro cómo los sujetos se piensan a sí mismos apelando al binario de género. Las categorías utilizadas, incluidas las que en principio parecen ser alternativas –*travesti, trans, transexual*– son subsidiarias al modo actual en que se organizan los géneros. Categorías dicotómicas permanecen en el corazón de la *no conformidad de género* [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 8 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Si bien los sujetos se auto-perciben referenciándose en la norma de género, los significados atribuidos en cada caso varían. Por ende se producen apropiaciones singulares que dan cuenta de una confluencia entre lo que Nancy Chodorow (Chodorow, 1999b/2003) denomina género personal y género cultural [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 8 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-El significado cultural que hegemoniza el sentido de lo *trans* en el discurso de los sujetos no refieren a una localización *más allá del género*, sino a un tránsito, a un pasaje de uno de los género hacia el otro [Sujeto 1 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Cuerpo opera implícitamente como fundamento naturalizado del género. A pesar de utilizar supuestas categorías alternativas al binario (*trans, travesti, transexual*),

en última instancia los sujetos apelan al dimorfismo sexual, a cuerpos esencialmente diferentes, para aportar inteligibilidad a sus posicionamientos y significar sus propias experiencias [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 8 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Los sujetos se auto-perciben a partir de supuestos implícitos propios del fundacionalismo biológico, vinculados a los principios de coherencia y autenticidad. Esto significa que los sujetos no sólo conciben que existen dos cuerpos dimórficamente sexuados, y que ambos son sedes de identidades diferenciales, sino que, además, conciben que cada identidad se ancla auténticamente en el cuerpo que naturalmente le sirve de fundamento [Sujeto 1 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 8 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Si a nivel teórico el cuerpo reclama un lugar no reductible a lo discursivo, los sujetos también apelan continuamente a esta dimensión como ámbito a partir del cual se referencian [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 8 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-En un nivel explícito se expone y evidencia el disloque o la discontinuidad entre sexo y género, por lo tanto el cuerpo no opera, desde el punto de vista de los sujetos, como fundamento de aquel género en el que se pretende desembarcar, aunque sí como referencia ineludible [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-La realización de género sentido presente en la no conformidad de género involucra la materialidad de los cuerpos (intervenciones hormonales y quirúrgicas). No se observaron casos donde la identidad trans transcurra exclusivamente por el discurso vía resignificación [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-En el caso de las transiciones *M2F*, los pechos son anhelados por su función estética y social, atributo explícito de la femineidad. Forman parte de lo que Susan

Kessler (1978) denomina como *genitales sociales*¹⁵⁶ [Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Los supuestos que operan en los sujetos obstaculizan la realización del género sentido en términos coherentes, debido al modo en que conciben su propio cuerpo. El cuerpo nunca logra ser fundamento del género al que aspiran, porque su esencia no se transmuta a pesar de las cirugías. El cuerpo, desde sus percepciones, nunca logra ser el asiento natural del *género sentido* [Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Existe un fuerte anhelo subyacente de autenticidad en los sujetos no conformes al género. Para ello se intenta modificar el cuerpo en función del género sentido [Sujeto 1 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Algunas formas agenciales emergen, donde los sujetos no capturan al cuerpo bajo la exigencia de la conformidad, la coherencia y la autenticidad. No opera aquí la necesidad de huir del cuerpo anatómico [Sujeto 2 – Sujeto 8 – Sujeto 10].

492

-Las especulaciones filosóficas de Judith Butler (1990a/2007) respecto al *principio de coherencia* que regula al género normativo muestran estar fundadas empíricamente, al menos en el alcance de los sujetos que componen los casos de este estudio. Es detectado en la mirada que los propios sujetos *no conformes al género* tienen respecto a sí mismos [Sujeto 1 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-En algunos casos el anhelo de reasignar los genitales coexiste con su valoración positiva en función del lugar que poseen en la satisfacción sexual, o bien, en los casos de transiciones *M2F* pre-quirúrgicos, con una tolerancia que permanece bajo la idea de sobrante que no molesta [Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 10].

¹⁵⁶ La autora entiende por *Genitales Sociales* a aquellos índices, visibles, del cuerpo, utilizados para categorizar a los sujetos, bajo la exigencia de exhaustividad, de acuerdo a las categorías de género. Con el término *genitales* la autora se propone introducir el supuesto de autenticidad que anuda necesariamente los índices visibles del cuerpo con un cuerpo subyacente cuyos genitales (no visibles) le corresponden coherentemente.

-Si bien la mayor parte de los sujetos muestra un posicionamiento esencialista en relación con el género sentido [Sujeto 1 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 8 – Sujeto 9 – Sujeto 10], se hallaron dos sujetos que exponen una postura voluntarista, es decir declaran elegir deliberadamente sus transiciones [Sujeto 2 – Sujeto 9]. Otros sujetos señalan que, asumir y performar el *género sentido* no significa simplemente disfrazarse y, así, alimentan una postura esencialista que da cuenta que los sujetos conciben el género de manera expresiva y no performativa - [Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 6].

-Se hallaron relatos que dan cuenta de transformaciones, a lo largo del tiempo, en el modo en que se han auto-percibido en relación con el género [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 5 – Sujeto 8 – Sujeto 9 – Sujeto 10].

-Los sujetos que transicionan hacia el *género sentido* –sensación de pertenencia al género que normativamente no se corresponde con el sexo–, poseen registros desde la temprana infancia [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Los primeros recuerdos que refieren al *género sentido* son categorizados bajo las denominaciones *varón, mujer, femenino, masculino*, y, sólo posteriormente, los sujetos toman categorías como trans, travesti, o transexual para dar cuenta sí mismos [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Los sentidos que giran en torno a la *no conformidad de género* cobran existencia en la mirada de los otros. Es así que la dimensión social y normativa del género se concreta en la mirada de los otros, y de los sujetos mismos, y es lo que alimenta la necesidad de transformación e intervención de la superficie del cuerpo. Bajo las ideas de Kaja Silverman (1996), esto puede ser leído como la alineación identificatoria con la idealidad que marcan los estereotipos de género a ser performados a la hora de obtener reconocimiento y, así, adquirir inteligibilidad social. Nos interrogamos respecto a motivos posibles de la necesidad y el anhelo de intervenir el cuerpo más allá de las exigencias sociales cargadas en la mirada

de los otros, y de la búsqueda de autenticidad para el *género sentido* [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 8 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-Se observa el modo en que los estereotipos exacerbados de género marcan el horizonte hacia el cual tienden los sujetos mediante la transición emprendida [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 8 – Sujeto 9 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-En transiciones *M2F*, la maternidad, como capacidad de gestar, propia del cuerpo femenino, se figura como la esencia de la mujer anhelada, en mayor medida que los genitales, los que permanecen en un segundo plano en la significación explícita que se le atribuye al género (útero, vagina) [Sujeto 4 – Sujeto 6].

-Los sujetos denominan sus identidades sexuales en función del ámbito en el que inscriben la verdad del sexo (cuerpo/genitales o *género sentido*). En todos los casos en los que la identidad de género no se alinea con el sexo, el género sentido, al que se pretende llegar, mediante la transición, se encuentra heteronormado. A partir del *género sentido* se realiza la elección sexual, dirigida hacia el sexo/género normativamente complementario [Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 7 – Sujeto 10 – Sujeto 11]. En un caso, en el que el sexo permanece alineado con el género [Sujeto 9] la identidad sexual antecede a la auto-percepción realizada bajo la categoría *trans*, la que heterosexualiza la elección en función del género adoptado y en detrimento de las características fácticas de la superficie corporal.

-El logro de la autenticidad de género, o la asunción de una subjetividad coherentemente sexo/generizada, se ve obstaculizada por los significados implícitos que recubren los genitales con los que cuenta el sujeto –en su configuración biológica de partida. Debido al estatuto otorgado al cuerpo, dicho obstáculo cobra más fuerza que la capacidad propiciatoria de los significados que recubren los genitales o zonas corporales reasignadas [Sujeto 1 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-En casos de transexualidad *M2F*, llegar a ser mujer implica quitarse los genitales con los que se cuenta, más que llegar a tener útero o vagina. Sin embargo, en la mayoría de los casos aún esto no alcanza para el logro de *ser mujer*. Es en este punto, como ya mencionamos, *ser madre* irrumpe como núcleo que para algunos de los sujetos guarda las claves de lo que significa ser una verdadera mujer. De aquí se desprende, para mencionarlo nuevamente, la imposibilidad trans de *ser mujer* –debido al modo en que los propios sujetos interpretan el lugar del cuerpo [Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

-A un nivel explícito, la genitalidad en particular, y el cuerpo en general, no es fundamento naturalizado del género sentido [Sujeto 1 – Sujeto 2 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 9 – Sujeto 10].

-A nivel implícito, la genitalidad en particular, y el cuerpo en general, opera como fundamento naturalizado del sexo, lo que auspicia de obstáculo para la asunción mediante la transición de un género coherente. Es decir, opera una concepción esencialista del cuerpo [Sujeto 1 – Sujeto 3 – Sujeto 4 – Sujeto 5 – Sujeto 6 – Sujeto 8 – Sujeto 10 – Sujeto 11].

Reflexiones finales

-En algunos casos el cuerpo es figurado como una superficie sobre la que se interviene, pero esto no implica algún tipo de reformulación o un reposicionamiento subjetivo. Más allá de las intervenciones, el *género sentido* del sujeto no admite reformulaciones y continúa a la espera de una superficie radicalmente nueva que opere como fundamento natural de lo que *es* o *siente ser*.

-En algunos casos se observa la creencia de que los genitales y otras zonas corporales (visibles) deben modificarse para ajustarse al *género sentido* (invisible), signos que convocan y requieren de la transformación de aspectos *reales* del género. Sin embargo, en la mayor parte de los casos el cuerpo alterado mediante cirugías y tratamiento hormonal confirmó la esencia inalterable del cuerpo, más allá de las zonas alteradas.

-En algunos casos se trata de la *cosmética de un cuerpo enemigo* que no puede volverse sede natural del *género sentido* debido a que, a partir de los supuestos presentes en las auto-percepciones, pertenece esencialmente al sexo del que se pretende huir. Bajo los principios de autenticidad que operan, la conformidad buscada, único modo de *ser mujer*, no se consigue nunca. Los obstáculos para la atribución de coherencia al *género sentido* provienen de los supuestos de autenticidad con los que cuenta el sujeto. Estos supuestos requieren de cuerpos esenciales a modo de fundamento naturalizado. Sin estos supuestos que integran el entretejido subjetivo del género, la necesidad de imprimir coherencia perdería razón de ser, pues la idea misma de autenticidad se disuelve cuando los fundamentos se vuelven contingentes (Butler, 1992).

-En la mayoría de los casos una perspectiva esencialista explícita recubre al *género sentido*, motivo por el cual opera como núcleo permanente en la transición. Por este motivo, los intentos se dirigen a modificar el cuerpo en función del *género sentido*. Sin embargo, esta perspectiva se conjuga con un esencialismo implícito o subyacente localizado en el cuerpo que guarda la verdad del sexo que se pretende transformar y abandonar por remplazo. El carácter subyacente de este esencialismo retiene aspectos del cuerpo sexuado, velados para el sujeto, y lo conducen a errar la estrategia, puesto que intenta modificar radicalmente algo en lo que sólo se puede incidir superficialmente, dados los marcos normativos de género desde los que el cuerpo es interpretado.

-Si en los sujetos que adoptan la denominación *trans* el esencialismo que envuelve al cuerpo es subyacente, en los casos en que los sujetos se auto-denominan bajo la categoría *travesti*, el modo en que se localiza al cuerpo como sitio donde se articula la verdad del sexo es explícito.

-Los sujetos que rechazan la reasignación de sexo no atribuyen a los genitales la potencialidad de contradecir o interferir de manera significativa con la vivencia del *género sentido*. Esta resignación o desinterés en la autenticidad se debe, en parte, a que la concepción esencializada del cuerpo es explícita, postura desde la cual los sujetos advierten una naturaleza corporal invariable más allá de quitar los

genitales. Se trata, también, de una concepción esencializada del cuerpo, donde la verdad del sexo allí inscrita no se modifica mediante intervenciones.

-Los supuestos a partir de los cuales parte de los sujetos dan cuenta de sí mismos instalan un impedimento *a priori*. Cuerpo queda sometido a una transición permanente. Tal es así que, en algunos casos, las identidades que se localizan en el espectro de la *no conformidad de género* se encuentran encriptadas en una paradoja irresoluble.

-En última instancia, el dualismo mente / cuerpo genera una paradoja que entrapa *lo trans*. Se deslinda una vida paradójica: la realización del anhelo o deseo de *ser un género coherente* sin referencia a la configuración corporal de partida –organizado a partir de los propios términos del sistema de género hegemónico–, está vedada de entrada por el modo en que el mismo sistema de género hegemónico se arraiga en la subjetividad convencionalmente sexo/generizada. En los casos de transexualidades *M2F*, la feminidad permanece en el núcleo de la definición *trans*, pero la genitalidad, o la corporalidad, original no permite acceder al *ser mujer* coherente.

-La paradoja antes mencionada adquiere un carácter problemático sólo en aquellos casos en los que el sujeto intenta resolverla. La exigencia de resolver la paradoja constituye una necesidad de aquellos sujetos *no conformes al género* que a pesar de no habitar un posicionamiento coherente de género, lo anhelan y lo buscan permanentemente. Mantienen, parafraseando a Judith Butler (1997/2001), vínculos apasionados con la autenticidad. Jessica Benjamin (1995/1997) enfatiza que el valor de la paradoja reside en la tensión misma, pues su resolución implica el encasillamiento en uno de los polos intervinientes. Sin embargo, el carácter agencial permanece presente en aquellos casos en los que no opera la exigencia de la resolución de esta paradoja mediante la auto-adjudicación de una categoría identitaria totalizadora. Es preciso observar que la necesidad de resolver la tensión de la paradoja es un requerimiento propio del sistema de género con el que contamos, el que, por otra parte, genera la paradoja misma como irresoluble.

-A pesar de ser recreada subjetivamente mediante la significación personal, las nominaciones a las que los sujetos apelan para auto-denominarse constituyen categorías culturales y, desde allí imponen sentidos hegemónicos con los que el sujeto negocia mediante capturas más o menos creativas. Uno de estos sentidos de la categoría *trans*, que opera como exigencia de asumir esta identidad, refiere a la transición de un género a otro. En algunos casos, como hemos mencionado, se observaron capturas que desestabilizan, al menos en parte, estos sentidos.

-El cuerpo se figura como territorialidad o *locus* necesario, sin el cual la identidad no puede articularse.

-El cuerpo interpela y participa en las auto-percepciones de los sujetos en relación al género. Irrumpen aspectos agenciales del cuerpo que debieran borrar la dicotomía entre cuerpo e identidad de género como ámbitos separados en la conformación de la subjetividad generizada. Los modos binarios de significar y categorizar al cuerpo restringen la proliferación de nuevas identidades y localizaciones subjetivas más allá de los lugares dicotómicamente naturalizados. La idea de *no conformidad de género*, en la vertiente de la autenticidad, no podría articularse sin la existencia de la identidad de género y el cuerpo como ámbitos separados que se vinculan necesariamente entre sí bajo las reglas de la coherencia ya señaladas por Judith Butler (1990a/2007).

-Cobran especial relevancia en los sujetos *no conformes al género* los aspectos visibles del género, los *genitales sociales* (Kessler, 1978). En este punto, y de la mano de Butler (1990a/2007), nos interrogamos, ¿existe género sustancial más allá de visible? Si los sujetos indagados operaran bajo el supuesto de que lo esencial del género es ficción, estratos profundos del cuerpo dimórficamente sexuado, que reclaman significar la verdad del sexo, perderían eficacia. Nuevos significados, contingentes, aunque necesarios, abrirían el juego a la proliferación de múltiples identificaciones no aglutinadas bajo la lógica de las identidades.

-Los modos en que los sujetos indagados se auto-perciben exponen la forma en que el dimorfismo sexual opera. Allí encontramos tan sólo la posibilidad de dos cuerpos como soportes naturales de géneros, también binarios.

-Los marcos normativos del género hegemónico entranpan las subjetividades *no conformes al género*. Pues la subjetivación en torno al género normativo instala el binario de género como únicos términos a partir de los cuales se auto-perciben. En este contexto la categoría *trans* introduce una duplicidad en el corazón mismo del sujeto. Por un lado, anhela la pertenencia al *género sentido* bajo los principios hegemónicos de coherencia y autenticidad. Por otro lado, tales principios obstaculizan su concreción, pues tanto la coherencia y la autenticidad se entretejen a partir de una concepción esencialista, naturalista y dimórfica de los cuerpos. Los anhelos de conformidad están destinados a la frustración, al menos en aquellos sujetos donde la norma arraiga hondamente. Puede observarse el modo en que opera los *mecanismos psíquicos del poder*, en el sentido que imprime Judith Butler (1997/2001), puesto que los sujetos desean y anhelan bajo los términos normativos, y así son confinados a la incoherencia y la inautenticidad, por ende a la patologización, a la inferiorización y a la exclusión.

-En el contexto del modo en que opera sistema actual en que se organizan los géneros, el cuerpo adviene como un ámbito necesario para el despliegue de lo trans, en dos vertientes: (1) Permisiva: en tanto sitio donde se realizan las intervenciones que forman parte de la transición –uno de los significados fuertes asignados al término *trans*. (2) Restrictiva: en tanto sitio que contiene el sexo esencial de partida y, por tanto, impide que el género se torne género coherente y auténtico –significado que hace de la transición un proceso perpetuo.

-En los supuestos que subyacen a las auto-percepciones de los sujetos no conformes al género indagados, el cuerpo prolifera en dos niveles: (1) Uno de ellos superficial y maleable, que permite una estética que contribuye a la parodia del género al que se pretende arribar. (2) Otro de ellos profundo, que guarda la esencia que obstaculiza el desembarco de manera coherente en el género anhelado bajo el principio de autenticidad y naturalidad.

-El sistema de género actual no admite cuerpos que soporten identidades en clave no binaria. Al menos en los términos en que los sujetos indagados significan la categoría *trans*, el dualismo permanece en el corazón mismo de su definición.

-A pesar de la lógica binaria que entreteje el sentido adjudicado a lo *trans*, tal como aparece en los relatos, también es posible delimitar un aspecto agencial. Lo *trans* cuestiona, al menos inicialmente y en un sentido fenomenológico, los límites claros de la autenticidad, y el dominio soberano del cuerpo se contamina de otros ámbitos que reclaman jurisdicción para el ser generizado más allá de la genitalidad. Esto estorba, al menos en un primer momento, los términos del género hegemónico. A pesar de este desmontaje inicial, asistimos a una retroalimentación del sistema de género que imprime coherencia desde los propios *sujetos no conformes al género*, verdadero mecanismo de control y de disciplinamiento. Como hemos señalado, los sujetos recurren a los términos binarios para dar cuenta de sus posicionamientos problemáticos. Entonces si el desacople inicial es subversivo allí podemos inscribir la propuesta teórica de una agencia sin sujeto. La posterior adopción identitaria y sus sentidos, bajo la jurisdicción de sujeto articulado bajo la esfera de la norma, encauza al sujeto hacia los posicionamientos convencionales apelando a los términos binarios que imprimen a través de su modo particular de subjetivación el sentido de patología y desvío. En este caso, en un sentido profundo, tales sujetos muestran, en última instancia, conformidad con los términos del género hegemónico.

Comentarios finales

El trabajo de campo no sólo nos ha brindado aspectos novedosos en relación con el fenómeno indagado, sino que abre nuevas reflexiones que trascienden los hallazgos.

Los casos agrupados bajo la categoría de *no conformidad de género* iluminan aspectos naturalizados respecto a la *con-formación* del género en sus múltiples dimensiones – social y agencial– llevados a cabo día a día por todos los sujetos –conformes o no al género hegemónico. En este sentido, las auto-percepciones de los sujetos *no conformes al género* exponen características y develan mecanismos generales de la *con-formación* del género naturalizado.

No sólo las auto-percepciones, y el relato en general, de los sujetos *no conformes al género* ilustran las exigencias normativas para la *con-formación* del género, la existencia misma de una franja poblacional *no conforme al género* hegemónico, patologizada, inferiorizada y excluida, subraya las reglas y los sitios hacia donde no deben dirigirse las identificaciones.

La mayor parte de los sujetos entrevistados revelan, de manera explícita o subyacente, una actitud natural hacia el género. Sus auto-percepciones revelan un sentido respecto a la facticidad del género, es decir al género con base sustancial, como verdad objetiva. Aspiran a manejarse y desenvolverse como varones o mujeres coherentes. Tal es así que los sujetos *no conformes al género* hacen evidente lo que suele tomarse por sentado: la soldadura contingente entre sexo y género, esto es: la estructura imitativa del género (Butler, 1990a/2007).

Para que la multiplicidad y la diversidad generen marcos referenciales a partir de los cuales se organicen los procesos de subjetivación, antes es precisa una necesaria resignificación radical de los términos del género hegemónico, binario y excluyente. Desde estos marcos de género normativos la naturalización de los cuerpos dimórficamente sexuados opera como el principal obstáculo epistemológico para refigurar la *no conformidad de género* más allá de los principios de autenticidad, y para generar nuevas representaciones.

La presente indagación es sólo un puntapié inicial que ofrece líneas de indagación emergentes para futuras investigaciones sobre el tema. Varias líneas sugeridas en las entrevistas se han dejado por fuera, por no pertenecer al foco de interés de esta tesis. Aún así contamos con estos núcleos empíricamente emergentes para el despliegue de futuras líneas de indagación. Por otra parte, se torna necesario replicar la investigación con acceso a otros casos que salden las marcas de clase y etnia en las que se ha incurrido aquí. Tampoco se descarta el desafío de utilizar diseños metodológicos que permitan el acceso a una casuística mayor, bajo el desafío de no perder la perspectiva centrada en la diversidad.

Indudablemente es necesario ampliar este estudio, existen múltiples narrativas trans que muestran mayores niveles de capturas críticas respecto a los marcos normativos de género que los sujetos aquí entrevistados¹⁵⁷. Relatos donde el binarismo se diluye y los cuerpos se resignifican para abrir un juego identificadorio capaz de construir nuevas localizaciones no organizadas bajo el eje igualdad-diferencia (Benjamin, 1995/1997) que entreteje las identidades de género convencionales.

Nuevamente cabe la aclaración: cada localización *no conforme al género* aquí incluida muestra tal grado de singularidad que de ningún modo deben tomarse como

¹⁵⁷ En este punto hago referencia a narrativas biográficas de personas trans publicadas y ampliamente difundidas, por ejemplo véase João Nery (2011), y, en esta investigación el Sujeto 2.

representantes de la totalidad. Después de todo, la rúbrica de la *no conformidad de género* no se incluyó en esta indagación como categoría identitaria restrictiva, sino más bien como espectro que incluye diversos, infinitos, posicionamientos subjetivos.

La puesta en forma de estos resultados y reflexiones finales nos enfrenta a una complejidad adicional que refiere a la ausencia de categorías que logren captar la especificidad de los fenómenos presenciados. Constantemente el investigador se ha enfrentado ante el desafío de capturar insinuaciones y posiciones subjetivas que cavilan en los límites de lo instituido y lo instituyente. Para dar cuenta de ello sólo se ha contado con el recurso de describir minuciosa y densamente la especificidad de lo que se quería transmitir utilizando términos y categorías convencionales e insuficientes. Una lucha con las palabras en los intentos de capturar aspectos agenciales en estos posicionamientos y así vislumbrar horizontes más allá del disciplinamiento que impone la norma.

Finalmente, lo que interesa es ampliar los márgenes de la definición de lo humano y avanzar por el camino de la igualdad. Para ello, la *no conformidad de género* debe dejar de significar un pasaje de un polo a otro en el binario del sistema de géneros con el que contamos. Más bien debiera referir a un *más allá* del género, donde los cuerpos ya no operen como obstáculos epistemológicos respecto a la irrupción de la diversidad. Si esa posibilidad transcurre por una dinámica que se libra entre movimientos de la cultura y acciones políticas colectivas, esta tesis intenta ser un aporte desde esta segunda vertiente.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abelin, E. (1971). The role of the father in the separation-individuation process. En J. McDevitt, C. Settlage (Eds.). *Separation-individuation: Essays in honor of Margaret S. Mahler* (pp. 229–252). New York: Int. Univ. Press.
- Abelin, E. (1975). Some further observations and comments on the earliest role of the father. *International Journal of Psychoanalysis*, 56: 293-302.
- Abell, S. & Dauphin, B. (2009). The perpetuation of patriarchy: the hidden factor of gender bias in the diagnosis and treatment of children. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 14(1): 117-133.
- Abelleira, H. & Delucca, N. (2011). *Clínica Forense en Familias. Historización de una práctica*. Buenos Aires: Lugar.
- Abellón, P. (2013). “La estructura dilemática del pensamiento de Judith Butler, materialidad corporal y agencia política”. En M.L. Femenías, V. Cano & P. Torricella (Comps.). *Judith Butler, su filosofía a debate* (pp. 71-98). Buenos Aires: FFyL/UBA.
- Adelman, M. & Ruggi, L. (2008). The beautiful and the abject: gender, identity and constructions of the body in contemporary Brazilian culture. *Current Sociology*, 56(4): 555–586.
- Agacinski, S. (1998). *Política de sexos*. Madrid: Taurus.
- Ahlbäck, A. (2006). Review Essay: Can Gender Do Without the Body? *European Journal of Social Theory*, 9(1): 129-137.
- Ahmed, S. (2008). Open forum imaginary prohibitions: some preliminary remarks on the founding gestures of the 'new materialism'. *European Journal of Women's Studies*, 15(1): 23-39.
- Al-Amoudi, I. (2007). Redrawing Foucault's social ontology. *Organization*, 14(4): 543–563.
- Alizade, M. (2000) (Coord.). *Escenarios femeninos. Diálogos y controversias*. Buenos Aires: Lumen.
- Alizade, M. (2010). “El espacio psíquico no-madre”. En Beatriz Zelcer (Comp.). *Diversidad Sexual* (pp. 77-90). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Allegue, R & Carril, E. (2000). “El género en la constitución de la subjetividad. Un enfoque psicoanalítico”. En Souza, L; Guerrero, L; Muñiz, A. (Comps.) *Femenino–Masculino. Perspectivas Teórico Clínicas*. Montevideo: Psicolibros / Facultad de Psicología: UDELAR.
- Amesley, C. (1988). Marginal Sexual Practices: Pornography, Feminism and the Struggle with the State. *Journal of Communication Inquiry*, 12: 90-103.
- Amícola, J. (2000). *Camp y posvanguardia. Manifestaciones culturales de un siglo fenecido*. Buenos Aires: Paidós.

- Andersen, P., Inoue, K. & Walsh, K. (2013). An animated model for facilitating understanding of Grounded Theory and the processes used to generate substantive Theory. *Journal of Research in Nursing*, 18(8): 734-743.
- Anzieu, D. (1985/2007). *El Yo-Piel*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ariza, L. (2011). "Gestión poblacional del parentesco y normatividad: la producción de variabilidad biológica en el intercambio de gametas de la reproducción asistida". En D. Jones, C. Figari y S. Barrón López (Coords.). *La producción de la sexualidad. Políticas y regulaciones sexuales en Argentina* (pp. 127-146). Buenos Aires: Biblos.
- Asencio, M. (2011). 'Locas', Respect, and Masculinity: Gender Conformity in Migrant Puerto Rican Gay Masculinities. *Gender & Society*, 25(3): 335-354.
- Attwood, F. (2002). Reading Porn: The Paradigm Shift in Pornography Research. *Sexualities*, 5(1): 91-105.
- Aulagnier, P. (1975/2004). *La violencia de la interpretación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1979/2004). *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos Aires: Paidós.
- Aulagnier, P. (1991a). "Los dos principios del funcionamiento identificador, permanencia y cambio". En Hornstein y otros (Comps.), *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Aulagnier, P. (1991b). Construir(se) un pasado. *Revista de psicoanálisis de APdeBA*, XIII(3).
- Austin, J. (1962/2008). *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Bach, A. M. (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Biblos.
- Bach, A. M., Femenías, M. L., Gianella, A. Roulet, M. & Santa Cruz, M. I. (1994). "Para comprender el género: precisiones epistemológicas". En M. I. Santa Cruz, A. M. Bach, M. L. Femenías, A. Gianella & M. Roulet. *Mujeres y Filosofía (I). Teoría filosófica de Género* (pp. 59-66). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Badinter, É. (2003). *Hombres/Mujeres. Cómo salir del camino equivocado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Baert, P. (1998). *Social theory in the twentieth century*. New York: New York University Press.
- Ball, P. (2011). *Contra natura. Sobre la idea de crear seres humanos*. Madrid: Turner.
- Balsam, R. (2001). Integrating male and female elements in a woman's gender identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 49(4): 1335-1360.
- Balsamo, A. (1996). *Technologies of the gendered body*. Durham: Duke University Press.
- Bantjes, J. & Nieuwoudt, J. (2014). Masculinity and mayhem: The performance of gender in a South African boys' school. *Men and Masculinities*, 17(4): 376-395.

- Bargas, M. L. (2011). "Del descubrimiento a la creación histórico-social del dismorfismo sexual". En M. A. Gutierrez (Comp.). *Voces polifónicas. Itinerarios de los géneros y las sexualidades* (pp. 67-90). Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Barnett, M. (1966). Vaginal awareness in the infancy and childhood of girls. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 14(1): 129-141.
- Barnett, M. (1968). "I can't" versus "He won't": further considerations of the psychical consequences of the anatomic and physiological differences between the sexes. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 16: 588-600.
- Basaure, M. (2009). Foucault and the 'anti-oedipus movement': psychoanalysis as disciplinary power. *History of Psychiatry*, 20(3): 340-359.
- Beatrice, J. (1998). Sexual overstimulation as a cause of unstable gender identity in men: a case report. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 46(3): 753-776.
- Beauvoir, S. de (1949/2007). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Becker, H. (2010). Outsiders. *Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bell, A. (1961). Some observations on the role of the scrotal sac and testicles. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 9(2): 261-286.
- Beloff, H. (1992). On being ordinary. *Feminism & Psychology*, 2(3): 424-426.
- Bem, S. L. (1974). The measurement of psychological androgyny. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 42: 155-162.
- Bem, S. L. (1975). Sex role adaptability: One consequence of psychological androgyny. *Journal of Personality and Social Psychology*, 31: 634-643.
- Bem, S. L. (1981). *Bem Sex Role Inventory: Professional manual*. Palo Alto, CA: Consulting Psychologists Press.
- Benhabib, S. (2002/2006). *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*. Buenos Aires: Katz.
- Benjamin, H. (1945). Eugen Steinach, 1861-1944: A Life of Research. *Scientific Monthly*, 61: 427-42.
- Benjamin, H. (1953). Transvestism and Transsexualism. *International Journal of Sexology*, 7: 12-14.
- Benjamin, H. (1954). Transsexualism and Transvestism as Psychosomatic and Somatico-Psychic Syndromes. *American Journal of Psychotherapy*, 8: 219-30.
- Benjamin, H. (1966). *The Transsexual Phenomenon*. New York: Julian Press.
- Benjamin, H. (1967). The Transsexual Phenomenon. *Transactions of the New York Academy of Sciences*, 29: 428-30.
- Benjamin, H. & Ihlenfeld, C. (1973). Transsexualism. *American Journal of Nursing*, 73: 457-61.
- Benjamin, J. (1988). *The bonds of love: Psychoanalysis, feminism and the problem of domination*. New York: Pantheon [(1996). *Los lazos del amor: psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación*. Buenos Aires: Paidós].

- Benjamin, J. (1995). *Like subjects, love objects: essays on recognition and sexual difference*. New Haven: Yale University Press [(1997). *Sujetos iguales, Objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós].
- Benjamin, J. (1998). *Shadow of the Other. Intersubjectivity and Gender in Psychoanalysis*. New York/London: Routledge.
- Benjamin, J. (2002). The question of sexual difference. *Feminism & Psychology*, 12(1): 39-43.
- Berezin, M. (1954). Enuresis and bisexual identification. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2: 509-513.
- Berezin, M. (1969). The theory of genital primacy in the light of ego psychology. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 17(3): 968-987.
- Berg, M. & Akrich, M. (2004). Introduction - Bodies on Trial: Performances and Politics in Medicine and Biology. *Body & Society*, 10: 1-12.
- Bernstein, D. (1983). The female superego: A different perspective. *International Journal of Psycho-Analysis*, 64: 187-201.
- Bernstein, D. (1990). Female genital anxieties, conflicts, and typical mastery modes. *International Journal of Psycho-Analysis*, 71: 151-165.
- Bernstein, D. (1993). *Female Identity Conflict in Clinical Practice*. Northvale, NJ: Jason Aronson.
- Bernstein, I. (1983). Masochistic pathology and feminine development. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 31: 467-486.
- Bersani, L. (1995/1998). *Homos*. Buenos Aires: Manantial.
- Bhabha, H. (1994/2007). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Billings, D. & Urban, T. (1982). The socio-medical construction of transsexualism: an interpretation and critique. *Social Problems*, 29: 266-282.
- Bird, B. (1958). A study of the bisexual meaning of the foreskin. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 6(2): 287-304.
- Birks, M. & Mills, J. (2011). *Grounded theory: A practical guide*. Los Angeles: Sage.
- Birks, M., Chapman, Y. & Francis, K. (2008). Memoing in qualitative research: Probing data and processes. *Journal of Research in Nursing*, 13: 68-75.
- Birks, M., Mills, J., Francis, K. & Chapman, Y. (2009). A thousand words paints a picture: The use of storyline in grounded theory research. *Journal of Research in Nursing*, 14: 405-417.
- Bjerrum Nielsen, H. & Rudberg, M. (2002). Chasing the place where the psychological meets the cultural. *Feminism & Psychology*, 12(1): 44-48.
- Bleichmar, N. & Leiberman de Bleichmar, C. (1997). *El psicoanálisis después de Freud. Teoría y Clínica*. Mexico: Paidós.
- Bleichmar, S. (1992). Paradojas de la constitución sexual masculina. *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 18: 175-188.
- Bleichmar, S. (2006). *No me hubiera gustado morir en los 90*. Buenos Aires: Taurus.

- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Blos, P. (1985). *Son and Father: Before and beyond the Oedipal Complex*. New York: Free Press.
- Blumer, H. (1969). *Symbolic interactionism: Perspective and method*, Berkeley: University of California Press.
- Bolin, A. (1987). Transsexualism and the limits of traditional analysis. *American Behavioral Scientist*, 31(1): 41-65.
- Bolsø, A. (2001). When Women Take: Lesbians Reworking Concepts of Sexuality. *Sexualities*, 4(4): 455-473.
- Bordo, S. (1993). *Unbearable Weight: feminism, western cultura, and the body*. Berkeley: University of California Press.
- Bourke, J. (2007/2009). "Violencia, política, erótica". En *Los violadores. Historia del estupro de 1860 a nuestros días* (pp. 505-539). Barcelona: Crítica.
- Boychuk Duchscher, J. E. & Morgan, D. (2004). Grounded theory: Reflections on the emergence vs. forcing debate. *Journal of Advanced Nursing*, 48: 605-612.
- Braidotti, R. (1994/2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós. Traducción de A. Bixio.
- Braidotti, R. (2003). Becoming woman: or sexual difference revisited. *Theory, Culture & Society*, 20(3): 43-64.
- Bray, A. (2001). Not woman enough. Irigaray's culture of difference. *Feminist Theory*, 2(3): 311-327.
- Breuer & Freud (1893/1979). "Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar". *Obras Completas*, Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu.
- Brickell, C. (2006). Sexology, the homo/hetero binary, and the complexities of male sexual history. *Sexualities*, 9(4): 423-447.
- Brinkman, B., Rabenstein, K., Rosén, L. & Zimmerman, T. (2014). Children's gender identity development: The dynamic negotiation process between conformity and authenticity. *Youth & Society*, 46(6): 835-852.
- Brown, W. (1995). *States of injury: power and freedom in late modernity*. Princeton: Princeton University Press.
- Brownlie, E. B. (2006). Young Adults' Constructions of Gender Conformity and Nonconformity: AQ Methodological Study. *Feminism & Psychology*, 16(3): 289-306.
- Buckley, C. & Waring, M. (2013). Using diagrams to support the research process: examples from Grounded Theory. *Qualitative Research*, 13(2): 148-172.
- Bunz, M. (2007). *La utopía de la copia. EL pop como irritación*. Buenos Aires: Interzona.
- Burack, C. (2002). Re-kleining feminist psychoanalysis. *Feminism & Psychology*, 12(1): 33-38.
- Burin, M. (1991). *El malestar de las mujeres. La tranquilidad recetada*. Buenos Aires: Paidós.

- Burin, M. (1996). Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulneradas. En M. Burin, & E. Dio Bleichmar (Comps.). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad* (pp. 61-99). Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. & Meler, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burin, M. & Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Burns, M. (2003). Interviewing: embodied communication. *Feminism & Psychology*, 13(2): 229-236.
- Butler, J. (1982/1996). "Variaciones sobre sexo y género: Beauvoir, Wittig y Foucault". En M. Lamas (Comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 303-326). México: PUEG.
- Butler, J. (1986). Sex and gender in Simone de Beauvoir's Second Sex. *Yale French Studies*, 72: 35-49.
- Butler, J. (1989). Foucault and the paradox of bodily inscriptions. *Journal of Philosophy*, 86: 601-607.
- Butler J. (1990a). *Gender trouble. Feminism and the subversion of identity*. New York & London: Routledge [(2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós].
- Butler, J. (1990b). "Performative Acts and Gender Constitution: An Essay in Phenomenology and Feminist Theory." En Sue-Ellen Case (ed.). *Performing Feminisms: Feminist Critical Theory and Theatre* (pp. 270-282). Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Butler J. (1990c). "Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse". En L. Nicholson (Ed.). *Feminism/Postmodernism*. New York: Routledge. [(1992). "Problemas de los géneros, teoría psicoanalítica y discurso psicoanalítico". En L. Nicholson (Comp.). *Feminismo/Posmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria].
- Butler, J. (1992). "Contingent Foundations: Feminism and the Question of 'Postmodernism'". En Butler, J. and Scott, J. (eds.) *Feminists Theorize the Political* (pp. 3-21). New York & London: Routledge.
- Butler, J. (1993a). *Bodies that matter. On the discursive limits of sex*. New York: Routledge [(2008). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós].
- Butler, J. (1993b). "Imitation and gender insubordination". En H. Abelove (ed.). *The Gay and Lesbian Studies Reader* (pp. 307-320). London: Routledge [(2000). "Imitación e insubordinación de género". En R. Giordano & G. Graham (eds.). *Grañas de Eros*. Buenos Aires: Edelp].
- Butler, J. (1997). *The psychic life of power. Theories in subjection*. California: Stanford University Press [(2001). *Mecanismos psíquicos del poder: Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Catedra].
- Butler, J. (1997/2004). *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.
- Butler, J. (1999). Revisiting bodies and pleasures. *Theory, Culture & Society*, 16(2): 11-20.

- Butler, J. (2000). *Antigone's Claim*. New York: Columbia University Press [(2001). *El grito de Antígona*. Barcelona: El Roure].
- Butler, J. (2000/2011a). "Replantear el universal: la hegemonía y los límites del formalismo". En J. Butler, E. Laclau & S. Žižek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 19-50). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J. (2000/2011b). "Universalidades en competencia". En J. Butler, E. Laclau & S. Žižek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 141-183). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Butler, J. (2004a/2006). *Undoing Gender*, New York: Routledge [(2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós].
- Butler, J. (2004b/2006). "El parentesco, ¿es siempre heterosexual de antemano?" En J. Butler. *Deshacer el Género*. Barcelona. Paidós.
- Butler, J. (2004c/2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2005/2009). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Butler, J. (2008). "Entrevista a Judith Butler" por L. Glocer Fiorini y Á. Giménez de Vainer. En L. Glocer Fiorini (Comp.). *El cuerpo: lenguajes y silencios*. Buenos Aires: Lugar Editorial/APA Editorial.
- Butler, J. (2009). El transgénero y la actitud de la revuelta. *Revista de psicoanálisis, LXVI(3)*: 731-748.
- Butler, J. (2011). *Las categorías nos dicen más sobre la necesidad de categorizar los cuerpos que sobre los cuerpos mismos* (Entrevista de Daniel Gamper Sachse). Madrid: Katz.
- Butler, J. (2012). *Sujetos del deseo. Reflexiones hegelianas en la Francia del siglo XX* (E. L. Odriozola trad.). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1987).
- Butler, J. (2014). "Vida precaria, vulnerabilidad y ética de cohabitación". En B. Saez Tajafuerce (2014) (Ed.). *Cuerpo, memoria y representación* (pp. 7-80). Barcelona: Icaria.
- Butler, J. & Laclau, E. (1995). The uses of equality. En *TRANS*, 1(1): 40-55.
- Butler, J., Laclau, E. & Žižek, S. (2000/2011). *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cabral, M. (2009a). "Transgénero". En S. Gamba (Coord.). *Diccionario de estudios de género y feminismos* (pp. 337-340). Buenos Aires: Biblos.
- Cabral, M. (2009b). "Salvas las distancias – Apuntes acerca de 'Biopolíticas del Género'". En *onversaciones Feministas: Biopolítica* (pp. 123-139). Buenos Aires: Ají de pollo.
- Cairo-Chiarandini, I. (2001). To have and have not: clinical uses of envy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 49(4): 1391-1404.

- Campagnoli, M. (2013). La noción de *quiasmo* en Judith Butler: para una biopolítica positiva. *Nómadas*, 39: 47-61.
- Candiotti, C. (2010). "Verdade e sujeição da subjetividade". En *Foucault e a crítica da verdade* (pp.63-92). Belo Horizonte: Autêntica Editora.
- Cangi, A. (2011). "Escribir el cuerpo: indicios, querellas y variaciones". En M. Serres (1999/2011). *Variaciones sobre el cuerpo* (pp. 9-26). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Cangiano, M. C. y DuBois, L. (1993). *De mujer a género*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Carroll, J., Padilla-Walker, L., Nelson, L., Olson, C., McNamara Barry, C., Madsen, S. (2008). Generation XXX. Pornography Acceptance and Use Among Emerging Adults. *Journal of Adolescent Research*, 23(1): 6-30.
- Casale, R. (2006). "Deseo y producción de agencia en Judith Butler". En M. L. Femenías (Comp.). *Feminismos de París a La Plata* (pp. 67-80). Buenos Aires: Catálogos.
- Casale, R. & Chiacchio, C. (2013). "Algunas notas en torno al mito de Antígona en base al pensamiento de Judith Butler". En M.L. Femenías, V. Cano & P. Torricella (Comps.). *Judith Butler, su filosofía a debate* (pp. 191-212). Buenos Aires: FFyL/UBA.
- Casale, R. & Femenías, M. L. (2009). "Breve recorrido por el pensamiento de Judith Butler". En R. Casale & C. Chiacchio (Comps.). *Máscaras del deseo. Una lectura del deseo en Judith Butler* (pp. 11-35). Buenos Aires: Catálogos.
- Castoriadis, C. (1989/1993). *La Institución Imaginaria de la Sociedad. Vol 2*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Chamberlain-Salaun, J., Mills, J & Usher, K. (2013). Linking symbolic interactionism and Grounded Theory methods in a research design: from Corbin and Strauss' assumptions to action. *SAGE Open*. Recuperado de <http://gas.sagepub.com/content/3/3/2158244013505757>
- Chambers, S. (2007). 'Sex' and the problem of the body: reconstructing Judith Butler's theory of sex/gender. *Body & Society*, 13(4): 47-75
- Cháneton, J. (2007). *Género, poder y discursos sociales*. Buenos Aires: Eudeba.
- Changfoot, N. (2009a). Transcendence in Simone de Beauvoit's *The Second Sex*: revisiting masculinist ontology. *Philosophy Social Criticism*, 35(4): 391-410.
- Changfoot, N. (2009b). *The Second Sex's* continued relevance for equality and difference feminisms. *European Journal of Women's Studies*, 16(1): 11-31.
- Charmaz, K. (2006). *Constructing grounded theory: A practical guide through qualitative analysis*. London: Sage.
- Charmaz, K. (2014). Grounded Theory in global perspective: Reviews by international researchers. *Qualitative Inquiry*, 20(9): 1047-1084.
- Charon, J. (2007). *Symbolic interactionism: An introduction, an interpretation, an integration*. Upper Saddle River: Prentice Hall.

- Chasseguet-Smirgel, J. (1964/1977). La culpabilidad femenina (Algunos aspectos específicos del Edipo femenino). En J. Chasseguet-Smirgel (comp.). *La sexualidad femenina* (pp. 119-168). Barcelona: Laia.
- Chodorow, N. & Contratto, S. (1982). The fantasy of the perfect mother. En B. Thorne (Ed.). *Rethinking the family: Some feminist questions* (pp. 54-75). New York: Longman.
- Chodorow, N. (1974). Family structure and feminine personality. En M.Z. Rosaldo & L. Lamphere (Eds.). *Woman, Culture and Society*. California: Stanford University Press.
- Chodorow, N. (1978). *The reproduction of mothering: psychoanalysis and the sociology of gender*. Berkeley: University of California Press [(1984). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Editorial].
- Chodorow, N. (1994). *Femininities, Masculinities, Sexualities: Freud and Beyond*. Lexington: University of Kentucky Press; London: Free Association Books.
- Chodorow, N. (1995). Gender as a personal and cultural construction. *Signs*, 20: 516–544.
- Chodorow, N. (1996). Theoretical gender and clinical gender. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(suppl.): 215–238.
- Chodorow, N. (1999a). Comentarías. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 47(2): 365-370.
- Chodorow, N. (1999b). *The Power of Feelings: Personal Meaning in Psychoanalysis, Gender, and Culture*. New Haven: Yale University Press [(2003). *El poder de los sentimientos. La significación personal en el psicoanálisis, el género y la cultura*. Buenos Aires: Paidós].
- Chodorow, N. (2002a). The cycle completed: mothers and children. *Feminism & Psychology*, 12(1): 11-17.
- Chodorow, N. (2002b). Response and afterword. *Feminism & Psychology*, 12(1): 49-53.
- Chodorow, N. (2003). ‘Too late’: ambivalence about motherhood, choice, and time. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 51(4): 1181-1198.
- Chodorow, N. (2005). Gender on the modern-postmodern and classical-relational divide: untangling history and epistemology. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4): 1097-1118.
- Chodorow, N. (2008). Introduction: the Loewaldian legacy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 56(4): 1089-1096.
- Chodorow, N. (2010). Beyond the dyad: individual psychology, social world. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 58(2): 207-230.
- Chodorow, N. (2012). *Individualizing gender and sexuality: theory and practice*. New York: Routledge.
- Ciclitira, K. (2004). Pornography, Women and Feminism: Between Pleasure and Politics. *Sexualities*, 7(3): 281-301.
- Clarke, A. (2003). Situational analyses: Grounded theory mapping after the postmodern turn. *Symbolic Interaction*, 26: 553-576.

- Clewell, T. (2004). Mourning Beyond Melancholia: Freud's Psychoanalysis of Loss. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 52(1): 43-67.
- Clower, V. (1970). The development of the child's sense of his sexual identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 18(1): 165-176.
- Clower, V. (1975). "Significance of masturbation in female sexual development and function". En I. M. Marcus & J. J. Francis (Eds.). *Masturbation from Infancy to Senescence* (pp. 107-144). New York: International Universities Press.
- Cohen-Kettenis, P. & van Goozen, S. (2002). Adolescents who are eligible for sex reassignment surgery: parental reports of emotional and behavioural problems. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 412-422.
- Colebrook, C. (2000). Incorporeality: the ghostly body of metaphysics. *Body & Society*, 6(2): 25-44.
- Collin, F. (2010). "No se nace mujer y se nace mujer. Las ambigüedades de Simone de Beauvoir". En Cagnolati, B. & Femenías, M. L. (Comps.). *Simone de Beauvoir. Las encrucijadas de 'el otro sexo'*. La Plata: Edulp.
- Collingridge, D. & Gantt, E. (2008). The Quality of Qualitative Research. *American Journal of Medical Quality*, 23(5): 389-395.
- Collins, B. (1990). Pornography and Social Policy: Three Feminist Approaches. *Affilia*, 5(4): 8-26.
- Coll-Planas, G. (2012). "El circo de los horrores'. Una mirada interseccional a las realidades de lesbianas, gays, intersex y tran". En R. Platero (Ed.). *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada* (pp. 255-276). Barcelona: Bellaterra.
- Colón Zayas, E. (2012). "Amanecer en la era de acuario. Walter Mercado, estrella de la performance camp y queer". En F. Forastelli & G. Olivera (Coords.). *Estudios queer. Semióticas y políticas de la sexualidad* (pp.67-78). Buenos Aires: La Crijia.
- Conway, J, Bourque, S. & Scott, J. (1987/1996). "El concepto de género". En M. Lamas (Comp.). *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 21-33). México: PUEG.
- Cook, A. (2009). The politics of pleasure talk in 18th-century Europe. *Sexualities*, 12(4): 451-466.
- Coole, D. (2005). Rethinking Agency: A Phenomenological Approach to Embodiment and Agentic Capacities. *Political Studies*, 53: 124-42.
- Copjec, J. (1994). Sex and the euthanasia of reason. En Copjec, J. (Ed.), *Supposing the subject* (pp. 16-44). London – New York: Verso.
- Copjec, J. (2002/2006). *Imaginemos que la mujer no existe. Ética y sublimación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Corbin, J. & Strauss, A. (2008). *Basics of qualitative research: Techniques and procedures for developing grounded theory*. Los Angeles: Sage.
- Córdova Plaza, R. (2003). Reflexiones teórico-metodológicas en torno al estudio de la sexualidad. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(2): 339-360.

- Cowan, S. (2010). The Elvis we deserve: the social regulation of sex/gender and sexuality through cultural representations of 'The King'. *Law, Culture and the Humanities*, 6(2): 221-244.
- Crawford, M. (1992). Identity, 'Passing' and Subversion. *Feminism & Psychology*, 2(3): 429-431.
- Crimp, D. (1979). Pictures, *October* 8: 75-88.
- Crozier, I. (2000). Havelock Ellis, eonism and the patient's discourse; or, writing a book about sex. *History of Psychiatry*, 11: 125-154.
- Cryle, P. (2009a). Interrogating the work of Thomas W. Laqueur. *Sexualities*, 12(4): 411-417.
- Cryle, P. (2009b). 'Les choses et les mots': missing words and blurry things in the history of sexuality. *Sexualities*, 12(4): 437-450.
- Currier, D. (2003). Feminist technological futures. Deleuze and body/technology assemblages. *Feminist Theory*, 4(3): 321-338.
- D'augelli, A. (2002). Mental health problems among lesbian, gay, and bisexual youths ages 14 to 21. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 433-456.
- Dahl, E. (1996). Penis envy revisited. *Psychoanalytic Study of the Child*, 51: 303-325.
- Daly, M. (1978). *Gyn/Ecology. The metaethics of radical feminism*. Boston: Beacon Press.
- Darré, S. (2013). *Maternidad y tecnologías de género*. Buenos Aires: Katz.
- David, E. (2014). Purple-Collar labor: Transgender workers and queer value at global call centers in the Philippines. *Gender & Society*: 1-26. Recuperado de <http://gas.sagepub.com/content/early/2014/11/17/0891243214558868>.
- de Lauretis, T. (2000). *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*. Madrid: Horas y horas.
- de Marneffe, D. (1997). Bodies and words: A study of young children's genital and gender knowledge. *Gender and Psychoanalysis*, 2: 3-33.
- De Santo, M. (2013). "Un recorrido posible por la *performance* butleriana". En M.L. Femenías, V. Cano & P. Torricella (Comps.). *Judith Butler, su filosofía a debate* (pp. 135-150). Buenos Aires: FFyL/UBA.
- Deegan, M. (2001). The Chicago school of ethnography. En P. Atkinson, A. Coffey, S. Delamont, J. Lofland & L. H. Lofland (eds.). *The handbook of ethnography* (pp. 11-25). London: Sage.
- Delucca, N. & Petriz, G. (1997). "Cuerpo y devenir: recorrido de su significación". En J. Barrionuevo (Coord.). *Acto y cuerpo en psicoanálisis con niños y adolescentes*. Buenos Aires: JVE Psique.
- Delucca, N.; González Oddera, M. & Martínez, A. (2010). Una investigación sobre las modalidades de la diversidad en las configuraciones vinculares. Presentación preliminar. Actas del II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XVII Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires y Sexto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. "Clínica e Investigación - Contribuciones a las

Problemáticas Sociales”. Formato Papel (Tomo IV, pp. 262-265). Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA.

- Delucca, N.; González Oddera, M. & Martínez, A. (2011a). Modalidades de la diversidad en los vínculos familiares. *Revista de Psicología. Segunda Época*, 11:105-123.
- Delucca, N.; González Oddera, M. & Martínez, A. (2011b). Presentaciones actuales de la maternidad. Actas del III Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. “Conocimiento y escenarios actuales”. Formato CD (Tomo I, pp. 227-231). La Plata: Facultad de Psicología, UNLP.
- Delucca, N.; González Oddera, M. & Martínez, A. (2013). Modalidades de la diversidad, en el ejercicio de la parentalidad y la pareja. Hallazgos de investigación. Actas del V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología, XX Jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires y Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. “El Cuerpo y la Psicología. Su dimensión virtual, biológica, como lazo social. Prácticas Contemporáneas” (pp. 32-34). Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA.
- Deutsch, H. (1973). *La psicología de la mujer. Primera Parte*. Buenos Aires: Losada.
- Deutscher, P. (2003). Between east and west and the political of ‘cultural ingenuité’: Irigaray on cultural difference. *Theory, Culture & Society*, 20(3): 65-75.
- Devereaux, G. (1954). Primitive genital mutilations in a neurotic’s dream. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2(3): 484-493.
- Devereaux, G. (1958). The significance of the external female genitalia and of female orgasm for the male. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 6(2): 278-286.
- Devereaux, G.. (1954). Primitive genital mutilations in a neurotic’s dream. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2: 484-493.
- Di Signi, S. (2013). *Sexualidades. Tensiones entre la psiquiatría y los colectivos militantes*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Diagnostic Criteria from DSM-IV (1995). [Versión española de la cuarta edición de la obra original en lengua inglesa. Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders: DSM-IV, publicada por la American Psychiatric Association de Washington]. Barcelona: Masson.
- Diamond, M. (2002). Sex and Gender are Different: Sexual Identity and Gender Identity are Different. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 320-334.
- Diamond, M. (2006). Masculinity unraveled: the roots of male gender identity and the shifting of male ego ideals throughout life. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54(4): 1099-1130.
- Digeser, P. (1994). Performativity trouble: postmodern feminism and essential subjects. *Political Research Quarterly*, 47(3): 655-673.
- Dinnerstein, D. (1976). *The Mermaid and the Minotaur*. New York: Harper & Row.
- Dinshaw, C. (2008). “Perspectivas Queer”. En À. Carabí, & J. Armengol, J. (Comps.). *La masculinidad a debate*. Barcelona: Icaria.

- Dio Bleichmar, E. (1985/1997). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Coyoacán (México): Fontamara.
- Dio Bleichmar, E. (1992). Del sexo al género. *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 18: 127-155.
- Dio Bleichmar, E. (1996). Feminidad/masculinidad. Resistencias en el psicoanálisis al concepto de género. En M. Burin, & E. Dio Bleichmar (Comps.). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad* (pp. 100-139). Buenos Aires: Paidós.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *La sexualidad femenina: de la niña a la mujer*. Barcelona: Paidós.
- Dio Bleichmar, E. (2010). “Cuestiones psicoanalíticas. Cuestionario: respuestas de Emilce Dio Bleichmar” En Beatriz Zelcer (Comp.). *Diversidad Sexual* (207-220). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Dobles Oropeza, I. (2003). Diferenciación y reconocimiento mutuo en lo intergenérico: Chodorow y Jessica Benjamín. *Revista Reflexiones* 82(2): 7-16.
- Dolar, M. (2006/2007). *Una voz y nada más*. Buenos Aires: Manantial.
- Doorbar, R. (1969). “Psychological testing of male transsexuals: A brief report of results from the Wechsler Adult Intelligence Scale, the Thematic Apperception Test, and the House-Tree-Person Test”. En R. Green and J. Money (eds.). *Transsexualism and Sex Reassignment* (pp. 189–200). Baltimore, MD: Johns Hopkins Press.
- Dor, J. (1986). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como un lenguaje* (M. Nizraji trad.). Buenos Aires: Gedisa. (Trabajo original publicado en 1985).
- Dorlin, E. ([2008] 2009). *Sexo, género y sexualidades Introducción a la teoría feminista*. Buenos Aires: Nueva Visión. Traducción de V. Goldstein.
- Draucker, C., Martsof, D., Ross, R. & Rusk, T. (2007). Theoretical sampling and category development in Grounded Theory. *Qualitative Health Research*, 17(8): 1137-1148.
- Driver, S. (2005). Intersubjective openings. Rethinking feminist psychoanalytics of desire beyond heteronormative ambivalence. *Feminist Theory*, 6(1): 5-24.
- Duindam, V. & Spruijt, E. (2002). The reproduction of fathering. *Feminism & Psychology*, 12(1): 28-32.
- Dunker, P. (1992). Heterosexuality: Fictional agendas. *Feminism & Psychology*, 2(3): 353-365.
- Dworkin, A. (1981). *Pornography: Men Possessing Women*. London: The Women's Press.
- Edgcombe, R. & Burgner, M. (1975). The phallic narcissistic phase: a differentiation between preoedipal and oedipal aspects of phallic development. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 30: 161-180.
- Ehrbar, R., Winters, K. & Gorton, N. (2010). “Sugerencias para la revisión de los diagnósticos relacionados con el género en el DSM y el CIE”. En M. Missé & G. Coll-Planas (Eds.). *El género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad* (pp.157-176). Madrid: Egales.

- Ehrhardt, A. (1977). Links fetal exposure to progesterone to femininity. *Clinical Psychiatry News*, 5:7.
- Ekins, R. (2005). Science, politics and clinical intervention: Harry Benjamin, transsexualism and the problem of heteronormativity. *Sexualities*, 8(3): 306–328.
- Ekins, R. & King, D. (1999). Towards a Sociology of Transgendered Bodies. *The Sociological Review*, 47: 580-602.
- Elise, D. (1997). Primary femininity, bisexuality, and the female ego ideal: A re-examination of female developmental theory. *Psychoanalytic Quarterly*, 46: 489–517.
- Elise, D. (1998). Absence of the paternal penis. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 46(2): 413-442.
- Elizalde, S. (2009). “Genealogías e intervenciones en torno al género y la diversidad sexual”. En S. Elizalde, K. Felitti & G. Queirolo (Coords.). *Géneros y sexualidades en las tramas del saber. Revisiones y propuestas* (pp. 129-187). Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Elizalde, S. (2011). “La identidad imperiosamente. Pánico sexual y estrategias de vigilancia institucional hacia jóvenes mujeres y trans”. En S. Elizalde (Coord.). *Jóvenes en cuestión. Configuraciones de género y sexualidad en la cultura* (pp. 119-142). Buenos Aires: Biblos.
- Elliot, A. (1992/1995). *Teoría social y psicoanálisis en transición. Sujeto y sociedad de Freud a Kristeva*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Elliot, A. (2005). The Constitution of the Subject: Primary Repression after Kristeva and Laplanche. *European Journal of Social Theory*, 8(1): 25-42.
- Evans, M. (1997). *Introducción al pensamiento feminista contemporáneo*. Madrid: Minerva Ediciones.
- Eves, A. (2004). Queer theory, butch/femme identities and lesbian space. *Sexualities*, 7(4): 480-496.
- Eyre, S., de Guzman, R., Donovan, A. & Boissiere, C. (2004). ‘Hormones is not magic wands’: Ethnography of a transgender scene in Oakland, California. *Ethnography*, 5(2): 147-172.
- Fahs, B. (2011). Breaking body hair boundaries: Classroom exercises for challenging social constructions of the body and sexuality. *Feminism & Psychology*, 22(4): 482-506.
- Fast, I. (1979). Developments in gender identity: Gender differentiation in girls. *International Journal of Psycho-Analysis*, 60:443–453.
- Fast, I. (1984). *Gender Identity: A Differentiation Model*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Fast, I. (1990). Aspects of early gender development: toward a reformulation. *Psychoanalytic Psychology*, 7(Suppl.): 105-118.
- Fausto-Sterling, A. (2000/2006). *Cuerpos sexuados* Barcelona: Melusina. Traducción de A. García Leal.
- Femenías, M. L. (1998). Butler lee a Beauvoir: fragmentos para una polémica en torno del ‘sujeto’. *Mora*, 4: 3-27.

- Femenías, M. L. (1999). Butler y Beauvoir en diálogo imposible. En *Travesías. Temas del debate feminista contemporáneo*, N° 4: 43-53.
- Femenías, M. L. (2000). *Sobre sujeto y género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías M. L. (2002) (Comp.). *Perfiles del feminismo Iberoamericano*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías, M. L. (2003). *Judith Butler: Introducción a su lectura*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías M. L. (2005) (Comp.). *Perfiles del feminismo Iberoamericano. Volumen 2*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías M. L. (2006) (Comp.). *Feminismos de París a La Plata*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías M. L. (2007a) (Comp.). *Perfiles del feminismo Iberoamericano. Volumen 3*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías, M. L. (2007b). *El género del Multiculturalismo*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Femenías, M. L. (2008a). Identidades esencializadas / violencias activadas. *ISEGORÍA*, 38: 15-38.
- Femenías, M. L. (2008b). “El ensayo feminista ilustrado en El Segundo Sexo de Simone de Beauvoir. Jornada de Homenaje a Beauvoir. La Plata: CINIG, Universidad Nacional de La Plata.
- Femenías, M. L. (2008c). Simone de Beauvoir: hacer triunfar el reino de la libertad. *Oficios Terrestres, (XIV) 23*: 32-45.
- Femenías, M. L. (2008d). Simone de Beauvoir: contribuciones de una filósofa. *La manzana de la discordia, 3(2)*: 7-15.
- Femenías, M. L. (2012). *Sobre sujeto y género. (Re)Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Femenías, M. L. (2013a). “Violencia de sexo-género: el espesor de la trama”. En *Los ríos subterráneos, VOLUMEN 1 –Violencias cotidianas (en las vidas de las mujeres)* (pp. 65-93). Rosario: Prohistoria.
- Femenías, M. L. (2013b). “Monsieur Cannibale: el monstruo invisible de la violencia”. En *Los ríos subterráneos, VOLUMEN 1 –Violencias cotidianas (en las vidas de las mujeres)* (pp. 123-136). Rosario: Prohistoria.
- Femenías, M. L. (2013c). “Problemas con el cuerpo / el cuerpo en problemas” *Xº Congreso Argentino de Educación Física*. La Plata, FaHCE, UNLP.
- Femenías, M. L. (2014a). Comunicación personal.
- Femenías, M. L. (2014b). "Cuerpos: entre el biopoder y la performatividad". *XV International Women Philosophers Conference*. Alcalá de Henares, Madrid, España.
- Fendt, J. & Sachs, W. (2008). Grounded Theory Method in management research users' perspectives. *Organizational Research Methods, 11(3)*: 430-455.
- Fernández Gonzalo, J. (2011). *Filosofía zombi*. Barcelona: Anagrama.

- Fernández, A. M. (1992). *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, A. M. (1993) (Comp.). *Las mujeres en la imaginación colectiva*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, A. M. (2009). *Las lógicas sexuales: amor, política y violencias*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernández, A. M. & Siqueira Peres, W. (2013) (Eds.). *La diferencia desquiciada. Géneros y diversidades sexuales*. Buenos Aires: Biblos.
- Fernández, J. (2003). “Los cuerpos del feminismo”. En Maffía, D. (comp.). *Sexualidades migrantes. Género y transgénero* (pp. 86-96). Buenos Aires: Feminaria.
- Fernández, J. (2004). *Cuerpos desobedientes*. Buenos Aires: Edhasa.
- Figari, C. (2012). “Semióticas Queer: subversiones simbólicas de experiencias abyectas”. En F. Forastelli & G. Olivera (Coords.). *Estudios queer. Semióticas y políticas de la sexualidad* (pp.47-57). Buenos Aires: La Crijía.
- Figari, C. E. (2007). *Sexualidad, Religión y Ciencia. Discursos científicos y religiosos acerca de la sexualidad*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.
- Firestone, S. (1970). *The dialectic of sex. The case for feminist revolution*. New York: Bantam Books.
- Flax, J. (1990). *Thinking Fragments. Psychoanalysis, Feminism and Postmodernism in the Contemporary West*. Berkeley: University of California Press [(1995). *Psicoanálisis y Feminismo. Pensamientos Fragmentarios*. Madrid, Cátedra].
- Flax, J. (2006). Masculinity and its discontents: Commentary on Reichbart and Diamond. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54(4): 1131-1138.
- Flescher, J. (1948). On neurotic disorders of sensibility and body scheme. *The International Journal of Psychoanalysis*, 29(3):156-162.
- Flick, U. (2002). Qualitative Research - State of the Art. *Social Science Information*, 41(1): 5-24.
- Fliegel, Z. (1973). Feminine psychosexual development in Freudian theory: A historical reconstruction. *Psychoanalytic Quarterly*, 42: 385-408.
- Fliess, R. & Wiggers, H. (1953). Problems of identification. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1(3): 538-549.
- Flood, M. (2008). Men, Sex, and Homosociality: How Bonds between Men Shape Their Sexual Relations with Women. *Men and Masculinities*, 10(3): 339-359.
- Fogel, G. (2006). Riddles of masculinity: gender, bisexuality, and the thirdness. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54(4): 1139-1163.
- Fonagy, P. & Target, M. (2007). The rooting of the mind in the body: new links between attachment theory and psychoanalytic thought. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 55(2): 411-456.
- Fone, B. (2000/2008). *Homofobia. Una historia*. Madrid: Oceano.
- Foster, J. (1999). An invitation to dialogue: clarifying the position of feminist gender theory in relation to sexual difference theory. *Gender & Society*, 13(4): 431-456.

- Foucault, M. (1966/2008). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1970). *La arqueología del saber* (A. Garzón del Camino trad.). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1969).
- Foucault, M. (1975/2008). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976/2008). *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad Vol 1*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1977/2012). “Poder y saber”. En *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida* (pp. 67-86). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1978/2012). “Precisiones sobre el poder: respuestas a algunas críticas”. En *El poder, una bestia magnífica. Sobre el poder, la prisión y la vida* (pp. 113-124). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1981/2013). “El triunfo social del placer sexual. Una conversación con Michel Foucault”. En *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto* (pp. 116-122). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1984a/2010). *El uso de los placeres. Historia de la sexualidad Vol 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1984b/2008). *La inquietud de sí. Historia de la sexualidad Vol 3*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Fraiberg, S. (1972). Some characteristics of genital arousal and discharge in latency girls. *Psychoanalytic Study of the Child*, 27: 439-475.
- Fraisie, G. (1996). *La diferencia de los sexos*. Buenos Aires: Manantial.
- Fraser, M. (1999). Classing queer: politics in competition. *Theory, Culture & Society*, 16(2): 107-131.
- Fraser, N. & Nicholson, L. (1992). “Crítica social sin filosofía: un encuentro entre el feminismo y el posmodernismo”. En Nicholson, L. (comp.). *Feminismo / Posmodernismo*. Buenos Aires: Feminaria.
- Freedman, D., Tasker, F. & di Ceglie, D. (2002). Children and adolescents with transsexual parents referred to a specialist gender identity development service: a brief report of key developmental features. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 423-432.
- Freud, A. (1952). The role of bodily illness in the mental life of children. En A. Freud (1968). *Indications for Child Analysis and Other Papers*. New York: International University Press.
- Freud, S. (1900/1979). “La interpretación de los sueños”. *Obras Completas*, Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905/1979). “Tres ensayos de teoría sexual”. *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1912/1979). “La dinámica de la transferencia”. *Obras Completas*, Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1913/1979). "Tótem y Tabú". *Obras Completas*, Tomo XIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914/1979). "Introducción del narcisismo". *Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915/1979). "Pulsiones y destinos de pulsion". *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917a/1979). "Duelo y melancolía". *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917b/1979). "Conferencias de introducción al psicoanálisis (continuación). Parte III - Doctrina general de las neurosis". *Obras Completas*, Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920/1979). "Más allá del principio de placer". *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921/1979). "Psicología de las masas y análisis del yo". *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923a/1979). "El yo y el ello". *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923b/1979). "La organización genital infantil". *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924/1979). "El sepultamiento de complejo de Edipo". *Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926a/1979). "¿Pueden los legos ejercer el análisis?". *Obras Completas*, Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1926b/1979). "Inhibición, síntoma y angustia". *Obras Completas*, Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1931/1979). "La sexualidad femenina". *Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933/1979). "33ª conferencia. La feminidad". *Obras Completas*, Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1950/1979). "Fragmentos de la correspondencia con Fliess". *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Friedan, B. (1963). *The Feminine Mystique*. New York: Norton [(1974). *La mística de la feminidad*. Madrid: Jucar].
- Friedman, R. (1996). The role of the testicles in male psychological development. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(1): 201-253.
- Friedman, R. & Downey, J. (2008). Sexual differentiation of behavior: the foundation of a developmental model of psychosexuality. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 56(1): 147-175.
- Frignet, H. (2003). *El transexualismo* (H. Pons trad.). Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 2000).
- Frosch, J. (1964). The psychotic character: Clinical psychiatric considerations. *The Psychoanalytic Quarterly*, 38: 81-96.

- Fuss, D. (1995). *Identification papers*. New York: Routledge.
- Galenson, E. & Roiphe, H. (1976). Some early suggested revisions concerning early female development. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(5): 29-57.
- Galenson, E. & Roiphe, H. (1980). The preoedipal development of the boy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 28(4): 805-827.
- Galster, I. (2001). Fifty Years after Simone de Beauvoir's *The Second Sex*. What is the Situation of French Feminism? A Conversation with French Historian Michelle Perrot. *European Journal of Women's Studies*, 8(2): 243-252.
- Galupo, P., Bauerband, A., Gonzalez, K., Hagen, B., Hether, S. & Krum, T. (2014). Transgender friendship experiences: Benefits and barriers of friendships across gender identity and sexual orientation. *Feminism & Psychology*, 24(2): 193-215.
- Gambaudo, S. (2007). French feminism vs Anglo-American feminism: a reconstruction. *European Journal of Women's Studies*, 14(2): 93-108.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. Cambridge, MA: Polity Press.
- Garlick, S. (2003). What is a man? Heterosexuality and the technology of masculinity. *Men and Masculinities*, 6(2): 156-172.
- Garlick, S. (2009). Organizing nature: Sex, philosophy and the biological. *Philosophy & Social Criticism*, 35(7): 823-840.
- Garlick, S. (2010). Taking control of sex? Hegemonic masculinity, technology, and internet pornography. *Men & Masculinities*, 12(5): 597-614.
- Gedalof, I. (2000). Identity in transit: nomads, cyborgs and women. *European Journal of Women's Studies*, 7(3): 337-354.
- Gediman, H. (2005). Premodern, modern, and postmodern perspectives on sex and gender mixes. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4): 1059-1078.
- Gergen, M. (1992). Unbundling Our Binaries – Genders, Sexualities, Desires. . *Feminism & Psychology*, 2: 447-450.
- Giardini, F. (2003). Speculum of being two: politics and theory after all these years. *Theory, Culture & Society*, 20(3): 13-26.
- Giffney, N. (2004). Denormatizing Queer Theory: More Than (Simply) Lesbian and Gay Studies. *Feminist Theory*, 5(1): 73-78.
- Gilligan, C. (1982). *In a different voice: psychological theory and women's development*. Cambridge, MA: Harvard University Press [(1985). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. México: Fondo de Cultura Económica].
- Gimeno Reinoso, B. (2005). *Historia y análisis político del Lesbianismo. La liberación de una generación*. Barcelona: Gedisa.
- Glaser, B. (1978). *Theoretical sensitivity*. San Francisco: University of California.
- Glaser, B. (1998). *Doing grounded theory: Issues and discussions*. Mill Valley: Sociology Press.
- Glaser, B. & Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory: Strategies for qualitative research*. New York: Aldine de Gruyter.

- Glaser, B. G. & Holton, J. (2004). Remodeling grounded theory: Forum. *Qualitative Social Research*, 5: 1-17.
- Glaser, B. G. (1992). *Emerging vs. forcing: Basics of grounded theory analysis*. Mill Valley: Sociology Press.
- Glocer Fiorini, L. (2001). *Lo femenino y el pensamiento complejo*. Buenos Aires: Lugar.
- Glocer Fiorini, L. (2010). Sexualidades nómades y transgénero: un desafío a la polaridad masculino y femenino. En B. Zelcer (comp.). *Diversidad sexual*. Buenos Aires: Lugar.
- Glynos, J. (2000). Sexual identity, identification and difference: a psychoanalytic contribution to discourse theory. *Philosophy & Social Criticism*, 26(6): 85-108.
- Goffman, E. (1959/2012). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goldberg, A. (1999). "Sobre la naturaleza del inadaptado". En G. Lancella (Comp.). *El self en la teoría y en la práctica* (pp. 215-233). Buenos Aires: Paidós.
- Goldsmith, S. (2001). Oedipus or Orestes? Homosexual men, their mothers, and other women revisited. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 49(4): 1269-1287.
- Gómez Sánchez, L. & Martín Sevillano, A. B. (2006). Experience, subjectivity and politics in the italian feminist movement: redefining the boundaries between body and discourse. *European Journal of Women's Studies*, 13(4): 343-355.
- Good, J. & Sanchez, D. (2010). Doing gender for different reasons: Why gender conformity positively and negatively predicts self-esteem. *Psychology of Women Quarterly*, 34: 203-214.
- Gorlier, J. C. (2008). *¿Confiar en el relato? Narración, comunidad, disidencia*. Mar del Plata: EUDEM.
- Govrin, A. (2006). The dilemma of contemporary psychoanalysis: toward a "knowing" post-postmodernism. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 54(2): 507-535.
- Gravano, V. (2009). Explorations, Simulations: Claude Cahun and Self-Identity. *European Journal of Women's Studies*, 16(4): 353-371.
- Gray, P. (1967). Activity-Passivity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 15: 709-728.
- Green, A. I. (2010). Remembering Foucault: Queer Theory and disciplinary power. *Sexualities*, 13(3): 316-337.
- Green, R. (1978). Transsexualism: a research note. *Archives of Sexual Behavior*, 7(4): 383-384.
- Greenacre, P. (1953). Certain Relationships Between Fetishism and Faulty Development of the Body Image. *Psychoanalytic Study of the Child*, 8: 79-98.
- Greenacre, P. (1955). Further considerations regarding fetishism. *Psychoanalytic Study of the Child* 10: 187-194.

- Greenacre, P. (1958). Early physical determinants in the development of a sense of identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 6(4): 612–627.
- Greenacre, P. (1968). Perversions: general considerations regarding their genetic and dynamic background. *Psychoanalytic Study of the Child*, 23: 47–62.
- Greenson, R. (1954a). Problems of identification. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2(2): 197-199.
- Greenson, R. (1954b). The struggle against identification. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2(2): 200-217.
- Greenson, R. (1966). A transvestite boy and a hypothesis. *International Journal of Psychoanalysis*, 47: 396-403.
- Greenson, R. (1968). Dis-identifying from mother: its special importance for the boy. *International Journal of Psychoanalysis*, 49: 370-374 [(1995). Desidentificarse de la madre: su especial importancia para el niño varón. *Revista Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, 21: 221-229].
- Greer, G. (1971). *The Female Eunuch*. London: Paladin.
- Grimm, D. (1987). Toward a theory of gender: transexualism, gender, sexuality and relationships. *American Behavioral Scientist*, 31(1): 66-85.
- Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gros, F. (1999). “Nota sobre la sexualidad en la obra de Michel Foucault”. En *Litoral. La opacidad sexual*, 27 (pp. 9-18). Córdoba (Argentina): Edelp.
- Grossman, W. & Stewart, W. (1976). Penis envy. From childhood wish to developmental metaphor. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(Suppl.): 193-213.
- Grosz, E. (1993). Merleau-Ponty and Irigaray in the flesh. *Thesis Eleven*, 36: 37-59.
- Grosz, E. (1994). *Volatile bodies: towards a corporeal feminism*. Bloomington: Indiana University Press.
- Guasch, O. (1995). *La sociedad rosa*. Barcelona: Anagrama.
- Gutmann, P. (2004). Hermann Joseph Löwenstein’s dissertation: *De mentis aberrationibus ex partium sexualium conditione abnormi oriundis* (1823). *History of Psychiatry*, 15(4): 455-465.
- Haber, C. (1991). The psychoanalytic treatment of a preschool boy with a gender identity disorder. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39(1): 107-129.
- Haines, B., Ajayi, A. & Boyd, H. (2014). Making trans parents visible: Intersectionality of trans and parenting identities. *Feminism & Psychology*, 24(2): 238-247.
- Halberstam, J. & Livingston, I. (eds.) (1995). *Posthuman bodies*. Bloomington: Indiana University Press.
- Halperin, D. (2000). ¿Hay una historia de la sexualidad? En *Grafiyas de Eros. Historia, Género e Identidades Sexuales*. Buenos Aires: EDELP.

- Halperin, D. (2001/2004). "Identidad y desencanto". En *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico* (pp. 105-120). Buenos Aires: Letra Viva/Edelp.
- Halperin, D. (2007). *San Foucault. Para una hagiografía gay*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Hamon, M-C. (1992/1995). *¿Por qué las mujeres aman a los hombres? Y no a su madre*. Barcelona: Paidós.
- Haraway, D. (1991). *Simians, Cyborgs, and Women*. New York: Routledge [(1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (M. Talens trad.). Madrid: Cátedra].
- Haraway, D. (1992). "The Promises of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others". En Grossberg, L.; Nelson, C. y Treichler, P. (eds.). *Cultural studies* (pp. 295-337). Londres: Routledge [(1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados/bles. *Política y Sociedad*, 30: 121-163].
- Harley, M. (1961). Some observations on the relationship between genitality and structural development at adolescence. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 9(3): 434-460.
- Harris, A. (1991). Gender as contradiction: The discussion of Freud's 'The psychogenesis of a case of homosexuality in a woman'. *Psychoanalytic Dialogues*, 1: 197-224.
- Harris, A. (2005). Gender in linear and non-linear history. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4): 1079-1095.
- Harrison, I. (1979). On Freud's view of the Infant-Mother relationship and of the Oceanic Feeling -some subjective influences. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 27: 399-421.
- Hawkesworth, M. (2010). From constitutive outside to the politics of extinction: critical race theory, feminist theory, and political theory. *Political Research Quarterly*, 63(3): 686-696.
- Heath, H. & Cowley, S. (2004). Developing a grounded theory approach: A comparison of Glaser and Strauss. *International Journal of Nursing Studies*, 41: 141-150.
- Heenan, C. (2002). The reproduction of mothering: psychoanalysis and the sociology of gender: A reappraisal. *Feminism & Psychology*, 12(1): 5-9.
- Heilbrunn, G. (1979). Biologic correlates of psychoanalytic concepts. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 27: 597-626.
- Heiman, M. (1963). Sexual response in women: a correlation of physiological findings with psychoanalytic concepts. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 11(2): 360-385.
- Heiman, M. (1968). Female sexuality: introduction. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 16: 565-568.
- Hekman, S. (2000). Beyond identity: feminism, identity and identity politics. *Feminist Theory*, 1(3): 289-308.

- Hemmings, C. & Grace, F. (1999). Stretching queer boundaries: an introduction. *Sexualities*, 2(4): 387-396.
- Hendrick, I. (1951). Early development of the ego: identification in infancy. Retrieved from *The Psychoanalytic Quarterly*, 20:44-61.
- Hernando, A. (2012). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Katz.
- Hersford, S. (2005). Feminism and its ghosts: the spectre of the feminist-as-lesbian. *Feminist Theory*, 6(3): 227-250.
- Hines, M. (2004). *Brain Gender*. New York: Oxford University Press.
- Hinson Shope, J. (2004). When words are not enough: the search for the effect of pornography on abused women. *Violence Against Women*, 10(1): 56-72.
- Hird, M. (2000). Gender's nature: Intersexuality, transsexualism and the 'sex'/gender binary. *Feminist Theory*, 1(3): 347-364.
- Hird, M. (2002). Out/Performing our selves: invitation for dialogue. *Sexualities*, 5(3): 337-356.
- Hird, M. (2003). A typical gender identity conference? Some disturbing reports from the therapeutic front lines. *Feminism & Psychology*, 13(2): 181-199.
- Hird, M. (2004). Naturally queer. *Feminist Theory*, 5(1): 85-89.
- Hocquenghem, G. (2000/2009). *El deseo homosexual*. Madrid: Melusina.
- Hoffer, W. (1949). Mouth, hand, and ego integration. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 3/4: 49-56.
- Hoffman, L. (1999). Passions in girls and women: toward a bridge between critical relational theory and modern conflict theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 47(4): 1145-1168.
- Hollway, W. (1993). Theorizing Heterosexuality: A Response. *Feminism & Psychology*, 3(3): 412-417.
- Holly B. Kozee, H.; Tylka, T. & Bauerband, A. (2012). Measuring Transgender Individuals' Comfort With Gender Identity and Appearance: Development and Validation of the Transgender Congruence Scale. *Psychology of Women Quarterly*, 36(2): 179-196.
- Honkanen, K. (2005). 'It is historically constituted': historicism in feminist constructivist arguments. *European Journal of Women's Studies*, 12(3): 281-295.
- Horney, K. (1926a/1970). *Psicología femenina*. Buenos Aires: Psique.
- Horney, K. (1926b/1970). La huida de la feminidad. En *Psicología femenina* (pp.57-76). Buenos Aires: Psique.
- Housden, J. (1965). An examination of the biologic etiology of transvestism. *International Journal of Social Psychiatry*, 11:301-305.
- Ibarra Casals, D. (2011). *Subjetividad, género y poder en lo social*. Montevideo: Psicolibros.
- Illouz, E. (2006/2007). *Intimidades congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz.

- Illouz, E. (2011/2012). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Buenos Aires: Katz.
- Illouz, E. (2013/2014). *Erotismo de autoayuda. Cincuenta sombras de Grey y el nuevo orden romántico*. Buenos Aires: Katz.
- Irigaray, L. (1974/2007). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal.
- Irigaray, L. (1977/1998). *Ser Dos*. Buenos Aires: Paidós.
- Irigaray, L. (1977/2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Akal.
- Irigaray, L. (1978/1985). Otro modo de sentir. *Cuadernos inacabados*, N° 5 (pp. 35-51). Barcelona: La sal.
- Irigaray, L. (1980/1985). El otro género de la naturaleza. *Cuadernos inacabados*, N° 5 (pp. 19-34). Barcelona: La sal.
- Irigaray, L. (1981/1985). Cuerpo a cuerpo con la madre. *Cuadernos inacabados*, N° 5 (pp. 5-17). Barcelona: La sal.
- Irigaray, L. (1987/1993). *Sexes and genealogies*. New York: Columbia University Press.
- Irigaray, L. (1992/1994). *Amo a ti*. Barcelona: Icaria.
- Jacklin, C. N. (1992). How my heterosexuality affects my feminist politics. *Feminism & Psychology*, 2(3): 420-422.
- Jacob, J. & Cerny, C. (2004). Radical drag appearances and identity: The embodiment of male femininity and social critique. *Clothing and Textiles Research Journal*, 22(3): 122-134.
- Jacobson, E. (1937/1976). Ways of superego formation and the female castration complex. *Psychoanalytic Quarterly*, 45: 525-538.
- Jacobson, E. (1954). Contribution to the metapsychology of psychotic identifications. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2(2): 239-259.
- Jacobson, E. (1964). *The self and the object world*. New York: Int. Univ. Press.
- Jacques, J. (2007). Retrotranslations of Post-Transsexuality, Notions of Regret. *Journal of Visual Culture*, 6(1): 77-90.
- Jaffe, D. (1968). The masculine envy of woman's procreative function. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 16(3): 521-548.
- Jaffe, D. (1983). Some relations between the negative Oedipus complex and aggression in the male. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 31(4): 957-984.
- Jagose, A. (2009). Feminism's Queer Theory. *Feminism & Psychology*, 19(2): 157-174.
- James, S. (2000/2001). "El feminismo en la filosofía de la mente: la cuestión de la identidad personal". En M. Fricker & J. Hornsby (Comps.). *Feminismo y filosofía. Un compendio* (pp. 41-60). Barcelona: IDEA BOOKS.
- Jameson, F. (1998/1999). *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*. Buenos Aires: Manantial.
- Jay, M. (2007). Individual Differences in Melancholy Gender Among Women: Does Ambivalence Matter? *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 55(4): 1279-1320.

- Jeffreys, S. (1990). *Anticlimax: a feminist perspective on the sexual revolution*. London: Women's Press.
- Jeffreys, S. (2009/2011). *La industria de la vagina. La economía política de la comercialización global del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Jensen, R. (1996). Knowing Pornography. *Violence Against Women*, 2(1): 82-102.
- Jensen, R. (2007). *Getting off: pornography and the end of masculinity*. Cambridge: South End Press.
- Johnson, K. (2007). Changing sex, changing self. Theorizing transitions in embodied subjectivity. *Men and Masculinities*, 10(1): 54-70.
- Johnson, P. (2005). Improvisation and constraint: new works by Judith Butler. *Sociology*, 39(4): 755-759.
- Jónasdóttir, A. (1991/1993). *El poder del amor. ¿Le importa el sexo a la Democracia?* Madrid: Cátedra.
- Jones, D., Manzelli, H. & Pecheny, M. (2007). La teoría fundamentada: su aplicación en una investigación sobre vida cotidiana con VIH/sida y con hepatitis C. En A. L. Kornblit (Coord.). *Metodologías Cualitativas en Ciencias Sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Biblos.
- Jones, E. (1927/1966). La fase precoz del desarrollo de la sexualidad femenina. En *La sexualidad femenina* (pp. 24-43). Buenos Aires: Caudex.
- Jones, E. (1966). "El desarrollo temprano de la sexualidad femenina". *Psicoanálisis y sexualidad femenina* (pp. 25-47) (N. Watson trad.). Buenos Aires: HORME. (Trabajo original publicado en 1927).
- Jucovy, M. (1976). Initiation fantasies and transvestitism. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(3): 525-546.
- Kane, E. (2006). 'No Way My Boys Are Going to be like That!' Parents' Responses to Children's Gender Nonconformity. *Gender and Society*, 20(2): 149-176.
- Kanneh, K. (1992). Sisters under the skin: a politics of heterosexuality. *Feminism & Psychology*, 2(3): 432-433.
- Karme, L. (1981). A clinical report of penis envy: its multiple meanings and defensive function. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 29(2): 427-446.
- Kaufmann, J. (2010). Trans-representation. *Qualitative Inquiry*, 16(2): 104-115.
- Kendall, J. (1999). Axial coding and grounded theory. *Western Journal of Nursing Research*, 21: 743-757.
- Kendall, J. (1999). Axial Coding and the Grounded Theory Controversy. *Western Journal of Nursing Research*, 21(6): 743-757.
- Kenna, J.C. & Hoenig, J. (1984). Transsexualism and Slater's Selective Vocabulary Test. *International Journal of Social Psychiatry*, 30: 207-212.
- Kernberg, O. (1991). Sadomasochism, sexual excitement, and perversion. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39(2): 333-362.
- Kernberg, O. (1992/1994). *La agresión en las perversiones y en los desórdenes de la personalidad*. Buenos Aires: Paidós.

- Kernberg, O. (1995). *Love Relations: Normality and Pathology*. New Haven: Yale University Press. [(1995). *Relaciones amorosas. Normalidad y patología*. Buenos Aires: Paidós].
- Kernberg, O. (2000). The Influence of the Gender of Patient and Analyst in the Psychoanalytic Relationship. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48(3): 859-883.
- Kessler, S. (1978). *Gender: An Ethnomethodological Approach*. New York: John Wiley.
- Kessler, S. & McKenna, W. (2000). Gender construction in every life: transexualism. *Feminism & Psychology*, 10(1): 11-29.
- Kestenberg, J. (1956). Vicissitudes of female sexuality. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 4: 453-476.
- Kestenberg, J. (1965). On the development of maternal feelings in early childhood. *Psychoanalytic Study of the Child*, 11: 257-291.
- Kestenberg, J. (1968). Outside and inside, male and female. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 16(3): 457-520.
- Khayatt, D. (2002). Toward a Queer identity. *Sexualities*, 5(4): 487-501.
- Kirby, V. (2011). *Judith Butler: Pensamiento en acción*. Barcelona: ediciones bellaterra.
- Kirshner, L. (1991). The concept of the self in psychoanalytic theory and its philosophical foundations. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39(1): 157-182.
- Kitzinger, J. (1992). Sexual violence and compulsory heterosexuality. *Feminism & Psychology*, 2(3): 399-418.
- Kitzinger C., Wilkinson S., Perkins, R. (1992). Theorizing Heterosexuality. *Feminism & Psychology*, 2: 293-324.
- Kleeman, J. (1965). A boy discovers his penis. *Psychoanalytic Study of the Child*, 20: 239-266.
- Kleeman, J. (1971). The establishment of core gender identity in normal girls. *Archives of Sexual Behavior*, 1: 103-129.
- Kleeman, J. (1976). Freud's views on early female sexuality in the light of direct child observation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(5): 3-27.
- Klein, M. (1945/1964). El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. En *Contribuciones al Psicoanálisis* (pp. 303-347). Buenos Aires: Hormé.
- Knorr, N., Wolf, S. & Meyer, E. (1969). "Psychiatric evaluation of male transsexuals for surgery". En R. Green and J. Money (eds.). *Transsexualism and Sex Reassignment* (pp. 271-280). Baltimore, MD: Johns Hopkins Press.
- Kohlberg, L. (1966). "A cognitive-developmental analysis of children's sex role concepts and attitudes". En E. Maccoby (Ed.). *The Development of Sex Differences* (pp. 82-173). Palo Alto, CA: Stanford University Press.
- Kornblit, A. (2004). *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. Buenos Aires: Biblos.

- Kosofsky Sedgwick, E. (1990). *Epistemology of the Closet*. Berkeley: University of California Press [(1998). *Epistemología del armario*. Barcelona: La tempestad].
- Kramer Richards, A. (1996). What is new with women. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(4): 1227-1241.
- Kramer Richards, A. (1999). Freud and feminism: a critical appraisal. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 47(4): 1213-1237.
- Kristeva, J. (1961/1981a). *Semiótica 1*. Madrid: Espiral/Fundamentos.
- Kristeva, J. (1961/1981b). *Semiótica 2*. Madrid: Espiral/Fundamentos.
- Kristeva, J. (1980/1988). *Poderes de la perversión* (N. Rosa & V. Ackerman trads.). Buenos Aires: Catálogos. (Trabajo original publicado en 1980).
- Kristeva, J. (1987a). *Historias de Amor*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kristeva, J. (1987b/1997). *Sol negro. Depresión y melancolía*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Kristeva, J. (1999/2000). *El genio femenino. 1. Hannah Arendt*. Buenos Aires: Paidós.
- Kristeva, J. (2000/2001). *El genio femenino. 2. Melanie Klein*. Buenos Aires: Paidós.
- Kristeva, J. (2002/2003). *El genio femenino. 3. Colette*. Buenos Aires: Paidós.
- Kubie, L. (1974). The drive to become both sexes. *Psychoanalytic Quarterly*, 43: 349-426.
- Kulish, N. (1991). The mental representation of the clitoris: The fear of female sexuality. *Psychoanalytic Inquiry*, 11: 511-536.
- Kulish, N. (2000). Primary Femininity: Clinical Advances and Theoretical Ambiguities. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48(4): 1355-1379.
- Lacan, J. (1949/1972). “El estadio del espejo como formador de la función del yo [”je”] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. En *Escritos I*. Madrid: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1966/1988). “El estadio del espejo como formador de la función del yo [Je] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica”. *Escritos I* (pp. 86-93). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1973/1987) *El Seminario, Libro XI: Loc cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1981/1984). *El Seminario, Libro III: Las psicosis (1955-1956)*. Barcelona: Paidós.
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría de ‘género’. *Nueva Antropología*, VIII(30): 173-198.
- Lancella, G. (1999). “El self: Hallazgo clínico y necesidad conceptual”. En G. Lancella (Comp.). *El self en la teoría y en la práctica* (pp. 27-52). Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. (1987/1989). *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1999/2001). *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Laqueur, T. (1990). *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud*. Cambridge, MA: Harvard University Press [(1994). *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*. Madrid: Ediciones Cátedra].
- Laqueur, T. (2003). *Solitary Sex: A Cultural History of Masturbation*. New York: Zone Books [(2007). *Sexo solitario. Una historia cultural de la masturbación*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica].
- Laqueur, T. (2009). Sexuality and the transformation of culture: the longue durée. *Sexualities*, 12(4): 418-436.
- Lasky, R. (1989). Some determinants of the male analyst's capacity to identify with female patients. *International Journal of Psycho-Analysis*, 70: 405-418.
- Lasky, R. (2000). Body ego and the preoedipal roots of feminine gender identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48 (4): 1381-1412.
- Latour, B. (1993). *We have never been modern*. Cambridge: Harvard University Press [(2012). *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología asimétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI].
- Latour, B. (2005/2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- Lax, R. (1994). Aspects of primary and secondary genital feelings and anxieties in girls during the preoedipal and early oedipal phases. *Psychoanalytic Quarterly*, 63: 271-296.
- Le Breton, D. (2008). *L'Interactionnisme symbolique*. Paris, France: Quadrige/Puf.
- Leeb, C. (2008). Toward a theoretical outline of the subject: the centrality of Adorno and Lacan for feminist political theorizing. *Political Theory*, 36(3): 351-376.
- Lehtinen, V. (2007). On philosophical style: Michèle Le Doeuff and Luce Irigaray. *European Journal of Women's Studies*, 14(2): 109-125.
- Lerner, H. (1976). Parental mislabeling of female genitals as a determinant of penis envy and learning inhibitions in women. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(suppl.): 269-283.
- Levin de Said, A. D. (2004). *El sostén del ser. Las contribuciones de W. Winnicott y Piera Aulagnier*. Buenos Aires: Paidós.
- Levitt, H. & Ippolito, M. (2014). Being transgender: navigating minority stressors and developing authentic Self-Presentation. *Psychology of Women Quarterly*, 38(1): 46-64.
- Lewins, F. (1995). *Transsexualism in Society*. Melbourne: Macmillan.
- Lichtenberg, J. (1975). The development of the sense of self. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 23: 453-484.
- Lichtenberg, J. (1978). The testing of reality from the standpoint of the body self. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 26(2): 357-385.
- Licitra, J. (2007). *Los imprudentes. Historias de la adolescencia gay-lésbica en la Argentina*. Buenos Aires: Tusquets.
- Lie, M. (2002). Science as father?: sex and gender in the age of reproductive technologies. *European Journal of Women's Studies*, 9(4): 381-399.

- Locke, A. (2002). Gendered Emotion: Personal, Cultural or Discursive? *Feminism & Psychology*, 12(1): 97-104.
- Lloyd Mayer, E. (1995). The phallic castration complex and primary femininity: paired developmental lines toward female gender identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 43(1): 17-38.
- Lloyd, M. (1999). Performativity, parody, politics. *Theory, Culture & Society*, 16(2): 195-213.
- Loeb, L. & Shane, M. (1982). The resolution of a transsexual wish in a five-year-old boy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(2): 419-434.
- Loewald, H. (1951). Ego and reality. *International Journal of Psychoanalysis*, 32:10-18.
- Loewenstein, R. (1950). Conflict and autonomous ego development during the phallic phase. *Psychoanalytic Study of the Child*, 5: 47-53.
- Lofgren, B. L. (1968). Castration anxiety and the body ego. *The International Journal of Psychoanalysis*, 49: 408-410.
- Lopes Louro, G. (2008). "O 'estranhamento' queer". En Stevens, C. y Swain, T. (comps.), *A construção dos corpos. Perspectivas feministas* (pp. 141-148). Ilha de Santa Catarina: Mulheres.
- López Penedo, S. (2008). *El laberinto queer. La identidad en tiempos de neoliberalismo*. Madrid: Egales.
- Lothstein, L. (1988). *Progress in Self Psychology, Vol.III*. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Lukianowicz, N. (1961). Transvestite fantasy in a schizophrenic patient. *International Journal of Social Psychiatry*, 7: 307-313.
- Lutters, W. & Ackerman, M. (1996). An introduction to the Chicago school of sociology. Recuperado de http://userpages.umbc.edu/~lutters/pubs/196_SWLNote96-1_Lutters,Ackerman.pdf
- Luttrell, W. (2004). "Chodorow, Nancy." *Encyclopedia of Social Theory*. SAGE Publications. 4 Apr. 2010. <http://www.sage-reference.com/socialtheory/Article_n41.html>.
- Lykke, N. & Braidotti, R. (eds.) (1996). *Between monsters, goddesses, and Cyborgs*. London: Zed Books.
- MacKinnon, C. (1987). *Feminism Unmodified*. Boston: Harvard University Press [(2014). *Feminismo inmodificado. Discurso sobre la vida y el derecho*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores].
- Maccoby, E. (1998). *The two sexes: Growing up apart, coming together*. Cambridge: Harvard University Press
- Maffía, D. (2010). "Filosofía, política, identidad de género". En J. H. Raíces Montero (comp.). *Un cuerpo: mil sexos. Intersexualidades* (pp. 51-71). Buenos Aires: Topía.
- Mahler, M. & McDevitt, J. (1982). Thoughts on the emergence of the sense of self, with particular emphasis on the body self. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(4): 827-848.

- Mahler, M. (1984) *Separación-individuación*. Buenos Aires: Paidós.
- Mahler, M., Pine, F. & Bergman, A. (1975). *The psychological birth of the human infant*. New York: Basic Books [(1977). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar].
- Maingueneau, D. (2008). *La literatura pornográfica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Maluf, A. (2010). "A formação da família pelo transexual". En *Novas modalidades de família na pos-modernidade* (pp. 176-180). São Pablo: Atlas.
- Mamo, L. & Fishman, J. (2001). Potency in all the right places: Viagra as a technology of the gendered body. *Body & Society*, 7(4): 13-35.
- Mannoni, O. (1969/2006). *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Marina, J. A. (2002). *El rompecabezas de la sexualidad*. Barcelona: Anagrama.
- Marradi, A., Archenti, N. & Piovani, J. I. (2007). *Metodologías de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Markula, P. (2006). Deleuze and the body without organs: disreading the fit feminine identity. *Journal of Sport & Social Issues*, 30(1): 29-44.
- Marshall, B. (2002). Snips and snails and theorists' tales: classical sociological theory and the making of 'sex'. *Journal of Classical Sociology*, 2(2): 135-155.
- Martin, A. (2003). Introduction. Luce Irigaray and the culture of difference. *Theory, Culture & Society*, 20(3): 1-12.
- Matisons, M. R. (1998). The new feminist philosophy of the body: Haraway, Butler and Brennan. *European Journal of Women's Studies*, 5(9): 9-34.
- Mayer, E. (1985). 'Everybody must be just like me': Observations on female castration anxiety. *International Journal of Psycho-Analysis*, 66: 331-347.
- Mayers, W. (1976). The psychological significance of testicular problems. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24: 609-629.
- Mayobre Rodríguez, P. (2006). La formación de la Identidad de Género. Una mirada desde la filosofía. En J. M. Esteve Zarazaga & J. Vera Vila (Comp). *Educación Social e Igualdad de Género*. Málaga: Ayuntamiento de Málaga.
- McDougall, J. (1977). "Sobre la homosexualidad femenina". En J. Chasseguet-Smirgel (comp.). *La sexualidad femenina* (pp. 207-253) (E. Jiménez Martín trad.). Barcelona: Laia. (Trabajo original publicado en 1964).
- McNay, L. (1999). Subjet, psyche and agency: the work of Judith Butler. *Theory, Culture & Society*, 16(2), 175-193.
- McNay, L. (2003). Having it both ways : the incompatibility of narrative identity and communicative ethics in feminist thought. *Theory, Culture & Society*, 20(6): 1-20.
- Mead, G. (1934). *Mind, self, and society*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Mead, G. (1936). *Movements of thought in the nineteenth century*. Chicago: Chicago University Press.
- Mead, G. (1959). *The philosophy of the present*. La Salle: The Open Court Company.

- Meagher, M. (2007). Improvisation within a scene of constraint: Cindy Sherman's serial self-portraiture. *Body & Society*, 13(4): 1-19.
- Meccia, E. (2011). *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores.
- Medina, J. (2003). Identity trouble: disidentification and the problem of difference. *Philosophy & Social Criticism*, 29(6): 655-680.
- Meler, I. (1987). Identidad de género y criterios de salud mental. En M. Burin (Comp.). *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental* (pp. 349-374). Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Meler, I. (1996). Psicoanálisis y género. Aportes para una psicopatología. En M. Burin, & E. Dio Bleichmar (Comps.). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad* (pp. 241-266). Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (1998). La familia. Antecedentes históricos y perspectivas futuras. En M. Burin & I. Meler. *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad* (pp. 31-70). Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (2000a). La sexualidad masculina. Un estudio psicoanalítico de género. En M. Burin & I. Meler. *Varones. Género y Subjetividad masculina* (pp.149-198). Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (2000b). El ejercicio de la sexualidad en la posmodernidad. Fantasmas, prácticas y valores. En I. Meler & D. Tajer. *Psicoanálisis y género. Debates en el Foro* (pp.179-210). Buenos Aires: Lugar.
- Meler, I. (2002). Comentario. Relaciones de género y subjetividad: debates actuales. *Actualidad en Psicología. Nueva época*, 18(105): 160-166.
- Meler, I. (2003). El estatuto teórico del cuerpo en los estudios psicoanalíticos de género. Trabajo presentado en *Jornadas de COWAP*. Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.
- Meler, I. (2006). El incesto. *Investigaciones en psicología*, 11(2): 55-77.
- Meler, I. (2008). Las familias. *Subjetividad y procesos cognitivos*, 12:158-188.
- Meler, I. (2010). "Cuestiones psicoanalíticas. Cuestionario: respuestas de Irene Meler" En Beatriz Zelcer (Comp.). *Diversidad Sexual* (pp. 221-229). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Meler, I. (2012a). *Recomenzar: amor y poder después del divorcio*. Buenos Aires: Paidós.
- Meler, I. (2012b). Las relaciones de género: su impacto en la salud mental de mujeres y varones. En C. Hazaki (Comp.). *La crisis del Patriarcado* (pp. 23-46). Buenos Aires: Topía.
- Meler, I. (2012c). Comunicación personal.
- Meler, I. (2013). Comunicación personal.
- Mercader, P. (1997). *La ilusión transexual* (P. Mahler trad.). Buenos Aires: Nueva Visión. (Trabajo original publicado en 1994).
- Merlin, L. (2003). Perverse ethics: The body, gender and intersubjectivity. *Feminist Theory*, 4(2): 165-178.

- Meyer, J. (1982). The theory of gender identity disorders. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(2): 381-418.
- Meyer-Bahlburg, H. (2002). Gender identity disorder in young boys: a parent- and peer-based treatment protocol. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 360-376.
- Meyers, D. (1968). Problems of sex determination and alteration. *Medico-Legal Journal*, 36: 174-190.
- Millet, K. (1970/1995). *Política sexual*. Madrid: Cátedra.
- Milliken, P. & Schreiber, R. (2001). Can you “do” grounded theory without symbolic interactionism? In R. Schreiber & P. Stern (eds.). *Using grounded theory in nursing* (pp. 177-190). New York: Springer.
- Millot, C. (1990). *Horsexe*. Brooklyn: Autonomedia Press.
- Mills, J., Bonner, A. & Francis, K. (2006). The development of constructivist grounded theory. *International Journal of Qualitative Methods*, 5: 25-35.
- Minton, H. (1997). Queer theory: historical roots and implications for psychology. *Theory & Psychology*, 7(3): 337-353.
- Miranda, M. (2011). *Controlar lo incontrolable. Una historia de la sexualidad en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
- Missé, M. & Coll-Planas, G. (Eds.). (2010). *El género desordenado. Críticas en torno a la patologización de la transexualidad*. Madrid: Egales.
- Mitchell, J. (1974/1982). *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing y las mujeres*. Barcelona: Anagrama.
- Moi, T. (2008). ‘I am not a woman writer’. About women, literature and feminist theory today. *Feminist Theory*, 9(3): 259-271.
- Money, J. (1957). Imprinting and the establishment of gender role. *Archives of Neurology and Psychiatry*, 77: 333-336.
- Money, J. (1965). *Sex Research: New Developments*. New York: Holt, Rinehart & Winston.
- Money, J. & Ehrhardt, A. (1972). *Man and woman, boy and girl*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Money, J., Hampson, J.G., & Hampson, J.L. (1955). An examination of some basic sexual concepts: The evidence of human hermaphroditism. *Bulletin of the Johns Hopkins Hospital*, 97: 301-319.
- Montgomery, P. & Bailey, P. (2007). Field Notes and Theoretical Memos in Grounded Theory. *Western Journal of Nursing Research*, 29(1): 65-79.
- Mookherjee, M. (2005). Equality in multiplicity. Reassessing Irigaray’s multicultural Feminism. *Feminist Theory*, 6(3): 297-323.
- Moore, B. (1968). Psychoanalytic reflections on the implications of recent psychological studies of female orgasm. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 16(3): 569-587.
- Morawski, J. (2014). Livelihoods of theory: The case of Goffman's early theory of the self. *Theory & Psychology*, 24(3): 281-304.

- Morland, I. (2001). Feminism and intersexuality: a response to Myra J. Hird's gender's nature. *Feminist Theory*, 2(3): 362-366.
- Morris, M. (2004). The critique of transcendence: poststructuralism and the political. *Political Theory*, 32(1): 121-132.
- Mortimer, L. (1999). Les aventures de l'esprit et la chaleur vivante: a new encounter with Simone de Beauvoir. *French Cultural Studies*, 10: 277-305.
- Munder Ross, J. (1970). The development of paternal identity: a critical review of the literature on nurturance and generative in boys and men. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 23(4): 783-817.
- Munder Ross, J. (1975). The development of paternal identity: a critical review of the literature on nurturance and generative in boys and men. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 23: 783-817.
- Muraro, L. (1994). *El orden simbólico de la madre*. Madrid: Horas y horas editorial.
- Murphy, A. (1959). Introduction. En A. Murphy (ed.). *Philosophy of the present* (pp. xi-xxxv). La Salle: The Open Court Company.
- Musachi, G. (2012). *Mujeres en movimiento. Eróticas de un siglo a otro*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Myers, W. (1976). The psychological significance of testicular problems. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(3): 609-629.
- Nagoshi, J., Brzuzy, S. & Terrell, H. (2012). Deconstructing the complex perceptions of gender roles, gender identity, and sexual orientation among transgender individuals. *Feminism & Psychology*, 22(4): 405-422.
- Napoli, M. (2013). "Estado, poder y lenguaje: la crítica de Butler a MacKinnon". En M.L. Femenías, V. Cano & P. Torricella (Comps.). *Judith Butler, su filosofía a debate* (pp. 99-114). Buenos Aires: FFyL/UBA.
- Narayan, A. (2009). Postcolonial/Subaltern Feminism. En O'Brian, J. (Ed.), *Encyclopedia of Gender and Society*. London: SAGE Publications.
- Nasio, J. D. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Needles, W. (1966). The defilement complex: a contribution to psychic consequences of the anatomical distinction between the sexes. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 14(4): 700-710.
- Neill, S. (2006). Grounded theory sampling: The contribution of reflexivity. *Journal of Research in Nursing*, 11(3): 253-260.
- Nery, J. (2011). *Viagem solitária. Memórias de um transsexual trinta anos depois*. São Paulo: Leya.
- Nevatia, S., Raj, Mahajan, S. & Shah, C. (2012). Bound by norms and out of bounds: experiences of PAGFB (Persons Assigned Gender Female at Birth) within the formal education system: lesbians and bisexuals in action (LABIA). *Contemporary Education Dialogue*, 9(2): 173-196.
- Newman, L. (2002). Sex, gender and culture: issues in the definition, assessment and treatment of gender identity disorder. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 352-359.

- Nijensohn, M. (2013). "Sujetos sin sustancia. De la crítica a la metafísica de la sustancia de Nietzsche a la producción de subjetividades sexo-generizadas de Butler". En M.L. Femenías, V. Cano & P. Torricella (Comps.). *Judith Butler, su filosofía a debate* (pp. 19-49). Buenos Aires: FFyL/UBA.
- Norris, J., Goerge, W., Cue Davis, K. Martell, J. & Leone Sio, J. (1999). Alcohol and Hypermasculinity as Determinants of Men's Empathic Responses to Violent Pornography. *Journal of Interpersonal Violence*, 14(7): 683-700.
- Nouzeilles, G. (2002). *La naturaleza en disputa. Retóricas del cuerpo y el paisaje en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Novey, S. (1966). The sense of reality and values of the analyst as a necessary factor in psychoanalysis. *The International Journal of Psychoanalysis*, 47: 492-501.
- Nurjannah, I. Mills, J, Park, T. & Usher, K. (2014). Conducting a Grounded Theory study in a language other than english: procedures for ensuring the integrity of translation. *SAGE Open*. Recuperado de <http://gas.sagepub.com/content/4/1/2158244014528920>
- Nussbaum, M. (2000). The Professor of Parody, *The New Republic*, Nov. 28.
- Nussbaum, M. (2004/2006). *El ocultamiento de lo humano. Repugnancia, vergüenza y ley*. Buenos Aires: Katz.
- Olesker, W. (1990). Sex differences during the early separation-individuation process: implications for gender identity formation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 38(2): 325-346.
- Olesker, W. (1998). Female genital anxieties: Views from the nursery and from the couch. *Psychoanalytic Quarterly*, 61: 331-351.
- Orbach, S. (2002). Some thoughts on Nancy Chodorow's important contribution. *Feminism & Psychology*, 12(1): 23-27.
- O'Reilly, K., Paper, D. & Marx, S. (2012). Demystifying Grounded Theory for business research. *Organizational Research Methods*, 15(2): 247-262.
- Oremland, J. (1985). Infantile origins of sexual identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 33(3): 678-684.
- Osborne, R. (1993). *La construcción sexual de la realidad. Un debate en la sociología contemporánea de la mujer*. Madrid: Cátedra.
- Owens, C. (1992). The allegorical impulse: toward a theory of postmodernism. En *Beyond Recognition: Representation, Power, and Culture* (pp. 58-80). Berkeley: University of California Press.
- Palti, E. (2012). "El 'contexto metacrítico' y la problematización impensable". En *Giro Lingüístico e historia intelectual* (pp. 51-156). Bernal: Universidad Nacional de Quilmas.
- Parens, H. (1980). An exploration of the relations of instinctual drives and the symbiosis/separation-individuation process. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 28 (1): 89-114.
- Parens, H. (1990). On the girl's psychosexual development: reconsiderations suggested from direct observation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 38 (3): 743-772.

- Parent, M. & Moradi, B. (2010). Confirmatory factor analysis of the conformity to feminine norms inventory and development of an abbreviated version: The CFNI-45. *Psychology of Women Quarterly*, 34: 97-109.
- Paris, D. (2003). *Julia Kristeva y la gramática de la subjetividad*. Madrid: Campo de ideas.
- Patteman, C. (1988/1995). *El contrato sexual*. Madrid: Anthropos.
- Patton, M. Q. (1980). *Qualitative evaluation methods*. Beverly Hills: SAGE.
- Pérez Navarro, P. (2008). *Del texto al sexo. Judith Butler y la performatividad*. Madrid: Egales.
- Person, E. & Ovesey, L. (1983). Psychoanalytic theories of gender identity. *Journal of the American Academy of Psychoanalysis*, 11:203-226.
- Person, E. (1976). Initiation fantasies and transvestitism *Discussion*. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(3): 547-551.
- Person, E. (1988). Creativity and perversion. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 36: 1067-1071.
- Person, E. (2005). A new look at core gender and gender role identity in women. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4): 1045-1058.
- Petritz, G. (1998). Construcción y constitución de la representación-cuerpo. *Revista de Educación Física y Ciencia*, 8:67-74.
- Pichardo Galán, J. I. (2009). *Entender la diversidad familiar. Relaciones homosexuales y nuevos modelos de familia*. Barcelona: Bellaterra.
- Pichevin, M. F. & Hurtig M. C. (2007). On the Necessity of Distinguishing Between Sex and Gender. En *Feminism & Psychology*, 17(4) (pp 447-452).
- Pirskanen, J. (2008). The other and the real: how does Judith Butler's theorizing of the subject and contingency differ from the new Lacanian thought? *SQS*, 3(1): 1-14.
- Platero, R. (Coord.) (2008). *Lesbianas. Discursos y representaciones*. Madrid: Melusina.
- Playdon, Z. (2000). *Transsexualism as an Intersex Condition. Report of the Interdepartmental Working Group on Transsexual People, Home Office*. London: HMSO.
- Plummer, K. (1996). Symbolic interactionism in the twentieth century: The rise of empirical social theory. En B. S. Turner (ed.). *The Blackwell companion to social theory* (pp. 223-251). Oxford: Blackwell.
- Plummer, K. (2012). "El humanismo crítico y la teoría queer. Vivir con las tensiones". En N. Denzin & Y. Lincoln (Comps.). *Manual de Investigación Cualitativa. Vol II. Paradigmas y perspectivas en disputa*. Barcelona: Gedisa.
- Ponse, B. (1978). *Identities in the Lesbian World. The Social Construction of Self*. Westport: Greenwood Press.
- Poppellwell, F. & Sheikh, A. (1979). The role of the father in child development: a review of the literature. *International Journal of Social Psychiatry*, 25: 267-284.
- Porter Gump, J. (1978). The Mermaid and the Minotaur. *Psychology of Women Quarterly*, 2: 379-380.

- Posada Kubissa, L. (1998). *Sexo y esencia. De esencialismos encubiertos y esencialismos heredados: desde un feminismo nominalista*. Madrid: Horas y Horas.
- Prager, J. (2004). "Psychoanalysis and Social Theory." *Encyclopedia of Social Theory*. SAGE Publications. 4 Apr. 2010. <http://www.sage-reference.com/socialtheory/Article_n230.html>.
- Preciado, B. (2000/2011). *Manifiesto contrasexual. Prácticas subversivas de identidad sexual*. Barcelona: Anagrama.
- Preciado, B. (2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Calpe.
- Preciado, B. (2009). "La invención del género, o el tecnocordero que devora a los lobos". En *onversaciones Feministas: Biopolítica* (pp. 15-42). Buenos Aires: Ají de pollo.
- Preves, S. E. (2000). Negotiating the constraints of gender binarism: intersexual challenge to gender categorization. *Current Sociology*, 48(3): 27-50.
- RADICALESBIANS. (1970/2009). "La mujer identificada con mujeres (1970)". En: R. Mérida Jiménez (ed.). *Manifiestos gays, lesbianos y queer*. Barcelona: Icaria.
- Ramazanoglu, C. (1994). Theorizing heterosexuality: a response to Wendy Hollway. *Feminism & Psychology*, 4(2): 320-321.
- Randell, J. (1969). "Preoperative and postoperative status of male and female transsexuals". En R. Green & J. Money (eds.). *Transsexualism and Sex Reassignment* (pp. 355-382). Baltimore, MD: Johns Hopkins University Press.
- Rands, K. (2009). Considering transgender people in education: A gender-complex approach. *Journal of Teacher Education*, 60(4): 419-431.
- Rangell, L. (1953). The interchangeability of phallus and female genital. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1: 504-509.
- Rangell, L. (1985). The object in psychoanalytic theory. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 33: 301-334.
- Raymond, J. (1979). *The transsexual empire: the making of the she-male*. New York: Teachers College Press.
- Raymond, J. (1986). *A passion for friends: towards a philosophy of female affection*. London: The Women's Press.
- Ré, C. (2011). El lugar del sujeto. Abordaje crítico sobre la problemática de la identificación en la constitución del sujeto. En S. Claetti (Coord.). *Sujeto, política, psicoanálisis. Discusiones althusserianas con Lacan, Foucault, Laclau Butler y Žižek* (pp. 289-303). Buenos Aires: Prometeo.
- Reed, E. (1994). Pornography and the End of Morality? *Studies in Christian Ethics*, 7: 65-93.
- Reed, P. & Runquist, J. (2007). Reformulation of a methodological concept in Grounded Theory. *Nursing Science Quarterly*, 20(2):118-122.
- Reich, A. (1954). Early identifications as archaic elements in the superego. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2(2): 218-238.
- Reinharz, S. (1992). How My Heterosexuality Contributes to My Feminism and Vice Versa. *Feminism & Psychology*, 2: 450-453.

- Reinharz, S. (1992). How My Heterosexuality Contributes to My Feminism and Vice Versa. *Feminism & Psychology*, 2(3): 450-453.
- Renik, O. & Grossman, L. (1994). Contemporary theories of female sexuality: clinical applications. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 42(1): 233-241.
- Rennie, D. (2000). Grounded Theory methodology as methodical hermeneutics: reconciling realism and relativism. *Theory Psychology*, 10(4): 481-502.
- Rennie, D. & Fergus, K. (2006). embodied categorizing in the Grounded Theory Method: methodical hermeneutics in action. *Theory Psychology*, 16(4): 483-503.
- Rich, A. (1976a/1986). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia y como institución*. Madrid: Cátedra.
- Rich, A. (1976b/1983). "La maternidad en cautiverio". En *Sobre mentiras, secretos y silencios* (pp. 232-234). Madrid: Cátedra.
- Rich, A. (1980). Compulsory heterosexuality and lesbian existence. *Signs*, 4(5): 631-660 [(2013). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. En *Feminismos y antipatriarcado* (pp. 99-133). La Plata: La Caldera].
- Rich, A. (2009). "Prefacio a 'Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana' (1980-1982)". En: R. Mérida Jiménez (ed.). *Manifiestos gays, lesbianos y queer*. Barcelona: Icaria.
- Richards, A. (1992). The influence of sphincter control and genital sensation on body image and gender identity of women. *Psychoanalytic Quarterly*, 61(3): 331-351.
- Richards, A. (1996). Primary femininity and female genital anxiety. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 44(suppl.): 361-281.
- Richardson, D. (2007). Patterned fluidities: (Re)Imagining the relationship between gender and sexuality. *Sociology*, 41(3): 457-474.
- Richmond, S. (2000/2001). "Feminismo y psicoanálisis: a partir de Melanie Klein". En M. Fricker & J. Hornsby (Comps.). *Feminismo y filosofía. Un compendio* (pp. 81-99). Barcelona: IDEA BOOKS.
- Rivera Garretas, M. M. (1997/2002). *El fraude de la igualdad*. Buenos Aires: Librería de las Mujeres.
- Riviere, J. (1929/1966). La feminidad como máscara. En *La sexualidad femenina* (pp. 7-23). Buenos Aires: Caudex.
- Rodríguez Magda, R. M. (2003). *El placer del simulacro. Mujer, razón y erotismo*. Barcelona: Icaria.
- Rofes, E. (2000). Bound and gagged: Sexual silences, gender conformity and the gay male teacher. *Sexualities*, 3(4): 439-462.
- Rogers, M. (1992). They all were passing: Agnes, Garfinkel, and company. *Gender & Society*, 6(2): 169-191.
- Roiphe, H. & Galensos, E. (1973). The infantile fetish. *Psychoanalytic Study of the Child*, 28: 147-168.
- Roiphe, H. (1968). On an early genital phase. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 23: 348-365.

- Roiphe, H., & Galenson, E. (1972). Early genital activity and the castration complex. *Psychoanalytic Quarterly*, 41: 334-347.
- Romero Bachiller, C. & Platero, R. (2012). "Diálogos interseccionales entre la *butch/femme*, las di'sporas *queer* y lo *trans*". En R. Platero (Ed.). *Intersecciones: cuerpos y sexualidades en la encrucijada* (pp. 159-198). Barcelona: Bellaterra.
- Rose, N. (2007/2012). *Políticas de la vida. Biomedicina, poder y subjetividad en el siglo XXI*. La Plata: UNIPE.
- Ross, J. (1975). The development of paternal identity: A critical review of the literature. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 23(4): 783-818.
- Rubin, G. (1975). The Traffic in Women: Notes on the 'Political Economy' of Sex. En Rayna R. Reiter (ed.). *Toward an Anthropology of Women*. Nueva York: Monthly Review Press [(1986). El tráfico de mujeres. Notas sobre una economía política del sexo. *Nueva Antropología*, Vol. VIII. N° 30: 95-145].
- Rubin, G. (1984). "Thinking sex: Notes for a radical theory of the politics of sexuality". In C. S. Vance (Ed.). *Pleasure and danger: Exploring female sexuality* (pp. 267-319). New York: Routledge & Kegan Paul [(1989) "Reflexionando sobre el sexo: Notas para una teoría radical de la sexualidad". En Carole Vance (comp.). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Revolución].
- Ruddick, S. (1989). *Maternal Thinking. Toward a politics of peace*. Boston: Beacon Press.
- Rupp, L., Taylor, V. & Shapiro, V. (2010). Drag queens and drag kings: The difference gender makes. *Sexualities*, 13(3): 275-294.
- Sabsay, L. (2001). *Fronteras sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Sachs, L. (1962). A case of castration anxiety beginning at 18 months. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 10(2): 329-337.
- Sachs, L. (1977). Two cases of oedipal conflict beginning at 18 months. *International Journal of Psycho-Analysis*, 58(1): 57-66.
- Sáez, J. (2004). *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid: Síntesis.
- Sáez, J. & Carrascosa, S. (2011). *Por el culo. Políticas anales*. Madrid: Egales.
- Salih, S. (2002). *Judith Butler*. London & New York: Routledge.
- Sanchez, D., Crocker, J. & Boike, K. (2005). Doing Gender in the Bedroom: Investing in Gender norms and the sexual experience. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 31: 1445-1455.
- Santilli, E. & Roulet, M. (1994). "Sociobiología y sexismo". En M. I. Santa Cruz, A. M. Bach. M. L. Femenías, A. Gianella & M. Roulet. *Mujeres y Filosofía (II). Teoría filosófica de Género* (pp. 197-209). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Santos Velásquez, L. (2009). *Masculino y femenino en la intersección entre el psicoanálisis y los estudios de género*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sarlin, C. (1963). Feminine identity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 11: 790-816.

- Sarlin, C. (1970). The current status of the concept of genital primacy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 18(2): 285-299.
- Saussure, F. (1945/2005). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Sawiki, J. (1991). *Disciplining Foucault. Feminism, power, and the body*. New York/London: Routledge.
- Schafer, R. (1974). Problems in Freud's psychology of women. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 22: 459-485.
- Scharfman, M. (1976). Perverse Development in a Young Boy. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(3): 499-524.
- Schechter, D. (1968). Identification and individuation. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 16(1): 48-80.
- Schilder, P. & Wechsler, D. (1935). What do children know about the interior of the body? *The International Journal of Psychoanalysis*, 16: 355-360.
- Schilder, P. (1923). *The image and appearance of the human body*. New York: International University Press.
- Schilder, P. (1931). Notes on the psychopathology of pain in neuroses and psychoses. *The Psychoanalytic Review*, 18:1-22.
- Schilt, K. & Westbrook, L. (2009). Doing gender, doing heteronormativity: "Gender normals", transgender people, and the social maintenance of heterosexuality. *Gender & Society*, 23(4): 440-464.
- Schleifer, D. (2006). Make me feel mighty real: gay female-to-male transgenderists negotiating sex, gender, and sexuality. *Sexualities*, 9(1): 57-75.
- Schneider, M. (2000/2003). *Genealogía de lo masculino*. Buenos Aires: Paidós.
- Schrock, D., Reid, L. & Boyd, E. (2005). Transsexuals' embodiment of womanhood. *Gender & Society*, 19(3): 317-335.
- Schutte, O. (1990). Irigaray y el problema de la subjetividad. *Hiparquia*, 3(1): 49-60.
- Schutte, O. (1994). "Presentación". En M. I. Santa Cruz, A. M. Bach. M. L. Femenías, A. Gianella & M. Roulet. *Mujeres y Filosofía (I). Teoría filosófica de Género* (pp. 10-19). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Segal, L. (1994). *Straight Sex: the politics of pleasure*. London: Virago.
- Segal, L. (1997). Caustic Collisions. *Feminism & Psychology*, 7(4): 559-565.
- Segal, L. (1998). Only the Literal: The Contradictions of Anti-pornography Feminism. *Sexualities*, 1(1): 43-62.
- Segarra, M. (2010). *Entrevistas a Hélène Cixous. No escribimos sin cuerpo*. Barcelona: Icaria.
- Segato, R. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Sen, A. (2006/2007). *Identidad y violencia. La ilusión del destino*. Buenos Aires: Katz.
- Shapiro, E. (2007). Drag kinging and the transformation of gender identities. *Gender & Society*, 21(2): 250-271.

- Shepard, B. (2004). Masturbating madness. *Sexualities*, 12(4): 7(3): 363-368.
- Silverman, D. (2011). *Interpreting qualitative data*. London: Sage. –
- Silverman, K. (1996). *The threshold of the visible world*. New York: Routledge.
- Silverman, M. (1976). Cognitive development and female psychology. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 29(3): 581-605.
- Silverman, M. (1981). Cognitive development and female psychology. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 29: 581-605.
- Simonds, C. B. & Brush P. (2004). Gender. En Ritzer, G. (Ed.), *Encyclopedia of Social Theory*, London: SAGE Publications.
- Socarides, C. (1970). Sexual transformation: the plaster-of-paris man. *International Journal of Psychoanalysis*, 51: 341-349.
- Solebello, N. & Elliott, S. (2011). ‘We Want Them to Be as Heterosexual as Possible’: Fathers Talk about Their Teen Children’s Sexuality. *Gender & Society*, 25(3): 293-315.
- Soley-Beltran, P. (2003). ¿Citaciones perversas? De la distinción sexo-género y sus apropiaciones. En Mafia, D. (comp.). *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*. Buenos Aires: Feminaria.
- Soley-Beltran, P. (2009). *Transexualidad y la matriz heterosexual*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Solomon-Godeau, A. (1991). Suitable for Framing: The Critical Recasting of Cindy Sherman, *Parkett* 29: 112-15.
- Sontag, S. (1984). “Notas sobre lo ‘camp’”. En *Contra la interpretación y otros ensayos*. Barcelona: Seix Barral.
- Sperling, O & Arlow, J. (1954). Perversion: theoretical and therapeutic aspects. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 2: 336-345.
- Spivak, G. S. (1994/2011). ¿Puede hablar el subalterno? Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Stavro, E. (1999). The use and abuse of Simone d Beauvoir: re-evaluating the French Poststructuralist critique. *European Journal of Women’s Studies*, 6: 263-280.
- Stavro, E. (2000). Re-reading *The Second Sex*. Theorizing the situation. *Feminist Theory*, 1(2): 131-150.
- Stern, D. (1991). *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires: Paidós.
- Stimpson, C. (2005). A new look at core gender and gender role identity in women: commentary. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 53(4): 1119-1131.
- Stoetzler, M. (2005). Subject trouble: Judith Butler and dialectics. *Philosophy & Social Criticism*, 31(3): 343-368.
- Stolke, V. (2004). La mujer es puro cuento la cultura del género. *Estudios Feministas*, 12(2): 77-105.
- Stoller, R. (1964). A contribution to the study of gender identity. *International Journal of Psycho-Analysis*, 45: 220-226.

- Stoller, R. (1967). Gender identity and a biological force. *Psychoanalytic Forum*, 2(4): 318-349.
- Stoller, R. (1968a). *Sex and Gender, I*. New York: Science House.
- Stoller, R. (1968b). The sense of femaleness. *Psychoanalytic Quarterly*, 37: 42-55.
- Stoller, R. (1976). Primary femininity. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 24(5): 59-78.
- Stoller, R. (1978). Boyhood gender aberrations: treatment issues. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 26(3): 541-558.
- Stoller, R. (1979). Fathers of transsexual children. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 27: 837-866.
- Stoller, R. (1985). *Presentations of Gender*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Stoller, R. & Herdt, G. (1982). The development of masculinity: a cross-cultural contribution. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(1): 29-59.
- Stoller, R. & Wagonfeld, S. (1982). Scientific proceedings panel Reports – Gender and gender role. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(1): 185-196.
- Stone, A. (2004). From political to realist essentialism. Rereading Luce Irigaray. *Feminist Theory*, 5(1): 5-23.
- Stone, S. (1991). The empire strikes back. En K. Straub & J. Epstein (eds.). *Body Guards* (pp. 280–304). New York: Routledge.
- Strauss, A. (1993). *Continual permutations of action*. New York: Aldine de Gruyter.
- Strauss, A. & Corbin, J. (1990). *Basics of qualitative research: Grounded theory procedures and techniques*. Newbury Park: Sage.
- Sutherland, J. (1980). The british object relations theorists: Balint, Winnicott, Fairbairn, Guntrip. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 28: 823-860.
- Sweetnam, A. (1996). The changing contexts of gender between fixed and fluid experience. *Psychoanalytic Dialogues*, 6: 437-459.
- Szasz, T. (1955). The ego, the body, and pain. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 3(2): 177-200.
- Sztajnszrajber, D. (2013). “El paradigma de la identidad. Entrevista a Darío Sztajnszrajber. Por A. Antuña y G. Schnitzer”. En M. Torres, G. Schnitzer, A: Antuña & S. Peidro (Comp.). *TRANSformaciones. Ley, diversidad, sexuación*. Buenos Aires: Grama.
- Tasker F. & Wren B. (2002). Sexual Identity and Gender Identity: Understanding Difference. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 315-319.
- Taylor, J. (2014). Queerious youth: An empirical study of a queer youth cultural festival and its participants. *Journal of Sociology*, 50(3): 283-298.
- Thacker, E. (1999). Performing the technoscientific body: real video surgery and the anatomy theater. *Body & Society*, 5(2-3): 317-336.
- Thompson, D. (1992). Against the dividing of woman: lesbian feminism and heterosexuality. *Feminism and Psychology*, 2(3): 387-398.

- Thoms, V. (2006). Reading human sex: the challenges of a feminist identity through time and space. *European Journal of Women's Studies*, 13(4): 357-371.
- Thornton N. (1986). The politics of pornography: a critique of liberalism and radical feminism. *Journal of Sociology*, 22(1): 25-45.
- Timimi, S. (2009). A Commentary on 'The perpetuation of patriarchy: the hidden factor of gender bias in the diagnosis and treatment of children' by Steven Abell and Barry Dauphin. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 14(1): 135-144.
- Timmermans, S. & Tavory, I. (2012). Theory construction in qualitative research: from Grounded Theory to abductive analysis. *Sociological Theory*, 30(3): 167-186.
- Tin, L-G. (2008/2012). *La invención de la cultura heterosexual*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Toomey, R., Card, N. & Casper, M. (2014). Peers' perceptions of gender nonconformity: associations with overt and relational peer victimization and aggression in early adolescence. *Journal of Early Adolescence*, 34(4): 463-485.
- Tort, M. (1994). *El deseo frío. Procreación artificial y crisis de las referencias simbólicas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Tort, M. (2005/2008). *Fin del dogma paterno*. Buenos Aires: Paidós.
- Tort, M. (2007). *El padre y el psicoanálisis. Una historia política*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Tubert, S. (1988). *La sexualidad femenina y su construcción imaginaria*. Madrid: El Arquero.
- Tubert, S. (1991). *Mujeres sin sombra. Maternidad y tecnología*. Madrid: Siglo XXI.
- Tubert, S. (1996) (ed.). *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.
- Tubert, S. (1997) (ed.). *Figuras del Padre*. Madrid: Cátedra.
- Tubert, S. (2001). *Deseo y representación. Convergencias de psicoanálisis y teoría feminista*. Madrid: Síntesis.
- Tubert, S. (2003). La crisis del concepto de género. En S. Tubert (Comp.). *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto* (pp.7-37). Madrid: Cátedra.
- Tubert, S. (2003) (Comp.). *Del sexo al género. Los equívocos de un concepto*. Madrid: Cátedra.
- Tummers, L. & Karsten, N. (2012). Reflecting on the Role of Literature in Qualitative Public Administration Research: Learning From Grounded Theory. *Administration & Society*, 44(1): 64-86.
- Turner, S. (1999). Intersex identities: locating new intersections of sex and gender. *Gender & Society*, 13(4): 457-479.
- Tyler, I. (2009). Against abjection. *Feminist Theory*, 10(1): 77-98.
- Tyson, P. & Tyson, R.L. (1990). *Psychoanalytic Theories of Development*. New Haven: Yale University Press.
- Tyson, P. (1986). Male gender identity: early developmental roots. *Psychoanalytic Review*, 73: 405-425.

- Tyson, P. (1982). A developmental line of gender identity, gender role, and choice of love object. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 30(1): 61-86.
- Tyson, P. (1989). Infantile sexuality, gender identity, and obstacles to oedipal progression. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 37(4): 1051-1069.
- Tyson, P. (1994). Bedrock and beyond: an examination of the clinical utility of contemporary theories of female psychology. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 42(2): 453-467.
- Valocchi, S. (2005). Not yet queer enough: the lessons of queer theory for the sociology of gender and sexuality. *Gender & Society*, 19(6): 750-770.
- Van Leeuwen, K. (1966). Pregnancy envy in the male. *International Journal of Psycho-Analysis*, 47(2-3): 319-324.
- Van Lenning, A. (2004). The body as crowbar: Transcending or stretching sex? *Feminist Theory*, 5(1): 25-47.
- Van Mens-Verhulst, J. (2002). Recurrent acquaintances. *Feminism & Psychology*, 12(1): 18-22.
- Veggeti-Finzi, S. (1990/1992). *El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre*. Madrid: Cátedra.
- Veggeti-Finzi, S. (1996). "El mito de los orígenes. De la Madre a las madres, un camino de la identidad femenina". En Tubert, S. (ed.). *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.
- Vegh, I. (2010). *Yo, Ego, Sí-mismo. Distinciones de la clínica*. Buenos Aires: Paidós.
- Vivona, J. (2007). Sibling differentiation, identity development, and the lateral dimension of psychic life. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 55(4): 1191-1215.
- Walker, D. & Myrick, F. (2006). Grounded theory: An exploration of process and procedure. *Qualitative Health Research*, 16: 547-559.
- Walker, D. & Myrick, F. (2006). Grounded Theory: An exploration of process and procedure. *Qualitative Health Reserch*, 16(4): 547-559.
- Wallace, P. (2010). Finding self: A qualitative study of transgender, transitioning, and adulterated silicone. *Health Education Journal*, 69(4): 439-446.
- Wallon, H. (1934/1975). *Los orígenes del carácter en el niño*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Walters, A. and Ross, M. (eds.). (1986) *Transsexualism and Sex Reassignment*. Oxford: Oxford University Press.
- Walton, H. (2004). The gender of the Cyborg. *Theology and Sexuality*, 10(2): 33-44.
- Wasserman, J., Clair, J. & Wilson, K. (2009). Problematics of grounded theory: innovations for developing an increasingly rigorous qualitative method. *Qualitative Research*, 9(3): 355-381.
- Watson, K. (2005). Queer Theory. *Group Analysis*, 38(1): 67-81.
- Weeks, J. (2011/2012a). "Queer". En *Lenguajes de la sexualidad* (pp. 211-214). Buenos Aires: Nueva Visión.

- Weeks, J. (2011/2012b). "Transgénero". En *Lenguajes de la sexualidad* (pp. 257-259). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Weir, A. (1996). *Sacrificial Logics: Feminist Theory and the Critique of Identity*. New York: Routledge.
- Weisman, A. (1958). Reality sense and reality testing. *Behavioral Science*, 3(3): 228-261.
- Weiss, E. (1934). Bodily pain and mental pain. *The International Journal of Psychoanalysis*, 15: 1-13.
- Wheeler, C. & Schaefer, L. (1988). Harry Benjamin's first ten cases 1938-1953: historical influences. En W. Eicher and G. Kockott (eds) *Sexology* (pp. 179-82). Berlin: Springer-Verlag.
- Whitford, M. (2003). Irigaray and the culture of narcissism. *Theory, Culture & Society*, 20(3): 27-41.
- Wiederman, M. (2003). Paraphilia and Fetishism. *The Family Journal: Counseling and Therapy for Couples and Families*, 11(3): 315-321.
- Wiederman, M. (2005). The gendered nature of sexual scripts. *The Family Journal*, 13(4): 496-502.
- Williams, K., Cooper, B., Howell, T., Yuille, J. & Pahlus, D. (2009). Inferring Sexually Deviant Behavior From Corresponding Fantasies: The Role of Personality and Pornography Consumption. *Criminal Justice and Behavior*, 36(2): 199-222.
- Wilson, I., Griffin, C. & Wren, B. (2002). The validity of the diagnosis of gender identity disorder (child and adolescent criteria). *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 335-351.
- Wilson, M. (2002). 'I am the prince of pain, for I am a princess in the brain': Liminal transgender identities, narratives and the elimination of ambiguities. Two articles on transgenering identities. *Sexualities*, 5(4): 425-448.
- Wilton, T. (2000). Out/performing Our Selves: Sex, Gender and Cartesian Dualism. *Sexualities* 3(2): 237-54.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.
- Wishart, H. & Soady, V. (1999). Feminist Emancipatory Discourse from Astell's 'Hog-Tending' through de Beauvoir's 'Complicity' to Nussbaum's 'Human Capabilities'. *European Journal of Women's Studies*, 6: 281-290.
- Withers, D. (2010). What is your essentialism is my immanent flesh!: the ontological politics of feminist epistemology. *European Journal of Women's Studies*, 17(3): 231-247.
- Wittig, M. (1973/1977). *El cuerpo lesbiano*. Valencia: Pre-Textos.
- Wittig, M. (1992/2005). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Egales.
- Wolfe, H. (2013). Book Review: Individualizing gender and sexuality: theory and practice. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 61(1): 181-186.
- Wren, B. (2002). 'I can accept my child is transsexual but if i ever see him in a dress I'll hit him': dilemmas in parenting a transgendered adolescent. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 377-397.

- Wright, L. (2005). Introduction to "Queer" masculinities. *Men and Masculinities*, 7(3): 243-247.
- Yanof, J. (2000). Barbie and the tree of life: the multiple functions of gender in development. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 48(4): 1439-1465.
- Yazmajian, R. (1966). The testes and body-image formation in transvestitism. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 14(2): 304-312.
- Yeadon-Lee, T. (2010). Doing extra-ordinariness: trans-men's accomplishment of 'authenticity' in the research interview. *Qualitative Research*, 9(3): 243-261.
- Young, A. (1992). The authority of the name. *Feminism & Psychology*, 2(3): 422-424.
- Yuval-Davis, N. (1992). The (Dis)Comfort of being 'hetero'. *Feminism & Psychology*, 2(3): 438-439.
- Zambrini, L. (2008). "Cuerpos, indumentarias y expresiones de género: el caso de las travestis de la ciudad de Buenos Aires". En M. Pecheny, C. Figari & D. Jones (Comps.). *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidad en Argentina* (pp.123-146). Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Zanotti, P. (2005/2010). *Gay. La identidad homosexual de Platón a Marlene Ditrich*. Madrid: Turner
- Zerilli, L. (1996). Un proceso sin sujeto: Simone de Beauvoir y Julia Kristeva, sobre la maternidad. En Tubert, S. (Ed.). *Figuras de la Madre*. Madrid: Cátedra.
- Zhou, J., Hofman, M., Gooren, L, & Swaab, D. (1995). A sex difference in the human brain and its relation to transsexuality. *Nature*, 378: 68-70.
- Žižek, S. (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política* (J. Piatigorsky trad.). Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 1999).
- Žižek, S. (2006). *The Parallax View*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Žižek, S. (2009). *El sublime objeto de la ideología* (I. Vericat Núñez trad.). Buenos Aires: SigloVeintiuno. (Trabajo original publicado en 1989).
- Žižek, S. (2011a). "¿Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!". En J. Butler, E. Laclau & S. Žižek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 95-139). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Žižek, S. (2011b). "Da capo senza fine". En J. Butler, E. Laclau & S. Žižek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 215-261). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Žižek, S. (2011c). "Mantener el lugar". En J. Butler, E. Laclau & S. Žižek. *Contingencia, hegemonía, universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda* (pp. 307-327). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Zucker, K., Owen, A., Bradley, S. & Ameeriar, L. (2002). Gender-Dysphoric children and adolescents: a comparative analysis of demographic characteristics and behavioral problems. *Clinical Child Psychology and Psychiatry*, 7(3): 398-411.
- Zupančič, A. (2013). *La sexualidad dentro de los límites de la mera razón*. Santiago de Chile: Palinodia.

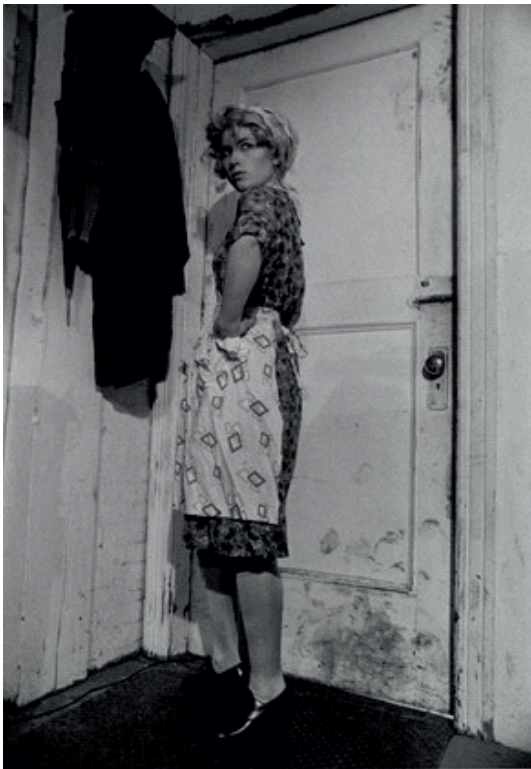
-Zuss, M. (1997). Contesting representations. Life-Writings and subjectivity in postmodern and feminist autobiography. *Theory & Psychology*, 7(5): 653-673.

ANEXO

1978 - 1980

Untitled Film Still - *Cindy Sherman*











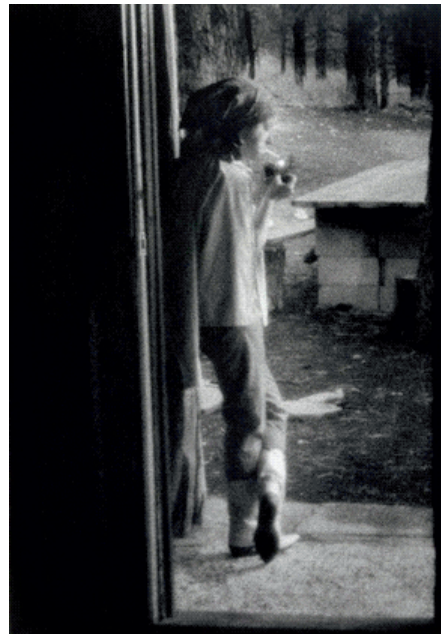














1976

The Bus Riders - *Cindy Sherman*

